
Siempre
has sido todo
lo que nunca
quise ver
Atenea Winter

Siempre has sido todo lo que nunca quise ver

Atenea Winter

Copyright © 2024 Atenea Winter.
Todos los derechos reservados.

Título: Siempre has sido todo lo que nunca quise ver
Autor: Atenea Winter @atenea_winter_escritora
Corrección y maquetación de @_romanticascorreccion
Diseño de cubierta: Roma García
ISBN:

Primera edición del libro: marzo 2024

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Los nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia. Los fragmentos de canciones mencionados en el libro se han utilizado para ambientar la historia, en ningún caso se han utilizado con intención de plagio.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright*.

Mi padre nació el 31 de marzo de 1945.
A él, la verdad, le daban un poco igual las fechas señaladas, pero a mí me hacía ilusión que mi tercera historia viera la luz el día en el que él hubiera cumplido 79 años. Me parece un bonito homenaje.

Feliz cumpleaños al cielo ♥.

— CAPÍTULO 1 —

Tomando decisiones

ISA

—¿Me lo estás diciendo en serio, Isa? ¿Te quieres ir de Montaves? —me pregunta sorprendida mi mejor amiga.

—No es que quiera, Carlota, es que lo necesito. Necesito salir de aquí, de este pueblo donde, quiera o no, siempre acabo tropezando con la misma piedra… y no puedo volver a caer.

—No puedes irte solamente porque aquí esté Rubén. Quedan pocos meses para mi boda con Fran, no quiero que me dejes sola. Te necesito aquí, conmigo, como habíamos planeado.

—Y voy a estar, te lo prometo, aunque en la distancia, siempre voy a estar para ti. Y vendré cada vez que me necesites, eso lo sabes.

—¿Ha pasado algo nuevo?

—No es que haya pasado nada en concreto —miento, negándome a decir que estoy a punto de volver a flojear con mi tentación—. Llega un día en el que te cansas de las situaciones, de confiar y de esperar que se produzca el milagro. Luego recuerda lo de aquella noche… En general, estoy harta, saturada, necesito pasar página. Rubén es como es, nunca va a cambiar, lo sé, y no puedo tenerlo cerca continuamente y hacer como si nada hubiera pasado entre nosotros. Yo no quiero ser esa chica que se queda de por vida esperando a que siente la cabeza para ver si así pasa algo, mientras él está por ahí viviendo la vida. Y si no le pongo remedio a tiempo, volveremos al bucle, a las idas y venidas, y será lo mismo de siempre.

—Es un buen chico, eso lo sabemos, pero es tan inmaduro… o se lo hace, porque de verdad que hay veces que me despista. Por la forma en que se comporta en ocasiones, por cómo habla, parece el tío más maduro del mundo, pero claro, luego piensa con el rabo y pasa lo que pasa. Entonces vienen los llantos, los malentendidos y, efectivamente, vuelta al polvo y a empezar de nuevo.

—Ya no es que piense con *eso*, que por supuesto que sí, sino el agotamiento mental que supone el vaivén emocional de quizás sí, ahora no, tal vez luego… Creo que he llegado a mi límite y me fastidia, porque de verdad que tenía muchas esperanzas puestas en que todo fuese bien, aunque ya se sabe que cuanto más altas tengas las expectativas, más fuerte es la caída. Y eso es justo lo que pasó, y desde entonces hasta el día de hoy mira…

—Eso está claro, cuanto más esperas más dura es la hostia, pero ¡joder!, me duele en el alma que te vayas por su culpa. Le voy a odiar, que lo sepas, aunque Fran se enfade porque es su amiguito.

—No digas eso, es tu amigo también. Llegaste a Montaves y siempre se ha desvivido contigo. Eso es así. Y desde que Fran abrió la imprenta y volvió de manera definitiva al pueblo, lo tenéis pegado constantemente. Lo que haya entre nosotros es tema aparte.

—No, no es tema aparte. Todo lo que te afecte a ti, me afecta a mí. Y ese melón te está jodiendo, así que me va a oír.

—No, Carlota…

—Sí. Me da igual que me regañes, pero tu querido Rubén me va a oír. Como diría mi buena Marite: ese no se va de rositas. Y si se enfada, que se le quite, no se puede ir por la vida a sus

treinta años como si tuviera dieciocho. Verás tú si en una de esas no me la lía a mí con el otro y la tenemos.

—Fran te adora, no digas idioteces. Nunca haría nada que estropease lo vuestro ni se dejaría llevar por las correrías del otro.

—Ay, amiga, no sé… Nunca se puede decir de esta agua no beberé, ni este cura no es mi padre.

—En este caso sí, cielo, ya te lo digo yo, que Fran, con lo que le costó que lo perdonaras, nunca arriesgaría lo vuestro por una noche de fiesta con su querido amigo del alma.

—Dios te oiga. Y bueno, dime…, ¿a dónde te vas a ir?, ¿qué has pensado?

—Me voy a Madrid. Quiero estudiar, empezar de cero en una ciudad nueva…

—Y… ¿qué harás con tu trabajo aquí?

—Eso no es problema, ya hablé hace unos días con don Severiano y le dije que fuese buscando a alguien para ocupar mi puesto en la cooperativa. No le será difícil encontrar a una persona para llevar la administración y los eventos.

—Claro que le costará porque quien sea que se quede con tu trabajo, no será ni la mitad de bueno que tú. Y eso que lo tuyo es el *marketing*, lo tengo clarísimo desde que me ayudaste con toda la promoción de la casona.

—Precisamente por ahí van los tiros. Quiero especializarme en ello. Incluso encontrar un trabajo que me llene y que pueda compatibilizar con los estudios, hacerme a la vida de Madrid, que sé que me va a costar, pero si no lo hago ahora, no me atreveré nunca a dejar todo esto y, sobre todo, a separarme de él.

—En eso tienes razón, aunque es pasional tomar las decisiones en caliente, es el mejor momento para atreverse y dar el paso.

—Por eso mismo, tiene que ser ahora. Me siento fuerte como para irme y no querer volver a los dos días.

—Bueno, a los dos días no quiero que te vuelvas, pero para la despedida a finales de verano tendrás que venir, y no hace falta que te recuerde que la boda es en diciembre y que me encantaría que estuvieras organizando todo conmigo.

—Y estaré, boba… No me voy a ir para siempre, sabes que adoro la vida aquí, pero necesito alejarme un tiempo.

—Bueno, bueno, nunca se sabe. Te vas unos meses y oye, ¿quién te dice a ti que no conozcas al gran amor de tu vida allí y ya no quieras volver aquí, con nosotros?

—Siempre querré estar con vosotros, tonta. Y voy a echar muchísimo de menos esto, a todos, nuestras comidas, los ratos muertos, los viajes, las noches en el monte…

—No lo pienses, amiga, si ya lo has decidido, mejor no mirar atrás ni para coger impulso.

—Exacto, es lo que voy a intentar. Olvidarme de él y soltar recuerdos. Otra cosa es que lo consiga.

—Claro que lo conseguirás y, no solo eso, volverás renovada, ya lo verás. Una cosa… ¿cuándo se lo vas a contar a él?

—He decidido que se entere a la vez que los demás, en la comida del sábado, cuando estemos todo el grupo reunido.

—¿Y no crees que, por lo que habéis vivido, sería mejor que primero se lo dijeras a él?

—No se lo merece, Carlota. Él no me tiene en cuenta, nunca soy su primera opción… Rara es la vez que ha obviado sus propios planes para estar conmigo. No tengo por qué hacerle partícipe como si estuviera pidiéndole permiso.

—Tienes razón, pero verás cómo se va a poner cuando se entere. Su cara será un poema…

—No creo que le afecte demasiado, sinceramente, ni mucho menos que lo demuestre.

—No pienso quitarle el ojo de encima cuando lo anuncies, Isa. Y te lo detallaré con pelos y señales.

—Contaba con ello, amiga. ¡Cómo te voy a extrañar, jolín!

—Y yo. Esto no va a ser lo mismo sin ti. Si pudiera estrompaba a Rubén… y todo por infantil. Eso sí, te va a echar de menos como el que más, ya lo verás.

—Ojalá, y te digo más, a ver si es verdad que me echa en falta y se da cuenta de cómo lo ha fastidiado todo.

—Isa, no te molestes por lo que voy a decir, pero… ¿no estarás haciendo todo esto para ver si reacciona?

—No, esto lo hago por mí. Ya ha sido suficiente. Míranos, tú tienes tu casa, tu trabajo, en apenas seis meses te casas con un hombre que te adora… y yo, ¿qué tengo yo?

—No digas eso, tienes a tu familia, tus amigos, tu trabajo…

—Seamos realistas, Carlota. Vivo con mis padres, tengo un trabajo que, aunque no necesito, tampoco me daría para comer, y vosotros cada uno vais haciendo vuestra vida. Esto ya no es como cuando teníamos veinte años y estábamos todo el día ganduleando por ahí.

—Joder, Isa, qué pena no haberte conocido antes, tenías que ser la bomba de jovencilla.

—La mayoría lo éramos y eso es lo bonito y triste a la vez, porque todas mis vivencias van unidas a él, ten en cuenta que lleva presente en mi vida desde siempre. En todos los recuerdos de la infancia, de cuando empezamos a salir, en todo, absolutamente todo, está él.

—Es normal, la vida es así, preciosa. En fin, ya lloraremos el día que te vayas, por ahora preparemos lo del sábado. Y quédate con que yo te apoyo en lo que hagas, tanto si te vas, como si te arrepientes y decides quedarte.

Carlota ha sido la primera en saber que me voy, aparte de mi familia. Apenas acabo de contárselo y tengo un nudo gigante oprimiéndome la garganta, pero no quiero llorar. Me resisto, no puede darme pena irme de aquí, ya que es por una buena causa. Está claro que estoy autoconvenciéndome, pero oye, mientras me funcione… todo vale.

No quiero ni pensar en el momento en el que Rubén se entere de que me marcho a Madrid. Puede que Carlota tenga razón y, tal vez, debería decírselo, pero seamos realistas…, no es mi novio, no es nada mío —y no porque yo no haya querido—, por lo que no tengo por qué avisarle de todos mis movimientos, cuando, además, sé que en el fondo no se va a morir de pena. Para pena la que siento yo por separarme de él, pero así tiene que ser.

Lo cierto es que llevamos juntos, sin estarlo realmente, desde los dieciocho años, y en todo este tiempo hemos pasado por todos los estados posibles, por mil enfados y distanciamientos, vamos, que ha sido como un *looping* del parque de atracciones.

De hecho, siempre que leo novelas románticas disfruto con las idas y venidas en las relaciones de los protagonistas. Me chiflan las peleas, esa intensidad que siente el lector con las reconciliaciones, pero cuando lo vives en la vida real, eso ya es otra historia, y os puedo asegurar que no se disfruta nada de nada. Todo lo contrario, es como vivir a diario subida en una noria, donde hay momentos que estás arriba y de pronto sientes una felicidad intensa, pero a la vez efímera, y otras que, en cambio, la noria gira de golpe y acabas en lo más bajo, sintiéndote insignificante de un instante a otro.

Y ahí, en ese gira-gira de la noria, unas veces en lo más alto, y otras en el fondo, es donde llevo los últimos años. Unas veces bien, otras muchas mal… y siempre acaba pasando algo que me complica la vida. Mentira. El estar metida en un bucle, en una relación que se ha convertido en algo un tanto tóxico, no entraba en mis planes y ese es el maldito problema.

Yo tenía el convencimiento de que lo nuestro acabaría en amor del bueno, del de verdad. Pero nada más lejos de la realidad. Vamos a terminar cada uno en un sitio, a unos trescientos kilómetros de distancia por carretera, cosa que espero sea suficiente para conseguir pasar página de una vez por todas. No puedo seguir enganchada a un tipo que antepone cualquier cosa a nosotros, a mí y, por supuesto, no puedo continuar perdonándolo cada vez que viene arrepentido o, lo que es lo mismo, cuando le pica.

Sí, porque los hombres son así. Siempre les apetece, eso está claro, y tienen la santísima habilidad de cagarla y luego volver como si nada cuando quieren algo. Me repatea el higadillo cuando Rubén lo hace. Él es especialista en meter la pata, queriendo o sin darse cuenta, me da igual…, pero después es como si nada, me pone esos ojitos claros que tiene y yo caigo de nuevo cual niña pequeña a la que le dan una piruleta y se pone tan contenta.

Ahora diréis, ¿cuál es el problema? Pues para mí el problema radica en eso, en la piruleta. Cuando te la dan te gusta. Si te la dan muy seguido, siempre quieres más. Y cuando la tienes a diario, te acostumbras. Pero dar caramelos no es una obligación, ni se firma un contrato para recibirlos. Entonces, ¿qué pasa el día que no hay piruleta? Pues que te quedas esperándola y si no llega, te frustra. Y la frustración… sabe amarga. Cuando ocurre una vez, se deja pasar por alto, pero cuando te quedas esperando continuamente ese caramelito de cristal rojo con forma de corazón que sabes que no va a llegar, la decepción se apodera de una y toma la forma de pequeñas gotitas que van llenando una taza vacía de las grandes… hasta el día en que el recipiente se llena llegando al borde y se queda casi casi rebosando a falta de esa última gota que lo hace derramar.

En mi caso, la taza ya ha rebosado con lo último que me ha tocado vivir con él, que fue la gotita que faltaba —probablemente la más dura y en el peor momento— y el líquido que han formado poco a poco todas esas minúsculas cantidades, una a una, ya está derramado en la superficie.

Supongo que con este símil me habréis entendido. Y no solo eso, sino que más de uno y una estaréis en mi situación, en ese punto de inflexión donde o se sigue igual de frustrada siempre o se manda todo a la luna y se decide empezar de cero, o por lo menos intentarlo. Hay que ser valiente y consecuente.

Mi momento ha llegado y tengo que aprovecharlo. En dos maletas grandes guardo mis cositas y las cierro con ese vértigo ante el cambio y la ilusión de lo nuevo que está por venir. Eso sí, antes de emprender mi camino me queda por pasar la prueba de la comida del sábado. Contar a mi gente, a él, que me alejo de ellos, que me marcho a rehacer mi vida y, especialmente, ver su reacción.

Aunque le haya negado a Carlota todo, en el fondo sí que tengo la pequeña esperanza de que mi marcha sea un revulsivo para Rubén. Soy así de tonta, infantil e incrédula, pero en mi foro interno no desecho la idea de que una vez me haya ido él reaccione y me busque decidido a vivir su vida conmigo de una vez por todas.

De soñar también se vive, dicen.

— CAPÍTULO 2 —

Sábado de amigos y despedidas

ISA

Me encantan los días como hoy, soleados, con olor a verano, donde nos reunimos todos los amigos para pasar el día juntos —sí, en una casa de campo que tienen los padres de Rubén en el monte— y disfrutar. Son de esos días donde una se siente plena, rebosante de felicidad y cariño. ¡Cómo voy a extrañar todo esto! ¡Cómo voy a echarlo de menos a él, jolines!

El día transcurre como siempre. Parrilla con choricitos, torreznos típicos de la tierra, en general todo tipo de carnes. Bebemos, jugamos a las cartas, al viejo Party y nos tiramos en la hierba. Decido no explicar nada hasta que llegue la sobremesa y el ambiente esté relajado. El tema principal del día es la futura boda de nuestros amigos Fran y Carlota y los preparativos de las despedidas de solteros. Se casan en diciembre porque ella es una enamorada de la Navidad —yo también lo he sido siempre, pero aún más desde que la conocí— y toda su historia de amor ha estado marcada por esas fechas.

Queremos hacer las fiestas cuando el verano esté dando sus últimos coletazos para que podamos disfrutar de verdad y, sobre todo, porque en cuanto llega el otoño —y el frío— empieza la temporada alta en el hotel de mi amiga, y para ella es un no parar de trabajar y recibir huéspedes. Es increíble el turismo que atrae al pueblo y lo encantada que se va la gente tras visitar el Hotel de la Navidad, como muchos lo llaman en las revistas.

Mientras oigo el alboroto de fondo, todos charlando sobre la boda, pienso en todo lo que me voy a perder por irme, pero no puedo dejar que me afecte ni me haga cambiar de planes. Me involucraré todo lo que pueda y estaré para la de Carlota dándolo todo. Ella también se fue del pueblo hace tiempo deshecha porque necesitaba alejarse de Fran, pero gracias a Dios él fue a buscarla y se reencontraron. Y los veo ahora, ahí tirados uno sobre el otro, besándose, tan enamorados, y me encanta saber que después de tanto lograron estar juntos y felices.

«Ya podía haber tomado nota su amiguito».

La tarde avanza, estamos todos al aire libre, en el césped, en corrillos, esperando que anochezca para ver las estrellas mientras tomamos unas copas, y es en ese instante cuando decido que ha llegado el momento de que sepan mis planes. No quiero retrasar más todas las preguntas que van a venir después, ya que la gente no sabe lo que hay entre Rubén y yo, pero les extrañará igualmente mi marcha.

Le hago una señal a Carlota para que sepa que lo voy a contar ya; y ambas sabemos que, también es para que esté atenta a la reacción del susodicho, al que yo no pienso mirar porque sería capaz de ponerme a llorar y no, no es el momento de que me vea sufrir por él, sino de todo lo contrario. Quiero que me vea decidida, contenta e ilusionada por mi viaje y no penando por sus indecisiones o peor aún, que se piense que voy a esperarlo de por vida a que madure.

—A ver, porfa, atentos… —llamo la atención de la gente mientras me incorporo colocándome justo en diagonal con él, por si se tercia echar una miradilla de refilón—, tengo algo que explicaros. ¡Escuchadme todos!

—Qué ceremoniosa te has puesto, Copito —dice a lo lejos Marina, llamándome por mi mote del grupo. Sobra decir que es cariñoso y el culpable es mi tono de piel tan blanquito.

—¡Cuenta, cuenta…! —exclama Laura.

—Solo quería que supierais que me voy del pueblo durante un tiempo —les anuncio.

Se hace el silencio. Se miran los unos a los otros, sorprendidos.

—¿Peeerrrdddooonnnaaa? —responde Marina, sin salir de su asombro—. ¿Cómo que te vas del pueblo?

—Me marcho a Madrid. Quiero hacer un curso y especializarme. Además, me vendrá bien un cambio de aires.

Están alucinando, se les nota. La noticia les ha pillado de improviso, sin esperárselo, y es palpable en el ambiente. De reojo los observo, despacio, uno a uno, pero sobre todo siento una mirada, la suya, la de Rubén, clavada en mí. Cuando llego a él, mis ojos temerosos se encuentran con los suyos. Su mirada destila furia por los cuatro costados mientras me examina, incrédulo. Sigue callado, sin decir ni pío.

Los demás parecen árbitros en un partido de tenis. Todas las miradas se han quedado fijas en él y en mí, imagino que por su reacción, por esa cara que está poniendo, aunque están asombrados también por mi viaje, pero diría que aún mucho más por su forma de comportarse. Creo que todos esperaban del que siempre ha sido mi mejor amigo —bueno, esperábamos—, cuanto menos unas palabras, una reacción, un te voy a echar de menos, pero no se ha inmutado. Me ha mirado mal, contrariado, pero aparte de eso nada. Como el que oye llover.

«¿Tan indiferente le resulto como para no preguntarme nada al respecto? O como han hecho los demás… ¿Ni siquiera es capaz de venir a darme un abrazo y decirme al oído un: "Te voy a extrañar"? Pero claro, si no lo siente, no va a expresar nada».

Por un momento noto que me desmorono de la pena al pensar que le doy igual, que le soy indiferente, pero para eso está ahí Carlota, que enseguida se percata de la situación y se lanza sobre mí, cayendo de nuevo las dos contra el suelo con todo el alboroto y la algarabía que se ha formado de fondo.

—Si lloras, te doy una leche. No lo hagas, que no te vea triste, amiga —me pide ella al oído para que nadie se entere.

—¿Te das cuenta? No se ha inmutado, no ha dicho nada. Pensaba que, por lo menos, algo le importaba, pero ya he visto que no.

—No pienses eso, es un tío… y encima un mentecato que no ha sabido estar a la altura, ni reaccionar. Se ha quedado *pasmao*, te lo digo yo que estaba fijándome a ver qué hacía, cómo se lo tomaba. Diría que ha sido como cuando a un niño pequeño le asustan o cuando le dicen algo que no le gusta y no sabe si llorar, gritar o no hacer nada. Este se ha quedado así, sin saber qué hacer. ¡Será infantil el tío! —rezonga mi amiga.

—Muy propio de él. Pero ¡ay, madre mía!, otra decepción. Con este personaje no salgo de una y me meto en otra.

—Piensa que por eso te vas, así que no le vas a dar el gusto de verte mal. Haz el favor de respirar y sonreír, muéstrate firme y decidida, aunque por dentro estés hecha una castaña. Deja que procese la noticia, a ver por dónde sale *el señor*.

—Tienes razón… Venga, ¡levanta! —la apremio, al tiempo que veo como Fran deja a Rubén en el sitio y viene hacia nosotras.

La cantidad de consejos que Carlota y su chico han podido darme en todo este tiempo son innumerables. Muchas quedadas y cenas en su casa para ayudarme, pero ni por esas. Se han portado tan bien conmigo que solo tengo palabras de agradecimiento, y espero poder compensarles algún día.

—¡Vaya notición, Isa! Ya podíais habérmelo contado —nos recrimina Fran.

—No, querido, la noticia tenía que saberse hoy. Queríamos ver la reacción de tu amigo y…, ¿sabes qué? —le pregunto retóricamente.

—Sé lo que vas a decirme. No se lo tengas en cuenta, sabes cómo es. Se ha quedado *pillao*, eso te lo aseguro —me reconoce él, intentando sacar la cara por Rubén.

—Da igual, ya no importa. Volvamos con los demás —les pido.

—Sí, mejor volvamos, que a ese le voy a decir yo un par de cosas como no espabile y se le quite la tontería. Esto no me lo callo —asegura Carlota, enfadada y disgustada, tanto como yo.

Cae la noche y lo que era el ambiente calmado de la tarde, se ha convertido en un fiestón de despedida improvisado en el que todos estamos pasándolo muy bien. No me permito que su comportamiento me amargue la velada, ya que va a ser la última que, por ahora, voy a pasar con todos ellos, y toca disfrutar. Cantamos, bailamos, algunos tocan la guitarra —entre ellos él— en torno a la lumbre que hemos hecho y en todo momento siento que la mirada de Rubén sigue fija en mí.

«¿Qué estará pasándole por la cabeza?». A saber, porque no está hablando con nadie. Lleva gran parte de la noche retirado del grupo, sentado en las piedras que hay delante de la casa.

«Con la cantidad de veces que hemos estado los dos ahí apostados en esas rocas, mirando las estrellas, mientras nos comíamos a besos…».

Tan solo ha estado con Fran un rato antes y, por lo que se veía desde fuera, diría que mi amigo estaba cantándole las cuarenta por su forma de actuar ahora que sabe que me voy. Pero ni por esas ha sido capaz de dirigirme la palabra en toda la noche. Eso hace que me niegue a seguir pendiente de él, por lo que el resto de la velada lo paso con mis amigas, prometiéndonos que vamos a seguir hablando casi a diario y contándonos todo. Bailo con Carlota, canto mucho, con ganas, dejando salir lo que llevo dentro y liberándome. Y así pasan las horas, hasta que poco a poco la mayoría se van retirando a dormir dentro de la casa.

Fuera quedamos Fran, Carlota, Rubén y yo. Ellos se van levantando y se retiran un poco para dejarnos a solas. No sé si ha sido algo casual o cosa del destino, pero ante la duda, y para no acabar haciendo ninguna tontería, que me conozco, decido levantarme yo también. No voy a quedarme como una bobita esperando a que el señor se digne a venir y hablar conmigo o peor aún, hacerlo yo.

«No, Isabel, no vas a acercarte tú».

—Pues una más que se va a dormir. Parejita —digo dirigiéndome a mis amigos—, disfrutad de la noche. Si veis alguna estrella fugaz, pedidle que me vaya muy bien lejos de aquí.

—Lo haremos, aunque eso no hace falta pedirlo, porque te va a ir de cojones —me dice Fran —. Además, pienso pasarte los teléfonos de mis colegas para que salgas por ahí.

—Ha sido idea mía, que conste —apostilla Carlota.

—No, déjalo, visto lo visto… mejor sola que mal acompañada. No quiero más niñatos en mi vida —suelto, tan pancha, como si Rubén no estuviera delante.

—Descansa, pequeña —se despiden de mí, mientras echo a andar en dirección al interior.

—Buenas noches —susurro cuando paso casi rozando al que ha sido el gran amor de mi vida hasta ahora.

Si responde, no lo sé, porque no espero para saberlo y tampoco lo escucho. Avanzo y me adentro sin mirar atrás.

— CAPÍTULO 3 —

Los recuerdos golpean fuerte

RUBÉN

—¿A qué coño viene todo esto? —les pregunto, acercándome a ellos, a sabiendas de que no me van a contar nada nuevo—. ¿Desde cuándo sabéis que se va? Podíais haberme avisado, ya os vale.

—Eh, relájate, no pagues tu mala leche con nosotros —me contesta Fran, mi mejor amigo, que sigue tumbado al lado de Carlota—. Yo acabo de enterarme, al igual que tú.

—¿Se os ha olvidado que también sois mis amigos? No solo los de ella…

—Aquí el que parece que se ha olvidado de que Isa, independientemente de todo, también es tu amiga, eres tú Rubén —me espeta Carlota—. No le has dicho ni una palabra.

—No tienes ni puta idea. A lo mejor se ha olvidado ella de contarme que se largaba de aquí, como su mejor amigo que soy… Un pequeño detalle sin importancia, ¿no creéis? —pregunto con ironía.

—Repito —me insiste Fran—, con nosotros no vas a discutir. Si te jode que no te lo haya dicho, ve y habla con ella. La tienes a dos metros. No dejes que el orgullo te coma y no seas capullo, que la culpa no es nuestra.

—A mí no me come nada. Si se quiere ir, que se marche, y ojalá le vaya bonito. Así es como quiere largarse, de un día para otro… ella sabrá lo que hace. Parece que esté huyendo, ¡no me jodáis!

—Rubén, eres un egoísta —salta Carlota—. Sabes que no suelo meterme en rollos ajenos, y menos en lo que os traigáis los demás, pero créeme, en este momento solo voy a decirte algo antes de irme a dormir: si de verdad en algún momento te ha importado tanto como dices, habla con ella y no dejes que se vaya sin despediros, por muy enfadados que estéis. Cuando no esté aquí te vas a dar cuenta de muchas cosas y entonces ya no la tendrás al otro lado de la pared o en su casa esperándote como siempre ha hecho… Cariño, ¿vamos a dormir? —dice dirigiéndose a mi amigo, después de darme un buen repaso a mí.

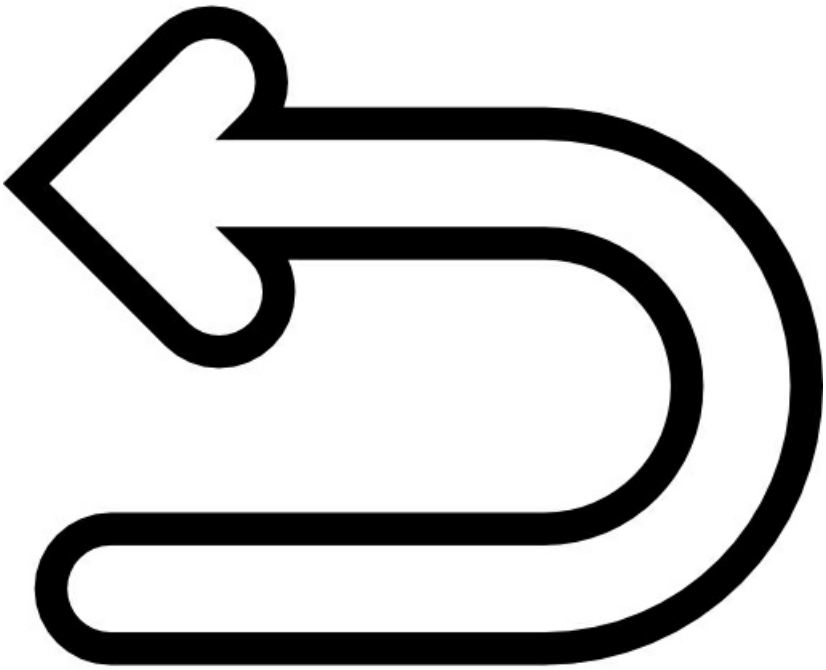
—Yo… —Intento acabar la frase, pero realmente no sé qué decirles. Estoy bloqueado, confuso, lleno de rabia con ella, con Isa… tanto que solo tengo ganas de liarme a patadas contra el suelo.

—No es a nosotros a quienes tienes que decirnos algo. Es a la que hasta hace nada estaba contigo a todas horas, como Zipi y Zape, babeando por ti.

—Hazlo ahora que puedes, macho —me aconseja Fran, levantándose para irse a dormir con su chica.

—Ella puede hacer lo que le dé la gana, sin dar explicaciones ni a mí, que no soy ni su padre ni su novio, ni a nadie —gruño para mí cuando ya no pueden oírme.

Y es la verdad. No soy su chico. Nunca hemos sido nada. Llevamos años jugando a disfrutar y a vivir la vida, sin normas ni complicaciones, pero nunca hemos dado un paso adelante. Quizá, puede que ella hubiera estado dispuesta a ir más allá, con el paso del tiempo, pero eso nunca ha ido conmigo.



Desde que éramos jovencillos siempre tuvimos una conexión especial. Corría el curso del 2008 cuando por primera vez la visualicé como algo diferente a una amiga. Habíamos cumplido los dieciocho y solo queríamos salir y pasarlo bien. Y lo hacíamos. Isa había pasado de ser una niña rubita con coletas o trenza a convertirse en una chica preciosa de cabello largo, ojos azules y deseable para cualquiera.

Por lo general, me divertía su timidez, ver cómo pese a su piel blanquita, sus mejillas ardían y se encendían cuando yo la piropeaba en modo fraternal o para hacerla rabiar. Me parecía tan dulce, frágil y delicada que me salía el instinto protector con ella cuando se le acercaba cualquier cretino salido. Me daba igual la edad, porque para mí siempre iba a ser *mi niña*. Pero solo para mí, porque el resto de los tíos la perseguían cuando los fines de semana salíamos por el pueblo o por cualquier sitio al que fuésemos. No me gustaba ver esas escenas, me daba hasta asco observar a los babosos en torno a ella, o comiéndosela con los ojos, agobiándola, pero a la par la veía quitárselos de encima con demasiada soltura, cosa que me encantaba. «Chiquita, pero matona», pensaba siempre para mis adentros.

Ella prefería estar donde estuviéramos todos los demás antes que de ligoteo y tonteando por ahí con cualquiera. Yo, en cambio, era al revés. Si se me presentaba la oportunidad con alguna, nunca la rechazaba. Me gustaba, siempre me ha gustado el tema, no lo podía negar, y para mi suerte nunca se me había dado mal en ese aspecto. Y si no había oportunidad, pues se creaba. Éramos jóvenes y tocaba disfrutar.

Hubo una época en la que estuve desatado, lo propio de la adolescencia y las primeras veces… y cuando cogí carrerilla, follaba como un cosaco con cuanta tía se me ponía a tiro. Especialmente en los períodos en los que Fran venía de Madrid al pueblo en vacaciones. Era mi mejor compañero de correrías y los dos triunfábamos siempre. El hecho de que mi amigo viniera de la

capital se convertía en la novedad esos veranos o navidades y atraía a las chicas como moscas a la miel.

Era un ritual que se convirtió en rutina. Salíamos con el grupo y, cuando llegaba el momento, se nos acercaban chicas —o nos lanzábamos nosotros— y entablábamos conversación. Al rato, desaparecíamos con ellas mientras el resto se quedaba tomando algo o bailando en la pista de la disco o *pub* de turno. Recuerdo cómo me di cuenta de que eso a Isa no le gustaba nada, cuando un sábado noche, al volver de estar con un cañón de tía que me había trajinado momentos antes —y de la cual no sabía ni su nombre—, ella no me dirigió la palabra en todo el rato que seguimos por ahí de juerga con el grupo. Cuando la acompañé a casa horas después y le pregunté el motivo por el que estaba tan seria, se limitó a mirarme mal y no respondió. Simplemente dio media vuelta sobre sus pasos y entró en su casa, dejándome flipado sin entender nada.

«¿Qué bicho le ha picado?», pensé.

Se pasó días ignorándome, hasta que una tarde, ya cansado de la situación, la esperé a la salida de la biblioteca con un montón de bolsitas de chuches enanas. Isa es el terror de las golosinas, las devora y le gustan todas, pero sobre todo las de tamaño mini que toda la vida hemos compartido los dos. Y aquella fue la primera vez que tuve delante de mí a la *Isa mujer* además de a la *Isa amiga*.

—Sea lo que sea que haya hecho, ¿me lo explicas? Incluso sin saberlo, ¿me perdonas? —le pregunté, ofreciéndole las golosinas de manera teatral como si fuera una ofrenda a la Virgen—. No aguanto que me ignores, ¡joder!

—¿Quién te ignora? ¿Yo? En absoluto… Y, además, no tengo nada que perdonarte. Con tu vida puedes hacer lo que te salga del pito, que por cierto es lo único con lo que piensas… —me soltó, enrabietada como una niña pequeña.

—Para, para… ¿Qué coño me he perdido?

—Si hay algo que precisamente no te pierdes es ninguno de esos… Como siempre, tú a lo tuyo.

—¿Cómo dices? —le pregunté, alucinado, entendiendo a la perfección lo que acababa de decir.

«¿Dónde estaba Isa y quién era esa chica que tenía enfrente?».

—Nada, no he dicho nada. ¿Qué haces aquí?, ¿te ha dado plantón alguna amiguita y estabas aburrido?

—Ohh, así que es eso… No me digas que mi pequeña Isa está celosona —indagué yo, medio en serio medio en broma, clavando mi mirada en la suya, pues me estaba dejando a cuadros con sus comentarios y con ese carácter tan endemoniado y *sexy* que le desconocía.

—Eres idiota y solo sabes empeorarlo, por si no te has dado cuenta. ¿Celosa yo y por ti? Cuando los sapos bailen flamenco, como decía la canción…

—Y si no son celos, ¿puedes explicarme por qué llevas casi una semana sin hablarme y me sueltas que solo pienso con el pito y que si mis amiguitas…?

—Primero, no vuelvas a tratarme como si fuera un bebé, porque quiero matarte cada vez que lo haces, por si de eso tampoco te has dado cuenta. Y es la verdad, solo piensas con lo que tienes entre las piernas y pasas de todo el mundo.

—Te equivocas, Copito. Créeme, si ahora te veo como algo, no puede ser más lejano a un bebé —solté sin filtro, porque esa faceta suya, enfurruñada, me estaba poniendo muy burro—. Si solo pensara con *eso*, como tú dices, con lo *sexy* que estás cuando te picas así, que por cierto es algo nuevo… ¿No crees que en este momento ya te habría cogido en volandas y te hubiera comido toda la boca, para después comerte todo lo demás, ya que según tú no me pierdo

ninguno? —terminé la frase, observando cómo su cara iba enrojeciendo a pasos agigantados.

Hablé sin pararme a pensar, porque siempre me ha pirrado el jugueteo y, precisamente, hacerlo con ella esa tarde, despreocupado, sin ni siquiera habérmelo planteado nunca antes, fue lo que, paradójicamente, marcó el resto de mi vida.

—Déjame en paz y no te rías de mí —atinó a decir, con la mirada baja—. A ti solo te gustan las tías esas con las que te restriegas mientras bailas, esas que tienen bien de tetas, unas buenas minifaldas para que les metas mano todo lo que te da la gana, sin cortarte un pelo, y está claro que el cerebro de mosquito, que te bailen el agua y lo que no es el agua. Yo, debe de ser que no soy digna de ti para esos jueguecitos, porque no sabes ni que existo como mujer con esa idiotez tuya de tratarme siempre como una niña de dos años. ¿Acaso crees que sigo jugando a vestir muñequitas?

—¿Y tú cómo sabes lo que me gusta a mí? ¿O lo que hago o dejo de hacer? ¿Tanto te has fijado? —la chinché para provocarla, consciente de que realmente me estaba resultando muy apetecible en ese momento al verla tan encorajinada—. ¡Vaya, vaya, de lo que se entera uno! Se me ocurren un par de jueguecitos que tienen que ver con vestir y desvestir… ¿Te apetece probar?

—¿Por qué no te vas a buscar a una de esas tías y te la cepillas para quedarte tranquilito y a mí me dejas en paz? Este rollo que te traes ahora de golpe me parece ridículo por tu parte.

—No me voy a ningún sitio ni con ninguna porque donde quiero estar es aquí, contigo, y no, no pienso irme hasta que dejes de estar enfadada conmigo —le aseguré, serio—. ¿Me das un besito?

—¿Un besito?, ¿tú estás de coña?

—De golosina, mujer… No he dicho nada extraño. Siempre las compartimos, ¿qué hay de raro ahora en hacerlo? Si no quieres beso, dame una fresita o nubes, anda —pedí guasón, tonteando con ella—. A ver si llega Navidad pronto para inflarnos a mojar.

—Serás cerdo.

—Las chuches en chocolate, mujer, como siempre… Uy, uy, uy, Isa, qué malpensada te veo hoy. Tienes la mente sucia. O tal vez jaranera. Dime, Copito, ¿de qué tienes ganas?

—¿Ganas? De perderte de vista y no compartir contigo nada…, ¿qué te parece?

—Venga, déjate de rabietas, que no te pega nada enfadarte conmigo. Enséñame una sonrisita de las tuyas, de esas dulces que dejan ver todos los dientes —le bromeé, rodeando su cuello con mis manos y dibujando una breve caricia con mis pulgares sobre sus mejillas para destensarla.

—Toma, anda —me dijo por fin, resignada, mostrando una leve sonrisa y dándome una—. Y tú ya mojas… no necesitas que llegue Navidad para inflarte más, bonito.

—¿Y tú? ¿No mojas? ¡Será porque no quieres! —No sé por qué de pronto me picó la curiosidad y quise saber más, quise llevarla a un terreno que nunca habíamos pisado juntos, pero que me atraía sobremanera de pronto.

—A ti te lo voy a decir —respondió, de nuevo sonrojada.

—No tienes que contármelo si no quieres, pero… hagamos las paces —dije levantando la chuche que me había dado y enseñándosela—. ¿Quieres compartir una conmigo como el espagueti de *La dama y el vagabundo*? Que sepas que algún día lo desearás y, no solo eso, sino que además siempre que las comas vas a recordar esta conversación y, por ende, a mí, y te van a entrar ganas de mojar y no precisamente en chocolate, chata —la provoqué, picarón, a sabiendas de que la estaba llevando al límite con mis comentarios descarados y con lo tímida que ella era.

—Eres un poco tonto, ¿no?

—Sí, la verdad es que un poco tontorrón sí que me estás poniendo, nena… Venga, muerde, ¡cómetela…!

—Ay, Rubén, qué guarro eres, tío. Te dan la mano y te coges el brazo entero.

—Tú dame lo que quieras y ya veremos lo que cojo, ¿no? O mejor aún, dime tú qué quieres que haga.

—Venga, va. Compartiré contigo otra fresa y marchando. —Me sonrió—. Vamos para casa y así te pierdo de vista cuanto antes. Dúchate con agua helada, porque jolín, ¡cómo estás hoy!

—¿Igual de atractivo y *sexy* que siempre?

—Encima egocéntrico y creído… ¡Camina, anda! —finiquitó la conversación, y menos mal, porque se me había ido de las manos.

No sé qué me picó en ese momento, pero tenía frente a mí a una Isa que desconocía y que me había excitado demasiado al seguirme la corriente.

«*Wow*, joder con la pequeña Isa».

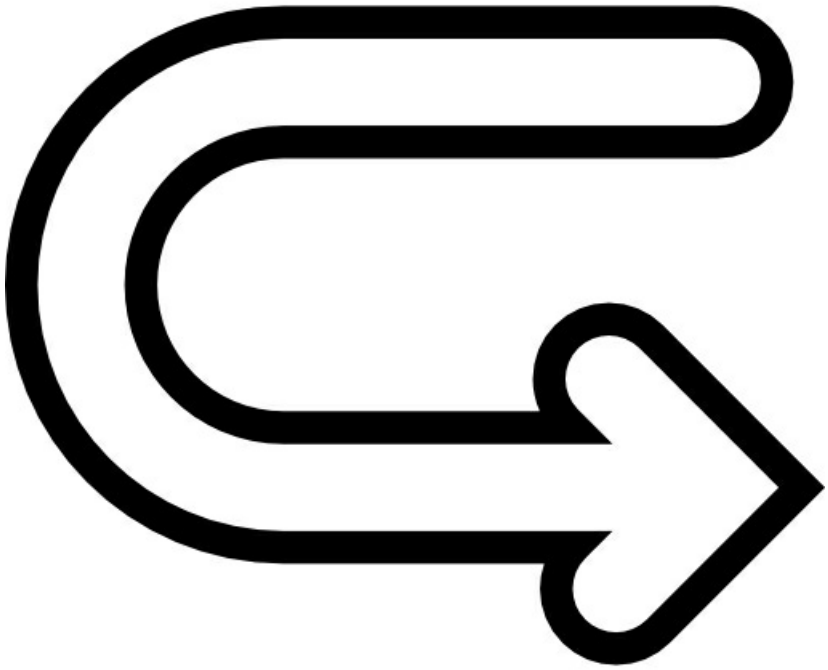
Aquel anochecer la dejé en su puerta, después de compartir unas cuantas chuches más, y me fui a casa empalmado. Me encantaba el jugueteo, igual que a Fran… éramos los reyes en ese sentido y nos lo pasábamos teta con unas y otras. Lo que no esperaba ese día era que nuestra Isa, tan tímida e inocente ella, resultara ser tan viva y me siguiese el juego como lo había hecho…

Me puso en guardia con apenas tres comentarios y me dejó con ganas de probar sus labios tras contemplar cómo saboreaba las golosinas. Cada vez que se introducía una golosina en la boca mi vista se nublaba y, cuando la veía relamerse con ganas y arrastrar con la lengua los restos de azúcar que le quedaban en los labios, casi exploto dentro de los pantalones. Quise probarla, ser yo quien retirase esas microscópicas partículas terrosas que le quedaban dejando pegajosa hasta la comisura.

Sí, repito, aquella fue la primera vez que reparé en ella como una mujer, porque hasta ese momento era solo mi amiga, esa que siempre había despertado en mí ganas de protegerla del resto, ganas de cuidarla como a las otras chicas del grupo, pero lo cierto era que ella siempre había sido más especial, la había visto más frágil que a las demás, incluso más niña, aunque, a partir de ese día, la cosa cambió.

Desde luego, ahí empecé a verla diferente, de otra manera, y entre nosotros dos, para bien o para mal, ya no volvimos a ser los mismos. Empezamos a tontear como dos chiquillos mientras todo se iba enredando sin darnos cuenta.

«Malditos impulsos».



Y aquí estoy…, jodido día el de hoy. Me acabo de enterar de la bomba, de que se va… y sigo sin reaccionar.

«¿Hasta qué puto punto me afecta su marcha?

¿Por qué me siento así de enrabietado?

¿Por qué no me ha dado igual?

Porque es Isa, mi Isa, y es importante en mi vida».

Se va del pueblo y no ha tenido narices de contarme sus planes. Me he enterado a la par que el resto del grupo.

«Qué poca consideración después de todos los momentos que hemos pasado juntos. Nuestra amistad es especial y va y se comporta así…».

¡Qué cojones!, no puedo engañarme. Lo nuestro no es amistad, pero sea lo que sea que tenemos o hemos tenido, lo que sí es, es especial. Aunque luego hace las cosas como ahora, esto de irse así, y lo cierto es que odio cuando le dan rabietas de niña chica.

Nosotros no tenemos una relación ni vamos a tenerla, siempre lo hemos tenido claro, bueno, por lo menos yo, pero últimamente parece que siempre pasa algo que lo estropea todo, como el último día aquí mismo, en esta puerta que tengo detrás, aquí fue donde empezó el principio del fin… Esa noche, esa jodida y oportuna noche…

Si ha decidido irse así, no seré yo quien vaya detrás mendigando para que me cuente sus planes, cuando luego ni siquiera me deja explicarme o me da la oportunidad de hablar las cosas. Seguro que tiene que ver todo con aquella noche, si me hubiese escuchado puede que las cosas no fuesen así, pero, como siempre, se cerró en su idea y nunca quiso dejarme hablar, explicarme.

«Ya volverá con el rabo entre las piernas…».

Decido irme a dormir también, porque darle vueltas a todo no me está ayudando nada a ver

con claridad las cosas; y conforme soy más consciente de que se marcha y he tenido que enterarme como cualquiera del grupo, me encabrono todavía un poquito más.

— CAPÍTULO 4 —

Tras la bomba viene la despedida

ISA

Abro los ojos demasiado temprano por culpa de la luz que entra por las rendijas de las viejas ventanas de madera que hay aquí en el salón, donde dormimos todos siempre que nos quedamos en la casa de campo de Rubén. Reparo en que todo el mundo continúa durmiendo y me permito mirarlo a él, como cualquier criaturita contemplando un puesto de algodón de azúcar en la feria. Lo observo como tantas otras veces he hecho cuando hemos pasado la noche juntos. Es tan guapo, tan atractivo, con esa cara de canalla que tiene, que haga lo que haga me sigue volviendo loca de remate. El pelo rubio oscurecido, casi castaño claro y revuelto, le sienta genial, le da aspecto de modelo. Es mi Ken particular y no tiene nada que envidiar al de la Barbie.

Sus ojos, esos que tantas pasiones levantan…, están cerrados, pero yo tengo su mirada clara grabada a fuego en mi mente, y parece que mi cuerpo reacciona ante lo que siento cuando me mira fijamente, como si con un solo repaso de arriba abajo me desnudara. Lo contemplo extasiada, en el fondo deseando pegarme a él y acurrucarme bajo sus fuertes brazos al calor de su pecho, pero no puedo. Ya no quiero hacer eso, aunque, siendo sincera, me encantaría que no hubiera sucedido nada, que todo fuese como siempre, pese a nuestras normas no escritas, y poder acercarme para disfrutar de su olor dulce y de él, una vez más. Seré masoca y medio lela, sí, pero aun enfadada con él tengo esos pensamientos. Es algo parecido a la gula, al igual que no puedes comer un kilo de fresas con nata del tirón para no morir de sobredosis de azúcar, no puedo volver a probar a Ken porque sería un caramelo envenenado. Además, a él le va todo lo que se mueve, por lo que tampoco se merece que yo siga centrando mis pensamientos en él como una boba después de todo lo que ha pasado.

Entonces veo que se empieza a remover y, automáticamente, de un saltito, me levanto y me pongo en pie dispuesta a empezar el día tan largo que me espera.

No soy la única y, antes de que me dé cuenta, cuando vuelvo del cuarto de baño, ya están todos despiertos comentando la noche que hemos pasado.

Rubén me observa en la distancia. Yo le devuelvo la mirada sin achantarme… y cuando creo que va a venir hacia mí, se vuelve dando media vuelta en dirección a las ascuas de la chimenea para reavivar el fuego y calentar café.

«Venga, Isa, que lo que parecía una escena de película romántica, donde el prota va hacia la chica mientras se miran fijamente, se acerca para pedirle perdón y se reconcilian a besos, se ha quedado solo en tus sueños con este garrulo».

No sé por qué narices no aprendo y en el fondo sigo esperando algo de él, si ya me quedó claro hace no mucho que siempre es lo mismo, una decepción detrás de otra. No vale la pena seguir fustigándome por él y haciéndome daño.

«De nuevo no piensa decirme nada». La cruda realidad es que ya puedo irme, quedarme, vestirme de travesti o meterme a monja, que el efecto que voy a producir en él va a ser el mismo, es decir: ninguno. Entonces, en un arrebato, anuncio que me marcho ya a casa porque tengo mucho que recoger y, aunque no lo digo, la realidad es que necesito salir de aquí y no estar en la misma habitación que él más tiempo con esta mierda de situación, sin hablarnos, como si

fuéramos dos desconocidos.

«Sigo sin comprender cómo hemos acabado con esta frialdad entre nosotros. Bueno, mentira…, sin aquella maldita noche de final del verano, igual hubiéramos avanzado para bien y no al revés».

Todos insisten en vernos por la tarde en El refugio, uno de los locales del pueblo y nuestro centro de reuniones, para despedirnos de manera oficial y tomarnos una última cervecita. Asiento, indicándoles que a las nueve estaré allí, y digo adiós en alto para no tener que andar besando a unos y otros y, en especial, por no tener que acercarme a él después de lo mal que se está comportando, porque no merece ni un esfuerzo más por mi parte.

Salgo de allí y respiro aliviada. Tan solo falta la quedada de esta noche y dejaré de verlo por un tiempo, que es lo que necesito como el comer o el respirar para poder avanzar.

Llego a casa triste, decepcionada e insatisfecha. En algún punto de mi cabeza, puede que albergase la esperanza de que Rubén hablase conmigo al saber que me iba o incluso yendo más lejos, que me hubiese dicho un «no te vayas» o incluso un inimaginable «vamos a intentarlo de verdad», pero eso estaba clarísimo que no iba a pasar nunca, no puedo engañarme. Esta noche era cuando ha tenido la oportunidad de que hablásemos, de pedir perdón, y ahí sí le hubiera dejado explicarme todo aquello, pero la ha tirado a la basura. Y en vez de quedarme con eso, sigo con ideas bobas, romances ideales de cuento en mi cabecita soñadora.

«Céntrate, Isa, *jobá*, que eso solo pasa en las películas de después de comer, donde la chica se va y el novio, cuando se entera, va corriendo y se presenta en el aeropuerto con el ramo de flores para impedir su marcha o, mejor aún, para irse juntos a vivir una vida nueva en otra ciudad».

Decido ocupar mi tiempo en terminar las maletas, llamar a la inmobiliaria del piso que voy a ver en cuanto llegue a la capital, para que, por favor, no lo vayan a alquilar antes porque lo quiero para mí y, lista de pendientes en mano, voy tachando todo lo que me queda por hacer, sin que se me vaya de la cabeza la quedada de la noche y el momento en el que me despida de una vez por todas de él. «¿Cómo será?». Los nervios se instalan en mi estómago y me acompañan el resto del día. Parece que me voy a la guerra, pero es que es un paso demasiado grande para mí, dado todo lo que siento y lo mucho que voy a dejar atrás.

Las nueve no tardan en llegar. Estoy inquieta, no sé en qué plan estará el susodicho y eso me tiene con el corazón en la boca. Aunque suene mal, espero que el rato pase rápido. Me da pena pensar así de quedar con mis amigos, pero mis circunstancias son las que son y ahora yo soy mi prioridad. He tardado en entenderlo, pero ha llegado el momento de mirar por mí y no por el resto.

Cuando llego, la mayoría están ya esperándome en una mesa. No hay rastro de Fran, de Carlota, ni de él. Sin poder evitarlo, pienso que llegarán juntos los tres, pero para mi sorpresa la pareja entra en el bar justo en ese momento y Rubén no va con ellos. Se hace el silencio, aunque en realidad se nota que todos, extrañados, se preguntan mentalmente dónde está mi mejor amigo que no viene a despedirse de mí.

El misterio se resuelve cuando Dani, otro amigo nuestro, recibe un mensaje suyo anunciando que no puede pasarse.

«¿Y ahora esto a qué viene? La enfadada, dolida y ofendida por sus actos soy yo, y no él».

—Espera, que te leo lo que pone —dice Dani.

—Tranquilo, no hace falta. Si ya estamos todos, pidamos una ronda que a esta invito yo —respondo, indiferente, haciendo la mejor interpretación de mi vida para que no se note el chasco que acabo de llevarme y que estoy a puntito de echarme a llorar.

Me dirijo a la barra.

—Te ayudo —me indica Fran, quien no había llegado a sentarse.

Pedimos y mientras esperamos no hace falta que yo pregunte dónde está mi ¿no ex?, si es que puede considerarse así.

—Me da vergüenza ajena cómo se está comportando. No puedo decirte nada ni disculparlo, pero no ha sido capaz de venir, estoy seguro —explica él.

—No es tu culpa ni tienes que decir nada. Conociéndolo, con lo orgulloso que es, estará enfadado por no haberle dicho a él antes que al resto que me marchaba, y no se va a bajar del burro —aclaro yo.

—Confío en que no sea solo por eso y se dé cuenta de que lo que tenéis es mucho más que una amistad y le jode perderte —apunta Fran.

———No me digas eso, no quiero seguir creyendo cosas ni haciéndome falsas esperanzas con algo que nunca va a pasar. Tu amigo es demasiado particular, ya lo sabes. Dice unas cosas y hace otras, es complicado saber lo que piensa si no lo dice. Pero lo que está claro es que no es él quien tiene que estar esta noche molesto.

—Ten por seguro que no ha sabido gestionar todo esto. No le hagas ni caso, porque tú te quedas amargada, pero a él se le pasará. Ya sabes que le duran diez minutos los cabreos.

—Eso es lo peor, que él se quedará como si nada y yo me llevo puesto el chasco. No me creo que no vaya a despedirse de mí.

—Ay, pequeña, cómo te vamos a extrañar. Carlota te va a echar tanto de menos que estaremos en nada allí visitándote.

—Me haríais feliz. Sabes que me va a costar mucho alejarme de aquí, de vosotros y sí, de él, pero tengo que poner un poco de distancia y salir del pueblo; es la única manera de aclararme y dejar de sentir las cosas que siento y que no van a ningún lado, porque así no puedo seguir. He tardado en darme cuenta, pero mejor tarde que nunca.

—Olé por ti y por tu valentía. Me da pena por Rubén, porque es un capullo que no ve más allá de sus narices ahora mismo, pero confío en que se arrepienta. Aun así, toma —dice dándome un papel con varios números—, es el teléfono de mi amigo Carlos. Le he hablado de ti. Llámalo si te aburres algún día y tómate un café con él. Será el mejor guía que puedas tener.

—¡Gracias! Igual algún día me animo y le pego un toque.

—Eso es lo que tienes que hacer: salir, conocer gente, divertirte…, pero no te olvides de nosotros.

—Eso nunca.

Después de tres rondas, varias raciones de torreznos de Soria, bravas y unos chupitos, llega el momento de decir adiós. Me abrazo con fuerza a cada uno de ellos prometiendo volver para la despedida de soltera.

Carlota llora y yo me muero de pena de pensar que me voy, cuando es lo último que quiero, y encima la dejo sola con los preparativos de su boda. Cómo me gustaría poder compartir todo eso con ella, acompañarla en las cosas en las que Fran no va a participar y ayudarla, pero las circunstancias son las que son. El nudo en la garganta aprieta y me esfuerzo para evitar que las lágrimas empiecen a brotar de mis ojos. No quiero parecer triste ni hacer dramas, cuando lo que debería estar es ilusionada y contenta ante esta nueva etapa en mi vida. Pero no me voy a mentir a mí misma, cuando lo que estoy es rota por dentro, además de llena de miedos ante lo desconocido, ante una ciudad que me impone demasiado y que no si podrá conmigo o yo con ella.

«Sí, soy provinciana y a mucha honra».

Nos abrazamos con ganas, aunque ambas sabemos que nada cambiará y que siempre

estaremos ahí la una para la otra.

Me voy con el corazón hecho añicos, pisoteado, y con el orgullo por los suelos; eso sí, convencida de que voy a tratar de olvidarlo y de que lo conseguiré, porque si no después de todo sería para darme dos tortas bien dadas, pero me llevo el amor de todos mis amigos y de mi familia, lo que es el mayor tesoro que puedo tener. Me sobrepondré y empezaré de cero yo sola, como siempre he hecho. Estar fuera me va a servir para crecer aún más como persona y para ponerme a prueba en situaciones de la vida por las que aún no he pasado, salvo en mi etapa de estudiante en Salamanca. «Pero no tiene nada que ver». Una nueva ciudad, vivir sola en un piso, si consigo trabajo, quiero trabajar… sin duda todo un reto para alguien como yo, tan tímida, tan apegada a mi vida en el pueblo y a mi familia, y sobre todo tan celosa de mi intimidad. Alguien que se va enamorada como una idiota y que tiene que aprender a superarlo, cueste lo que cueste. No me he ido aún y ya quiero volver. ¡Qué triste!

— CAPÍTULO 5 —

El arrepentimiento versus el orgullo

RUBÉN

No he sido capaz de ir a las cañas en El refugio. Me da pena despedirme de ella y a la par me enfada que no me haya tenido en cuenta. No es que tuviese que preguntarme ni servirle mi opinión, pero qué menos que hacerme partícipe, eso sí me lo merecía después de todo. He dudado mucho, pero he decidido no acudir porque no entiendo que se vaya. No lo comparto y me parece una idea absurda y estúpida. Por supuesto, no voy a ser hipócrita y no voy a decir que me alegro de que se marche y que empiece una nueva vida y bla, bla, bla… como harán todos los demás. No, no quiero que se aleje, preferiría que se quedase aquí, con nosotros, como siempre… conmigo. Suena egoísta, lo sé, pero yo no sé ser de otra manera y es lo que pienso.

Quizá me contradigo, pero lo cierto es que ya no sé ni qué pensar. La noticia me ha pillado tan de sopetón que me ha dejado fuera de circulación. No me gusta la idea de pasar por su casa y no poder subir a verla porque no estará. Tampoco soporto imaginar que cuando vaya a la cooperativa en su mesa de trabajo habrá otra persona. Esa mesa donde tantas veces he estado dándole la tabarra y haciendo el gamba con ella, día a día… No, no me gusta nada que se vaya, además, en el peor momento, cuando más frío está todo entre nosotros tras aquella maldita noche.

«¿Tendrá algo que ver en su decisión de irse? No, porque eso significaría… no, no».

El problema es que no entiendo esa decisión de largarse de Montaves, así a la ligera, de golpe y porrazo, como si fuera a apagar un fuego, tan deprisa y corriendo. ¿Qué necesidad hay si su vida está aquí? Si hay alguien, entre toda la gente que conozco, enamorada de este pueblo, esa es Isa. Es feliz aquí, en su día a día tranquilo, con su trabajo, ayudando a su familia y a Carlota con el hotel rural. Y, por supuesto, conmigo en los ratos que nos dedicamos cada vez que nos apetece.

«Ya se fue a estudiar a la universidad y fue una mierda todo sin ella». Pero esto no es igual, se va porque le da la gana, es una huida en toda regla, se aleja de aquí como una fugitiva, aunque por más que lo pienso no consigo ver qué hay detrás de todo esto.

No entiendo por qué tiene que irse a un sitio del que siempre ha renegado cada vez que Fran nos hablaba de su vida en Madrid. En aquel entonces, decía que ella no podría vivir en un sitio así, que se agobiaría con tanto estrés, que se moriría de ansias en el metro, con las distancias… y ahora nos sorprende con que se muda precisamente allí de la noche a la mañana.

Desde que nos dio la noticia ayer me siento raro, contrariado, incluso furioso. Quizá por eso no reaccioné de la mejor manera, pero es que no me gustó nada el anuncio. Para mí ella es importante, es Isa, ¡joder!… y en ningún caso contaba con que fuese a desaparecer de mi vida así, sin avisar. Nosotros siempre hemos sido un poco *pack*, desde críos, y ahora hacerme a la idea de que se va sin fecha de vuelta, me está torturando la sesera.

Cuando lo soltó, vi que todos se alegraban, saltaban… tan contentos, y yo, en cambio, no fui capaz de alegrarme como ellos. Al revés, sentí algo parecido a la frustración. Un nudo en la garganta que no supe entender mientras me asaltaban un montón de dudas y preguntas que tenía que haberle hecho, pero que no dejé que salieran de mi boca. Me pudo el orgullo, tal vez el

enfado, y así actué en consecuencia. Pero lo mejor de todo, por más vueltas que le he dado, es que aún no entiendo qué me pasó, por qué me sentí de esa manera y cuál fue el motivo para reaccionar así. «Mis arrebatos de mierda…».

Me estará odiando por no haber ido a decirle adiós, pero no iba a hacer algo con lo que no comulgo, y sé de sobra que estará que se sube por las paredes, me habrá dedicado para sí misma ochenta mil insultos sin verbalizarlos, claro —Isa no suele decir tacos ni hablar mal—, pero he actuado como me ha salido del alma, de verdad, con lo bueno y con lo malo porque no sé ser falso, no sé mentir y no sería capaz de ir a decirle que qué felicidad que se marche cuando pienso y siento todo lo contrario. Quizá tenía que haber ido y haber hecho el papelón de mi vida en la despedida, pero siento no haber podido. No valgo para eso y si me hubiese presentado allí quizá habríamos acabado discutiendo como las últimas veces, y tampoco era plan de amargarle las cañas de despedida con el resto.

Debería desearle lo mejor para esta nueva etapa, puede que fuera lo correcto, pero es que de verdad pienso que esa no es la mejor opción para ella. «¿Y qué es lo mejor?». No lo sé, no tengo respuestas para todo, pero alejarse de su familia, de sus amigos, incluso de mí, diría que no es algo que debiera hacerla muy feliz. «En definitiva, mejor no haber aparecido por El refugio».

—Siempre puedo escribirle y justificarme, ¿no? —me digo en voz alta, sin saber si sería lo correcto.

Después de todo lo que hemos vivido juntos, despedirme con un mensaje sería una puta cerdada y más aún cuando debe de seguir enfadada conmigo. Igual sí que tenía que haber ido esta noche, haberme plantado frente a ella y haberla obligado a que hablásemos de una jodida vez, porque se va encabronada y lo sé a ciencia cierta. Pero es culpa suya por no haber consentido en escucharme cada vez que intenté explicarme, contarle cómo sucedió todo…

En el fondo soy un tonto, y cada vez que me ponen la ocasión a huevo la cago, porque la otra noche, en el campo, podía haberle aclarado el malentendido de la última vez y no tuve cojones a hacerlo después de la noticia. No pude, no me salió, me quedé bloqueado y no dije esta boca es mía. Para colmo, la conozco y sé que se quedó esperando que me pronunciase sobre su marcha, pero no lo hice. Total, ¿qué iba a decirle?

Fran intentó convencerme. Me hizo ver lo que Isa me importa, que es mi amiga y lo que yo le importo a ella, cosa que no hacía falta, ya que eso es algo obvio. Si él supiera realmente lo que hay… Quizá me haya comportado con él como un amigo de mierda. Tal vez debería sentarme y contarle todo lo que le he ocultado estos años sobre lo que había entre Isa y yo, pero es que a mí no me salen esas conversaciones sobre sentimientos que la gente tiene. Yo no valgo para darle vueltas a las cosas. Para mí la vida no es comerse la cabeza con lo que puede pasar, sino que me dedico a vivir el momento y el hoy. Siempre he pensado que el mañana puede depararnos cosas maravillosas u horribles y, como en un instante todo puede cambiar, no merece la pena perder ni un minuto pensando en qué sucederá ni con quién. Y tampoco me gusta nada hablar sobre mí. En ese aspecto tal vez sea demasiado cerrado, hermético, pero no veo la necesidad de proclamar mi vida a los cuatro vientos.

«Para eso ya están las adorables vecinas que sin saber se inventan la mitad y esparcen noticias a la velocidad del rayo».

Por eso nunca, a lo largo de todos estos años, le llegué a explicar que Isa y yo nos liábamos. Tampoco él me preguntó, porque en eso nos parecemos. No somos de meternos en cotilleos ni en asuntos sentimentales. Tampoco nunca nos parábamos a contarnos lo que pasaba con cada tía con la que nos íbamos a la cama, porque esas cosas son privadas. Preferimos tomarnos unas cañitas viendo el fútbol. Puede que seamos básicos, pero así somos y no necesitamos el

chismorreo para pasarlo bien entre nosotros.

Me insistió en que no siguiésemos enfadados y lo arreglásemos antes de irse ella. Me sentía tan raro, tan confundido, que tampoco quise escucharlo, lo mandé a la mierda y a que se metiera en sus putos asuntos. Nosotros somos así, pero sé que me perdonará cuando lo llame, y más si le cuento el resto.

Lo cierto es que desde que sé que Copito se larga no pienso en otra cosa, no hago nada más que darle vueltas al temita y, no solo eso, sino que encima estoy que no me aguanto ni yo, y ni siquiera lo entiendo.

Me siento culpable de que mi mejor amiga se marche así conmigo y no haber hecho nada por evitarlo, pero es lo que ella se ha buscado. Si me lo hubiera contado… Si hubiésemos hablado como las personas normales… Si no fuera tan cabezota y yo tan imbécil. De hecho, se debe de estar yendo en estos momentos o…, tal vez, aún está en el pueblo, y yo ya la echo de menos.

«¿Qué cojones me pasa? ¿Es normal esto? Será la culpa porque se va mosqueada conmigo y a ver eso quién lo arregla…, pero ella lo ha querido así».

— CAPÍTULO 6 —

Próximo destino: Madrid

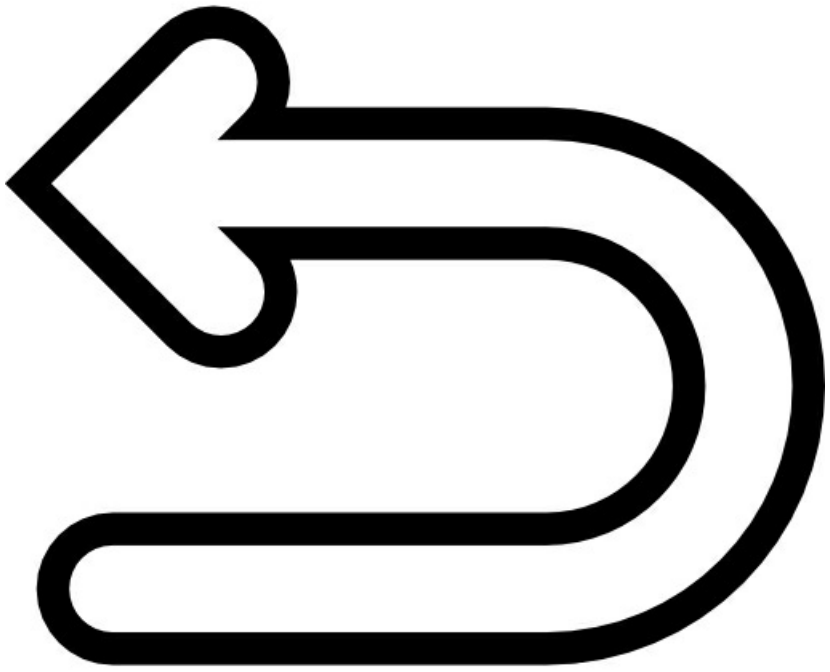
ISA

Lo peor ha sido la despedida de mi familia. Bueno, mentira, lo más doloroso ha sido que él no apareciese a darme un abrazo, pero lo segundo peor es dejar atrás a mis padres, a mi gente, dejarlos en el andén y subirme al tren con un nudo en la garganta, pero no podía permitir que me vieran partir llorando, sino todo lo contrario. Quería que me vieran feliz, como si me fuera a cumplir un sueño, pero nada más lejos de la realidad. Eso sí, en cuanto los he perdido de vista, no he podido contener las lágrimas. Ya no tenía motivo para aguantarme y las he dejado fluir.

Llevo días reprimiéndolas y aquí estoy, sentada en el tren, en un mar de sollozos. Dicen que llorar libera, que es bueno, por lo que dejo salir todo lo que llevo dentro, con amargura. Lloro por mí, por ellos, pero, sobre todo, lloro por él, por los dos, por *lo nuestro*, por lo que podía haber sido y no fue… ni nunca será. Lloro por todo el tiempo perdido, por las muchísimas horas invertidas en pensar en él, en Ken. Mis lágrimas son por tonta, por boba, por ser demasiado inocente y haber creído en algo que estaba claro que no podía ser.

Llorar también agota, porque sin darme cuenta me quedo dormida y cuando despierto han pasado como dos horas. Reparo en que he soñado con Rubén, un sueño raro que mezclaba los primeros tonteos con la primera vez que nos besamos, bien jovencillos. Miro el reloj y soy consciente de que queda como la mitad del camino, por lo que me permito recrearme en ese *flash* de aquel momento.

Lo sé, soy un poco masoca, pero también realista y plenamente consciente de que olvidarlo no va a ser cuestión de días y, por tanto, doy por hecho que durante un tiempo me alimentaré de todos los recuerdos que tengo con él, hasta que llegue el instante en que no los necesite para avanzar en mi rutina. O lo que es lo mismo, hasta que llegue el día en que no duela, en que deje de pensar en él… si es que soy capaz de lograrlo alguna vez.



Mi mente vuela a aquellos tiempos, al principio del todo, cuando me di cuenta de que Rubén me gustaba mucho, demasiado y no podía evitar que me molestase verlo tontear y ligar con unas y otras cada vez que salíamos en grupo. Me daba coraje ver cómo todas las chicas se le acercaban, se arremolinaban en torno a él como moscas en un mojón y cómo él, encantado de la vida, les daba carrete. Ken, además de increíblemente guapo, ha sido el típico golfo, guaperas, despreocupado, que siempre acababa desapareciendo en mitad de la noche con alguna rubia de esas que parecen modelos de las revistas y los anuncios de la tele… y yo, en cambio, me quedaba mirando la escena como una imbécil que se había enamorado de él hasta las trancas desde que tenía uso de razón y a la que él siempre iba a ver como una amiga, como su mejor amiga y nunca como algo más.

Una amiga a la que, según decía él mismo, siempre iba a cuidar, proteger y querer como una hermanita. ¡Tócate el pie y a mí tócame otra cosa!

Se portaba bien conmigo, demasiado bien, fraternalmente hablando. Siempre ha sido atento, cariñoso y protector. Estaba pendiente en todo momento, eso era cierto, y se preocupaba mucho cuando me pasaba algo. Es lo que tiene conocer a alguien desde que eres pequeño. Se había creado un vínculo especial desde siempre y una conexión difícil de romper, ya que iba afianzándose más a lo largo de los años.

Crecimos juntos, íbamos al cole juntos, jugábamos juntos y cuando comenzamos a hacernos mayores, incluso la tarea hacíamos juntos. Empezamos a salir de paseo y nos tirábamos horas comiendo pipas y bebiendo refrescos en los parques, hasta que tuvimos edad e hicimos nuestras primeras incursiones en los bares del pueblo y más adelante en las casetas de las fiestas de Montaves y alrededores.

Después, los chicos siempre se dividían para acompañarnos a las chicas de vuelta a casa y él y

yo siempre acabábamos solos, en los escalones de mi portal, riéndonos, comiendo golosinas enanas, comentando la noche y arreglando el mundo. Nos podían dar las mil y no nos cansábamos de hablar o, por el contrario, volvíamos cansados y aunque estuviésemos en silencio, tirados cabeza con cabeza, dejábamos pasar las horas hasta que recibíamos el nuevo día, pero juntos. Entonces, cuando ya había amanecido, aprovechábamos para ir a desayunar churros y llevarlos a casa para que nuestras familias desayunasen como reyes.

Por eso, cuando llegaba el verano y Fran volvía al pueblo, muchas veces yo odiaba salir con el grupo. Teníamos dieciocho años y ellos dos ya eran conscientes hacía tiempo de que arrasaban entre el género femenino. Salíamos todos juntos a divertirnos y ellos enseguida empezaban con sus jueguecitos de seducción y de miraditas a unas y otras. No tardaban en verse rodeados de *pavisosas* a las que se les caía la baba contemplándolos. Acudían todas como las palomas al olor del maíz y las miguitas de pan. Los muy capullos se aprovechaban porque sabían que gustaban —y no poco entre el género femenino—, y así se convirtió en rutina que en algún momento de la noche ambos se perdiesen siempre acompañados y luego volvían como si nada después de estar con cualquiera que se les pusiera a tiro.

Cuando fuimos obteniendo los *carnets* de conducir ya nos empezábamos a mover en coche para salir e ir a los bares y fiestas de los pueblos de alrededor. A Laura y a mí nos molestaba lo que hacían ellos, incluso estábamos convencidas de que nos usaban de taxistas para poder correrse sus buenas juergas, porque nosotras no bebíamos y siempre conducíamos. Ellos empezaban y terminaban la noche con nosotros, sí, pero desaparecían durante horas y yo, en especial, empecé a sobrellevar fatal eso de ser su chofer para que saliese a guarrear con otras tías en mi cara, pese a que lo cierto era que nosotras siempre estábamos entretenidas quitándonos chicos de encima.

La noche que estallé fue en una verbena de otro pueblo, ya que estando yo en la cola de un chiringuito para pedir algo de tomar, dos chicas se me colaron de malas formas y, cuando les reclamé cuál era mi lugar, me miraron mal. Las oí burlarse de mí y me llamaron Cásper. Ellas tan rubias, bien peinadas, arregladísimas, tan guapas, tan deslumbrantes, tan todo, y yo… blancucha y del montón. Lo dejé pasar porque nunca he sido conflictiva, pero me sentí mal, como si fuera poca cosa respecto a ellas. Porque no era lo mismo que en modo cariñoso mis amigos cercanos bromeasen conmigo llamándome Copito a lo que hicieron aquellas dos tipejas, mirándome por encima del hombro.

Pero lo peor fue que conforme avanzó la noche, cuando quise darme cuenta, las dos señoritas en cuestión estaban al lado de nuestro grupo y Rubén estaba tonteando peligrosamente con una de ellas. Como de costumbre, al cabo de unos minutos desaparecieron con las rubias, y a los demás nos tocó esperar a que Fran y él apareciesen de donde fuese que estaban para regresar al pueblo.

Me dolió en el alma, fue como un dardo directo al corazón, y en ese momento la noche se me agrió. Cuando se unieron de nuevo al grupo me negué a mirarlo y no volví a coincidir con sus ojos en ningún momento de la velada. Tampoco a dirigirle la palabra. Me daba asco pensar que se había liado con esa tía, y ya no por el incidente previo que no les había contado y me lo había guardado para mí, sino porque me daba coraje el hecho de que les daba igual ocho que ochenta, como decían en el pueblo. Esos dos no sabían lo que era la selección natural, porque todo les valía. Y a mí me repateaba el higadillo ver cómo, en mis narices, el chico que me gustaba se iba con unas y con otras cada vez que salíamos y yo no podía hacer nada por evitarlo.

Aquella noche era Laura quien conducía, y al llegar a Montaves le pedí que me dejara a mí la primera. No quería que se diese la opción de que Rubén se ofreciese a acompañarme, porque en

ese momento solo me provocaba escupirle por cochino. Aun así, él se bajó detrás de mí cuando yo ya había echado a andar.

—Isa, espera… oye, ¿qué pasa?

Silencio por mi parte.

—En serio, ¿no piensas hablarme? ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

—Déjame, ¿quieres? Estoy cansada.

—Cansada…, mis cojones, dime qué ha pasado, porque me lo he perdido.

Silencio de nuevo.

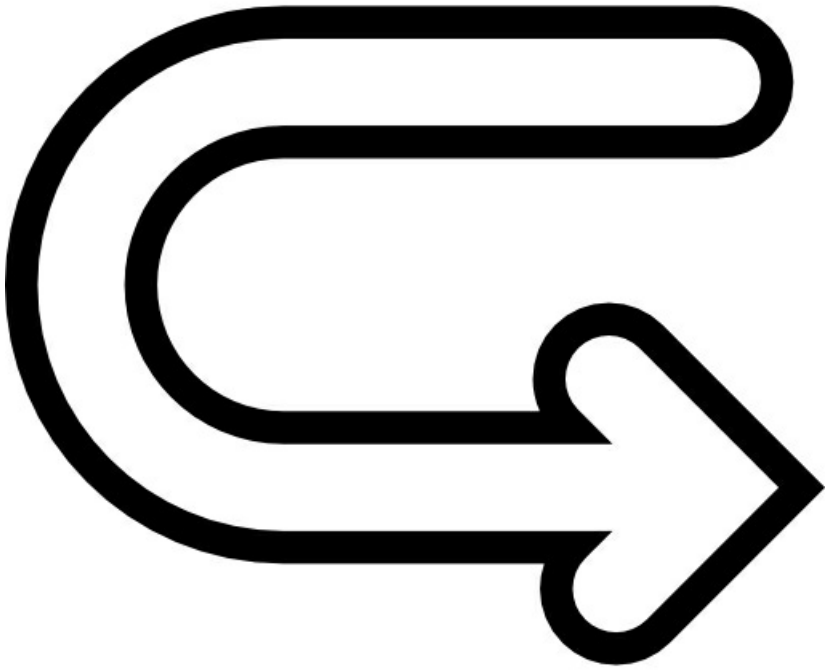
Llegamos a mi portal y, sin despedirme, di media vuelta y entré.

Recuerdo que lloré encima de mi cama durante mucho tiempo, sintiéndome demasiado invisible para él y comparándome con aquella rubia de larga y perfecta melena que llevaba un generoso escote para lucir las pedazo de tetas que tenía. Ese era el modelo de chica que le gustaba a Rubén y yo nunca iba a tener ninguna oportunidad. Y eso que mi pelo era rubio clarito, largo, pero obvio que yo no tenía ese pecho que ella tanto enseñaba, ni iba con la falda tan corta que no dejaba nada a la imaginación, ni me arreglaba tanto como para parecer una barbie recauchutada a pesar de no estar mal de cuerpo. Algún encanto debía de tener cuando los chicos me revoloteaban, pero el que a mí me importaba era él, era mi Ken, y por desgracia él solo me veía como su mejor amiga, casi casi su hermana.

Tras esa noche estuve días sin responderle a sus mensajes, evitándolo, y enfadada con él. Vale que todo estaba en mi cabeza, él no había hecho nada distinto a lo de siempre, pero reventé. Toqué el techo y ya no quería soportar eso por su parte, ni verlo ni hablarle.

Vino a buscarme una tarde a la biblioteca con un montón de golosinas que sabía que eran mi debilidad y me acompañó a casa, queriendo saber qué me pasaba con él. No le conté el incidente de las famosas rubias, pero sí que le dejé entrever que yo no era tan cría como él pensaba. Me limité a demostrarle que yo también sabía tontear, que yo podía jugar como la que más si él me daba alas para poder volar a su lado, seguirle el rollo y darle lo que cualquier tiparraca de esas que tanto le gustaban a su amiguito y a él mismo le daban. Además, le metí unas cuantas pullas, lo que me hizo sentir realizada y en paz conmigo misma, satisfecha de ser capaz de plantarle cara y no decirle sí a todo como siempre.

Cuando subí las escaleras de casa esa tarde, mi corazón palpitaba con fuerza mientras los millones de mariposas que tenía encerrados sin poder salir durante tantísimo tiempo se habían hecho libres en mi estómago y revoloteaban con fuerza haciéndome sentir esperanzada, ilusionada, viva… y si era posible, más enamorada todavía de lo que ya lo estaba. Gracias a mi enfado, sin pretenderlo había conseguido que Rubén reparase en mí como mujer, lo que era un gran avance, y durante un rato había dejado de tratarme como un bebé para incluso tontear conmigo como hacía con sus ligues de fin de semana, llegando a insinuarme cosas de índole sexual.



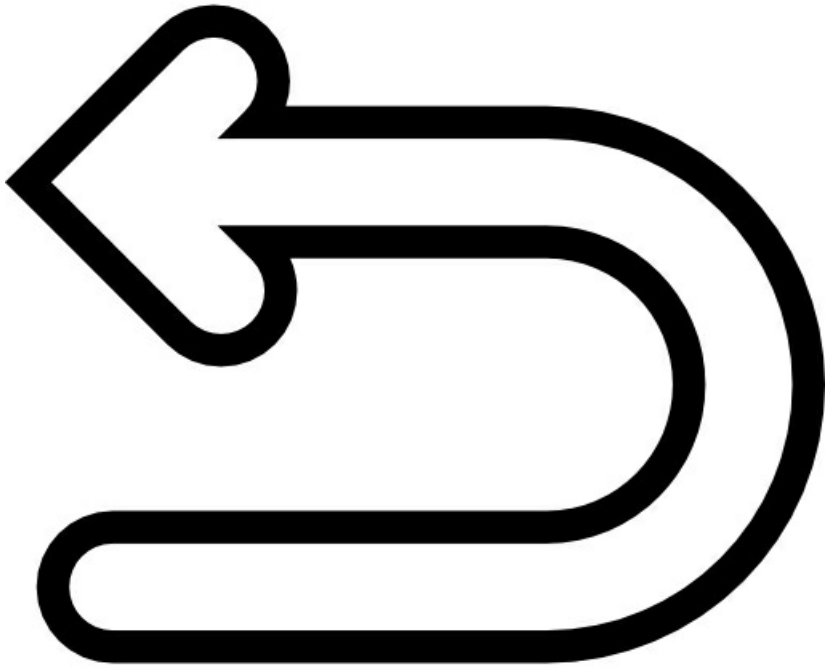
Caigo en la cuenta de con qué poquito me conformaba entonces. De cómo con un simple juego de palabras, con unas cuantas frases chorras propias de la edad y unas golosinas me hizo feliz aquel día. Que ligase conmigo, que tontease era algo tan impensable para mí, que vivirlo, sentirlo, fue el mejor regalo que nunca me había dado. Y hay regalos que, igual que gustan y sorprenden por su inmensidad, asustan por eso mismo, por el significado que conllevan. Pero lo cierto es que me hizo sentir dichosa, por lo menos esos días, porque no quedó la cosa en ese rato, y a partir de ahí fue cuando empezó todo entre Rubén y yo. ¿El principio del fin tal vez?

— CAPÍTULO 7 —

Un viaje, miles de recuerdos en la maleta

ISA

El tren aún no ha llegado a Madrid y ya estoy deseando bajarme. Tengo ganas de respirar y salir de este ambiente que me está ahogando. Lo siento demasiado cargado. O seré yo que estoy agobiada, no sé… Por no hablar de mi vecina de asiento, que la buena señora ronca como si fuera un rinoceronte con la boca pastosa y se recoloca en su sitio esparciéndose e invadiendo cada vez más mi espacio. Menos mal que soy chiquitina y que no queda mucho para llegar, porque en dos ratos, como me descuide, la tengo encima de mí y me convierte en un sello de Correos con poco…



Vuelvo a cerrar los ojos y mi mente se va de nuevo a Montaves, a Rubén…, al siguiente encuentro que tuvimos tras aquella tarde hace años en la que la esperanza tomó mi cuerpo y se liberaron las mariposas que estaban encerradas bajo veinte candados.

Era fin de semana. Había verbena en el pueblo de al lado. Íbamos a salir y recuerdo arreglarme con esmero para él, para seguir con lo que fuese que habíamos iniciado y provocarlo porque quería que dejase de mirar al resto y se fijase solo en mí. Todos lo hemos hecho alguna vez y él o la que diga que no, miente.

Me puse una minifaldita y una camiseta de tirantes que me quedaba bien pegada, acompañado

todo de unas buenas sandalias de tacón. Tenía ese hormigueo en el estómago, esa ilusión que se tiene siempre en los principios de cualquier historia cuando las mariposas son incipientes.

«Ingenua yo».

Deseaba verlo, tenía curiosidad por saber cómo iba a comportarse conmigo; yo misma pretendía seguir con el jueguecito que él había empezado y que por mi parte había aceptado encantada, deseosa de ganar esa partida y de que hubiera muchas más.

Pero no fue así. Todo fue como siempre, ni más ni menos, volví a ser su hermanita y eso produjo en mí una desilusión tremenda. Eso siempre era lo malo de crearse expectativas y claro, esa noche yo las llevaba por las nubes. Por mi culpa, eso sí, pero alimentado todo por la fantasía, por su forma de hablarme la tarde de autos, por las ganas que le tenía…

Total, que yo iba levitando cual globo lleno de helio y ¡zas!, como si me hubiera chocado contra un cactus de buenos pinchos. ¿Lo peor? La caída hacia abajo, porque lo que pensaba que iba a ser una gran noche terminó siendo un sábado más entre él y yo, careto incluido por mi parte. Vamos, que me fastidió todo el plan. El remate fue cuando vi que unas mosconas empezaban a revolotear alrededor de nuestro grupo. Ahí se me revolvieron las tripas y, sin haberlo planeado con antelación, decidí darle en las narices al grupito de chicos, sobre todo a Rubén, para que viera que conmigo no se jugaba un día sí y al siguiente ni me acuerdo.

Me fui con Laura y con Natalia a pedir unas copas y, como siempre pasaba, acabamos comentando el egoísmo de los chicos, solo que en ese momento les propuse darles a probar de su misma medicina para que vieran lo que nosotras sentíamos cada vez que nos dejaban tiradas sábado sí y sábado también. Aceptaron enseguida y acordamos, aunque no hiciéramos nada con ningún desconocido si no nos apetecía, hacérselo creer y desaparecer cada una con un maromo cañón de los que había alrededor, para después regresar como si nada al grupo y darles en los morros. Queríamos ver cómo reaccionaban. Y vaya si funcionó, porque otra cosa no, pero mis amigos siempre han sido demasiado previsibles.

Dicho y hecho, aprovechamos la llegada a nuestro lado de un par de grupos de chicos bastante guapos para iniciar un juego de miraditas que desembocó en una invitación a tomar algo. De la primera ronda pasamos a movernos hacia el grupo de ellos, dejando de lado a nuestros queridos amigos. En mi caso, un moreno bastante simpático y grandote, Marcos, se pasó la noche tirándome los trastos. Cuando me propuso bailar, acepté sin pensarlo y, aunque tuve que sujetarle la manita para que no bajara más de la cuenta, me lo pasé fenomenal. Además, estaba pendiente de Fran, Rubén y Óscar, que se habían hecho a un lado contra la pared más cercana y estaban como tres marujas contrariadas, mirándonos y cuchicheando entre ellos. Sin duda, no les gustó nada que los dejásemos fuera del plan, pero ellos se lo habían trabajado cada fin de semana durante mucho tiempo. El mosqueo de los reyes del sábado noche iba *in crescendo* por momentos.

Miré hacia donde estaba Laura y comprobé que cada vez estaba más cerca del chico con el que bailaba y que Natalia, más avispada ella, ya había desaparecido con su ligue. Al oído le dije a Marcos que por qué no nos dábamos una vuelta nosotros también. Él, *angelico* iluso, aceptó enseguida, pensando que le estaba proponiendo temita, y en un ataque de efusividad me levantó por los aires, cosa que me vino de perlas para atraer la atención de nuestros amigos, especialmente de mi Ken, y así comprobar cómo sus ojos destelleaban furia y enfado al mismo tiempo. Si su mirada hubiera sido un cuchillo, con seguridad me habría partido en dos.

Tirando de mi mano, Marcos me sacó de allí y, cuando ya no estábamos a la vista de ellos, le aclaré que no buscaba nada más que salir del mogollón de gente porque estaba agobiada. Él, desilusionado, lo entendió y fuimos a comprarnos un gofre porque nos encontrábamos

hambrientos.

Cuando calculé que había pasado suficiente tiempo, escribí en el grupo de las chicas y nos pusimos de acuerdo para regresar a la vez, pese a la queja de Natalia, que estaba pasándoselo demasiado bien con su acompañante guapetón.

Primero asomamos la nariz Marcos y yo y, casi a la par, por el otro lado, vi a Laura regresar cogida de la mano del tercer chico. Las caras de nuestros tres amigos fueron un poema. La primera frase que nos dedicaron, nada amables, fue que cuando quisiéramos podíamos volver al pueblo y, puesto que conducíamos nosotras, les hicimos saber que habíamos tomado una copa un rato antes y que, por tanto, íbamos a esperar un ratito para regresar porque además lo estábamos pasando de maravilla. La respuesta fueron sus caras largas cuando nos anunciaron que iban a darse una vuelta para picar algo mientras terminábamos, todo claramente con retintín.

Los dejamos marcharse, amargados y renegados como niños pequeños, para que aprendieran la lección. Sorprendentemente y como cosa rara, esa noche ellos no aceptaron ninguna compañía femenina ni tampoco la buscaron.

Al cabo de un buen rato, Laura y yo nos despedimos de nuestros *ligues* prometiendo volver a quedar alguna vez y fuimos a buscar a los tres susodichos. Natalia decidió quedarse con su conquista. Al estar de nuevo los cinco juntos, y solos, la cara volvió a cambiarles, aunque ninguno dijo nada. Parecía que habían hecho un pacto de silencio para no meterse donde no les llamaban, y tan solo se atrevieron a preguntar por Natalia.

Llegamos a la zona donde habíamos aparcado los coches, nos dividimos por cercanía, por lo que Rubén y yo nos fuimos para Montaves en el mío y el resto en el de Laura; ya subidos, arranqué en medio de un silencio sepulcral sintiendo cómo me examinaba. Giré la cabeza hacia el asiento del copiloto y le mantuve la mirada. No supe descifrar la suya, pero me observaba diferente, de manera intensa, como si estuviera lleno de rabia, mosqueadísimo, aunque no decía nada.

Hicimos el trayecto callados, a sabiendas de que él estaba mordiéndose la lengua para no exteriorizar lo que pensaba, ya que nosotros siempre comentábamos la jugada cuando nos despedíamos y nos quedábamos a solas. Pero esa noche fue distinta. Aparqué el coche, nos bajamos y fuimos caminando en silencio hasta la puerta de mi casa. Me tenía extrañada y ese silencio me pareció muy incómodo. Además, para más inri, no entendía por qué se comportaba así, por lo que, al llegar a mi puerta, en vista del panorama, me dispuse a sacar las llaves para entrar al portal. Estaba claro que no nos íbamos a quedar en el escalón sentados, como siempre hacíamos, con el mal rollo que se había instaurado entre nosotros.

—¿De verdad te has liado con ese tío? —me preguntó cuando estaba de espaldas.

Me giré y, traspasándole con la mirada, me quedé sin saber qué responder, hasta que recordé a sus amiguitas de todos los sábados.

—¿Te pregunto yo a ti con quién te enrollas o te dejas de enrollar cada fin de semana cuando te pierdes en mitad de la noche?

—Tienes razón, perdona, está claro que no es de mi incumbencia —reconoció, con la boca chica.

—Exacto, no te importa. Y ya que estamos, ¿puedes explicarme el motivo del careto y del silencio en el que hemos venido desde allí? —quise averiguar, a sabiendas de que, con lo orgulloso que era, no iba a responder.

—No es nada raro. Hay días que se pasa mejor y días que peor. No hay mucho más que comentar.

—No me fastidies, Rubén, no te lo crees ni borracho. ¿Tú, callado? ¡Cuéntaselo a otra! —le

espeté.

—A lo mejor eres tú la que tienes cosas que contar esta noche, ¿no?

—Para nada, no tengo nada en absoluto que decir —respondí, muy segura y confiada, sabiendo que si quería saber qué habíamos hecho, se iba a quedar con las ganas… por infantil.

—Estás muy subidita… anda, buenas noches —se despidió con desdén.

—¿Subidita? ¿Sabes qué te digo? ¡Que te den! —le solté, mientras él seguía calle abajo.

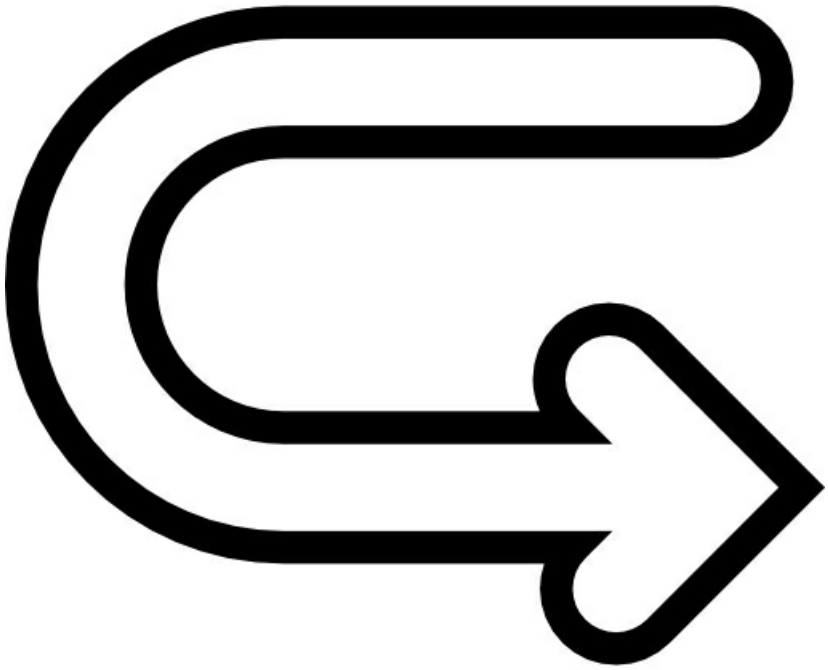
No entendía qué nos pasaba, ni a qué había venido ese momento. Con toda seguridad les había sentado mal quedarse solos gran parte de la noche, pero era lo que se merecían los que se creían los reyes del mambo. Así nos hacían sentir ellos a nosotras siempre, no estaba mal que experimentasen la misma sensación, pero en cualquier caso tampoco era para tener la actitud que había tenido Rubén.

Conforme subía las escaleras le fui dando vueltas a cómo había terminado la noche y a lo distinta que había sido de lo que yo pensaba. Salí convencida de que podía pasar algo con Rubén y, sin pretenderlo, habíamos acabado casi mandándonos a la mierda.

Ya en la habitación escribí en el grupo de las chicas para avisar de que estaba en casa, a lo que Natalia contestó que seguía por ahí de fiesta y Laura añadió que ella ya estaba subiendo también a su cuarto. Pregunté si Fran y Óscar habían estado normales en el trayecto, y Laura me respondió que el pique se había quedado en la feria y habían vuelto haciéndole bromitas para saber lo que había hecho con su galán.

Aquello me corroboró que la actitud y la reacción de Rubén había sido desmedida y tuve claro que en algún momento eso iba a acabar saliendo, y más habiéndose despedido diciéndome que estaba muy subidita y dejándome ahí plantada, cuando él siempre esperaba a que entrase en el portal para marcharse. La idea de que le hubiera molestado que yo me perdiese un rato con un chico, en el fondo, me hizo sentir más ilusionada todavía. Me daba un regusto inmenso pensar que se había puesto un poquito celoso, aunque nunca lo fuese a saber. Él siempre me veía como una chiquilla, y ya era hora de que se diese cuenta de que no lo era y de que yo sentía algo por él y no lo veía como un hermanito precisamente.

No negaré que me fui a la cama satisfecha y contenta, pese a la nochecita. Tras la tarde de la biblioteca, esa había sido la segunda vez en percibir que, aunque pareciese imposible, yo despertaba cosas en Ken que no eran de amiguitos desde niños. ¡¡Los hermanitos no se enfadan así cuando el otro liga…, al revés, se apoyan y se facilitan las coartadas en vez de montarse pollos y poner malas caras!! Una pequeña esperanza iba creciendo más en mi interior y era totalmente consciente de que me estaba ilusionando y metiendo en algo que no sabía lo que era y, más aún, con quien menos debía.



De golpe, noto como el tren va reduciendo la velocidad y en un determinado momento frena y caigo en la cuenta de que el trayecto ha acabado y, con él, mis recuerdos. «Tengo que dejar de pensar en él como sea y cuanto antes me mentalice y lo lleve a cabo mejor».

Es momento de vivir por mí y para mí, de disfrutar de las oportunidades que esta ciudad puede traer a mi vida, y para cerrar el círculo hay que cortar con todo, pasar página y dejar atrás, aunque duela. La sola idea de borrarlo de mi día a día hace que me dé un escalofrío, pero es lo que hay y lucharé por conseguirlo, pese a mí misma, que soy una lechuguina que desde que ha salido del pueblo no ha hecho otra cosa que pensar en el mentecato de Rubén. ¡Bien empiezo, sí señor!

Me obligo a cerrar los ojos y cuando los abro trato de ver la realidad. He llegado a una ciudad que es la leche y toca disfrutar de ella.

Recojo la maleta y me dispongo a bajar en la estación de Atocha.

— CAPÍTULO 8 —

Madrid tiene otro ritmo

ISA

Madrid, ¡he llegado! Ahora, sí que sí, es una realidad. Aquí estoy. Me bajo del tren emocionada y lo primero que hago, mientras llevo de un lado a otro mis ojitos de sapo —después de tanto llorar los debo de tener como dos sandías—, es respirar profundamente. Inspiro y… no percibo lo mismo que en el pueblo, donde todo es tranquilidad. Aquí, de pronto, me veo rodeada de un mogollón de gente que pasa por mi lado casi corriendo —¿irán a apagar algún fuego?— y lo que se respira es prisas, agobios y ansias. «Me acostumbraré, sí o sí tengo que hacerlo».

Enseguida cojo un taxi y me dirijo a la zona donde he quedado con el agente de la inmobiliaria para ver el piso que reservé por la web. Solo espero que sea tal cual en las fotos y quedármelo de una, para no tener que complicarme viendo más.

Entonces, sucede… El piso es enano, pero muy coqueto y luminoso. Apenas una cajita de cerillas con salón-cocina, baño y dormitorio, aunque a decir verdad no necesito mucho más.

—Me lo quedo, me encanta —le digo entusiasmada a Chema, que para ese momento ya me ha hecho la ficha completa, y no me refiero a la de datos personales precisamente.

—Me alegro mucho, la verdad es que, viéndote, este piso te pega. Seguro que estás de lujo aquí y, por si necesitas algo, te dejo mi tarjeta —me indica él, tendiéndomela—. Llámame, cuando sea, no importa la hora… y si algún día quieres tomar algo, estaré encantado de hacerte de guía por la ciudad y enseñarte los mejores sitios.

—Vaya, lo tendré en cuenta si algún día me animo… —comento escurriendo el bulto y deseando que se marche para quedarme sola en mi nueva casita.

—Estupendo, lo espero entonces. Me marcho. ¡Bienvenida a la ciudad! —exclama, saliendo por la puerta.

Primera prueba superada. Y encima ¿he ligado? ¿Qué ha sido eso?, y no llevo ni una hora en Madrid. Vaya, sí que es la ciudad de las oportunidades, sí…

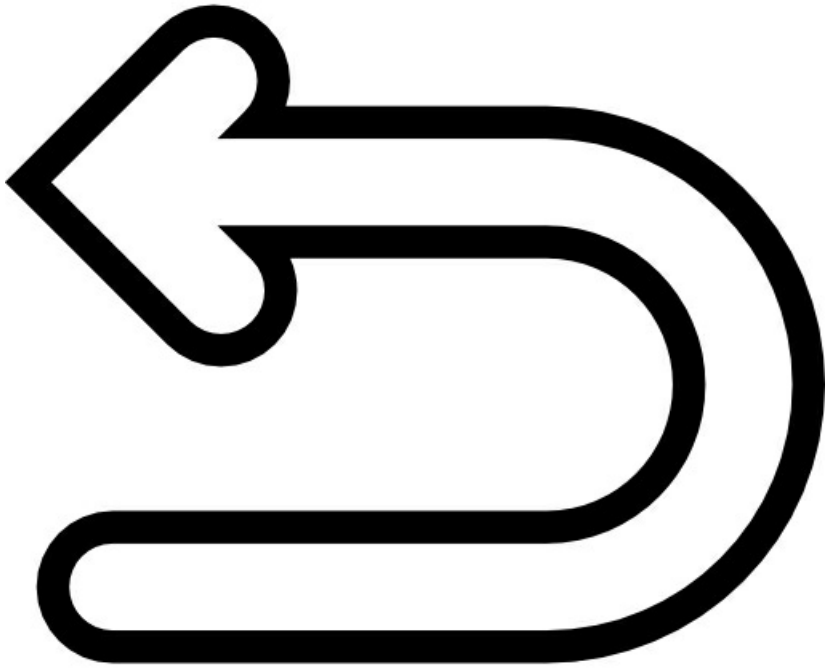
En apenas un rato ya tengo mi nidito y está mal decirlo, pero Chema tiene razón. Es muy yo. En cuanto le ponga cuatro cositas de colores pastel para decorar el salón estará perfecto y acogedor.

Tras ir a comprar a la tiendita que he visto que había a la vuelta del edificio lo necesario para empezar, dedico el día a la limpieza. Ya va cayendo la noche cuando reparo en bajar de nuevo a comprar algo de víveres, pero no me apetece andar dando vueltas buscando supermercados a estas horas para llegar y que esté cerrado. El señor chino de la esquina y yo vamos a ser grandes amigos.

Me pongo el pijama y cuando mi culo roza el sillón, después del trajín de todo el día, creo tocar el cielo. Decido pedir una *pizza* con todo lo que me gusta, incluido refresco de cola y helado de tarta de queso con fresa que es mi superfavorito. «Primera noche sola. Tengo que celebrar que no ha ido tan mal y ya mañana me organizaré».

Después de inflarme a *pizza* de *bacon*, ternera, pollo y extra de queso con aceitunas, me tumbo en el sofá y como soy una *dramaqueen*, no se me ocurre nada mejor que traer de nuevo a mis pensamientos a Rubén, volviendo al punto en el que lo he dejado en el tren y al posterior, a cómo

evolucionó todo tras el primer enfado infantil que tuvimos.



Después de aquel sábado estuvimos unos días sin vernos. La siguiente vez que coincidimos fue en el supermercado. Apenas le miré, ni le dirigí la palabra mientras guardamos turno en la cola de la caja, uno detrás del otro. Pero cuando ya pensaba que se iba, después de pagar, se quedó esperándome. Lo tomé como un gesto de acercamiento por su parte y, cuando salí, me fui hacia donde se encontraba él para ver cómo respiraba.

—¿Hasta cuándo vas a estar sin hablarme y sin estar conmigo como siempre? —pregunté.

—¿Y tú qué? —contratacó él.

—No fui yo la que volvió de la feria como si tuviera un palo metido en el culo —le recriminé.

—Si te parece, me pongo a tocar las palmas porque la niña se vaya toda la noche por ahí con un tiparraco que ni conocemos, a saber a qué… ¡Te podía haber pasado algo!

—Venga, Rubén, ya estamos como siempre, ¡vaya tela! Deja de protegerme, de verme como una niña, hace mucho que dejé de serlo… por si no te habías dado cuenta, te lo repito una vez más.

—Bah, Isa, era una forma de hablar. No pienso que seas una niña, creí que te había quedado claro la otra tarde…

—Pues si no me ves como una niña, no me trates como tal, que todo cansa… y no tienes que preocuparte si me voy con alguien —le hice saber.

—A lo mejor el problema es que no me gustó que te fueras con un cualquiera por ahí —repitió.

—Ya… claro, por si me hacía algo, ¿no? —le pinché.

—Entre otras cosas… —dejó caer, sin querer hablar mucho.

—¿A qué te refieres con entre otras cosas?

—Tuviste algo con él, ¿verdad?

—Y dale… ¿Se puede saber qué más te da? ¿Nos cuentas tú lo que haces con las chicas que te ligas cada vez que salimos?

—Contigo no se puede, Isa. Te vas por los cerros de Úbeda cuando no quieres hablar —refunfuñó, contrariado.

—Es que no sé a qué se debe tanto interés de golpe, cuando tú no cuentas nada y pasas de todo… y que conste que yo no quiero saber lo que haces o dejas de hacer cada vez que te pierdes, pero lo fuerte es que encima coges y te mosqueas con nosotras porque ligamos, ¿te parece normal?

—¿Quién ha dicho que me enfadase con las demás?

—Ah, ¿no? O sea, el privilegio de disfrutar de tu enfado, ¿es solo para mí?, ¿puedo saber por qué? —seguí insistiendo.

—No, no puedes… no entiendes nada. Ya hablaremos, que en casa me están esperando —se excusó—. Mañana nos vemos.

—Vete por la sombra, anda… que veo que el cerebro se te va a acabar derritiendo de tanto darle vueltas a la cabeza y de tanta rabieta infantil —le grité, divertida, mientras se alejaba.

—¡Muy graciosa! ¡Ligar te pone de buen humor, según parece!

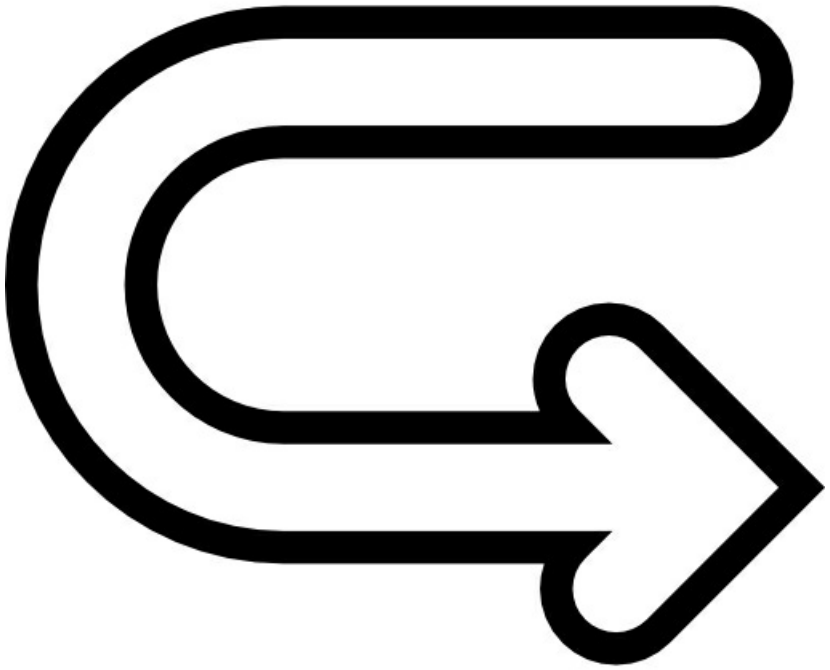
Y con la tontería, aunque de esa conversación no había sacado nada en claro, porque él había hablado sin hablar, dejando entrever por dónde iba, pero sin explicarse para variar, yo sumé otra gotita más de esperanza a las que ya había acumulado. Esa pequeña ilusión de que se materializase mi sueño de tantos años, el llegar a tener algo de verdad con él en algún momento. Y las mariposas vuela que te vuela en mi estómago bailando y aleteando cada vez con más fuerza, como si fuera el carnaval de Cádiz.

Me había insinuado que no me veía ya como una niña y que me lo había demostrado la tarde de la biblioteca con sus insinuaciones hacia mí, pero ¡jolín!… si quería tontear, ¿por qué me ignoró luego la siguiente vez que coincidimos? No tenía mucho sentido enfadarse después de haber pasado de mí. Había dejado caer que solo le molestó que me fuese yo con un tío, pero no dijo nada más. Pretendía que lo entendiese… cosa imposible si no se expresaba y hablaba claro, algo que conociéndolo no iba a hacer con lo orgulloso y pasota que era. A él que le dieran todo hecho, porque era así como funcionaba siempre.

Aunque claro, todos tenemos un pepito grillo en la cabeza que nos dice lo que queremos oír o pensar y, para mí, ya en ese momento, la versión iba tomando forma y él empezaba a reaccionar. Casi con toda seguridad, el enfado no era tal y eran celos. Celos porque en el fondo Rubén y yo éramos un poco tándem y a lo mejor, el verme con otro después de juguetear con él, le había molestado y se estaba dando cuenta de que no me veía tan *hermanita* como antiguamente…

«Ficción digna de Hollywood la que me iba montando por tres ratos».

Aquella tarde después de verlo en el súper, me seguí sintiendo viva. Era una sensación extraña, porque no había nada, pero mi cabeza ya estaba en plena ebullición, mi ilusión iba en aumento y cada vez que él me daba bola, aunque fuera una mínima dosis comparado a lo que yo sentía, mi corazoncito palpitaba un poco más fuerte diciendo aquí estoy yo y las mariposas se desbocaban aún más en mi interior. Hasta que luego me volvía a ignorar y me desinflaba cual neumático que pisa un buen clavo sobre el asfalto y se queda sin aire.



Reacciono de nuevo, vuelvo al presente y veo que se me ha hecho tardísimo y es hora de dormir. No tengo hora, ni reglas que seguir, mañana no madrugo… pero quiero estrenar mi dormitorio. Me levanto del sofá y me voy a la cama, sin dejar de darle vueltas a lo mismo…

«Desde el principio… con él, siempre ha sido así. Un sí, pero no, pero sí, pero no… Mentalmente agotador todo él en su conjunto».

— CAPÍTULO 9 —

El primer día del resto de mi vida

ISA

Anoche no reparé en bajar la persiana del todo, por lo que me despierto bastante temprano y ya me joroba sin tener que madrugar. Estoy cansada aún del día de ayer, entonces, sin pensarlo mucho, decido remolonear un rato e intentar dormirme de nuevo. Total, no tengo tanto que hacer: disfrutar de mi soledad, hacer lo que me salga del bolo, seguir colocando cositas, ir a comprar, ubicarme bien en el barrio… En resumen, todo puede esperar, no hay nada urgente y yo tengo demasiado sueño y tristeza acumulados como para ponerme ya en marcha.

Es lo bueno de la gran ciudad, las miles de opciones y aplicaciones para pedir comida y cena a domicilio son las que me van a salvar y dejar sobrevivir sin tener víveres en la nevera hasta que haga una buena compra llena de chocolate blanco, dulces, golosinas y helado. «De alguna manera hay que vencer las penas, ¿no?».

El colchón es muy mullidito y estoy tan a gusto que no puedo evitar cerrar los ojos de nuevo para sumergirme en mis pensamientos hasta que vuelva a mecerme en los brazos de Morfeo. Es entonces cuando él vuelve a aparecer.

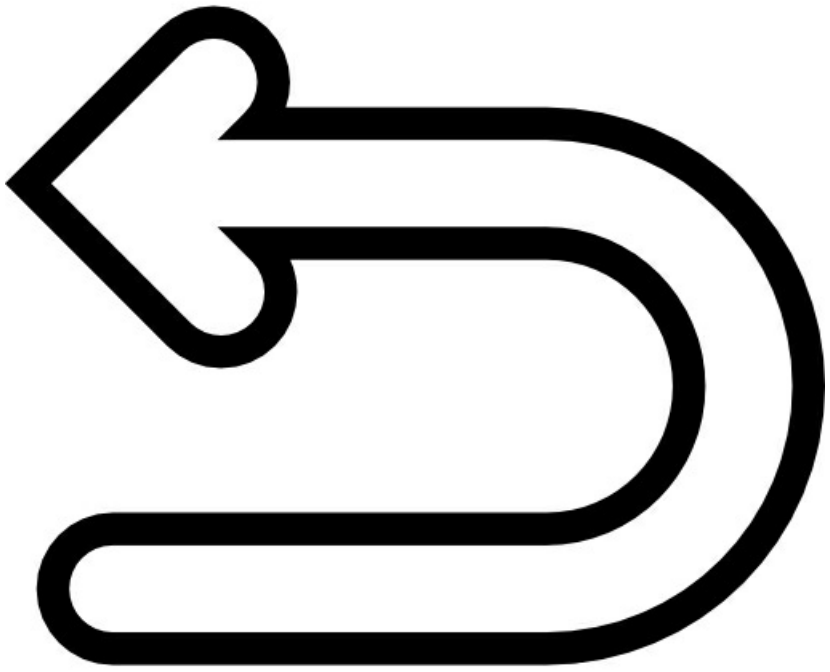
«Maldita sea, no llevo ni veinticuatro horas fuera de Montaves y no he dejado de pensar en Rubén, en nosotros… Soy la leche, no voy a conseguir superarlo jamás. Sus recuerdos me van a perseguir siempre».

Parece que estoy montando, fotograma a fotograma, la película de mi vida, de nuestra historia a cada momento. Después de los últimos acontecimientos y sigo pensándolo…

«¿Puede alguien darme el premio a la más tonta del pueblo? Gracias».

Me justifico creyendo que es inevitable pensar en él porque ha sido mucho lo que hemos compartido y está claro que hasta que lo supere, su recuerdo será totalmente recurrente.

La mente es sabia y me hace viajar en el tiempo, de nuevo, hasta el día después de esa conversación que tuvimos en el supermercado y donde acabamos más mal que bien.



Para aquel entonces, volvía a ser fin de semana. Tocaba vernos de nuevo y yo, boba de mí, quise impresionarlo y llamar su atención arreglándome de nuevo algo más de lo que lo hacía cualquier viernes del año. Pretendía no serle indiferente, pero tampoco pensaba ir detrás de él —muy digna yo, solo que un poquito tarde—. El objetivo estaba claro: seguir removiéndole algo por dentro, si es que de verdad se lo estaba removiendo y no era todo una fantasía que me estaba jugando mi imaginación o me estaba montando yo sola.

Las tardes de los viernes en el pueblo solían ser tranquilas: unas cervezas, tomar algo y charlar dando igual dónde, porque lo importante era juntarnos el grupo entero. Si bien la cosa cambiaba los sábados y ahí sí que lo dábamos todo.

Aquel anochecer nos reunimos en la plaza Mayor y no me pasó desapercibida su mirada cuando llegó al sitio donde estábamos la mayoría del grupo concentrados. Conforme se acercaba hacia nosotros, me recorrió con la mirada de arriba abajo y cuando detuvo sus pasos frente a mí, clavó sus ojos en los míos, a la par que una mínima sonrisa se dibujaba en su rostro. Rubén podía ser muchas cosas, pero desde luego tímido no era, y discreto tampoco. Parecía descolocado. No hubo comentarios para picar, como hubiera sido lo normal entre nosotros en otro tiempo, pero tampoco había rastro del mal rollo de las últimas veces, lo que era un avance hacia donde nos dirigíamos ambos sin saberlo entonces.

No fue una noche más. El ambiente entre los dos, de pronto, se había tornado diferente. De la nada había brotado algo electrizante que nos envolvía. Bueno, mejor dicho, por su parte había emergido de golpe, porque yo ya llevaba años sintiéndolo. El caso es que ya no percibía que me tratase como a una hermanita pequeña a la que protegía. Lo notaba extraño, incluso más pendiente de mí que de costumbre, pero de diferente manera. Parecía atento a todo lo que yo decía, servicial, no me despegaba la mirada y no le vi ojeando el ambiente en busca de ninguna

conquista, como siempre hacía cuando salíamos. Más bien al contrario. ¡Y qué alegría me daba! Sentía más aplausos en mi interior que en un concierto.

Cuando dejamos el bar y fuimos a tomar una copa al *pub*, tampoco se perdió con ninguna chica de las muchas que se acercaron a la zona de la barra donde se habían colocado mis amigos de pie. Algunos como Óscar fueron en busca de presa fácil, pero, sorprendentemente, Rubén no.

Las chicas nos ubicábamos siempre en una mesa alta, porque nos gustaba estar bien situadas y desde ahí controlábamos el local entero y no se nos escapaba nada que pudiese suceder.

En un determinado momento todos estábamos bastante dispersos y él se acercó hacia mí con una copa de ginebra rosita en la mano y su cubata en la otra. Me la ofreció guiñándome un ojo, en un gesto que me resultó canalla y seductor, como él, y como si fuera a comentarme algo en privado, posó su mano en mi espalda, justo donde la camiseta acababa y la piel quedaba al descubierto, y me atrajo hacia su cuerpo mientras acercaba sus labios a mi oído para, en un hilo de voz, susurrar lo que yo ya sabía y ponerme a mil por hora a la vez:

—Me tienes descolocado esta noche. No puedo dejar de mirarte. Estás tremenda, Copito.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa, tú piropeándome de verdad… —respondí, sacando mi valentía a pasear y plantándole cara para que no notase lo ruborizada que estaba ante el efecto que el casi contacto de sus labios en el lóbulo de mi oreja había provocado en mí.

—Yo siempre te he piropeado, no me vayas a decir que no ahora… —insistió él.

—No, perdona, chincharme con mi carita de niña, con si me arreglaba o no para ligar, con lo inocente que siempre soy, con que me tenías que cuidar y proteger de los chicos malos, como si fuera una princesita… eso es provocarme de manera infantil y no piropear, guapito de cara.

—Yo siempre te he piropeado de verdad y me he preocupado por ti, aunque no lo creas —aseguró él.

—¿Y qué se supone que creo?

—Ya lo dijiste el otro día, que pensabas que te trataba como a una cría.

—Así es, no lo niegues, Rubén. Siempre te has referido a mí como si fuera tu hermanita pequeña… y te lo dije, todo cansa.

—Vaya, ahora no te gusta que cuiden de ti… eso es nuevo.

—No he dicho que no me guste que me cuiden, pero de eso a tratar a alguien de tu edad como un bebé y no ver más allá hay un largo trecho, hijo mío. Me miras como una niña, como si todavía jugara con Rosaura —le recrimino refiriéndome a la muñeca más grande que tuve en mi infancia, a la que él tiraba del pelo siempre mientras yo la peinaba.

—Joder, entonces me temo que tenemos un problema grave los dos —dijo simulando falsa preocupación.

—¿Qué pasa?

—Bueno, el tuyo es de comprensión, por no ver la realidad y quedarte solo en que te sobreprotejo en lugar de pensar en lo mucho que me importas o lo poco que me gusta que otros se te acerquen, por ejemplo. En cuanto al mío… a ver cómo lo explico. Si según tú, yo te veo como a mi hermana, ahora que solo tengo ganas de quedarme a solas contigo y probar esos labios que me llevan volviendo loco toda la noche y desde hace días, ¿qué hago?, ¿sería un pecado capital?, ¿voy a la iglesia y me confieso?… Señor cura, deseo con todas mis ganas a esta chica que es mi mejor amiga desde que somos niños… ¿Cuál será la penitencia?, o como en el colegio, ¿me castigo de cara a la pared?

—No digas tonterías, anda. Lo que pasa es que como no te ha revoloteado ninguna de manera descarada esta noche, estás aburrido y te pica el asunto, entonces vienes a ver si yo te entro al trapo y caigo igual que una avispa en una trampa con miel, para luego ignorarme mañana como

hiciste el otro día y como haces siempre con tus amiguitas de turno —rebatí yo.

—Vaaaya, vaaaya, entonces ese era el resquemor que tenías conmigo. Yo no te ignoré, Copito, pero tú tampoco has hecho nada que me diese una pista de por dónde ir contigo, de hecho, creía que no te habías *pispao* de nada —comentó él.

—Resquemor ninguno, solo que, como te dije, no me gusta que nadie juegue conmigo o se burle de mí. Y tú eres experto en jugar con unas y con otras… Te gusta demasiado guarrear, te lo gozas siempre, te sientes feliz viendo cómo te van detrás, tanto que parece que vives solo para perderte con tías y parece que te dé igual lo que pase a tu alrededor con el resto.

—¿Y tú?, ¿quieres jugar conmigo? —me preguntó, picarón e intimidante.

—Yo, en caso de querer jugar, no dudes que lo haría si los dos jugásemos a lo mismo, teniendo las reglas de la partida claras, y en tu caso no sé si serías buen compañero para ese juego en concreto; con lo que te gusta a ti coger cartas, muchas cartas de diferentes mazos, alternarlas e ir cambiando de baraja cada fin de semana, para luego jugar con ellas y desecharlas después…

—Vaya, como te dije el otro día, veo que tienes una opinión maravillosa sobre mi persona para ser mi mejor amiga, conocernos tan bien y desde hace tanto. Coño, Isa, ¡que soy yo! —rebatió él, enfadado.

—Rubén, que yo sepa no he dicho ninguna mentira. Como dices, soy tu mejor amiga, te adoro, pero llevo toda la vida viendo cómo te comportas en ese terreno. Dicen que las verdades duelen, ¿no? Además, no te lo digo a malas ni mucho menos, solo es lo que he visto durante mucho tiempo y ahora no puedo obviarlo como si nada. Al final, la vida es un espejo y muchas veces nos vemos en lo que otros perciben de nosotros —aseguré, incisiva—, y eso es lo que yo percibo y de lo que me tengo que proteger, incluso por más que me apetezca.

—Yo, en cambio, solo percibo cosas buenas de ti y me da pena que no sea recíproco. Nunca creí que dijeses que te tendrías que proteger de mí. Ya te dejo en paz, olvida todo lo que haya podido decir al respecto, está claro que no ha sido buena idea intentar que nos acercásemos de ninguna otra manera —murmuró, mientras me daba un beso en la frente, para a continuación alejarse mientras yo sentía como se me escapaba de entre las manos la única oportunidad que había tenido de verdad de estar con él.

Algo parecido a cuando te llenas la mano de arena en la playa, cierras el puño y después lo abres despacito y ves la arena caer, grano a grano. Pues así se estaba esfumando mi oportunidad por pasarme de sincera.

En ese momento me sentí fatal, porque, además, sin querer, había herido a mi mejor amigo. Realmente yo adoraba a Rubén, pero no había dicho ninguna mentira. Él era así y yo tenía que dejar las cosas claras antes de nada, aunque la intención en ningún momento había sido herirle ni hacerlo sentir mal, pero la realidad es que empecé a hablar y se me fue la mano haciéndome la dura.

Pretendía alargar el jugueteo con él y, por qué no reconocerlo, disfrutar de que me bailase el agua a mí igual que lo hacía cada fin de semana con las demás. Quería sentirme deseada por él, vivir y gozar esos momentos en los que por fin me estaba viendo como una mujer y no como una muñequita frágil. Quise seguir dándole zascas para que viera que no iba a ir corriendo a comer de su mano cuando él quisiese, pero me salió el tiro por la culata, porque hice un dos por uno consiguiendo sentirme una bocazas y, además, que se alejara de mí. Los avances que había hecho se fueron al garete en un abrir y cerrar de ojos.

Como consejo diré que lo de hacerse la digna está de lujo, pero si quieres algo y lo tienes en la palma de la mano, mejor no jugar con fuego. Había sido la oportunidad más efímera de mi vida.

Otra noche que se había fastidiado. Él no tardó en irse a casa y yo me quedé más quemada que la moto de un *hippie*. También pensé en marcharme y meterme debajo del nórdico para no salir en una semana con tal de no verlo enfadado conmigo, pero iba a ser demasiado raro, por lo que me estuve quieta en el *pub*, haciendo como que participaba en las conversaciones y lo pasaba bien, mientras el mosqueo conmigo misma iba en aumento, igual que el nudo en la garganta.

«Hola. Me llamo Isa y soy una bocazas. Si tienes un calcetín métemelo en la boca y así me quedo calladita en lugar de cagarla en el momento más crucial de mi existencia. Lo agradeceré para sucesivas ocasiones. Tonta».

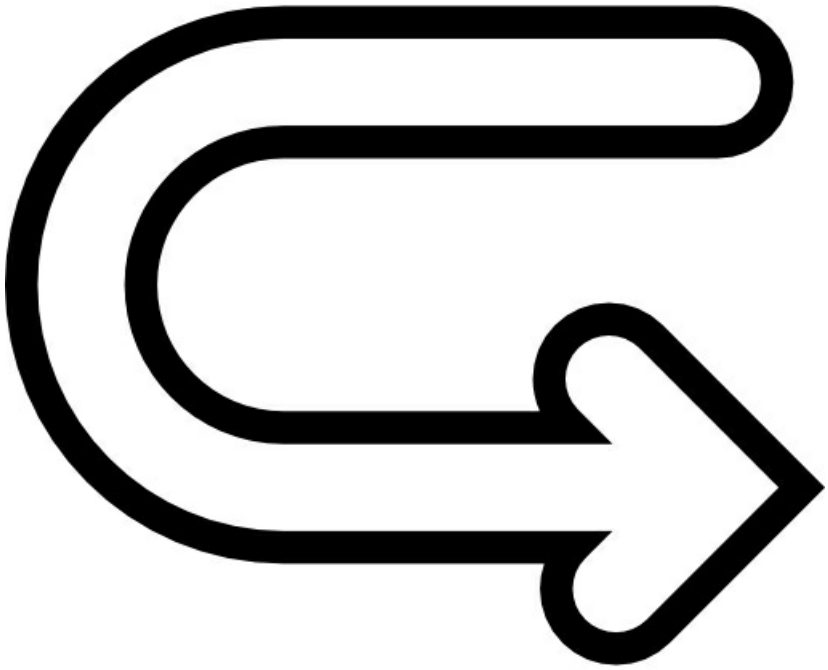
Había sido una metida de pata en toda regla, de las gordas y que me iba a tocar arreglar antes o después, porque, conociendo a Rubén, seguro que no me lo iba a poner fácil. Y, aunque no había mentido, tampoco había tenido tacto con él y decir que me tenía que proteger de su persona había resultado muy feo hacia mi amigo.

Cuando todos decidieron que era hora de echar el cierre a la noche, estuve a punto de escribirle para que hablásemos un rato en su portal, pero finalmente lo dejé estar porque las cosas en caliente siempre se arreglaban peor. Y encima estuve segura de que no me iba a responder porque estaría rabioso.

El caso es que me volví a casa triste, sintiéndome idiota y deseando que pasase rápido la noche para ir a verlo por la mañana, además de confiando en que me dejase explicarle al día siguiente que el hecho de que él mostrase interés de buenas a primeras en ese sentido también me había descolocado y que me tenía que proteger, no de él como si fuera a hacerme algo malo, sino para no dar ningún paso en falso sin tener las cosas claras en pro de nosotros, de nuestra amistad.

Y si para eso tenía que preguntarle si lo que buscaba era pasar un rato conmigo, lo iba a hacer tranquilamente, porque yo sentía muchas cosas por él —que no pensaba decirle— y no iba a convertirme en su juguete de fin de semana, lo cual no quitaba que le pidiese perdón por haberle hablado así. Además, aunque quisiese, no podría decirle nunca lo que sentía, porque esas cosas de sentimientos no iban con Rubén y hubiera sido totalmente contraproducente. Estaba convencida de que eso podía crear un muro entre nosotros que no sería capaz de derribar ni con explosivos y no estaba por la labor.

¡Menudo panorama tenía liado en aquel momento!



Me despierto de nuevo, un poco desubicada, en mi nueva habitación de Madrid. Es tardísimo. Me había quedado frita con tanto pensar en unas cosas y otras, y cuando reparo en que nadie me espera para comer siento una punzada de pena, pero también sensación de alivio y tranquilidad. Aún no me acostumbro a que puedo hacer lo que quiera, sin pensar en horarios ni en poner buena cara sentada a la mesa cuando de lo único que sigo teniendo ganas es de llorar.

Darme un baño largo me parece el mejor plan para relajarme un buen rato. Saco del bolsillo de la maleta una vela de canela que me he traído, la enciendo y la dejo en el borde de la bañera. A continuación, abro el grifo y añado un chorrito de gel para que empiece a subir la espuma. Busco mis canciones favoritas en la lista de reproducción del móvil y le doy al *play*, dejando el teléfono sobre el banquetín, al lado, mientras empiezan a sonar las primeras notas de *Que te quería* de La quinta estación. Me meto dentro, con cuidado porque me he pasado de temperatura y no quiero quemarme. Me tumbo, quedando cubierta por el agua, apoyando la cabeza en el borde sobre una toalla enroscada, y cierro los ojos dispuesta a disfrutar de este rato que es solo para mí.

¡Qué gusto y qué maravilla!

— CAPÍTULO 10 —

Los niños y los tontos dicen la verdad… y hacen tonterías

RUBÉN

Isa ya lleva dos semanas fuera de aquí y yo tengo una puta sensación extraña dentro de mí como si se hubiera ido hace una eternidad… Lo cierto es que la echo de menos y solo pienso en verla.

Vale que quizá lo siento así porque esta última temporada no ha sido nada buena entre nosotros, apenas hemos podido hablar bien después del incidente y, si a eso le sumo que se ha ido, siento que hemos dejado muchos temas en el aire sin resolver y, por supuesto, nuestro rollito en *stand by* o no, porque me dejó claro, en medio de la ira de aquella noche, que se había terminado. Pero claro, en caliente se dicen muchas cosas.

No sé qué implica eso, por más vueltas que le doy siempre acabo en la misma conclusión: ella ya no quiere saber de mí —me lo tengo merecido— y ha puesto distancia, dejándome solo.

Aún con eso, sigo sin entender por qué se ha marchado sin avisarme. Se enfadó o decepcionó aquella noche, vale, pero desde ese día no volvimos a ser los mismos. No puedo culparla, o sí, por no querer oírme y cerrarse en su jodida creencia.

Y hace dos semanas, en el campo, tan fría y distante conmigo… no parecía ella. Si tanto le molestó aquello, podría haberme dejado hablar, explicarme, como tantas otras veces, pero no… ella coge, se va y le damos igual los demás.

«¿Acaso se habrá parado a pensar un minuto en lo que yo podría pensar de su marcha?».

Copito debe de estar haciendo su vida, adaptándose a lo nuevo, conociendo gente…

«No, ¡joder!».

No me gusta nada la idea de que Isa ande conociendo a unos y otros. Aquí la rodeaban los moscones siempre, aunque ella casi nunca hacía caso, pero a saber en qué andará en Madrid.

Remuevo mi botellín de cerveza en círculos sobre la barra del bar, ensimismado pensando en esa idea, cuando de pronto tengo a Fran sentándose en el taburete que hay junto al mío.

—Macho, no sabía si acercarme, estabas en la parra —me dice, riéndose.

—Solo pensaba en mis cosas…

—Sí, claro, igual que en los últimos tiempos, que no haces otra cosa que comerte el tarro con tus idas de olla cada vez que quedamos —me recrimina, con razón, mi amigo—. Habla conmigo, tío, cuéntame qué ocurre.

—¿Por qué tendría que pasar algo? Estoy igual que siempre, mi vida es la de siempre y hago casi lo mismo. Ya sabes lo único que ha cambiado —indico, refiriéndome a ella sin mencionarla —, y no porque yo haya querido precisamente.

—¡Qué coño, tío! ¿Qué esperabas? La has cagado muchas veces con Isa… y, ¿sabes qué es lo que te está pasando? —pregunta Fran, haciéndose el interesante.

—A ver, listillo, ¿qué es lo que me pasa según tú? —le respondo, chulo a más no poder.

—Estás rabioso desde que ella se ha ido, casi no sales con nosotros y cuando lo haces estás ausente, apático, por no hablar de tu negativa a preguntar por ella a Carlota o a ella misma. ¿Te parece normal? ¿Crees que no me he dado cuenta? Mi chica piensa que te da igual, pero yo te conozco y sé que no es así, estoy seguro de que la echas demasiado de menos, capullo. Reconócelo.

—Te equivocas, no salgo tanto porque estoy liado y si no pregunto es porque no hace falta ya que, para todos vosotros, Isa y sus andanzas por la gran ciudad se ha convertido en monotema. Como ves, te equivocas de cabo a rabo, machote —contesto con suficiencia.

—Venga ya, ¡no me toques los cojones! Que soy yo, tu colega Fran, y aunque no hayas sido sincero y me hayas ocultado las cosas, y dejado al margen del temita… te conozco. ¿No me vas a reconocer que te estás dando cuenta de que te importa mucho más de lo que pensabas? ¿En serio? No seas orgulloso, macho.

—No te hagas pajas mentales. Tu novia te está pegando lo moñas, eso está claro. Estoy igual que siempre, no veas fantasmas donde no los hay. Y ya que veo que Carlota te ha contado algo sobre el temita, como tú dices, no me sermonees.

—Haz lo que te salga de la punta del nabo, no te insisto más. Pero te aconsejo que, si no quieres que mi chica te corte los huevos para después hacerlos revueltos con tocino, te intereses un poco por Isa. Ante todo, es tu amiga, ¡hostia!, y parece que se te ha olvidado.

—¿Crees que no sé lo que Isabel es para mí? —repito, indignado—. Te equivocas, lo tengo clarísimo.

—Yo creo que no. Ahí te quedas. Nos vemos —se despide mi amigo, dejándome pensativo.

«Joder, Fran está al tanto y no ha sido por mí. Soy una mierda de amigo…».

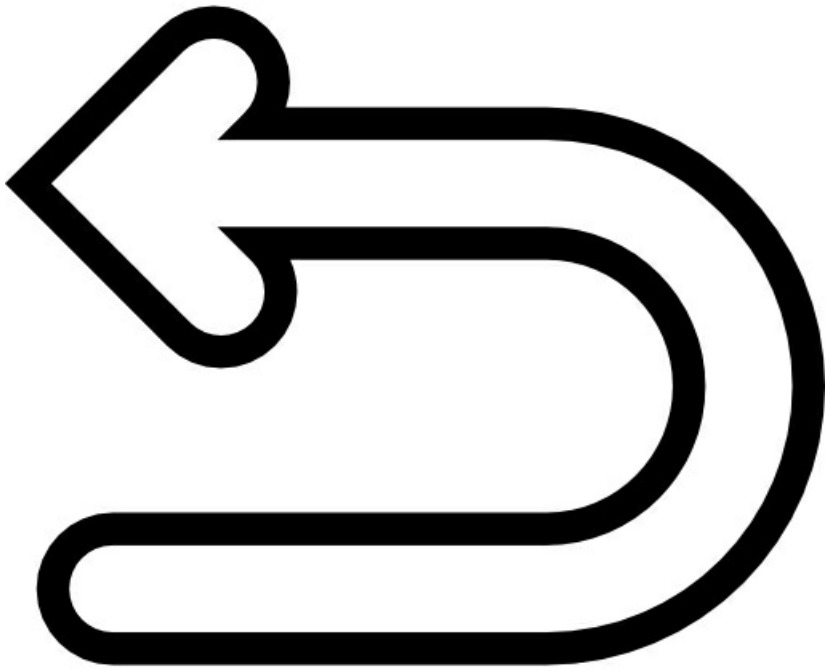
—Eh, Fran, lo siento. Siento no haber sido sincero contigo y que te hayas enterado por Carlota. Yo… no sé qué decir, ya sabes que no me gusta marear la perdiz y estos temas…

—Tranquilo, bastante tienes ahora con lo que tienes. Otro día lo hablamos con calma y ya me meteré contigo por mal amigo. —Y conociéndolo sé que no lo piensa y está de broma.

—Gracias, tío.

En cuanto a ella, ¿estará dolida porque no me despedí y encima tampoco le he escrito en estas semanas para ver qué tal le va y cómo está? Después de cómo se fue, lo he pensado…, pero no he llegado a darle a enviar a ningún mensaje de los que he escrito. Total, para qué. Seguro que ella le ha mencionado algo a Carlota y por eso el comentario de Fran.

Al pensar en ella disgustada conmigo, mi mente retrocede al momento exacto de aquella noche, donde me dijo que se tenía que proteger de mí.



Sostenía mi copa en la mano derecha y tenía la izquierda en su espalda, acariciando su suave piel, cuando escuché esas palabras salir de su boca; apenas podía creerlo. Fue un puño a dos manos en el centro del estómago, como si me hubiese clavado un tenedor en un ojo o un cuchillo en el empeine…

Pensé que estábamos jugando, que podíamos estar en el mismo rollo por sus otras reacciones, flirtear, pero nunca imaginé que Isa sintiese que tenía que protegerse de mí. En efecto, me veía como lo peor y no tenía motivo. Yo siempre me había portado bien con ella, cuidándola y velando por su bienestar, aun en contra de ella misma y de su cantaleta de «soy mayorcita para cuidarme sola». El problema, de raíz para ella era que me gustaban las chicas y me liaba con quien me apetecía… Sí, ¿y qué?, ¿era un delito acaso?

Yo nunca había tenido nada con ella, ni me lo había planteado hasta ese momento. Jamás le había hecho ningún feo en ese sentido y desde luego, si me liaba con una chica y al finde siguiente con otra, estaba claro que no era su jodido problema ni tenía por qué meterse y mucho menos venir a echármelo en cara a toro pasado. Me gustaba disfrutar y era claro no, clarísimo, con las mujeres. No me va el compromiso ni las relaciones, todas lo sabían porque era lo primero que siempre me encargaba de advertir, y ellas jugaban con mis normas. Si a alguna no le parecía bien, no llegábamos a buen puerto y fin de la historia. Sin más, pero no le hacía daño a nadie.

No me merecía que dijese que se tenía que autoproteger, ¡joder! Esas palabras no deberían haber salido de su boca nunca, bajo ninguna circunstancia. Y menos justo cuando llevaba unos días en los que no dejaba de pensar en ella. Desde aquella tarde de la biblioteca solo quería besarla, saber cómo sabrían sus labios, me venía a la cabeza a continuación el cómo sería estar con Isa y tenerla debajo de mí, en cualquier sitio y en cualquier postura —todo había que decirlo —, pero no había sucedido nada entre nosotros aparte de un mínimo tonteo que podía haber

llevado a mucho más.

Ojo, que por cómo iba la cosa hasta esa noche, estaba convencido de que ambos queríamos probar a tener algo con el otro y ver qué pasaba. Por mi parte era un sí seguro a descubrirla, y por la de ella, por cómo me miraba, diferente también, cómo me sonreía, deslumbrante, esos últimos días, hubiera jurado que también estaba por la labor de que nos hubiésemos conocido en la intimidad, esa en la que éramos dos totales desconocidos siendo los mejores amigos, los más cómplices…

Eso que, de pronto, había surgido era un *boom*, toda una sorpresa, un terremoto dentro de mí; y se habían juntado de golpe demasiadas ganas de probarla, de saborearla, de disfrutarla…, pero no sabía lo que era aquello, solo decidí dejarme llevar y ver qué podía haber sucedido con esas ganas de ella que no eran normales, pero con su miedo hacia mí, con su reparo y con el hecho de reconocer en mi cara que tenía que protegerse entendí que lo mejor que podía hacer era dejarlo estar y volver a lo que éramos. Dejar atrás esos pensamientos constantes que me llevaban a Isa a cada rato durante esos días, olvidar las ganas que tenía de tener su boca en la mía, sus finos y delgados labios rozando los míos, ver a qué sabía, comprobar cómo era mi Copito en ese ámbito. No pensar en sus ojos claros como el mar, en su tez blanca y en esas pequeñas tetas bien puestas que podían volver loco a cualquiera, pero que era yo el que quería tenerlas entre mis manos y apretar una y otra vez hasta hacerla enloquecer de placer. Sí, quise tenerla a horcajadas sobre mí, sentir su movimiento y que nos dejásemos llevar. Lo soñaba, pero no podía ser, había quedado claro tras sus palabras y, por ende, era mejor ignorar todo eso que me acompañaba y desfogar por otro lado. Total, yo para ella era lo peor.

Encabronado como estaba, dolido, no se me ocurrió mejor idea que marcharme del *pub* sin despedirme. Ya no quería estar cerca de ella sabiendo lo que pensaba sobre mí. Es más, ya no quería verla. Solo quería matar lo que fuese que estaba sintiendo o naciendo dentro de mí hacia ella, ya que no lo merecía. Lo que merecía era ver lo que se perdía al tratarme de esa forma, al haberme rechazado y echado de su lado de esa manera…

El único pensamiento con el que esa noche salí del local fue ese: demostrarle que, si no era ella, sería otra la que me valorase y quisiese tener algo conmigo. Me prometí no volver a mirarla como nada más allá que una amiga, en ningún momento.

Me quedé bebiendo yo solo por ahí hasta que pasó una chica que quiso hacerme compañía. Nos acabamos dando cuatro besos y me dejó magrearla un poco, pero lo cierto fue que ni siquiera me apetecía. No era ella, eran sus palabras en mi cabeza en todo momento y no fui capaz de concentrarme en lo que tenía delante. Pedí perdón a Sara, así se llamaba la muchacha, le dije que me disculpase por no estar a la altura y me fui para casa, botella en mano.

«Chaval, mal vamos», pensé.

A la mañana siguiente desperté con una resaca del copón. Tuve un taladro en la cabeza todo el día y su maldita frase también. Era increíble cómo me habían jodido sus palabras, me había dado donde más me dolía, precisamente Isa, ella, joder, y para más inri no podía quitármela de la cabeza. Me arrepentí hasta la saciedad de haberme planteado cruzar la línea de la amistad y me obsesioné con la idea de hacer que se arrepintiese de haberme tratado así.

Si ya unos fines de semana atrás se había puesto celosa cuando me fui con aquella chica en las fiestas del pueblo de al lado, lo pensaba repetir en sus narices para que le jodiese y sintiese en sus carnes, aunque fuera un poquito, lo que yo había sentido la noche anterior. No era lo mismo, obvio, porque yo sentí rabia y Copito celos, pero por lo menos se iba a dar cuenta de que había enterrado lo que fuese que había surgido de la nada entre nosotros porque no tenía que haber pasado.

Ese sábado, apenas veinticuatro horas después de su comentario desagradable, tan solo cruzamos un: «Hola» de medio lado. De hecho, sentí que ella quería hablar conmigo cuando al poco de llegar donde habíamos quedado todos, me agarró por el brazo tirando un poco hacia ella. Entonces me giré, la miré y me solté de su agarre con decisión. Más que decisión, era rabia contenida, pero en ningún caso me apetecía hablar nada. Ya no estaba en ese punto. Ella se había encargado de ello.

Entonces, entramos en el bar y vi a Sara, la chica de la noche pasada, tomando algo con su grupo de amigas. Me pareció la ocasión perfecta para disculparme bien por haberla dejado a medias y, además, para darle celos a Isa. Puede que pareciese infantil por mi parte, que lo fue, pero no supe proceder de otra manera. «Un burro, sí». Mi parte racional no actuó, pero mi parte brava necesitaba desfogar todo lo que quería haber hecho con Copito. Y si lo hacía delante de ella, me iba dar más satisfacción aún.

Me acerqué, cual depredador en busca de su presa, y la chica me lo puso fácil. Al oído le pedí que me acompañase fuera y me respondió con un suave beso en los labios, entendiendo que íbamos a continuar lo que habíamos dejado a medias la noche anterior. Sonrió y me guiñó un ojo, mientras cogía mi mano y tiraba de mí en dirección a la salida.

Isa nos observaba desde lejos y, por un instante, cuando llegaba a la puerta de la mano de Sara, nuestros ojos se cruzaron y pude ver decepción en su mirada. Me miró con desdén, con frialdad y tristeza, pero enseguida se centró de nuevo en Laura, con la que estaba hablando, apartando sus ojos de mí.

«Misión cumplida», pensé, pero no me sentí bien, ni aliviado, ni feliz de hacerla rabiar. Al contrario, me dio pena, porque aun con su frase demoledora hacia mí, hubiera querido llevarla de la mano a ella y no a Sara y, por supuesto, nunca hacerle daño ni sentir mal. «Tarde, campeón».

En cuanto salimos fuera, ya arrepentido, quise ser sincero con la chica que apenas conocía, ya que no merecía tampoco que jugase con ella. Le conté todo y, sorprendentemente, fue un cielo y reaccionó aconsejándome:

—Demuéstrale a esa chica que no eres lo que ella piensa. Y ten en cuenta que, si ella siempre te ha visto con unas y otras, es normal que no se fie de ti en según qué aspecto…

—Ella me conoce de sobra, Sara. Sabe que nunca arriesgaría mi amistad con ella, ni le haría daño por unos cuantos polvos —le reconocí yo.

—El problema es que, por lo que me cuentas, parece que no eran solo unos cuantos polvos. Era algo intenso lo que habías notado, ¿no?

—Sí, bueno, no lo sé… ha sido todo tan raro, tan rápido, efímero e inesperado y a la vez tan fuerte y primario, que no sé qué decirte. Además, con Isa, por quienes somos y lo que tenemos de toda la vida, nunca habrían sido solo unos cuantos polvos. No hablo de una relación, está claro, porque eso no va conmigo, pero sí de conexión… y es algo que nunca me permitiría perder con ella. No tengo ni idea de nada de lo que ha pasado y, luego, ayer me dejó tan planchado que prefiero no pensarlo y olvidarlo todo —admití, lleno de dudas, ante la rubia.

—Pues eso es lo primero, hombretón. Piensa bien las cosas, porque cuando se tiene algo con una persona cercana ya nada vuelve a ser como antes. Y, créeme, te lo digo por experiencia. Fíjate, en tu caso en concreto, no lo has tenido y ya lo has jodido todo.

—No hay nada que pensar. Para ella soy un ser horrible, un guarro mujeriego como mi padre, y es mejor que siga pensando así para que de paso a mí se me quite la tontería con ella. Por cómo nos ha mirado al salir, me va a odiar, te lo aseguro.

—Te lo mereces, por hacer tonterías. Cuando las mujeres decimos que el género opuesto es infantil… desde luego, cortas no nos quedamos. Y suerte que has dado conmigo, que otra en mi

lugar te da un soplamocos que te vuelve la cara del revés.

—Y tú no, y aquí estamos, contándote mis penas y dudas.

—Me parece un enredo todo, pero desde fuera es divertido, como si fuera una telenovela de esas que ve mi abuela. La damisela que no ha roto un plato en su vida, que parece una muñequita de porcelana y el galán, el donjuán que no deja títere con cabeza. No me lo tomes a mal, sé que es una putada lo que os ha pasado, pero todo tiene arreglo, ya lo verás.

—Me caes bien, Sara, eres una tía muy enrollada. Me gustaría que quedáramos algún día para tomar algo —le reconocí, sonriendo.

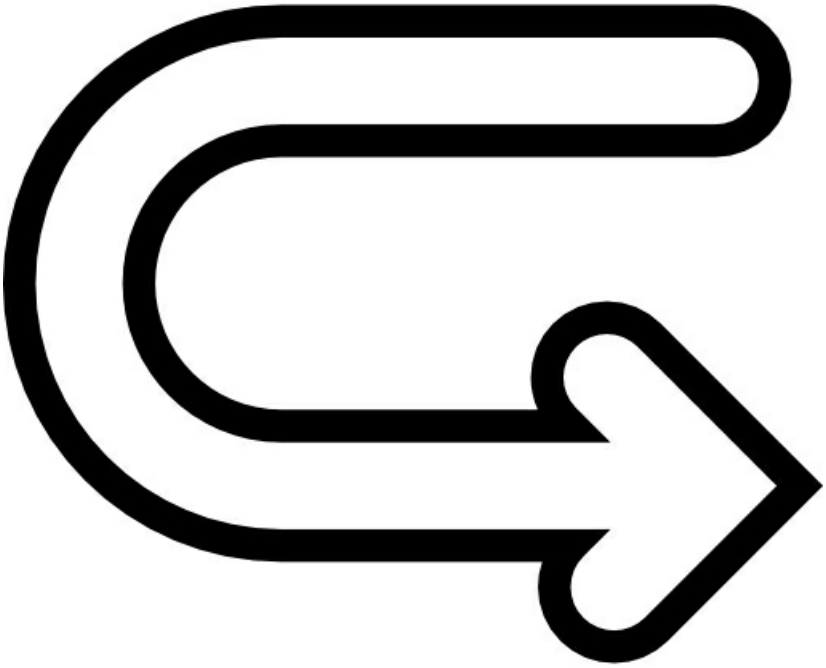
—Tú también me caes bien, Casanova. Claro que sí, quedaremos —me dijo, dándome su teléfono, coqueta.

Tras un rato, volvimos dentro y lo que encontré fue lo esperado. Isa no volvió a dirigirme la palabra en toda la noche y ni tan siquiera se dignó a mirarme.

«Era lo que quería, ¿o no?».

Me sentí como un cretino, porque, aunque ella me había hecho daño primero, yo se lo había hecho también y de una forma sucia y rastrera, aposta. No me imaginé nunca las consecuencias de mis actos…

«Cielo santo, cómo pude ser tan tonto en aquel momento».



Una mano en la espalda me saca de mis recuerdos y me trae de vuelta al presente, al bar, que es donde sigo.

—¿Otra cervecita? —me pregunta amable el camarero, que vuelve de recoger las mesas.

—Qué va, tengo que irme. Cóbrame, por favor, que tengo prisa —miento, al darme cuenta de que llevo demasiado rato allí sentado, con el botellín vacío y nuevamente pensando en ella—. Mi

amigo tiene razón… pienso en Isa, la echo de menos demasiado —susurro en voz baja—. Joder, joder, joder.

«¿Qué estará haciendo en este momento? ¿Con quién estará? Mejor no pensarlo».

Salgo del establecimiento hecho un lío con tanto recuerdo y con esta sensación tan rara que tengo desde que se ha ido, comiéndome por dentro.

— CAPÍTULO 11 —

Hay muchos peces en el mar… ¿o no?

ISA

—Madre mía, Isa, es increíble que ya lleves un mes en Madrid. El tiempo se me ha pasado volando con todo lo que he tenido que hacer para la boda… —me dice Carlota, feliz, al otro lado de la línea.

—Oye, no me digas eso de que ha pasado tan rápido o pensaré que no me estás echando de menos ni un poquito —le rebato, divertida, para picarla.

—¡Qué boba!, sabes perfectamente que esto no es lo mismo desde que te has ido. Yo no concibo este pueblo sin ti, sin andar contigo de un sitio a otro, sin nuestras charlas y nuestros ratos muertos —reconoce ella, dando voz a mis pensamientos.

—Ya te digo, echo mucho en falta tenerte. Ya no recuerdo cómo era mi vida en Montaves antes de que tú llegaras. —Me rio, tratando de hacer memoria de en qué ocupaba mi tiempo libre antes de conocerla a ella y que no fuera con Rubén.

—¿Estás ahí? —pregunta Carlota ante mi silencio.

—Sí, perdona, me he quedado pensando en… —le estoy explicando, cuando no me deja seguir.

—Déjame adivinar, ¿Rubén? —Me corta ella.

—Premio para la señorita. Es increíble como, en casi todos mis pensamientos, siempre está él. Aunque no quiera, aparece en cada recuerdo. Y si me apuras, ahora en la distancia, más aún —le cuento.

—Supongo que es normal, aunque, te lo digo de verdad, creo que deberías ir pensando en conocer gente, pasar página… Me dijo mi futuro marido que te pasó el teléfono de un cañonazo.

—Sí, me lo pasó, pero no me dijo nada de cómo era físicamente. De momento no me he sentido capaz de llamar a nadie, no tengo ganas. Tampoco quiero poner a alguien en el compromiso de tener que quedar con una desconocida.

—*Buah*, no digas chorradas, Isa. Carlos estará feliz si una muñeca como tú lo llama. Vamos, no se ha visto en otra, eso seguro —exclama mi amiga convencida.

—Quizá algún día me anime y lo llame, ya sabes lo tímida que soy yo para esas cosas.

—Deberías llamarlo hoy mismo, yo sé por qué te lo digo. Cuanto antes te olvides del lechuguino de Rubén, mejor que mejor. Tú hazme caso.

—¿Y a qué se debe la insistencia? ¿Sabes algo que yo deba saber?

—No es que sepa o no, es lo que veo. Llevas un mes allí y dime, ¿cuántas veces te ha escrito tu adorado amor para saber cómo estás?

—Sabes que ninguna, te lo habría dicho. Y hablando de eso, ¿a ti te ha preguntado? —indago, queriendo escuchar un sí de los labios de mi amiga más que nada en el mundo.

—Ni una sola vez. Además, está raro. Queda mucho con Sara estas últimas semanas, y cuando sale con nosotros lo noto distinto.

—¿Distinto en qué sentido?

—No te sabría decir, pero hasta Fran cree que a Rubén le pasa algo. Ha intentado hablar con él, pero se cierra en banda.

—Casi que prefiero no saber nada. Y ¿sabes qué te digo? Que tienes razón, quizá en breve llame a ese chico, por saludar y eso. Además, si va a ir a tu boda, tendré que presentarme antes, ¿no? —digo, haciéndole ver que estoy bien, cuando realmente saber que el susodicho ni siquiera ha preguntado por mí me ha dejado hecha polvo.

—Claro que sí, ¡esa es mi chica! —grita Carlota al otro lado del auricular.

—Bueno, anda, *baby*, te dejo, que voy a bajar a darme una vueltecilla por las tiendas y a ver si me doy un paseíto por Sol, Callao… Hablamos pronto.

—Cómprate muchas cositas y luego manda foto. ¡*Ciao*, reina!

—Un besito, futura señora casada. Te quiero.

—¡No me llames señora, que eso pone años y mi espíritu es muy joven! ¡Yo te quiero más!

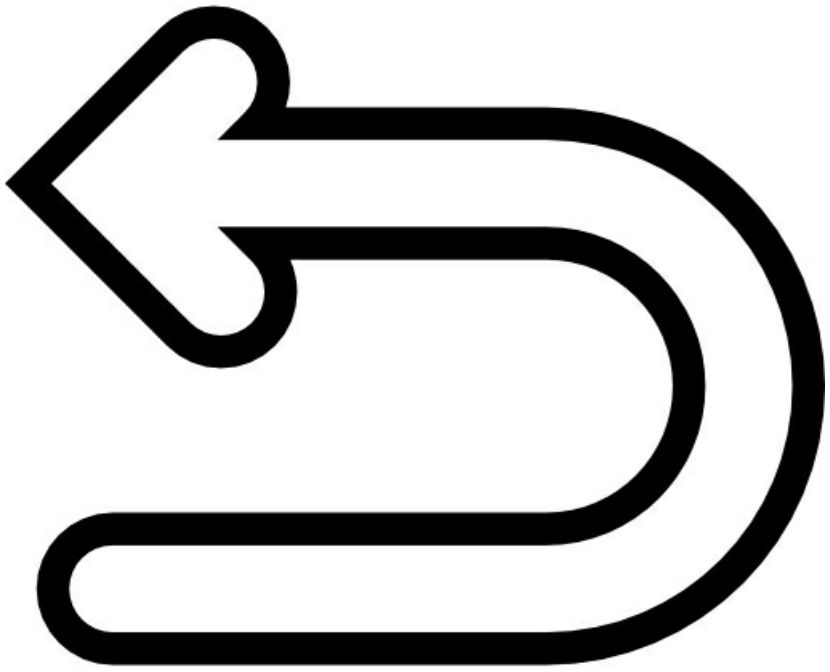
Termino de hablar con Carlota y ya no tengo ganas de salir ni de hacer nada. Anulo mi plan de ir de compras y me siento en el sofá con el ánimo por el suelo, hecha un ocho cual piltrafa humana. Cada vez que sé algo nuevo de él es como un pelotazo en toda la boca o una patada en el hígado, que solo hace confirmarme que he hecho lo correcto alejándome de una persona a la que no le importo un pimiento. El nudo en mi garganta vuelve a formarse y las lágrimas empiezan a deslizarse por mis mejillas, pero no las seco ni las contengo, sino que dejo que fluyan a borbotones.

¿Cómo puede no haber preguntado por mí ni una sola vez a Fran o a ella misma? ¿Cómo puedo ser tan tonta de pensar que iba a preocuparse por algo mío? Y yo con la idea de que igual hasta me estaba echando de menos…

Cuando me canso de llorar, porque ya hasta me duele la cabeza, se ha hecho de noche. Es fin de semana y lo único que me apetece es ver una peli de amorcito del bueno y comer mucho helado, que eso siempre reconforta cuando se está mal. Si estuviera en el pueblo ya estaría camino a casa de mis amigos o a la casona, con dos buenas tarrinas para ponernos ciegos los tres, pero, por desgracia, no es posible. Ahora estoy sola y tengo que asumirlo.

Acabo con el helado mientras veo *Cómo perder a un chico en diez días*, una de mis películas favoritas, e inevitablemente, cuando apago la tele mis pensamientos se van de nuevo hacia él y a Montaves.

Me viene a la cabeza cuando por primera vez decidí poner distancia entre Rubén y yo, después de haberme restregado por las narices cómo se iba del bar cogido de la mano de Sara, justo el día después de haber tonteado y haber querido liarse conmigo, ni más ni menos.



Ese sábado yo solo quería poder hablar con Rubén para disculparme, pedirle perdón por mi desafortunada frase del día anterior. Pasé la jornada ansiosa por intentar arreglarlo y ver si podíamos volver al punto en el que estábamos, a ras de cruzar la línea de la amistad, ahí donde él solito nos había colocado a su antojo, aunque sin inconveniente por mi parte, al contrario, encantada de la vida del nuevo rumbo que habían tomado los acontecimientos.

Ya contaba con su enfado. No fui nada discreta cuando, al poco de llegar él, hice por separarlo del grupo. Se percató de que quería que estuviésemos a solas y, ni corto ni perezoso, pasó de mí. Me miró con desgana e indiferencia, dejando claro que rechazaba hablar conmigo. Me molestó, me hizo sentir mal, pero hasta llegué a pensar que era culpa mía por lo que le dije. Me estaba castigando con su indiferencia, así que decidí darle su espacio para que se le pasase la mala uva.

Con lo que no contaba era con que justo un rato más tarde, una noche después de estar regalándome el oído a mí, lo iba a ver salir del bar con una rubia de físico imponente a la que no había visto en mi vida y que, para variar, era como una modelo sueca a la que yo no le llegaba ni a la suela de los zapatos.

Nunca supe si llegó a tener algo con ella esa noche, pero cuando nuestras miradas se cruzaron en la puerta del bar, mientras la llevaba a ella cogida de la mano, fui plenamente consciente de que hasta ahí habíamos llegado. No pensaba volver a entrar en su juego, ni a pasar día y noche pensando en él, cuando para Rubén todas éramos iguales y si una no caía, caía otra; y para muestra había tenido un botón delante de mi cara viendo como el que se había acercado a donde estaba ella había sido él. La chica enseguida le puso ojitos de cordero degollado, lo besó y no sé qué más hicieron, porque el resto de la noche me obligué a ignorarlo. De hecho, desde que volvió, hice como si no existiese y deseé que la noche pasase rápido para irme a mi casa y deshacerme en llantos sola, sin que nadie me viese. A llorona no me ganaba nadie. Y a boba

tampoco.

Lo que quedó claro fue que no podía confiar en él, le perdían las mujeres y todo el jugueteo conmigo había sido precisamente eso para él: un juego. Quiso que me convirtiese en una más que sumar a su lista de conquistas de los fines de semana. Con su forma de actuar, solo me confirmó todo lo que yo pensaba de él, lo que le había transmitido y no comprendí por qué le sentó tan mal escucharlo de mi boca cuando era verdad. Éramos tan contrarios en ese sentido… Yo era enamoradiza y estaba colada por sus huesos. Él pasaba de relaciones, de enamorarse, e iba de flor en flor. No quería nada con ninguna. Yo no significaba nada más allá de la amistad y me hizo entenderlo a la perfección haciendo lo que hizo que, por cierto, dolió. Mucho.

Por eso mismo, tenía que alejarme, poner distancia de la tentación que suponía que siguiese intentando jugar conmigo y mucho más después de esa noche, de haber sido tan poco delicado y tan dañino. Nuestra amistad se estaba resquebrajando por momentos.

A partir de ahí, todo cambió. No hizo falta hablarlo. Yo me alejé y supongo que él lo entendió. Ya no nos veíamos como siempre hacíamos, a solas sin el resto de los amigos, y cuando tocaba volver a casa lo hacía sin él. Las primeras noches después de aquello se ofreció a acompañarme, trataba de acercarse nuevamente a mí, pero ante mis constantes negativas y actitudes de indiferencia/desinterés fingido, dejó de ofrecerse. También desistió de intentar acercamientos, lo cual yo agradecí, porque, aunque de primeras me complacía que mostrase interés por volver a estar bien, era un peligro que tenía que evitar ante un chico como él, que nunca iba a cambiar, y que había puesto en juego nuestra amistad.

Pasó el verano más largo y aburrido de mi vida, donde no pude echar más de menos las noches juntos, esas en las que nos quedábamos tumbados en el césped del parque con unas latas fresquitas y hablando de todo y de nada. Muchas veces pasábamos las horas allí tirados, sin más, sin hacer nada, cada uno sumido en sus pensamientos, mientras él me hacía cosquillas o entrelazaba sus dedos en mi pelo y yo le acariciaba el brazo que siempre ponía sobre mi cuerpo. Nos daban las mil sin enterarnos. En esos momentos siempre me inundaba la paz y una sensación interior de plenitud que me hacía imaginar todos mis veranos a su lado tal cual estábamos. Sin duda, una sensación de felicidad que uno no valora en el instante hasta que la pierde. Esas situaciones me llenaban, nos llenaban y es que, para bien o para mal, la vida es eso… fotogramas que van pasando y quedan en nuestra retina y en nuestros recuerdos para siempre.

Creo que todas y cada una de las noches de los meses de julio, agosto y septiembre de ese año recordé esos ratitos. Los extrañé demasiado, como imaginaba que él los tenía que estar echando de menos también, solo que probablemente Rubén estaría distraído con cualquiera por ahí mientras yo me pasaba los días y horas triste pensando en él, claro estaba que alejada por mi bien.

Odié la distancia que yo misma había autoimpuesto cada vez que el grupo organizaba barbacoas o comidas en su casa de campo. Como no le había mencionado nada a nadie respecto a nuestra situación y tampoco creí que ninguno se percatase, optaba por inventarme excusas para no ir y que nadie preguntase o se sorprendiese con mi ausencia.

Lo extrañaba demasiado, pero era mejor estar así y evitar cualquier situación que pudiera volver a darse entre nosotros y que pudiese acabar conmigo sufriendo, mientras él iba después de flor en flor, como siempre. Me hacía mucha falta su cercanía, aunque seguía dolida con él por esa manera sucia de comportarse conmigo sin percatarse de nada, y prefería evitar el contacto, porque cada vez que lo veía no podía controlar que lo que continuaba sintiendo por él me revolotease muy dentro y me despistase del camino que me estaba obligando a seguir para

mantenernos alejados.

Después del verano, llegó el otoño. Esas tardes de finales de septiembre que tanto nos gustaba compartir. Esos últimos coletazos de buen tiempo que aprovechábamos en las terrazas de los bares, en las fiestas de los pueblos o jugando a las cartas, hablando o riéndonos de cualquier cosa allá donde estuviéramos.

Octubre y, sobre todo, noviembre resultaron demasiado grises, monótonos y aburridos. La distancia empezaba a pesar mucho. Aunque cada vez estaba más hecha a no verlo, a no saber de él, tan solo el fin de semana, situaciones en las que apenas nos dirigíamos la palabra cuando coincidíamos, costaba mucho seguir adelante con mi propósito. En todo momento me preguntaba si él me estaría extrañando en su vida o si le estaría haciendo falta, porque era obvio que yo lo necesitaba en la mía.

Aquel año llegó diciembre y no sentí ilusión ninguna, cuando a mí me encantaban esas fechas. Sin duda era mi mes favorito del año, además de que Montaves siempre ha sido un pueblo sumamente navideño. Desde el consistorio, año tras año, se encargaban de promover la decoración navideña y la iluminación siempre ha sido una maravilla. Miles de guirnaldas engalanaban cada trescientos sesenta y cinco días la plaza Mayor, el ayuntamiento, la Casa de la Cultura y demás edificios públicos. Luces de colores vestían los árboles y adornaban las fachadas de las tiendas, maceteros encendidos cubiertos de luces y lazos rojos colgaban de las farolas y unas grandes figuras led se colocaban cada año en la plazuela cerca del nacimiento gigante, creado por la Asociación de Belenistas, para que todo el mundo pudiera visitarlo. En esa época aún no había llegado al pueblo Carlota. Fue muchos años después cuando vino unas vacaciones y acabó quedándose para convertir su hotel en un referente de la Navidad y dar al pueblo a conocer a nivel nacional e internacional.

Volviendo a aquellos días de diciembre, al recuerdo concreto, no se me iba de la cabeza cómo cada Navidad salíamos a recorrer la iluminación juntos, a pasear y contemplar las calles y casas encendidas, y a hacernos miles de fotos, pero esas navidades, el saber que no lo iba a poder hacer con él me llenó de tristeza. Ya estábamos en puertas e iban a empezar a adornar el pueblo para esas fechas. Siempre se hacía la chocolatada el día de la inauguración del alumbrado y, con todo eso, ni siquiera fui capaz de sentir alegría. Al contrario, solo pensaba en cuánta falta me hacía mi mejor amigo desde que lo había perdido tantos meses atrás, cuánta falta me hacía Rubén a cada rato, pero como precisamente era él quien me había robado el corazón y me lo había hecho pedazos, triturado después, sin duda lo mejor era mantenerlo lejos hasta conseguir olvidarlo algún día.

Con lo que nunca conté fue con que el 2 de diciembre de aquel año, tras caer una gran nevada, mi vida se iba a detener y él, como siempre, iba a tener mucho que ver con ello.

Ese día en cuestión que sigo teniendo grabado en la memoria, se dio la casualidad de que mi madre había invitado a las vecinas a merendar chocolate con picatostes mientras jugaban al Continental. Para que ella no saliese a la calle con la nieve, me ofrecí para ir al supermercado a comprar lo que necesitaba. Ya salía de la tienda cargada con bolsas, cuando me topé de frente con Rubén. No tuve más remedio que detenerme porque me saludó e instó a pararme.

—Vaya suerte la mía, esto sí que no me lo esperaba —exclamó él.

—¿Cuál es la suerte si puede saberse?

—Habernos encontrado por casualidad en un día tan bonito como este, con todo lleno de nieve, poder verte y hablar contigo a solas, aunque sea un par de minutos, ¿te parece poco?

—Sinceramente, no me parece gran cosa, además, no estamos hablando. Esto es apenas un saludo de cortesía, y porque no ha quedado más remedio. Nuestra relación está igual de fría que

todo el hielo que hay en las calles.

—¿De cortesía? ¡No me jodas, Isabel! —rebatió muy serio, enfadado, llamándome por mi nombre sin abreviar—. Soy yo, por si no te acuerdas… el que era tu mejor amigo hasta hace unos meses, déjate de cortesías ni gilipolleces.

—Tú lo has dicho, hasta hace unos meses. Ahora las cosas son distintas y es mejor que tú y yo estemos distanciados —aseguré muy convencida.

—¿Y puede saberse por qué tenemos que estar con esta payasada y seguir prolongándola?

—Payasada será para ti. Para mí no lo es. Te lo dije aquella noche, no quiero que nadie juegue conmigo y tú eres especialista en eso, en hacer daño… Mejor prevenir que curar.

—Yo nunca he querido jugar contigo. Lo que pasó hace unos meses fue… —intentó explicarse, cuando le corté.

—Déjame, Rubén, no quiero saber nada. No quiero tus explicaciones ni tus enredos, de verdad —espeté—. Tú sigue con tu vida, disfrutando como siempre, yo lo haré con la mía y así todos tan contentos y felices.

—Contentos y felices, ¡mis cojones! Estoy cansado, ¿sabes? Yo también tuve motivos para molestarme contigo, pero no quiero seguir así, por si no te has percatado. Esto es una mierda.

—No, ni sé ni quiero saber. Y si te enfadaste por lo que dije… lo siento, pero no quiero remover algo que, visto lo visto, no tenía sentido ninguno —expliqué.

—Eso de que no tenía sentido lo dirás tú… Para mí sí lo tenía, pero ya veo que para ti no —contestó él, furioso.

—Venga, Rubén, no quieras tomarme el pelo ni, muchísimo menos, tomarme por tonta. Para ti solo vale el juego, llevarte a la cama a unas y otras y luego pavonearte. Nunca debimos meternos en terrenos pantanosos. Y, además, no sé qué hacemos hablando de esto a estas alturas otra vez.

—¿Cuándo me he pavoneado yo de nada contigo? Creo que te equivocaste entonces y te equivocas ahora, pero está visto que no hay manera de que te des cuenta.

—Repito… No quieras hacerme ver lo que no es. Tengo muy claro lo que pasó y, sobre todo, lo que vi después.

—Lo que viste…

—Que no quiero saberlo, no me vayas a contar tus aventuras de Popeye con la rubia, porque me parecería de muy mal gusto —apunté prevenida.

—Que no hubo aventura, ¡joder! Si me hubieras dejado hablarte en estos meses, podríamos haber aclarado toda esa mierda, Isa.

—Vaya… vuelvo a ser Isa, no Isabel.

—Nunca has dejado de serlo, ni lo dejarás. Tú, pase lo que pase, siempre vas a ser *mi Isa* —aclaró, y con ello miles de mariposas despertaron en mi estómago de nuevo, haciéndome ver que si seguía escuchándolo iba a caer en su juego nuevamente, con lo que me había costado mantenerme alejada y aguantar sin llamarlo, sin saber de él.

—No quiero oírte, Rubén. No quiero que me engañes, no quiero que juegues conmigo. Puedes divertirte con cualquiera, nunca te han faltado candidatas. Déjame, de verdad. Es mejor que esta conversación se quede aquí —le pedí.

—Pero es que no estoy jugando. No entiendo que no quieras escucharme. ¿De verdad piensas que yo jugaría contigo? Tenemos que hablar, tenemos que volver a ser nosotros.

—No puede ser, y lo sabes. No me lo pongas más difícil, por favor —le rogué.

—Sí, sí puede ser. Tiene que ser. ¿No ves que nos necesitamos? Yo te necesito en mi vida, y aunque no quieras escucharlo es la verdad. Tan verdad como que tenemos que sentarnos y aclarar el o los malentendidos.

—No es ningún malentendido, tú sabes muy bien lo que pasó y no voy a dejar que vuelvas a hacerme daño.

—¡Joder, que no pasó nada, hostias! Deja que te explique —suplicó cogiéndome del brazo, momento que me hizo recordar a meses atrás, cuando yo le agarré porque quería que hablásemos y él no quiso darme la oportunidad de pedirle perdón.

—¿Sabes qué es lo peor? Que lo sigas negando y estés como si nada… —le respondí soltándome de su agarre de la misma manera que hizo él aquella tarde, con tan mala pata que con el movimiento resbalé y caí al suelo.

Todo sucedió en un segundo. Al soltarme con fuerza, estaba en el borde de la acera y perdí el equilibrio. Me fue imposible mantenerme en pie con el hielo que había en la calle, por lo que acabé aterrizando en seco. Noté un crujido en la pierna y una punzada de dolor que me cortó la respiración.

—Isa, joder, ¿estás bien?, dime, ¿estás bien? —repetía Rubén, tirado a mi lado, mientras yo intentaba ponerme en pie sin éxito.

—Déjame, no puedo moverme —bufé—. Si me hubiera ido a mi casa esto no habría pasado. ¿No te das cuenta de que últimamente solo me causas sufrimiento? —grité, desesperada, sin medir mis palabras, nerviosa y asustada como estaba.

—Oh, vaya, ¡mierda! Yo… Lo siento, siento mucho todo, pero déjame ayudarte, por favor.

—Si quieres ayudarme, llama a un médico y vete. No puedo mover la pierna —confesé entre aullidos de dolor.

Y lo siguiente que recuerdo fue despertar medio atontolinada en un hospital, a no sé cuántos kilómetros del pueblo, con una escayola gigante después de que me hubieran operado la tibia y el peroné. A mi lado estaban mis padres, que enseguida me explicaron lo que me habían hecho y, peor aún, lo que me esperaba: reposo absoluto y rehabilitación diaria.

El mundo se me vino abajo. Eran mis fechas favoritas del calendario y, aunque ese año no sentía la ilusión de otras veces y estaba muerta de pena, en el momento supe que había perdido meses penando por él y era entonces cuando de verdad, ni aun queriendo podría ir a ver las luces, disfrutar del ambiente navideño ni tan siquiera comerme un simple gofre callejero frente al árbol de la plaza… e irremediablemente me vino él a la mente.

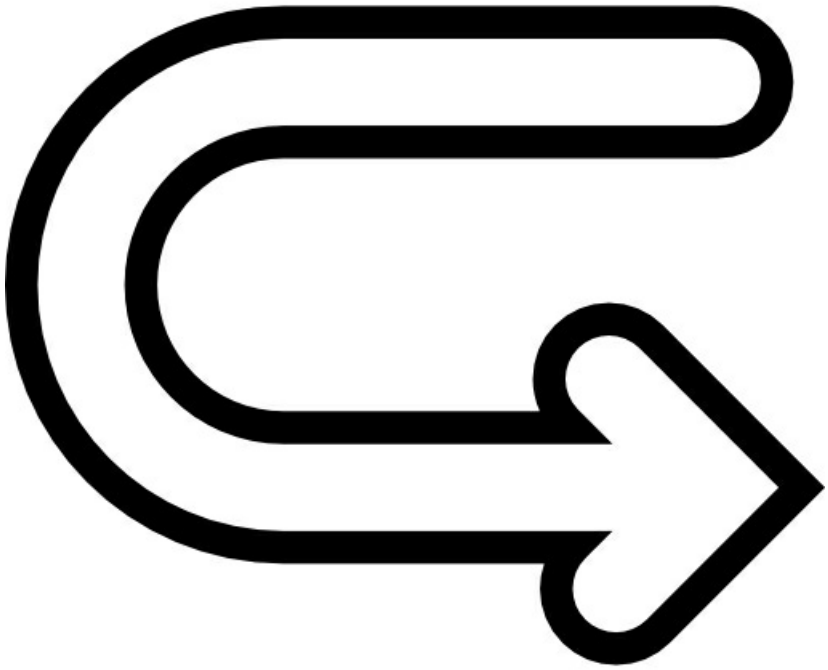
—Mamá, cuando me caí estaba con Rubén.

—Está fuera, hija, no ha querido irse de aquí en ningún momento. Dijo que quería verte cuando despertases.

—No quiero verlo, dile que se vaya, por favor.

—Cariño, Rubén está preocupadísimo por ti. No sé qué narices os habrá pasado para que ya no se os vea juntos a cada rato, pero no voy a decirle que se vaya. Es tu amigo desde que tienes uso de razón, no voy a echarle y tú tampoco vas a hacerlo. Hablad lo que tengáis que hablar y dejaos de tonterías —me reprendió mi progenitora, enfadada.

—Vale, dile que puede entrar.



Y aquí en mi pisito de Madrid, años después de todo aquello, vuelvo a sentir la misma rabia que la noche de mi caída y si lo hubiera tenido delante es probable le hubiese dicho las mismas palabras, porque, aunque me ha dado alegrías, Rubén también me ha hecho pasarlo mal muchísimas veces. Y justo aquella época se me hizo demasiado cuesta arriba por su ausencia, por todo lo que había sucedido y por cómo habíamos terminado después de todo.

—¡Ay, Ken, siempre presente!

Me voy a la cama inflada de helado, pesarosa por no estar aprovechando aún dónde estoy y estar encerrada lloriqueando por él a cada rato.

—Mañana será otro día, pienso olvidarme de todo y voy a salir a airearme para poco a poco ir haciendo mi vida aquí. Mi vida sin él.

— CAPÍTULO 12 —

La cosa va de despedidas

RUBÉN

Unos días después, en Montaves…

—No me jodáis, chavales. ¿Cómo que la despedida de soltero va a ser conjunta? —pregunto a mis amigos, indignado, cuando me entero de la buena nueva.

—Si salieras más con nosotros te enterarías, cabrón. Lo hablamos hace un par de noches que nos juntamos casi todos —me explica Dani.

—Bueno, casi, muy casi, porque Fran no creo que esté de acuerdo, yo tampoco; Isa, ¿ha votado?

—Isa está al tanto, estuvo en videollamada con nosotros y está encantada con la idea, al igual que Fran y Carlota, puesto que fue su idea. Ellos prefieren una despedida mixta porque así toda la gente joven ya nos conoceremos para la boda y el ambiente será más distendido.

—Joder… y, ¿por qué nadie me avisó de que se iba a hablar todo esto? Si hasta Isa desde fuera está más enterada de los planes que se hacen aquí que yo mismo —les recrimino, dándome rabia no haber estado en la reunión y haberme quedado en casa sin hacer nada.

—No nos eches sermones, tío. Últimamente estás desaparecido, además de más raro que un perro verde. Desde que Copito se fue, hace ya mes y medio, estáis todos demasiado dispersos.

—No digáis gilipolleces, yo estoy como siempre, solo que tengo lío en el trabajo. Entre echar una mano en la cooperativa, la imprenta a tope con la producción… no paro, tíos.

—Bueno, el caso es que la despedida va a ser conjunta. Vendrán los amigos de Fran desde Madrid y no sabe si algún colega de Londres. Por parte de Carlota, también alguna amiga suya. La fecha que pusimos fue el último fin de semana de septiembre y quieren algo tranquilo.

—¿Algo tranquilo? Joder. Ese no es mi amigo, me lo han cambiado. Yo pensaba que tiraríamos la casa por la ventana.

—Nos queda pensar en el lugar. Eso es lo único.

—¿Qué os parece hacerla en un convento de clausura? Es lo que nos queda ya —ironizo.

—¡No nos toques los cojones!, es su despedida y se hará como ellos quieren. Isa se va a encargar de buscar camisetas y atrezo para las chicas y un amigo de Fran, que también vive allí, se va a encargar de llamarla y ponerse de acuerdo con ella para tenerlo todo igual.

—¿Cómo? —pregunto, saltando todas las alarmas en mi interior cuando escucho eso.

—Nos lo dijeron Fran y Carlota, que ya se encargaban ellos de comentarlo con Carlos.

—Cojonudo —murmuro enfadado, no sé si con mi amigo o conmigo mismo, por la situación en general—. Entonces, según dices, solo queda el lugar, ¿no? Que por lo menos sea especial y nos dé juego, porque si no menudo coñazo…

—Habíamos pensado en Playa Pita, que allí podemos hacer de todo por el día e incluso pasar la noche —contesta Sebas, encantado con la idea—. A ver qué dicen los demás.

—El sitio es perfecto —digo, pensando en la cantidad de veces que Isa y yo hemos retozado en Playa Pita, mientras no se me va de la cabeza el tal Carlos quedando con ella en Madrid—. Os dejo, que tengo que hablar con Fran, ¿sabéis dónde está?

—Esta noche vamos a tomar unas cañitas en el *pub* con él. Anímate.

—Hecho, luego me paso. ¡Nos vemos!

Salgo del local totalmente endemoniado y me dirijo a casa de Fran. No entiendo qué pinta el tal Carlos en la ecuación, ni mucho menos con Isa.

«¿Se conocerán ya? ¿Serán amigos?».

No me gusta ni un pelo la idea de que organicen juntos nada y, mucho menos, que mi amigo sea el que la lance a los brazos del chaval en cuestión.

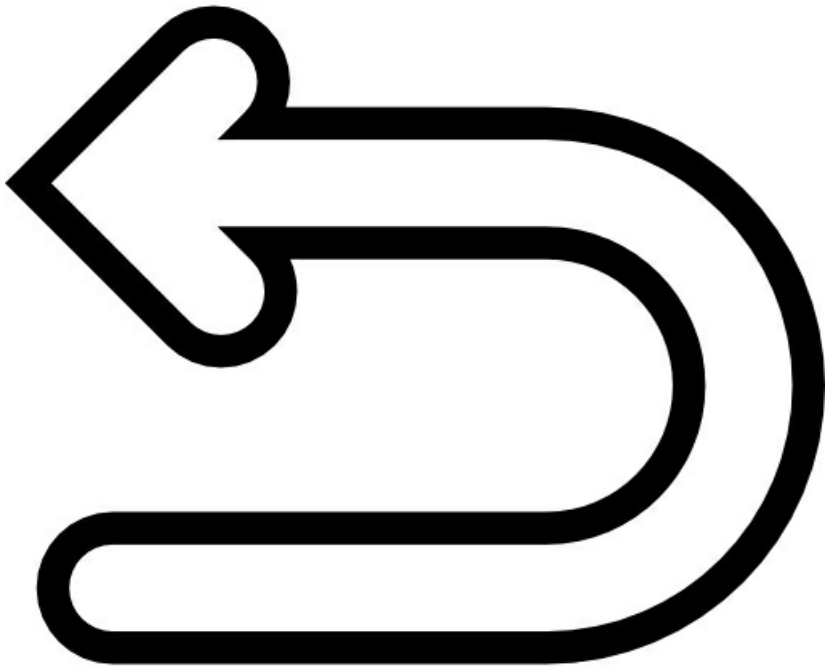
«¿Eso a qué viene ahora?».

Por mi cabeza pasan mil imágenes en un momento: Isa con él —a quien imagino como un guaperas, pijo de estos de americana y chinos, repeinado y de habla suave— por la calle, tomando café, de fiesta, bailando, comiendo chuches, tirada en un parque como solía hacer conmigo; viendo una película en su casa, abrazados, besándose, paseando en Navidad… y me pongo malo de solo pensarlo. No quiero que haga todas esas cosas con nadie. Es Isa, joder.

«No, no y no».

Fran no está en casa, pero no me voy a ir sin hablar con él, por lo que me siento en el escalón a esperarlo mientras siguen pasando imágenes de ella por mi mente. No quiero que llegue Navidad y la disfrute con el tal Carlos. Ni con él, ni con ningún otro. Estoy que me hierve la sangre. Vaya mala hostia tengo…

Y al pensar en las navidades me viene un *flash* y nos veo bailando antaño, en la plazuela del nacimiento, como dos chiquillos locos, y me vienen a la cabeza instantáneas de momentos que vivimos aquel año tras el accidente de Isa, con toda la recuperación de su pierna, a la que me aferré como a un clavo ardiendo para acercarme a ella y poder recuperarla.



Hubo un día que había nevado mucho y la calle se convirtió en una pista de hielo total. Nos encontramos a la salida del supermercado. Estuvimos hablando, mejor dicho, estuve intentando

que hablásemos para recomponer todo lo que teníamos hecho un desastre para entonces, con tan mala pata, nunca mejor dicho, que, al intentar zafarse de mi agarre, Isa resbaló y cayó al suelo rompiéndose la tibia y el peroné. Qué culpable me sentí al verla allí tirada, muerta de dolor y sin poder levantarse, con la pierna destrozada.

Enseguida la trasladaron al hospital más cercano para la intervención y yo avisé a su familia. Juntos, esperamos en la sala de espera a que nos dijeran que todo había salido bien.

Fueron unas horas horribles que pasé muerto de susto e incertidumbre, porque no soportaba la idea de que le pasara nada. Era mi pequeña Isa la que estaba en ese quirófano y no quería, bajo ningún concepto, que sufriera. Mientras la operaban, solo pensaba en cuidarla, mimarla y demostrarle lo mucho que me importaba; dejar atrás toda la mierda en la que nos habíamos metido.

Llevábamos meses casi sin hablarnos y no podía echarla más de menos, pese a ser consciente de que la había cagado con ella haciéndole creer que me iba con Sara en sus narices. Solo quería que se sintiese mal, como me sentí yo previamente cuando me dijo que se tenía que proteger de mí. En ese momento, con esa frase, sin saberlo, ella mató ese algo diferente, ese algo hacia ella que se había despertado dentro de mí. Me dolieron tanto sus palabras que acabé haciendo semejante gilipollez e hiriéndola, pero sobre todo acabé perdiéndola. Jugué con nuestra amistad y perdí.

A raíz de ahí, todo fue a peor y los meses siguientes fueron una auténtica basura, además de un soberano aburrimiento. Una colección de días que pasaron sin pena ni gloria uno detrás de otro. Un absoluto desastre porque me faltaba ella, me faltaba poder hacer todo lo que hacíamos juntos, todo lo que no valoraba cuando lo tenía y que, al perderlo, quise recuperar. Quería volver a tener a Isa conmigo. Quería llamarla a cada rato o pasarme por su casa sin excusa. La necesitaba.

Por eso, la sola idea de que estuviera en ese quirófano no me dejaba estar tranquilo, pero tenía que contenerme para no preocupar a sus padres, especialmente a su madre que estaba sentada a mi lado, nerviosa y asustada también, como todos.

Cuando el médico salió tras terminar la intervención, yo respiré tranquilo. Dejaron pasar a sus padres a verla, mientras estaba en reanimación y después, cuando la trasladaron a una habitación, Sofía, su madre, me invitó a entrar con ellos. No me pareció oportuno, ya que no era el momento y preferí entrar cuando ellos saliesen, para poder estar a solas con ella aunque fueran unos pocos minutos hasta que me echara de allí.

—Rubén, eres de la familia. Entra con nosotros.

—Venga, muchacho, estás deseando verla —añadió su padre.

—Por supuesto, pero prefiero esperar y verla después un momentito a solas si me lo permiten. Estaba con ella cuando se cayó e igual estará disgustada, además, llevamos unos meses algo distanciados y no quiero importunar —les comenté yo, avergonzado.

—Estoy segura de que mi hija se alegrará mucho de verte, ahora o luego.

—Ojalá —repliqué, taciturno, en voz baja.

Estuvieron mucho rato dentro de la habitación, y cuando salieron para ir a comer algo me invitaron a que entrase cuando quisiera. Tardé unos minutos en decidirme y, al final, abrí la puerta con temor ante su rechazo. Se había quedado medio dormida, por los efectos de la anestesia, y no pude evitar acercarme y acariciarle su pálida mejilla.

Deslicé mi mano por su pelo, que estaba algo alborotado por la almohada y le coloqué un mechón que se había escapado por detrás de la oreja con delicadeza. Acerqué mis labios a su frente y dejé un tímido beso sobre ella. Respiré tranquilo. Me senté a su lado, contemplándola mientras dormía hasta que abrió los ojos despacio. ¡Qué bonita era y qué indefensa se veía! Y a

mí me partía por dentro verla así… por mi culpa.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó, con la voz pastosa, al despertar.

—¿Dónde iba a estar si tú estás aquí?

—Venga, Rubén, no finjas que te importo —gruñó con dificultad.

—No finjo, por supuesto que me importas. Quiero pedirte perdón, si no te hubiera retenido para que hablásemos… —Me cortó mientras pronunciaba esa frase.

—Sí, si no me hubieras detenido yo no estaría aquí, en esta cama, sin poder moverme.

—De verdad que lo siento mucho. Me duele verte así. Ojalá el que hubiera caído al suelo hubiese sido yo —añadí.

—Pero no fuiste tú, fui yo. No tenía sentido hablar, como no tiene sentido que estés aquí. Vete, por favor.

—Para mí sí lo tiene, Isa. Ya te lo dije, es absurdo que estemos distanciados. Quiero que estés en mi vida y, ahora, quiero que me dejes cuidarte y ayudarte.

—Gracias, pero no es necesario. No tienes que hacer nada.

—No es que tenga, es que quiero hacerlo, estar contigo y ayudarte en lo que me dejes.

—No voy a estar en tu vida para seguir viéndote jugar con unas y otras. Ya me cansé, Rubén. Haz lo que te dé la gana con tu vida, pero lejos de mí, por favor.

—No pasó nada con Sara esa noche, tienes que creerme. Lo hice para molestarte.

—Anda, Rubén, ¿en serio esperas que te crea esa patraña? Te recuerdo que te vi salir del bar con ella —explicó, recolocándose en la cama—. Además, me da igual.

—Te repito que solo lo hice para que nos vieras y te molestase —le reitero.

—Y por eso me miraste cuando salías por la puerta, ¿no? Para asegurarte de que no se me escapaba detalle. Peor aún entonces si era mentira, porque me hiciste daño… Fuiste mezquino.

—Créeme, por favor, tenemos que hablar tranquilamente, pero no ahora. Deberías descansar. Duerme, yo me quedo contigo.

—No es necesario que te quedes, llevo muchos meses viviendo contigo lejos, fuera de mi vida —me recriminó ella—. He aprendido a no extrañarte, a vivir sin ti.

—Pues no sé para ti, pero para mí este tiempo ha sido horrible sin tenerte a mi lado; y por supuesto que no he aprendido a vivir sin ti ni voy a hacerlo nunca —reconocí yo, firme.

Entonces no respondió, cerró los ojos y yo me volví a sentar en el sofá que había cerca de la ventana, observándola desde lejos. Parecía tranquila, pero sin duda estaba enfadada y dolida. Tuve claro que, como fuese, tenía que ganarme de nuevo su confianza y recuperarla, recuperar a mi mejor amiga.

Los siguientes días transcurrieron sin más. Establecí una rutina: me levantaba, desayunaba, iba a comprar un bollo recién hecho a la panadería y se lo llevaba a Isa al hospital. Me quedaba con ella un rato y luego comía y me iba al trabajo. El primer día aparecí con un *donut* de chocolate, pero no quiso comérselo y me lo rechazó. Se negó a darme conversación, por lo que estuvimos callados gran parte de la mañana hasta que su madre volvió de ducharse. El segundo día fue una caña de crema y dijo que no tenía hambre. De igual manera, permanecimos en silencio hasta que llegaron Laura y Dani a visitarla. Me dolió ver cómo le llevaron una caja de bombones que abrió y probó encantada. Estaba claro que solo rechazaba lo mío, pero eso no me hizo desistir.

Al siguiente día se lo compliqué más, porque además de una palmera crujiente recién horneada, le llevé una bolsa de golosinas variadas. Sobra decir que los ojos se le iluminaron cuando las vio, y aunque en el momento no cogió, no tardó mucho en abrir la bolsa y probar una.

—Gracias —dijo mientras se quitaba los restos de azúcar de la boca, relamiéndose los labios con la lengua, y ahí me percaté de que me estaba poniendo malo—, no tienes por qué hacer lo

que haces.

—Lo hago porque quiero y no tienes que agradecer nada.

—Deja de ser tan detallista y amable, tú ya no eras así conmigo.

—Porque tú no me has dejado serlo todos estos meses, yo siempre he querido cuidarte, y lo sabes.

—Insisto, no tienes que esforzarte en agradarme ni cuidarme —replicó ella, hiriente—. No buscaba que me cuidaras entonces y ahora menos.

—Para mí no es ningún esfuerzo, quiero hacerlo. Quiero que estés bien. Quiero que tu estancia aquí sea lo más llevadera posible y, sobre todo, quiero que me dejes estar a tu lado, como siempre.

—Sabes que, entre nosotros, algo ha cambiado. Tú decidiste cambiarlo para, sin más, estropearlo a continuación —me recriminó—. Fue el intento de algo más corto de la historia. Felicidades, Rubén.

—De eso nada, entre nosotros nunca van a cambiar las cosas. Somos tú y yo, los de siempre, no podemos seguir perdiéndonos eso más tiempo. Y si algo cambia, algún día, seguro que será para mejor.

—Sabes a lo que me refiero —me contestó, mirándome fijamente a los ojos, muy segura.

—Sí, sé a lo que te refieres, pero creo que no es el momento de hablar de eso. Te han puesto un calmante y tienes que descansar —le dije, evitando hablar de ese tema peliagudo que ya nos había separado una vez y que me tenía frito. Por más vueltas que le daba, no tenía claro en qué punto estaba, tan solo sabía que quería tenerla cerca de nuevo, sin pensar más allá, en intentos de historias peregrinas ni en rollos raros.

—De acuerdo, escúrrete, cobarde.

—Oye, miiira, ya estás mejorcita, porque tienes hasta ánimo de meterte conmigo… es un avance.

—Para meterme contigo, cuando te lo mereces, siempre hay ganas, Rubén.

—Si es por que estés bien, fuerte y animada, puedes meterte conmigo todo lo que quieras —respondí y, por primera vez en meses, una leve sonrisa se dibujó en su rostro al mirarme y me sentí satisfecho.

A partir de esa mañana, las cosas fueron avanzando muy despacito entre nosotros. Me esforcé en no sacar temas espinosos y en recordarle nuestra mejor versión y, sí, fuimos acercándonos muy lentamente. Empezó a aceptar mis pequeños detalles y a comerse los helados y los dulces que le llevaba, lo que era un gran paso. Me hacía feliz verla de mejor humor respecto a mí. Pasaba las horas que podía con ella en el hospital y cuando le dieron el alta, comencé a visitarla en su casa también bajo estrategia.

Habían sido muchos días ingresada y el ánimo de Isa había decaído de manera considerable. Entre todos los amigos procurábamos turnarnos para ir a verla y animarla. Jugábamos a las cartas, escuchábamos música, nos reuníamos y hacíamos planes o, simplemente, pasábamos ratitos con ella en grupitos.

Después, a los pocos días ya comencé a visitarla a solas. Al principio, dado que era su casa y nuestra reciente situación, me camuflaba con las visitas del resto por no incomodarla, pero quería seguir estando a su lado y hacerle compañía en sus tantos ratos de soledad. Me puse de acuerdo con su madre para que me avisase cuando se quedase sola, porque ellos tuvieran que salir y así, con mi mejor aliada en su casa, comencé a verla con más frecuencia.

Inicialmente seguía recelosa conmigo, la situación la intimidaba y se notaba, porque nos conocíamos. Nosotros siempre nos habíamos leído a la perfección. Aunque desde los días del

hospital las cosas habían ido mejorando, todavía se respiraba una atmósfera diferente y se palpaba tensión en el ambiente. Era como un muro invisible que nos situaba a uno a cada lado y que, antes o después, teníamos que derribar. No estábamos cien por cien cómodos, cosa que había que remediar.

Le costaba mantenerme la mirada en la intimidad de su cuarto, cuando no había nadie más con nosotros o cuando la saludaba con un beso en la mejilla, que demoraba y alargaba todo lo que podía. Me resultaba adorable por su timidez característica.

Se sonrojaba cada vez que tenía una atención con ella y, aunque hacía por disimularlo, era Isa y seguía sin tener secretos para mí.

Una de aquellas tardes, en mi afán de levantarle el ánimo, me presenté con un ramo de flores hecho de golosinas. No pudo hacerle más ilusión y fue la primera vez que me sonrió de verdad, con ganas, y me instó a que me acercara para darle un abrazo.

—Cómo te necesitaba entre mis brazos, enana —le dije, abrazándola fuerte.

—Gracias por lo que estás haciendo por mí.

—Tú harías lo mismo por mí, chiquitina.

—¿En qué quedamos, Rubén?

—¿Sobre qué?

—Me prometiste que no ibas a tratarme más como una niña o como si fuera tu hermanita pequeña —gruñó, molesta.

—Perdone, señora anciana, era cariñoso y no por la edad —repliqué yo.

—Ni tanto ni tan calvo, pero como un bebé… ¡no, por Dios!

—Espero no quedarme calvo pronto, me vería horrible. ¿Te imaginas yo calvo y con barriga? Prefiero parecerme a mi padre…

—Sigues siendo un presumido, porque sabes que, aún calvo, estarías muy guapo. Y a tu padre ya te pareces, demasiado diría yo… hacéis lo mismo en según qué circunstancias…

—Mmm, un piropo y una pulla… Me quedo con el piropo. ¿Quieres seducirme? Mira que luego acabamos mal y no quiero perderte otra vez —reconocí, tornando mi rostro a serio, porque había hablado sin pensar y lo que me había salido de dentro era la frase más real que podía decir.

No quería perderla nunca, bajo ningún concepto, porque la necesitaba siempre a mi lado. Y pese a todo, ella seguía comparándome con mi padre, que para todo el mundo era el picaflor del pueblo.

—No juegues, que luego pasa lo que pasa. Yo tampoco quiero que volvamos a pelear y quiero pedirte perdón.

—¿Perdón tú a mí? Ya tardabas… —Me reí, sorprendido—. No, es broma, ahora en serio, si alguien tiene que pedir perdón, soy yo —añadí.

—No hablaba de todo lo que ha pasado, que prometimos dejarlo estar por ahora. Hablaba de lo injusta que fui culpándote de mi accidente.

—Ah, no te preocupes. Es normal. Además, era verdad lo que dijiste. Si no te hubiera hecho pararte en la calle igual nunca te habrías caído —reconocí yo, bajando la cabeza, apenado.

—No digas eso, fue una caída torpe. Solo que yo estaba enfadada contigo y dije lo que dije, pero quiero que sepas que ya no lo pienso.

—Gracias por decirlo, aun así, necesito que me dejes seguir cuidándote y pasando tiempo contigo, como siempre. Recuperaremos el tiempo perdido. No me apartes más, Isa.

—¿Crees de verdad que podremos estar como siempre, sin pensar en nada más? —preguntó ella, inocente y dulce.

—Si no lo intentamos, nunca lo sabremos —aseguré— y, ahora, ven aquí, que me debes

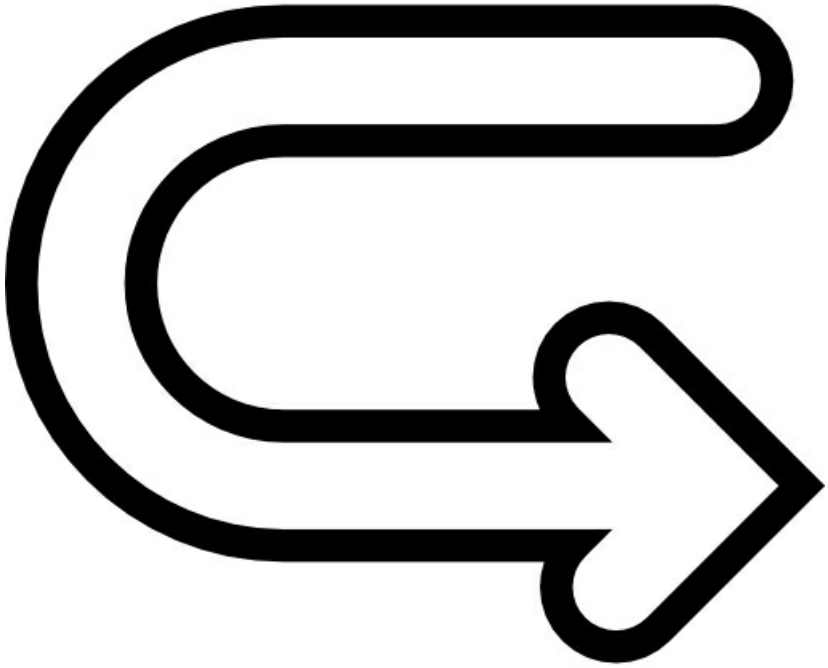
muchos abrazos.

—Eres un liante —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Y qué bonita estaba cuando sonreía. Se le iluminaba la cara como a un niño viendo la cabalgata el día de Reyes. Y a mí me reconfortaba. Demasiado.

Tras ese rato salí de su casa satisfecho porque sentía que Isa y yo íbamos por buen camino y que, dentro de su tristeza, se había quedado contenta tras nuestra conversación. Tenía que seguir a su lado, teníamos que conseguir que su ánimo subiese y que estuviese fuerte para empezar sus sesiones de rehabilitación. Miré al cielo y me paré a ver caer los copos de nieve.

«Invierno, ya casi es Navidad, su época favorita y la pobre en reposo», pensé.



La tristeza me sobresalta y vuelvo al presente, levantándome del escalón donde llevo ya un buen rato esperando a Fran, que no llega y que a saber dónde se habrá metido. No tiene pinta de que vaya a aparecer de momento, por lo que comienzo a caminar sin rumbo calle abajo para ver si lo veo por algún lado.

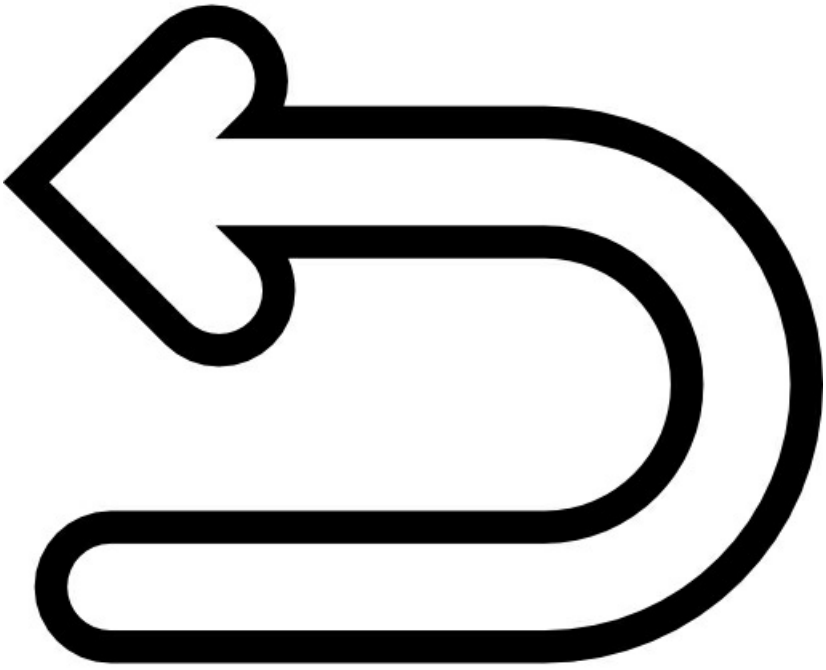
Necesito que me cuente lo que pasa entre Isa y el tal Carlos, si ya se conocen, si quedan, si se han hecho amigos… Me descubro inquieto, con demasiadas preguntas, cosa que para nada es propio de mí, porque a mí siempre me la suda todo lo ajeno. Solo que se trata de Isa, mi Copito y no de un tercero, y quiero saber exactamente lo que está sucediendo, consciente de que le tendré que contestar muchas preguntas a mi amigo, cosa que no me importa porque sé que tenemos una conversación pendiente y que le debo una explicación por no haberle contado ciertas cosas y que se haya enterado por otro lado.

— CAPÍTULO 13 —

Una mirada al pasado

RUBÉN

Mientras paseo y pienso un poco en cómo abordar el tema con Fran de la mejor manera, los recuerdos me siguen persiguiendo y retrocedo de nuevo a aquellos días de invierno, esos que habríamos pasado juntos al frío, por las calles de Montaves, si ella hubiera estado bien y no escayolada, postrada en un sofá.



Dentro de su convalecencia, lo pasábamos lo mejor que podíamos contando lo limitados que estábamos. Esas semanas mi cabeza se convirtió en un hervidero constante de ideas, buscando actividades y cosas para poder hacer con ella. Se me ocurrió elaborar una lista con nuestras canciones y grabarlas en un CD de los de entonces, para escucharlas juntos. Lo llamé Música Pegamento —por aquello de recomponer los pedazos de nuestra resquebrajada amistad— y le encantó. Siempre lo escuchábamos en los ratos muertos en su casa, mientras seguíamos acercándonos e intentábamos reparar los platos rotos, que ya, para ese momento, parecían tener alguna fisura menos, pese a que ambos continuábamos trabajando en ello y cada vez nos sentíamos más a gusto el uno con el otro, como si no hubiéramos estado meses fríos sin apenas dirigirnos la palabra.

Volvíamos a hacer planes de peli, palomitas y manta, y muchas noches me quedaba a cenar

con ella a instancias de su madre que, por detrás, me decía que esos eran los únicos ratos en los que veía a su hija tranquila y serena. A mí me reconfortaba ser el causante de que ella estuviera bien, pese a que no quería que se volviesen a confundir las cosas y volver a echar a pique lo que con tanto esfuerzo íbamos recobrando.

Ya bastante habíamos liado sin saber qué buscábamos el uno del otro antaño. Ella siempre iba a desconfiar de mí en el terreno sentimental, por llamarlo de alguna manera, por lo que eso había quedado atrás y a lo que estábamos dedicados era a recuperarnos a nosotros, a nuestra amistad, y volver a ser lo que éramos antes de esa bola de fuego que nos había arrasado y despedazado. La teoría estaba clara. Otra cosa era lo que sucedía en los momentos de cercanía, donde esa teoría tan clara colisionaba con la realidad de esos instantes tan valiosos que pasábamos juntos y donde el tiempo parecía detenerse y dejarnos a los dos en un mundo paralelo… donde solo existíamos nosotros con un halo extraño que nos envolvía.

Como ella no podía plantar el pie, solía ayudarla cuando tenía que moverse para cambiarse de la silla al sofá, a la cama, ir al cuarto de baño con las muletas y viceversa. En esos momentos la sentía demasiado frágil y delicada. Se agarraba a mi cuello con fuerza, como una pequeña lapa, y nuestros cuerpos quedaban casi pegados, provocando en mí una sensación extraña que me alteraba sin poder evitarlo y en ella igual, ya que podía percibir como su corazón se aceleraba y latía fuerte. Siempre pasaba lo mismo, la cargaba o la ayudaba a incorporarse, quedando nuestros ojos casi a la misma altura y conectándose en una fracción de segundo. Después, se daba cuenta y ella misma acababa retirando la mirada mientras yo me quedaba alelado, pensando de nuevo en cómo sería el contacto de sus labios con los míos. Era la imaginación jugándome malas pasadas, algo que se convirtió en recurrente sin poder hacer nada por evitarlo. Había una sensación diferente en el ambiente que siempre tendía a arrastrarnos el uno hacia el otro, o por lo menos esa era mi percepción tras todo lo vivido, y sabía que no era el camino correcto.

«No, con Isa no puede pasar nada otra vez o todo se va a la mierda por un calentón».

Después, en rehabilitación, se daban situaciones parecidas. Me había ofrecido a acompañarla porque no tenía nada que hacer por las mañanas cuando no iba a la cooperativa y me apetecía. La ayudaba con sus ejercicios y nuestra complicidad, nuestras bromas propias del día a día iban *in crescendo* más aún, al igual que su estado anímico, que había mejorado bastante respecto a semanas atrás. Ya se reía libremente conmigo, sin reticencias, al igual que lloraba o se ponía triste cuando sentía dolor o no podía hacer algo. La impotencia la sobrepasaba. Me limitaba a no hablar y dejarla que se desahogase, mientras la envolvía entre mis brazos, sintiéndome tan a gusto acunándola que hasta me costaba deshacer el abrazo.

Las semanas desde su caída habían ido pasando y apenas sin darnos cuenta era 23 de diciembre y el pueblo, como todos los años, bullía de alegría. Las calles iluminadas con miles de luces de colores, gente por todos sitios, villancicos sonando por megafonía en la plaza Mayor y calles de alrededor… Montaves en estado puro.

En cuanto el trimestre tocaba a su fin, llegaba la familia de Fran a pasar las vacaciones y siempre, la primera noche, quedábamos con él todos los amigos para darle la bienvenida y tomar unas cervezas juntos por el mercadillo navideño. Me encantaba compartir las fiestas y los veranos con mi amigo de la infancia y en esos años ya con el que se había convertido en mi mejor compañero de juergas.

Al atardecer de aquel día quise pasar por casa de Isa antes de ir al bar y me la encontré apagada como un pajarillo sin alas, enjaulada, sentada cerca de la ventana, con la cena puesta en la mesa, sin tocar, y con la televisión sin encender, mientras triste como ella sola miraba el ambiente que había en la calle a través de los cristales empañados por el frío.

—¿Qué pasa, Copito? —grité, alegre, sobresaltándola.

—¿Qué podría pasar? Cero novedades por aquí, igual que los últimos veinte días… y todos los que quedan por venir.

—Ehh, ¿por qué ese tono?

—Porque yo hablo así. No es un tono especial, es lo que hay.

—Señorita, mentir es muy feo. Si hay alguien que jamás habla en mal tono ni dice palabras malsonantes, esa eres tú. Cuéntame ahora mismo qué pasa por esa cabecita y a qué se debe ese tono rafitón.

—No pasa nada, de verdad. Solo es un mal día. Pasará, como todo en esta vida.

—No te creo, y no me pienso mover de aquí hasta que me cuentes qué sucede —le aseguré.

—Ainss, Rubén, no quiero hablar, déjame tranquila —me pidió, casi en una súplica.

Se la veía saturada, harta, cansada de todo y de todos.

—No quiero dejarte. Me sentaré contigo, aunque no hablemos de nada.

—No tienes que hacer eso ni perder tu tiempo aquí, en lugar de salir y divertirte.

—Si dices de nuevo que estar a tu lado haciéndote compañía es perder el tiempo, el que se va a enfadar contigo y va a dejarte de hablar soy yo, que lo sepas.

—No, eso no… Ya sí que no podría soportar este encierro si me viera sola, sin ti —reconoció, agachando la mirada.

—Bien, todo claro. Entonces, dime, ¿puedo hacer algo por mi mejor amiga?

—Como no tengas una fórmula mágica para convertirme en invisible y hacerme desaparecer o sacarme de la jaula, me temo que poco puedes hacer por mí esta noche.

—Quién sabe, puede que la tenga. Nunca me subestimes, nena —le insinué, haciéndome el interesante, mientras por la cabeza se me pasaba la idea de llevarla a pasear cualquier día para que saliera de casa por otro motivo que no fuera solo ir al fisio.

Mi mente iba a mil, cual centrifugadora, porque era complicado, ya que con la nieve no podía coger las muletas y la silla de ruedas se podía quedar atascada en el suelo, pero merecía la pena intentarlo con tal de que Isa pasase un buen rato. A ella le apasionaba ver las luces navideñas, vivir el ambiente, comer castañas y dulces en cualquier puesto callejero, pero no había podido hacer nada de eso.

Tras un ratito, me despedí de ella contándole que habíamos quedado para ver a Fran y pude ver como sus ojos se llenaban de lágrimas que amenazaban con escapar de un momento a otro, y como su cara se entristeció más aún. Me partió el alma dejarla así y entonces lo vi claro. Tenía que hacer que, aunque fuera un rato, se olvidase de la pena y disfrutase conmigo de un paseo navideño. Y el momento era esa misma noche porque lo necesitaba tanto como el comer.

Hablé con su madre en la cocina, sin que ella se enterara, y le pedí permiso para sacarla de casa. De primeras la idea no le hizo mucha gracia a Sofía, pero supo ver que eso iba a hacer que su hija se sintiese feliz.

Volví al salón y sin mediar palabra, ante la sorpresa de mi amiga, la cargué en brazos. Me miró ojiplática, sin entender nada. La llevé hasta su cuarto depositándola con cuidado sobre la cama para que su madre la ayudase a ponerse algo de ropa de mucho abrigo. Pasados unos minutos, salíamos de su casa y podía palpar lo emocionada que estaba. Cada vez que la sentía contenta y alegre, mi pecho se ensanchaba y se llenaba de orgullo por poder contribuir a ello después de todo lo pasado.

—¿A dónde me llevas? —me preguntó, ilusionada, abriendo los ojos de par en par como una niña pequeña.

—No, no… la pregunta es: ¿a dónde quieres ir tú?, ¿dónde quieres que vayamos?

—Me muero por dar un paseo para ver todo iluminado y comerme algo rico y dulce en el mercado de Navidad, ¿puede ser?

—Tus deseos son órdenes, y ¿sabes qué te digo?

—¡Sorpréndeme!

—Pues que vamos a hacer una locura…

—¿Qué pretendes? Miedo me dais tú y tus locuras —apuntó ella, expectante y temerosa.

—Si me dejas, aparcamos la silla aquí en el portal y te llevo en brazos todo el recorrido que hagamos…

—¿En brazos? ¿Estás seguro? No quiero ser una carga para ti.

—Venga, Copito, eres un peso pluma, así que agárrate a mí fuerte —le pedí mientras me inclinaba para cargarla entre mis brazos.

Retiré la manta de cuadros que cubría las piernas de Isa, la dejé en la parte bajera de la silla y, con cuidado, la cargué a ella en mis brazos. Le pedí que se agarrara y no se soltase, porque la sola idea de hacerle daño o que pudiese caerse me torturaba. Así lo hizo. Pasó sus brazos por detrás de mi cuello y hundió su cabeza en mi pecho. Noté perfectamente cómo inspiraba, inhalando mi olor, al igual que en mis fosas nasales se quedó su aroma a limpio, como a flor de algodón.

—Ya no hay vuelta atrás, ¿estás segura de venir conmigo?

—¿Contigo? ¡Al fin del mundo! —gritó entusiasmada, sin pararse a pensar, hasta que al cabo de dos segundos reparó en lo que había dicho y, ruborizada, evitando mirarme, se arrebujó en mi pecho aferrándose con fuerza, algo que me hizo sentirla de nuevo conmigo al cien por cien, tal y como necesitaba, para protegerla de todo y de todos, incluso, si se terciaba, de mí mismo.

—Sabes que yo también iría al fin del mundo contigo, Copito —susurré correspondiendo a su gesto y llevándola contra mí aún más.

Fue un rato increíble. Avisé a los chicos de que me iba a retrasar, pero que aparecería con sorpresa incluida. Caminé hacia la plaza Mayor, nos detuve para observar todas las luces que iluminaban árboles, balcones y edificios. Contemplamos el árbol de Navidad y la decoración de todos los escaparates a nuestro paso, especialmente aquellos que estaban llenos de soldaditos, renos y peluches navideños varios; a Isa le encantaban. Ese puntito infantil suyo siempre me había fascinado, la hacía aún más entrañable y divertida. Lo mejor de todo fue esa sonrisa que no desapareció de su rostro durante todo el camino. Continuamos calle abajo en dirección al gran nacimiento de la plazoleta, que siempre solía estar abarrotada de gente para visitarlo. Pero esa noche, con el frío, apenas había cuatro gatos.

La deposité con cuidado en el poyete de piedra que había en el lateral y le pedí que me esperara unos minutos. Sobre la marcha improvisé y me acerqué a un puesto del mercadillo navideño a comprarle un pequeño osito polar que llevaba una bufanda roja. Quería que tuviera un recuerdo de ese paseo y de nuestra reconciliación total.

Efectivamente volví, me senté a su lado y cuando se lo di pude ver la ilusión que le hizo ese pequeño detalle. Verla recibirlo con esa carita de alegría fue mi premio. Era tan adorable y achuchable cuando se emocionaba que, aunque ella se enfadase y no se lo dijese, era inevitable seguir viéndola siempre como mi pequeña Isa, la misma de siempre pese a las sombras y luces que nos rodeaban en los últimos tiempos, vaivenes incluidos.

Continuamos el paseo. Las copas de los árboles reflectaban iluminadas en diferentes tonalidades sobre el suelo tiñendo la nieve en esos tonos. Una de las veces que paramos nos dimos cuenta de que estábamos debajo de un árbol iluminado entero en mil colores, por lo que le pedimos a un chico que pasaba que nos tomara una foto con la vieja cámara de mi padre, para

sumar un recuerdo más a nuestra colección. Fue la primera vez después de todo lo que había pasado entre nosotros que nos hacíamos una foto a solas —bueno, con el peluche, que quedaría bautizado como nuestro hijo para la posteridad, incluido— y resultó especial para ambos. Ese momento acabó siendo uno de los más intensos y memorables que habíamos vivido juntos. Con la emoción acumulada, sonando de fondo en la megafonía de la calle *Santa Claus llegó a la ciudad* en la voz de Luis Miguel, el ambiente tan propicio que nos rodeaba y lo cerca que estábamos… al juntar nuestras caras para la instantánea, nos quedamos a escasos milímetros el uno del otro. Casi a la vez giramos nuestros rostros y nos encontramos de frente, mirándonos, en un instante en el que no existía nada ni nadie a nuestro alrededor, tan solo nosotros en una especie de limbo extraño, con nuestros corazones latiendo al unísono de manera fuerte. Sus ojos me gritaban que me acercase y terminase con la poca distancia que nos separaba. Fue una atracción magnética la que sentimos, no podíamos dejar de contemplarnos; y todo en silencio, dejándonos llevar por la melodía que llegaba a nuestros oídos. Había muchas veces que no hacía falta verbalizar lo que se estaba sintiendo o viviendo en un determinado momento, y sin duda ese fue uno de ellos. Ninguno fue consciente de lo mucho que nos habíamos acercado, tanto que apenas habría cabido una lámina de papel entre nuestras narices, hasta que una voz nos interrumpió:

—Rubéééénnn. —Oímos gritar a lo lejos, lo que nos trajo bruscamente de vuelta a la realidad y nos hizo separar nuestros rostros.

—No me lo puedo creer —murmuró Isa, con rabia, entre dientes—. No podía ser otra…

—Hombre, Sara, ¡qué casualidad!

—¿Y vosotros? ¿Qué hacéis por aquí con el frío que hace? Y tú, pobre mía, así, escayolada…

—Estoy mucho mejor, gracias —respondió ella, molesta por el comentario y por la interrupción.

—Pues teníamos pendiente nuestro paseo de todos los años, pero ya nos íbamos para el bar. Si te apetece apuntarte, está todo el grupo reunido.

—Venga, me iba para casa, pero puede ser divertido —dijo la rubia, sumándose encantada al plan, mientras Isa la miraba como si quisiera mandarla a la China de una patada en el culo por haber jorobado el instante tan electrizante que estábamos viviendo cuando oímos su voz a lo lejos.



Eso sí que fue un momento de *casi beso*, y años después sigo sintiendo lo mismo que sentí en ese segundo en el que si Sara no nos hubiera interrumpido hubiéramos acabado con la tensión sexual que ya acumulábamos tiempo atrás Isa y yo.

Desecho la idea negando con la cabeza, saliendo de la ensoñación, y veo que llevo demasiado rato dando vueltas, intentando localizar a Fran y no hay ni rastro de él por ningún sitio.

Opto por volver a casa. Hablaré con él en el *pub* por la noche y así podré ver qué traman con el tal Carlos y la despedida de solteros de las narices.

«¡Qué cojones, es mi amigo y no voy a dejar que me jodan!».

— CAPÍTULO 14 —

¿Preparada para pasar página y cambiar de libro?

ISA

Apenas quedan semanas para que llegue septiembre y empiece el curso de *Marketing*, por lo que decido dedicar los días a mirar los libros, materiales, verificar horarios acercándome a la escuela y, de paso, buscar las librerías que tengo cerca de casa para comprar los manuales que voy a necesitar.

Al final no llamé al famoso Carlos, tal y como le prometí a Carlota. Mi amiga y su futuro marido lo saben y por eso han enredado que, con la excusa de preparar la despedida, sea el pobre chico quien se ponga en contacto conmigo para organizarlo todo juntos. No hay quien los pare cuando se les mete algo en la cabeza. Los dos siguen insistiendo en que tengo que abrirme a conocer gente nueva, sin límites.

No me cierro a ser maja con el pobre chico al que han puesto en el compromiso de cargar conmigo y hacerme de guía por la ciudad, pero me hace cero ilusión la idea, y sobra decir que no tengo ganas de tener que sonreír falsamente y andar poniendo buenas caras a alguien que ni siquiera conozco.

La temida llamada se produce un jueves por la mañana, y justo me pilla llegando a casa después de hacer *running* por El retiro.

—¿Isabel? Hola, soy Carlos, el amigo de Fran. ¿Te pillo en buen momento?

—Eh, hola, sí, claro que sí… ¿qué tal? —Me esfuerzo en ser amable y sonar amigable.

—Bien, bien… ¿cómo te ha ido en tus primeras semanas por la capital?

—La verdad es que mucho mejor de lo que me esperaba, ya casi estoy adaptada totalmente a este ritmo de vida. Bueno, cuéntame…

—Como sé que ya te han puesto en antecedentes nuestros amigos, lo que hemos pensado en el grupo de chicos, de cara a unificar todos los criterios, es que nuestras camisetas sean iguales que las vuestras, pero dirigidas al novio, y, a la vez, comentar lo que tenéis vosotras para que lo compremos todo igual, eso sí, sin bandas ni polladas, y ya nos pongamos de acuerdo en lo que falta por preparar para el gran día. Es mejor encargarnos nosotros, uno por cada parte, que mil voces opinando para terminar a la gresca.

—Me parece perfecto. Si quieres, dame tu correo —le digo, intentando esquivar la quedada— y te mando el archivo con el diseño de la camiseta que hemos elegido y los datos del sitio donde las he encargado; así podéis pedirlas allí y ver el resto de cositas.

—¿Por qué no hacemos algo mejor?, ¿te parece si quedamos y de una vamos, las encargamos y dejamos planificado ya todo? Venga, y comemos por ahí —propone.

—Carlos, gracias por la invitación, pero no tienes por qué hacerlo. Podemos ver las camisetas y ya. Nuestros amigos se ponen muy intensos con que salga y conozca gente, pero, en serio, no nos conocemos y, de verdad, no creo que fuese muy buena compañía para ti estos días. No quiero que te sientas obligado a cargar conmigo.

—Créeme, no es ninguna molestia. Todo lo contrario, déjame decirte que me apetece mucho organizar todo lo de la despedida y que nos vayamos conociendo para cuando llegue la boda. Las amigas de Fran son mis amigas.

—Bueno, de acuerdo. ¿Cómo prefieres que hagamos?

—Pues mañana, viernes, si te parece puedo recogerte sobre las tres y vamos directos en mi coche.

—Ok, me parece bien y sobre la comida…

Voy a decir algo cuando me corta:

—Sobre la marcha, ¿de acuerdo? Lo que nos apetezca, sin presión. Estamos en una ciudad donde no hay horarios.

—Tienes razón, sin agobios…

Comentamos las ideas que tenemos ambos grupos, nada ordinario, por supuesto, ya que lo que pretendemos es divertirnos y, tras unos minutos, nos despedimos.

Cuando cuelgo, sonrío. El chico es majísimo, amable, parlanchín y me ha causado muy buena impresión, telefónicamente hablando. Seguro que en persona también es de esas personas que no paran de charlar, o por lo menos eso espero, porque con lo tímida que yo soy, como no hable él, seguro que se va a aburrir conmigo cuando no sepa qué decirle.

Al día siguiente, puntual como un reloj, un coche deportivo color negro para frente al portal de mi casa. Cuando de la puerta del conductor sale un chico morenito, alto y demasiado atractivo, sonrío. Me sale solo, no es una sonrisa forzada en ningún caso. Se aproxima hacia mí para saludar y me quedo mirándolo, haciéndole un buen repaso. La verdad es que el chico en cuestión es bastante guapo. Se le ve la piel muy morena, se nota que ha debido de estar tomando muchísimo el sol este verano; ojos verdosos muy claros que llaman la atención, complexión fuerte y ¡encima tiene gusto vistiendo! Lleva un polo turquesa que va a juego con su mirada, con un pantalón claro que le sienta genial y le hace un culete de infarto. Antes de salir de casa me he propuesto pasármelo bien y, aunque por lo general Rubén no se me va de la cabeza, soy consciente de que estoy en otro punto de mi vida y trato de cambiar el chip para no pensar en él. Nos saludamos con dos besos y enseguida me abre la puerta del copiloto, invitándome a entrar en el vehículo.

En el trayecto, charlamos de manera distendida sobre mis primeros días en la ciudad. Le cuento que todo ha sido muy tranquilo y él me relata, sin parar de hablar, los viajes que ha hecho este verano. La mayor parte de la conversación acaba centrándose en la despedida de solteros, que es lo que al final tenemos en común. Se nota que quiere mucho a Fran, porque habla con admiración sobre él y yo le hablo de Carlota, sobre cómo nos conocimos y enseguida conectamos. Reparo en que no hemos dejado de charlar ni un solo momento, lo cual es raro en mí y eso me hace sentir bien, cómoda en su compañía.

Recorremos varias tiendas, vamos de un lado a otro, seleccionamos las camisetas de los chicos, unas bandas solo para los novios y compramos artilugios de un par de bazares de los llamados «todo a un euro». Gafas grandes, narices de payaso, collares hawaianos, boas de plumas y sombreros con purpurina que dan mucho juego para amenizar el día. Nos reímos bastante probándonos todos los artículos e incluso nos hacemos alguna foto que después enviamos a la parejita feliz de Montaves para que comprueben que estamos juntos haciendo el encargo. Mi mensaje a Carlota lo acompaño de un: «Teníais razón, es un encanto».

Son más de las siete de la tarde cuando terminamos de hacer todo. Estamos cansados y no hemos comido. Sutilmente Carlos propone ir a tomar un café y yo acepto sin pensarlo. La verdad es que el tiempo ha pasado volando y el chico desde el principio me ha puesto las cosas muy fáciles. Apenas me ha preguntado nada personal y todo lo que hemos hablado ha ido surgiendo de manera natural conforme ha ido pidiendo la charla, sin forzar.

Estamos lejos del centro, en la zona norte, y aparcamos en la puerta de una conocida

franquicia donde los cafés son una pasada. Entramos y me dirijo directa al rincón, a unos sillones bajitos que hay debajo de la ventana y que tienen pinta de ser supercómodos. Él se ofrece a pedir y cuando llega a la mesa trae consigo un café expreso doble para él con hielo y un *frappé* no sé qué para mí que tiene una pinta deliciosa.

Carlos me cuenta que es publicista. Yo le hablo del trabajo que he dejado en la cooperativa y del curso que voy a hacer para especializarme en *Marketing* y él, enseguida, se ofrece para ayudarme en lo que necesite cuando empiece a estudiar. Es muy amable y atento. Por mi parte, le cuento sobre el pueblo y de cómo va a disfrutar como turista cuando llegue para la boda de Fran y Carlota, porque para entonces estará todo iluminado y decorado para navidades y sin duda es un lugar que merece la pena conocer, incluida la casona de mi amiga.

Me explica que viajará un par de días antes del enlace con otros dos amigos de Fran, Félix y Luis, dejando caer que todos van sin pareja ese día, igual que a la despedida. Yo le comento que también iré sola desde Madrid, sin especificar mucho más, ya que, aunque no lo menciona, tengo la sensación de que está informado hasta el último detalle de mi situación; y me atrevería a decir que también lo han aleccionado para no presionar o sacar temas que pudieran hacerme sentir incómoda.

Charlando, descubrimos que a ambos nos gusta la misma música, el cine, y de la manera más normal del mundo le comento las ganas que tengo de asistir a algún musical en la Gran Vía en cuanto empiece la temporada. También es un amante de la ópera y del teatro, cosa que me llama la atención y en cierto modo me hace verlo como una opción para poder hacer planes, como amigos, a futuro. No necesito decirlo ya que él se adelanta con un: «Qué bien nos vamos a llevar tú y yo». Y algo dentro de mí reza porque ojalá así sea.

Cuando queremos darnos cuenta se ha hecho de noche y lo cierto es que hemos pasado un ratito muy agradable. Nos levantamos y nos encaminamos hacia el coche, charlando sobre las noches de verano, que a ambos nos gustan y nos parecen perfectas para pasear a la luz de la luna, con el olor a césped mojado que deja el riego nocturno en los parques y urbanizaciones. Ante ese comentario mi cabeza vuela momentáneamente a Montaves, al parque en la noche, a Rubén…, pero enseguida desecho el recuerdo y vuelvo a la conversación.

Llegamos a la entrada de mi bloque y, cuando me voy a bajar del vehículo, Carlos se baja también y corriendo se adelanta para abrirme la puerta. Le doy las gracias por todo y me comenta que el día que recojamos las camisetas piensa invitarme a cenar y no va a aceptar un no por respuesta.

Me sonrojo ante su comentario, incluso me hace gracia, pero no me niego, ya que la idea no me desagrada y, despidiéndome de nuevo con dos besos, quedamos en escribirnos a lo largo de la semana para concretar.

Abro la puerta del edificio y entonces oigo como arranca y se marcha. Sonrío. Es la primera vez desde que estoy en la ciudad que me voy a la cama tranquila, incluso contenta, y sin pasarme horas y horas pensando en Rubén.

— CAPÍTULO 15 —

Aquello que mis ojos no querían ver

RUBÉN

Llego al *pub* un poco tarde, cuando ya sé que todos estarán dentro, incluido Fran, con el que quiero hablar sí o sí. Abro la puerta y los veo en nuestra mesa de siempre, pido un botellín en la barra y voy hacia allí. Saludo y me siento al lado de mi amigo.

—¿Qué pasa, machote? Pensábamos que no venías.

—No des por culo, anda, que sabías que iba a venir porque tenemos que hablar y que sepas que, si no llega a ser por eso, en mi casa me quedo —le espeto en tono serio.

—¿Qué ocurre?

—¿No me ibas a contar que tienes a un colega tuyo de Madrid perdiendo el culo detrás de Isa? —le suelto en voz baja al margen del resto.

—A ver, relajémonos… Carlos no está haciendo nada, solo se trata de dos personas que como amigas nuestras que son, y dado que viven en la misma ciudad, se están encargando de organizar los detalles de la despedida de solteros, que por si no te has enterado, va a ser conjunta.

—La despedida… ¡mis cojones!, Fran. En esto habéis metido mano tú y tu novia… —le recrimino, cabreado.

—Y en caso de que así hubiera sido, ¿qué?

—No me jodas, tío, es Isa… y no me puedo creer que tú, siendo mi mejor amigo, estés haciendo que conozca y acabe liándose por ahí con un tío; tú pasas de todo eso, no eres así… —explico, enfadado.

—Salgamos fuera y hablamos tranquilos —me pide él.

Se levanta y le sigo, botellines en mano, hasta la puerta del local.

—Ya estamos en la calle, ¿me lo explicas? —le insto.

—¿Me cuentas tú qué tiene de malo que mis amigos me organicen la despedida? ¿Cuál es el puto problema?

—Tú sabes mejor que nadie cuál es el puto problema, joder.

—No, Rubén, no lo sé. Explícamelo de una vez y deja de recriminarme cosas que no van contigo, coño —escupe Fran.

—¡Claro que van conmigo, cojones! ¿Tú cómo te sentirías si yo mando a Carlota de paseo o de compras con cualquier tío medianamente guapo y soltero que le tire la caña?

—¡Acabáramos! A ti lo que te jode es que Isa esté allí, lejos de todo esto y salga, lo pase bien con mis amigos, en lugar de quedarse llorando en un rincón lamentándose por lo que pudo ser y no fue contigo… Pues déjame decirte que la chiquilla tiene derecho a rehacer su vida y si conoce a alguien que la llene, pues mejor para ella.

—Eres un cabrón, ¿cómo puedes decir eso?

—Porque es la verdad, tío. Has tenido a Isa ahí para ti durante años, habéis tenido de todo y nunca has reconocido que sentías algo de verdad por ella… Normal que se haya cansado, ¿creías que iba a esperarte toda la vida?

—Yo nunca le he pedido que me esperara ni nada parecido. Al revés, siempre le he dejado muy claro lo que hay en cada momento…

—O lo que había, ¿no? Eres gilipollas, Rubén. ¿Tú de verdad te estás viendo? A estas alturas haciéndome ver que no hay nada… Deja de ir de duro, que así vas mal… Que sabes que ya lo sé todo, Carlota me ha actualizado, que si llega a ser por ti no me entero de nada. Ya te vale.

—No me insultes, Fran, que yo a ti no te he insultado.

—¿Te das cuenta? Te centras en que te estoy llamando gilipollas en lugar de decirme lo que pasa de verdad, en cómo te sientes y el verdadero motivo de que estés así de cabreado.

—¿Qué cojones quieres que te diga? —le pregunto, a sabiendas de que quiere que le confiese algo que hasta ahora ni yo mismo tengo cien por cien claro.

—Quiero, por primera vez, tu verdad. Que te sinceres, hostia. Que seas capaz de mirarte el ombligo y ver cuánto la has cagado con ella…

—Macho, qué difícil me lo estás poniendo —reconozco cabizbajo—. Yo nunca he querido… bueno, tal vez al principio sí tuvimos un momento raro, pero luego siempre quise seguir viéndola como lo que es: mi mejor amiga. Es verdad que hemos jugado mucho, nos hemos distanciado y reencontrado millones de veces, lo normal entre personas cómplices, con conexión, que se quieren, que se adoran, pero eso… como amigos, todo siempre como un juego, hasta que llegó un verano y…

—Y dejó de serlo, ¿verdad? —Me corta mi amigo.

—Sí, joder, no sé. La hostia… ¿Qué quieres? ¿Que reconozca que ya no la veo solo como amiga? Pues está claro. Y ha tenido que irse para que me diese cuenta, por imbécil.

—¡Aleluya! Por fin lo reconoces, tío. Era algo que todos veíamos menos tú. Te ha costado la vida… vamos a sentarnos en la terraza y me cuentas bien —dice Fran agarrándome por el hombro y chocando nuestros botellines.

—En el fondo me siento liberado de expresarlo, de haberme dado cuenta de que siento por ella algo, que desde luego amistad no es… aunque no sepa ponerle un nombre o qué es exactamente.

—¿Y qué piensas hacer además de poner en orden tus ideas? —pregunta él.

—Poco puedo hacer con tu jodido amiguito en medio con ella, en otra ciudad con un largo curso por delante… Además, no querrá saber nada de mí. Esta vez la cagué bien.

—No seas capullo, todo tiene arreglo. Búscala y hablad. Si lo tienes claro tienes que currártelo, como hice yo. Acuérdate lo que me costó a mí, que me fui hasta Estrasburgo detrás de Carlota porque necesitaba que viera que era capaz de cualquier cosa por estar con ella y porque la quería. Hubiera ido hasta el fin del mundo por mi pequeña elfa y tú deberías hacer lo mismo siempre que lo tengas todo claro. Si no es así, déjala en paz.

—¿Qué dices? ¿Que me presente en Madrid?

—Por algo hay que empezar; y si de verdad estás como estás por ella, por su marcha, deberías planteártelo… por lo menos hablad.

—Primero tendré que asimilarlo todo. Han sido tantos años de tenernos sin tener de verdad, que no sé qué pensar ni lo que diría ella si le voy con el cuento. Además, sí, como bien dices, tengo que aclarar lo que es esto. Todo es nuevo para mí. No valgo para estas cosas…

—¿De dónde viene todo esto, Rubén?

—Puff… Si te digo que desde siempre, ¿te vale? Analizándolo todo bien, creo que Isa siempre ha estado ahí, ha sido un todo para mí, pero nunca imaginé que en un sentido más allá de la amistad. Coño, que la he visto siempre como a una hermanita. No sé, no sabría decirte de dónde o de cuándo exactamente viene este pifostio, fue de golpe, de pronto un día, hace años, me vi de la noche a la mañana tonteando con ella.

»Te lo juro, no sé qué pasó, pero aquel tiempo no me la quitaba de la cabeza y ella me seguía el juego, lo que me enganchó más todavía. Había notado que se ponía celosa cuando yo iba y

venía con unas y otras, pero hasta un día en concreto no me hizo saber que le molestaba. Empezamos un tira y afloja peligroso, y no me creerás, pero sentí muchas cosas por ella que no supe descifrar y en apenas una semana…, aparte de nuestra amistad de siempre, antes de que lo preguntes.

»Nunca me había visto así por nadie, te lo prometo, macho…, solo pensaba en ella, más allá del plano sexual. Me atraía como nunca, es que incluso dejé de verla como *mi niñita* y solo veía su boca, sus tetas… En resumen, que me podían las ganas de follármela, pero era ella. Hasta que una noche, creo que cuando estábamos a punto de caramelo, me dijo que no podía fiarse de mí o que se tenía que autoproteger, no sé qué mierda soltó, y no veas cómo me hizo polvo al escuchar eso de su boca. Joder, que era Isa, mi mejor amiga, que me conocía de toda la vida, mi compañera y cómplice en casi todo y me soltó sin filtros que no se fiaba de mí porque me tiraba a tías cada fin de semana.

—Directa la *jodía*, ahí donde la ves… Hombre, historial tienes, no lo vamos a negar a estas alturas. Bueno, tenemos, y todo el grupo siempre lo ha sabido…pero sí, qué putada oír eso por su parte —reconoció Fran—. ¿Qué pasó después?

—Pues que me alejé. Me dejó partido en dos y te sorprenderá, pero sentí una tristeza interior como nunca había sentido. Después la cagué. Conocí a Sara e intenté liarme con ella, pero no pude porque solo pensaba en Isa; y al día siguiente, enrabietado como estaba, ella intentó hablar conmigo y yo me retiré de malas formas para después, en su cara, hacerle creer que sí que tenía algo con Sara. Isa nos miraba y cogí a la otra, la saqué del bar de la mano y sentí como le estaba haciendo daño, sin importarme. Si hubieras visto su mirada de asco, de odio… pufff, prefiero no acordarme.

—¿Ves como eres un gilipollas? ¿Por qué coño hiciste eso?

—Por rabia, por darle en la jeta y hacerla sentir mal como ella me había hecho sentir a mí unas horas atrás, yo qué sé…Por infantil, supongo. Para que viera que no era de su propiedad y que otras sí que me querían…

—Y ahí no acabó la cosa, imagino…

—Claro que no, luego ella fue la que se apartó de mí y estuvo meses ignorándome. Fue horrible. Quería hacer las mismas cosas de siempre con ella y no podía, era como un vacío dentro… y ninguno os disteis cuenta de nada.

—Y después supongo que fue el accidente que ella tuvo, que tú no dejabas de repetir entonces que había sido tu culpa —recordó mi amigo.

—Claro que fue mi culpa, porque fue precisamente en un intento de acercamiento por mi parte cuando resbaló porque no quería hablar conmigo, quería huir… y lo demás ya lo sabes, poco a poco nos volvimos a acercar hasta que llegaron las navidades y la reconciliación definitiva. Volvimos a encontrarnos en un momento especial y una noche, de nuevo, estuvimos a punto de besarnos.

—¿Y?

—Nada, llegó Sarita voceándome y nos cortó el rollo.

—Jodida Sara… ¿Y después…? Sigue, que tengo que sacártelo con sacacorchos, hostia. Parece una novela turca de esas que ven ahora las chicas.

—A partir de ahí fue de locos. Se alejó de nuevo porque se enteró de mi rollo con Sara y le molestó, hasta el punto de no hablarnos casi hasta que llegaron las vacaciones de junio. Y fue ahí donde todo se descontroló de nuevo. ¿Te acuerdas del verano que se iba a la universidad?

—Claro, joder, si fue un coñazo, no se te veía el pelo y cuando estabais, siempre pegados el uno al otro como el dúo sacapuntas. ¡Anda que no te pregunté veces si estabas saliendo con

alguien y me lo negabas porque tú pasabas de esas cosas, cabronazo!

—Los dos acordamos que solo sería un rollo de verano, algo nuestro.

—Pero visto lo visto no fue solo eso…

—Sí y no…

—Céntrate, Rubén, ¿sí o no?

—Sí, pero nos acabó pasando factura. Ante todo no queríamos perder lo que siempre habíamos tenido, pero cuando empezamos a liarnos, descubrí a una Isa totalmente desconocida para mí en algunos aspectos y me encandiló bastante. Tanto que se fue y lo pasé como el culo porque la echaba de menos y no era capaz de quitármela de la cabeza. Me había acostumbrado a tenerla pegada y notaba su ausencia en todos sitios, pero ella ya no estaba y era mejor olvidarlo.

—Sí, ya sé yo cómo olvidas tú las cosas… A punta de nabo y rubias, morenas y pelirrojas, cabrón.

—Luego yo soy el animal…

—¿Y entonces qué?

—Pues eso, con ella estudiando fuera, yo fui un idiota, estuve con otras tías y al final nos alejamos de nuevo hasta que volvió y bueno, imagina…

—Un juego demasiado peligroso, donde estaba claro que uno de los dos iba a perder más que el otro y me temo que, aquí, ella ha perdido mucho, pero tú más.

—El cazador cazado, ¿no?

—Correcto, amigo. Nunca jamás habéis dado un paso adelante. Cuando me enteré por Carlota aluciné en colores, por cierto, repito, gracias por la confianza todos estos años, amigo. Y ahora yo que tú dejaría de encabronarme con el mundo y trataría de recuperarla siendo sincero con ella por una vez en tu vida. Aunque ni tú mismo sepas exactamente todo lo que sientes, ábrete a ella y cuéntaselo tal cual y que salga el sol por donde sea. Seguro que ella tiene miles de preguntas y le gustará escucharte.

—Y tú, deja de acercarla al tal Carlitos de los huevos… —le pido con ironía.

—A mí no me digas nada, eres tú solito, sin valerte de nada ni de nadie, el que tienes que luchar contra las circunstancias que ahora tienes.

—Puff, qué complicado es esto de las tías. Tú lo ves fácil, porque te vas a casar y tienes a tu lado a Carlota —le hago ver, convencido de mis palabras.

—No, no, no te equivoques… Yo lo hice muy mal, por cobarde y por inmaduro. Si la hubiera perdido para siempre no me lo hubiera perdonado jamás, pero lo hubiera tenido bien merecido por gilipollas. Menos mal que reaccioné a tiempo y mi trabajo me costó hacerle ver que había cambiado.

—Y te perdonó.

—Claro que me perdonó, pero me lo curré. Mucho, muchísimo y no me arrepiento de nada. Lo volvería a hacer mil veces por ella. Y tú, aprende…

—Primero debo tenerlo claro todo, saber cómo piensa ella después de cómo me comporté cuando se fue, con lo que pasó aquella noche en el campo…

—¿Noche en el campo? ¿Aquella que llegó a mi casa llorando? Y, no seas capullo, sabes que ella siempre ha bebido los vientos por ti, siempre lo ha hecho. Eso sí que se notaba. Pero bueno, sí, ahora está muy dolida y decidida a olvidar. Date cuenta de que otra en su lugar te habría mandado a la mierda hace mucho, pero Isa es más buena que un cacho de pan y tú sabes que la has tenido comiendo de tu mano desde que os conocéis y la has cagado mil veces… A quien se le diga que ha tenido que irse del pueblo para que te dieras cuenta de que no puedes vivir sin ella…

—Bueno, bueno, eso es mucho decir…no exageres, macho.

—No seas orgulloso, tú eres el que está insufrible desde que se ha ido. Se nota a la legua que la echas mucho de menos y tú mismo has dicho que ya no la ves solo como tu amiguita de toda la vida. Mientras no sea tarde…

—¡Qué leches!, mejor tarde que nunca. Tendré que ir a verla, por lo menos para pedirle perdón y hablar con ella, si es que me deja y no me cierra la puerta en la cara como te hizo a ti la Sustitos. —Me río.

—Deja de vacilarme a mí, que cuando me acuerdo de ese portazo que me dio, y que me merecía totalmente, aún me siento mal, y arregla tu vida, que la tienes hecha un caos, machote.

—Un puto caos, eso es.

— CAPÍTULO 16 —

Una compañía sorprendente

ISA

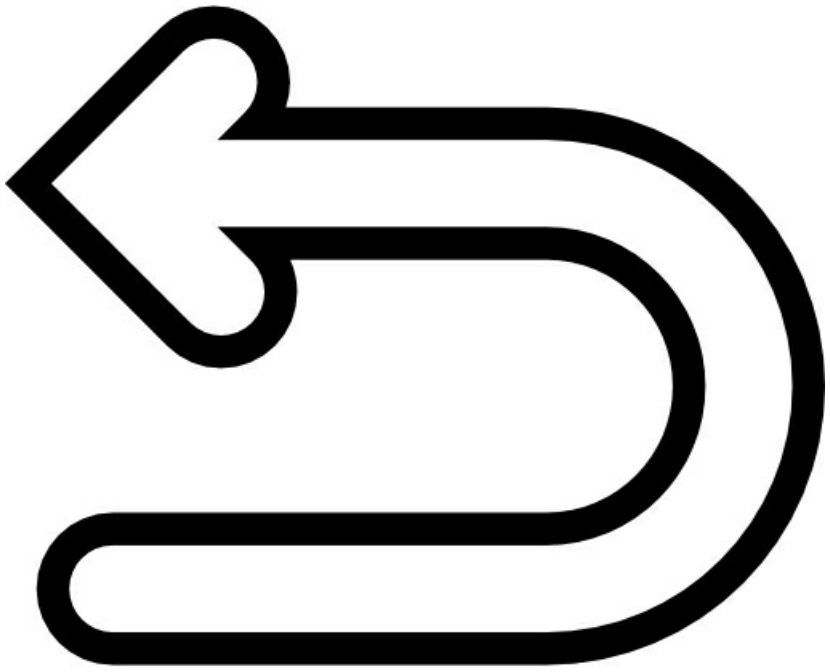
Ya me ha quedado claro que quedar con Carlos es divertidísimo. Anoche salimos a cenar y por fin recogimos todo lo que encargamos para la despedida. Tengo que reconocer que fue un superplán porque me llevó a una terraza con música en directo y disfruté mucho. Me sentí muy a gusto, pudimos hablar de todo y lo mejor es que sin ningún tipo de presión. Sigo convencida de que sabe más de lo que dice y nadie me quita de la cabeza que Fran le haya metido una buena sentada para contarle mi vida y milagros con el susodicho en cuestión, pero he de reconocer que es muy prudente y no me ha sacado aún el espinoso asunto.

Lo cierto es que tema de conversación no nos faltó en ningún momento. Carlos me complementa genial en ese sentido y sabe que yo voy a mi ritmo con la gente. No soy de esas personas dicharacheras que a la mínima se hacen amigas de todo bicho viviente. Yo tengo mis tiempos y él se va amoldando, cosa que le agradezco porque siempre tiene un chascarrillo que soltar o una broma por hacer. Y yo me río y, de paso, me relajo. Se ve tan buen chico, tan sencillo y familiar…

Cuando anoche me dejó en casa, quedamos en volver a vernos la próxima semana. Quiere que paseemos por el Madrid de los Austrias y que contemple lo bonita que es la Gran Vía de noche sin el barullo de la gente alrededor. Me apetece hacerlo. Desde que he llegado a la ciudad no es que la haya descubierto precisamente, y si puedo conocer sus rincones de la mano de Carlos —en sentido figurado, se entiende—, estoy segura de que será mucho mejor.

El caso es que me senté en el sofá nada más llegar para deshacerme por fin de las sandalias de tacón y no puedo negar que me sentí en paz conmigo misma. Pensé en Carlos, valoré la noche al completo y sonreí. Era un buen tío al que merecía la pena conocer y de eso estaba convencida. Aunque seguro en esta vida no hay nada, porque yo me he pasado media dando por hecho que al final acabaría teniendo una relación estable con Rubén, y solo hace falta verme para saber que como adivina no tengo precio.

Y como siempre, mi mente traicionera lo trae de vuelta… pienso en todos estos años con Ken y soy realista porque, da igual el tiempo que pase, siempre vuelve a sumergirme en nuestra no historia y me teletransporta a la famosa noche del *casi beso* en Navidad.



El *casi beso*… Sí, un momento de esos que siempre pasan en las películas de amor y deseamos vivir alguna vez algo parecido. Bien, pues desde que vives uno en tus propias carnes pasan a ser como una almorrana en el culo, porque solo valen para dejarte con las ganas y con dudas para los días sucesivos. Para eso me sirvió a mí. Que desde fuera se veían tan maravillosíííisimos, sí… pero que analizándolos resultaban un soberano mojón. Menudos quebraderos de cabeza tuve a raíz de ahí, del *casi beso* con él.

En mi caso, tenía a Rubén a escasos milímetros, casi podía rozar sus labios. Mi adorado Luis Miguel sonaba en la calle y de pronto oí a la rubia oxigenada gritar su nombre en la lejanía. Si hubiera podido andar en ese momento, creo que habría saltado sobre ella y le habría arrancado la coleta por inoportuna y, sí, también por metijona, por meterse entre nosotros y porque le tenía ganas desde hacía tiempo.

Me había fastidiado la noche perfecta así, en una décima de segundo y, encima, Rubén la había invitado a sumarse al plan. Cuando ya pensaba que iba a llegar a la meta, que iba a poder saborear su boca por fin y sentirlo, después de todo lo que habíamos vivido, va, aparece jorobando todo el pastel y me deja sin el esperado beso. No estaría de Dios o probablemente no era nuestro momento.

Y lo peor, ya puestos, no fue eso, sino que después nosotros dos ya no pudimos hablar en ningún momento a solas, primero por la rubia, luego porque enseguida llegamos al bar y nos sumamos al grupo y, por último, porque todos se empeñaron en acompañarlo a llevarme a casa. Conclusión: llegué a mi hogar con más ganas aún de él, de que por fin sucediese algo entre nosotros, con las mariposas brincando y montando fiesta en mi interior y yo preguntándome qué habría sucedido si no nos hubiera interrumpido Sara y qué pasaría en los días siguientes.

Y ¿qué pasó? Nada. Nada en absoluto. Como siempre, eso ya lo había vivido. La llama que

pareció encenderse en la plazuela se apagó. Como si ese momento no hubiera existido, como si todo hubiese sido producto de mi imaginación. Rubén había aparecido al día siguiente como cualquier otro, con su buen humor de siempre y sus múltiples atenciones hacia mí. Y yo no podía creerlo.

Me había acompañado a rehabilitación, me había cogido en volandas de nuevo, teletransportándome de manera automática a la noche anterior bajo el árbol de mil colorines y traspasándome con su fuerza para ayudarme a hacer los ejercicios, mientras yo me ponía cardiaca con su cercanía; porque una no es de piedra y, claro, mis partes íntimas pasaban de estado sólido a líquido cada vez que le rozaba o me sostenía fuerte entre sus brazos.

Cada vez que sus manos me rozaban mi vello se erizaba y a veces se le escapaban caricias furtivas que yo ya no sabía cómo interpretar. No tenía del todo claro que fuesen caricias más allá de nuestro cariño, arrumacos dulces y fraternales o, al revés, llenas de deseo. Pero después del dichoso *casi beso*, tampoco podía evitar pensar de forma reiterada que esas caricias inocentes no eran fruto de la casualidad, sino que eran intencionadas porque él, al igual que yo, se moría de ganas de sentir mi piel a cada rato, de acabar lo que habíamos empezado, y que gracias a la rubia del demonio se había quedado en un *siesnoes.* Humo en el desierto.

Por si ya con la pierna, el encierro y el tiempo de reposo absoluto no tenía bastante, lo que me faltaba para completar la receta era el no dejar de pensar en lo que había con Rubén. Le daba vueltas y vueltas y no llegaba a ninguna conclusión.

Me ponía en miles de escenarios diferentes, analizaba sus comportamientos cada día y todo ya resultaba ambiguo para mí. Cada momento podía tener las dos connotaciones y eso me desesperaba. Me planteaba la opción de hablar con él para que me explicase si lo que yo veía era una movida mental mía o era una realidad y a él le pasaba lo mismo que a mí, pero por otro lado no me atrevía porque precisamente era Rubén, o lo que es lo mismo, el que se acostaba con todas, el que pasaba al día siguiente de cualquiera que lo llamase de nuevo, el que no quería novias ni relaciones… Y cuando esos pensamientos venían a mí, me sentía ridícula por el solo hecho de cuestionar que él hubiese estado a punto de besarme o que quisiese algo conmigo, cuando no lo quería con nadie, con el agravante añadido del malentendido que nosotros habíamos tenido tiempo atrás por casi traspasar la barrera de la amistad.

El único consuelo que me quedaba para el tiempo que iba a durar mi reposo era disfrutar de su compañía, del verdadero Rubén que era el que siempre salía cuando estábamos a solas, con el que hablaba horas y horas sin cansarme y escuchaba música mientras, en silencio, le dedicaba todas las canciones de amor que sonaban, en especial *Estás*, de Beth, porque esa era la realidad, que él siempre estaba en mí.

Solo me quedaba pensar que, en algún momento, por fin, cuando estuviese bien, pudiese pasar algo después de tantos años enamorada de él.

Me esforzaba al máximo en mis ejercicios para recuperarme rápido. Él se convirtió en mi motivación para volver a la vida normal cuanto antes y por eso mismo lo daba todo en rehabilitación. No veía el día en que pudiera dejar el reposo y, aunque fuera con muletas, salir a la calle y poder volver a hacer planes con mis amigos y sobre todo con Ken. Quería hacer todo lo que no habíamos hecho durante los meses que estuvimos sin hablarnos. Y, por supuesto, retomar lo que fuese que había pasado esa noche de navidades. Empecé a idealizar el momento, a crear mi cuento de hadas; y por ir con las expectativas bien arriba al respecto de lo que iba a pasar o no, la caída fue peor aún.

Y no puedo culparlo, porque lo cierto es que él lo único que hizo fue portarse como siempre conmigo. La que lio un barullo mental de *padreymuyseñormío* fui yo solita, pero habían sido

demasiadas horas en soledad, dándole a la cabeza y muchas otras juntos, los dos, en la intimidad de mi cuarto o en el sofá de mi casa, con la misma cercanía y complicidad de siempre, sumada al *casi beso* y a tiempo atrás cuando tuvimos un jugueteo… Para mí era blanco y en botella, hasta que se convirtió en chocolate negro, sin pizca de leche.

Allá por finales de marzo de ese 2009, cuando ya caminaba bien y podía salir, lo primero que hice fue ir al cine con Rubén e inflarnos a palomitas y gominolas mientras veíamos una peli de risa. Me pareció el mejor plan del mundo. Lo disfruté igual que lo hacía un cerdo rebozándose en una charca. A lo largo de toda la tarde, y en concreto cuando me acompañó a casa, esperé una señal de algún tipo que pudiese dar lugar a repetir el *casi beso* idealizado, pero no la hubo. Me chafó, no podía negarlo, pero me autoconvencí de que había ciertas cosas que se cocinaban mejor a fuego lento.

«Ya vendría».

Unos días después quedé con las chicas para tomar algo, y saber por boca de Laura que Rubén y Sara habían tenido más que palabras un par de veces ese invierno me hundió. Y por lo que dijeron, no había sido la única con la que había estado. ¡Qué pequeñita me fui haciendo en la silla en la que estaba sentada!

Vale que no podía culparlo de nada puesto que no era nada mío ni teníamos ningún tipo de relación, pero tampoco podía evitar que me doliese el pensar en cómo pasaba las tardes tirado en el sofá a mi lado, mientras yo me hacía todas las ilusiones del mundo con él, para después irse de allí directo a revolcarse con Sara una, dos o las veces que fueran. Absurda yo, montándome mis películas románticas con él como protagonista, obsesionada con el dichoso momento y con lo que podía o no pasar cuando volviese al ruedo, mientras él no perdía el tiempo con unas y otras, para variar. Sentirme estúpida sería quedarme corta para hacer entender cómo me sentí yo. No sé cómo pude aguantarme para no llorar mientras las escuchaba cotillear sobre las andanzas de mi amor platónico.

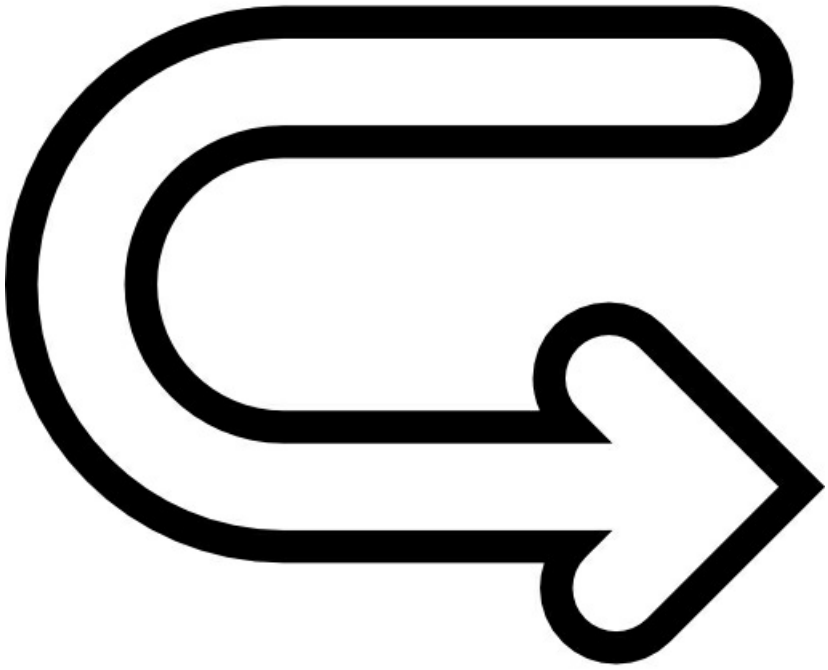
Me venían *flashes* de diferentes episodios vividos, de todas las noches de juerga de los últimos años. La misma sensación, solo que esa vez fue peor, porque lo había sentido más cerca que nunca, cuando claramente estaba igual de lejos que siempre en ese terreno respecto a mí, por mucho cuento de Disney que me hubiera montado tras sus señales, equívocas o no.

Solté la decepción al llegar a casa, sobre mi cama, mintiendo a mi madre respecto al motivo que me tenía así. Dolía y no podía hacer más que desahogarme y dejar salir fuera lo que llevaba dentro contenido. Saberlo me había partido el corazón en trocitos justo cuando más aleteaban las mariposas y más preparado lo tenía para él.

La frialdad se instaló en mí tras enterarme del asunto. Eso tampoco pude evitarlo. Lo que sí hice fue esquivarlo, agazaparme en mi caparazón unos cuantos días hasta que no me quedó más remedio que verlo. Sí, inmadura e infantil fui un rato, pero al final era una chiquilla que estaba colgada hasta las trancas del chico guapo, del tío popular que las podía tener a todas y me había dejado tocada enterarme, y no por él, de que al final había caído con Sara. Lo peor de todo fue que, aun estando dolida, enfadada como la que más y sintiéndome un trapo viejo, solo deseaba sentir su abrazo para calmar la mala leche contenida que habían provocado sus actos o sus calentones en mí, porque si algo tenía claro era que, lo que fuese que hubiera tenido con Sara o con quien fuese, solo podía haber sido cosa de un par de ratos de sexo. Así de colada estaba por él, como para justificarlo todo. Un poco penosa, sí, pero en los asuntos del corazón no se mandaba.

Y el peor rato llegó semanas después, cuando frente a frente con él, tuve que explicarle en su cara el hecho de que estuviese fría o distante en mi trato. Como si fuese idiota, aunque un poco

sí, porque parecía no darse cuenta de nada. Sin saber cómo, acabé vomitando todo lo que me producía el hecho de que Rubén se comportase así y vuelta a empezar.



Y a día de hoy y con la distancia que nos separa y tantos años después, mi cuerpo revive la misma mala sangre que tuve en aquel momento al comprobar que el Rubén que se portaba conmigo como un ángel, ese que se desvivía en atenciones para mí, seguía siendo el mismo cerdo de siempre y solo sabía pensar con la entrepierna.

Lo bueno es que enseguida me deshago de esos pensamientos y cansada como estoy, tras la salida de hoy con Carlos, cojo el móvil para enviar un mensaje directo a Montaves antes de irme a la cama:

Isa:

> Segunda quedada con vuestro amigo. Puedo decir que he disfrutado y me lo he pasado tan bien como hacía tiempo que no lo pasaba. Es fácil sentirse a gusto, cómoda con él. Y chitón, que os conozco. Carlota, no te montes películas.

Carlota:

Hija, pareces mi abuela. Cómoda… a gusto… ni que Carlos fuese una almohada. ¿Lo llamamos chico Flex? Ya podías decir si te pone, aunque sea un poco, o si te gustaría que te empotrase, pero no… Mi Isa es la más correcta del mundo mundial.

Isa:

> Hablo de él en plan futuro amigo, malpensada. Bruta eres un rato… Por cierto, Flex son los colchones, querida.

Carlota:
Sí, sí, amigo… lo que tú digas. Mira que mi príncipe azul con mallas es el más guapo de todos, pero, hombre…, Carlitos está para comerlo a *bocaítos*. Siempre negaré haber dicho esto, de hecho, este mensaje se autodestruirá en 3… 2… 1…

Isa:
Y degustarlo como se comen los bombones: despacito, poco a poco, saboreando…

Carlota:
Y tú eres la del amigos, solo amigos… pues recuerda que el amigo llega al higo, ja, ja.

Isa:
Serás animal… Anda, tira, *bocaítos*…
Buenas noches.

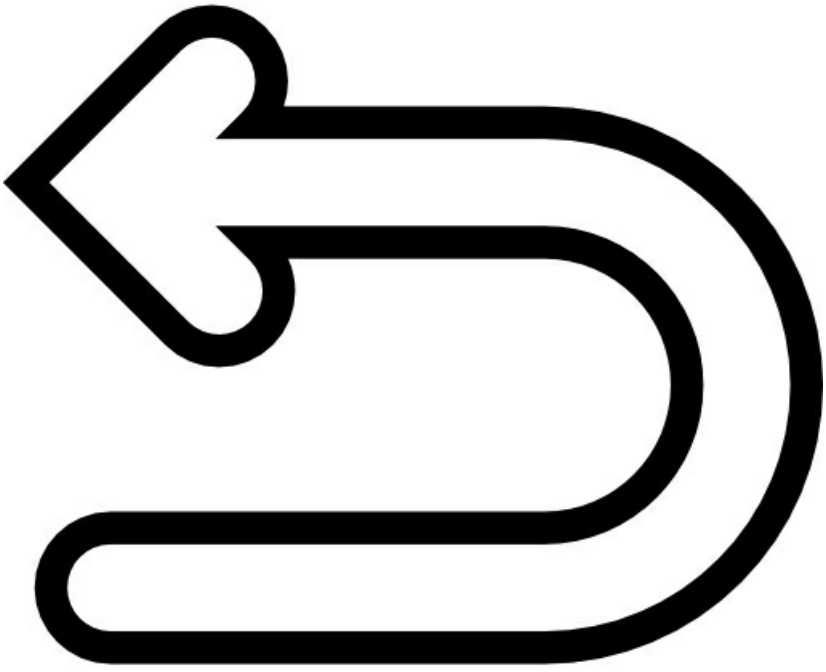
— CAPÍTULO 17 —

Lanzarse o no lanzarse a la piscina

RUBÉN

No he dejado de dar vueltas por el salón de casa desde que he llegado. Desfogo botando el balón de baloncesto hasta que caigo en que Maripuri, la vecina de abajo, tiene que estar encantada en estos momentos con los golpes en su techo. La charla con Fran me ha sentado bien, eso es verdad, pero me siento muy inquieto. Me puede la zozobra de pensar en qué debo hacer y sobre todo cómo. Y todo contando con que Isa quiera hablar conmigo, que lo más probable es que me ignore y no quiera volver a saber de mí por gañán.

Aún recuerdo aquella vez, tras su reposo, cómo Copito se cerró en banda y me esquivó durante días enfadada porque me había liado con Sara y se había enterado. Si aquel alboroto fue por un rollete de nada, cuando ni siquiera habíamos tenido nosotros algo, no quiero pensar lo que debe de estar sintiendo ahora mismo por mí. Me debe de odiar…



Una tarde, cuando volvía de correr, me encontré a Isa, que ya caminaba bien y hacía vida normal, saliendo de El refugio junto a Laura y Natalia. Por la frialdad de Isa respecto a mí, supe que algo pasaba. Apenas me miró y no me dirigió la palabra, y eso no era normal porque estábamos bien, de hecho, nos habíamos recuperado plenamente y nos encontrábamos en uno de nuestros mejores momentos, como años atrás.

A partir de ese día me huyó, no conseguía pasar tiempo a solas con ella y apenas me contestaba a los mensajes cuando le escribía.

Tardé semanas en descifrar el enigma, pero no fue hasta después de una procesión de Semana Santa —a Isa le encantaba salir a verlas pasar— cuando me hice el encontradizo con ella y la obligué a hablar:

—Déjame, Rubén, por si no lo pillas, no me apetece verte.

—Tranquila, que eso me ha quedado bien claro estas semanas, pero no lo entiendo y quiero saber qué coño te pasa conmigo.

—¿A mí? ¿Tendría que pasarme algo? Para nada, olvídate.

—Pero vamos a ver, ¿te crees que soy tonto? ¿Crees que no veo que me huyes?

—Pues si lo ves, ¿para qué preguntas?

—Porque quiero respuestas, porque no ha pasado nada para esto… o ¿te he hecho algo?

—Como siempre, tú nunca haces nada —escupió con mala baba.

—¿Puedes ser sincera, por favor?

—¿De verdad lo quieres? ¿Quieres que diga lo que pienso?

—Por supuesto que quiero que hables y que me digas qué huevos le pasa a mi mejor amiga para que de un día para otro me ignore así.

—Pues ese es el problema, ¿sabes lo que le pasa a tu mejor amiga? Que una vez más está decepcionada. ¿Y sabes por qué?

—Te escucho.

—Porque eres como dos Rubenes y a uno lo adoro, pero el otro me enferma y no lo conozco ni quiero hacerlo.

—Alucino, ¿me puedes explicar esa parida?

—No creo que necesite mucha explicación, es solo eso… Odio que seas como eres, y por eso a la par te quiero sin poder evitarlo. Quiero al Rubén que conozco, el que pasa horas y horas sin hacer nada conmigo, el que me entiende y me escucha, ese que con sus risas me engancha y me divierte; y justo cuando más creo que ese Rubén es el de verdad, aparece el otro que me da asco.

»Odio saber que solo vales para acostarte con tiparracas cada vez que una se pone a tiro, para luego comportarte como un miserable e ignorarlas. Odio a la gente que se cree por encima. Odio que seas así y por eso me alejo, porque tienes un poder, algo magnético que siempre me lleva a ti y está claro que no es el mejor sitio para enfocar mis pensamientos. Te lo dije hace muchos meses… de ese Rubén hay que protegerse, y te dolió, pero es que es la verdad —explicó, empezando a llorar.

—Joder, Isa, no me digas eso y no llores, por favor. Explícame qué es lo que pasa porque no sé de dónde viene todo esto que me estás contando.

—¿Y qué quieres que te diga entonces? Es lo que veo en ti. Y me duele darme cuenta de que lo que yo creía, no es.

—Pero ¿qué cojones he hecho para que me digas todo esto?

—Te lo he dicho ya, a mí no me has hecho nada. Es lo que haces en general, es tu comportamiento y tu forma de ser, es cómo pierdes el culo por el maldito sexo… Lo siento, esa parte de ti me produce asco y prefiero no estar cerca para ver cómo te comportas. Te lo repito, resultas ser dos personas, y aunque una es demasiado atrayente, la otra es altamente peligrosa y de esa es mejor huir.

—¿Me estás crucificando porque me guste pasármelo bien? ¡¡¡Venga ya!!! ¿En qué mundo vivimos? ¿Tú eres santa Isabel o qué?

—Yo lo que soy es imbécil por ver en ti lo que no eres y por haber perdido el tiempo en

plantearme cosas contigo que está claro que nunca se van a dar.

—¿Puede saberse qué te has planteado y cuándo has perdido el tiempo?

—Déjalo, Rubén, no quiero seguir hablando contigo. Ya has conseguido que te dijera lo que pienso, ¿satisfecho?

—Más bien hecho polvo. Eres mi mejor amiga y me hunde que pienses así de mí. Sabes que yo daría todo por ti.

—Lo sé, y siempre te voy a querer y voy a estar agradecida por cómo te has portado conmigo estos meses de atrás. Quizá de ahí venga el problema.

—Pero ¿qué problema? ¿Portarme bien es un delito? A ver si ahora hay que tratar a patadas a la gente para que así te llamen cabrón, pero con motivo…

—No he dicho eso.

—Es lo que piensas, está claro…

—Saca tus conclusiones, yo ya he dicho lo que tenía que decir.

—Sí, una vez más te repites, que tienes que protegerte de mí, cuando sabes la manera en que me hirió cuando lo dijiste la primera vez y vuelves a la carga… ¿Crees que estás siendo justa?

—Justa o no, es lo que veo. No soporto que te comportes así, por lo menos espero que lo disfrutes…

—¿Todo esto es porque me acuesto con chicas?

—No voy a responder a esa pregunta de mal gusto. Si no sabes verlo, no seré yo quien te abra los ojos al mundo.

—No voy a pedir perdón porque me guste el sexo sin compromiso, no creo haber hecho nada malo y por supuesto… nada que te afecte a ti como para que vengas y me vacíes el saco de esta manera.

—Tú mismo, lo dicho, disfruta mucho… hasta que se te caiga a trozos de tanto uso.

—¿Tú te estás escuchando?

—Por supuesto.

—¿No te das cuenta de que no es normal que me montes este circo porque me guste follar?

—Yo no te estoy montando nada, eres tú el que ha venido a buscarme y a obligarme a que hablásemos. Yo no quería.

—Peor aún, si no vengo desapareces de mi vida sin más, sin explicación, y tengo que joderme y aguantarme por la cara. Ahora por lo menos sé que es porque estás celosa. Y por posesiva.

—No estoy celosa y, justo por eso, lo mejor es alejarme de ti. No quiero llegar a estarlo —mentí—, porque si seguimos como estábamos puede acabar dándose algo entre nosotros y, visto lo visto, no podría ser.

—Entre tú y yo no hay nada.

—Lo sé, no tienes que restregármelo. Tampoco quiero que lo haya.

—Y si no lo quieres… ¿para qué mierdas tanta historia?

—Porque te quiero y quien bien te quiere, te hará llorar, dice el dicho. Y si decirte lo que veo te duele, plantéatelo.

—Pues claro que me duele, porque estas palabras salen de tu boca. Tu eres mi niña, siempre lo has sido y que me hables así, que me digas que te doy asco…

—¿No te das cuenta de que conmigo eres un tío increíble? Que podemos negarlo mil veces, pero lo nuestro no es solo amistad o yo estoy loca de remate… y luego me doy la vuelta y solo escucho de ti las marranadas que haces con unas y otras. No quiero eso, no quiero engancharme a ti y que luego me des la patada.

—Yo nunca te haría daño. Me da igual lo que la gente hable, solo me importa lo que digas tú,

mi familia y mis amigos cercanos. El resto me da igual… ¿Acaso crees que yo no siento cosas? ¿Crees que no me doy cuenta de que la conexión que tenemos es especial? Que si Sara no nos hubiera interrumpido aquella noche posiblemente nos hubiésemos besado igual que antaño, porque las ganas siempre han estado ahí.

—Pues si te das cuenta y te importa, lo disimulas muy mal. Me gustaría saber por qué entonces te comportas como lo haces.

—¡Porque yo soy así, joder! Te lo he dicho mil veces, me gusta salir, pasármelo bien, y sí… follar me encanta. Pero nunca engaño a nadie, siempre lo dejo todo claro. Creía que lo sabías. Además, tú misma lo dijiste… te tenías que autoproteger. Es mejor que entre nosotros nunca haya pasado nada, yo no soy para ti.

—Eso lo tengo más que claro, meridiano.

—Y si lo tienes tan claro, ¿por qué estamos discutiendo?

—Porque parece que no lo entiendes. Es la segunda vez que pongo distancia para no acabar pasándolo mal y vienes a buscarme. Y me lo pones difícil. ¿Crees que no me gusta verte y pasar tiempo contigo? Me encanta. Este tiempo que hemos pasado juntos, mientras mi reposo, ha sido increíble a pesar de las circunstancias. Volvía a creer que solo había un Rubén, pero no…

—Eso es una gilipollez, yo soy Rubén, no hay dos.

—Sí los hay y lo peor es que no lo ves, pero yo sí… Hace no mucho te lo dije… contigo al fin del mundo, pero me refería a Rubén el de verdad, no el que va detrás de Sara, Elisa, Tamara y cuantas más aparezcan cerca.

—Grave delito el que he cometido, ¿eh? Pero no te das cuenta de que es mejor que tú y yo no entremos en ese terreno, que hace poco más de un año casi nos cargamos nuestra amistad por rebasar la línea. Yo no quiero perderte.

—No me vas a perder, te lo repito, siempre te voy a querer y siempre seremos amigos. Me voy a estudiar fuera en pocos meses y nunca me voy a olvidar de ti.

—Pero en la distancia, ¿no? Y estos meses hasta que te vayas me castigas con desaparecer y pretendes que lo acepte como si nada.

—Es lo mejor para los dos, o por lo menos para mí —afirmó ella.

—Pues para mí no es lo mejor, de hecho, ¡qué cojones! ¡Es lo peor que podías hacerme!

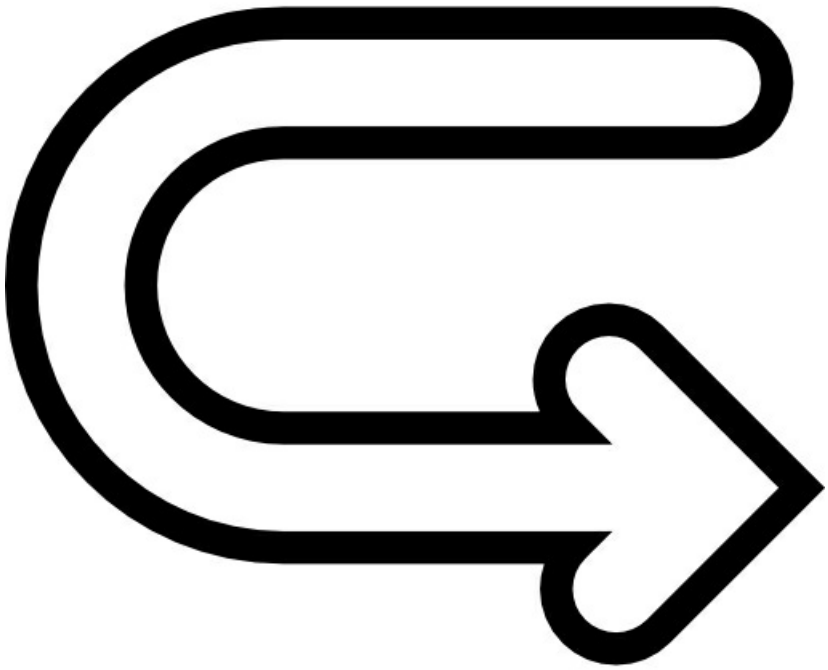
—Repito, yo no te hago nada, es tu forma de ser la que hace que me tenga que apartar de ti. Si algún día cambias, maduras, igual podremos volver a ser nosotros, pero mientras no —concluyó dándome un cálido beso en la mejilla para después dar media vuelta y marcharse.

En aquel momento no entendió que lo único que hacía era evitar que ambos lo pasásemos mal. Mi único objetivo tras aquella primera noche en la que casi nos liamos fue no volver a perderla como amiga porque, sin duda, un polvo entre nosotros acabaría con lo que teníamos. Por eso no rechacé a Sara, ni a María ni a Marta, porque no tenía nada con nadie, no eran mis íntimas amigas y era libre de hacer lo que quisiese. Y así, además, me alejaba de los pensamientos y sensaciones que Isa provocaba de nuevo en mí, porque era mi mejor amiga y con las amigas mejor no tener nada.

En eso Fran y yo éramos totalmente distintos. Mientras él se había enrollado casi con todas las chicas de nuestro grupo en algún momento, yo nunca había tocado a ninguna… No me gustaba, porque ellas eran sagradas para mí. Y más después de la primera intentona con Isa, que después de esos días de enajenación mental estuvimos meses apartados el uno del otro. Y qué mal lo pasamos. Y qué jodido fue estar sin ella. Por eso, cuando de nuevo con ese *casi beso* volvíamos a las andadas, tuve claro que lo mejor era dejarlo estar, no volver a mencionar nada al respecto nunca y desfogar con otras. Como amigos éramos nosotros, éramos los mejores y era increíble lo

que sumábamos juntos.

Aunque cuando se enteró del desfogue, le dolió. Sacó el genio, ese que me provocaba y volvía loco, y me echó en cara todo. Apenas se lo pude rebatir porque realmente tenía razón. Yo, por cómo era, no era un chico para ella y lo último que quería era hacerle daño.



Pero ¡qué coño! Ya no soy ese chico de dieciocho-diecinueve años que solo pensaba con el rabo. Han pasado años de todo aquello. Somos adultos, no críos de instituto para andarnos con huidas y gilipolleces. Está claro que tenemos que hablar.

«Ojalá no sea demasiado tarde».

Cojo el móvil y escribo a Fran:

Rubén:
Me voy a Madrid a hablar con ella, deséame suerte y no le digas nada a tu chica. Confío en ti.

Fran:
Haces lo correcto, dale y al lío.

— CAPÍTULO 18 —

Estás

ISA

Hoy me he despertado con el timbre de la puerta sonando. He alucinado en colores cuando un repartidor me ha dejado una caja sorpresa con un desayuno. A mis treinta y dos años es la primera vez que disfruto de algo así y la verdad es que me ha encantado el detalle por parte de Carlos. Vale, sí, de primeras pensé que tal vez era una disculpa de Rubén… pero nada que ver. Esto solo podía hacerlo Carlos.

Imagino que tiene que ver con una conversación que mantuvimos hace un par de noches donde reconocí que desde que me instalé en Madrid estoy comiendo regular, sin horarios, en ocasiones saltándome el desayuno… y claro, él, como buen deportista, insistió en que el desayuno era la comida más importante del día. Me ha mandado de todo y, cuando digo todo, es absolutamente todo y me ha sorprendido. Mucho.

Preparo la mesa, me siento y lo primero que hago, aún con las pintas mañaneras puestas, es hacerme un *selfie* para enviárselo y que vea lo mucho que me ha gustado el regalo.

Isa:
¡Me voy a cebar por tu culpa, pero ya te digo que mi estómago está agradecidísimo contigo!

Carlos:
Disfrútalo y coge energía, que hoy no trabajo y tengo que proponerte un plan…

Isa:
Te escucho impaciente.

Carlos:
Ah, no, no. El plan me lo reservo.
Desayuna tranquila y arréglate, que te recojo en dos horas.

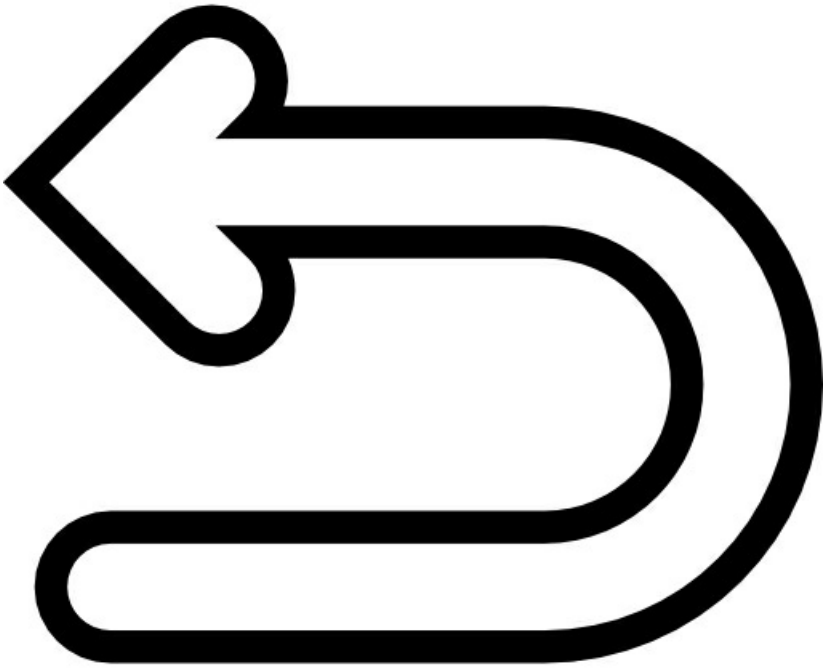
Isa:
Me parece estupendo ☺.

Qué chico más perfecto, y encima es guapo a rabiar. Una joya sin duda alguna. Como quien dice, hace cuatro días que lo conozco y ahora hacemos planes como si hubiese una relación de amistad de años. De esas cosas raras que pasan en la vida alguna vez. La chica que esté con él será muy afortunada. De hecho, no me explico que no tenga pareja, porque tal y como es, cualquiera caería en sus redes encantada de la vida. Yo misma lo haría si no fuera porque sigo pensando en Rubén.

En todos los años que hemos pasado *juntos* —sin estarlo realmente—, las muestras de cariño de este último me llevaban a lo más alto en cuestión de segundos. Me esfuerzo por analizar —lo cierto es que estoy comparando, no nos engañemos— cómo es mi Ken en ese aspecto y entonces me vienen de sopetón *flashes* sueltos de momentos que me ha hecho sonreír con sus detalles, con

golosinas, con sus cosquillas, con nuestros ratos muertos, con aquel paseo del *casi beso* en Navidad, con la fiesta ibicenca del verano que me marchaba a estudiar…

Dios, de esa fiesta sí que, pase lo que pase, nunca me podré olvidar. Será un recuerdo de los especiales, uno de los mejores de mi vida. Mi sonrisa se ensancha y, a la par, me lamento. Sé que es para matarme, que soy una estúpida y estoy como una chota por seguir, a día de hoy, sonriendo con mis vivencias a su lado tras lo mucho que he llorado por su causa también. Soy consciente, pero a ver qué hago. Si alguien tiene la pócima secreta para olvidar de manera instantánea que me la haga llegar, por favor. Con escuchar *Quisiera poder olvidarme de ti*, de Luis Fonsi, ya os digo que no es suficiente…



Después de esa procesión en la que Ken me abordó aquella noche de miércoles previa a Semana Santa, me sentí desolada. Supe que había hecho lo correcto sincerándome en cierta manera con Rubén. Tal vez había sido demasiado dura y puede que hablase más de la cuenta, pero era necesario para mirar por mí, nuevamente para protegerme, aunque sonase mal decirlo. Además, en caliente nunca se ha pensado con claridad. No podía estar siempre llevándome chascos con él y estaba claro que no iba a cambiar, porque, para bien o para mal, mi Ken era como era y ahí, ni yo ni nadie podíamos entrar. Además, llegó un punto donde ya no podía aguantar más el quererlo y pensar en verlo con otras mientras a mí me iba a seguir tratando eternamente como a una amiga, que muy bien, sí, amigos y todo el rollo, pero solo eso, cuando yo quería más.

Por ese motivo, en el fondo me liberó abrirme y soltar todo lo que le solté y, en parte, también oírlo reconocer que el *casi beso* nunca fue producto de mi imaginación y que las mismas ganas que tenía yo, las había sentido él también.

Pero claro, ¡¡cómo no!!, tuvo que acompañar eso con decir que era mejor para los dos mantenernos alejados y que él no era para mí. Era consciente de ello, pero oírlo pronunciar esas

palabras fue como una patada en el cielo de la boca, como dejar que una espada me atravesase dejándome sin poder respirar. Qué dolor más grande se instaló en mi interior, porque, por desgracia mientras él actuase como actuaba, tenía razón y nunca iba a ser para mí. El cariño que nos teníamos siempre seguiría presente, no iba a desaparecer de ahí, pero teníamos que hacer por alejarnos, cosa que él parecía no entender, aunque respetó en la medida de sus posibilidades los siguientes meses, que, por cierto, fueron una soberana porquería sin él.

La nueva autodistancia impuesta por mí conllevó medio abril, un mayo y medio junio en los que no hice otra cosa que sentirme triste, sola, aburrida… lo echaba de menos a cada paso que daba, por cada sitio por el que pasaba y había recorrido previamente con él; lo esquivaba, pero en el fondo estaba en todos sitios, en cada canción… Era una tortura volver a escuchar a Beth y su *Estás*, porque en mi día a día todo era Rubén, solo que, por desgracia, por mucho que hubiese querido, la realidad era que ya no estaba.

Estás dentro de los poros de mi piel,
dentro de mis sueños de mujer, dentro de todo…
Estás, codo con codo…
Estás si necesito llorar, si necesito reír, como un amigo…
Estás, siempre conmigo… cuando despierto por la mañana, cuando recorro la ciudad, cuando me acuesto en mi cama…
Estás, estás, estás conmigo… estás en mi mundo, en mi mundo para dos.
Estás en mi cuerpo cuando hacemos el amor…

El 22 de junio de ese mismo año, el grupo —y en concreto él— organizó una fiesta ibicenca para dar la bienvenida al verano. La fiesta iba a ser un sábado desde por la mañana en la casa de campo de Rubén, con noche incluida.

De esa no me libraba. Me había convertido en una experta rehusando y esquivando planes para evitar nuevamente coincidir o ver cosas que sabía de antemano que me iban a doler, pero era la fiesta del verano, tradición cada inicio de la temporada estival, de esa no me escapaba y tampoco quería. Me apetecía disfrutarla al máximo. Y aunque me empeñase en negármelo a mí misma, me moría de ganas por verlo, por pasar un rato con él y ver si todo seguía intacto a pesar de la distancia entre ambos.

Sí, vale, resultaba egoísta viniendo de mí pretender que todo siguiese igual pese a ser yo la que lo había apartado de mi lado de un día para otro, aunque fuese por su propia causa y en mi beneficio.

Llegué aquel sábado a la hora indicada al monte, con una parte de mí llena de miedos por si estropeaba lo conseguido con el distanciamiento por un día de fiesta campera. La otra parte estaba deseando dormir a su lado como tantas otras veces, tocarlo, sentirlo cerca, ver si la complicidad seguía ahí o si se había esfumado por la lejanía…

Para la ocasión elegí un vestido blanco vaporoso, de tirantes finos y una corona de florecitas rosas en la cabeza. Me había dejado el pelo suelto y me maquillé en tonos muy suaves, tan solo resaltando los labios en un tono más fuerte. Mi radar lo detectó enseguida. Mi Ken seguía siendo un pecado para la vista. En cuanto lo vi, mis bragas se fueron al suelo. Llevaba puesto un pantalón vaquero claro desgarrado por delante, una camisa blanca desabrochada con cuello mao, mostrando los pectorales, y las mangas dobladas hasta el codo. Se acababa de mojar el pelo, supongo que por el calor, y justo estaba enterrando sus dedos en él para recolocárselo cuando levantó la vista y me vio. Nos quedamos quietos, hieráticos, sin despegar la mirada del frente, el uno del otro, recorriéndonos ambos en una pasada descarada para no perder detalle y

deleitándonos en lo que veíamos.

Deseé encarecidamente que, como en los libros de romance, corriese hacia mí, me levantara al vuelo mientras mi vestido nos envolvía a ambos y me abrazara diciéndome lo mucho que me extrañaba. Como era de esperar, ni vino hacia mí ni hubo abrazo, ni pasó nada. Pero sí que conforme avanzaban las horas, muchas miraditas furtivas se nos escaparon a ambos, queriendo o sin querer, acompañadas de tenues sonrisas que se dibujaban en nuestros labios y que significaban un claro intento de acercamiento por parte de los dos. Era cuestión de tiempo. «Adiós a lo logrado estos meses», me dije.

A las miradas sin que nadie se diera cuenta, se sumó algún que otro roce casual camuflado por torpeza al ir a coger algo o por distracción y, conforme avanzó la tarde, entre chupitos y juegos, cada vez nos buscábamos más el uno al otro en la lejanía. En todo momento, era como un radar siempre captando señal e imagen. Eso sí, no habíamos intercambiado una sola palabra desde que nos habíamos vuelto a ver.

Caía la noche, estaba toda la pandilla reunida en torno a la hoguera, con las guitarras tocando y cantando —entre ellos Rubén— y propusieron jugar a la botella. Desde el principio lo vi mala idea, ya que esos juegos nunca traían nada bueno, pero solo acepté por si con el juego podía por fin saciar las ganas acumuladas que tenía después de tantos años de espera para sentir sus labios sobre los míos, conocer sus besos de una vez y recrearme en su sabor, en su aroma, para guardarlo como un tesoro en mi interior. Él pareció muy dispuesto a jugar… obvio, siempre preparado para la guerra.

Habíamos bebido, por lo que aquello entre todos los presentes se convirtió rápido en un festival de besos apasionados, lametazos que fluían solos y deseo contenido que, en muchos casos, estallaba al más mínimo roce de labios. Habían salido mil combinaciones, pero la botella, o el propio destino, no quiso que Rubén y yo nos besásemos como parte del juego.

En un determinado momento él se levantó, algo contrariado, y dijo que pasaba de seguir jugando e iba a la lumbre a hacer más pan calentito para picar algo, situación que aprovecharon algunas parejitas incipientes para terminar lo que habían empezado con la botellita de las narices. La gente se dispersó bastante por el terreno, y yo vi el momento perfecto para ir al baño a refrescarme, muerta de calor —interno y externo— como estaba.

Cerré la puerta y me agarré al lavabo con fuerza. No podía creer la mala suerte que había tenido. Se me había escapado una oportunidad de oro para haber alcanzado aquello que tan inalcanzable veía. Me mojé el cuello con las manos, dejando el agua helada caer por mi escote hacia abajo para estar fresquita al menos un rato y de paso calmar un poco el calentón que me acompañaba, porque la sola idea de que llegara mi turno para besarme con él y sentirlo me había tenido caliente todo el tiempo que duró el jueguecito de marras.

Abrí la puerta dispuesta a salir, cuando me di de bruces con Rubén. Estaba esperándome apoyado en el quicio de la puerta.

—Perdóname, desde ya te lo digo…

—Y ahora, ¿por qué? —respondí, intrigada—. Si antes de hablar ya me pides perdón, mal vamos.

—Porque sé lo que hablamos en Semana Santa, te juro que no quiero marearte ni jugar, pero tampoco puedo contenerme —reconoció, abalanzándose sobre mí para asaltar mis labios con decisión, como quedó claro que llevaba queriendo hacer, al igual que yo, toda la noche.

¡Qué ímpetu! Aún me temblaban las piernas al recordar todo lo que me produjo ese primer beso.

Una de las manos de Rubén subía y bajaba por mi cuello mientras la otra se enredó y jugueteó

en mi pelo haciéndome estremecer de placer. Mientras, nuestras lenguas se entrelazaron, jugando, luchando por dominar. Mordisqueé sus labios dejándome llevar por el instinto primario que siempre había provocado en mí y él, a su vez, saboreó los míos como si de un helado se tratase. Recorrió mi cuello, lamiéndolo con su lengua salvaje y juguetona, que no dejó centímetro sin chupar y succionar. No podíamos parar. Fue un reguero de besos ardientes, llenos de pasión y desenfreno, un encuentro explosivo, donde quedó patente que nos moríamos por hacerlo, por recorrernos y sentirnos de todas las maneras posibles.

Una oleada de placer me sacudió de la cabeza a los pies, porque Rubén no besaba, él te hacía el amor con la boca y te llevaba al cielo en una décima de segundo. Y yo me hubiera quedado en el cielo, en ese beso para siempre. Sentir su intensidad, su inmensidad y dureza contra mi cuerpo, sus manos deseosas de piel subiendo y bajando por encima de mi vestido, me volvió loca. Quería más, mucho más. Lo quería todo con él.

Nunca había sentido tanto con ningún chico. Tampoco es que tuviese una gran experiencia, puesto que había tenido mis pequeños escarceos para cuatro ratos —con un poco de tocamiento incluido, eso sí—, pero nunca me había ido a la cama con nadie. En mi idea del amor romántico, bonito y de mi autoconvencimiento de que algún día Rubén y yo acabaríamos teniendo algo, siempre había querido que él fuese el primero. Era algo tan íntimo, tan especial para mí, que solo me visualizaba siendo suya.

Cuando nos separamos fue porque alguien dio un grito llamando a Rubén. Entonces nos apartamos despacio, nos miramos, exaltados y excitados, además de contrariados por la interrupción, con un calentón del veinticinco que llevábamos encima y que hasta nos hacía respirar con dificultad, gritándonos como locos tantas cosas, pero sin pronunciar ni una sola palabra. Poco más podíamos decir. Al final las palabras se las lleva el viento y con lo que nos habíamos demostrado era más que suficiente. Nos agarramos de las manos, estrechando nuestros dedos y apretando con todas nuestras fuerzas, canalizando lo que estábamos viviendo a través de ese contacto, para después, en un arrebato, fundirnos en un abrazo cálido que de nuevo me subió al cielo.

—Anda, ven aquí, enana. —Fueron sus únicas palabras.

Y yo fui y me acoplé sobre su pecho, que era el mejor lugar del mundo donde podía estar. Volví a respirar e inspiré fuerte, profundo, para llevarme bien grabado su dulce olor. Y su fuerza, su pasión, todo…

Lo volvieron a llamar y al grito suyo de ¡voy!, deshicimos el abrazo. Me robó un nuevo beso de manera fugaz, rodeando con sus manos mi cuello, con calidez, suavidad y, sobre todo, con sentimiento. Fue un último roce de labios de esos que sabes de antemano que nunca vas a olvidar, pase lo que pase. Y lo acompañó de un: «Tenemos que hablar y no pienso dejar que te escapes», al que yo sonreí, asintiendo y dándole la razón.

Se fue hacia donde estaba el grupo y yo me quedé allí, plantada, sin poder gritar al mundo entero que lo quería y que por fin había pasado. Necesitaba sacar las numerosas emociones que estaba sintiendo a la vez. Quería saltar, desfogar y gritar al viento que por fin lo había conseguido y era mucho, muchísimo, mejor de lo que siempre había imaginado. Había vivido con él una escena propia de película americana, pero como no estábamos en una peli, sino en su campo, rodeados de todos nuestros amigos; nos habían interrumpido y yo me había quedado con más ganas de él que las que tenía un niño por ir a montarse en las atracciones de una feria.

Regresé con el grupo unos minutos más tarde, cuando el tono sonrojado de mi cara se diluyó, para que nadie pensara que veníamos del mismo sitio. Solo que no volvía sola, sino que me custodiaba un ejército de mariposas que había tirado la puerta abajo y ya campaban a sus anchas

a mi alrededor, entre corazones y una estela de purpurina brillante a mi paso. «Sí, siempre he sido un poquito cursi».

El resto de la velada lo pasé en el limbo, recreándome en sus labios mientras acariciaba los míos con la punta de la lengua, como si en ese movimiento arrastrase su sabor y volviese a disfrutarlo. Él me miraba, devorándome con descaro. Menos mal que los demás estaban cada uno a lo suyo y nadie se percató de nada.

Me moría porque llegase el final de la noche, el momento de ir a dormir todos juntos, pegados los unos a los otros. En cuanto el cansancio empezó a hacer mella y el ánimo general decayó, la mayoría empezó a retirarse. Se dispuso una hilera de colchones en el salón, porque los amaneceres en el monte eran frescos como para dormir a la intemperie.

Entré dentro de las últimas y me tumbé de lado en el colchón que quedaba libre en la esquina. Sabía que en breve tendría compañía y, en efecto, no tardé en notar el calor de Rubén pegado a mi espalda. Una sensación de plenitud —y de felicidad también— me invadió, porque, aunque fueran pocas horas, por lo menos iba a poder disfrutar de él y, esta vez, de manera distinta a las anteriores. Y no me refería solo a sexo, ya que delante de la gente no era lo ideal, sino a su compañía, a tener su cuerpo a mi merced, su hombría, su calor y, sí, deseaba sentir sus manos sobre mí, gozarlo y dejarme hacer.

Ruborizada por el morreo que nos habíamos dado un rato antes, me daba vergüenza mirarlo a los ojos en esa situación tan íntima que habíamos creado. No sabía qué decirle en ese momento, era tan deseado y esperado que me había dejado en blanco. Enseguida noté sus dedos subiendo lentamente por mi espalda y lo dejé acariciarme mientras yo cerraba los ojos para dejarme llevar y solo sentir. Recorrió varias veces mi parte trasera. Desde los hombros seguía bajando más y más en un vaivén de movimientos que iban marcando el camino hacia donde la espalda perdía su nombre. Con su dedo índice dibujó la silueta de mi trasero y me excitó de una forma brutal haciéndome contraer el cuerpo entero al contacto con su piel. Entonces susurró un: «Estate quieta, cariño», en un tono morboso cien por cien, y continuó subiendo y bajando con esa mano que tenía libre y que terminó dejando descansar apoyada en mí, rodeándome con el brazo por la cintura y acercándome hacia su pecho. Nos quedamos pegados, con sus dedos sobre los míos, y los entrelazó, regalándome suaves caricias en movimientos llenos de deseo.

Empezó a tocar mi cara desde atrás con sus grandes manos, entre cosquillas y roces suaves, casi imperceptibles, y convirtió en algo demasiado sensual el paso de sus dedos por cada rincón de mi piel. Llegó a mis labios y se detuvo en ellos. Primero los rozó una y otra vez, tímidamente, y cuando creí que se retiraba, empezó a entretenerse en ellos, dibujando el contorno. En ese momento mi yo valiente dio una patada a mi yo tímido y lo mandó al cuerno. Dudosa pero atrevida, mientras tenía sus dedos jugueteando en mis labios, saqué la lengua para alcanzarlos, primero de manera casi inadvertida, como un gatito, hasta que, sin darme cuenta, desbordada por el deseo que estaba sintiendo, empecé a lamerlos con todas mis ganas. Le estaba chuperreteando, comiendo cada falange con lascivia y llevándolo al límite, al mismo en el que estaba yo. Él tampoco se quedó atrás y jugaba con mi boca, introduciéndolos por turnos, para que pudiera lamerlos bien, saborearlos y después sacarlos, privándome de su sabor y haciendo que me retorciera de ganas por continuar y los buscase desesperadamente. Y cada vez su cuerpo más pegado al mío.

—Shhh, estate quieta, fierecilla, que nos van a oír —me susurró al oído, mientras su lengua lo recorría entero y dejaba un mordisco en el lóbulo que me erizó todo el vello de mi cuerpo.

—Más, quiero más, Rubén —se me escapó entre jadeos.

—Estás muy cachonda, Copito. Nunca te había visto así —volvió a susurrar, mientras besaba

mi cuello a la par que su mano subía y bajaba recorriendo mi piel.

—Es tu culpa, ¿acaso crees que soy de piedra? —contesté con la respiración agitada.

—Date la vuelta, quiero verte —me pidió.

Con su fuerza, me giró hacia él y así permanecimos un buen rato, pegados, frente a frente, mirándonos en silencio, respirando de manera entrecortada y queriendo decir tantas cosas, pero en silencio… uno que hablaba solo. Con su frente pegada a la mía, su boca jugueteaba soplando en dirección a mi pecho y notaba perfectamente cómo en cada soplido me estremecía un poco más. Bordeó mi cuello con sus manos ansiosas, deseosas de más, y continuó acariciando mi nuca y entrelazando mi cabello entre las yemas de los dedos de la mano que tenía debajo de mí, algo que me volvía loca y me hacía temblar de anticipación, ansiosa porque llegase el momento. Tiraba hacia atrás y yo dejaba escapar mínimos gemidos imposibles de contener.

Después, con la otra mano empezó de nuevo a recorrerme. Primero por encima del vestido, y después, al llegar al borde comenzó a subir bajo la tela vaporosa que me cubría. Me tocaba y mi piel despertaba. Me mordía los labios y los soltaba, cosa que me excitaba una barbaridad, mientras él perdía la razón al verme así. Yo lo notaba por su forma de retorcerse, de apretar y agarrar mis nalgas. Estábamos como locos, como motos…

Sentir su tacto pasar esa zona tan mía me ponía nerviosa y solo podía pensar en que avanzase un poquito más hacia dentro, en que me tocase, en sentirlo en mi interior y en cómo sería hacerlo con él.

Pero no se detuvo donde yo quería, sino que su mano siguió el curso hacia arriba y llegó de nuevo a mi pecho, donde sus dedos se acoplaron y descansaron durante un buen rato. Sentir cómo se recreaba jugando con mis pezones, haciéndolos endurecer aún más y paseándose de un pecho a otro entre caricias llenas de gula y deseo fue algo demasiado fuerte en cuanto a lo que sentí. Estaba vibrando de placer y él lo sabía, igual que teníamos claro que no era el mejor escenario para seguir. Mi cuerpo lo necesitaba, reclamaba más, y el suyo también. Hundió su cabeza en mí, jadeante, y se empleó a fondo bajando de mi oreja, que devoró intensamente con grandes lametazos, al cuello y al hombro, donde dejó caer el tirante del vestido e hizo suya la zona.

Si me pinchaban no sangraba, me encontraba casi febril por el calentón y a puntito de caramelo, además de en las nubes y, entonces, respiró sobre mí y paró. Noté un tierno y cálido beso en la frente y supe que hasta ahí habíamos llegado. Pasara lo que pasase, esa noche quedaría grabada a fuego en mi ser para siempre.

Y lo que vio no fue a su amiguita, sino a una mujer que se moría por estar con él. Una mujer presa del deseo que estaba sintiendo y que, en ese momento, si no hubiese habido nadie alrededor, se hubiese entregado a él sin condiciones. Me moría de ganas, él no hacía nada, y entonces metí la mano en mi ropa interior, momento en el que me agarró y me sujetó susurrándome al oído un: «No quiero que te toques, déjamelo a mí para la próxima vez», que me dejó muerta.

Continuamos en la misma posición, excitados, nerviosos, destilando fuego con los ojos y yo encendida, presa del morbo, además de ruborizada. Fue uno de los momentos más ardientes y *hot* de mi vida, y ni siquiera había hecho nada.

Cuando fui a hablar, me puso su dedo en los labios, silenciándome, para a continuación inclinarse y apoderarse de mi boca sin piedad. Y yo le correspondí ansiosa, gustosa y deseosa de él. Dios, ese beso no fue normal. Me avasalló con su lengua, moviéndola de manera enloquecida y haciéndola recorrer todos los rincones de mi boca, mientras la mía luchaba y se enredaba con la suya. Mis labios, desesperados, buscaban los suyos una y otra vez, cual pececillo boqueando y

los saboreaba como si fuera néctar de los dioses.

Su mano se coló por debajo del vestido y empezó de nuevo a subir, aprisionando con fervor mi piel bajo ella, mientras recorría mi cuerpo y yo continuaba deshaciéndome entre sus brazos.

—¿Quieres que siga? —me preguntó cuando su mano llegó al borde de mis braguitas.

—Me muero porque lo hagas, pero quiero que sepas que… —Me cortó para besarme.

—No tienes que justificarte, podemos parar.

—No quería decir eso, no te iba a decir que pararas. Solo quería que supieras que yo… —Dejé la frase ahí, porque me pudo la vergüenza.

—¿Que tú qué? —me preguntó mirándome con intensidad, con los ojos llenos de fuego y pasión, unos ojos a los que en ese instante supe que ya no podría resistirme jamás.

—Que yo nunca he estado con nadie, ¡ala, ya lo he dicho! Ya te he cortado el rollo, ¿verdad? —interrogué tímida, tapándome la cara con las manos y metiéndome aún más debajo de él, para esconderme, porque me moría de la vergüenza en ese momento, por estar contándole eso precisamente a él.

—Eh, Copito, sube, sal de ahí. Venga, no seas tonta, ven aquí. Soy yo, ¿de verdad te va a dar vergüenza conmigo a estas alturas? —quiso saber, abrazándome.

—Está claro que sí —reconocí sin mirarlo, manteniendo el abrazo tan dulce que me estaba dando y hablando entre dientes contra su hombro—. Tú te acuestas con todas, eres un *follarín* como dice Laura, y ahora sí que vas a pensar que soy una niña.

—¿Sabes lo que voy a pensar?

—No sé si quiero saberlo… a ver, ¿qué?

—Que eres adorable, así, ardiendo, excitada y bañada en sudor, temblando entre mis brazos, con las ganas que tienes y, a la vez, muerta de la vergüenza. Que soy yo, joder, y no tiene que darte corte de nada. Eres preciosa. ¿Y sabes qué?

—¿Quéééé?

—Que me alegro de que no hayas estado con nadie y que quieras, por fin, estar conmigo, aunque creo que debemos parar aquí.

—¿En serio, Rubén? ¿Otra vez el rollo de la amistad y justo en este momento?

—No me has dejado terminar, Copito. Yo también me muero por estar contigo, créeme. Mira —indicó, llevando mi mano a su entrepierna, donde me topé con un volcán ardiendo en erupción —, como puedes comprobar, no hay nada que ahora mismo desee más que sumergirme en ti y devorarte entera de la cabeza a los pies, pero si va a ser tu primera vez, es algo importante que siempre vas a recordar, y me encantaría que fuera especial para nosotros, y no aquí, ahora y rodeados de todos estos que en cualquier momento se van a despertar.

—Lo sé.

—¿Lo ves? Te adelantas y ya, si me descuido, te me enfadas otra vez.

—Es verdad, lo siento.

—Yo sí que lo siento. Estoy aquí diciéndole a un bombón como tú que es mejor que paremos. Para que luego digas que solo pienso con el rabo…

—Gracias, y ¿sabes qué?

—Dime.

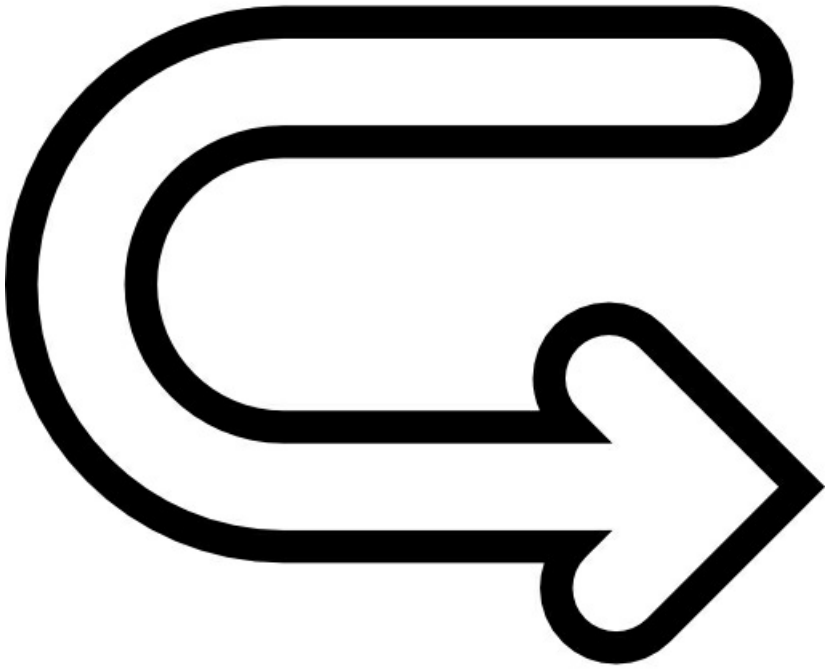
—Siempre quise que el primero fueras tú.

—Pues seré yo, siempre que no te arrepientas de esto. Prométeme dos cosas: una, que se acabó el tener vergüenza conmigo y dos, que mañana cuando nos despertemos, no vas a querer alejarte nuevamente de mí.

—Creo que, aunque lo intentara, después de haberte probado, no podría vivir sin tus besos.

Y volvió a callarme con sus labios. Profundo, mojado, ávido de ganas besuqueó mi boca, mi cuello y me acercó a él, hasta que quedamos pegados en modo cucharita, sintiendo el cuerpo, el calor de la piel, el latido bombeante de nuestros corazones a punto de explotar al alba.

Y aunque esa noche no hicimos nada, se portó tan bien que mi único pensamiento al abrir los ojos —aparte de que era feliz—, más aún cuando depositó un cálido y furtivo beso en mis labios, a modo de buenos días, fue que, sin duda, era él y tenía que ser él.



Y ya pueden pasar diez meses, quince años o la eternidad entera, que sé de sobra que siempre que vuelva a recordar ese momento, sonreiré con ganas por lo bonito y apasionante que fue, por lo bien que se portó conmigo y lo maravilloso que me hizo sentir, aun sin hacerme el amor.

«¿Carlos será de arrinconar contra la pared o de los tiernos y románticos que van despacito?». Me sorprendo al descubrirme pensando en otro chico en ese ámbito.

— CAPÍTULO 19 —

Primeras veces

ISA

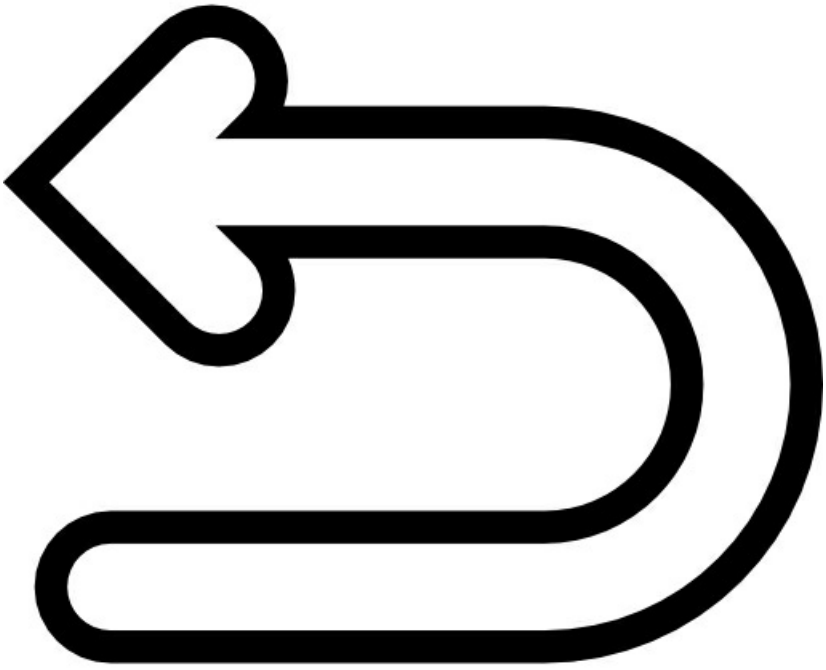
Casi estoy arreglada, solo me falta ponerme las zapatillas. Aún queda un rato hasta que Carlos me pase a recoger para ir donde sea que va a llevarme por sorpresa. Tengo la radio puesta y están sonando canciones que han sido grandes *hits* otros veranos.

Cuando escucho los primeros acordes de *Sueño su boca,* de Raúl, enloquezco y bailo como lo hacía entonces, en aquellos años en los que no pensaba en otra cosa que en Rubén, soñaba su boca como dice la canción y soñaba con tenerlo siempre sobre mí aunque lo viera imposible.

Esclavo de tus besos, de David Bisbal, es la siguiente, y con esta melodía vivo un *flashback* que me lleva directa al 2009, a esos meses de julio y agosto que compartimos Ken y yo.

Y sigo esclavo de sus besos,
y sigo preso de mis miedos.
Hemos llegado a un punto de inflexión
en el que esta obsesión está apartándome de ti.

«Vaya puntería de cancioncitas».



Eso era yo en aquel entonces, esclava de sus besos y presa de mis miedos. Esa canción nos

acompañó aquel verano. Además, recuerdo que la escuchaba y me identificaba tanto con la letra que me pasaba horas tarareándola hasta en la ducha a pleno pulmón. Siempre supe que no era sano, que iba a doler, que sería solo un verano —cosa que me obsesionaba y me hacía pensar en el momento de la despedida— y pese a eso, me lancé como los esquiadores a la pista, cuesta abajo y sin frenos. Pero con miedo.

Aquella mañana de verano tras la fiesta ibicenca yo fui de las primeras que abandonó el campo. Estuve casi dos días muerta de la vergüenza con Rubén y pensando en cómo sería el momento de volver a verlo de nuevo tras lo que había sucedido entre nosotros, en esa nueva situación que habíamos planteado y a la que nos enfrentábamos. Tampoco quería hacerme ilusiones ya que la vez que pasó algo mínimamente parecido, y yo estaba emocionada pensando en cómo sería cuando lo viese, me di de bruces con la realidad y me llevé un señor chasco al ver que me trató como siempre.

Solo que esa vez no sucedió igual. Habíamos quedado todos como cualquier viernes en El refugio y me encontré con el Rubén que esperaba. Atento, cariñoso, cercano, nada intimidado por lo que había sucedido días atrás. Teníamos un secreto que custodiamos demasiado bien. Sí, percibí sus miradas, que me recorrían, sus leves caricias furtivas llenas de intención y sus comentarios, al oído, demasiado cerca para estar delante del resto de la gente. En cada gesto yo recordaba lo que era el contacto de su piel, el tenerlo pegado a mí y solo podía desear que ese momento se repitiera pronto o me acabaría subiendo por las paredes. A quien se le diga que estaba con mis amigos, riéndonos y pasándolo bien, y solo era capaz de pensar en que llegara el final de la noche para dispersarnos y que él me acompañase a casa, para dar rienda suelta a mis ganas contenidas en el portal mismamente.

«De locos de remate, chiquillos traviesos y desbocados, sin duda».

Lo que sucedió fue que cuando llegó la hora de la retirada, mi castillo de naipes se desmoronó.

—Hoy me voy con vosotros —anunció Miguel—. No tengo ganas de subir a casa tan pronto. Hace tan buena noche en la calle que da pena meterse al interior de un piso, así que alargo el paseo y os acompaño.

Rubén y yo nos miramos con un gesto contrariado y solo pudimos asentir resignados.

El siguiente intento por estar a solas lo hicimos al día siguiente. Era sábado, volvíamos del pueblo de al lado con las chicas en el coche cuando Laura se empezó a encontrar mal.

—Todo me da vueltas.

—No jodas, Laura, abre la ventanilla para que te dé el aire —le pidió Fran, preocupado por ella.

—Voy a vomitar, no puedo más…

Paré en el arcén corriendo y por lo menos le dio tiempo a salir del coche.

—¿Estás mejor?

—Puff, no creáis. Muy mareada… Así no puedo ir a mi casa, que mi madre me mata. ¿Isa, podría irme a la tuya a dormir?

—Claro que puedes —afirmé, mirando a Rubén con un gesto de disculpa a modo de: «No puedo decirle que no».

Otra noche en la que se nos escapaba de las manos la oportunidad. Era matemático que siempre pasaba algo y curiosamente nosotros, que nunca habíamos necesitado excusas para pasar tiempo a solas, entonces no encontrábamos momento para los dos. Por mi parte no quería provocar una situación forzada y prefería que fluyese. Y entendí que a él le pasaba lo mismo.

Algo había cambiado y si se hubiese presentado en casa no hubiera sido una simple visita inocente, y tampoco era plan con mis padres en la habitación de al lado.

Ken:
No sé tú, pero no aguanto que nos jodan todos los putos momentos que tenemos para poder estar a solas.

Copito:
Calma, las cosas vienen como vienen.
Yo tampoco soporto hacer como si nada. Quiero…

Ken:
¿Qué quieres exactamente?

Copito:
Ya lo sabes.

Ken:
No, no lo sé… Dilo.

Copito:
Quiero repetir, ¿contento?

Ken:
¿Qué te gustaría que te hiciera cuando nos veamos?

Copito:
Solo pienso en tenerte encima de mí, recorriendo todo mi cuerpo con tus manos, sin dejarte nada.

Ken:
Lo haré con la lengua y volveré a meter mis dedos en tu boca.
Me pusiste demasiado cachondo, nena.

Copito:
Y yo los lameré con ganas, como si estuviera comiéndome… ya sabes… y volveré a desear que me toques.

Ken:
Hostia, no puedo esperar.
Quiero tu boca en mi cuerpo y mis manos haciéndose con el tuyo, pero esta vez sin vestido, piel con piel…
Llevando mis dedos hasta lo más profundo de ti para hacerte estremecer de placer.

Copito:
No veo la hora de que llegue.
Quiero que me hagas tuya y espero estar a la altura de tus expectativas.

Ken:
Quédate con que mi expectativa eres tú, enterita, para mí.
Nada más.
Y, por cierto…, ¿sabes que los momentos los creamos nosotros?

Copito:
Pues no sé a qué esperamos.

Ken:
Parece que hay urgencia, señorita.
¿Tienes ganas ahora?

Copito:
Sí, muchas.
Tengo ganas de probar y descubrir cosas nuevas…

Ken:
¿No tienes ningún juguetito que te ayude?
Si tiene mando a distancia, mándamelo y ya te ayudo yo.

Copito:
Me niego a contarte lo que tengo en ese sentido…
Además, antes de correr hay que saber andar…

Ken:
Créeme, conmigo vas a andar, correr y volar si quieres también.
Me encantaría verte jugar sola.

Copito:
Yo me moriría de vergüenza.

Ken:
Eso hay que arreglarlo, ¿eh? Hay que dejar la vergüenza a un lado. Tienes que pensar que somos nosotros descubriéndonos en otro plano, sin más, para pasarlo bien.

Copito:
Sí, ya, muy fácil…

Ken:
Bueno, no juegues y quédate quietecita y con las ganas, que ya te las quitaré yo, porque si no me tendré que personar ahí y a ver cómo le explicamos los jadeos a tu madre…

Copito:
¡Qué bruto eres!

Ken:
Niégalo.

Copito:
Paso palabra.

Ken:
¿Lo ves? ¡Ojalá pudiese estar ahí y disfrutar de ti!

Copito:
Nada me gustaría más, pero como no se puede prefiero imaginarlo. Buenas noches.

Ken:
¡A ver esos sueños calientes!

Tuvieron que pasar días para que la noche que tanto esperábamos llegara, y lo hizo, llegó sin previo aviso ni mucha preparación, cuando una tarde, volviendo de la piscina me encontré por la calle con Rubén.

—¿Y si hacemos algo? —propuso él—. No quiero irme a casa, es temprano, ni siquiera ha anochecido aún.

—Me encantaría, ¿qué propones?

—Pensaba acercarme al campo a dejar comida y agua a Bastián —su perro—, así que, si te apetece, podemos cenar allí y lo que surja, nena.

—Suena demasiado prometedor. Eso sí, solo si me aseguras que nadie nos va a incordiar, por fin, y vamos a poder hablar un rato a solas tú y yo.

—Ya sabes que allí nunca hay nadie…

—Mmm… interesante… y más si lo dices así, con ruiditos incorporados y con ese nena que me vuelve loca. ¡Vámonos ya!

—Ahora de quién es la urgencia, ¿eh?

—No dudes que de los dos. Si meto la mano debajo del vestidito este que llevas y traspaso tu bikini con mis dedos, apuesto a que estás chorreando porque tienes las mismas ganas que yo, chata.

—Rubéééénnn, no seas marrano y no me digas esas cosas en plena calle, que por ahí viene doña Maripuri.

—¿Contigo? Ahora que hemos abierto la veda, siempre voy a serlo lo más que pueda. Y a mi querida vecinita, déjala, ya nos oirá gemir y se morirá de envidia —me dijo al oído, sacándome una carcajada bobalicona.

—Ay, esta juventud, siempre pelando la pava… unos más que otros, claro —exclamó la buena señora al pasar por nuestro lado mirando a Rubén.

—Buenas, vecina —la saludó él y yo correspondí.

—¿Qué pasa que estáis tan juntitos? ¿No habrás caído en las redes de aquí el señorito…? ¿Sois novios?

—Maripuri, déjese de novias que eso no es para mí. Ya sabe usted que Isabel es mi mejor amiga.

—Ay, criatura, de la amistad al amor hay un paso… Si yo te contara, mira con tu padre…

—Otro día, otro día, que ahora vamos con prisa.

—Eso, eso, corred, que las hormonas no esperan… —nos gritó la mujer más cotilla del pueblo al despedirnos.

Me quedé muerta de vergüenza por lo que pudo pensar, aunque en ese momento todo me daba igual, solo quería lo que quería. Más que querer, lo necesitaba.

No hizo falta hablar más. Ambos sabíamos lo que iba a pasar y fue mucho mejor aún de lo que llevaba tanto tiempo imaginando.

Nos habíamos sentado sobre la roca, ya se había hecho de noche y solo nos iluminaba el resplandor de la luna y unas pequeñas guirnaldas que habíamos colocado en los árboles para las fiestas. Teníamos un viejo reproductor de CD enchufado dentro y la música nos llegaba, por lo

que, además de a los grillos cantar, en el silencio de la noche se habían ido escuchando Phil Collins, Amaral, *Esclavo de tus besos* de David Bisbal, Alejandro Sanz, *Por quererte* de Efecto Mariposa, *Causa y efecto* de Paulina Rubio, entre otros…

Nos tumbamos en el césped y contemplamos las estrellas. No se veían muchas porque el resplandor de la luna iluminaba bastante el cielo, pero fue un momento tan romántico que quedó grabado a fuego en mi ser.

—¿Sabes una cosa? —lancé la pregunta.

—¿Qué piensas?

—Estaba pensando en que me quedaría así para siempre. Está siendo una noche muy especial, Rubén.

—Tú y yo siempre hemos estado genial juntos y no hemos necesitado de nadie para pasarlo bien.

—Y respecto a lo que pasó la otra noche…

—No le des vueltas, es tontería negarse a lo evidente. Si a los dos nos apetece, ¿por qué privarnos de eso? —Me cortó y terminó la frase.

—Porque ya hemos vivido algo parecido y casi nos perdemos el uno al otro… Tú mismo lo dijiste.

—Es verdad, pero también es cierto que llevamos un año haciendo como que no pasa nada, cuando sí pasa. Somos adultos, y está claro que nos atraemos. Que somos amigos, sí. Y si nos apetece, ¿qué hay de malo?

—Pues eso precisamente, que somos amigos, que después del verano me voy a estudiar fuera y que una vez que crucemos la línea, todo va a cambiar.

—Nadie está hablando de septiembre, estamos hablando del presente, de este momento, de vivir un verano increíble… Teniendo las cosas claras, no nos vamos a perder, ni nada va a cambiar. Te lo prometo.

—¿Y si lo complicamos más?

—¿Y qué sugieres? ¿Perdernos esto que tanto nos apetece? ¿Seguir haciendo como que nos da igual?

—No quiero perderme ni un solo segundo contigo, pero tampoco quiero pasarlo mal después.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Vivirlo, sea lo que sea, y el tiempo que dure, pero quiero disfrutar de esto contigo.

—No esperaba menos de ti, peque. Ven aquí, anda —me dijo, acercándome a su pecho y estrechándome entre sus brazos.

—Solo una cosa, Rubén —añadí yo, separándome ligeramente, mientras él permanecía medio tumbado, apoyando la cabeza sobre su mano y sosteniéndose por el codo, como si fuera un modelo en cualquier clase de arte—. Yo no comparto. Llamémoslo rollito de verano, amigos especiales, me da igual, pero no quiero verte a la par que conmigo con ninguna otra.

—Nunca haría algo así, Isa.

—No me hagas hablar…

—Ya sabes que aquella vez fue aposta y para enfadarte… y tiempo después, tú y yo no teníamos nada.

—Bueno, da igual, el caso es que si intercambiamos fluidos, no quiero llevarme de regalo los de medio pueblo. ¿Entendido?

—¡¡¡Qué ascazo!!! Dices las babas de medio pueblo y no puedo evitar pensar en Maripuri, don Miguel, doña Enriqueta, don Teo… y sus dentaduras —dijo él, riéndose y haciéndome estallar en una sonora carcajada.

—Eres idiota, pero siempre me ha encantado tu sentido del humor.

—A mí me encantas tú y ahora… ¿podemos ya dejar de hablar? —preguntó, impaciente.

—¿Tienes prisa o algo mejor que hacer?

—Pues mira, sí, recapitulando, tengo que devorarte a besos, quiero lamerte enterita y excitarte como nunca nadie ha hecho y, después, pienso hacerte mía a la luz de la luna y con las canciones estas moñas que me has puesto sonando de fondo, para que nunca te olvides de esta noche. Porque va a ser la primera vez que vas a conocer el paraíso y va a ser conmigo, nena.

—¿Y a qué estamos esperando?

Y esa frase se convirtió en el pistoletazo de salida de una velada que, para mí, estuvo llena de amor.

Somos el resultado de todo lo que hemos vivido.
Somos todo lo que cada noche he soñado contigo.
…
Somos un, no te vayas, amor, quédate conmigo.
…
Cuando tenga valor para hablar diré que tengo miedo
de vivir sin volver a escuchar cómo suena un te quiero.

Somos, de Melocos, sonaba en ese instante. Parecía puesta adrede, porque era totalmente acorde para el momento que estaba a punto de vivir.

Manteniendo la posición que teníamos, Rubén empezó a besarme con dulzura. Primero fueron lentos, pero después sus besos se volvieron apasionados y muy, pero que muy intensos. Si hubieran sido con cualquier otra de sus amigas, hubiera dicho que eran besos guarros. Su lengua no paraba de moverse, rozándose y envolviendo la mía, sus labios aprisionaban los míos y su mano acariciaba el lóbulo de mi oreja mientras subía y bajaba recorriendo el cuello. Su otra mano se movía por mi cuerpo sin pudor. Sentirlo empleándose a fondo en mi cuello mientras me besaba y lamía era el *summum* del placer, y la excitación iba en aumento a grandes zancadas.

Se apartó para desprenderse de la camiseta que llevaba y se colocó encima de mí. Pude manosear sus pectorales, recorrer su abdomen, su tableta de chocolate y hacer un trazo con mis manos deseosas de su piel, bordeando el contorno de su atlética figura, recreándome. Mi Ken valía para modelo con ese cuerpo, esa musculatura… Se me caía la baba al contemplarlo de ese modo.

—¿Te gusta lo que ves? —me preguntó, excitado, regodeándose de sí mismo.

—¡Cómo te gusta que te adulen!

—Sé que te encanta, me miras con lujuria, morbosilla.

—Es cierto, estoy ansiosa por saborearte igual que cuando me como un helado de tarta de queso, hasta la última gotita.

Entonces nos giró y me puso sobre él, colocándome a horcajadas sobre su cintura y sintiendo lo duro que estaba a través de las telas que nos separaban.

Me volqué en su cuerpo, aprisioné sus manos con las mías por encima de la cabeza y me deleité en su figura. Él siempre había sido objeto de mis fantasías sexuales y muchas veces había llegado al orgasmo en la intimidad de mi habitación pensándolo e imaginando. Y en ese instante lo tenía debajo de mí, y aunque fuera inexperta en ese terreno, solo me dejé llevar por lo que estaba sintiendo en mi interior, por esas ganas que me incitaban a hacerle de todo sin pensar más allá de esa noche. Comencé a moverme con desenfreno, restregándome contra él en un baile sensual que o detenía o me llevaría al clímax en cuestión de segundos por lo alterada que estaba

desde antes de empezar.

Comencé a lamer sus labios con la punta de mi lengua y cuando se acercaba para besarme, me retiraba. Continué bajando por su barbilla, donde me recreé un buen rato jugueteando. Mordisqueé su ancho cuello y me empleé a fondo en recorrerlo de la nuez al lóbulo de la oreja. Succioné y lamí con todas mis ganas, como si no hubiese un mañana, y él lo disfrutó, entre gemidos, dejándose hacer. Besos, besos y más besos hasta dejarle un chupetón en la zona baja, donde me empleé concienzudamente en succionar su piel.

Incorporada, decidí continuar por su pecho. Me moría por pasar mi lengua por encima de sus pezones, pero entonces me sujetó y me ayudó a sacarme por la cabeza el vestido piscinero que llevaba puesto. Quedé sobre él en bikini y me observó con detenimiento.

—Eres una preciosidad.

—No me mires así que me da vergüenza.

—¿Ya estamos? Castigada…

Y fue decir eso e inclinarse de nuevo para besarme, mientras yo seguía sentada sobre él. Su mirada me desnudaba, sus ojos ardientes me intimidaban… Me agarró del pelo y jugó con él, revolviéndolo, mientras yo seguía moviéndome encima, pegándome más aún contra él.

En un determinado momento, me desabrochó la parte de arriba y yo instintivamente me quise tapar los pechos, pero me detuvo con sus manos, colocándomelas a la espalda y dándome un tierno beso en cada seno, acompañado de un lametazo demasiado erótico, pero no quitaba sus ojos de los míos. Después, retiró despacio la prenda. Se dedicó a contemplarme, mientras yo ruborizada no sabía dónde meterme. Empezó a besarme despacio por toda la zona, con calma, primero en un pecho, después en el otro y sus ojos, seguían taladrándome. Al muy morboso le encantaba verme al límite con sus caricias y muerta de vergüenza, a su merced.

Estaba nerviosa, expectante, cachonda, pero sobre todo, disfrutando de él, así que me relajé y me dejé hacer.

Cuando sentí su lengua juguetona paseando por mis pezones, juro que creí que explotaría de placer. Con sus grandes manos agarraba mis pechos, los pellizcaba y acariciaba para después acercar su boca a ellos y saborearlos con ansia. Me miraba y se mordía el labio de abajo, lascivo y *sexy*. Alternaba el besarme a mí con deleitarse en toda mi parte delantera, mientras yo me volcaba hacia atrás para facilitarle los movimientos hasta que no pude más y me eché hacia delante, abrazándome fuerte a él, clavando mis uñas en su espalda y los dientes en su hombro durante todo el tiempo que duró el primer orgasmo que tuve esa noche. Fue algo grandioso. La sensación tan placentera y devastadora que me invadió era totalmente nueva para mí. No tenía nada que ver con esas noches en la oscuridad de mi cuarto fantaseando con él.

Me sostuvo mientras mi respiración se calmaba y con cuidado volvió a depositarme en el suelo. Entonces, se levantó y se deshizo de los pantalones, quedándose en calzoncillos. Volví a contemplarlo y cuanto más lo miraba, menos me creía lo que estaba pasando. Rubén, el que era inalcanzable en mis sueños, se estaba desnudando ante mí y yo estaba cardiaca perdida viendo semejante monumento frente a mis ojos. Lo fui recorriendo con lujuria.

Se colocó de nuevo sobre mí, abriéndose paso entre mis piernas, llevando sus caricias por todos los puntos de mi cuerpo, hasta que llegó al elástico del bikini. Me besó por encima de la tela y miró en mi dirección pidiendo permiso para continuar y yo, enajenada como estaba y muerta de placer, le indiqué que siguiera.

Paseó sus dedos durante un largo rato por encima de mis braguitas, excitándome aún más. De nuevo creí que me correría antes de que llegase a meter la mano en el interior, lo que deseaba más que nada en el mundo.

Deslizó muy despacio el bikini por mis piernas, cosa que llegados a ese punto agradecí porque estaba empapada, y se dedicó a tocarme delicadamente, a cosquillearme sin llegar a mi centro, a volverme loca de ganas mientras preparaba el terreno. No dejó de besarme mientras seguía erizándome la piel en sus roces.

Ya no podía más, iba a estallar de nuevo solo con su contacto y se lo grité. Entonces me susurró que fuese paciente y que siguiese disfrutando, porque nos quedaba mucha noche.

Acto seguido, se levantó para despojarse de su ropa interior y coger un preservativo… Contemplarle en todo su esplendor me dejó con la boca abierta, patidifusa y, a la vez, intimidada. Rubén era demasiado en todos los sentidos. Que era atractivo no era ninguna novedad, pero verlo así, sin ropa y poder contemplarlo, era ver la perfección hecha persona. Ya no era Ken, era el verdadero *David* de Miguel Ángel.

Me puse nerviosa, sabía que el momento había llegado, pero me sentía segura estando con él. Y ya desde que lo había visto desnudo, no pude pensar en otra cosa que en tenerlo dentro de mí cuanto antes. Anhelaba saber qué sentiría con él en mi interior.

No tardó en inclinarse de nuevo sobre mi cuerpo y en susurrarme que estuviera tranquila porque iba a cuidarme. Y lo hizo, ya que fue muy delicado y cuidadoso al adentrarse en mí. No diré que no sentí una punzada de dolor, pero él supo calmarme y que lo demás todo fuese disfrute. Una vez estuvo dentro totalmente, empezó a moverse muy despacio, dejándome que me adaptase a él y fui yo la que le pedí que se moviese de una vez.

Y lo hizo, comenzó un vaivén de movimientos… un no parar de entradas y salidas que me dejaban vacía y necesitada de él dentro de mí. Una, dos, tres veces… Un sentimiento de placer desorbitado, una libertad complicada de explicar con palabras. Me dejé llevar, desinhibida, gozando con él, y cuando ambos alcanzamos el clímax, fue espectacular.

En resumen, consiguió hacer de mí la mujer más feliz del mundo. Y en ese instante yo le vi a él como el hombre más maravilloso y tierno que pudiera existir. Y sí, hicimos el amor. Os prometo que no fue un simple rollo o un aquí te pillo, aquí te mato. En todo momento sentí que me estaba queriendo, aunque no fuera lo que quisiera transmitir. Me besó mil veces más, me acarició cuanto pudo y se preocupó por mí.

Nos dejamos caer agotados, cabeza con cabeza, con nuestras respiraciones aceleradas, pero sumamente satisfechos.

—¿Te ha gustado? Espero haber estado a la altura de tus expectativas, pequeña.

—Me ha encantado. Gracias por cuidarme, eres un dios del sexo, ¿sabes?

—Qué exagerada, Copito, pero me encanta saber que has disfrutado y te has dejado llevar, pese al dolor.

—Olvídate del dolor, no ha sido nada. Pensaba que sería mucho peor. Ha sido increíble. Creo que podría acostumbrarme a esto… no me extraña que todas quieran probar lo que tienes entre las piernas.

—Pues la que lo va a probar de nuevo eres tú, así que olvídate del resto y de todo…

Y me atrajo hacia él, quedándonos abrazados allí en mitad de la nada, con la música sonando de fondo, durante un buen rato.

—¿Preparada para el segundo asalto?

—Por supuesto, aún tengo mucho que aprender —contesté deseosa por volver a sentirlo dentro de mí y hacerle disfrutar yo a él.

Enseguida tuve su cabeza a la altura de mis partes nobles y me volvía loca verlo, sentirlo ahí, disfrutón. Su lengua paseándose y descubriendo todos mis rincones, sus dedos traviesos, nuevamente, en mi interior, deslizándose sobre la humedad de mi ser. Paraba cuando más

excitada estaba para que le pidiese más. Soplaba y yo me contraía. Era necesidad pura de seguir sintiéndolo. El tercer orgasmo no tardó en llegar y volví a sentirme plena y gozosa. Tocar su piel llena de sudor me volvía loca. La mía ardía, no me cansaba y seguía necesitando más, mucho más de él. Tanto que, una vez recuperada y dejándome llevar por el momento, me coloqué sobre él y empecé a moverme de forma sensual sobre su miembro, haciéndole despertar de nuevo y delirar por el roce. Aumenté la velocidad y él apretaba con fuerza sus dedos sobre mis nalgas casi sin poder contenerse.

Fue una locura sentir la fricción sin llegar a tenerlo dentro, ya que cada vez me movía más y más ansiosa de su piel. Entonces me retiré, jugando a su juego, y me quedé boca arriba tumbada. Se colocó una goma y vino hacia mí mientras volvía, juguetón, a morder su labio. Ese gesto era el que más morbo me daba.

No tardó mucho en perder el control tras manosearme, poseerme entre sus manos e introducirse en mí, y colocándome a la altura de las caderas empezamos un baile de movimientos frenético que volvió a llevarnos al cielo sin darnos cuenta. Bueno, eso sí, porque fue absolutamente espectacular lo que sentimos al llegar a alcanzar el orgasmo a la vez. Mis manos se deslizaban por su cuerpo, pellizcaban sus duros glúteos y se aferraban a su espalda, que se llevó varios arañazos de recuerdo. Sentía la necesidad de deleitarme en él, de chuparlo, de morder y saborearlo entero. Ken también me hizo auténticas virguerías.

Sentir sus jadeos en mi oído, sus gemidos haciéndome vibrar, su piel contra la mía resultó demasiado hipnótico y excitante.

Caímos desmadejados, satisfechos, cerré los ojos y me obligué a tomar aire. Oculté mi cara tras las manos, haciéndome pequeñita por culpa de mi timidez. Me incorporé y me cogió, sentándome sobre él.

—Yo no sé cómo voy a mirarte a partir de ahora, Rubén. Me muero de la vergüenza, ya sabes que yo no valgo para estas cosas, soy pudorosa…

—¿Que no vales? Nena, me has dejado sin habla. Me encanta la Isa que acabo de descubrir, no la cambiaría por ninguna otra.

—¡Venga ya! Si tú estás harto de estar con chicas ideales, maravillosas y perfectas.

—Para mí, tú siempre has sido perfecta, lo eres y lo seguirás siendo.

Y me hizo girar la cara hacia él para acariciarme con su lengua mientras sus dedos empezaron a pasearse por mi abdomen, tomando un camino directo a mi parte más íntima. Succionaba mi hombro, lamía mi espalda y con la mano que tenía libre se deleitó en mi pecho izquierdo, al que acarició y estrujó matándome de gusto. Se recreó jugueteando en mi entrepierna, tocando suavemente, se enterraba en mí y, con la humedad, salía con facilidad; y tuve claro que aún nos quedaba mucho por disfrutar esa noche. Cada bocado que daba en mi oreja causaba un efecto directo en mi punto más sensible. Él se daba cuenta y continuaba haciéndome estremecer. Sin duda, estaba en el paraíso y claramente él era la manzana prohibida que pensaba morder una y otra vez.

— CAPÍTULO 20 —

El mejor verano de nuestras vidas

ISA

Y tras aquella primera noche, nos prometimos que solo sería el verano, un verano para pasarlo bien y un tiempo exclusivamente para nosotros. Unos meses que, aunque no lo sabíamos, íbamos a recordar siempre. Ocho semanas con fecha de caducidad, septiembre, donde yo me marcharía a la universidad y él continuaría su vida en el pueblo y, por supuesto, ambos con nuestra amistad fortalecida.

«Ilusos».

De primeras, en ningún momento hablamos de sentimientos más allá, aunque estaba claro que era un juego peligroso en el que yo tenía todas las papeletas de salir malparada tras ese tiempo a su lado, siendo feliz.

Siempre supe que nuestro rollito estival se quedaría en eso, y aun así me la jugué.

¿Que me llené de ilusiones? Sí, claramente.

¿Que sabía que no íbamos en la misma dirección? También, pero lo disfruté.

Si perdí o no, nunca lo tuve claro, pero eso sí, jamás me arrepentí de todo lo que viví. Porque estuve en lo más alto, aunque después caí a lo más bajo y ese golpe fue demasiado duro y doloroso.

Fueron días de piscina, juegos, arrumacos y tocamientos en el agua sin que nadie lo notara… Tardes con amigos donde aprovechábamos el mínimo roce para ponernos como motos, a espaldas del resto, mientras deseábamos volver solos al monte, el cual convertimos en nuestra guarida. Barbacoas que acababan con el juego de la botella o el yo nunca, al que nosotros con nuestro secreto jugábamos en paralelo a los demás.

Noches de lujuria, pasión y sexo a la luz de las velas mientras descubríamos que cada vez éramos más compatibles en la cama y en el día a día. Baños nocturnos donde nos hacíamos el amor mientras escuchábamos mis canciones preferidas. Noches en las que, con su guitarra, mientras contemplábamos el cielo infinito y las constelaciones, me tocaba melodías que para mí, sin él saberlo, ya eran nuestras. Dos meses de madrugadas en el parque tirados sobre la hierba o apoyados en las rocas de siempre en la puerta de la casa de campo, sin hablar, contemplando las llamadas Lágrimas de san Lorenzo en agosto y, en mi caso, pidiendo deseos a las estrellas fugaces, por supuesto, anhelando que se hiciera el milagrito y que el verano no llegase nunca a su fin. Fines de semana tirados en el sofá, a solas, disfrutando el uno del otro como siempre habíamos hecho. Escapadas a Playa Pita donde retozábamos horas y horas al sol, como lagartos, y donde nos metíamos al pantano para seguir sintiéndonos piel con piel. Muchas horas de palas, donde nos picábamos como niños y muchas cámaras de fotos desechables con las que nos hacíamos fotos en cualquier postura. Preparábamos postres rebosantes de azúcar a medias y acabábamos hechos un asco, llenos de harina y chocolate que nos gustaba lamer del cuerpo del otro. Comíamos bocadillos a pachas, nos inflábamos a cubos de palomitas mientras veíamos pelis hasta la mitad, porque no aguantábamos una vez que empezábamos a meternos mano. Y también montañas de golosinas, ya que nos encantaba paladear ese sabor en la boca del otro.

Un verano con nombre: Rubén. Una fecha imborrable en la que descubrí las mieles del sexo,

un despertar por todo lo alto. Un veinticuatro por siete en su compañía, dedicados en cuerpo y alma al otro. O lo que es lo mismo: vivir unos meses de locura, desenfreno por parte de ambos y en una constante cuenta atrás. Eso era lo peor. Ese era mi miedo.

Nunca lo reconoció, pero esa conexión que teníamos desde siempre tenía un motivo y, para mí, estaba claro cuál era. No obstante, no necesité oírselo decir, porque lo había sentido durante todas esas semanas que íbamos viendo pasar juntos y eso no me lo iba a quitar nadie. Vale, sí, muchas veces eran encuentros instintivos, carnales, de puro deseo y fuego, pero muchas otras veces sentí que lo que me estaba haciendo era el amor, en el más puro sentido de la palabra, y no sexo gratuito.

Y le di mil vueltas a todo porque sentía lo que sentía y percibía lo que él me transmitía. Pero sus mensajes eran contradictorios. Él era el chico duro, el chico que no quería relaciones, ni enamorarse, ni depender de nadie, pero, en cambio, cada vez estábamos mejor juntos, aunque fuese algo temporal, sin nombre o como rollo de verano. Había lo que había, estaba convencida, o quería creerlo, por mucho que él no se manifestase ni fuera claro en ningún momento. Sentía que él lo vivía, se dejaba llevar y ya…

Tampoco percibí en ningún caso esa necesidad suya de estar solo, esa libertad que siempre proclamaba como motivo para no querer relaciones; su manía de no querer depender de nadie, puesto que en cuanto nos separábamos para ir a dormir cada uno a su casa, las noches que no pasábamos juntos, no llegaba a los dos minutos el tiempo distanciados cuando ya me estaba escribiendo. Si eso no era echar de menos a alguien, que me corrigiesen. Al final echar de menos siempre ha sido querer, con mayor o menor intensidad, y para mí ya no cabía duda de que Rubén sentía algo, aunque nunca fuese a demostrarlo y prefiriese seguir con su vida de chicas de una noche y juerga. Y dolía pensarlo, pero más aún sentir lo contrario y vivir en un mar de dudas cuando estaba sola, porque cuando estaba con él mi mente no pensaba en nada más que en el momento, en disfrutar de él y en sentir al máximo cada instante para quedármelo en el álbum de mis mejores recuerdos de por vida.

Puede que, para él, acostumbrado a las relaciones esporádicas o los rollos de una noche, pasase a la historia como un verano más y lo olvidara con el tiempo, pero yo sabía que ese verano iba a ser el mejor de mi vida, viniesen los que vinieran después. Y lo fue.

Pero como todo tiene dos caras, esos meses tan maravillosos llegaron a su fin y lo bueno tuvo su parte mala cuando llegó la despedida. Era lo acordado, tocaba decirse adiós, jurando que pese a la distancia siempre estaríamos ahí el uno para el otro como los mejores amigos que éramos. Y cuando recalcó el «como amigos» sentí un crujido en mi corazón. Lo esperaba, lo sabía, lo tenía clarinete, pero en el fondo muy fondo de mí, siempre quedaba la última esperanza de que el final no fuese el esperado, el que ya sabíamos.

Pero mi realidad era bien distinta a cualquier historia pastelona con *happy ending*: me iba a la universidad y él no quería relaciones, parejas, ni nada que no fuese amistad. De hecho, nunca supe lo que él estaba sintiendo o había llegado a sentir de verdad ese verano.

Sí o sí nuestros caminos se separaban ahí, con un gran abrazo que nos dimos seguido de un beso que intenté alargar lo máximo que pude y la promesa de que nada iba a cambiar lo que siempre habíamos tenido.

En cuanto me dejó en casa y se fue a la suya, ya lo echaba de menos, como cada noche que me había acompañado hasta la puerta, solo que esas veces enseguida sonaba el teléfono y en este caso no hubo llamada, ni mensaje ni nada. Solo yo con mi añoranza. Y con mi tristeza.

Lloré, lloré lo que no estaba escrito y me sentí tan vacía, tan desprotegida sin él ya en mi vida de esa manera…, pero tenía que afrontar y respetar lo acordado, apechugar con lo que acepté

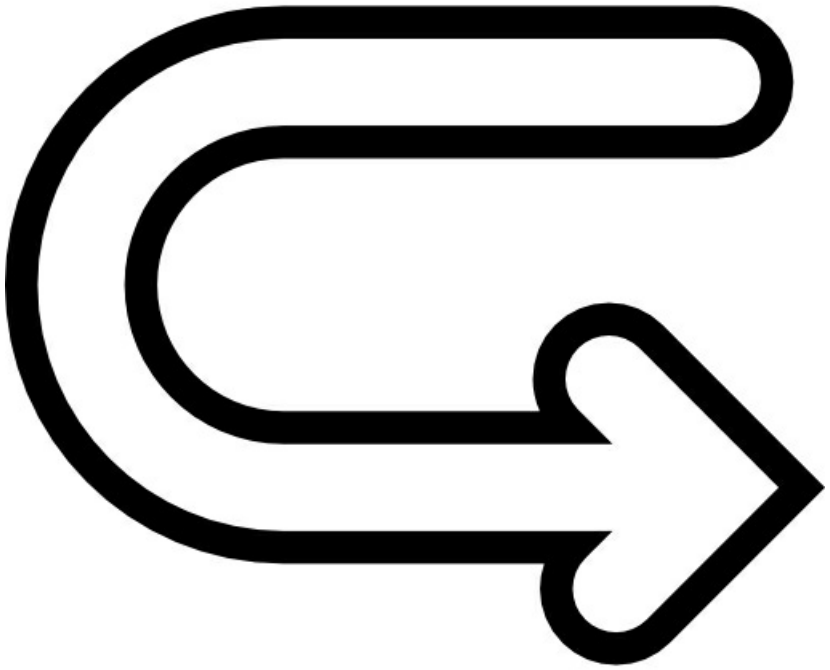
cuando iniciamos todo y esperar a que sucediese el milagro o a que se me fuera olvidando poco a poco una vez me marchase de Montaves.

Era lo que nos prometimos tras la fiesta ibicenca. Un verano, con fecha de inicio y fecha de fin. No podía pedir más, porque yo lo había aceptado todo con sus normas. Y lo hubiera vuelto a aceptar pese a lo doloroso del después. Al igual que tuve claro que acabaría perdiendo yo, porque esos meses lo que hicieron fue que me enamorara aún más de Rubén. Fue confirmar el maravilloso chico que había tras esa fachada de vive la vida que tenía puesta. Fue notar que tenía su corazoncito y no era tan duro como pretendía hacer ver. Fue saber lo que nunca iba a tener. Fue reafirmar que todo lo que pensaba sobre él era cierto. Fue ser realista y reconocer que tenía que olvidarlo porque, si no lo hacía, iba a pasarlo demasiado mal recordando cada momento que habíamos vivido juntos. Y que habíamos sido felices.

Y me marché del pueblo llorando como una magdalena, echándolo de menos a cada segundo que pasaba lejos de él; y me tocó vivir algo parecido a un luto en vida, sin muerto, por supuesto. Pero ahí estaba la pérdida. Y dolía. Mucho.

Porque cuando estás acostumbrada a tener a alguien en tu día a día, cuando te quitan a esa persona, tu vida se vuelve del revés y te obsesionas con que vuelva. Y cuando por fin te convences de que no va a volver, toca hacerte a la idea de que se acabó, de que hay vida más allá. Pero no era fácil. La teoría sonaba genial, pero la práctica… Eso fue otra historia.

Estaba demasiado lejos, en la universidad, y aun así todo era un recuerdo. Cada canción me lo traía de vuelta. Y costó mucho, demasiado, seguir una vida sin él. Era algo parecido a lo que pasaba cuando una mesa de cuatro patas se resquebrajaba por un lado y había que cortar uno de los pilares. La mesa dejaba de sostenerse y caía. Pues eso era la vida, y la mía sin él estuvo muchos meses apagada, hasta que me centré tanto en estudiar que establecí una rutina en la que apenas tenía tiempo para pensar ni en él ni en nada. Y todo con un aliciente, que era volver a casa esa Navidad y, tal vez, poder retomar algo, aunque fuese una vez más solo por vacaciones, como un rollito navideño.



Me he embobado tanto recordando aquel verano que no me he dado ni cuenta del mensaje de Carlos indicándome que ya estaba llegando a mi portal. ¡Seré boba!

Recojo la mochila —cargada con un poco de todo ya que sigo sin saber a dónde vamos— y me dirijo a la calle para estar abajo cuando el coche llegue y así no hacerle parar en doble fila.

Y cuando llega, como siempre, tan guapo e imponente, me juro a mí misma que se acabaron los recuerdos.

Lo que tengo que hacer es seguir creando nuevos y, sin duda, Carlos es perfecto para eso.

—¿Preparado para disfrutar del plan? —le pregunto cuando se baja, caballeroso como siempre, a abrirme la puerta.

—Yo siempre… y tú, ¿lo estás?

—Al final del día lo hablamos y hacemos balance —le rebatí, jugueteando, sonriendo mientras él me guiñaba el ojo y se colocaba de nuevo las gafas de sol para conducir.

«Es muy atractivo y esas gafas le quedan de infarto. Resulta tentador viéndolo tan cerca, tan morenito, con ese porte que tiene y esa sonrisa de infarto. Sin duda, Carlos es un chico del que enamorarse podría ser demasiado fácil».

— CAPÍTULO 21 —

Dándose de bruces con la realidad

RUBÉN

Ya llevo un par de horas de camino. Si dijese que no voy tenso mentiría. Y no por el viaje en sí, sino porque no sé lo que me voy a encontrar cuando llegue y tenga, por fin a Isa frente a mí. Tampoco sé qué voy a decirle, supongo que improvisaré, si es que me deja hablar. «¡Qué nervios, hostia!».

No puedo decir que vaya a jurarle amor eterno, porque aún tengo que aclarar mis ideas y mi planteamiento de vida sigue siendo el mismo, pero por lo menos necesito pedirle perdón. Quiero que hablemos, explicarme y, sobre todo, necesito que vuelva a estar en mi vida. Y yo en la suya. Sí o sí.

En la radio no dejan de sonar canciones moñas, de esas que tanto le gustan a ella. Y es cuando suena una en concreto, de un tal Alejandro Fernández, cuyo título es *Me dediqué a perderte,* es cuando más analizo cómo me he comportado siempre con ella. Y me toca los cojones, para qué negarlo.

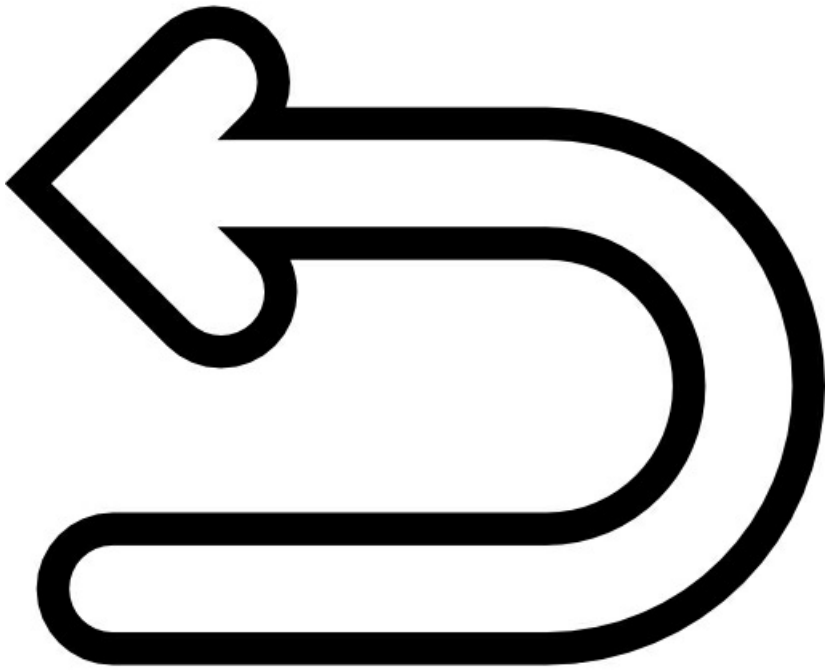
La letra dice algo así como:

¿Por qué no te besé en el alma cuando aún podía?
¿Por qué no te abracé la vida cuando la tenía?
Y yo que no me daba cuenta cuándo te dolía.
Y yo que no sabía el daño que me hacía.
…
Me dediqué a perderte,
y me ausenté en momentos que se han ido para siempre.
…
Y me alejé mil veces,
y cuando regresé te había perdido para siempre
…
Y entonces descubrí que ya mirabas diferente…
…
¿Por qué no te llené de mí cuando aún había tiempo?
¿Por qué no pude comprender lo que hasta ahora entiendo?
Que fuiste todo para mí y yo estaba ciego.
Te dejé para luego por este maldito ego…

«Este que canta está jodido de verdad».

Y en el fondo, aunque me cueste verbalizarlo, yo he hecho algo parecido a lo que canta el tal Alejandro con Isa. Porque es verdad que ella siempre estuvo para mí y puede que yo haya estado ciego. O que no haya querido verlo.

Apago la radio de golpe, porque me estoy rayando aún más. Dichosas cancioncitas romanticonas, no sé qué le ven si son todas de desamor y solo valen para rayarse y hacerse pajas mentales…



Aquel verano de 2009 pasó volando. Decir que fue la hostia se me quedaría corto para lo bien que lo pasamos y lo mucho que disfrutamos juntos los dos.

A raíz de la fiesta ibicenca todo cambió irremediablemente. No me pude aguantar y desde que vi llegar a Isa, con ese vestido blanco, volví a tenerle ganas. Yo mismo contradije todas mis palabras sobre la amistad, etc., pero es que, de un tiempo a esa parte, ella tenía algo que me atraía, que nos acercaba sí o sí, como una cuerda imaginaria tirando de mí, y por mucho que siguiera negándome a que pasase algo entre nosotros, siempre supe que el momento llegaría antes o después. Y vaya si llegó.

Aquella noche, los dos cachondos como monas podíamos haber quemado el monte con el fuego y los chispazos que desprendíamos. Sonará egoísta y pretencioso por mi parte, pero cuando me confesó que no había follado con ningún otro tío, me quedé muy tranquilo. Fue como un sentimiento de posesión, de pertenencia que no supe entender, pero que me hizo parar. Si iba a ser su primera vez, y quería que fuera conmigo, tenía que ser muy especial. Algo que nunca olvidase. Era una gran responsabilidad y un orgullo que me hubiese elegido a mí.

Y lo fue. Inolvidable para ella, para ambos. La vi frágil pero decidida; tímida pero ardiente; excitada pero cortada hasta que no pudo más y se dejó llevar.

Yo que tenía un amplio currículum de conquistas en aquella época, nunca había experimentado lo que sentí al acostarme con ella y tenerla en mis brazos después, entre otras cosas porque yo era de terminar y marcharme. Nunca me quedaba para no dar lugar a cercanía o intimidad.

Abrimos la puerta a un verano alucinante, de infarto, donde apenas nos despegamos y en ninguna ocasión sentí que me sobrase su compañía. Al revés, nunca teníamos suficiente el uno del otro.

Hubo momentos que hubiera repetido mil veces más. Conocí una Isa espectacular, que se dejaba llevar, que me cuidaba, como siempre había hecho; que se preocupaba por mí, de que yo disfrutase, de que lo pasara bien. Y me gustaba esa sensación de sentirme importante para alguien, de sentirme así de querido. Porque nosotros éramos uña y carne, siempre nos habíamos querido mucho, pero el sexo, esa nueva intimidad entre nosotros, nos había acercado aún más. Nos habíamos redescubierto de otra manera y ya no había barreras ni secreto alguno entre los dos. Pero todo lo bueno siempre se termina y me daba mucha pena, porque en cuanto se fuese a la universidad, la iba a echar mucho de menos. Y lo fui teniendo claro conforme pasaban los días.

Y claro, como decía aquella canción, el final del verano llegó, y la despedida me pesó durante semanas. Mucho más de lo que nunca pensé. Fue una resaca emocional importante.

«Joder, vaya si la eché de menos».

Y en el fondo era normal. Habíamos pasado un verano de cojones, como siameses, nos habíamos hartado a hacer planes, a follar y claro, como para no querer volver al paraíso.

Pero se había ido y ni ella tenía intención de nada más conmigo —o eso pensaba entonces— ni yo quería relaciones ni nada parecido y menos a distancia. Tampoco lo hablamos, siempre mantuvimos los sentimientos al margen para que nuestra amistad no se viese resentida, sino fortalecida por lo que estaba pasando.

«Qué iluso… al margen, mis cojones».

Me hubiera pasado los siguientes años con ella así y nunca me hubiera cansado, pero ella ya se había ido del pueblo y nunca pensamos en prolongar más allá el idilio o comprometernos a algo que no hubiéramos podido cumplir. A mí no me iba eso del rollo parejil ni a corto ni a largo plazo, el tonteo iba en mis venas, en mi ADN y no iba a perderlo para acabar aburriéndonos y cagándola con ella.

Cuando nos escribíamos, al principio, tras su marcha yo la trataba como una más del grupo —había que pasar página y alejarnos, ¿no?— y por eso, no volvimos a hacer comentarios al respecto de lo que habíamos vivido hasta que llegó Navidad y ella volvió por vacaciones.

Aquella noche, con el *pub* decorado con motivos navideños para las fiestas y todo lleno de luces de colores, salió el tema de marras y me comporté con ella como un auténtico gilipollas, adrede.

Había bebido. Desde el inicio de la noche, en cuanto la vi llegar tan atractiva, después de tantos meses, me vinieron pensamientos malignos a la cabeza que tuve que apartar para no cogerla en volandas y empotrarla en los aseos como ya habíamos hecho tantas veces ese verano a espaldas de nuestros amigos. La hubiera llevado a los baños, la hubiera devorado allí mismo y habríamos acabado reventando alguna de las cabinas con todo la pasión y ganas que llevábamos dentro.

No podía hacerlo, ya me había acostumbrado a su ausencia, a que no estuviese en mi día a día y lo jodido que había estado esas semanas después de su marcha, y me negaba a que volviésemos a acostumbrarnos y a volver a quedarme hecho polvo cuando se fuese de nuevo después de Reyes.

Ella aprovechó un momento a solas para tantearme sutilmente —o no tanto— y yo, que la vi venir, me adelanté:

—Estoy viendo cómo me miras —le solté, chulo como el que más.

—¿Y cómo te miro si puede saberse? Porque si dices eso es porque el que está mirando eres tú.

—Pues te estás recreando, cielo, como si fuera una tableta gigante de chocolate que te quieres

comer con pan de un momento a otro.

—Un poco presuntuoso tú, ¿no?

—Ah, coño, ¿me equivoco? ¿Acaso no tienes ganas?

—Pues mira, sí… las tenía antes de que abrieras la bocaza, pero me las acabas de quitar.

—Mejor, porque lo que pretendes no va a pasar —ataqué, directo a donde sabía que le dolería para terminar cuanto antes con la situación.

—¿Perdona? ¿Mejor? No hace falta que digas más. Eres imbécil.

—*Wow*… La pequeña Isa insultando a alguien… Esto sí que es nuevo. Y todo por no hacerte caso…

—No te rías de mí, a las cosas por su nombre, ¿no? Además, te estás pasando, que lo sepas… no busco que me hagas caso. Buscaba a Rubén, con el que estuve hace unos meses, pero vuelvo y me encuentro contigo y sin duda tú no eres la versión de él que yo buscaba, así que, gracias por hacerme abrir los ojos y bajarme de la nube de golpe.

—¿Por qué me estoy pasando? ¿Por no querer que se repita lo que pasó en verano? Yo soy el mismo de siempre, no te confundas. Y ya dijimos que lo que pasó se quedaría en eso, en algo memorable y fin.

—Pues mira sí, no entiendo esta actitud chulesca que tienes, a la defensiva… cómo decir que algo memorable y fin. Pensé que había sido algo especial para ambos, unos meses tan maravillosos, tan…, pero ya he visto que no.

—Tan nada. Lo pasado, pasado está, los dos lo dijimos y quedó claro, ¿no? —la corté.

—Por supuesto, no hace falta que lo repitas…

—Tranquila, no te agobies. Que rechace una proposición no es para enfadarte ni para mal rollo…

—Mira, guapo, con esa actitud de mierda, no te propondría nada así fueras el último chico sobre la faz de la tierra.

—Qué mentirosilla te has vuelto. ¿Qué pasa, que en la universidad no te entretienes con nadie? —pregunté para cabrearla y que me dejase tranquilo, porque conforme más se irritaba, a mí más me encendía, me ponía y era lo contrario a lo que buscaba: alejarla.

La hubiera llevado al rincón más oscuro y le hubiera pedido que se centrara en mí, que nos olvidásemos del resto y nos dejásemos llevar hasta perder el control y la razón cegados por el placer que nos hubiéramos proporcionado con nuestras manos atrevidas, con nuestras lenguas ávidas de deseo…

—Pues mira, gilipollas, y sí, me has oído bien, te he llamado gilipollas. Con quien yo me entretenga en Salamanca no debería importarte, pero para que lo sepas no. ¿Y sabes por qué? Porque me fui de aquí pensando en el maravilloso verano que habíamos pasado y no veía el momento de volver y verte. Pero ojalá no te hubiera visto. Está claro que tendemos a idealizar las cosas, y ¿sabes qué pasa?

—¿Qué pasa? A ver, sorpréndeme, que te veo muy lista esta noche…

—Pues que cuando idealizas algo, siempre te acaba decepcionando. Eso dice el dicho y, visto lo visto, es cierto. Ahí te quedas, yo paso de tus mierdas.

—Pues vale, tú misma. No he sido yo quien ha removido el avispero.

—Tienes razón, he sido yo. Ilusa de mí. Pero, bueno, gracias a eso sé que tengo que empezar a entretenerme más. Ah y ¡gracias! —dijo girándose sobre sus pasos cuando se alejaba.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Porque me has demostrado que no vale la pena y ahora sí sé con quién no me voy a volver a entretener nunca más.

Y se dio media vuelta y desapareció. Odié hacerla sentir mal. Me sentí como un mierda, pero que se alejase era lo mejor para los dos. Y sabía que conociendo a Isa el enfado no sería cuestión de dos días o semanas. Iba para largo, aunque me doliera lo que iba a pasar, era lo que ambos necesitábamos para calmar las aguas, enfriar todo y que en algún momento nuestra amistad volviese a ser solo eso, amistad, cosa que no volvió a ser, porque esa noche me odió.

El verano nos había pasado factura y había que pararlo como fuese y no retomar algo que no tenía sentido para que volviéramos a engancharnos y luego quedarnos jodidísimos. Ya pasó una vez un año atrás, después de un simple tonteo, y volvíamos a estar en las mismas… Y no, me negaba en rotundo y, por ello, preferí cortar por lo sano y de raíz sus intenciones. Total, había muchos peces en el mar.

«Y no pude estar más equivocado, porque ninguna era como ella. Solo que no lo veía».

Isa actuó como preveía, conociéndola, y esas navidades mantuvimos las distancias como si no fuéramos nosotros.

La noche de su despedida, tras pasar el día de Reyes, estuve a un tris de acercarme y abrazarla, porque la echaba de menos —y no poco—; además, odiaba que se fuera dolida y disgustada conmigo. Había sido duro saber que estaba esos días en el pueblo y apenas vernos, pero me contuve por nuestro bien. Mantenerla distanciada y encabronada lo hacía todo mucho más llevadero, fácil y sencillo.

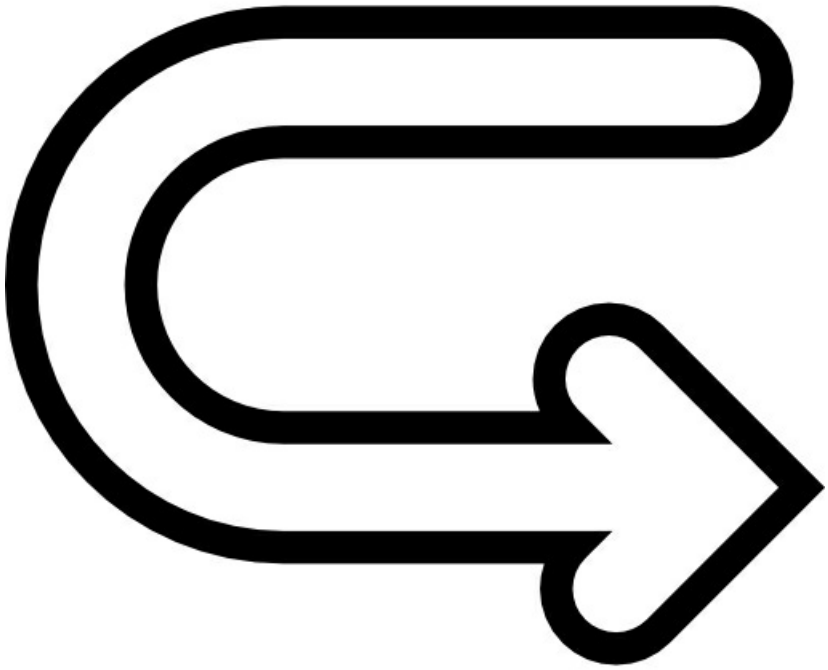
Las siguientes vacaciones se excusó de viajar a Montaves alegando a su familia que quería disfrutar de esos días para conocer la Semana Santa de Salamanca.

El siguiente verano llegó meses después y la *jodía* me esquivó todo lo que pudo. Y cada vez que coincidimos, siempre en grupo, me trató con toda la indiferencia del mundo, cosa que me merecía, pero también me molestaba. Y sabía que a ella le costaba tratarme así, pero ponía todos sus esfuerzos en corresponder a mi alejamiento y frialdad.

Los siguientes años, mientras que estuvo estudiando, nos alejamos más aún. Nos vimos contadas veces, todas entre amigos, nunca a solas y, aunque ya no percibía enfado por su parte —el tiempo lo había ido diluyendo—, tampoco notaba cercanía ni amistad como la nuestra de siempre. Ya no era mi Isa. Los años que habían pasado habían hecho mella en nosotros y eso me apenaba tremendamente.

Yo podía ser el rey del ligoteo, un *follarín* o un viva la virgen, pero tenía sentimientos aunque no me gustase mostrarlos y si algo me apenaba era no tener ya la cercanía y el contacto de siempre con ella. Haber perdido a mi Copito, que era justo lo último que hubiera querido que pasara. Eso me mataba.

Era paradójico, el mejor verano de nuestras vidas nos acabó separando. Y sin querer estropear la amistad, con todo lo que hicimos por estar bien, precisamente fue lo que perdimos. En mi caso por tonto. En el de ella, por seguir mis pasos.



Llego a Madrid y decido dejar el coche estacionado en un punto aislado del centro de la ciudad, al que con mi vehículo no puedo acceder por un tema de emisiones y contaminación. Aparco y cojo el metro para ir hasta su casa, a la ubicación que Fran me ha enviado.

Estoy hecho un flan, soy un jodido novato en temas de estos y encima, no las tengo todas conmigo de que Isa me vaya a perdonar. «Manda cojones verme en esta situación, con lo que yo soy. Si me lo cuentan hace unos años, no me lo hubiera creído».

— CAPÍTULO 22 —

Del pantano de San Juan a Playa Pita

ISA

—¡Este sitio es alucinante, Carlos! —exclamo observando el paisaje a nuestro alrededor—. Gracias por traerme.

—A mí me encanta escaparme aquí. Es lo que llamamos la playa de Madrid. Y suerte que hoy hay poquita gente.

—¿Suele estar lleno?

—La gente se reparte entre todas las zonas que hay, que son varias, e incluso hay una nudista.

—Creo que nunca podría ir a una playa nudista, me moriría de vergüenza.

—Entre mis planes no entra, pero si tú fueras no me lo perdería.

—Carlos…

—Perdona, no quería incomodarte con mi comentario. Era una broma.

—No te preocupes, es solo que no estoy acostumbrada… He estado tanto tiempo focalizada en una sola persona, como supongo que ya sabes, que no he mirado al resto del mundo. Y por eso se me hace raro, incluso estar aquí al sol, contigo, de relax…

—Algo me contaron sí, y, créeme, yo me siento super a gusto en tu compañía, aunque te conozca de poco tiempo.

—Y yo también, eso es lo raro —reconozco, colocando mi toalla pegada a la suya.

—Vaya, gracias por la parte que me toca —contesta él haciendo una mueca.

—Noo, no me lo tomes a mal. Precisamente era un intento de cumplido. Mira, yo soy lo más tímido del mundo, me ruborizo con nada y me cuesta sentirme bien con gente extraña; y, en cambio, aquí estoy, en bikini, tirada contigo tan tranquila, riéndome y disfrutando del verano.

—Y de mi compañía, ¿no? Todo un honor. Me alegro de que te sientas bien. Yo haré todo lo posible porque siga siendo así.

—Eres un encanto.

—Tú sí que lo eres; y déjame decirte que quien no te haya sabido valorar es un perfecto imbécil.

—Quizá la tonta haya sido yo por cegarme en algo que sabía perfectamente que no iba a suceder —me lamento.

—Bueno, olvídate, porque esa es una etapa cerrada, señorita. Ahora estás aquí, estamos y hemos venido a pasarlo bien. ¿Nos bañamos?

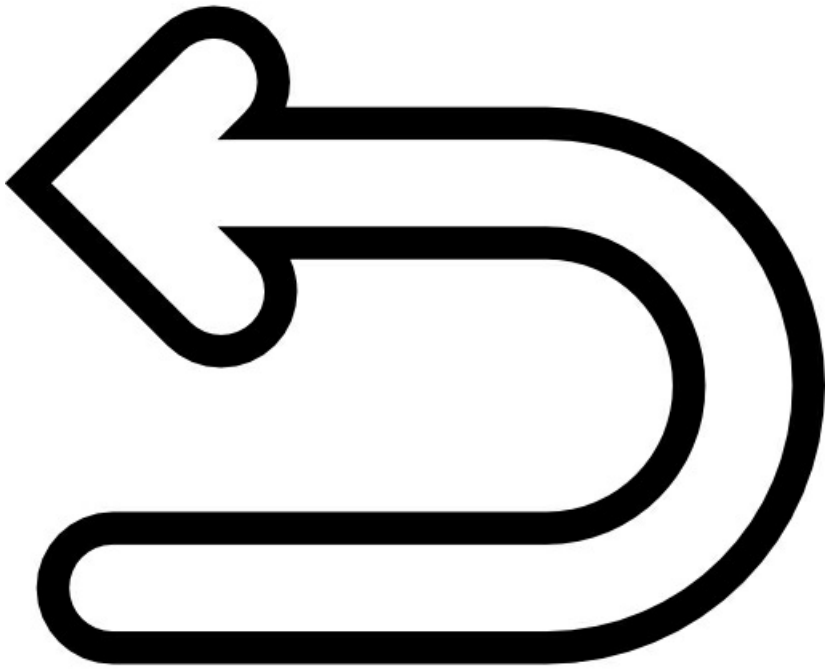
—Ve tú, quiero tomar un poquito más de sol a ver si por casualidad se me pega algo. Si no vienes en un rato, voy.

Levanto la cabeza y observo a Carlos dirigirse hacia el agua. Si con ropa es demasiado atractivo y guapo, con ese bañador turquesa en degradé que lleva y esas gafas de sol es un espectáculo para todos los sentidos.

«Qué fácil me lo pone todo este chico. Hasta he podido hablar con él de Rubén de una manera totalmente natural. Es un alivio que sepa el punto en el que me encuentro. Vamos camino de ser muy buenos amigos».

Me dejo caer de nuevo sobre la toalla, cierro los ojos y a mi mente vienen recuerdos de las

muchas veces que me iba con Rubén aquel verano a Playa Pita, un pantano cercano al pueblo, donde, por cierto, voy a volver pronto porque vamos a celebrar la despedida de solteros en breve.



Siempre que Ken y yo decidíamos pasar el día en Playa Pita salíamos de Montaves temprano para coger sitio. Lo primero era embadurnarnos de crema para no quemarnos. Me mataba de gusto tumbarme boca abajo en la toalla y que Rubén se pusiese encima para ponerme protector solar, masajeándome. Sus manos en mi cuello, a lo largo de toda la espalda, acariciando con deleite… Eran los masajes más eróticos que me habían dado nunca y ¡cómo los disfrutábamos ambos!, porque si a mí me hacía enloquecer con sus movimientos, él se recreaba todo lo que quería en todos los rincones de mi cuerpo hasta donde llegaban sus tentáculos. Dejaba mi espalda a su merced, desabrochando la parte de arriba del bikini y con discreción, sus dedos se desplazaban dejando atrás la espalda para colarse por los laterales a juguetear con mis pechos sin que nadie se diera cuenta. Me excitaba sobremanera notar el contacto de sus yemas en mis pezones, duros como piedras. Los agarraba, les daba pellizquitos, los manoseaba y a la par, se inclinaba sobre mí para susurrarme al oído lo mucho que le ponía la situación, mordisqueándome de manera sensual también.

«Más me ponía a mí que a él».

Me retorcía debajo de él, y él se abría paso con su mano para llegar donde quería. Bajaba por mis piernas, las manoseaba enteras y se entretenía en poner crema en mis nalgas. Las acariciaba con placer y devoción, momento que aprovechaba para dejar volar sus ágiles dedos y que se colasen con disimulo bajo la tela del bikini, haciéndolos rozar de forma casi imperceptible ese punto de placer sin control con cada pasada.

Después se adentraba a través de los bordes de mis diminutas braguitas de baño y volvía a tocarme. Le encantaba llevarme al límite, era feliz provocándome, acercando sus dedos a mi

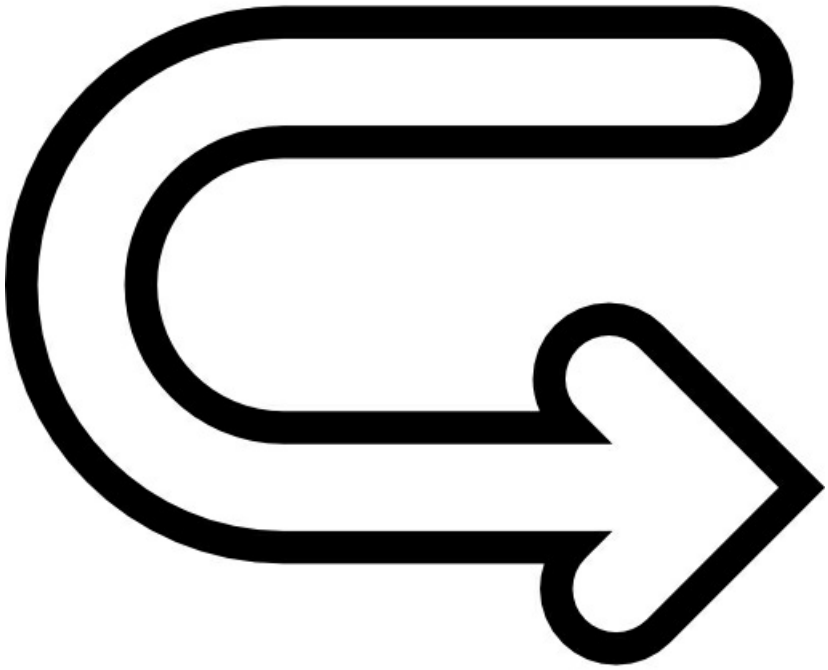
abertura para dejarme con las ganas y alejarlos. Recorría mi piel y acababa entrando en mi cuerpo, regalándome los mejores orgasmos de manera furtiva, tapados con un pareo; en sitios donde ni por asomo me hubiera imaginado teniendo sexo con nadie y allí donde no podía gritar a los cuatro vientos cómo me hacía sentir. Me encantaba correrme en sus manos. Mi cuerpo se contraía y él me callaba con sus besos. Había descubierto que adoraba el morbo y sin duda siempre explorábamos nuevas formas de hacernos enloquecer sin que nada nos delatase.

Entrábamos al agua ardiendo en temperatura corporal —y no por el sol— y allí nos desquitábamos bien porque estaba gélida, pero no nos importaba mientras nos sintiéramos el uno al otro. Y no había nada mejor que abrazarlo, besarlo y recorrer su piel mojada con mi lengua, recogiendo con ella las gotitas que caían de su pelo sobre el pecho. Él era *sexy* de por sí, pero mojado, reflejaba una fantasía por la que muchas matarían. Si algo había insuperable era el temblar entre sus brazos mientras el agua nos cubría y se convertía en nuestra mejor cómplice dejándonos hacer a nuestro antojo.

Nos dormíamos la siesta abrazados, entre besos, caricias y tocamientos un tanto indecentes, porque nunca teníamos suficiente. Unas veces nos tumbábamos, le ponía la cabeza en el pecho y medio cuerpo sobre el suyo. Nos restregábamos y tocábamos mutuamente, ansiosos los dos. Otras, bajo el pareo yo me encargaba de darle placer, rozando con mi pie su zona más sensible, jugando y pidiendo guerra o bien, cuando nos podían las ganas, acariciando con delicadeza su potente miembro, que no tardaba en venirse arriba ante el contacto de mi mano sobre él. Lo movía sabiendo a la perfección dónde centrarme y cómo, para llevarlo al éxtasis con mis dedos ya expertos para entonces.

También, aunque en menor medida, metíamos la parte romántica, contemplábamos las puestas de sol y los atardeceres, que allí eran espectaculares. Ver cómo el cielo cambiaba de color y Lorenzo iba desapareciendo para dar paso a la oscuridad de la noche, todo eso con él a mi lado, después de un día de playa y sexo morboso, se convirtió para mí en el mejor plan que podía haber.

Luego llegaban las noches y muchas nos íbamos al campo, agotados después de todo el día al sol. Unas nos tendíamos sobre una toalla a ver las estrellas y retozar; otras, en cambio, él me consentía y me preparaba algo de cena o me cantaba y tocaba la guitarra y yo me deshacía mirándolo, porque con las cuerdas entre sus dedos se le veía tan feliz como a un niño pequeño viendo montañas de gusanitos de maíz. Pasábamos horas y horas hablando sobre lo divino y lo humano, viendo series y documentales chorras que nos daban igual, contándonos nuestros sueños o haciendo postres caseros para luego comérnoslos a medias.



Cuando refrescaba demasiado por la noche nos cobijábamos en el interior de la casa, al igual que cuando estábamos con el grupo allí mismo en el campo viendo cualquier peli con palomitas, nos encantaba adueñarnos de su destartalado sofá amarillo, taparnos con un pareo gigante y meternos mano hasta hacernos gemir mordiendo cualquier cojín sin que nadie se diese cuenta de nada. En cuanto sentía sus dedos juguetones asaltar mi ropa interior, mis ganas se multiplicaban por mil y el que nadie notase que me estaba tocando me excitaba muchísimo. Él lo sabía y no paraba, disfrutando también de verme deseosa, ansiosa del placer que sus manos me proporcionaban. Teníamos dieciocho años, me enseñó a disfrutar del sexo de la mejor manera y, como estábamos desatados, era lo que hacíamos a cada rato.

Tengo un serio problema porque, sin pretenderlo, he notado demasiado calor en cierta parte de mi anatomía recordando aquellos días con Rubén y sobre todo esos momentos tan ardientes que vivimos, y que nunca conseguiré sacar de mi cabeza ni de mi corazón porque aún los siento en mi cuerpo.

No me considero una persona excesivamente sexual, pero sí que es cierto que lo que Rubén despertaba en mí era algo nuevo en aquel momento, y lo disfruté sin límites en cuanto me dejé llevar. Parece que, aún hoy, puedo notar su aliento cálido en mi oído y lo escucho diciéndome cochinadas, sintiendo su lengua paseando sin pudor por mi cuello o por mi pecho, recorriéndolo para llegar a mis pezones que siempre lo esperaban en plan comando y mi piel, que aún anhela el roce de la suya para erizarse por completo.

Estoy muy caliente, tengo ganas de él, y me siento idiota por seguir en esas, alabándolo o disfrutando, pensando en el sexo con él, cuando estoy pasando el día con semejante portento a mi lado. Mejor me voy a bañar un rato y que se me baje el calentón que me ha entrado, porque ¡manda narices!, es lo que me faltaba… Cuando llegue a casa lo solucionaré yo solita.

«Rubén, ¿cuándo vas a desaparecer de mi mente?».

— CAPÍTULO 23 —

Cerrando un ciclo

ISA

Al mojarme los pies en la orilla el contraste es fuerte. Me voy adentrando muy despacito. Si bien de temperatura no está tan congelada como en Playa Pita, tampoco la sensación es termal. Me sumerjo entera de golpe, aguantando la respiración unos segundos debajo del agua para despejar la cabeza y no pensar en otra cosa.

Cuando salgo a la superficie ahí está Carlos, frente a mí, casi pegado.

—Te vi entrar, pero no te encontraba y me preocupé —dice sujetándome por la cintura, gesto que no me pasa desapercibido. Tiene las manos grandes y posesivas, de las que saben agarrar a una mujer.

—¿Creías que me iba a ahogar? ¡Sé nadar!

—Ya, ya, perdona, pero no me gustaría que te pasara nada por haberte traído aquí.

—Gracias por preocuparte, eres un cielete. De hecho, creo que no eres real.

—¿Cóóómo? Puedes pellizcarme si quieres y comprobarlo… Yo me dejo encantado.

—Oyeee —indico en tono de broma, salpicándolo aposta—, que de verdad lo pienso. A simple vista, lo poco que te conozco… Aún no he dado con ningún defecto tuyo.

—Vaya, eso es que te fijas en mí, aunque sea para sacar lo malo.

—Estaría loca o ciega si no lo hiciera. —Y él sonríe al escuchar a mi boca hablar sin pensar.

—Eh, no te pongas *colorá*. —Sonríe seductor, devolviéndome el salpicotazo de agua e iniciando una guerra que acaba con ahogadillas, cosquillas y carreras donde nos lo pasamos de fábula.

Cuando ya estoy agotada, porque sin duda su forma física es mucho mejor que la mía, pido una tregua y le digo que voy a descansar un rato fuera. Entonces lo veo salir corriendo en dirección a donde están nuestras cosas, coger mi toalla y darse media vuelta.

—Gracias —le digo mientras la coloca sobre mis hombros, envolviéndome—. ¿Lo ves?

—¿El qué veo, pececillo? —pregunta, haciéndome estallar en una carcajada al escucharlo llamándome así.

—No te rías de mí, es que tú eres muy rápido nadando… No había quien te cogiera.

—No te vas a escapar, ¿qué era lo que tenía que ver?

—Pues eso, que eres un encanto, no tienes defectos, te muestras tan atento siempre, y taaan detallista… ya no hay chicos como tú. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dispara y apunta al corazón.

—¿Por qué no tienes pareja? Me sorprende mucho, la verdad. ¿Qué les pasa a las chicas de esta ciudad?, ¿no tienen ojos?

—Buenooo, segundo cumplido en lo que va de día. Al final me lo voy a acabar creyendo y me pondré *colorao* como tú.

—No me has respondido.

—¡Qué insistente, muchacha! Pues a ver, supongo que cuando buscas una relación de verdad y no un par de polvos, la cosa se complica. No he tenido suerte, muy joven tuve una experiencia horrible que prefiero no recordar, y siempre he dado con chicas con intereses distintos a los míos.

Estamos en tiempos de Internet, Instagram…ya sabes. No me interesan demasiado las fiestas, ni las redes sociales o el postureo. Soy más feliz haciendo deporte, viajando en cuanto puedo escaparme o tomando una cerveza mientras juego una partida a cualquier juego. Y ya tenemos una edad en la que dejamos las tonterías a un lado, y el poco tiempo libre que el trabajo deja lo empleo en lo que de verdad me gusta.

—Y ahora estás aquí, gastando tu poco tiempo libre conmigo…

«Virgen santísima, además de cumplido, educado, atento, detallista, busca una relación estable… Definitivamente no puede ser de este mundo. Ya podían tomar nota muchos otros».

—Eso va a ser porque me gusta pasar tiempo contigo, Isabel. Y antes de que lo insinúes, no es porque me hayan dicho nada Carlota y Fran.

—Vale, vale, *touché*. A mí también me gusta, que lo sepas.

Y si hubiéramos estado en una serie de tv o película, este hubiera sido un momento de esos de *casi beso*.

«Como el que yo viví con Rubén aquella vez».

—Vamos a comer algo, anda —propongo yo, para quitarle intensidad a la situación que hemos creado. No sé si por incomodidad o por rubor.

Me sorprende cuando lo veo sacar de su mochila dos bocadillos de calamares, patatas fritas y una bolsa con golosinas.

—Madre mía, vales para todo, ¿eh? Ahora dime que has hecho tú los calamares y has horneado el pan y te juro amor eterno ya mismo.

—Cachis… Qué va, no soy bueno cocinando. Son del bar de debajo de mi casa y están de fábula. No he traído nada de chocolate por si se derretía y me la liaba en la mochila.

—Pero veo que tus informantes te tienen al día porque sabías que me encantan las chuches.

—Lo confieso, eso ha sido un soplo.

—No tienes que hacer nada por agradarme, de verdad, Carlos, no hace falta.

—No lo hago por agradarte, lo hago porque me apetece. Desde el primer día que quedamos, tengo claro que quiero seguir viéndote y haciendo planes contigo.

—Yo encantada, pero me haces sentir mal al preocuparte tanto por mí. Tendrás que dejar que algún día prepare yo algo para ti, una comida, por ejemplo.

—Cuando quieras, yo me dejo hacer y me pongo en tus manos. Pero mejor cena, para ir sin prisa por el curro y tal.

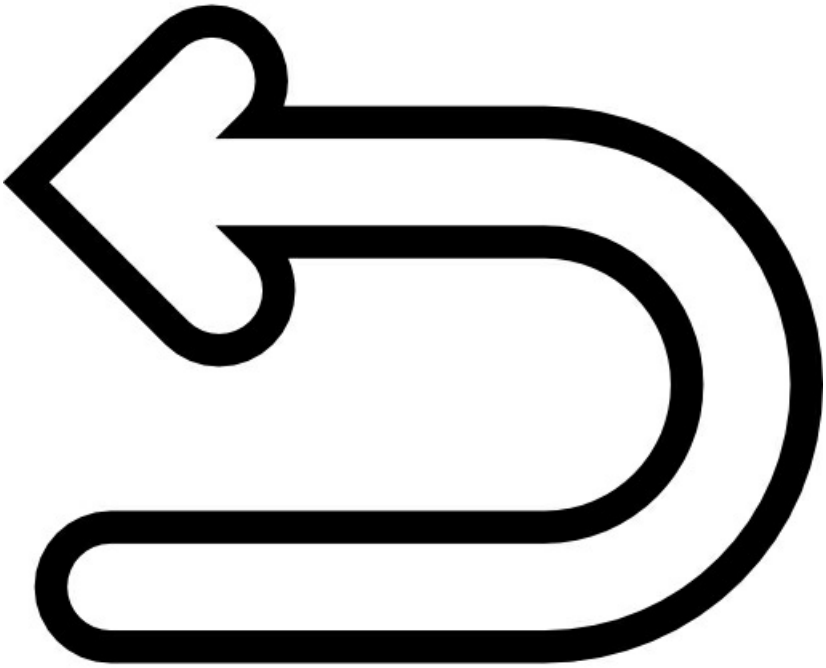
—Hecho, esta semana cenamos un día…

Continuamos hablando hasta que terminamos de comer; en mi caso, me atiborro de esponjitas, plátanos y gelatinas, mientras recuerdo nuestras bolsitas de chuches en miniatura que tanto me gustan y entristezco. Después de una buena comida, del ejercicio hecho en el agua y allí tumbada me relajo tanto que acabo quedándome frita en la toalla.

Cuando abro los ojos veo a Carlos a mi lado dormido también, y no puedo evitar observarlo. Trasmite serenidad y madurez, tiene el rostro totalmente relajado, e incluso me atrevería a decir que está soñando algo bonito. Me parece un momento bastante íntimo estar allí los dos, tumbados, casi sin ropa, durmiendo… Y lo fuerte del asunto es que es un chico que conozco de ayer, como quien dice, pero en su compañía me siento tranquila, lo contrario a lo que me hacía sentir Rubén cada vez que estaba con él, estando o sin estar juntos.

Con él siempre había una especie de tensión, sentía las mariposas alborotar fuerte, dando bandazos por mi estómago y el nervio era continuo. Además, esa inquietud constante y esa emoción en mi interior también presentes sin desaparecer, que me hacían estar en alerta a cada instante de lo que podía pasar.

«Sí, en ocasiones me volvía loca de atar al no entender sus actitudes, pero me hacía sentir tan viva, con vaivenes sí, pero viva…».



Antes hablaba de una noria como símil de lo que teníamos Rubén y yo. Sin duda ese verano de 2009 estuve en lo más alto, pero cuando llegué a Salamanca no pude estar más por los suelos, especialmente a la vuelta de las primeras vacaciones de Navidad, porque volví al pueblo con el ansia puesta y las expectativas por las nubes ante la idea de volver a estar con Rubén; y la primera noche, para no dejarlo mucho, vino el primer choque de trenes o lo que fue lo mismo: el primer aterrizaje forzoso en la cruda realidad.

Para él había sido un verano más, un si te he visto no me acuerdo, muchos polvos bien echados y fin. Me lo dejó cristalino. No quería que tuviéramos nada más. Me rechazó y qué despreciada y estúpida me sentí por dedicar mi tiempo y mis horas de sueño a pensar qué podría pasar cuando volviese a verlo… Qué mierda darse cuenta de lo imbécil que había sido por malgastar mi tiempo con un tío como él, que solo pensaba ya sabíamos con qué y en qué.

Eso me hizo regresar a la universidad dispuesta a pasarlo bien, a estudiar como una loca y a vivir lo que me tocase alejándome de Montaves y, por supuesto, de él.

Fueron unos años muy divertidos, de mucho estudio, viajes con amigos e incluso de prácticas y trabajo en verano. Mi familia venía a pasar algunos fines de semana conmigo y eran unos días increíbles.

Salvo el primer año, el resto siempre luchaba porque me aceptasen en prácticas de empresa durante los tres meses de verano para no tener que volver al pueblo. Una contradicción sí, porque lo añoraba demasiado, pero allí estaba él y yo no había conseguido superar lo nuestro, superar ese julio y agosto de 2009 que tanto me había marcado y tenía claro que, si volvía y él estaba

dispuesto, acabaría cayendo de nuevo en ese agujero del que no querría salir.

Me esforzaba al máximo para lograr esos trabajos para la época estival cada año y todos y cada uno de los cursos lo conseguí. No regresé ningún verano más hasta que terminé de estudiar. Mi estrategia funcionó a la perfección, pero llegó el final de curso del año 2014 y, con él, mi graduación. Había terminado la carrera, me había licenciado, y aunque los últimos meses había buscado trabajo, no hubo suerte, por lo que tocaba regresar al hogar familiar tras tantos años alejada de Montaves.

— CAPÍTULO 24 —

El reencuentro

ISA

La temporada veraniega de aquel año 2014 fue la más familiar que he pasado nunca. Después de tantas vacaciones sin compartir planes con mis padres, desde el momento en el que regresé de una a casa a mediados de junio, la familia no se separó de mí. Viajamos mucho, hicimos rutas de *camping*, muchos planes culturales y eso me permitió escurrirme y apenas ver a mis amigos.

Lo malo fue que estando en el pueblo las ganas de verlo me podían de nuevo. Era una masoca de manual, sabía que sería chocarme otra vez contra el mismo muro de piedra, y encima cada vez que recordaba cómo se había comportado conmigo aquellas navidades de 2009, aunque habían pasado años, seguía queriendo estrangularlo por chulo y por patán.

El encuentro no tardó en producirse y fue al tercer día, antes que a ninguno de mis amigos, me lo topé a él. El factor sorpresa jugó a mi favor porque aún nadie sabía que había regresado.

Ocurrió la primera mañana que salí temprano a hacer *running* por la ruta de siempre. Me sonó el teléfono cuando pasaba por la puerta de la cooperativa del pueblo y me paré a hablar sin prisa. Era Andrea, una compañera de la universidad para contarme que había conseguido empleo y estaba pletórica. Me detuve unos minutos a hablar con ella apoyando mi espalda en la puerta y contemplando el campo y los árboles de enfrente.

De pronto, mi cuerpo se tambaleó al quedarse sin punto de apoyo. Las puertas de la cooperativa se abrieron hacia dentro sin preaviso y de golpe, por lo que sin éxito intenté no perder el equilibrio, pero acabé cayendo al suelo.

—Perdón, perdón, no pensé que fuese a haber nadie y abrí demasiado rápido… Iba con prisa. —Escuché, aún de espaldas y sin mirar.

No necesitaba girarme para ver quién era el imbécil que me había hecho caer. Su voz se me clavó en el alma. Era él, era él. No fui capaz de responder ni tampoco de moverme, porque me quedé en *shock*, expectante ante lo que venía.

—¿Está bien? —preguntó él, sin reconocerme, mientras atrancaba la puerta para que no se me viniera encima—. Ya la ayudo a levantarse si se ha hecho daño —dijo apurado, acercándose a mí.

Y en un abrir y cerrar de ojos lo tuve delante, frente a frente y se quedó de una pieza al verme. Su cara fue un poema y yo no sabía dónde meterme. Una escena digna de cualquier novela romántica con cliché *enemies to lovers*. Los dos allí, en mitad del campo, en silencio, mirándonos sin saber qué decir después de tantos años sin vernos y yo, torpe de mí, en el suelo.

Enseguida me tendió su mano para que pudiera levantarme.

—Estoy bien, no necesito tu ayuda.

—Déjame hacerlo, apóyate en mí —me pidió, nervioso.

—No es necesario, puedes irte sin problema, no te necesito.

—No me voy a ir hasta ver que estás bien —aseguró poniéndose en cuclillas frente a mí.

—No pienso levantarme hasta que no hayas desaparecido de mi vista. Te he dicho que puedo sola —repliqué, atacada por su cercanía y por tenerlo a escasos centímetros de mí.

—¿Puedes dejar de portarte como una niña pequeña?

—Vete a la mierda. Veo que las cosas no cambian…

—Lo digo en serio, no es por molestarte. Me preocupa que, al caer, te hayas hecho daño en la pierna que te operaron.

—Vaya, qué atento. Pero si te acuerdas de mí, de la operación y todo. ¿Ahora te preocupa lo que me pase?

—¿Me puedes decir cuándo no me he preocupado yo por ti?

—¿Estás de broma? Mejor no te recuerdo la última vez que coincidimos… Pero vamos, llevas más de cuatro años fuera de mi vida…

—Eso no tiene nada que ver.

—No me hagas reír, ¡qué cinismo!

—¿Te levantas o te levanto?

—Que te vayas… Rubén te llamabas, ¿no?… ¿No ibas con tantísima prisa?…

—Vuelves guerrera… ¡¿Con que esas tenemos?! Tú lo has querido —afirmó decidido, acercándose peligrosamente y pasando sus manos con cuidado por debajo de mis piernas y por la espalda, haciendo que un escalofrío me recorriera de arriba hacia abajo.

Seguía teniendo el mismo efecto en mí. Mi piel le pertenecía y esa cercanía solo me sirvió para confirmar que todo lo que sentía por él seguía vivito y coleando tanto tiempo después.

Y me levantó del suelo sin esfuerzo ninguno, pese a mi resistencia, como si fuera una pluma.

—Ya, ya, ya, suéltame —le grité, entre dientes.

—Cuando dejes de chillar como una rata.

—Rata tu abuela, bonito.

—Luego vas y se lo dices a ella, a mi yaya, que se alegrará de verte después de años sin pisar el pueblo.

—Anda, guárdate tus retintines y bájame, por favor —le rogué, despacio, percatándome de que no me quitaba el ojo de encima. Seguro que yo estaba roja como un tomate, porque notaba las orejas ardiendo.

—Te he echado de menos, Isa —afirmó con una leve sonrisa dibujándose en su rostro y una timidez poco habitual en Rubén.

—Yo a ti no —solté, desviando la mirada hacia otro lado, porque nunca había sabido mentir y se me podía notar.

Me bajó despacio, sin decir ni una sola palabra más, pero en todo momento sentí sus ojos analizantes sobre mí. Fue dejarme de pie y darse media vuelta para volver dentro de la cooperativa.

Cuando creí que ya no estaba, eché a andar y entonces él dio media vuelta y cerró la conversación sin opción a una réplica por mi parte.

—Siempre has mentido fatal, que lo sepas. Ah, y ponte hielo en la pierna, por si acaso.

Y se marchó sobre sus pasos dejándome ahí plantada.

Rubén 1 – Isa 0.

¡Qué coraje me dio! Había sido un reencuentro por todo lo alto y no había podido quedar peor. Me había portado como una niña enrabietada, pero es que volver a verlo me impactó. Esos años le habían sentado fenomenal. Estaba más guapo aún si es que era posible. Su pelo rubio se había oscurecido un pelín, tenía los mismos ojazos de siempre y un aire perturbador que quitaba el sentido.

Cuando volví a casa y le conté a mi madre el incidente, me obligó a poner hielo donde había sido el porrazo y aproveché para, como quien no quería la cosa, averiguar que trabajaba en la cooperativa.

Una semana después era la fiesta de inicio de verano, tradición que seguían manteniendo todos los años. No fui porque organizamos un viaje familiar, cosa que agradecí, ya que iban a ser demasiados recuerdos.

El siguiente encuentro se produjo unas semanas después, tras volver de las vacaciones. Era viernes y el grupo entero salía a tomar unas cervezas. Me apetecía ver a la gente —no salía solo por él— y por ello me animé.

Fue una noche muy divertida, de terraza en terraza, recordando viejos tiempos y haciendo como si él no estuviera presente. Pero vaya si estaba… ¡cómo para no verlo! Impresionante era poco.

Todo muy maduro sí, pero era una forma de autodefensa como cualquier otra; y si funcionaba para mantenernos alejados, lo pensaba llevar hasta el final, costase lo que costase. Aunque seguía bebiendo los vientos por él, eso era obvio, en mis planes no estaba el volver a caer. Lo tenía que intentar evitar a como diese lugar.

Esa noche, como era costumbre al finalizar la quedada, se ofreció a acompañarme a casa.

—No es necesario, gracias. Puedo ir sola —confirmé despidiéndome de todos y comenzando a dispersarnos.

—Insisto, ya sé que puedes, pero voy hacia el mismo sitio y no me cuesta nada, mujer.

—Bueno, como quieras —cedí, de mala gana por no dar la nota delante de la gente y que sospechasen que algo pasaba entre ambos.

Fuimos en un silencio que cortaba el ambiente los pocos metros que caminamos juntos y tan solo cruzamos un simple «Buenas noches» al llegar a mi portal.

¡Y qué diferente fue todo! Aún podía verlo cogiéndome en brazos aquella Navidad de mi accidente, cuando se desvivía por mí, por llevarme a pasear… y, en cambio, ya casi ni nos hablábamos.

Faltaba poco para que el verano llegase a su fin, ya no me quedaban más viajes y lo que tocaba era iniciar de nuevo mi vida, mi día a día en Montaves y retomar la rutina. Volvieron las salidas de los fines de semana, viernes de El refugio y sábados de *pub* o de fiestas en pueblos cercanos. Comidas en el campo, barbacoas… y los paseos nocturnos por el parque.

El ambiente entre nosotros estaba tranquilo, calmado. Coincidíamos inevitablemente, nos observábamos en la distancia y nos tratábamos con cordialidad cuando salíamos todos, pero hasta ahí. Habíamos —o había— levantado un muro invisible que nos mantenía a cada uno a un lado y ninguno se movía o hacía nada por derribarlo. Era una situación controlada pero que hacía daño, porque tenerlo tan cerca y no poder disfrutar como hacíamos, dolía demasiado.

Un día cualquiera, después de cenar salí a dar un paseo. Hacía una noche increíble, el calor sofocante ya se había ido y la temperatura era ideal. Olía a tierra mojada y me apetecía caminar entre los árboles.

Me senté en el césped y contemplé a la gente ir y venir durante un buen rato mientras me bebía una lata de cola. Y lo eché en falta, mucho. Deseé que pudiera estar allí a mi lado, cosquilleándome los brazos o tocándome el pelo de manera inocente, como hacíamos cuando aún no había pasado nada entre nosotros. Porque extrañaba al Rubén amante, sí, pero más aún al Rubén amigo; y esas eran las consecuencias de haber cruzado la línea que separaba la amistad de algo más con un chico como él.

Bien es cierto que desde que había vuelto no había escuchado hablar de sus correrías ni comentar con quién se liaba o dejaba de liarse y tampoco me incumbía su vida. Nosotros éramos amigos y tal vez ni siquiera llegábamos ya a ese nivel. Pero esa noche la información vino a mí sin tener que mover un dedo, gratis.

Tras un rato allí sentada sola, llegaron Laura y Natalia, que volvían de correr y se sentaron conmigo. ¡Cómo había echado de menos también a mis amigas durante mi ausencia! Las noches de chicas y confesiones, de sastrería y hacer trajes a diestro y siniestro… Estuvimos de cháchara durante horas. Vimos pasar a una pelirroja, que yo no conocía de nada y entonces Laura soltó un comentario que puso todos mis sentidos en alerta:

—¿Y a esta qué se le habrá perdido por aquí a estas horas? ¿Irá a buscar a Rubén? —Escuché atónita.

—¡Qué va! ¿No te has enterado? —le respondió Natalia con otra pregunta.

—¿De qué? —insistió Laura

—A mí me lo contó Fran. Por lo visto esta es amiga de Sara y entre ellas se han peleado por Rubén. Que Sara está que no caga con Rubén ya lo sabíamos, pero esta tontaina se creía que, por venir de guay, de pijita de la capital y haberse acostado un par de veces con él, lo iba a cazar.

—Angelico…, ¿cazar a Rubén? ¡Que ni se moleste!

—Y Sara se debió de enterar de que había repetido con ella y por lo visto se enzarzaron en el bar hace ya tiempo.

—¿Y Rubén? ¡Estaría que no cabía en sí de gozo al ver a dos tías peleando por él!

—¡Nada de eso! Rubén, por lo visto, a la pelirroja la mandó a la mierda en el momento. Y con Sara discutió también unos días después. ¿No veis que él es feliz así, solo, picoteando de flor en flor y sin atarse?

—Nunca va a cambiar —se me escapó en alto y fue mi primera aportación a la conversación que estaban teniendo ellas.

—O sí, quién sabe. Estos que van de duros, luego de pronto caen con una, se enamoran hasta las trancas y adiós a la golfería y a ir de cama en cama.

—Uy, no me entero de los mejores cotilleos —replicó Laura—. ¿Cuándo fue la bronca?

—Pues mira, yo creo que fue a mediados de junio cuando Rubén la mandó a la luna. Poco más o menos cuando volvió aquí la amiga —dijo, refiriéndose a mí.

—Pues es extraño, porque en todo el verano no le hemos visto con ninguna.

—Sí, yo también lo pensé hace unos días, que estaba raro. ¿Tú qué crees, Isa?

—Uy, yo ni idea. Ya sabéis que mi relación con Rubén se enfrió al irme y nos distanciamos mucho.

—Seguro que pronto volvéis a ser Zipi y Zape. Vosotros no sabéis estar separados.

—Lo veo difícil, chicas. Han pasado muchos años…

Me resultó interesante saber que fue a mediados de junio cuando mandó al cuerno a sus amiguitas y que en todo el verano no se le había visto con ninguna.

«¿Tendría algo que ver con mi vuelta?».

Vislumbré una mínima esperanza de ser yo la causante del cambio de comportamiento de mi antiguo mejor amigo.

Llegó septiembre y el pueblo empezó a vaciarse de turistas. La gente volvía a la rutina. Y yo, que no tenía nada que hacer, aparte de buscar trabajo, me empecé a aburrir como una ostra.

Los días fueron pasando, empezaban a ser todos iguales y notaba aún más su lejanía. En otra situación, cualquier tarde le hubiera llamado y habría venido a casa a ver una peli o a escuchar música. Pero ya no estaba en mi vida y por tanto no era una opción a considerar.

Poco a poco, la convivencia con el grupo fue haciendo que nos acercásemos sutilmente. Podíamos tener alguna conversación cortita o incluso si llegábamos los primeros a las quedadas, íbamos tomando algo hablando de cualquier tema trivial mientras esperábamos. Cordialidad y ganas camufladas por mi parte.

Sin embargo, una noche de lluvia que nos íbamos a encontrar todos en el bar, acabó siendo el momento indicado para hablar los dos. Estaba cayendo una buena y me apetecía cero salir, pero tampoco tenía mucho más que hacer. Fui la primera en llegar y pocos minutos después apareció él, con el pelo chorreando.

—Te vas a resfriar, ve al baño a secarte un poco —le dije, sin poder callarme.

—Me alegra que te preocupes por mí. Ahora entraré en calor.

—Ah, no te emociones. Lo haría por cualquiera, no es porque seas tú en concreto el que está como una sopa.

—¿A quién quieres engañar?

—¿Sobre qué?

—Venga, Isa, reconócelo. Siempre te vas a preocupar por mí, como yo lo hago por ti. ¿Y sabes por qué?

—Tú pareces saberlo todo, hasta lo que no es…

—Niégalo, o haz lo que quieras, pero sabes que entre tú y yo por mucho enfado, por mucho que quieras hacer como que me ignoras, o por lo que sea, siempre va a haber algo especial y nos vamos a cuidar y a preocupar por el otro pase lo que pase.

—Es mi maldito defecto, preocuparme por quien no lo merece después de tantos años.

—Es la segunda vez que me echas en cara estos años. Tampoco te vi a ti nunca coger el teléfono.

—Después de cómo me trataste, ¿qué esperabas? ¿Que siguiera detrás de ti como un perrito faldero, como siempre he estado?

—Tú nunca has sido un perrito faldero, eres mi mejor amiga. Y ya sé que la cagué y no debí comportarme como lo hice aquella vez.

—¿Y ya? ¿Eso es todo lo que tienes para decir?

—Pues mira, no, diría muchas cosas, pero van a llegar estos y creo que no es un tema para la comunidad, sino para que nos sentemos tú y yo y hablemos como adultos.

—No va a venir nadie más, mira el móvil, se han rajado —anuncié yo, viendo como empezaba a sonreír—. ¿Te hace gracia?

—Digamos que me gusta la idea de que podamos estar tú y yo a solas. No veía el momento.

—No te emociones, que en cuanto me acabe esta cerveza me voy.

—¿Por qué? ¿Tan malo es estar aquí conmigo?

—Nadie ha dicho que sea malo, pero es innecesario y no pintamos nada en absoluto tú y yo, aquí solos.

—Pues yo creo que te equivocas, pintamos y mucho, porque tenemos muchas cosas pendientes, entre ellas una buena conversación.

—Pues empieza, porque no tengo toda la noche y eras tú el que ha dicho hace un momento que tenía mucho que decir.

—Claro que podría decirte mil cosas y estoy seguro de que tú a mí también. La principal es perdón, y te lo pediré todas las veces que haga falta por todo lo que dije aquella noche de mierda.

—Supongo que me trataste así porque fue lo que te salió y dijiste lo que pensabas.

—Te equivocas, no pensaba eso, sino todo lo contrario, pero no podíamos cagarla más. Por eso actué así, cuando la verdad es que desde que te vi aquella noche, solo pensé en repetir todas y cada una de las putas veces que estuvimos juntos ese verano.

—Rubén…

—Sí, Isa, fui un capullo y si me odiases, estarías en todo tu derecho porque te traté mal. Te hice sentir mal y quiero que sepas que no estoy orgulloso de lo que hice. De hecho, me sentí

como el puto culo, porque lo mismo que pensaste tú, lo pensé también yo.

—¿Y por qué? ¿Era necesario portarte así y hacerme sentir como una imbécil, como una buscona?

—Te lo he dicho, no podía consentir que volviera a pasar.

—¿Tan malo fue para ti?

—No, ¿cómo iba a ser malo? Fue jodidamente espectacular. Ese fue el problema.

—No te entiendo, Rubén, no tiene sentido.

—¿Qué no entiendes? ¿Está mal que quisiera protegernos, proteger nuestra amistad para que a largo plazo estuviésemos bien?

—Es el cuento de siempre, Rubén, mira cómo estamos. ¿Dónde está nuestra amistad esa que protegías?

—Donde siempre, solo tenemos que recomponernos.

—No me fastidies, Rubén, nuestra amistad saltó por los aires esa noche. Nunca me había sentido tan mal. Me trataste como si hubiera sido una más de tus amiguitas, como si el verano que pasamos te hubiera resbalado, por no decir otra cosa.

—En absoluto, fue un verano de cine.

—Pues no fue lo que demostraste. Parecía que estaba loca por querer repetir en Navidad y te reíste en mi cara, tan tajante, tan chulo… Aún lo recuerdo y me siento mal.

—Lo siento, lo siento, lo siento. Me duele oírlo.

—¿Y qué si lo sientes ahora? ¿No te das cuenta de cómo me sentí yo en el momento? Ahí era cuando tenías que haber salido detrás y decirme que no pensabas lo que decías, no ahora, cinco años después.

—No podía hacerlo, no podía consentir que volviera a pasar nada. Tú te ibas de nuevo, joder.

—¿Y qué?

—Pues que no tenía sentido, solo hubiera servido para rayarnos y pasarlo mal después.

—Mal después, ¿por qué? Habla claro por una vez en tu vida, Rubén.

—Siempre he sido claro contigo…

—Ahora no lo estás siendo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no soy estúpida. Ahí te quedas, cuando quieras hablar como adultos, búscame.

Cogí mis cosas y salí corriendo del bar.

Quería confundirme, quería volverme loca de nuevo. No se aclaraba ni él y era tan egocéntrico y orgulloso que no fue capaz de reconocer que todo el problema era que cuando me fui lo echó todo de menos, tanto como yo. Y prefirió tratarme mal a reconocerlo. Alejarme para su comodidad. Y de nuevo se hacía el tonto. No podía ser más cobarde.

— CAPÍTULO 25 —

Cantando de lo lindo bajo la lluvia

ISA

Llovía mucho aquella noche cuando salí del bar tras escucharlo, pero no me importó mojarme. Creo que hasta me vino bien para refrescarme, porque estaba echando humo cuando pisé la calle tras huir de El refugio.

—Isa, espera —me gritó mientras me perseguía corriendo por la calle.

—No, Rubén, ya no tenemos nada más que hablar.

—No puedes irte así.

—Claro que puedo. Es tontería seguir dando vueltas a lo mismo mientras te calles las cosas, ¿no te das cuenta?

—Para, joder, mírame —pidió, agarrándome del brazo para que hiciera lo que quería.

Y lo hice, me di la vuelta y quedé frente a esos ojos claros que me desarmaban, frente a su cara llena de gotitas de agua que bajaban desde el pelo y que lo convertían en objeto de mi deseo. Frente a él…

—Ya he parado, y ahora, ¿qué?

—Tienes razón. Te fuiste y yo también eché mucho de menos, durante semanas, todo lo que habíamos vivido. Me quedé jodido, ¿sabes?

—No, no lo sabía. Si te hubieras molestado en explicármelo, no estaríamos así ahora.

—Pero ¿qué querías que te hubiera dicho?

—La verdad, joder, Rubén, la verdad. —Estallé en lágrimas.

—No podía, no quería que la liáramos más. Por eso lo hice, porque si estabas enfadada y lejos no habría tentaciones.

—Eres un cobarde, un pedazo de mierda que prefirió hacer daño a alguien antes que reconocer que era capaz de estar bien con su mejor amiga.

—Claro que hubiese estado bien, hubiese estado de la hostia, pero ¿qué sentido tenía?

—¿Cómo puedes preguntar que qué sentido tenía? Yo lo hubiera intentado contigo, pese a irme, pese a la distancia… pero tú no, ¿verdad?

—Yo… no. A mí las relaciones no me van, tampoco era el caso, te eché de menos, sí, pero no pensé en nada más. Además, y por sobre todas las cosas, no quería romper la conexión que siempre hemos tenido, y que confiaba en recuperar a la larga, como ahora… Lo prioritario era, y sigue siendo, nuestra amistad.

—Y un mojón. Lo prioritario para ti eras tú, siempre actúas igual. Tú, tú y tú. Y luego, ya si eso, los demás. Me echabas de menos y era mejor no reconocerlo y follarte a Sara, o a la pelirroja esa, o a las que hayan sido, para aliviar las penas en lugar de echarle huevos y hablarlo conmigo, ¿verdad?

—No es eso, y ellas no tienen nada que ver aquí.

—Reconócelo, ya da igual, han pasado muchos años y nada va a cambiar.

—No quiero hablar de ellas.

—Muy en tu línea, ¿no, Rubén?

—No, es que ese no es el tema. Ellas me dan igual. La que no me da igual eres tú. Te lo dije el

día que te volví a ver. Te he echado mucho de menos. Entre nosotros han pasado muchas cosas, pero creo que ninguna tan grave como para que no seamos capaces entre los dos de recomponer los platos rotos, como ya hemos hecho alguna vez.

—No sé cómo vamos a recomponer esto…

—Pues con tiempo, joder. Con cariño, porque yo te quiero y sé que tú me quieres. ¿O me odias?

—No, Rubén, sabes que yo no podría odiarte, pero te miro y no es igual que siempre.

—Démonos tiempo, somos nosotros y, aunque estemos oxidados, sabemos que estamos ahí el uno para el otro.

—¿Y si ya no estamos? ¿Y si todos estos años han hecho mella?

—Estoy seguro de que no es así. Para mí no ha cambiado nada. Bueno, sí, pero eso no viene a cuento —insinuó sugerente.

—¿En serio, Rubén? ¿Has intentado tontear conmigo?

—Perdona, era una broma. Solo quería destensar el ambiente.

—No sé, yo no puedo decir tan a la ligera como tú que todo sigue igual. Cruzamos una barrera importante, y para mí todo lo que pasó fue especial, pero te lo cargaste. Y ahora va a ser complicado recuperar lo que teníamos antes de eso.

—Podemos intentarlo.

—Sí, como poder, se puede, pero por lo menos por mi parte no te garantizo nada. Nos hemos acostado y eso queramos o no, lo cambia todo. Ya no somos chavales de dieciocho años, Rubén. Pero si vamos a estar viéndonos, no podemos continuar así o todos se darán cuenta de que pasa algo.

—Nadie sabe nada.

—Mejor. Lo único que me faltaba es que mi vida sentimental fuera la comidilla del pueblo como lo es tu vida sexual.

—Bueno, eso…

—¿También me lo vas a negar? Creo que por hoy es suficiente, además vamos a coger una pulmonía…

—Tienes razón. Pero una cosa antes de irnos…

—Dime, ¿qué pasa ahora?

—Desde ya te pido perdón si meto la pata, pero no puedo dejarlo estar…

—Rubén, esto ya lo hemos vivido y con las mismas palabras, no me jorobes…

Y se me tiró encima y me dio un cálido abrazo, al que yo correspondí, primero, porque había sido de sopetón y no me había quedado de otra; segundo, porque lo necesitaba; y tercero, porque fue una demostración de cariño tan sincera y con tantas ganas por su parte que pude ver que era de verdad, y que Rubén me había echado de menos. Fue un abrazo cargado de fuerza, de magnetismo, de sentimiento, de sinceridad y no me hubiera soltado jamás. Obvio, me ablandó.

—Pensabas que te iba a besar como aquella vez ¿eh?, solo que ahora he visto susto en tu cara y no quiero eso, joder —bromeó deshaciendo el agarre.

—Es que no sabía por dónde ibas a salir. De ti ya me espero cualquier cosa.

—¿Me dejas acompañarte a casa?

—Prefiero irme sola, necesito procesarlo todo. Buenas noches.

—Buenas noches, Copito.

Ese *Copito* retumbó en mi cabeza durante muchos días, al igual que el abrazo y la conversación entera. Estaba claro que él quería que volviéramos a ser nosotros, los de antes de todo el lío, pero a la vez había tonteado conmigo. Y para más inri, por fin había reconocido que

echó de menos lo que tuvimos, algo impensable para alguien como él, alérgico a todo lo que se saliese de una amistad o de un rollete. Sabía que nos iba a costar volver a confiar, nos habíamos perdido demasiadas cosas el uno del otro en esos años que habíamos estado alejados, pero estaba claro que él quería y que yo, aunque me hiciese la dura, no podía estar sin él en mi vida, porque daba igual los años que pasasen, ya que Rubén siempre iba a seguir grabado a fuego en mi corazón.

— CAPÍTULO 26 —

Recomponiendo nuestros propios pedazos

ISA

Poco a poco la cosa iba a más. A primeros de aquel octubre, conseguí trabajo como administrativa en la cooperativa gracias a su ayuda.

Unos días antes, cuando volví de correr, me encontré con un paquete encima de la mesa. Dentro había un CD con un rótulo escrito por él que ponía: «Música pegamento» y venía con un bote de cola transparente. Estaba claro lo que quería decir.

Era suyo y me llevó de golpe a aquellas veces, tras mi accidente, cuando escuchábamos todas esas canciones de nuestra vida, que venían grabadas en ese CD, mientras tratábamos de recomponer nuestra amistad ya herida por un motivo parecido. Escuchar esas letras me devolvía a demasiados momentos bonitos, todos en su compañía. El símil del bote de cola para pegar nuestros pedazos rotos me pareció buenísimo y lo guardé junto al *compact disc*.

Era inevitable que fuésemos avanzando. Para finales de octubre celebramos Halloween con el grupo en su campo y lo pasamos genial todos. Esos días ya íbamos juntos al trabajo. Me recogía de camino e íbamos todo el trayecto charlando de cosas de la cooperativa, tranquilamente. El trabajar en el mismo sitio nos ayudó a relajar mucho el ambiente desde el principio y a tener un tema de conversación de socorro al que recurrir en caso de que se nos fuese de las manos o por otros derroteros.

En noviembre ya se pasaba por mi mesa en sus descansos para saludar y, algunos días, me traía zumos o algo para desayunar.

Para cuando llegó diciembre, además de salir con todos los amigos al encendido de luces, a la chocolatada del pueblo, etc., fue la primera vez que volvimos a quedar a solas para pasear y ver la iluminación navideña, los belenes, picar algo en cualquier puesto callejero y hacer un poco el gamba como cada año hacíamos por esas fechas.

Si dijera que en Nochevieja no tonteamos un poquito mentiría, entre baile y baile, con el roce, la cercanía por la multitud de gente… y que recibimos el año 2015, tras las uvas, con algún beso muy cerca de la comisura de los labios, también, pero habíamos bebido, así que al día siguiente no quise rayarme ni esforzarme por recordarlo bien ni tampoco lo llegamos a mencionar nunca, por lo que si pasó algo, ahí quedó.

Lo que estaba claro era que volvía a ser el Rubén de antaño y con ello las mariposas volvían a hacer acto de presencia y ganaban hueco en mi estómago.

En enero nos fuimos a la nieve todo el grupo y las noches de chimenea y chocolate nos dieron para hablar bastante e ir actualizándonos información perdida. Aún no estábamos al cien por cien, pero progresábamos adecuadamente. Yo le hablé mucho de mis amigas de la universidad, en especial de África y de Andrea, de los viajes que habíamos hecho juntas, de mi día a día en Salamanca y de lo que había sido cada verano sin regresar a casa. Él me contó sobre su familia, sobre la relación con su padre, que seguía siendo fría, el cómo había entrado en la cooperativa a trabajar y sobre sus canciones. Seguía tocando y no lo hacía nada mal, incluso había compuesto algunas cosillas que prometió enseñarme en algún momento.

Para febrero celebramos una fiesta de carnaval y nos disfrazamos juntos de Cleopatra y Marco

Antonio. Fue una noche divertida, donde solo nos preocupamos de pasarlo bien y de dejar las reticencias a un lado junto a nuestros amigos.

En marzo tuvimos que preparar juntos una presentación para un acto en la cooperativa. Yo en la parte de cara al público y él colaborando con el montaje. Y ahí nos demostramos que podíamos volver a ser un gran equipo. Por el trabajo inicialmente y luego ya sin excusa retomamos las llamadas telefónicas fuera de horario laboral. Y sin darnos cuenta, ya era primavera que, según decía el dicho, la sangre altera… y las llamadas sin motivo se hicieron más frecuentes.

En abril, en plena Semana Santa, cuando estaba preparando las típicas torrijas y natillas para mi familia me acordé de él y le llamé para que viniese a por unas poquitas. Era la primera vez después de tantos años que volvía a pisar mi casa. Fue una tontería, apenas unos minutos, algo fugaz, pero disfrutar de un cuenco de natillas a medias con él me encantó. Me hizo sentir intimidad y complicidad de nuevo y eso me llenó de minicorazoncitos rosas y brillibrilli todo a mi alrededor. Sabía que íbamos por muy buen camino. Y recibir esa noche un mensaje suyo agradeciendo las natillas y el ratito que habíamos pasado desbocó las mariposas que habitaban en mí, y las muy puñeteras no me dejaron pegar ojo. Pensaba en él, tenía su imagen relamiendo la cuchara de las natillas en mi mente, y es que cada vez me costaba más resistirme a sus encantos.

Fue un mayo cargado de buenas temperaturas y con ello empezaron las visitas asiduas a su campo y las barbacoas con el grupo. La primera vez que pisé esa casa, el monte, después de tanto tiempo, sentí demasiadas emociones juntas en mi interior. Pena, mucha pena al recordar todas las veces que habíamos estado juntos allí, revolcándonos en el césped, viendo las estrellas, hartándonos de sesiones de cine y, sobre todo, aquella primera vez que nos habíamos acostado vino continuamente a mi memoria en forma de *flashes* y canciones. Pero también noté alegría por poder estar allí, de nuevo con él, y con todos, porque significaba que la normalidad estaba casi recuperada.

Junio se centró en dar la bienvenida al verano con nuestra tradicional fiesta ibicenca. El verano prometía y todos lo sabíamos.

Julio nos llevó a muchas excursiones a los pantanos, para pasar los días de calor pasados por agua, y volver a Playa Pita con él resultó muy duro. Nos mirábamos y, sin hablar de ello, sabíamos lo que estábamos pensando, pero no llegamos a verbalizarlo en ninguna ocasión. Eso sí, volvieron los jugueteos en el agua, las guerras de ahogadillas y algún que otro roce furtivo que erizaba hasta el último vello de mi cuerpo; y ahí deseaba que volviese a tocarme como solía hacerlo.

En agosto se convirtieron en frecuentes las noches de ganduleo en el parque, comiendo pipas y con unas cervezas. Nos quedábamos hasta la madrugada como en los buenos tiempos y hablábamos de casi todo. La confianza había vuelto y podíamos contarnos lo que nos pasaba por la cabeza a cada momento. Tan solo había un tema que, por nuestro bien, teníamos guardado bajo llave.

En septiembre, por las fiestas patronales, teníamos una semana de vacaciones y convencimos a todo el grupo para hacer una escapada al sur y así disfrutar de unos días de sol, playita y nada más. Entre todos decidimos que Tarifa era el mejor destino y allí que nos plantamos la primera semana. Fueron unos días estupendos en los que disfrutamos muchísimo de Punta Paloma. Era una playa estupenda, con arena clara y fina, aguas cristalinas de color turquesa y un paisaje alucinante. Hicimos surf, visitamos la duna y nos hinchamos a *pescaíto* frito, como decían por allí. Las noches fueron demasiado especiales. Rubén con la guitarra nos tocaba a la orilla del mar y allí terminábamos los días hasta que agotados nos volvíamos al apartamento.

La última noche nos quedamos solos los dos en mitad de esa playa desértica. Habíamos encendido una pequeña hoguera y asado espetos de sardina. El resto optó por retirarse y nosotros decidimos continuar allí un rato más. Él siguió tocando y yo lo contemplaba embelesada. Llevaba una camisa blanca casi totalmente desabrochada, el pelo mojado y miraba concentrado la guitarra. Y yo me perdía en él, en su cuerpo.

—Me pones nervioso si no dejas de mirarme así.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Como si fuera la última golosina de un bol en un cumpleaños infantil —respondió y nos empezamos a reír a carcajadas.

—Me has pillado. Es que tocas increíblemente bien y me parece una foto para el recuerdo. Tú tocando, la playa de fondo, el sonido de la marea y el crepitar del fuego. ¿No te parece espectacular?

—A mí lo que me parece espectacular, como para no cansarme nunca de mirarlo, eres tú, Copito.

—Pues volvemos a tener un problema —afirmé sintiendo como ya no había vuelta atrás y las mariposas ya no aleteaban, sino que se habían hecho fuertes en mi interior y no pensaban retirarse.

—Y bien grande —continuó él.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —preguntó, seductor, mientras yo lo veía todo brillar de pronto a nuestro alrededor, además de miles de flores por el suelo, corazones de colores flotando en el cielo y violinistas repartidos por toda la playa. En mi imaginación la película estaba llegando a su fin y la escena era perfecta.

—Pues habrá que resolverlo, ¿no? —propuse insinuante, levantándome para acercarme a él.

—¿Sin pensar en el mañana?

—Correcto, pensemos solo en el ahora —afirmé convencida, a sabiendas de que era algo imposible para mí.

«Genial, Isa, te estás metiendo tú solita en la boca del lobo».

—Si hay algo que no quiero es que volvamos a perdernos.

—Solo estamos tú y yo, no hay opción a perderse.

—Ya me has entendido, sería la tercera vez y por el mismo motivo… y no estoy dispuesto.

—No tengas miedo, somos mayorcitos…

—Lo que pase en Tarifa, se queda aquí, ¿de acuerdo?

—Prometido —mentí.

Y allí, en la orilla del mar, volví a sentirlo sobre mí. Sus labios sobre los míos, esos besos únicos en el mundo, adictivos, hechizantes como sus ojos; como su lengua paseándose por mi cuerpo, recorriéndome con deseo; o sus dedos acariciando cada rincón de mi ser, colándose por cada pliegue y asaltando mi intimidad de una manera tan delicada que me hacía derretir con su contacto, mientras yo dejaba libertad a mis manos para viajar y acabar deslizándose y manoseando su cuerpo, recreándome en su musculatura con un deseo que brotaba de mis entrañas con fuerza. Me nublaba tenerlo así para mí.

Solo pensaba en comérmelo enterito como si fuera un polo de hielo, saboreándolo para no olvidar jamás el gusto de su piel. Morderlo hasta saciarme de él, que era lo que necesitaba. Tocarlo y hacerle sentir que solo mis manos lo llevaban a lo más alto. Quería que me hiciera suya cuanto antes, y no una ni dos veces, sino hasta que nuestros cuerpos dijeran basta. Anhelaba su hombría dentro de mí, sentirlo pleno en mi interior. Volver a encajar como el perfecto *puzzle* que éramos. Hacerle mío. Para siempre. Porque al final las piezas del *puzzle* siempre encajan…

Desnudos, pegajosos, sobre la arena, nos hicimos el amor con más verdad que nunca. Estábamos llenos de ganas contenidas durante años y nos habíamos extrañado demasiado, por lo que allí, con ese marco incomparable, volví a ser feliz en sus brazos, allí me deshice con él y para él, aunque fuese por una sola noche. Era consciente de que teníamos fecha de caducidad, pero me pudo el instinto, el deseo y el amor por él.

Nos bañamos desnudos en el mar, nos deleitamos con el sabor a sal de nuestros cuerpos, nos devoramos con fiereza y no dejamos ni un solo milímetro de la piel del otro sin recorrer, sin saborear. Podría decir que nos quisimos de una manera que solo nosotros sabíamos hacerlo.

Exhaustos, nos dejamos caer al salir del agua, en esa playa que había sido testigo de algo que hubiera terminado pasando antes o después; y allí nos quedamos, abrazados, y entre húmedos besos nuestros ojos se cerraron y Morfeo nos acunó hasta que las máquinas que limpiaban la playa llegaron y nos despertaron justo a tiempo de ver el amanecer.

Fue la fotografía mental de otro momento vivido junto a él que me guardé en la retina para siempre. Los dos allí, viendo cómo amanecía, en una playa virgen y cristalina con el único sonido del vaivén de las olas y de nuestros besos.

Antes de irnos prometimos que no hablaríamos de ello y que, por supuesto, no nos afectaría en nuestro día a día. Los dos nos habíamos apetecido y, como adultos que éramos, habíamos dado rienda suelta a nuestros deseos e instintos más primarios, con la confianza que nos teníamos. Tenía claro que yo solita me había puesto a los pies de los caballos, sabía que había sido una locura… pero dicen que el corazón es ciego y es la locura quien lo guía, y yo di fe de eso en aquel momento.

Octubre trajo consigo muchos momentos de complicidad. Nos mirábamos y sabíamos lo que había pasado, pero no parecía importarnos ni alejarnos. Al contrario, todo apuntaba a que se iba a repetir. Por aquel entonces ya volvíamos a quedar a solas para hacer deporte. Hasta verlo bañado en sudor me daba morbo, porque me recordaba a esas gotas que se quedaban siempre en su frente y en su pecho tras alcanzar los orgasmos conmigo, y entonces me sofocaba yo también.

Noviembre vino muy gris, pero en mi interior yo lo veía todo en rosa. Estaba convencida de que acabaría pasando de nuevo y de que, en algún momento, Rubén se convencería de que lo nuestro podía darse de verdad, sin arrasar lo que teníamos otra vez. Cines, compras en Soria y tardes en El refugio que disfrutábamos queriendo repetir la noche de la playa, eso sí, sin atrevernos a expresarlo, pero demostrándolo en cada contacto y con la cercanía que se había instalado tiempo atrás y que iba en aumento entre nosotros.

Un año más, con diciembre llegaron las luces, el color, la nieve y la alegría al pueblo. Y también la primera decepción en todos esos meses. Me animé a ser yo quien propusiera un plan a Rubén: irnos a patinar sobre hielo juntos a una pista que habían montado en otro pueblo, lo que implicaba pasar el día fuera e incluso la noche. Aceptó encantado y yo estaba emocionada, llena de ilusión y expectativas.

A mediados de mes Rubén me habló de una chica a la que había conocido casualmente en la calle y yo me eché a temblar. Al mencionármela me imaginé lo peor —con lo calmado que estaba en ese sentido—, pero respiré tranquila cuando pocos días después la chica en cuestión, Carlota, apareció en el *pub* una noche con Fran. Desde que nos presentaron conectamos a las mil maravillas y pude darme cuenta de cómo la chavala bebía los vientos por Fran y él, aunque trataba de disimular, se dejaba querer, a sabiendas de que tenía pareja. El caso es que comentando con ellos planes navideños —Carlota venía de vacaciones al pueblo con su familia y sobrinos pequeños y buscaba qué hacer con ellos— no se le ocurrió mejor idea al señorito que invitarlos a venir con nosotros a patinar. Suerte que Fran y ella rechazaron la invitación, pero me

decepcionó tanto que él ignorase que era la primera vez que íbamos a hacer algo así los dos, esa ilusión que yo tenía y que el plan había sido propuesto por mí, y no le diese importancia a ese hecho con lo que nos había costado volver a estar bien. Los invitó y me hizo polvo porque vi que para él era un día como otro cualquiera. Pisoteó el plan que tanto me ilusionaba y nuevamente me sentí pequeñita e insignificante ante él.

Gracias a unas cuantas caras largas y jornadas enfadada y casi sin dirigirle la palabra, se dio cuenta de que lo había hecho mal y acabó pidiendo disculpas de manera mimosa. Así era él. Lo hacía mal, me alejaba y enseguida venía para que lo solucionásemos. Al final terminamos yendo a patinar solos, y como siempre, sin necesidad de nadie más, resultó un superplán que disfrutamos como enanos una vez más.

Juntos dimos la bienvenida al 2016 con unas buenas agujetas, porque tras las uvas, nos reunimos para celebrar la Nochevieja en el *pub* y entre copas, confetis y cotillón acabamos escondidos en el baño; y eso sí que no fue hacer el amor, eso fue un empotramiento en toda regla, una de las situaciones más escandalosas de mi vida. Sexo arrebatador, intenso, salvaje, primero en las cabinas y después, presos del morbo, frente al espejo del aseo. Nos veíamos reflejados en el cristal, moviéndonos acompasados, frenéticos, con Ken a mi espalda empleándose en mi cuello y recorriéndome con la lengua, y resultaba realmente estremecedor y erótico verlo así, dándome todo el placer del mundo y entregado a la causa. Mis manos tiraban de su pelo y él me sujetaba con una de las suyas mientras que con la otra se centraba en hacer feliz a mi clítoris, a punto de reventar. Una situación que rayaba en el peligro de que cualquiera pudiese entrar, pero que nos hizo sentir más aún, atrevidos y lujuriosos, enloquecidos y cegados por la pasión, las ganas y el deseo.

— CAPÍTULO 27 —

Bienvenida al pueblo y a mi vida, amiga

ISA

Sin duda había sido la mejor manera de empezar el mes de enero, porque ese encuentro dejaba constancia de que algo fuerte seguía habiendo entre nosotros, por mucho que no lo verbalizásemos o que él lo negase insistiendo en que solo éramos amigos. Nos intentábamos aguantar en muchas ocasiones, pero siempre acabábamos explotando.

En mi caso, tenía clarísimo que él había vuelto a ser mi Ken particular —realmente nunca dejó de serlo— y que hubiera dado todo por tener una relación normal, de pareja, con Rubén. No quería forzar la máquina, nunca quise que se sintiese presionado o que pensase que yo esperaba algo más de él y preferí entrar en su juego, convencida de que en algún momento las cosas caerían por su propio peso y él solito se daría cuenta de que teníamos algo bonito, algo especial que merecía la pena vivir y disfrutar juntos.

Por ello cuando los dos aflojamos posiciones y acordamos que, si nos apetecía liarnos de vez en cuando, si había ganas por parte de ambos, lo haríamos y no tenía que haber problema ni significar nada, me gustó la idea. Lo vi como una especie de avance que me acercaba un pasito más a lo que yo creía que iba a ser la meta. No vi más allá, no sopesé pros y contras, sino que me autoconvencí de que acabaría pasando lo que tanto esperaba y que solo era cuestión de tiempo.

La realidad fue que ese tiempo se fue alargando cada vez más y lo que yo esperaba con tantas ganas y tan convencida, nunca llegaba, y cuando quise darme cuenta me había convertido en su follamiga —perdón por la expresión— con todas las de la ley.

Es más, en ciertas situaciones, yo le echaba narices y trataba de ir más allá proponiendo planes algo más especiales para los dos, lo que conllevaba cierto toque *parejil* y notaba perfectamente cómo él se tensaba y dejaba pasar mis ideas, vamos, que escurría el bulto cual camisón de seda entre las sábanas de una cama, y yo, al ver ese comportamiento tan infantil y desinteresado por su parte, primero me disgustaba y después me enfadaba.

Entonces, en esos instantes de rabia, sacaba el coraje y le decía que se terminaba la historia y que no quería seguir con esa dinámica porque no íbamos a estar así toda la vida —todo con la boca chica y asustada por si de verdad pasaba—, pero nunca llegaba la sangre al río. Funcionaba unos cuantos días, donde no nos veíamos ni nos llamábamos, pero después él siempre venía a buscarme, me pedía perdón y me hacía ver que, como estábamos, no necesitábamos nada más porque lo teníamos todo.

Y era verdad, estábamos increíblemente bien juntos, sin estarlo, pero yo quería más y, en el fondo, sabía que él nunca iba a dármelo. Pero la esperanza seguía ahí y Pepito Grillo me daba alas para seguir luchando por él y seguir esperando el milagro que cada vez veía más cercano, o eso quería creer.

A veces, cuando salíamos en grupo, lo veía rodeado de chicas guapísimas y espectaculares, hablando, tan dicharachero como siempre, incluso con algunas bastante mayores que nosotros, y me llevaban los demonios. Esas noches lloraba y me sentía una imbécil de manual por estar enamorada de él y no tener el valor de dejarlo y que se fuera con cualquier otra a freír monas.

Lo mejor que pudo pasarme ese verano del año 2016 fue que Carlota volviese a Montaves.

Cuando me llamó desde su casa para contarme la noticia me hizo muy feliz. Se había quedado enamorada del pueblo tras las vacaciones y quiso un cambio de vida.

Había conectado a la perfección con ella las veces que nos habíamos visto en diciembre y enero, y me gustó mucho la idea de tenerla cerca en mi día a día. Enseguida di por hecho que nos haríamos amigas y no me equivoqué.

En cuanto se mudaron su madre, Carmen, su vecina, Maritere, y ella a Montaves, tras comprar la casa rural de Enriqueta, la abuela de Fran, nos volcamos en la reforma y en la inauguración del hotel, así que pude olvidarme un poco del tema Rubén.

Mientras ellas se encargaban de todo lo concerniente a la reforma que estaban haciendo y a la compra de muebles, utilitarios y complementos, yo diseñé un plan de *marketing*, dentro de mis posibilidades, para difundir por la comarca la reapertura de la casa rural y generar expectación, para que, llegado el día, acudiese a la inauguración el mayor número de personas, porque esa sería la mejor propaganda, dado que el boca a boca nunca fallaba.

Fueron unos meses muy divertidos, ya que conforme afianzaba mi relación con Carlota conseguía no estar tan volcada en Rubén. Y como solía pasar siempre, cuando no le hacía tanto caso como tiempo atrás, él se comportaba como los niños de preescolar y se picaba conmigo. Entonces, se ponía en modo osito amoroso, encantador, y no paraba de repetirme que ya no quería cuentas con él, que ya no le hacía caso e incluso llegó a insinuar que había conocido a alguien.

«Para que luego dijesen de las mujeres y los celos. Pero este era también un poco perro del hortelano, porque no me quería para él, pero tampoco me soltaba».

Reconoceré que cuando veía esas actitudes en él, me sentía pletórica, porque estaba claro que me echaba en falta cuando no estábamos pegados y por eso continuaba comportándome igual, porque Carlota me necesitaba y porque él tenía que darse cuenta de lo que había realmente ante sus ojos y que no veía o no quería ver. Esos sucesos me daban alas y me hacían convencerme aún más de que la meta estaba a puntito de caramelo. Pero ni con esas.

Esa alegría duraba poco, ya que en cuanto llegaba el fin de semana y nos íbamos por ahí con el grupo, volvía a verlo pavoneándose en el *pub* con cualquiera que lo saludaba y le hacía tres risas, y a mí me subía la mala leche de golpe.

Precisamente cuando eso sucedía, me daban ganas de *estromparlo* contra la pared. No lo aguantaba en su modo relaciones públicas y se lo hacía saber a través de mis malas caras. Después venían los enfados, los días sin hablarnos y me arrepentía de lo que tenía con él. No me aguantaba ni yo misma y me regañaba mentalmente por seguir enganchada al mismo juego y no atreverme a pararlo.

Pero volvía, lo hablábamos, me derretía con palabras bonitas, haciéndome ver que no hacía nada raro, me envolvía entre sus brazos y con caricias me hacía olvidar los malos ratos, aparte de recordarme dónde quería estar. También me solía prometer fijarse en esas situaciones para no hacerme daño, porque según él no se daba cuenta de lo que yo le decía, ya que él era extrovertido con todo el mundo. Firmábamos la paz entre las sábanas con polvos de reconciliación a cada cual mejor y volvíamos a la casilla de salida.

Pasaban los días, las semanas, y lo bueno fue que poco a poco Carlota me hizo caso y empezó a sumarse a los planes que hacíamos todos y también a salir frecuentemente con nosotras. Laura y Natalia la acogieron enseguida como una más. Incluso Rubén se volcó en ayudar en todo lo relativo a su mudanza y, sobre todo, los fines de semana previos a la inauguración, todos arrimamos el hombro lo máximo que pudimos. La verdad es que la apertura del hotel rural nos emocionaba y Carlota no tardó en convertirse en una más del grupo. Resultaba paradójico verla

ocupar el lugar que había dejado Fran, del que llevábamos mucho tiempo sin noticias.

Cuando ella nos contaba sus planes para atraer turistas, las chicas solo soñaban con la cantidad de huéspedes macizorros que iban a llegar al pueblo. Estaba claro que ese proyecto de nuestra nueva amiga iba a dar vida a todo Montaves.

Tuvieron que pasar unos meses hasta que Carlota y yo nos sinceramos de verdad una tarde en El refugio. Aluciné pepinillos cuando me contó que había tenido un lío furtivo con Fran, sin saber que tenía pareja. Él se lo ocultó y a mí me dolió en el alma.

Tuve claro, desde que los vi en el bar aquella noche de Navidad, que esa chiquilla estaba colada por él y, conociendo a mis queridos amigos, que le tiraban a todo bicho viviente, me olí que Fran había podido tontear con ella, pero no llegar a tanto. Lo que me entristeció fue que Fran fuera capaz de ocultarle algo tan grave como que tenía pareja. Enseguida me planteé si Rubén hubiese actuado igual, en caso de estar en el mismo trance que su siempre compañero de juergas.

Descarté el pensamiento porque, así como todos conocíamos el perfil de Rubén, sabíamos que pecaba de sinceridad y se pasaba de directo con todo el mundo, chicas incluidas, no así Fran, que también sabíamos cómo era y lo poco valiente que se mostraba en cuanto a conflictos. Y, sin duda, se había metido en un follón tremendo y había hecho picadillo el corazón de la pobre Carlota, que al saberlo lo borró de su vida.

No tardé mucho en abrirme con ella y agradecí poder verbalizar mi historia con Rubén, porque me sentó de lujo. Nunca se lo había contado a nadie… ni a Laura, ni a Natalia, y poder desahogarme y expresarle cómo me sentía se me hizo un mundo.

—Pero, Isa, ¿y cómo no le has mandado ya a tomar por culo? —me preguntó directa y bruta como ella sola, cuando terminé de contarle todo.

—Me parto contigo —respondí yo, ante su comentario—. Lo quiero, así de simple. Llevo enamorada de él desde que tengo uso de razón y ahora que lo tengo para mí, no quiero que se acabe nunca. Crees que soy tonta, ¿verdad?

—Tú sabes que yo peco de sincera —resaltó Carlota—, y te voy a decir lo que pienso.

—Dímelo, por favor, no te cortes —pedí yo.

—No eres tonta, solo estás enganchadísima a ese tío. Tienes que analizar tus palabras. Dices que lo tienes y no quieres que se acabe, pero, cariño, no lo tienes. Él no es tu pareja y solo jugáis a su ritmo.

—Porque a él todo esto de las relaciones le cuesta mucho y no vale para ello —lo medio defendí.

—Mira, Isabel, no me jodas. Le cuesta como a todo el mundo, otra cosa es que quiera implicarse o no. Y tú tienes que pensar en ti, en lo que tú quieres y en si esto te beneficia o te perjudica…

—Si lo sé…, pero quiero ir a su ritmo para que no se agobie. Estoy convencida de que se dará cuenta de que así no podemos estar siempre.

—Yo lo veo demasiado cómodo en esa situación que tenéis. Piénsalo.

—De verdad que creo que recapacitará, por muy cómodo que esté.

—Él tiene todo lo que quiere: a ti que en cuanto te silba, dejas todo y vas; tiene sexo, que para él es fundamental; y, aunque te duela oírlo, luego se lo pasa de narices tonteando en el bar y se la pela que tú estés delante.

—Se lo he dicho muchas veces y dice que no se da cuenta, que para él no son tonteos, sino que él habla con todo el mundo.

—¿Que no son tonteos? ¡Mis huevos duros que no! ¡Qué cínico! Vaya dos amiguitos…

—Jo, tú hecha polvo por Fran, y más ahora que llega Navidad y va a hacer un año que os

conocisteis, y yo aquí contándote mis rollos con Rubén.

—No seas boba, para eso estamos las amigas. Para desahogarnos y si hay que ponerlos a parir para sentirnos mejor, pues también. A ese le vamos a tener que dar para el pelo, a ver si reacciona, porque tú eres un bomboncito que podrías tener al que quisieras y llevas media vida detrás de un tío que no te está valorando, cielo.

—¡Ojalá todo fuese diferente! ¿Por qué hemos tenido que enamorarnos de dos tíos así? No le digas que lo sabes, por favor. De hecho, prefiero que no hablemos de esto, salvo que lo vea muy necesario —le pedí.

—Porque dicen que el amor es ciego… y yo lo confirmo. Nos encoñamos y es como si nos pusieran unas gafas de realidad paralela y solo vemos lo que ellos quieren que veamos, lo que nos muestran. Luego, cuando viene la hostia, la realidad es bien distinta. Te quitas las lentes y vuelves a ver lo normal, pero ya vas con el corazón roto.

—*Wow*, lo has clavado.

—Lo tengo demasiado reciente… Pero, venga, vamos a la casa rural, que aún queda mucho por hacer. Eso sí, aunque no lo hablemos, prométeme que, siempre que me necesites, me vas a llamar. Ya sé que no quieres que le demos vueltas y vueltas, pero si es necesario, no tengo que decírtelo. Y lloraremos juntas si hay que llorar y despotricaremos lo que haga falta y si hay que ir y cortarle un huevo a Rubén, yo voy y lo hago.

—Qué burra eres, amiga —le dije entre risas—. ¿Sabes que darte la bienvenida a mi vida ha sido lo mejor de este año?

—¿Aún por encima de tus polvos mágicos con el rubiales?

—Mágicos son —confirmé, ruborizada y entre carcajadas—, pero luego es una de cal y cinco de arena… Eso, al final, lo desmerece todo. Y sí, tú has venido a mi vida para quedarte y no irte nunca, y creo que él en algún momento cerrará la puerta por fuera y con llave.

—Pues el día que eso pase, no te preocupes, Isa, que nos iremos por ahí y follaremos con cuanto tío se nos ponga a tiro, que nosotras también podemos ser como ellos.

—Pues ya sabes lo que toca, amiga. Primero que cicatrice la herida que el idiota de Fran te dejó y después… ¡tocará divertirse! Como dice Laura, a ver esos huéspedes que vienen…

—Uy, uy, como se descuide Rubén veo que viene otro y le come la merienda.

—¡Ojalá fuera capaz de mirar a otros chicos como le miro a él! Pero como mi Ken no hay dos…

—¿A que me haces vomitar con tanta purpurina y cursilería sobrevolándonos? ¡Ay, amiga, lo tuyo es muy fuerte! No sabe el tontolaba de Rubén la suerte que tiene…

Carlota era increíble. Me reía mucho con sus cosas y sentía más complicidad con ella en unos meses que con amigas del pueblo de toda la vida. Me conquistó con lo directa que era y cómo soltaba todo lo que se le pasaba por la cabeza. Tenía claro que lo que me decía era por mi bien, por ayudarme y para que me diera cuenta de que mi relación con Rubén no era la más sana del mundo.

La escuchaba, y en mi interior sabía que llevaba más razón que un santo, pero no podía darle carpetazo a mi historia así como así, porque me moría de pena con tan solo imaginarme de nuevo mi vida alejada de él. Y por eso prefería no sacar mucho el tema y vivirlo como creía que debía hacerlo; y Carlota siempre lo entendió y respetó. Al igual que tampoco mencionábamos a Fran. Solo hablábamos del Dúo Dinámico si era estrictamente necesario o si yo necesitaba desahogarme.

— CAPÍTULO 28 —

El retorno de Fran

ISA

Llegó la inauguración del hotel y fue una noche increíble para Carlota y para su madre, mi amiga estaba radiante. El evento fue todo un éxito y hubo mucha más gente de la esperada, lo que significaba que todas las acciones de *marketing* que habíamos hecho habían dado resultado. Me produjo mucha satisfacción personal el poder ayudarlas; pensaba seguir haciéndolo en todo lo que pudiera, compaginándolo con mi trabajo en la cooperativa y siempre respetando mis ratos con Rubén, escondidos de los ojos de todo el mundo mientras seguíamos disfrutando de nosotros sin poner nombre alguno a nuestro idilio.

Y en un abrir y cerrar de ojos, en esa nueva rutina que me había creado, fue transcurriendo el tiempo y cuando quise darme cuenta habían pasado casi dos años y todo seguía igual. Era asombroso cómo se esfumaban los meses. Ya estábamos a punto de recibir el 2019, apenas quedaban días para que llegase el mes de diciembre y se notaba porque el pueblo empezaba a llenarse de gente, como siempre para esas fechas.

Desde que Carlota hizo la reapertura de la antigua casona, el turismo se había incrementado de manera considerable en Montaves. Al año, viendo lo bien que les estaba yendo, su madre y ella decidieron construir cabañas de piedra alrededor de la casa rural, creando una especie de complejo vacacional navideño; y fue a raíz de los comentarios de los turistas en la web del hotel y en las redes sociales —que manejábamos Carlota y yo— por lo que una famosa revista de turismo rural se interesó por el hotel de mi amiga. Hicieron un reportaje con unas fotos espectaculares del complejo con toda la decoración navideña y la iluminación encendida, y a partir de ahí se desató el éxito y comenzó la locura.

¡Quién nos iba a decir que la casa de doña Enriqueta acabaría siendo un hotel famoso casi en el mundo entero! El hotel de la Navidad lo llamaban las revistas y nosotras alucinábamos a diario con los comentarios que nos llegaban.

Ese fue el cambio más reseñable en esos dos años. El almendruco de Fran dejó de aparecer por el pueblo, ni siquiera visitaba a sus abuelos, y apenas se había dejado caer por Montaves un par de fines de semana, en los que yo me focalicé en Carlota y Rubén en él. Incluso discutimos entre nosotros el hecho de que pudiésemos hacerlos coincidir, pero nos pareció que iba a ser inmiscuirnos demasiado, y yo veía tan dolida a mi amiga que no quise que sufriera. Al final se lo dejamos al destino y no se había producido el reencuentro ninguna de las veces.

Con Rubén todo seguía igual y no tenía pinta de cambiar. Continuábamos acostándonos y nadie, salvo Carlota, lo sabía. Era algo nuestro, y por mi parte me negaba a que la gente se enterase. Él sí había comentado alguna vez que podíamos dejarnos ver en público juntos, pero a mí me daba terror. No quería que la actitud de Rubén confundiese a nadie y la gente pudiese pensar que éramos pareja. No tardarían en generarse corrillos y me acabarían poniendo de cornuda por el pueblo en cualquier momento que lo vieran hablar con cualquier otra y me negaba sin ser nada suyo. En cambio, sí que le había propuesto un viaje, para los dos solos, cuando llegase el siguiente verano. Me sorprendió que él aceptase sin reparos. No veía el momento de que llegase julio.

Lo cierto era que, aunque no aclarásemos lo de tener una relación, pasábamos mucho tiempo juntos, hablábamos de todo y tampoco se acostaba con otras, por lo que la conclusión era que, así como seguíamos estando, pese a ser un poco como el perro y el gato en cuanto a enfados y reconciliaciones, nos entendíamos a la perfección y cada vez nos compenetrábamos mejor. Nos íbamos a la cama, quedábamos cuando nos apetecía y cuando no, no. Tampoco nos dábamos ni pedíamos explicaciones de con quién salíamos o a dónde íbamos, vamos, que era todo un chollo para las dos partes, solo que, para mí, por muy chollo que fuese todo, nunca iba a ser suficiente porque yo seguía esperando el milagro y queriéndolo solo para mí.

Me apetecía poder gritarles a todas esas chicas con las que hablaba siempre en el *pub* que la que se acostaba con él era yo, que la que tenía algo con él era yo, pero lo cierto es que habían pasado años y yo no quería que nadie supiese en qué pasos andábamos los dos. Seguía sin haber nada y sin vistas, porque él continuaba convencidísimo de que como estábamos, era lo mejor. A veces pensaba que no se daba cuenta de que para mí no era suficiente, porque a diferencia de él yo había metido los sentimientos hasta el fondo en lo que teníamos y él parecía no ver más allá de sus narices.

Todas las ideas que yo tenía al principio sobre cómo podía avanzar el idilio, lo que podía pasar, ese convencimiento de que podíamos tener un rollito temporal y que eso lo llevaría a abrir los ojos y reconocer que quería algo más conmigo… Todas las expectativas se vinieron abajo y se diluyeron como un castillo de naipes cuando fui consciente de que Rubén no se estaba enterando de que yo estaba enamorada de él hasta las trancas, porque pensaba que ambos jugábamos en la misma liga y que, además, con lo cómodo que estaba en esa situación nunca iba a cambiar nada si yo no hacía algo por que sucediese. Y no tuve que hacer mucho más porque los acontecimientos se encargaron de todo.

Una mañana, Carlota me llamó histérica porque había escuchado que Fran volvía a pasar las fiestas navideñas al pueblo. Quería que indagara con Rubén. Pese a estar fuerte, mi amiga seguía sin superar su historia pasada con él y no estaba preparada para volver a verlo.

No tardé en escribirle para cotillear:

Copito:
¿Cómo es eso de que viene tu amiguito al pueblo?

Ken:
Vaya, las noticias vuelan…

Copito:
Podías habérmelo dicho, ¿no?

Ken:
No creí que fuera muy importante para ti saber que vuelve Fran.

Copito:
Venga, Rubén, sabes que esto va a hacer polvo a Carlota.

Ken:
Joder, no había pensado en ella.

Copito:

Tú siempre a lo tuyo, en la inopia…

Ken:
Toma ya, dardazo por la cara.
¿Se puede saber ahora qué he hecho yo?

Copito:
Nada, cuéntame qué sabes.

Ken:
Poco, que vuelve en breve.

Copito:
Sé más concreto, ¿cuándo?

Ken:
Madre mía, Copito, qué interrogatorio.
El 22 de diciembre llega y, antes de que lo preguntes, no sé cuándo se va.

Copito:
Ok, si te enteras me dices.

Ken:
¿Podemos hablar de otra cosa?

Copito:
Ahora mismo estoy a tope en el trabajo.

Ken:
Yo estoy a tope desde que me desperté.
Solo pienso en meterte mano y jugar contigo, no sé qué me pasa hoy.

Copito:
Lo de siempre, que estás salido :-P

Ken:
Vaya, muchas gracias, veo que hoy tienes el día simpático.
Esperaba un: me muero por besarte, por saborearte…

Copito:
Pues espera sentado, hoy no puedo verte.
Cuando acabe iré a visitar a Carlota y de ahí a mi casa.

Ken:
Vamos, que hoy me toca tocar la zambomba.
¡Qué bien!

Copito:
¿Qué pasa? ¿Que no puedes estar un día sin sexo?

Hay muchas otras cosas que se pueden hacer, por si no lo sabías.

Ken:
Soy todo oídos, bueno, mejor dicho ojos.

Copito:
Pues mira, podrías currártelo un poco y prepararme una cenita en la casa del campo o por lo menos decirme lo mucho que me echas de menos en lugar de que estás deseando meterme mano.

Ken:
Si te digo que quiero meterte mano y que llevo todo el día pensando en ti, por algo será, ¿no te parece suficiente?
No nos vamos a meter en tonterías.

Copito:
¡¿Sabes qué?!

Ken:
Dime, nena.

Copito:
¡IMBÉCIL!

Ken:
Y ahora ¿qué mosca te ha picado?
Ken:
¿Nena?
Ken:
Copito, contesta, que no sé de qué va esto.

Dejé de contestar porque odiaba cuando Rubén, queriendo o sin querer, me recordaba que lo que teníamos era solo un rollito, solo sexo, y me hacía sentir como dos tetas andantes. Para él no era eso de preparar cenas o hacer planes diferentes que se salieran de la línea de siempre. Obviamente, cenábamos juntos muchas veces, cualquier cosa, como siempre habíamos hecho —exceptuando aquel verano—, pero no porque quedásemos para eso, sino para pasar la noche y ya de paso cenábamos o poníamos una peli, como algo que tocaba sin más, y yo no podía dejar de anhelar que en alguna ocasión, por cualquier motivo, me sorprendiese con algo bonito y especial.

«Tal vez algún día».

Puse en alerta a Carlota sobre las novedades y me volqué en apoyarla, cuando para sorpresa de mi amiga, la noche del encendido navideño se produjo el temido encuentro. Fran había regresado antes de tiempo y la pilló con la guardia baja y con demasiados sentimientos encontrados.

Se presentaba un diciembre complicado porque ambos estarían en todas las quedadas y podían saltar chispas entre ellos y, a su vez, nosotros, cada uno tirábamos hacia un lado. Era obvio que él siempre iba a defender a Fran y yo haría lo propio con mi amiga.

El primer choque de trenes fue durante una comida. Previne a Rubén y no me hizo caso. El resultado fue ver a Fran bebiendo y contándoles a todos los allí presentes lo que pasó entre ellos tiempo atrás, con la consiguiente cara de estupefacción de Laura y de Natalia, que enseguida me

preguntaron si yo sabía algo. Carlota se sintió fatal, y más aún cuando después Fran se acercó a ella y la besó. Rubén lo frenó, pero ni con esas pudo evitar que Carlota lo empujase y saliese huyendo despavorida. Pensé en seguirla y calmarla, pero por propia experiencia sabía lo que ese mínimo beso habría significado en mi amiga y cómo le habría removido por dentro. Tenía claro que necesitaba estar sola y pensar.

Rubén no entendió que ella se marchase. Solo veía el empeño de Fran en reconquistarla y yo me sentía mal por haberlos hecho coincidir organizando la comida con Rubén, pero tampoco era solución que el resto no organizase comidas o cenas por ellos. Además, llegó un punto que nos afectó porque no entendía cómo Rubén defendía tanto a Fran. Estaba claro que mi no-novio quería ayudar a toda costa a su amigo a recuperar a Carlota, pese a todo lo que había pasado entre ellos.

—Ya podías poner más empeño en otras cosas —le espeté yo cuando me dijo que iba a organizar una tarde de juegos en el campo para que fuéramos todos unos días después del suceso —. ¿Pretendes que se repita lo del otro día?

—No va a pasar nada, poco a poco van mejor, ya lo verás.

—¿Y desde cuándo haces tú de casamentero? ¿No eres el alérgico a las relaciones?

—No hablamos de mí, nena, sino de ellos. Fran la quiere.

—Pues bonita manera de querer, haciendo lo que hizo.

—¿No crees que puedan tener una segunda oportunidad?

—Pues no lo sé, Rubén, si yo fuera Carlota no creo que pudiera perdonarlo. No me fiaría nada de él.

—Un error lo comete cualquiera.

—¡Anda ya, Rubén!, eso no es un error. Jugó con ella y se fue sin una sola explicación, dejándola hecha polvo. ¿Tú crees que eso es un error?

—Podía haber sido más sincero, vale, te lo compro. Pero que la quiere, la quiere, así que no entiendo cuál es el problema.

—Vamos, que ahora solo importa el amor… ¡Quién te ha visto y quién te ve! Rubén, el defensor del amor, como en el programa de la tele ese que buscaban pareja…

—No me vaciles, yo paso de amores. Prefiero mil veces nuestros encuentros a todas esas chorradas. Pero si hay amor, quiero ayudarle.

—Vamos, que ves claro que hay amor entre ellos, ¿no?

—Yo sí, tú ¿no? —afirmó muy seguro y a mí me subió tanto la bilis que casi se me atraganta viéndolo hablar de amor, tan entendido y dándome cuenta de que cuando quería organizaba planes para otros y se daba cuenta de la realidad.

—Pues ya podías ver otras cosas y no tanto tu ombligo y el del jeta de tu amigo Fran, que eso es lo que es, un infantil que se fue de rositas y ahora pretende que ella lo perdone así como así. Inmaduros, que eso es lo que sois y no os enteráis de nada. Me voy.

—Pero, Copito, ven aquí, no te vayas.

Y claro que me fui de allí, enfadada y dolida con él de verdad. Estuve días sin querer verlo ni cogerle el teléfono porque no me apetecía ser testigo ni escuchar cómo preparaba la operación reconquista con su amigo y verlo tan volcado con la causa, cuando por mí solo se movía para llevarme a la cama.

La siguiente bronca que tuvimos fue la tarde que pasamos todos en su campo. Se notó a la legua que era una encerrona en toda regla a Carlota, y más aún cuando propuso quedarnos todos a dormir porque con la nieve era peligroso coger los coches e ir por la carretera.

Casi lo mato porque mi plan era terminar de reconciliarnos y dormir allí nosotros dos solos, al

calorcito de la chimenea, en un intento de plan medio romántico que se quedó en eso, en el intento, cuando lo oí decir esa estupidez de que podía ser peligroso. Todos vivíamos allí y convivíamos con la nieve cada invierno, teníamos los coches suficientemente preparados para cualquier condición climatológica. Otra vez mi plan y mis ilusiones al suelo… y él en la inopia.

El consuelo que me quedó fue que poco a poco veía mejor a mi amiga, cediendo terreno en su favor, muy despacito, y tenía claro que, antes o después, con tanto encuentro —y con la colaboración inestimable de mi adorado tormento—, acabaría reconciliándose con Fran.

Sobra decir que aquella noche, cuando me vi a la hora de dormir ubicada por casualidad entre Fran y Carlota, me tuve que levantar siguiendo las señas de Rubén, que me indicaba que me fuera a su lado.

Lógicamente no me moví de allí por ir hacia donde Rubén me pedía, sino porque ese momento de intimidad era para ellos y tenían que vivirlo. Le saqué el dedo de la palabrota —como decía Carlitos, sobrino pequeño de mi amiga— y me fui a dormir a una esquina. No tardó en escribirme:

Ken:
¿Se puede saber ahora qué cojones te pasa?

Copito:
¿A mí?
¿Tendría que pasarme algo?
Nada, en absoluto.

Ken:
Venga ya, Copito, que no has querido venir a dormir conmigo.

Copito:
Oh, perdón por la afrenta —nótese la ironía—, tú céntrate en preocuparte por los demás y a mí déjame en paz.

Ken:
Y eso… ¿me puedes decir a qué coño viene?

Copito:
A que te preocupas por cualquiera, incluido tú mismo, antes que por mí.
Tengo sueño. Adiós.

Ken:
O me dices qué pasa o salto a las chicas y voy a tu lado.

Copito:
Como hagas eso, te enteras.

Y no, no lo hizo. Pero por la mañana, cuando vio que me marchaba con Carlota, me hizo prometerle que esa tarde íbamos a hablar. Fui tonta, pero no me sentí con valor de decirle que desde que Fran había vuelto y habían empezado con todo el plan, yo me sentía muy triste de verlo tan dispuesto, tan imaginativo inventando planes y estrategias para que ellos se encontraran y sintiendo que por mí nunca había hecho nada parecido ni lo haría.

Dejé pasar los días sin explicarle cómo me sentía porque sabía que no lo iba a entender, ya que no era capaz de ver más allá de sus narices y, aunque estuvo muy pendiente de mí, porque tenía claro que algo me pasaba, me dejó espacio.

Cuando Carlota me avisó de su marcha sola a Estrasburgo y Colmar, la admiré y me alegré infinito de que se fuese a cumplir su sueño de conocer esas ciudades de cuento precisamente en navidades. Me enorgulleció el valor de mi amiga. Estaba claro que estaba viviendo muchas emociones en pocas semanas y necesitaba aclararse y pensar.

«Yo también debería marcharme y poner tierra de por medio de nuevo», pensé.

Pocas horas después del viaje de Carlota, supe por Tina y Alejandra que Fran se había marchado detrás de ella y me gustó el comportamiento de él, decidido y valiente. Sin duda, yendo en su búsqueda, y presentándose en Estrasburgo y Colmar a por ella, demostraba que estaba dispuesto a cualquier cosa por recuperarla. Ella lo iba a perdonar y por fin podrían estar juntos y vivir su amor. Sentí una punzada de dolor al pensar que al final cualquiera era más maduro que Rubén y yo. Uno por inmaduro, por no ver más allá de sus narices; y, en mi caso, por cobarde y no atreverme a poner mis cartas sobre la mesa por el miedo tan grande que tenía a perder la partida, o lo que es lo mismo: a perderlo a él.

Cuando nos llamaron desde Colmar para contarnos que se habían reconciliado nosotros nos fuimos a celebrarlo; y a mí, una vez más, se me olvidaron las penas, todo lo que me dolía por su parte y lo mal que me sentía, y volví a dejarme llevar por Ken, a sentirme resguardada al cobijo de su piel y dejando mis labios a merced de los suyos para siempre.

— CAPÍTULO 29 —

Algún día será San Valentín

ISA

Con Carlota y Fran reconciliados, los cuatro pasamos unas navidades increíbles. No había día que no saliésemos por el pueblo a ver las luces, respirar el ambiente navideño o a tomarnos un buen chocolate caliente en El refugio. No era el plan, sino con quién. Muchas veces nos acompañaban Alejandra y Javi, los sobrinos mayores de mi amiga, que ya iban dejando de ser tan pipiolos y buscaban salir, hacer cosas sin los ojos de sus padres, Borja y Tina, cerca. Los llevábamos al carrusel, al mercadillo navideño y todos nos inflábamos a gofres, castañas y demás *galgueos* mientras cantábamos villancicos a pleno pulmón.

Incluso Ken y yo nos animamos a participar en los concursos de postres y de decoración de pinos navideños en el hotel, y fueron tardes increíblemente divertidas, donde quedaba patente que Fran y Carlota hacían un gran equipo, pero a Rubén y a mí, en complicidad, no nos ganaba nadie.

Muchas noches acabábamos cenando los cuatro al calor del fuego en la casa de campo de Rubén y esas veladas *parejiles* me parecían perfectas. Con ellos yo me sentía libre de poder tocar a Rubén sin que significase nada más allá de nuestro cariño y amistad o de hacerle una simple caricia sin motivo. Me sentía libre de que esos gestos no fueran a ser la comidilla del pueblo al día siguiente. Para ellos eran gestos normales entre dos mejores amigos.

Carlota sabía lo que había, pero, según ella, Fran no era conocedor de nada y tampoco nunca le había mencionado ningún detalle que le hubiese contado Rubén, lo que significaba que mi Ken no le había hablado de nuestra situación ni a su mejor amigo.

Poníamos películas sin llegar a un consenso entre los cuatro, escuchábamos música o a Rubén tocar villancicos con la guitarra, jugábamos largas sesiones de Party, o a lo que nos apeteciese en el momento, y asábamos nubecitas en la lumbre. Fue demasiado fácil acostumbrarse a esos planes, ver a Rubén relajado en esas situaciones y dejándose llevar por los momentos era todo un logro.

Cuando la Navidad terminó me dio mucha pena perder esas noches de vino y risas que tanto nos habían unido como grupo, y que desde fuera mostraban una realidad que era un trampantojo en toda regla. O como decía el dicho…oro parece, plata no es… y no, no éramos pareja aunque lo pareciésemos.

La primera vez que en enero acordamos quedar de nuevo los cuatro para una cenita y plan casero, Rubén no se presentó con una excusa ridícula y yo entendí el mensaje a la perfección: nosotros no teníamos ese tipo de relación y esas cenas y planes tan de parejitas no iban con él, ya que prefería los planes de bares y *pub* con el grupo, o lo que era lo mismo, menos veladas donde se crease esa intimidad entre nosotros.

Cuando pocas semanas después llegó San Valentín, el primero que nuestros amigos pasaban juntos como pareja, viví un momento especialmente duro. Yo, doña *love is in the air*, doña corazoncitos y *ilovius*, siempre había soñado con una celebración de San Valentín a mi medida, y de pronto me vi ayudando a Rubén y a Fran para que este último sorprendiese a Carlota con una velada romántica perfecta, digna de película. El novio de mi amiga me pidió ayuda, pero no

mencionó a Rubén en la ecuación, por lo que cuando llegué a su casa y vi la que tenía allí montada de primeras me partí de risa al ver los mil globos con forma de corazón caídos, las velas derretidas en el suelo… ¡Todo un caos al que había que poner remedio antes de que Carlota llegase del viaje! Y a su vez tan mono Fran queriendo sorprender a mi amiga… La cosa cambió cuando vi aparecer a Rubén con un manojo de globos inflados con helio en cada mano, porque también estaba echando una mano para que todo saliera perfecto.

Me sentí tan tonta visualizando por un momento que era nuestro San Valentín, nuestra noche y que esos globos me los traía a mí, que casi me echo a llorar. Me alegraba saber que ellos tendrían su noche romántica, la primera de muchas, pero me dolía en el alma que el chico con el que me acostaba estuviese ayudando a la velada romántica de otros y no fuese capaz de tener un mísero detalle conmigo. Que sí, que era una fecha inventada por los grandes almacenes y todo era *marketing*, y bla, bla, bla, pero para mí era una celebración del amor y una fecha señalada que quería vivir en algún momento, aunque cada vez tuviese más claro que no iba a ser con Rubén.

Esa noche terminamos de ayudar a Fran casi cuando Carlota estaba llegando a casa y este nos hizo una seña para que supiéramos que era hora de irnos. Lo dejamos hablando por teléfono con ella y nos evaporamos de allí.

—¡Qué contenta se va a poner Carlota cuando vea todo tan bonito!

—Igual sale corriendo al ver tanta horterada —dijo Rubén, con esa gracia natural que le acompaña y con la sonrisa canalla en el rostro.

—Es la celebración normal de una pareja. Si sale corriendo será a sus brazos. Por cierto, no te apetecerá que ya que estamos vayamos a cenar algo al pueblo y así pasamos un ratito nosotros juntos, que para eso es San Valentín, ¿no? —dejé caer medio en serio medio en broma, guiñándole un ojo y sacando la lengua.

—Uff, quita, quita, estoy reventado y encima todo estará lleno de gente, parejas de babosos comiéndose los morros como si no hubiese un mañana. Antes me pego un tiro que presenciar eso…

—Tú tan romántico como siempre… —me lamenté, viendo cómo había rechazado el plan sin ni siquiera pensárselo.

—¿Y para qué tengo que ser romántico? Todo eso me parecen cursilerías innecesarias.

—¿No te parece precioso lo que está haciendo Fran por ella?

—Me parece que sigue sintiéndose culpable por haberla engañado antaño y, aunque ella lo perdonase en el viaje, él siempre va a querer demostrarle cuánto la quiere y todo para paliar, en cierta medida, lo que Sustitos sufrió por su culpa —me explicó muy convencido de sus palabras.

—Bueno, por lo que sea, el caso es que ella se va a llevar una gran sorpresa. Me da mucha envidia sana.

—¿Envidia de los globos, las velas y toda la parafernalia? ¿O de la cena?

—Pues sí, de todo, ¿por qué no? ¿Te parece mal?

—No, me parece hortera, pero si tanto quieres y tanto te importa eso deberías buscar a quien pueda dártelo —afirmó muy seguro, hundiéndome en la miseria con esa declaración de intenciones improvisada.

—Tienes razón, eso es lo que debería hacer —escupí, enfadada, dando media vuelta y marchándome sobre mis pasos, con una lágrima deslizándose ya por mi mejilla.

Me había animado a buscar a alguien, cuando yo me moría porque esa persona fuera él y no se enteraba… o no quería darse por aludido. Deprimente total.

Aquella noche no hablamos, pero cuando al día siguiente me llamó para vernos supuse que era para disculparse por la falta de tacto, pero nada más lejos de la realidad. Lo que quería contarme

era que en medio del jaleo de la tarde anterior había invitado a Fran a que se uniesen Carlota y él a nuestro viaje a la playa en verano.

«Mi plan con él a la mierda, la ilusión que tenía puesta en ese viaje, todo a la basura… por no hablar de las horas que había malgastado imaginando qué pasaría y cómo serían esos días a solas los dos».

—Tú no entiendes nada, ¿verdad? —pregunté, indignada con él.

—¿Te parece mal?

—No puedo creer que me lo preguntes, en serio, me parece hasta de mal gusto.

—Y yo pensando que te molaría que nos fuéramos los cuatro a la playa y viajar con Carlota.

—Era nuestro plan, Rubén. El viaje era para nosotros… ¿Tan poco valor le das a lo que sea que tenemos? ¿Tanto te horrorizaba el plan a solas?

—No tiene nada que ver una cosa con la otra. Nosotros siempre estamos guay, pero Fran no tenía regalo de San Valentín y me pareció una gran idea irnos los cuatro y así ayudarlo de paso. ¡Será mucho más divertido!

—Gracias por la parte que me toca, pero, vamos, la idea del viaje no era que fuese a ser un viaje divertido, que sabemos que lo sería, sino unos días para nosotros lejos de aquí, libres… Y nuevamente antepones ayudar a tu amigo, lo que conlleva fastidiarme a mí… ya veo lo que hay.

—Pues eso, nos divertiremos los cuatro y pasaremos esos días juntos. No saques de quicio las cosas, no es anteponer nada…Todo será igual.

—Sabes perfectamente que no será igual y todo cambia. De todas formas, si no querías que hiciésemos el viaje solos, podías habérmelo dicho y no dejar que me ilusionara.

—Lo siento, no pensé que fuera para tanto, que fueras a ponerte así por una *tontá*.

—Ese es tu problema, como siempre. Nunca piensas en mí y todo radica en lo mismo. Para ti, lo que a mí me importa son tonterías siempre…

—No estoy entendiéndote, pero nada en absoluto. Te estás rayando tú sola.

—Pues no hay que ser muy listo. Esto, lo que nosotros tenemos, a ti te importa una mierda.

—No es verdad —replicó al instante.

—Me lo demuestras en cada uno de tus actos.

—No sé a qué te refieres, pero no es así, claro que me importas. Siempre nos hemos importado y ahora no iba a ser menos. Nena, sabemos lo que hay, lo pasamos bien, no hay que ponerse así… Estamos guay.

—Mira, Rubén, las cosas se han ido de madre y han llegado a un punto que creo que lo mejor es que dejemos de acostarnos y nos olvidemos de todo esto.

—Y esto ahora ¿a qué viene? Pensé que los dos teníamos claras las cosas y que, si así estamos bien, ¿por qué pararlo?

—Sí, otra cosa no, pero tu postura clara está. Pero lo que no soy capaz es de seguir viendo cómo a cada cosa que haces tiras por tierra planes para hacer nosotros en beneficio del resto. Nunca jamás me antepones a nada y todo tiene un límite, yo tengo un límite y ahora no veo nada claro.

—Ese viaje sería la leche si no estuvieras con la tontería de que nadie se entere de que nos acostamos, como si fuéramos críos y tuviéramos que escondernos —me criticó abiertamente—. No tendríamos que comportarnos de una manera u otra y haríamos lo que nos saliera de los santos cojones, pero no… te empeñas en callar.

—¿Para qué? Para que a los dos días todo el mundo estuviera hablando de nosotros, ya no por el viaje y por Fran o Carlota, por supuesto, sino por el resto.

—¿Y qué te importa lo que diga la gente?

—Mucho, porque al final te hartas de repetirme que no tenemos nada, me lo restriegas a cada momento, aunque luego tus actos digan lo contrario, y me da miedo. Miedo a que cualquier día aparezcas con otra y lo que me faltaba ya es quedar de cornuda por el pueblo. Que todos sabemos cómo eres.

—¿Crees que sería capaz de eso? ¿Y puede saberse para qué estás conmigo si piensas así de mí y no confías?

—No sé de qué serías capaz o no, pero lo que sí sé es que te alejas de mí siempre que el plan no implica sexo… eso es lo que te importa, ¿no? Pues para eso no necesitas que la gente sepa nada.

—Mira, paso de estas historias, pensaba que ya había quedado claro cómo somos el uno con el otro, lo que tenemos y lo que no queremos, y parte de lo que no queremos, por lo menos yo, es escenitas de este tipo, así que creo que tienes razón y deberíamos parar esto antes de que nos acabe afectando.

—Te ha costado poco deshacerte de mí, ¿eh, campeón?

—¿Te estás oyendo? Se te está yendo la pinza, eres tú la que ha dicho que dejásemos de acostarnos… y por evitar males mayores te doy la razón y también salgo escaldado, ¡manda cojones!

—Mejor me voy, antes de decir lo que no quiero —concluí dando por cerrada la conversación.

—Sí, mejor vete, tú que siempre vas de sincera…y ahora huyes. ¡Qué bonito, reina!

—¡Que te den! —solté, saliendo de allí furibunda.

Me marché dolida, porque no sabía si lo habíamos dejado o no, y si me dolía o me sentía aliviada.

Era viernes, ya había pasado San Valentín y dudé si irme a ver a Carlota o directamente ir a meterme en la cama para no salir en tres días. Elegí la segunda opción y no paré de darle vueltas a la maldita conversación.

Para mis adentros quería pensar que había sido una bronca más y que aparecería con un mensaje de los suyos o llamaría, pero no lo hizo en todo el fin de semana.

El domingo por la tarde Carlota se presentó en casa. Estaba preocupada por mí y agradecí infinito la charla que tuvimos.

—Vamos a ver, Isa, ¿no te das cuenta de que ha llegado el momento de parar esto ya?

—No sé si quiero pararlo.

—¿Pero tú te estás viendo? Aquí metida, llorando las penas por él, y tu Ken mientras, anoche, estaba tan tranquilo en el *pub*.

—Bueno, tan tranquilo no creo que estuviese…

—¿Qué tendría que pasar para que dejes de defenderlo y te convenzas de que Rubén no va a cambiar de opinión? Él nunca te ha dicho nada parecido, pero tú te empeñas en ello…

—Si ya lo sé, lo tengo claro, pero es que yo le quiero. Quiero estar con él, no quiero alejarme y, de esta manera, aunque no sea la situación ideal, en parte lo estamos.

—¿Y te compensa?

—Pues a veces sí, la mayor parte de las veces sí, pero luego pasan cosas como los últimos meses y me pregunto si vale la pena esperar a que suceda el milagro.

—Ese es el problema, Isa, que sigues esperando un milagro… y la vida es eso que pasa mientras tú estás cegada por un chico que no quiere una relación con nadie.

—Si ya lo sé, Carlota, y no puedo culparlo porque él siempre ha pensado igual.

—Es que la culpa no es suya, él te puso sus condiciones y tú has aceptado todo este tiempo las reglas del juego sabiendo cómo era él y lo que pensaba. La pregunta es… ¿hasta cuándo?

—Supongo que hasta que me canse o hasta que él me dé la patada.

—No te vas a cansar nunca y lo sabes. Estás acojonadamente enganchada a este tío y te da igual que haga una cosa u otra, siempre lo vas a ver bien y eso, cariño, es insano para ti. Y por supuesto, valoras que pueda darte la patada… ¿Te escuchas alto y claro?

—¿Crees que en el fondo no lo sé?

—Y entonces ¿por qué cuando pasan cosas como lo que me has contado que te dijo el jueves y te hace un desplante no lo mandas a la mierda?

—Sí que lo mando…

—Isa, sé realista… Te enfadas, lloras, pataleas, lo mandas a volar, pero la verdad es que te quedas esperando a que vuelva, hija mía, y encima te acojona la idea de que no lo haga.

—Siempre lo hace, y yo sé que en el fondo tiene que sentir algo más por mí, porque lo noto, solo que no se da cuenta o, si lo hace, no se atreve o no quiere sentirlo…

—Mira, cielo, los tíos son muy cazurros en ocasiones. Puede que él ni siquiera sea consciente de lo que tú sientes, porque, a ver, tampoco tú le has explicado lo que hay por tu parte y siempre te guardas lo tuyo.

—Bueno, antaño sí que lo hablamos…

—Han pasado cuánto… ¿tres, cuatro, cinco años? La gente cambia de sentimientos en un mes, te lo digo yo.

—No voy a decirle nada, sé que eso lo espantaría y no quiero. Puede parecer una locura, lo sé, una obsesión, pero es que yo sin él me siento vacía, como muerta en vida. Y aunque en ocasiones lo mataría, cuando estoy a su lado soy feliz, me siento tan viva y segura… Y si me preguntas, sí, prefiero sentirme viva, aunque muchas veces no sepa cómo actuar o por qué hace las cosas.

—Tú misma, pero yo creo que te equivocas. Hasta el día que no des carpetazo a este embrollo, no se resolverá, para bien o para mal.

—De momento no me siento capaz de dar carpetazo, como tú dices, a nada…

—Yo le mandaría a la Conchinchina en un cohete, tenlo claro.

—No te tomes a mal lo que te voy a decir, pero desde fuera es muy fácil hablar y hay que verse en la situación. No yo, cualquier persona enamorada no renuncia así como así al amor de su vida, y si lo hace es porque es un valiente de la leche, cosa que yo por desgracia no soy.

—Y entonces ¿qué vas a hacer, amiga mía?

—Lo conozco y sé que volverá. Y yo también necesito un margen de tiempo. En algún momento hablaremos y todo volverá a la normalidad y si no, pues significará que es el final y se ha cansado de mí.

—Mira, como encima se dé el lujo de dejarte él a ti, después de todo lo que le aguantas, lo cojo y lo hago picadillo, ¿eh?, ya te lo aviso.

—Carlota, sabemos que no matas ni a una pequeña hormiga que sale en tu cocina… —dije, destensando el ambiente.

—Cierto, y más desde que vivo en el campo. Pero si te hace daño, ese me va a oír.

—Él nunca me haría daño adrede. Nosotros, más allá de esto, nos adoramos. Y, si hablamos de sentimientos, en cuanto a daños, ya aprendimos la lección hace años. Y de aquellos barros, vienen estos lodos.

—Poca lección aprendisteis, porque sois un par de melocotones. Él por egocéntrico, infantil e inmaduro y tú por boba, por soñadora y por cobarde.

—Qué fácil es hablar cuando ahora te vas a casa y el amor de tu vida te espera con la cenita preparada.

—No te confundas, *darling*, yo lo pasé increíblemente mal, pero tuve coraje y le cerré la

puerta en la cara cuando se presentó a buscarme después del follón.

—Y gracias a que él volvió e hizo lo imposible por recuperarte… Ya podía su amigo aprender.

—Primero tendría que ver la realidad, y ahora mismo no ve más allá de su ombligo. La mete en caliente cuando quiere y con eso tiene suficiente. Prométeme que te vas a levantar de ahí, te vas a duchar, te vas a poner monísima y dentro de un par de horas nos vamos a ver en el bar. Yo aviso al resto.

—Hecho. Tal vez así podamos hablar él y yo…

—¡Ay, señor, llévame pronto!, que esta mujer no tiene remedio y cada vez tropieza con piedras más grandes.

— CAPÍTULO 30 —

Un viaje a la playa, Terry y una cuestión de celos

ISA

Aquella noche no hicimos las paces, pero cuando ese lunes por la mañana llegué al trabajo, y sobre mi mesa había una bolsa de golosinas enanas y un pósit con una carita triste dibujada, entendí su mensaje. Estaba claro que era su forma de pedir perdón, de hacerme saber que estaba triste y que me echaba de menos, igual que yo a él, pero entre su ceguera y mi cabezonería… seguíamos sin dar nuestros brazos a torcer.

Ese tímido acercamiento me hizo respirar. La tranquilidad que me invadió al ver ese detalle sobre mi mesa fue inexplicable. Respiré profundo y vacié mis pulmones, llenándome de paz, de alivio. Lo necesitaba conmigo, aunque todo pareciese estar en contra, incluso él mismo, o nosotros mismos con nuestros comportamientos.

Nos reconciliamos poco después y, como siempre, volvíamos a estar bien, aún mejor que antes. En algún punto del camino él debía de haber entendido que con según qué actitudes y comentarios me hacía daño, porque a partir de ese momento se suavizó y dejó de recordar a diario las míticas frases de «No tenemos nada», «Solo somos amigos».

Tampoco fue casual dejar de ver a Rubén rodeado de mosconas cada sábado u observar en la lejanía como sutilmente trataba de esquivarlas, mirando de reojo hacia donde estaba yo.

Muchas veces él participaba en charlas de amigotes sobre tías buenas y a mí, cada vez que lo oía de refilón, me repateaba el higadillo, pero sabía que los hombres en grupo eran todos una panda de fantasmas que jugaban a ver quién la liaba más gorda y quién la tenía más grande, por eso dejaba pasar esos momentos y no les daba más bombo, salvo que alguna noche se pasase y entonces sí que me tocaba indignarme y decirle cuatro cosas bien dichas, que ya nos llevaban a mosquearnos y a unos cuantos días de abstinencia sexual y, por supuesto, de ignorarlo.

No tardó en llegar el verano y con él el famoso viaje que yo había organizado para los dos a Maspalomas, y que finalmente íbamos a disfrutar junto a Fran y Carlota. Lo cierto es que fueron unas vacaciones estupendas, conocer con ellos las Islas Canarias no tuvo precio. Disfrutamos muchísimo contemplando la belleza de los paisajes y entornos que nos rodeaban, y aprovechamos a tope los cuatro para visitarlo todo, así como para pasar tiempo juntos. En esos días Rubén volvió a comportarse como el chico de las últimas navidades, ese que vivía el momento sin cortarse, sin marcar tiempos, que se dejaba llevar y se sentía libre, sin ataduras. Pasamos unos días superdivertidos, con jornadas diarias de playa y chiringuito, piscina, largos paseos que aprovechábamos para alejarnos de los ojos de Fran y comernos a besos hasta acabar revolcándonos en la orilla del mar y escribiendo nuestros nombres en la arena, que luego las olas se encargaban de arrastrar; noches perfectas, increíbles y maravillosas. A mi lado estaba Ken, en su versión relajada. Ese Ken que me volvía loca y el que me hacía el amor a cada rato, en la terraza privada de nuestra habitación, en la inmensa bañera que teníamos, en la piscina de noche, en el mar con la oscuridad y la luna iluminándonos cuando nos escapábamos de nuestros amigos. Ese era Rubén, no el que me follaba en Montaves al grito de somos amigos.

Sobra decir que volví al pueblo aún más enamorada de él. Todo había sido tan perfecto que asustaba e incluso me atreví a soñar con que lo veía diferente. Se comportaba más cercano, más

atento y en varias ocasiones se me quedaba mirando fijamente sin decir nada, sin poder adivinar qué se le estaría pasando por la cabeza en esos momentos. Hubiera dado mi sueldo por averiguarlo.

Hubo un episodio del viaje que no dejaba de venirme a la mente a la vuelta, ya que incentivaba mi esperanza y mis mariposillas seguían *in crescendo* con ese recuerdo: Rubén se puso celoso en una ocasión y se comportó como un cromañón, de tal manera que llamó la atención del mismísimo Fran.

Veníamos de ver las dunas, donde Carlota y yo nos habíamos rebozado en arena para hacernos mil fotos. Volvía llena de arena de la cabeza a los dedos de los pies y decidí ir a darme un baño, mientras los tres iban hacia las toallas.

Un tipo rubio, inglés, se me acercó y se presentó amablemente. Enseguida empezó a darme conversación y no tenía ganas de finalizar. Viendo la atención que Rubén tenía puesta en la escena, me dejé *ronear* por el chico, que no paraba de decirme que lo había impresionado y no se cortaba un pelo en tirarme los trastos. Incluso se atrevió a preguntarme que si quería cenar con él.

Según me contó después Carlota, en todo momento Ken se mostró preocupado por si el chico en cuestión me hacía algo. Fran se rio y le dijo que me dejase ligar tranquila, a lo que Carlota añadió que a ver si ligaba y me pegaban un buen revolcón.

Por lo visto él se escandalizó y les acusó de no preocuparse por mí cuando vieron que entraba en el mar con Terry, que así se llamaba el inglés. Hizo el ademán de venir hacia nosotros y Fran lo sujetó, mientras mi amiga, la muy puñetera, siguió pinchando y fue narrándole lo que veía, dando por hecho que, de un momento a otro, el chaval desconocido se me iba a lanzar. Al oír eso, se levantó como una exhalación, tan rápido que Fran no tuvo tiempo de frenarlo y antes de darme cuenta ya lo tenía a mi vera dentro del agua, mirando mal a Terry.

—Eh, amigo, yo creo que ya es suficiente por hoy.

—¿Cómo dices? —le respondió el inglés.

—Que estás aquí *cansineando* y agobiando, chaval…

—¿Es tu novio? —me preguntó Terry a mí.

—No, no… nosotros solo somos amigos, ¿verdad que sí, Rubén? Nosotros solamente amigos, los mejores y para siempre —contesté con toda la sorna del mundo.

—Muy graciosa —respondió él mirándome a mí para después dirigirse a él—: Y tú, pírate que aquí no tienes nada que hacer, mala suerte, amigo.

—Me marcho, pero no porque tú me lo digas, sino porque no quiero problemas. *Bye*, preciosa —se despidió de mí mientras yo le decía adiós con la mano.

—Rubén…, ¿me lo explicas?

—¿El qué?

—¿Lo de venir a marcar territorio? Eso sí que es nuevo…

—Vaya, si quieres me quedo ahí quieto mientras el inglés te podía haber hecho cualquier cosa y tú tan confiada… Se veía que no era trigo limpio, ¿acaso no has visto que estaba ahí comiéndote con la mirada?

—Qué exagerado… Terry no estaba haciendo nada y con vosotros vigilando no iba a secuestrarme…

—Ay, Terry, ya es Terry… Como si fueseis íntimos, ¡venga ya!, por favor, que has cruzado tres palabras con él.

—No seas ridículo, no tiene nada de malo llamarlo por su nombre.

—Venga, anda, pero si le ha faltado el pelo de un calvo para tirársete encima y darte un meneo.

—Alaa, qué peliculero. Y si así hubiera sido, ¿qué?

—¿Qué de qué?

—Te has puesto celoso y te hubieras muerto de rabia si llega a pasar, reconócelo…

—¿Celoso yo? Eso de los celos es para gente insegura, chata. Pero no es lo acordado, tú fuiste la que hablaste de exclusividad, ¿recuerdas?

—Ya claro, y por eso has venido a mearme la pierna, como los perros…

—Piensa lo que quieras, pero sabes que no es así.

—Pues claro que lo pienso, no te había visto celoso desde hace años.

—Y dale, ¡qué pesada con los celos! Que yo ni soy ni estoy celoso, más quisieras…

—Que se lo digan al pobre Terry…

—Ayyy, el pobre Terry —dijo con tono irónico—. Pobrecito que se ha ido con el rabo entre las piernas y sin meneo…

—Eres tonto, si alguien piensa en meneo aquí eres tú, el pobrecillo solo quería charlar, conocernos…

—Pues mira, sí, meneo el que te voy a dar yo, por si el pobrecillo —repitió con retintín— te ha dejado con ganas, para que veas que es mejor el jamón ibérico a los *fish and chips.*

—Bueno, bueno, y comparándote con él, ay, Rubén, ¡qué sorpresas te da la vida! —le repetí, chinchándolo una y otra vez, feliz como una perdiz viéndolo rabioso por verme hablar con otro chico, mientras íbamos mar adentro hacia donde Fran y Carlota no pudieran vernos.

Esa fue la primera vez que me hizo suya con posesividad, ansia y demostrando que solo él era capaz de hacerme sentir tantas cosas en apenas unos segundos, en un roce de pieles. Mientras entraba y salía de mi cuerpo con afán de volver, me pegaba a él, sus manos acariciaban y apretaban mis pechos, volviéndome loca. Su boca me buscaba en todo momento y dejaba escapar fuertes jadeos. No me soltaba, sus dedos subían y bajaban sin perder el contacto con mi cuerpo y sus labios me devoraban con ímpetu y frenesí, con una intensidad inusual que me hizo sentir una diosa enredada entre sus piernas mientras él se paseaba por mi pecho, enterrando su cabeza en él y lamiéndolo con su arrebatadora lengua, como si no quisiese dejarse ni un milímetro por recorrer. Me echaba hacia atrás y me atraía hacia él, buscando mi cuello, que disfrutó y saboreó durante un largo rato. Las últimas embestidas fueron brutales, mi cadera se movía loca buscándolo y me dediqué a contraer los músculos para que él sintiera más aún.

«¿Dónde había quedado mi yo tímido?».

Tuve que recuperarme entre sus brazos del colosal orgasmo que nos arrasó, para poder volver con nuestros amigos.

—Se ha puesto celoso, te lo prometo, Isa —me aseguró después Carlota.

—Sí, ¿verdad? Yo ya no sé si son imaginaciones mías o si estoy loca, pero lo he notado…

—No, no, esta vez no. Te lo juro, que Fran lo ha tenido que sujetar porque desde el principio quería ir en plan macho alfa a largar al inglés, que por cierto te iba que ni pintado, así tan rubito, tan blanquito como tú…

—No te rías, anda… para que luego siga con las tonterías de que solo somos amigos…

—Qué cenutrio es el pobre, ya se dará cuenta. Pero ¿sabes qué?

—Dime.

—Que hoy ha aparecido el chaval este y no le has hecho ni caso porque solo querías ver cómo reaccionaba Rubén, que nos conocemos, pero en cualquier otro momento puede llegar otro que merezca la pena y no puedes dejar pasar todo por esperarlo a él, por esperar algo que, si no ha llegado hoy, cuando más celoso estaba, no va a llegar.

Y como siempre, tenía razón. Si ni siquiera en ese momento había sido capaz de reconocer, de

darse cuenta de que eran celos y no instinto protector, nunca jamás haría nada…

Tras eso, el viaje continuó y si tuviera que quedarme con instantes o escenas vividas, aquel en la playa sería uno de ellos, así como todas y cada una de las noches que en la terraza con el mar, la piscina iluminada y la luna de fondo, nos hacíamos el amor bajo el cielo estrellado. Los paseos por la playa, las risas y baños con nuestros amigos, pero sobre todo él y yo en aquel marco incomparable de las Islas Canarias.

Una de esas noches, al ver nuestra complicidad y la cercanía con que nos comportábamos alejados del pueblo, y sumando la escena que habíamos vivido con Terry, fue cuando Carlota, en vista de que Rubén no lo había hecho, decidió poner al tanto a Fran de lo que pasaba entre Rubén y una servidora. Según ella, su novio no daba crédito. Él nos veía como los mejores amigos y aunque sí se olía mis sentimientos desde siempre, para nada pensó que su amigo estaba enredado hasta tal punto. No tardó en atar cabos e irse a aquel primer verano, donde él siempre atacaba a Rubén con que tenía algo amoroso escondido por lo disperso que estuvo durante todas las vacaciones aquel año. Lo que me contó mi amiga fue que Fran hasta creyó que se había liado con una mujer madurita, casada, y por eso su amigo no soltaba prenda de lo que había. De primeras quiso ir a hablar con Rubén, pero su chica le hizo entender que era un tema complicado, que venía de muy atrás y que tenía que dejar que él se lo explicase cuando lo creyese conveniente. Yo, al final, agradecí que se lo contase porque quizá Fran podría ser el único que llegado el caso pudiese hacerle abrir los ojos.

Con Fran enterado, aunque no fuese a decirle nada de momento, yo me sentía aún más libre, pero me preocupaba que su mejor amigo no fuese capaz de verbalizar nada con él. El resto del verano siguió en la misma línea: entre noches de cenas y confesiones, risas y magníficos recuerdos, al igual que el otoño… y meses después tocó dar la bienvenida al año 2020 y al padre de Carlota, al que no conocíamos, cuando apareció en el pueblo. Se instaló en una casita cerca de la de los abuelos de Fran y, por tanto, a pocos pasos de Maritere, que tenía de nuevo al difunto —como ella lo llamaba— como vecino, y la idea no le gustaba nada.

Se le veía buen hombre, pese al daño que había hecho en su casa con su marcha tan repentina y sus años de ausencia, pero desde que volvió a sus vidas, sobre todo a la de doña Carmen, según mi amiga no dejaba de intentar recuperar el tiempo perdido con sus hijas, agradar a sus nietos y enamorar a la que era su mujer. A mí, como la romántica que soy, me encantaba que mi amiga me pusiera al día de los avances de sus padres. Me parecía bonito ver cómo don Luis trataba de reconquistar a Carmen desplegando todas sus artes de seducción, pero ni por esas, porque ella no estaba por la labor, cosa que también entendía.

Fueron unos meses donde mi cerebro ya no procesaba y yo no distinguía entre la realidad paralela que mi imaginación y mis pensamientos creaban, ya que tras tanto recuerdo y tanto dar vueltas al asunto el subconsciente me acababa jugando malas pasadas y me mostraba, o era lo que yo quería ver, a un Rubén que parecía más entregado a lo que teníamos, incluso parecía más presente y mucho más cercano, pero en otros momentos confirmaba que seguía siendo el mismo de toda la vida, el mismo capullo encantador de siempre, para mi desgracia.

El viaje de ese verano tuvo la culpa de todo y el inglés fue el causante, ya que a raíz de la escena de celos, mis teorías se habían disparado y si antes guardaba muy en el fondo una leve esperanza de que pudiésemos acabar juntos en algún momento, para entonces ya estaba segura de que, sin saber cómo ni cuándo, sucedería por fin lo que tanto anhelaba. Era cuestión de esperar con paciencia…

Aunque lo que pasó no fue lo esperado, sino el tiempo. Sumamos otro añito más todos, un año que se había esfumado casi sin enterarnos y en el que nada había cambiado. Esa Nochevieja, al

despedir el 2020 para dar la bienvenida al 2021, mi único deseo fue, tras comer las uvas, suplicarle a Dios y a quien fuese que habitara por ahí arriba que me ayudaran a que por fin se me hiciera el milagrito y que, después de tantos años si no pasaba nada, por lo menos, me mandaran una señal que me hiciera abrir los ojos para conseguir pasar página en la historia de una vez por todas.

— CAPÍTULO 31 —

La cruda realidad

ISA

El cansancio había empezado a hacer mella en mí, la rutina, la no evolución de una relación a través de los años… Todo ello, sumado a cero avances por su parte, me tenía un tanto desmoralizada. Habíamos dado pasitos hacia delante al volver del viaje a las islas, pero ahí se había frenado la carrerilla que parecía haber cogido la situación. Y eso, añadido al hecho de que desde que Fran abrió la imprenta, Rubén había empezado a trabajar con él por las tardes, cuando terminaba en la cooperativa y la consecuencia más inmediata fue que los ratos que pasábamos juntos habían disminuido y, aunque los aprovechábamos bien aprovechados, para mí resultaban cada vez más insuficientes.

Empezaba a pensar que igual el desgaste ya estaba pudiendo conmigo, que tal vez habíamos quemado la relación antes de tenerla de verdad, que necesitábamos movimiento… y ahí, entre tanta duda, me di de bruces con la primera señal que el destino me envió después de tanto pedirla.

Y me la mandó en forma de rubia y vieja conocida que regresaba a Montaves. En cuanto supe por Laura y por Natalia que Sara había vuelto al pueblo para pasar el verano me eché a temblar. Literalmente. Vi que todo peligraba de nuevo. Sentí que me ahogaba, que todo se iba a ir al traste y que no iban a ser unos meses tranquilos, al menos para mi persona. No era ser paranoica, es que el sexto sentido de una mujer nunca fallaba… y a esa se la veía venir de lejos.

No era un misterio que la chica siempre había ido detrás de Rubén y ya habían estado juntos, por lo que se convirtió en un constante tormento para mí. De primeras no quise ni darle importancia a su regreso ante Rubén, haciendo como si nada, pero cuando una tarde en la piscina municipal le escuché decir entre risas que ese verano Rubén no se le iba a escapar, me vine abajo. Siempre me había comparado con ella y lo cierto es que me daba mil vueltas físicamente hablando y eso me hacía pensar en que el otro podía caer con facilidad si ella se lo proponía tal y como decía, pese a mí, pese a lo que teníamos, que seguía siendo nada para él. Volví a sentirme un chinche en un colchón de uno cincuenta.

Volvió mi inseguridad, me veía minúscula, tan ridícula en ocasiones que no supe sobrellevarlo. No tenía nada de *feeling* con Sara cuando coincidíamos, tampoco lo quería, creo que Carlota y yo hasta la mirábamos mal y ambas notábamos a leguas que no se cortaba un pelo e iba saco con todo el descaro del mundo a por Ken.

Y yo seguía en mis trece de que nadie se enterase de nuestro idilio, quizá en ese momento más que nunca porque era cuando le veía las orejas al lobo y estaba muerta de miedo. De hecho, alguna vez le había dicho a Rubén que se notaba que Sara lo buscaba en cada sitio y le tonteaba con cada frase, y él aprovechaba para recordarme que si quería alejarla estaba a mi alcance, ya que solo teníamos que hablar claro en el grupo y hacerlos partícipes de lo que teníamos sin dar más explicaciones, porque ni siquiera nosotros le poníamos nombre. Pero me negaba a quedar como la follamiga tontita a los ojos de la gente y menos de esa, para que luego viniese ella o cualquier otra a tontearle, vaya que lo hicieran caer en la tentación y la que se iba a morir de rabia y de vergüenza, además con público opinando, era la menda lerenda.

Tampoco podía pretender que ella tuviese un respeto o guardase las distancias, lo que me hacía rabiar sin remedio. Lo único que estaba a mi alcance era verlas venir y aguantar, eso sí, cada vez que ella se le acercaba y le tocaba el pelo o le hacía cualquier carantoña yo solo quería montarla en un avión con un billete de ida a Australia.

Para más inri, notaba que Rubén y todos los demás la miraban cuando íbamos a la piscina y ella se quedaba en bikini, por lo que se me revolvía el estómago y cada vez tenía más certeza de que algo podía acabar pasando.

Carlota intentaba hacerme ver que no había nada de nada entre ese par, ya que nunca habíamos visto ningún movimiento extraño ni les habíamos pillado en renuncios o actitud sexual que diera qué hablar. Ella también había indagado y había tratado de sonsacar a Fran si había sucedido algo entre Rubén y Sara, pero sin éxito ninguno porque ellos no se contaban esas cosas.

Hasta que una noche todo cambió. Estábamos en septiembre, apenas quedaban días de calor estival, Sara por fin se largaba del pueblo hasta que le diera por volver a viajar y fastidiarnos. Iba a recuperar mi tranquilidad habitual y la rutina del invierno. En tres meses íbamos a dar la bienvenida al nuevo año y solo esperaba que sí o sí fuese mi año, después de tantos esperando el milagro de los panes y los peces, y que apenas hubiésemos avanzado.

Aquel día la pandilla al completo —Sara incluida— hicimos una excursión a un pantano cercano al que solíamos frecuentar siempre y a la vuelta decidimos continuar la fiesta en el campo de Rubén. Cenamos allí y fue el típico plan de cualquier noche en esa época.

Pasaban las once y media cuando sonó mi teléfono. Vi el número de la cooperativa y me extrañó. Era el vigilante y me contactaba porque se había disparado la alarma y al estar configurada con mi huella solo yo podía pararla con el móvil. Lo intenté y no pude solucionarlo en dos ocasiones. Llamé a Faustino y le pedí que me esperase en la puerta, ya que no me costaba nada acercarme al pueblo. Fran y Carlota se ofrecieron a acompañarme y aprovecharon para que les dejase ya en casa mientras el resto decidió quedarse allí un rato más, pese a que ya se notaba el cansancio y el ánimo decayendo después de toda la jornada sin parar.

Rubén quiso acompañarme y no se lo permití. No iba a dejar a la gente en su casa para irse conmigo, cuando ya iba acompañada, porque daríamos de qué hablar, aunque me dio rabia dejarlo allí a merced de la rubia, entre otras.

Con una pereza tremenda me despedí diciendo que probablemente ya no regresase, aunque mi idea sí que en todo momento fue volver más tarde y quedarme un ratito con él a solas cuando el resto se fuesen a sus casas.

Todo iba según lo previsto. Fui con mis amigos a solucionar el tema de la alarma y después aparqué delante de la casona. Estuvimos comentando las anécdotas del día y tardé un ratito en despedirme para después regresar al campo.

Cuando mi coche se detuvo de nuevo en el monte observé que solamente quedaba un vehículo aparcado allí. Bingo. El de Sara. La bilis me subió de golpe y vinieron los peores presagios todos juntos. Como si de una telenovela venezolana se tratase, no tardé en montar la historia en mi cabeza e imaginar lo que podía estar sucediendo en ese salón al que me daba pánico llegar por lo que pudiese pasar.

No había nadie fuera y se escuchaba música bastante alta que venía del interior, motivo por el que no debieron de oír el motor ni a mí llegar. Me fui acercando despacio hacia la música, cada vez más nerviosa, porque mi sexto sentido estaba en alerta roja —ya esa sensación me había acompañado muchas veces a lo largo del verano, pero esa vez era diferente— y comencé a temerme lo peor.

Mis ojos no dieron crédito cuando al cruzar la puerta entreabierta los vi besándose. Creí morir

en ese instante. Qué dolor más grande sentí en el pecho y en el fondo de mi corazón. Al final no me equivocaba. Todas las mariposas que habitaban en mí acababan de morir aplastadas y ya nada me quedaba dentro, solo desilusión y decepción. Bueno, y los añicos de un corazón destrozado y pisoteado.

Fueron décimas de segundo en las que sucedió todo. Pensé en darme la vuelta y desaparecer sin más, pero mi forma de ser me pudo y les hice saber que estaba allí.

—Lamento interrumpir la fiestecita privada que os habéis montado —les grité para que me oyeran por encima de la música, mirando llena de rabia a un Rubén que se quedó completamente noqueado.

—Tranquila, no pasa nada, tenemos mucha noche —respondió ella triunfal ante mis ojos, hiriéndome ante él, que se mostraba impasible.

—No, no, no es lo que crees, Isa —reaccionó él—. Díselo, Sara —le pidió.

Ella calló y yo, con los ojos anegados en lágrimas y apretando los puños, para canalizar la ira que sentía, me di media vuelta y salí corriendo hacia el coche. Él echó a correr detrás de mí y cuando me alcanzó, tiró de mi brazo para impedir que me fuese.

—Suéltame ahora mismo —le ordené, chillando con todas mis ganas—. No vuelvas a tocarme en lo que te queda de vida.

—No es lo que parece, tienes que creerme. Yo no… —No le dejé terminar la frase.

—Con lo que he visto es suficiente, no quiero saber nada.

—No pienso dejarte ir así, además, quiero explicarte.

—Déjame, vete de aquí, vuelve con ella y termina lo que estabais haciendo. No tienes que darme explicaciones, total, tú tenías razón y nosotros no somos nada…

—Quiero hacerlo, quiero que sepas que no estábamos haciendo nada, te lo juro.

—¿Vas a tener las narices de negármelo en mi cara? Aléjate.

—Sí, porque es la verdad.

—Lo tuyo es increíble. ¡Que os he visto, tío! No tienes vergüenza ni la conoces. Eres un cerdo traicionero del que una no puede fiarse. ¡Menos mal que nunca te hice caso y nadie se enteró de nada! ¿Te das cuenta de por qué me negaba?

—Te digo y te repito que pares y te tranquilices, no tienes razón y te estás equivocando. No ha pasado nada.

—Pero qué cínico eres, ¡qué ciega he estado contigo! A saber con cuántas más te has revolcado mientras estabas acostándote conmigo.

—Con nadie, ¿puedes creerme y dejarme hablar?

—No, no quiero escucharte, no quiero que me hables. Me das asco y no quiero volver a saber de ti. Tenía que haber parado esto hace mucho y al final, mira, se va a acabar de la peor manera posible.

—Tienes que escucharme, ¡maldita sea! —me gritó—. No puedes irte así pensando lo que te dé la gana —dijo mientras yo me subía al coche.

—No es pensar, es lo que mis ojos han visto y eso, por desgracia, no tiene discusión. Vete a la mierda, eres un guarro y nunca cambiarás.

—¡¡Isa, por favor, para!! —chillaba, golpeando la ventanilla del coche.

—Quítate de ahí, no quiero verte, no quiero hablar contigo… Vete con ella, total, sabíamos que esto iba a acabar pasando —solté, entre sollozos, mientras buscaba el botón de puesta en marcha del vehículo, solo que con lo nerviosa que estaba no atinaba a dar con él.

—Que no puedes irte así, ¡hostia! Baja —me ordenó, a lo que yo no hice caso, entonces el motor se encendió y yo dando marcha atrás salí de allí a toda velocidad.

— CAPÍTULO 32 —

No ruptura y resaca emocional

ISA

No quise oír más mentiras, apenas le dejé hablar, porque ya no tenía sentido escuchar nada que saliese de su boca. Tampoco vino detrás, por lo que supuse que se había quedado con ella terminando lo que habían empezado antes de mi interrupción.

Cuando ya estaba lejos de allí, paré en un arcén. Me desmadejé y apoyé la frente contra el volante. Lloré todo lo que pude sin soltar las manos de él, apretando y canalizando la rabia por ahí.

«¿Cómo había sido capaz?, ¡y con ella de nuevo!».

—¡Te odio, Rubén! —grité a pleno pulmón—. ¡¡Te odio, te odio, te odio!!

Bajé del vehículo, necesitaba aire porque me estaba ahogando en lágrimas y di puñetazos contra el capó de mi viejo coche, solo que no me hicieron sentir mejor. Me dejé caer en el suelo, de rodillas, y seguí gritando al cielo lo mal que se había portado conmigo, manteniendo nuestra historia años para acabar enredándose con ella precisamente. Por mucho que gritase y me fustigase, el dolor no se iba y tampoco me calmaba.

Fue tan duro ver mis peores temores hechos realidad que sabía que era algo que nunca iba a poder olvidar. Si me lo hubieran contado no hubiera dolido tanto, pero esa imagen de los dos besándose me martilleaba la cabeza y me iba a acompañar para siempre.

No dejaba de verlos, muriéndome de asco y de pena a la vez, y sintiéndome estúpida por haberlo visto venir y no haberlo parado a tiempo, ridícula por haber estado con él, por haber creído y por tener el convencimiento de que acabaría conmigo. Sin duda no había podido equivocarme más. Por ilusa me pasaba lo que me pasaba.

Las personas como él no cambiaban y puede que no tuviera derecho a sentirme traicionada, ya que nosotros no teníamos un compromiso, ni teníamos nada. No me estaba poniendo los cuernos, pero dolía como si fuese así. Se trataba de lo que yo sentía, y nadie podía quitarme esa sensación, esa rabia, esa impotencia y desesperación…

Y lo peor era que siempre lo había sabido, desde que supe que ella había vuelto, quise dejarme convencer de que no había nada, pero estaba claro que tenía razón y, pese a eso, seguí autoengañándome para estar tranquila.

No sé cuánto tiempo pasé allí en el arcén, en mitad de la carretera, pero fue al cabo de un rato cuando me levanté y me quedé parada mirando las estrellas.

«Cuántas noches las habíamos visto juntos y ahora estaba en el mismo sitio en el que solía estar conmigo, pero revolcándose con ella».

Cogí el móvil para llamar a Carlota, necesitaba hablar con alguien y vi que tenía diez llamadas de Rubén sin contestar. Justo en ese momento volvió a sonar, por lo que corté la llamada y apagué el teléfono. Miré la hora y eran casi las cuatro de la mañana. No podía aparecer a esas horas en mi casa hecha una piltrafa como estaba, llorando a mares y con cara de culo. No quería preocupar a mi madre, por lo que me dirigí a la casa de mis amigos.

Llamé al timbre y, tras unos minutos insistiendo, Fran abrió la puerta.

—¿Qué te pasa, Isa? ¿Por qué estás así?

—¿Puedo quedarme con vosotros esta noche?

—Claro que sí, cielo. Entra. ¡Carlota, baja! —llamó preocupado a mi amiga —, es Isa. No está bien.

—Ay, madre mía, ¿qué te han hecho? —preguntó asustada Carlota al verme.

—Te lo dije, que iba a pasar. ¿Ves como no me equivocaba? Yo lo veía…

—Cariño, explícate, no te entiendo —me pidió ella, mirando a Fran.

—Cuéntanos qué te ha pasado.

—Se estaban liando cuando he vuelto, los he visto, y encima me lo ha negado. Soy idiota.

—Pedazo de hijo de su madre… con Sara, ¿verdad? ¡Cabrón!

—Claro —respondí entre gimoteos y sollozos—. ¿Te das cuenta de que algo había?

—A ver, chicas —nos paró Fran—, esto es muy raro. ¿Estás segura de lo que viste, Isa? Os aseguro que Rubén no tiene intención ninguna de nada con Sara, me lo hubiera contado.

—¡O no, cariño! —respondió Carlota—, recuerda que nunca te habló de lo que tiene con Isa y te enteraste por mí hace nada.

—Claro que sé lo que he visto, Fran. Se estaban besando, no me oyeron llegar… Ella estaba sin camiseta y porque les interrumpí, si no vete tú a saber —les relaté.

—Ven aquí, bombón —dijo Carlota, abrazándome en el sofá—. Llora lo que tengas que llorar y ojalá sea la última vez que derramas una sola lágrima por él. No merece que alguien como tú solo viva por él y para él.

—Tienes razón, pero duele… No se me va la imagen de la cabeza, es que lo vi venir, y mira…

—Tienes que descansar, que a saber cuánto tiempo llevas llorando por ahí. Vamos al cuarto. Gordi —llamó refiriéndose a Fran—, prepárale una tila para que se tranquilice un poco.

—Por favor, me ha estado llamando. No quiero hablar con él. No le digáis que estoy aquí si os escribe o pregunta.

—No te preocupes, somos una tumba. Ya no lo pienses. Intenta descansar.

Fue una noche horrorosa, en la que apenas pude pegar ojo. Como me temía, por la mañana se presentó a buscarme y Carlota no le dejó hablar conmigo. Oí como le repetía a mi amiga que había sido un malentendido. Ella le pidió que me dejara descansar y le insistió en que ya tendríamos tiempo para arreglar todo cuando yo estuviera bien. Solo que yo no pensaba hablar con él y mucho menos dejarme embaucar por el cuento de que no había pasado nada. ¡A otro perro con ese hueso!

Me quedé toda la mañana en la casa de ellos tras avisar a mi madre. No quería salir y encontrármelo, no tenía fuerzas para más. No iba a quedarme para siempre, pero en ese momento allí me sentía protegida y era lo que necesitaba. Y más cuando el móvil de Carlota empezó a sonar repetidamente y su cara cambió.

—¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara?

—¡Coño, Carlota!, habla, que nos estás asustando —pidió Fran.

—Si no te lo digo yo, lo vas a leer igualmente. Las chicas han visto a la desgraciada de Sara y por lo visto iba pavoneándose de que Rubén había caído por fin.

—Al final se acostaron, ¡será cretino, mentiroso y descarado! Todavía lo negaba —estallé, intentando controlarme para no llorar, sin éxito.

—Ayyy, mi niña, no te aguantes. Suelta todo lo que lleves dentro, es mejor, para quedarte a gusto. Ehh, ¡si hasta palabrotas has dicho!, cuando estés bien ya te lo recordaré cuando me llames malhablada —se despachó a gusto Carlota para intentar hacerme reír—. A tu amigo le vamos a decir cuatro cosas, avisado estás, cariño —comentó dirigiéndose a Fran.

—No, por favor, no quiero que le digáis nada ni que os metáis. Esto es algo mío y de él, no

quiero que vayáis a tener problemas por mi culpa. Él ni siquiera sabe que Fran está al tanto… no lo hagáis, de verdad…

—Tranquila, Rubén es como mi hermano, no va a pasar nada, pero sí tenemos que saber qué cojones pasó con Sara.

—De verdad, no quiero saberlo, no quiero hablar con él y no quiero que le preguntéis. Dejadlo estar. En algún momento tenía que acabarse y ya ha pasado. Ahora, dentro de lo que pueda, toca pasar página…

—Te ayudaremos para que lo consigas, ya lo verás.

Y no solo no lo conseguí, sino que fueron días, semanas, meses horribles en los que evité hablar con él. Gracias a Dios a la tal Sara no volví a verla por el pueblo, pero a él sí me lo encontré tras dos semanas ignorando todos sus mensajes y sus llamadas. Me temía que pudiera presentarse en mi casa, pero no lo hizo y ¡menos mal!

—No te escapes, por favor, deja que hablemos.

—No hay nada que hablar, ¿no te ha quedado claro aún que ya no quiero saber nada de ti?

—Pero es que sí tenemos que hablar, no puedes hacer como que no existo e ignorarme para siempre.

—Es que para mí ya no existes, eres pasado. Y ya ni eso, ojalá pudiera borrarte del todo de mi vida.

—¿Te das cuenta de lo dura que estás siendo cuando ni siquiera me has dejado explicarme?

—No tienes que explicar nada. Eres libre de hacer y deshacer con tu vida como mejor te parezca.

—Lo sé, pero por lo que tenemos, creo que debemos hablar.

—¿Lo que tenemos? Venga, Rubén, te has reído en mi cara de lo que teníamos, si es que había algo, porque para ti era nada. Nunca fue nada. ¿Cómo era? Nosotros, los mejores amigos para siempre, y nada más… ¿no?

—Sí, pero…

—Pero nada, no hay peros que valgan, no quiero saber lo que hicisteis ni los detalles. Mejor dicho, no quiero saber nada que venga de ti, cero. Se acabó de una vez por todas. Fin.

—¿Tanto te costaría sentarte a escucharme?

—Sí, muchísimo, porque no quiero oír mentiras y de tu boca no saldrá otra cosa. Basta ya de reírte de mí.

—¿Eso crees de verdad?

—Por supuesto, a ver si te crees que estoy de broma.

—No he dicho que estés de broma, pero después de todo, no puedo dar crédito a que pienses así de mí.

—¿Sabes lo que pienso? Que eres un mentiroso, un egocéntrico, un egoísta, un chulo y, por supuesto, un mujeriego e infantil que nunca va a dejar de serlo porque no quiere crecer y prefiere seguir viviendo siempre una vida de adolescente, fiestas y chicas, para no reconocer lo que de verdad hay.

—Gracias, qué bonitas palabras hacia mí. No es la primera vez que me dices algo parecido y lo que no entiendo es qué coño hacías conmigo, por qué te metías en mi cama si tan malo soy…

—Y encima eres gilipollas. ¿Sabes por qué? Porque soy imbécil, una jodida imbécil que lleva media vida detrás de ti, como una idiota. Una idiota que se pensaba que en algún momento cambiarías. Una ilusa que estaba convencida de que acabarías dándote cuenta de lo especial que era lo que había entre nosotros. Por eso me acostaba contigo y por eso hubiera seguido haciéndolo mil veces más, porque era feliz aun bajo tus condiciones estúpidas de la amistad.

—Isa, yo… —empezó a hablar, desconcertado.

—¿Ves? ¿Te das cuenta? Si ni siquiera sabes qué decir…

—No es eso, solo que yo no pensaba que fuera para tanto…, ya sabes.

—Pues entonces eres ciego o eres tonto, y ambos sabemos que la primera opción no es válida. En cualquier caso, da igual. Lo que había, y óyelo bien, había… ya no existe. Tú te encargaste de que se acabara al irte a la cama, de nuevo, con esa.

—Te repito que no me fui a la cama con nadie.

—Que te crea tu abuela…

—Isa, por favor, vamos a hablar. Quiero explicarte lo que pasó, fue ella…

—¿Encima cobarde? ¡Que te vi con mis propios ojos, chico! No la culpes a ella.

—Nunca vas a creerme, ¿verdad? Diga lo que diga para ti ya soy culpable, un guarro y todas las lindezas que me has dicho. No tendría por qué darte explicaciones, pero creo que te las mereces y no me dejas hacerlo.

—Es que ya no me importan las explicaciones. No quiero saber nada, pero nada en absoluto que venga de ti. Y si no te importa, me voy, que tengo mucho que hacer.

—No te vayas, o déjame acompañarte, por favor.

—A ver, que esto ya no es como antes, donde me decías tres tonterías y volvíamos a meternos en la cama. Si te pica, vete a buscar a Sara, pero a mí déjame en paz.

—No quiero hablar con ella de nada, quiero hablar contigo y con nadie más.

—Una pena, porque ahora soy yo la que ya no quiere.

Y lo dejé ahí plantado mientras yo avanzaba calle abajo, con unos lagrimones gigantes resbalándose por mis mejillas sin remedio. Quizá fuese la conversación más dura que habíamos tenido nunca, pero era necesaria. Tenía que hacerle frente a su traición, a sus mentiras y hacerme a la idea de que nunca iba a cambiar. Y ya había llegado el momento de bajarlo del pedestal al sótano y dejar de idealizarlo.

Lo peor de todo era que me sentía fatal, porque pese a todo, seguía queriéndole y deseando estar con él. Para matarme, estaba claro. Medio cerebro mío se había quedado con lo que había dicho, que fue ella, que no había pasado nada, que era un malentendido… pero yo sabía lo que presencié, además, ese beso venía continuamente a mi mente y me hacía daño recordar esos segundos, el cómo me sentí y cómo me humilló ella, triunfal. Por no decir que Sara había confirmado un día después que se habían acostado. Ya nos habíamos alejado otras veces, pero ninguna de esa manera tan dura y triste, después de todo lo que habíamos vivido juntos.

Las veladas de cuatro que tanto me gustaban acabaron siendo cenas de tres, ya que Fran y Carlota se volcaron conmigo. No quiero decir que lo dejaran a él de lado, que por supuesto que no, pero simplemente se las apañaron para ayudar a que no coincidiésemos. En ocasiones dejé de salir en las quedadas grupales y otras veces, aposta, mis amigos no le avisaban a él, para que saliera yo. Y así pasamos meses, hasta que de nuevo llegó la Navidad y para entonces, cuando coincidíamos, lo trataba como a un desconocido, haciendo de tripas corazón y el mejor papel de mi vida, siempre intentando no reparar demasiado en él. Rechacé todos los intentos de acercamiento por su parte y cada vez me costaba más, porque por primera vez lo veía tan preocupado, tan interesado en acercarse a mí que dolía la distancia más aún. Recibimos el 2022 sin felicitarnos en persona, aunque sí recibí un mensaje suyo al que no respondí:

Ken:
Aunque estemos así, quiero darte las gracias por ser parte de mi vida.
No pierdo la esperanza de que me dejes arreglarlo todo.
Te echo de menos, Copito.

«Ahora me echaba de menos…».

Fue un invierno frío, gélido, con grandes nevadas, y en el que apenas nos vimos. En esas semanas, Fran me hizo saber que Rubén seguía manteniendo que no había pasado nada con Sara, que había sido un malentendido provocado por ella, pero yo preferí hacer caso omiso a esas palabras, no darle el beneficio de la duda y dejarlo estar para no remover toda la mierda y así alejar cualquier peligro.

No, no lo había superado, porque cualquier pequeña información a su favor calaba muy hondo dentro de mí y lo hubiera dado todo por volver a estar con él como tiempo atrás, pero por dignidad propia y por mi salud mental sabía que no podía ser.

Lo peor de todo era que cada vez lo echaba más de menos y en alguna ocasión, sobre todo en noches de insomnio cuando abría cualquier aplicación de mensajes en el móvil y lo veía en línea, había estado tentada de escribirle, de decirle que me explicara todo, que me contase por qué lo había hecho, ya que me mataba estar así con él. Solo que enseguida me venía el *flash* de ese maldito momento, de ese beso que me destrozaba y que seguía haciéndome llorar a mares, y entonces mis buenas intenciones se iban al garete.

— CAPÍTULO 33 —

¡Feliz cumpleaños!

ISA

Ya era primavera y habían desaparecido las grises jornadas de invierno y las tardes en las que antes de las seis se hacía de noche. Faltaban diez días para mi cumpleaños, que era el 31 de marzo, y tenía cero ilusión. Caía en jueves y me debatí durante un tiempo en si organizar algo para celebrarlo o no. Finalmente, para no verme en el dilema de tener que invitar a Rubén, decidí no hacer nada, porque suponía que el grupo prepararía algo sorpresa.

Cuando ese jueves llegué por la mañana al trabajo había un paquetito encima de mi mesa. Me sorprendió, como cualquier cosa que no esperas, y me puse muy nerviosa porque sabía que allí solo podía ser de Rubén. De primeras no lo abrí, pero al cabo de un rato no pude aguantarme las ganas. Era una foto de los dos en un marco claro. La imagen de aquella noche navideña en la que estaba en sus brazos bajo miles de luces de colores. Salía también el osito que me regaló, y me enterneció. ¿Por qué hacía eso? Estaba segura de que lo que quería era ablandarme con recuerdos de tiempos pasados que siempre fueron mejores.

Y si eso pretendía… lo consiguió. Me removió todo por dentro, porque él no solía hacer esas cosas, y ya no por el detalle en sí, sino por lo que esa foto me trajo de vuelta.

Como suponía, en algún momento tenía que aparecer y no tardó en pasarse por mi mesa. Me ahorré el tener que agradecerle el gesto por escrito.

—¡Feliz cumpleaños, Isa!

—Muchas gracias por la foto, sabes que siempre me encantó.

—Esa foto es especial y siempre lo será —aseguró muy convencido.

—Estoy de acuerdo, fue un momento muy bonito, como muchos otros…

—Por supuesto, y me alegro de que los recuerdes.

—Claro que los recuerdo, de hecho, hago por olvidarlo todo y, por desgracia, no soy capaz.

—No digas eso, Copito.

—No me llames así, por favor, como si no hubiera pasado nada. Me hace daño que creas que soy idiota.

—No era mi intención, para mí siempre vas a ser Copito, aunque ahora no quieras ni verme y te hayas alejado.

—No me alejé por gusto, bien lo sabes…

—Es tu cumpleaños, no quiero que nos peleemos ni que estemos mal. Solo quería que tuvieras esa foto por tener un detalle contigo en un día como hoy, porque necesitaba estar presente de alguna manera. No quiero que me olvides.

—Fíjate, ¡qué paradójico todo! Como siempre, parece que uno se tiene que ir para que lo valoren. Antes, todo te daba igual. Ahora, que yo necesito olvidar, es cuando tú quieres hacerme recordar las cosas buenas.

—Yo no quiero que te olvides de nada de lo que hayamos hecho o vivido juntos.

—Aquí lo que tú quieras ya no importa, no eres el epicentro del mundo. De nuevo, gracias por la foto, pero tengo trabajo.

—Vale, ya lo pillo, me marcho y te dejo trabajar. Solo una cosa más… las chicas están

preparando tu cumple y dan por hecho que voy a ir, y no es por fastidiar la sorpresa, porque supongo que lo imaginabas, pero si no quieres que vaya no lo haré. No quiero incomodarte, dímelo tú.

—Haz lo que quieras, no me importa.

—De acuerdo.

Se marchó por donde había venido, y tonta de mí, deseé que se diese la vuelta y decirle que fuera a la celebración, que me encantaría soplar las velas con él cerca como todos los años. Me preocupaba que esos pensamientos cada vez eran más frecuentes y era una lucha bastante *heavy* conmigo misma.

«No podía obviar todo y estar como si nada».

Era algo que mantenía en silencio, no podía verbalizar con nadie que continuaba aflojando en mi batalla interior, que era una débil y una flojucha en todo lo que concernía a Rubén y que nunca iba a aprender.

«La única solución que veo es poner tierra de por medio, tengo que planteármelo muy en serio, porque si no para verano ya habré vuelto a caer en la tentación con poco que él siga intentando acercarse».

La fiesta de cumpleaños fue en El refugio. Algo íntimo, para todos nosotros, con mi tarta preferida —de nata, bizcocho y fresas naturales— y globos llenos de purpurina con mensajes escritos en ellos.

Lo pasamos bien, nos reímos, bailamos, contamos mil anécdotas y de primeras él no había aparecido por allí. Me sorprendí a mí misma dilatando el momento de soplar las velas y cuando fui consciente del porqué, pedí que trajeran el pastel. No iba a esperar por alguien que no esperaría por mí. No tenía sentido.

Apagaron las luces, sonaba el *Cumpleaños feliz* en los altavoces, todos me cantaban y trajeron la tarta con las treinta y dos velas puestas encima. Me paré delante y todos se colocaron a mi alrededor. Cerré los ojos y pensé el deseo que iba a pedir. Soplé fuerte, haciendo el camino que las velas marcaban para que no quedara ninguna encendida y al apagarse la última llama, cuando encendieron la luz y levanté la mirada, ahí estaba Rubén, frente a mis ojos, entre todos los demás.

Lo peor de todo es que me hizo ilusión que estuviese allí, celebrando mi nueva vuelta al sol. En el fondo algo me decía que se presentaría en la fiesta, pero momentos antes había desistido de la idea, por lo que verlo cuando se hizo la luz se convirtió en una gran sorpresa.

«Todo era una contradicción, porque yo lo odiaba, ¿no?».

No era coherente querer ver a alguien que había hecho lo que él hizo, alguien que solo miraba su ombligo y le daba igual todo lo demás.

«Debía de estar volviéndome loca al alegrarme de verlo allí, o como me había pasado por la mañana, que me emocioné con el detalle de nuestra foto».

Carlota me vio pensativa y se acercó.

—¿Qué le pasa a mi cumpleañera preferida? Es por él, ¿no? No sé para qué ha venido, tú ni le mires…

—No es por él, bueno sí, pero no por lo que piensas. Si te digo que me alegra que haya venido, me matas, ¿no?

—Ayyy, joooder, ¿en serio?, no me lo puedo creer.

—Debo de estar perdiendo la cabeza, no me entiendo ni yo… no sé cómo puede hacerme ilusión que esté aquí, después de todo, si estoy enfadada con él…

—¿Te estás planteando perdonarle? No me jodas, Isa, ¿eres masoca?

—No es eso, es solo que me ha gustado que haya querido estar esta noche.

—Toma, claro, y si le dejas de nuevo se mete en tus bragas, ¡no te jode!, ahí sí que quiere estar.

—No digas eso, bruta.

—Claro que lo digo, pero pensaba que con estos meses de distancia habías avanzado, pero veo que estamos a puntito de volver a la casilla de salida. *Pa mearse* y no echar gota, mona.

—Que no, que no, eso ya te lo digo yo que no… Olvida lo que he dicho.

—Lo vamos a dejar porque hoy es tu noche, pero ya lo hablaremos mañana. Vámonos al *pub* a mover el esqueleto un rato y no te le arrimes, que te veo venir.

—Qué pava eres, claro que no me pienso arrimar a nadie.

—No, a nadie no he dicho, he dicho a Rubén. Repite conmigo: No debo arrimarme a quien me hace llorar. No debo ilusionarme de nuevo con quien me ha roto el corazoncito.

—No voy a repetir eso, anda, ¡vámonos!

La noche se alargó más de lo debido en el *pub*. Al final cuando no haces planes es cuando mejor lo pasas y ahí estaba yo, con una corona de princesita total en medio de la pista, bailando *Me Equivocaré*, de Antonio José, y *Mirando pa ti*, de El Arrebato, canción que pensaba ponerme en bucle para hacerme valer de una vez, y disfrutando de la noche y de todo lo que habían organizado para mí. Me sentía afortunada por tenerlos a todos y, sí, a él también.

Cuando Rubén se acercó y me pidió que hablásemos —ya había pasado tiempo desde la última intentona y no le había dejado que me explicara nada—, me negué a escucharlo. Me cerré en banda como una ostra y no se lo permití. Habíamos bebido y podía ser lo más peligroso del mundo apartarme con él a cualquier rincón y dejarlo comerme la oreja con su versión, porque podía acabar comiéndome otra cosa, dada mi voluntad de gelatina ante él. Era pasado y estaba tratando de superarlo, por lo que no necesitaba que me convenciera de lo contrario. ¿O sí quería hablar con él?

Justo en ese momento fue cuando comprendí que tenía que alejarme, y esa vez de verdad, poniendo tierra de por medio. ¿Por qué? Porque lo que me había costado había sido negarme a escucharlo y apartarlo de mí, y eso no era lo normal ni lo que necesitaba. Me había hecho la dura ante él, sí, pero haciendo un esfuerzo sobrehumano, y me sentía idiota por no darme a valer y hacerme respetar después de todo lo vivido, por eso entendí que había que cortarlo de raíz por mucho que doliera el tener que alejarme de mi vida y de mi gente para superarlo a él.

Pero no podía querer tenerlo cerca cuando tenía que estar odiándolo; no podía alegrarme de que fuese a mi cumpleaños, cuando casi no lo celebro por no invitarle; no podía evitarlo por las calles y desear encontrármelo en cualquier rincón. No, no y no. No era coherente y no podía dejar que fuese a más. Estaba claro que solo con distancia entre ambos podría conseguirlo, porque con dirigirnos la palabra de medio lado no se solucionaba el *paparajote* mental que tenía montado.

Tardé meses en decidir dónde marcharme que fuera lo suficientemente lejos. Me dediqué a buscar cursos que me convencieran, enviar solicitudes a diferentes escuelas de negocios y cuando por fin me admitieron en un curso superior en una escuela de *Marketing* en Madrid —sí, Madrid, ciudad que no me llamaba nada, pero era la capital de las miles de oportunidades de trabajo—, supe que llegaba el momento de dejar atrás Montaves. Primero tocaba hacérselo saber a mi gente más cercana.

Empecé por la familia, que se lo tomó mejor de lo esperado, ya que lo planteé como una oportunidad de crecimiento personal, y aunque coincidieron en que lo era, sabía que tras volver de estudiar la carrera se habían acostumbrado tanto a nuestra rutina juntos que les iba a dar duro

separarnos de nuevo cuando me marchase. Me echarían mucho de menos, pero así era la vida y así era yo de boba.

La siguiente fue Carlota. La llamé y le dije que iba a ir a verla a la casona. Cuando llegué me estaba esperando, impaciente, y se lo solté del tirón, para poder relajarme.

—¿Me lo estás diciendo en serio, Isa? ¿Te quieres ir de Montaves? —me preguntó sorprendida mi mejor amiga.

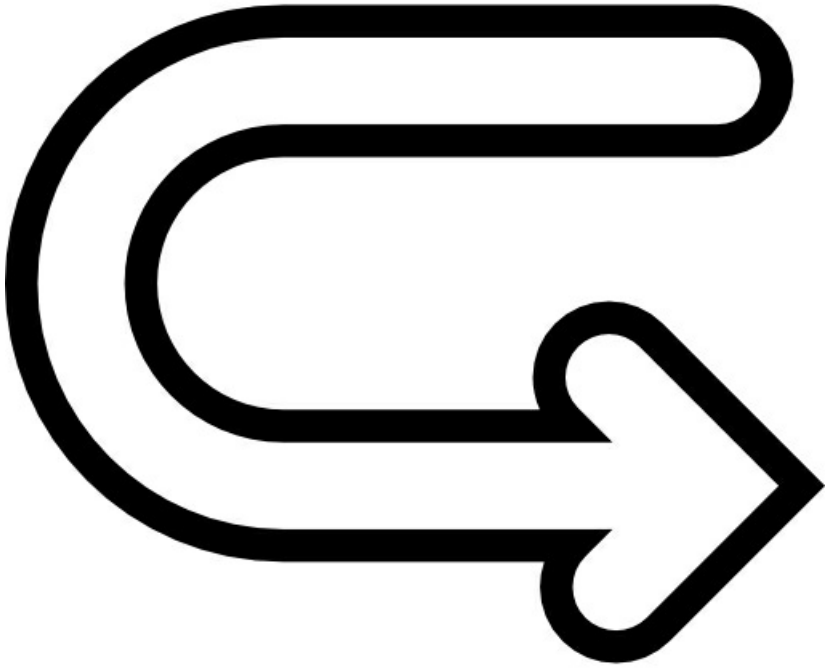
—No es que quiera, Carlota, es que lo necesito. Necesito salir de aquí, de este pueblo donde, quiera o no, siempre acabo tropezando con la misma piedra… y no puedo volver a caer.

—No puedes irte solamente porque aquí esté Rubén. Quedan pocos meses para mi boda, no quiero que me dejes sola. Te necesito aquí conmigo, como habíamos planeado.

—Y voy a estar, te lo prometo. Aunque en la distancia, siempre voy a estar para ti. Y vendré cada vez que me necesites, eso lo sabes…

Tras una larga conversación en la que de primeras se lo tomó mal, finalmente, y una vez más, estuvo a mi lado.

«Quédate con que yo te apoyo en lo que hagas, tanto si te vas, como si te arrepientes y decides quedarte». Esa fue la conclusión final de nuestra charla. Así era ella, siempre estaba conmigo, apoyándome.



Parece mentira cómo una se pone a recordar y acaba viendo su vida entera pasar hasta llegar al momento actual en el que confluyen el pasado revivido y el presente en el que nos encontramos. Hemos llegado al aquí y ahora; y el mío no puede ser mejor: estoy en el pantano de San Juan —paraíso de los madrileños en verano—, tengo a Carlos dormido a mi lado y llevamos horas de relax aquí tirados después del baño, de habernos comido esos exquisitos bocatas y de haberme atiborrado de azúcar. ¿Se puede pedir más? Sí, pero eso es otra historia…

Abro los ojos y veo como me observa desde su toalla.

—Sonreías —dice Carlos.

—¿Sí? Estaría soñando, no lo recuerdo —miento, porque realmente estaba recordando *chopocientas* cosas del pasado.

—¿Seguro? A las chicas buenas les crece la nariz cuando dicen mentiras.

—No seas malo y quieras saber tanto. Por cierto, deberíamos irnos, se está haciendo un poco tarde ya y tenemos todo el camino por delante.

—Sí, tienes razón, deberíamos recoger, pero ¿sabes una cosa?

—Soy toda oídos.

—Me quedaría aquí tirado contigo toda la noche.

—¿Sabes qué? Yo tampoco me movería.

—Lástima que haya que volver, aunque podemos prolongar el día todo lo que queramos…

—Primero el viaje de regreso y cuando lleguemos ya veremos, caballero.

—De acuerdo, señorita.

El camino de vuelta se hace un tanto pesado, porque en la ida a cualquier sitio llevas la emoción puesta y estás deseando llegar para ver qué te deparará el plan, pero el retorno es otro cantar.

Carlos estaciona frente a mi casa y aunque estamos cansados, después de la sorpresa y de cómo se ha portado conmigo, me da corte largarlo sin más, así que lo invito a picar algo en casa. Acepta encantado y me ofrece adelantarme para ir subiendo mientras él aparca legalmente lo más cerca que pueda.

Decidida a subir, me bajo del vehículo sacando mi mochila y cuando busco las llaves en el fondo, que es como buscar una aguja en un pajar, siento una sensación extraña en mi cuerpo. Como si me sintiese observada. Noto una mirada puesta en mí, pero cuando me giro despacio no veo a nadie cerca. Es extraño, porque he sentido una culebrilla de pies a cabeza y se ha erizado todo el vello de mi cuerpo.

«Qué mal rollo, ha sido como antaño cuando Ken me miraba o me acariciaba y se me ponían los pelos de punta…».

Entonces me doy cuenta de que soy penosa, porque estoy pensando en Rubén hasta por una sensación *rarunga* que he tenido y encima acabo de invitar a Carlos al piso, lo que conlleva probablemente que esté pensando que igual esta cena-picoteo lleva postre carnal, y no es así para nada. Decido esperarlo abajo y aclarárselo antes.

—Buuu —me susurra en el cuello, haciendo que casi me dé un infarto ya que estaba tan metida en mis pensamientos que no me he fijado en que ya venía.

—Aggg —grito, sin querer—. Me asustaste. No has tardado nada.

—Ya, es que había un hueco ahí a nada de distancia. Gracias por esperarme aquí, ¿subimos ya?

—Sí, pero quería aclarar un tema porque no quiero que pienses que te he invitado a subir para que pase algo entre nosotros o lo que sea.

—Ey, tranquila —me contesta, calmándome y con una leve caricia de sus dedos en la mejilla —. Yo no pienso nada, simplemente vamos a seguir charlando y a tomarnos algo porque venimos secos de tanto sol. Y si prefieres que vayamos a otro lado, vamos… por mi parte no hay problema.

—No, no, no me malinterpretes. Solo que ya sabes que mi cabeza aún está allí, bueno, donde no debería… y pues eso.

—Malinterpretación ninguna, y déjame decirte algo… para que lo sepas: yo no tengo prisa.

—Vale, subamos pues —dije, agradeciendo su comprensión y sinceridad.

Antes de girar, eché de nuevo una mirada panorámica a ambos extremos de la calle, puesto que seguía sintiéndome observada y fue una sensación que no me gustó nada. Si hubiera estado sola me habría muerto del susto.

—¿Qué miras tanto?

—Es una tontería, pero desde que he bajado de tu coche siento como si alguien nos estuviera mirando, pero, fíjate, no hay nadie. Déjalo, paranoias mías…, vamos.

Subimos, y lo que iba a ser un refresco y un picoteo se convierte en una cena en condiciones que pedimos a un restaurante americano que prepara unas hamburguesas ahumadas que a Carlos le flipan y ponemos una peli que hace que nos repanchinguemos en el sofá y nos olvidemos de la hora. Con este chico es todo tan sencillo, tan fácil, que resulta complicado no disfrutar. Siempre evita que se produzcan silencios incómodos, lo cual agradezco y sigue consiguiendo que me suelte y hable por los codos, cosa poco propia en mí.

Y así, con quedadas donde la confianza va *in crescendo*, muchos helados italianos en paseos nocturnos por el centro de la ciudad —para acabar sentándonos a hablar en cualquier sitio— y tardes de ultimar los preparativos para la fiesta, el verano se va volando.

Cuando quiero darme cuenta estoy haciendo la maleta con el estómago encogido y el cuerpo lleno de nervios para subirme en un rato a su coche y poner rumbo a Montaves a la celebración de la despedida de solteros. Voy expectante tras estos meses fuera y no tengo ni idea de cómo voy a reaccionar cuando me encuentre con Rubén, ni cómo me afectará. Pienso en de qué manera se comportará él conmigo, ya que igual me ignora y hace como si no estuviese.

Ir irá, porque ese feo no puede hacérselo a su amigo, pero a ver cómo aparece. Y tengo claro que debería viajar pensando en el viaje, en ver a mi familia y no en él, pero vuelve a ser el punto clave de mis pensamientos como cuando vivía en el pueblo. Lo único que espero es que todos disfrutemos mucho y especialmente que los novios gocen del plan que hemos preparado para ellos, y olvidarme de lo demás.

— CAPÍTULO 34 —

El demonio de los celos acecha

RUBÉN

Me siento como un chiquejo nervioso y expectante. He venido a Madrid a buscarla, pero Isa no está en casa y llevo un buen rato esperando para verla aparecer. Cada vez estoy más atacado, me sudan hasta las manos por la falta de costumbre de tratar estos temas tan delicados, cosa que no debería suceder. No tendría que intimidarme una charla con ella, porque, ante todo, estemos como estemos, Copito es mi mejor amiga. Pero, aunque mis pensamientos vayan por un lado, mi cuerpo claramente va por otro y estoy nervioso como un niño el primer día de colegio.

No he preparado un discurso o lo que tengo que decir, porque vengo con la verdad y espero que salga sola cuando la tenga delante.

Quiero que sepa que me he dado cuenta de lo mucho que la echo de menos y de que no me acostumbro a no tenerla en mi vida. Espero saber transmitirle que no la veo solo como amiga, pero no pienso prometerle nada cuando ni yo sé lo que siento. Lo único claro es que la necesito cerca tanto como estoy seguro de que ella me necesita a mí.

Si echo la vista atrás, recuerdo cada una de las veces que hemos estado en la misma situación, distanciados, alejados por mi culpa, y al final siempre hemos encontrado una solución. Esta vez no tiene por qué ser diferente a las anteriores. Al contrario, hemos crecido, madurado, y eso se tiene que notar.

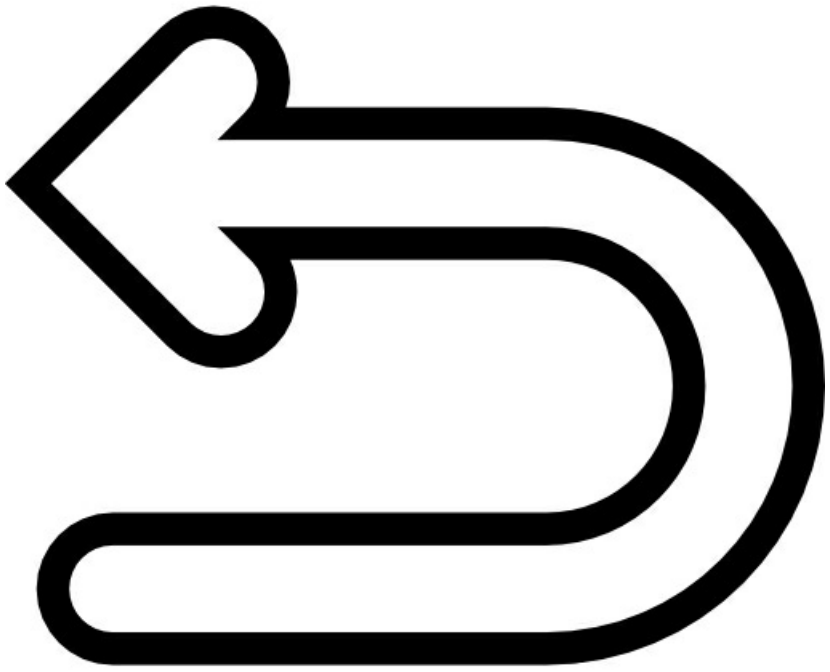
Solo que esta vez no es como el resto. Antes éramos amigos, con nuestro rollito, sí, pero ahora sé que por su parte hay sentimientos más allá de la fraternidad, de la hermandad y de la amistad que nos ha unido a cada paso que hemos dado; y, por la mía, ha tenido que irse para que me diera cuenta de que no la quiero lejos de mí, sino en mi vida, cosa que jamás hubiera podido imaginar en otros momentos.

Y pienso hacerle saber que no se me va de la cabeza y que la recuerdo a cada rato, además de las ganas que tengo de volver a sentir sus labios.

Bueno, eso último mejor me lo guardo porque, ojo, lo primero es recuperarla como amiga, y lo demás si tiene que venir, vendrá.

Como sigo hecho un flan intento concentrarme en recordar cosas bonitas que hemos vivido, y así a ver si me calmo y amenizo esta espera que me tiene en ascuas.

«Ojalá llegue pronto a casa».



Joder, ¡cuánto he vivido con ella desde niños! ¡Y a partir de aquel primer verano que lo cambió todo ya ni qué decir! Si pensaba en su vuelta de la universidad años después, en cómo volvimos a acercarnos, me daba cuenta de que entre nosotros siempre había existido algo que nos hacía no poder estar lejos el uno del otro, y cuando lo estábamos resultaba antinatural.

Hubo unas navidades en las que estuvimos demasiado cerca, tanto que parecíamos una pareja igual que Fran y Carlota, y aquello pese a lo bien que me hacía sentir, me ponía tenso; y entonces tendía a separar las cosas.

O como cuando hicimos ese viaje a Maspalomas que, pese al conflicto que tuvimos porque metí la pata, acabó siendo increíble.

Sin ni siquiera ser consciente yo mismo, ya nada era igual. Empecé a pensar más en ella y a tener cuidado con las burradas que soltaba, porque Isa me hizo saber que le hacía daño con según qué comentarios y, obvio, ella era la última persona del mundo a la que yo querría molestar con mis salidas de tono.

Tuvimos malentendidos, porque durante mucho tiempo estuvieron claras nuestras normas no escritas, pero esas cercanías que se propiciaban podían hacer que ella confundiese las cosas o viera más allá en situaciones que eran lo que eran, a sabiendas de que yo estaba cerrado a algo más y, mucho menos, a fastidiar de nuevo nuestra amistad. Por eso siempre evitaba las cenas para dos que ella quería, o los findes de semana que me proponía, pese a que me apetecían, y mucho, pero ese no era el camino por el que debíamos seguir. Y claro, esas negativas mías derivaban en conflictos innecesarios y malas caras, pero lo prefería antes que aceptar esos planes que a lo que podían llevarnos era a cosas que solo provocaban sufrir de manera innecesaria, y no estaba dispuesto. Aquel enero corté las cenas nocturnas con Isa, Fran y Carlota e, inconscientemente, puede que también por eso invitase a mis amigos a unirse al viaje a Canarias,

para evitar los tintes románticos que las situaciones podían adquirir.

Quizá resultase egoísta, porque Isa y yo estábamos genial juntos, pero sin compromisos ni rollos raros, solo nosotros cuando nos apetecía. Si bien era cierto que, aunque mi fama de mujeriego pesase sobre mis hombros, yo ya solo me acostaba con ella. No necesitaba de ninguna otra y tampoco quería que ella estuviera con otros tíos, por lo que me fustigué yo mismo por capullo cuando, en medio de la bronca que tuvimos el día de San Valentín de aquel año en que Fran quiso sorprender a Carlota y nos pidió ayuda, le dije que se buscase a un tío moñas que le diese eso que tanto anhelaba.

Realmente no pensaba lo que decía, pero mi bocaza siempre ha sido como un buzón de correos y, aunque tarde, muchas veces me he arrepentido de cosas que he podido decirle. Es lo que pasa por no tener filtros, por hacer comentarios con poco tacto, y sin pensar que tal vez decía cosas normales para mí, pero que ella podía tomar como *gañanadas.*

Puede que también me haya pasado, en alguna ocasión, recalcando que como mejor estábamos era como amigos con derechos, pero es que estaba seguro de ello. ¿Que he pecado de bruto y de directo?, sí, pero en cada momento había sido en pro de nosotros, de nuestra amistad, porque era de lo más valioso que tenía en mi vida: ella; y no podía perderla. Y siempre lo mencionaba como un mantra porque eran las palabras más verdaderas que salían por mi boca. No quería perderla por nada en el mundo y al final había hecho todo tan mal que daba pena cómo nos veíamos.

Llevaba semanas extrañándola demasiado, tanto que nunca llegaría a reconocerlo, porque ella lo llenaba todo con su presencia, con sus cosas de niña pequeña y a la vez de mujer, esa que descubrí antaño y que me acabó fascinando como ninguna otra en muchos sentidos. Lo pasaba tan mal cuando nos distanciábamos que mi único objetivo era solucionarlo, cosa que siempre sucedía, antes o después.

Hasta la maldita noche en que a Sara se le ocurrió quitarse la camiseta y lanzarse a mi cuello, con tan mala suerte que, justo cuando iba a quitármela de encima, Isa nos sorprendió y, lógicamente, pensó lo que hubiera pensado cualquiera. Ahí, al no dejarme explicarme, ni en ese instante ni durante las semanas y meses posteriores, fue cuando sentí un miedo que nunca antes había sentido. Miedo a no volver a vivir lo que vivía junto a ella. Miedo a no volver a tenerla debajo de mí. Miedo a no volver a reírnos juntos. Miedo a que se olvidara de mí, aunque sonase egoísta, justo cuando yo a ella cada vez la tenía más presente y no entendía por qué… y más cuando siempre nos habíamos tenido al lado el uno al otro. ¿Miedo a quererla sin saberlo, como decía la canción?

Pero ese miedo o vértigo era nuevo porque nunca la había visto tan sumamente dolida, fría y distanciada de mí. Manda cojones que no hubiese conseguido cuadrarme y hablar con ella, pero estaba tan enfadada y endemoniada que no quise forzar las cosas, confiando en que se le pasaría antes o después, pero no había sido así. Se me partía el corazón cada vez que pensaba en cómo debió de sentirse aquella noche en el campo cuando huyó despavorida sin dejarme detenerla.

Bajo sus pensamientos la había engañado y era totalmente normal que me odiase, pero el solo hecho de pensarlo me carcomía por dentro. Había hablado con Fran y le había pedido que le explicase el malentendido, pero Copito se cerraba en banda y no había muchas opciones para poder acceder a ella y conseguir su perdón. Pensé que quizá el tiempo se convertiría en mi mejor aliado y por eso esperé impaciente a que curara sus heridas.

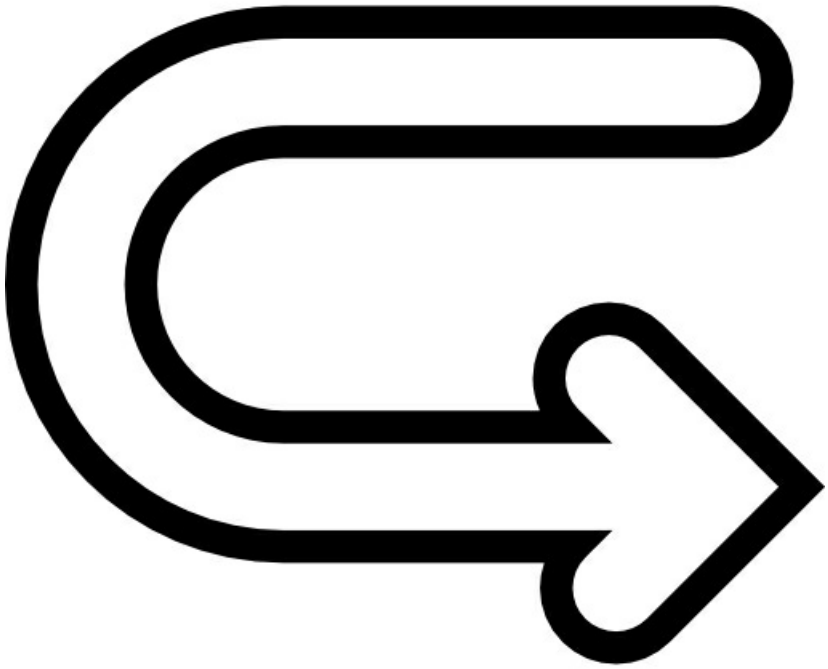
Los últimos meses había notado algunas señales de debilidad por su parte, lo que había hecho que volviera a la carga para intentar que me perdonase. Por eso me atreví a enviarle un mensaje en fin de año y le hice un pequeño detalle personal por su cumpleaños. Aposté al caballo ganador con esa foto que sabía de antemano que la iba a conmover, ya que ella siempre había definido

aquella noche de invierno que inmortalizamos como una de las más especiales de su vida. Tampoco me la tiró a la cara en la cooperativa, es más, diría que le gustó el regalo. Y no me echó del bar cuando me vio en su fiesta de cumpleaños, al contrario, con su sonrisa pude apreciar que se había sentido contenta al verme allí, pese a todo.

Poco a poco había ido viendo cómo el semáforo de su enfado pasaba de rojo a ámbar y tenía que conseguir que llegásemos al verde para retomar lo que teníamos. Y justó ahí, cuando las señales parecían indicar que podía pasar, que el verde podía estar próximo, salió con la novedad de que se marchaba del pueblo y no pudo sentarme peor. No entendía qué me pasaba por dentro, pero la noticia me jodió, sin remedio, en el alma.

Y es que Isa era mágica, siempre lo había sido y siempre iba a serlo, y tenía que pedirle perdón, tenía que hablar con ella y recuperar a mi amiga y lo que fuese que teníamos, porque quería seguir viviéndolo a su lado.

«Valiente tarugo había sido todos estos años, sí».



Y con esos pensamientos en la cabeza rondando una y otra vez, aquí sigo, en este barrio de Madrid, en la calle, esperándola, parado a unos cuantos números de distancia de su portal, tras la hilera de coches de enfrente, cuando veo un vehículo estacionar un poco más allá de donde estoy.

«Solo espero que sea ella».

Me sube y baja la bilirrubina y se me ponen los huevos en la garganta al ver que ya llega el momento que llevo esperando tanto, el de tenerla delante, frente a mí.

«Qué bonita se la ve, debe de venir de la piscina porque lleva el pelo ondulado», pienso cuando veo que es ella quien desciende del vehículo.

No me muevo de mi sitio, sino que la observo. Prefiero abordarla arriba y tener alguna opción de poder entrar y charlar con tranquilidad, ya que si me acerco ahora seguro que me cierra el

portal en las narices y no hay tu tía. Entonces sucede algo extraño, porque en lugar de abrir la puerta de su casa se gira en mi dirección y yo me agacho más para que no me vea aún. Es como si hubiera sabido que tras estos coches que me tapan estoy yo…

«Eso es conexión y lo demás son gaitas…, buena señal».

Pero mis peores temores se hacen realidad; veo que un tío bastante alto, grande, va en su dirección y en un momento determinado se coloca detrás de ella y le susurra lo que sea en la nuca.

«¡Me cago en la puta de oros!».

No pierdo ripio de la escena, me muero por saber de qué hablan, ahora entiendo a las vecinas cuando se asoman al balcón a cotillear, solo que yo no tengo esas antenas en las orejas y no me estoy enterando una mierda de nada de lo que dicen. Sigo observando en la lejanía y entonces lo veo a él acariciarle la mejilla y creo que voy a ir y arrancarle los huevos con mis manos.

«¿Pero ese tío qué hace? ¡Quita la manaza de ahí, coño!».

¡Y ella se deja!

«Joder, joder, joder, me estoy poniendo malo», pienso mientras le doy una patada a la rueda del vehículo tras el que estoy escondido como si fuera un detective.

«No, no, no… ¿Va a besarla?», me pregunto cuando veo al chaval subir la segunda zarpa en una dirección peligrosa y bordear su cuello hasta llegar a la otra mejilla.

Entonces observo como ella sonríe y se muestra tranquila, relajada con él; y mi mundo se viene abajo, el cielo cae desperdigado ante mis pies al contemplar como desaparecen juntos tras la puerta de la calle. Ahí está mi ego, hecho añicos después de haberlos visto juntos.

«Macho, aquí no pintas nada en absoluto».

«Están juntos, si no ella no lo subiría a casa con esas confiancitas». Puta vida, puto karma y mierda de existencia.

«Y el notas tocándole la cara y el cuello, tenía que haberme acercado y haberle metido un buen mamporro en toda la jeta».

«En el fondo me lo merezco todo por cazurro, ¡para qué habré venido! Ver esto me acaba de hacer polvo».

Comprendo que no tengo nada que hacer y que estos meses ha conseguido olvidar lo que sentía por mí con otro tío y ni siquiera hago ya el intento de acercarme y llamar al timbre, total ¿para qué? Aunque me joda, estoy fuera de su vida por payaso, por no haber hecho las cosas bien y haber desperdiciado demasiado tiempo sin darme cuenta de que me gusta más de lo que creía. Y ahora puedo decirlo, alto y claro, porque sé que esto que estoy sintiendo son celos.

Celos de ese mamarracho de tres al cuarto, celos de imaginarlos ahí arriba haciendo a saber qué y queriendo ser yo y no él quien esté en ese piso, acostándose con ella. Yo nunca me había sentido así por nadie y, ¡cómo duele que te coman la merienda!, como dijo Fran de broma y mira, tenía toda la razón. Y ahora ¿qué? Pues toca volver a Montaves porque está claro que he hecho el viaje para nada.

Si le hubiese dicho cómo la echaba de menos aquella tarde en el campo, cuando nos dijo que se iba, igual hasta se lo hubiera pensado, pero no… me porté como un niño malcriado y enrabietado y ni me despedí de ella. Justo castigo divino, porque ahora vengo a buscarla y me llevo la derrota puesta de sombrero conmigo de vuelta al pueblo y esta sensación tan horripilante que me está machacando por dentro desde que he visto al *espabilao* ese acariciarla como tantas veces he hecho yo hasta hace bien poco.

«Y la estará besando, la tocará y se la follará con ganas…».

Me subo al coche sintiendo cómo la he perdido y pensando en escribirle un mensaje para que

sepa que estoy aquí. Enseguida desisto de la idea porque no tiene sentido. En el fondo es la esperanza de que venga de nuevo corriendo a mis brazos, pero recapacito porque ella no se lo merece. Si ha encontrado la felicidad con ese tipo —pese a las ganas de vomitar que me da pensar en cómo la acariciaba—, ahora no tengo derecho a meterme después de todo lo que hemos pasado.

Me ajusto el cinturón de seguridad, pongo la radio y le envío un mensaje a Fran para quedar a tomarnos unos churros por la mañana temprano y arranco el coche para iniciar el viaje de regreso al pueblo con la música y los miles de recuerdos con ella, que me asaltan, como compañeros de camino.

— CAPÍTULO 35 —

Porras con chocolate y silencio

RUBÉN

Llego al pueblo hecho polvo, de madrugada, y sintiendo mucha rabia interior y enfado conmigo mismo por haberla perdido.

«Por tonto».

Ni siquiera me acuesto, me pongo el chándal y salgo a correr, necesito desfogar y liberar tensiones antes de desayunar con Fran. Tengo que pedirle que no le cuente nada a Carlota, bajo ninguna circunstancia, puesto que es como si nunca hubiera ido. Necesito que esto que ha pasado sea algo que quede entre los dos.

Tras casi dos horas corriendo, estirando y una buena ducha, me encuentro con mi colega.

—Entonces, ¿me estás diciendo que ni te vio? —analiza mi amigo tras contarle todo.

—Exacto, ni se imagina que fui a Madrid y así tiene que seguir siendo. Nadie puede saber que he ido, y mucho menos Carlota. Prométemelo, Fran, tu chica no puede olerse nada de todo esto, porque si no Isa se enteraría al momento de que he estado allí para buscarla y de que la he visto con su nuevo novio, ¡tu amiguito!, por cierto —le lanzo con cierto retintín.

—Para empezar, ¿quién te ha dicho que él sea su novio? Además, eres un cobarde, haces el viaje y ni siquiera te dejas ver, cual gallina, y actúas como la vieja del visillo montándote tu propia historia sin ni siquiera saber lo que hay realmente entre ellos.

—No soy tonto, sé lo que vi. No necesito mucho más para darme cuenta de que he llegado tarde… y de que Isa está con el tal Carlitos.

—Tendrías que haberte acercado en vez de quedarte en la retaguardia con tus paranoias y haber hablado de frente con ella, como un hombre. Ah, y no te metas con Carlos, que es una bellísima persona y no tiene culpa de nada. Él lo único que ha hecho es cuidarla y pasarlo bien a su lado desde que ella llegó con el corazón hecho papilla…

—Pues no lo hice, no me acerqué. No me jodas, ¿acaso crees que hubiese servido de algo? Vi complicidad entre ellos, tío, y fue horrible ver cómo otro le susurraba y la acariciaba. ¿Para qué iba a salir de donde estaba? A decirle… ¡eh, hola, estoy aquí y soy un gilipollas de libro!

—Pues sí. Ella seguro que se hubiera alegrado de verte.

—O se hubiera reído en mi cara, quién sabe.

—Isa nunca hubiera hecho eso. ¿Qué sentiste al verlos?

—Me jodió una barbaridad, sentí rabia y ganas de ir a soltarle a él una hostia en toda la jeta.

—¿Sabes cómo se llama eso, amigo?

—Sé lo que estás pensando y no, no son celos… —Me niego a reconocérselo—. Es solo que es ella y…

—Y nada… —me corta Fran—. Estás celoso, reconócelo. No pasa nada, es normal. No eres menos hombre por eso. El primer paso es aceptarlo. Te costará, igual que te ha costado reconocer lo que sientes… pero es que está claro.

—Ya te lo dije, no sabía ni lo que sentía, pero al verla con él sí tuve claro que no quería que estuviera con otro.

—Pues algo hemos avanzado con el viajecito, ya ves; y eres capaz de reconocer que estás

loquito por sus huesos. Por fin, macho, ¡aleluya!

—Para lo que me va a servir… Te recuerdo que está con él, ¿o no?

—Ni idea, Carlota y yo no sabemos mucho del tema.

—No te jode, no te lo crees ni tú, para presentarlos bien que os habéis metido los dos y ahora no sabéis nada, ya… Eres todo ayuda, ¿eh?

—No querrás que te hagamos el trabajo… Ahora te toca a ti luchar por ella, pero no dudes de que en lo que esté en mi mano te ayudaré, capullo, pese a que no lo merezcas, que si echo la vista atrás… ¡tenías que hacerlo solo!

—No voy a hacer nada, no tengo derecho a inmiscuirme ahora que ella parece estar bien.

—¿No ves como eres un puto cobarde? ¿En serio no piensas luchar por ella? Con todo lo que habéis pasado estos años…

—Y tan en serio, ¿qué hago si no he sabido ver más allá todo este tiempo y la he perdido? No quiero fastidiarla más, bastante ha penado ya por mi culpa. La he decepcionado mucho.

—Es muy noble que mires por ella, pero creo que vuestra historia merece algo más. ¿No te das cuenta de que Isa se fue y ni te despediste? Estaba tan dolida, tan herida… Y que, si lo dejas estar, acabará olvidándote…

—Con tu amigo.

—Y si no es con él, será con otro… Piénsalo, tantos años y cuando por fin reaccionas y ves lo que otros ya teníamos claro, tiras la toalla… ¿De verdad no te da pena?

—Claro que me da pena, pero sería egoísta ir ahora e interponerme.

—No estoy de acuerdo, tienes que hablar con ella, hacer algo, por lo menos arreglar el cómo se fue, y que sepa lo que sientes. En serio, tío, piénsalo.

—Y tú tienes que prometerme que no abrirás la boca y nadie se enterará del viajecito de los huevos.

—Prometido, pero que conste que me callo en contra de mi voluntad y que no estoy de acuerdo con que no hagas nada. No te imaginaba tan gallina.

—Ni yo a ti ¡tan tocacojones!

Mi amigo no tiene razón, no tiene sentido luchar por algo que de antemano he visto perdido. ¿Para qué voy a ir a meterme en su vida? Solo sería hacerle daño y Copito no se lo merece.

Efectivamente, han sido muchos años de jugueteo, de acostarnos sin compromiso, de enfados y piques que luego arreglábamos sobre el colchón, donde desde aquel primer día nos hemos entendido a la perfección.

«Yo siempre fui el único hombre con el que estuvo y ahora será el pijarraco ese el que se vaya a la cama con ella».

Tantas veces que la vi celosa por Sara, por la pelirroja… y nunca fui capaz de ponerme en su pellejo y pensar si a mí me dolería verla a ella en una situación parecida con otro tipo. Estaba tan acomodado, tan bien con lo que teníamos, que no veía más allá por mi alergia a las relaciones.

Había visto cómo mi madre le puso los cuernos a mi padre con el que entonces era nuestro vecino —todo un escándalo en el pueblo y en la comarca—, siendo yo un chavalín, y cómo se había marchado de casa dejándolo hecho mierda durante años, tanto que le costó reponerse y nunca más volvió a tener una relación estable con ninguna otra mujer. Yo había crecido viéndolo disfrutar de la vida con unas y otras, sin complicarse, y había adoptado su filosofía de vida para que nunca pudiera pasarme lo mismo, ninguna podría dañarme y destrozarme el alma como le había pasado a mi progenitor.

Lo cierto es que siempre me había ido bien siguiendo mis propias normas: ser claro desde el minuto uno, intentar explorar nuevos horizontes y no repetir. En todo momento dejaba clarinete

que las relaciones no iban conmigo y me dedicaba a disfrutar. Por el pueblo decían que de tal palo tal astilla, me veían igual de mujeriego que a mi padre y a mí me sudaba el nabo lo que la gente pensase. Si así había vivido bien toda mi vida, no tenía sentido cambiarlo.

En mis planes no entraba engancharme a Isa, porque salvo aquella vez cuando teníamos dieciocho y tuvimos un conato de algo, el resto siempre ha sido dejando los sentimientos a un lado. Lo que no veía era que ella los tenía bien dentro de la ecuación. Y lo peor del tema es que he dejado que se vaya del pueblo sin mover un jodido dedo cuando sé que le hice daño, aunque fuese un malentendido, pero cada vez que recuerdo su expresión al vernos a Sara y a mí aquella maldita noche, me siento como una puta mierda. Ahora sí que sé lo que ella sintió.

¿Qué derecho tenía yo de presentarme allí para buscarla, cuando sabía que estaba con otro? Bueno, no tenía la certeza, pero blanco y en botella…

Y encima viene la despedida de mis amigos, donde estaremos los tres sí o sí, y me va a tocar aguantar estoicamente, viendo a la parejita feliz, y meterme la lengua en el culo.

El día acaba siendo un horror, ya que no dejan de venirme a la cabeza las imágenes de Isa con él y me retuerzo de la mala leche. Ya los veo en todas las posiciones, emparanoiado perdido, y algo me corroe por dentro. Sí, estoy celoso… vale ¿y qué? Alguna vez tenía que ser la primera, y manda pelotas, qué mal lo he hecho todo teniendo en mis manos el poder estar con ella y haber descubierto, llegados a este punto, que igual sí podíamos haber funcionado juntos, como pareja y, en cambio, ella está a trescientos kilómetros en brazos de un tío que para más inri la hará feliz. Y yo tendré que aprender a convivir con ello y ahogar esta maldita sensación que estoy sintiendo y que no me deja estar tranquilo.

Cuando caigo en la cama soy consciente de que no he parado de pensar en el tema, no he tenido ni un minuto de tranquilidad y solo espero que venga un nuevo día y esta zozobra se vaya pasando, porque si no voy a volverme un jodido chiflado de darle tantas vueltas a lo mismo.

Solo que en los días siguientes sigo en la misma tónica y ya no sé qué hacer para sacar esas imágenes de mi cabeza. Los veo repetidamente, una y otra vez, y no puedo con ello… ardo de rabia e impotencia.

Sin duda, ha sido un revulsivo dentro de mí. Me parece de puta coña el efecto que unos minutos han causado en mi persona. Esto viene de muy atrás, está claro, pero por más que lo analizo no sé cuándo empezó esta locura, en qué momento nuestra amistad se transformó en amor, y me martirizo una y otra vez, mientras me desfogo en el gimnasio pensando en cómo no fui capaz de darme cuenta antes.

El dichoso Terry, la noche de aquellas navidades hace tantísimo cuando le regalé el osito, el accidente que tuvo por mi culpa, su primera vez y lo que ambos sentimos…

«¿Y si siempre ha sido así y no he querido darme cuenta?».

Tiene toda la lógica del mundo, porque sí, he sido un mujeriego —no lo voy a negar a estas alturas—, pero desde que empezó el rollo con Isa nunca he tenido la necesidad de buscar nada en otras personas porque nos teníamos el uno al otro.

Y se fue a la universidad y estuve con tías, sí, pero recuerdo que pensaba en ella, incluso las comparaba, porque los encuentros con unas y otras no tenían nada que ver a cuando Isa y yo estábamos juntos.

«Qué puta locura todo».

— CAPÍTULO 36 —

Y llegó la despedida de solteros

RUBÉN

Empiezo el día bastante desganado, no me apetece nada presenciar lo que sé que voy a ver y encima, por qué no reconocerlo, tengo los huevos puestos de corbata.

Hoy voy a volver a ver a Copito —acompañada de él, claro— y no tengo ni la más remota idea de qué va a pasar. Va a ser una situación muy complicada porque tenerla tan cerca y a la vez tan lejos me va a escocer mucho, lo sé. Aun así, voy a procurar dejarla tranquila y no interferir en nada para no complicarle la vida, pero eso no quita que me haya puesto mis mejores vaqueros y vaya hecho un pincel.

«Parezco un chavalín ante su primera cita… ¡Qué lástima!».

Ambos grupos —chicas y chicos— quedamos en el punto acordado por la mañana temprano y es ahí donde por fin llega el momento tan esperado y, en la lejanía, con bastante distancia de por medio, nuestros ojos inevitablemente se encuentran después de estos meses. Tal y como esperaba viene acompañada por él y detrás van otros dos tíos más.

«Se multiplican como los panes y los peces detrás de ella, madre mía, pero no me extraña porque está preciosa, como siempre».

Conforme se va acercando se forma revuelo y las chicas salen corriendo a su encuentro mientras los chavales llegan donde estamos y se van presentando al resto de la gente, incluido un apretón de manos a mí.

«Uy, uy, uy, Carlitos, que es de los de mano rata muerta —blanda— al saludar…, desde luego, le pega todo ser un pijo *flojindango*. Rubén, céntrate, esto no ha empezado y ya pareces una maruja criticona».

Me doy cuenta de cómo entre la multitud Isa se escabulle de saludarme a diferencia de lo que hace con el resto, pero no hago nada por remediarlo. Sigue enfadada y me lo merezco. Por un instante, estoy tentado a forzar el encuentro, pero no quiero provocar una incomodidad en ella a primera hora de la mañana, ya que tenemos demasiado día por delante. Ambos somos conscientes de que estamos aquí, porque por mucho que ella quiera disimular nuestras miradas coinciden en varias ocasiones, aunque enseguida retira la suya al sentirse descubierta.

«Puede que en el fondo le siga importando, a pesar del otro *tontaino*».

Cuando vemos aparecer a los tortolitos —Fran acompañado de su hermana y Carlota junto a la suya, Tina, Borja, su cuñado, y su amiga Luisa— nos abalanzamos sobre ellos para taparles los ojos y que no vean hacia dónde nos dirigimos a celebrar su fiesta de despedida. Una vez con las vendas puestas, los separamos para el trayecto y en varios coches emprendemos el camino hacia Playa Pita.

Veo como el tío potroso le abre la puerta del coche a Isa, muy caballeroso él, sí.

«Con lo princesita que es Isa, ya la tendrá en el bolsillo».

Y en una milésima de segundo pienso en ir a estampársela en los morros para quitarlo de en medio, de entre nosotros, pero me contengo con rabia al ver como ella le sonríe agradeciéndole el gesto.

«Grrr, vete a tu casa chaval».

Llegamos al pantano y organizamos todo antes de que bajen los novios. Cuando pongo el pie en ese lugar me vienen *flashbacks* de todas las veces en las que Isa y yo estuvimos allí perdidos de todo y de todos, disfrutando juntos de nosotros. Me siento triste. Esto ya lo hemos vivido, y sin poder contenerme levanto la cabeza y la observo. Por su expresión apuesto que ha pensado y sentido lo mismo que yo. Vuelvo a dudar de si debo acercarme y decirle algo, pero el principito se me adelanta y antes de que quiera darme cuenta ya está pegado a ella.

«Qué jodido es esto, la hostia».

Cuando Fran y Carlota descienden de los vehículos y se quitan las vendas muestran su sorpresa y enseguida sabemos que les ha encantado la idea.

Y efectivamente es un acierto, porque con el día que hace disfrutamos del agua como niños, con la música de fondo en todo momento mientras picoteamos aperitivos y nos inflamos, todo sea dicho, a copazos y mojitos.

Organizamos juegos picantes para competir ambos equipos, una *gymkhana* subidita de tono para los novios donde nos reímos como cosacos cuando a base de prendas dejamos a mi amigo y a su futura esposa casi en pelotas, pero también alucinamos con cómo se compenetran.

«Nosotros siempre nos complementábamos de lujo también, apenas teníamos que hablar y ya sabíamos lo que estábamos pensando o lo que íbamos a decir».

Estoy pendiente de sus movimientos y me gusta ver cómo disfruta con las chicas. Carlota y Copito se abrazan a cada rato y Laura y Natalia están también con ellas. Me alegra porque a lo largo de la mañana Carlos apenas ha tenido margen de maniobra para estar con ella.

—¡Jódete, listillo! —murmuro, pero no sé a quién quiero engañar cuando el jodido soy yo, ya que él tiene todo el tiempo del mundo para verla y estar con Isa en Madrid.

—¿Qué miras? —me pregunta Fran acercándose por detrás.

—¿Tú qué crees?

—¿Ya habéis hablado?

—Ni me ha saludado, tío. Y la cabrona lo ha hecho de puta madre para que nadie se diese cuenta de nada.

—Tenías que haber ido a saludarla tú, seguro que ella lo estaba esperando.

—No creo…

—Eres tonto, macho, parece que no la conoces…

—Ya te dije que voy a dejarla en paz.

—Sigo diciendo que te equivocas y que le debes una disculpa cuanto menos.

—Eso no hace falta que me lo recuerdes y, si encuentro el momento, intentaré hablar con ella… Claro, si tu amigo el baboso me deja, que está el tío ahí al acecho y en cuanto la ve sola se agarra a ella cual garrapata. ¡Menudo petardo!

—Anda ya, busca la ocasión y déjate de excusas —dice Fran descojonándose de mí.

—Sí, tú ríete… Arrieros somos…

—No te cabrees, pero entiende que verte celoso es un filón tan grande para putearte por todas las veces que te has reído tú de mí que tengo que aprovecharlo. ¿Tengo que recordarte aquel primer San Valentín que pasé con Carlota? Ejem, ejem…

—Bueno, es que tus torpezas fueron épicas aquella vez, macho. Eso quedará para los anales de la historia.

—Déjate de anales que como no hagas algo, por ahí sí que te van a dar a ti…

Mi amigo tiene razón y debería moverme. Ser valiente, acercarme y delante de todos pedirle perdón y decirle que no se quede con ese tipo, pero yo no valgo para esos numeritos con público y menos aún cuando veo que está con él y que le daría igual cualquier cosa que pudiese decir a

estas alturas.

Sigo observándola desde lejos, desde el corro con los chicos, mientras nos hacemos unos mojitos y brindamos por Fran diciéndole aquello de: «Te casaste y la cagaste». Ella disfruta del sol con sus amigas, supongo que poniéndose al día, y por un momento pienso en cuánto me gustaría volver a aquellas veces donde nos tirábamos horas tumbados sobre la misma toalla, retozando en ese mismo sitio donde ahora está con Laura, Carlota y Natalia.

La hora de la comida llega y me toca mucho la moral ver como el chaval, sin disimulo ninguno, se acerca a su lado poniéndose en cuclillas, ofreciéndole un refresco. A continuación, ella le hace un gesto y él se sienta bien pegado; apuesto a que ya no se mueve de ahí ni con agua caliente.

«Tío listo, le ha salido de lujo la jugada. ¡Será cabrón!».

Decido colocarme al lado de Fran, para por lo menos echarnos unas risas y olvidarme de ellos, pero no puedo ignorarlos y me dedico, cual detective, a controlar desde el otro lado lo que sucede entre esos dos.

«No pierdo ripio de ningún movimiento, el único problema es que no los oigo, ¡mierda!».

—Deja de mirarlos, Rubén, que pareces un portero espiando —me pide Fran al rato, viendo que no les quito el ojo de encima a ese par que tengo enfrente, al otro lado del círculo que hemos formado para comer todos juntos.

—No puedo, míralos… si se comporta con él como si lo conociese de siempre.

—Carlos hace sentir bien a la gente, ese chico tiene un don.

—Sí, tú encima cuéntame sus virtudes para que me sienta peor, ¡no te jode!

—Que las tiene y muchas, por cierto —me vacila el cabronazo, riéndose.

—¡Vete a tomar por culo!

Le mando a él a ese lugar, pero de buena gana me iría yo porque se me atraganta la carne a la brasa en la garganta cada vez que veo como el cansino ese se le acerca para decirle cualquier chorrada al oído o aprovecha para tontear con ella e Isa le sonríe o le guiña el ojo.

«¿Dónde quedó la timidez de mi Copito? Habrán follado, seguro, y por eso ella se siente cómoda con él, como si fueran íntimos».

Con ese pensamiento me da una punzada de dolor y me fustigo por lo idiota y ciego que he estado dejándola escapar hasta el punto de tener que tragar ahora con verla al lado de otro tío comiéndosela con la mirada frente a mí y contemplando, sin poder hacer nada, cómo ella se deja encandilar encantada. Pero no puedo culparla, al contrario, si Isa está bien así yo me aguantaré, aunque no deje de arrepentirme cada día.

En el postre, Tina y Borja son los encargados de sacar del refrigerador portátil que hemos traído la sorpresa que tenemos para los novios: dos grandes figuras de chocolate, una con una forma fálica para Carlota y la otra con una silueta de dos tetas para Fran, ambas rellenas de leche condensada y con nata, y que les hacemos morder y chupar con las manos atadas a la espalda. Carlota no quería ordinarieces, pero esto nos pareció divertido, sin pasarnos de cerdos, para dar un punto picante a la comida, junto con los panes con formas eróticas que hemos jalado con la carne.

No sé cómo soy capaz de contenerme cuando veo al *tontuzo* pasar un dedo lleno de leche condensada por la nariz de Isa, ante la cara de sorpresa de ella, en un intento cutre de simular una escenita típica moñas.

«Debe de saber que a Isa le encantan las moñerías y está sacando toda la artillería el muy notas. ¡¿A que le meto?!».

La tarde transcurre en la misma tónica. Copas, música, baile… y cuando creo que ya nada me

va a sorprender ni a dar más coraje, veo como el babas se la lleva al agua y empieza a salpicarla.

«Este payaso se ha hecho una maratón de pelis románticas y no va a dejarse ni un solo cliché por quemar, pufff ¡qué *pringao*! ¡Dios santo! ¿Y este tío le gusta a Isa? ¿De verdad me ha cambiado por él?».

—Te voy a decir una cosa. Tu amigo será una bellísima persona y todo lo que tú quieras, pero no me jodas, es tonto del culo. ¿Tú estás viendo eso? —le digo a Fran señalando en dirección al agua, donde están ellos bañándose.

—Yo no veo nada raro, están pasándolo bien. Todos estamos disfrutando, deja de rayarte, Rubén.

—Claro, para ti es fácil decirlo, ¿no?

—Cada uno se complica lo que quiere. Yo he aprendido que cuando quiero algo que está a mi alcance hay que ir a por ello. Tú deberías hacer lo mismo, ahora que la tienes a dos pasos.

—No puedo ir y decirle nada, está con él.

—Vamos a ver, Rubén, deja ya de montarte historias. ¿Tú los has visto besarse o algo parecido? ¿No te parece muy precipitado tirar la toalla antes de intentar hablar con ella? Deja de justificarte y haz algo o vas a perderla para siempre.

—Creo que ya es tarde, ¿no la ves? Encantada de haberse conocido, jugando con él, como si fueran dos tortolitos… ¡y en mi puta cara!

—Hombre, no pretenderías, con la cantidad de veces que tú te has dejado adorar por muchas en su cara, que ella hoy guarde las apariencias o no disfrute por no molestarte a ti, cuando además piensa que su presencia te es indiferente.

—Es que tienes razón, ¿te das cuenta de que lo he hecho todo mal con Copito?

—No te martirices, lo importante es darse cuenta de lo que hay e intentar ponerle remedio. No te digo que quieras tener una conversación de horas aquí, precisamente ahora, pero lo mínimo sí que deberías intentarlo.

—Tengo que pedirle perdón, tienes razón, aunque sea lo único que le diga hoy.

—Bien hecho, amigo.

Cuando la nueva parejita sale del baño ya va anocheciendo y me trago la escenita de cubrirle los hombros con la toalla ante las risitas y los coros de las chicas, que la jalean mientras ella se dirige hacia donde están y él vuelve al agua, donde creo que nos va a deleitar con una exhibición de natación para fardar ante el sector femenino.

Sigo con la mirada cómo Isa se separa de ellas y se retira hacia donde están sus cosas, intuyo que para vestirse ya. Salgo a su encuentro con más miedo que vergüenza por si me manda a freír espárragos.

—Ey, quiero que hablemos —le digo, ante su mirada de sorpresa.

—Un poco tarde, ¿no?

—Bueno, mejor tarde que nunca, eso dicen…

—Déjate de frases baratas y vete, por favor.

—Escúchame, necesito pedirte perdón por cómo me comporté cuando te fuiste y, bueno…, por tantas cosas.

—Repito, demasiado tarde. Has tenido todo el santo día para venir a hablar conmigo. Vamos, es que no has sido quién ni para venir a saludarme esta mañana… ¿Te parece bonito?

—Tú tampoco lo has hecho, no sé… No quería molestarte.

—Venga, Rubén, a otro perro con ese hueso. ¿De qué vas? Que nos conocemos… Sabías de sobra que eras tú el que tenía algo que decir y has dejado pasar el día, encima pensando que yo iba a venir a hacerte la ola y a tirarme a tus pies como siempre. Pues lo siento pero no, y de

verdad… prefiero que lo dejemos estar.

—Déjame pedirte perdón, por favor.

—Perdonado, así te quedas con la conciencia tranquila y me dejas en paz.

—No hagas esto, Isa, por favor.

—¿Qué estoy haciendo según tú? Dejar que no me sigas fastidiando y, por una vez, mirando por mí, que es lo que debo hacer. No puedes, después de todo tu desinterés y pasotismo, venir a reclamarme nada.

—No quiero reclamarte nada, solo quiero que… —No puedo continuar porque nos interrumpe Carlos.

—¿Algún problema, Isa? —pregunta él viniendo hacia nosotros.

—Buenooo, el que faltaba, tú no te metas, chaval, que esto es entre ella y yo —le espeto de malas formas, porque no pinta nada y no tiene que venir de salvador del mundo a rescatar a su dama.

«Será gilipollas, viene de caballero andante ahora».

—Me meto lo que quiero porque ella —refiriéndose a Isa— me importa y no quiero que sigas haciéndole daño —ataca él, para hacer sangre y seguir humillándome.

—¡Vaya! —la miro, inquisidor y dolido a la vez—, qué bien informado está de todo. ¿Le has contado también cómo follábamos?

—¿Por qué no te piras y nos dejas? —me pide él, sobrado.

—Y tú, ¿por qué no te callas? —le contrataco yo, cada vez más encendido.

—Ey, ey, ey, chicos… Vamos a dejarlo estar, que esta es mi fiesta de despedida y no quiero ver malos rollos entre mis amigos, sino que lo pasemos de cojones —pide Fran, que se acerca rápido ya que estaba observándonos desde lejos.

—Tienes razón, amigo —recalco, contemplando a Isa—. Déjalo, aquí ya no tengo nada que hacer.

Malhumorado, dolido y jodido. Así me quedo tras ver como ella ni se molesta en largarlo para hablar conmigo. Puede que sea tarde, sí, pero después de todo lo que hemos pasado juntos, qué menos que dejar que me explicase o me disculpase, pero ni eso.

No vuelvo a acercarme ni a mirarlos en toda la noche y la despedida continúa hasta casi la mañana, por lo que me refugio en mis amigos perdiendo la cuenta del alcohol que ingiero y que, antes o después, tendrá que salir de mi cuerpo.

Carlos 1- Rubén 0.

Está más claro que el agua y lo peor es que todavía queda la boda, donde tendré que volver a ver a la parejita feliz, si es que lo son, porque también lo dudo tras los comentarios de Fran y ver lo pavisoso que es el Romeo este de pacotilla.

«No se han besado, ni he visto nada más allá del tonteo o intento de arrimamiento de cebolleta por parte de él».

— CAPÍTULO 37 —

Podemos intentarlo

ISA

—Me sentí fatal, Carlota. En serio, es que me ignoró todo el día. No fue quién ni para venir a saludar. Desinterés total por su parte.

—Valiente capullo el rubiales. Si lo hace peor aposta, no le sale.

—Ya, pero ni un ¡hola! cuando nos encontramos… ¡Nada! Es muy fuerte.

—No sé qué se le pasa por la cabeza, igual no se atrevió porque te hacía enfadada con él.

—Y lo estoy, y por eso mismo, con más razón, tenía que haberse acercado y haber dicho todo lo que luego quiso decirme al anochecer. Un par de copas y que si quiero hablar, déjame decirte, quiero pedirte perdón… si tanto tenía que decir, ¡anda que no hubo día!

—¿Te arrepientes de no haberle dejado hablar?

—A ver… por un lado no, porque si dejaba que volviese a comerme la oreja, al final a saber lo que hubiera pasado. Ya sabes cómo es y cómo actúa. Me fui de aquí para salir del bucle y no he vuelto para caer en él. Pero, tía, por otro lado, me mata la curiosidad por saber lo que quería explicarme. Se le veía tan real, queriendo hablar tan de verdad como pocas otras veces, no sé.

—Vamos, que te arrepientes, está claro.

—Hice lo que tenía que hacer, luego también Carlos nos interrumpió y ya no hubo lugar.

—Fran dijo que casi se dan.

—Sí, tal cual. Si tu amorcito no llega a intervenir, se hubieran peleado porque estaban en modo gallito, pero no solo Rubén, el otro también.

—¿Y eso te gustó?

—No, no me gustó nada. Sinceramente, Carlos no tenía que haberse metido. Nosotros no tenemos nada y él sabe lo que hay. A saber lo que pensó Rubén al verlo defenderme así…

—Pues está claro que Rubén cree que tenéis algo. Fran no lo sacó de su error adrede.

—¡Que piense lo que quiera!

—¿Seguro que no te importa?

—Yo qué sé, amiga. Esto está siendo muy difícil. Pensaba que alejándome de todo sería más sencillo, pero no… Y es volver a verlo y, aunque se portase horrible y mostrase ese desinterés, a mí se me sigue removiendo todo.

—Los recuerdos, que son unos cabritos —asevera Carlota.

—Los recuerdos, las canciones y su actitud…

—Sí, esa es otra… porque tú dices que mostró desinterés, pero yo cada vez que lo miraba tenía los ojos puestos en Carlos y en ti. Para mí está claro que está celoso.

—¿De verdad lo crees?

—Sí, estoy convencida. Ya te lo dije aquella vez cuando nos fuimos de vacaciones, ¿te acuerdas de lo que pasó cuando conociste a Terry en la playa? Estaba tan pendiente que no os quitaba el ojo, pues en la despedida igual.

—Bueno, a saber… Esa vez, si estaba celoso, no hizo nada por remediarlo. Él es así, que no le toquen lo suyo pero él ¡fiesta!

—Oye, ¿y Carlitos? ¿Qué hay con él?

—¿Conoces la definición de hombre perfecto? Pues Carlos lo es. Tal cual.

—*Buahhh*, entonces dentro de nada te tiene entre las piernas —suelta Carlota, borrica como ella sola.

—Pero mira que eres marrana. No es tan fácil. Tú sabes que no ha pasado nada…

—Pero va a acabar pasando, seguro. Si es don Perfecto sabrá llevarte al huerto.

—No sé si quiero conocerlo aún en ese terreno.

—Por querer quieres, otra cosa es que no te olvides del otro huerto, o siendo claras, del nabo del amigo Rubén —asegura ella, arrancándome una sonora carcajada.

—No es eso, cerda. Pero no sé si estoy preparada para eso sin haber olvidado al otro.

—Puede ser un buen comienzo para explorar, jugar… Como dice la canción: «Déjate querer, mujer, déjate querer…».

—Ya, pero no quiero jugar con Carlos. Entre lo informadito que lo tenéis vosotros y lo que yo le he ido contando, él sabe lo que hay.

—Bueno, tiempo al tiempo… Tienes meses por delante hasta que acabes el curso y… ya se verá.

Mi amiga tiene razón, el tiempo es el mejor aliado y hasta la boda faltan tres meses, en los que no volveré a ver ni a saber de Rubén, por lo que espero estar tranquila y poder seguir conociendo a Carlos, como amigos.

Si acaba pasando algo, cosa que dudo, el tiempo lo dirá.

Y lo cierto es que, entre el curso, que apenas me deja tiempo libre, y las salidas con mis compañeras, con las que he entablado una buena relación, pasan los días volando. Muchas tardes al salir de clase acabamos cenando unos bocatas de calamares o lo que nos apetece en los bares más castizos de la ciudad. Incluso una tarde muero de vergüenza cuando me llevan a conocer un sitio de gofres deliciosos con formas de genitales. El primer bocado al pene recubierto de chocolate lo doy con la cara roja como un tomate y subiendo, ante la risa de ellas —mi timidez y yo—, pero a partir del segundo lo disfruto con mis nuevas amigas. Los fines de semana continúo quedando con Carlos y sus amigos, y me siguen descubriendo rincones de la ciudad que son una preciosidad. Me río una barbaridad cuando nos montamos juntos en las barquitas del Retiro y casi acabamos en el agua en pleno noviembre por hacer el tonto, como Paco Martínez Soria en aquella película tan famosa en la que se enamoraba a los sesenta. Hacemos excursiones para pasar el día en la sierra y vamos a teatros y musicales que me hacen enloquecer. Me he aficionado a recorrer el Rastro los domingos y siempre encuentro algo que me encandila, tanto como pasear por la Gran Vía de noche observando la calma de la ciudad, que conforme llega diciembre empieza llenarse de gente por todas partes, de alegría, de luces preciosas en las calles, escaparates iluminados, árboles encendidos y todo ello en mil colores para dar la bienvenida a la Navidad y, pese a eso, sigo extrañando mi Montaves del alma.

En un abrir y cerrar de ojos estamos haciendo las maletas para el gran día de Fran y Carlota y, con ello, viajar de nuevo a mi tierra.

—Sé que para ti es complicado regresar al pueblo porque vas a volver a ver a tu ex —me comenta Carlos la noche antes de partir, sentados los dos en un banco de plaza de España, al lado de un árbol de Navidad majestuoso y precioso que han colocado hace pocas semanas.

—Nunca llegó a ser mi ex, ya lo sabes.

—Tienes razón, pero me da mucho miedo, porque todos estos meses han sido tan geniales a tu lado que no quiero que se queden solo en eso.

—Yo también lo he pasado muy bien contigo y seguiremos haciéndolo.

—Isa, me gustas mucho. Y, perdóname que te lo diga, sé que has salido de algo muy difícil y

que probablemente no quieras ni oír hablar de relaciones, pero tengo que ser sincero, puesto que ya no somos unos niños.

—No sé qué decirte, Carlos…

—Dime que sí, probemos. Vamos a intentarlo, no tenemos nada que perder y sí mucho que ganar. Prometo respetar tus tiempos, no tengo prisa para nada, pero me gustaría que pudiéramos intentar construir algo verdadero.

—¿Por qué siempre haces todo tan bonito? Fíjate, lo que nos rodea parece una escena de una novela romántica o de cualquier película de amor.

—Anda, uno tiene sus trucos y tú sabes que voy a por todas contigo. Es una lucha contra el fantasma de tu querido Rubén y contra ti misma, así que tengo que jugar con cartas ganadoras.

—Ya veo ya, eres un cielo. Creo que por eso conectamos tan rápido. Sabes entenderme y darme en cada momento lo que necesito.

—¿Eso es un sí? —pregunta impaciente Carlos.

—Es un tal vez, un podemos probar… pero no te garantizo nada. No me perdonaría engañarte ni mentirte, pero quiero que sepas que me siento genial, muy a gusto a tu lado y también quiero que sigamos descubriéndonos. No te voy a negar que volver a ver a Rubén me tiene inquieta, pero es algo con lo que convivo desde que nos conocemos, por lo que no creo que vaya a pasar nada.

—Recuerda la despedida, él quiso hablar contigo.

—Lo recuerdo, pero han pasado meses y él ya estará acostándose por ahí con cualquiera y nosotros estamos aquí, disfrutando de esta noche tan bonita, así que dejemos de hablar de él.

—Me parece bien, y ahora, mi chica, te invito a un chocolate con churros mientras damos un paseo.

—Me gusta como suena.

—¿Lo del paseo y el chocolate?

—Apetecible, todo resulta muy apetecible.

— CAPÍTULO 38 —

El gran día ha llegado

ISA

Isa:
Carlos me ha besado y ¡me ha pedido que probemos a salir juntos!

Carlota:
Wowww.
¡Toma ya, sorpresón!
¿Cuándo ha sido?

Isa:
Esta noche, hace un rato.

Carlota:
¿Y?
¿Qué se ha llevado?
¿Un sí o una patada en el culo?

Isa:
Le he dicho que podemos intentarlo.
Ah, y me ha llamado «mi chica», ja, ja.

Carlota:
El que no corre, vuela.
Está visto.
¿Y qué has sentido?

Isa:
Me ha parecido superraro, no sé… extraño.

Carlota:
Normal. Oye… ¿y por qué hoy, todo así de golpe?

Isa:
Supongo que porque vamos para allá, porque me quedo unos días por Navidad…

Carlota:
Claro, y estará acojonado porque vas a volver a ver a Rubén sí o sí y ha querido echarte el lazo antes.
Vamos, te ha meado en la patita.
Es listo el *jodío*, ¿eh?

Isa:
Puede, me ha dicho algo parecido.

Carlota:
¿Y tú estás segura?

Isa:
Pues si te digo que sí te miento, estoy muerta de miedo, pero a la vez estoy bien con él, aunque no sienta lo que sentía por Rubén ni parecido, pero me merezco poder intentarlo.
Con Carlos todo es distinto.
Me trata genial, me río… ya lo sabes.
Igual ha sido pronto para esto, tal vez me apresuré, porque no quiero hacerle daño.

Carlota:
¿Miedo de qué?
¿Nerviosa por ver a Rubén?

Isa:
1. Por hacerle daño a Carlos.
2. Expectante por Ken, sí.

Carlota:
No puedes controlar lo que pase, esto es y será siempre el cuento de nunca acabar, chochona. Lo verás de nuevo y ¡zasca!, otra vez las bragas al suelo, como si lo viera…

Isa:
¡Bruta! No le digas a Fran nada aún de lo que te acabo de contar.

Carlota:
Tranquila.
Te espero en la casona, ven prontito.

Isa:
Claro, en cuanto lleguemos vamos para que los chicos se instalen. ¡¡¡Descansa!!!

Carlota:
No puedo dormir, llevo días atacada.

Isa:
Todo saldrá genial.

Carlota:
Estoy segura, pero voy a casarme con el amor de mi vida y eso IMPONE UN HUEVO ☺

Isa:
Pues como no duermas, el amor de tu vida no te va a reconocer de las ojeras que vas a tener pasado mañana.

Carlota:

Calla, mala amiga, ja, ja, ja.

Isa:
Buenas noches, *darling*, ¡te quiero!

Llegamos a Montaves por la tarde y directamente aparcamos en los alrededores de la casona, por las cabañas, que es donde Fran ha insistido en que se hospeden sus amigos. Nos reciben con todo el cariño del mundo, como siempre.

No obstante, no queremos ser imprudentes, ya que por la noche los padres de Carlota han organizado una cena familiar a la que yo sí estoy invitada —por cuestión de cercanía— y ahora la están preparando, por eso nos despedimos rápidamente de todos hasta dentro de un rato. Acompaño a los chicos a instalarse y me despido hasta el día siguiente para dirigirme a la casa de mis padres y pasar unas horas con ellos antes del evento de esta noche. El tiempo se esfuma, como siempre que estoy en casa, y enseguida estoy llamando de nuevo a la puerta del hotel, arreglada para la ocasión. Tina y Borja me reciben. También aparece Javi, el sobrino mayor de Carlota, corriendo y peleándose con Alejandra.

—Todo el día igual estos muchachos, ¡quietos! —les vocea Tina para que paren.

—Es ella, mamá. Quiere salir luego con Gonzalo y conmigo y ya le he dicho que no, que es noche de chicos —contesta él enfadado con su hermana.

—Si estuviese Martín seguro que no le importaría que me uniese —se defiende la chiquilla, que ya no es tan niña, muy segura de sí misma.

—Pues te recuerdo que el año pasado, con Martín incluido, la última salida de despedida fue de chicos…

—Pamplinas, dejaos de historias, que no estamos para peleas.

—Tienes razón, mamá —contesta pelota Javi, enfadando aún más a su hermana.

—Pues cuando Martín venga yo saldré con él…

—Que sí, pesada, que sí… —responde su hermano sin darle credibilidad alguna.

—Ven, Isa —me coge Alejandra de la mano—, vamos a ver a la tita, que verás qué guapa está. Dejemos al chulito este aquí, que me está poniendo negra…

—¿Quién es Martín? —le pregunto cuando nos retiramos un poquito, dado su interés en salir con él.

—Es mi mejor amigo aquí en Montaves —me responde ella sonriente y, por cómo lo dice, me temo que está coladita por los huesos del tal Martín.

Y justo cuando vamos a abandonar el salón de la casona, escucho esa voz que toda la vida me ha perturbado y mi cuerpo da media vuelta, mientras aprieto con fuerza la mano de la pequeña.

Él, tan increíblemente atractivo como siempre. Engominado, con un abrigo negro que no le llega a la rodilla y un pantalón oscuro. Debe de tener activado el modo depredador y eso se nota a la legua porque lo veo irresistible. Él, perturbador y seguro de sí mismo. Él, canalla y tierno cuando quiere. En definitiva: él.

Me observa. Nada más girarme, mis ojos se encuentran con los suyos y siento su mirada recorriendo mi cuerpo de arriba abajo y abrasando mi piel a su paso.

«Eso no ha cambiado».

Lo que sí cambia es que, a diferencia de cómo actuó en la despedida, enseguida se dirige hacia mí para saludarme y eso me hace apretar aún más fuerte la mano de Alejandra, que, de manera instintiva, me pone encima su otra mano y presiona fuerte.

—Me alegro de verte —susurra en voz baja mientras me da dos besos demasiado lentos, en lo que a mí se me hace una eternidad de tiempo, y tan cercanos que me asustan por lo que me hacen

sentir: un huracán arrasando mi cuerpo, el mismo que podría levantar mil hojas de árbol caídas en el suelo y arremolinarlas con fuerza mientras las mantiene vivas bailando en el aire durante un tiempo indefinido, con esa intensidad que es inigualable, como el efecto que él sigue teniendo sobre mí, aunque me cueste reconocerlo.

—Igualmente —le correspondo, desconcertada, sin saber muy bien qué decir—. Vamos a ver a Carlota, Ale —me dirijo a la pequeña, rompiendo el momento y queriendo hacerme invisible ante sus ojos porque esa mirada de fuego que me echa puede conmigo y si continúo frente a él corro el riesgo de derretirme. Mi amiga diría que el efecto mojabragas sigue vivo.

Carlota está despampanante. Lleva un vestido de noche azabache, de manga larga ribeteada en azul y escote en pico, con unos pendientes de cristal muy largos. Se ha recogido el pelo hacia un lado con un pasador y le queda alucinantemente bien.

—Madre mía, amiga, estás espectacular.

—¡Cómo me alegro de que estés aquí! ¿Preparada?

—Abajo está Rubén, tita —le cuenta Alejandra—, y está guapísimo. Es como Ken, el de la Barbie.

—¿Yyy? —me pregunta.

—Saltaban chispas cuando ha saludado a Isa, no veas cómo la miraba. Todos nos hemos callado y ufff… un momentazo que te has perdido. Está como un queso —responde con rapidez la jovencita—. A ti te gusta él, ¿verdad, Isa?

—Ale, ya lo entenderás cuando seas más mayor. Los adultos estamos todos locos y ya no sabemos quién nos gusta y quién no.

—Ale, cielo, ve a decirle a la abuela que enseguida bajamos.

—No queréis que os escuche, ¿es eso? Si yo sé que a Isa le encanta Rubén, os oí una vez. Y a él también le gusta mucho. Y ya no soy una niña, jolín.

—Pero bueno, señorita, ¡qué informadísima de todo! Isa, di algo, ¿qué has sentido?

—Ya te lo ha definido tu sobrina. Poco puedo añadir, solo que no puedo estar cerca de él, porque, por muy enfadada que siga estando, siempre va a ser mi tentación.

—Pues ya sabes, mañana todo el tiempo del brazo de Carlos, que es el antídoto.

—¿Quién es Carlos? ¿Tienes novio, Isa? —pregunta Ale, sorprendida y con expresión triste, quien aún no ha salido de la habitación.

—Digamos que nos vamos a dar una oportunidad, ¿qué te parece?

—Jo, a mí me gusta Rubén para ti. Quería que acabaseis juntos, como la tita con Fran. Pero ya no me contáis nada.

—¿Carlos no te gusta para mí? Esta Navidad haremos una tarde de *beauty party* y te invitaremos y nos escucharás hablar de chicos como hacías cuando eras más peque, renacuaja.

—No me llames renacuaja, que sabes que esa etapa quedó muuuy atrás. Mañana cuando te vea con él te digo si me gusta para ti, ¿vale? —me promete, mientras sale de la habitación.

—Jolín, Carlota, tu sobrina es peor que tú.

—Está en la edad. Solo habla de chicos y de *gustaos* en todo momento, y si la vieras con Martín, el nieto de don Miguel, esa carita y esos ojitos que pone… pero bueno… Y ahora, volviendo a lo tuyo, si no quieres caer, céntrate en mí esta noche y mañana en tu nuevo novio. —Se ríe.

—Cómo suena eso…

—Es tu realidad y tus circunstancias ahora, *darling* —me recuerda acertada.

—Pues esa nueva realidad, después del momento del salón que acabo de vivir, está muy difusa, pero tengo que ser fuerte.

—Claro que sí, esa es mi Isa. ¡Vamos a cenar y a celebrar mi última noche de soltera! ¡Diooosss, qué vértigo!

La cena transcurre sin grandes sorpresas. Soy muy consciente de que Rubén no me quita la vista de encima, pero yo me centro en Alejandra y en Javi, que son mis compañeros de mesa junto a él.

A su lado está Fran seguido de mi amiga y doña Carmen, que está muy elegante. A continuación están el padre de Carlota junto al del novio, los abuelos de este y su madre, también arreglada para la ocasión, al lado de una emocionada Maritere que no deja de secarse la lagrimilla. Sin duda, está muy feliz de ver como su niña está radiante y a punto de convertirse en una mujer casada.

Según me cuenta Alejandra, no hay día en que su abuelo deje de intentar conquistar a Carmen, pero ella sigue sin hacerle caso. Me sorprende mucho lo fuerte que es esa mujer, porque me pongo en su lugar con el susodicho y estoy convencida de que yo ya hubiese vuelto con él, pero se ve que ella o no le ha perdonado o simplemente se ha dado cuenta de que ya no lo necesita en su vida. Quien se fue a Sevilla perdió su silla, y qué acertado es ese dicho popular.

«¡Quién fuera ella teniendo esa fuerza de voluntad y ese coraje!».

Desvío mi mirada hacia Rubén, sin que se note, y lo veo acercando una copa de vino a sus labios, seductor como el que más y un objeto de deseo andante. Por una milésima de segundo estoy tentada a decirle que me diga todo lo que quería decirme la última vez. Desisto de esa mala idea en cuanto me viene un *flash* de aquel beso suyo con Sara.

«No, no solo no voy a hablarle, sino que tengo que ignorarle y seguir por el camino que me había marcado, que es justo el contrario. Hoy estoy sola, aquí, rodeada de parejas con tanto amor en el aire, y flojeo por eso. Sigo enfadada con él, por asqueroso y punto. Mañana, con Carlos a mi vera estaré protegida y me sentiré fuerte».

Un par de horas después damos la velada por concluida y yo, alegando cansancio por el viaje, aprovecho para despedirme hasta el día siguiente.

«Primera prueba superada», pienso para mí misma cuando pongo un pie fuera de la casona y suelto de golpe el aire acumulado, relajándome por fin.

Entonces, una mano que siento y reconozco a la perfección —porque hace arder mi piel ante el contacto de sus dedos— agarra mi brazo y yo, instintivamente, me suelto.

—¿Qué te crees que haces?

—Insistir, quiero hablar contigo, por si no te has dado cuenta todavía.

—¿Y tú no ves que yo no quiero escucharte?

—¿Por qué has cambiado tanto?

—Yo no he cambiado en absoluto, soy la misma de siempre. ¿Qué pasa? Ahh, claro… porque no quiera ni verte ya tengo que haber cambiado. Pues no, te equivocas.

—En otro momento me hubieras dejado explicarte, hubieras apartado esa rabia que me tienes a un lado.

—Ya no llega ni a ser rabia, es indiferencia, y es lo que te mereces por mi parte. Y, por supuesto, es lo máximo que vas a tener.

—¿De verdad no eres capaz de escucharme ni siquiera para dejar que te pida perdón y te explique todo?

—Es que no quiero escucharte, no hace falta que me expliques nada porque no quiero que me enredes y vuelvas a hacerme daño. Ya no tiene sentido. Tú sigue con tu vida, olvídate de que existo y yo seguiré con la mía lejos de ti.

—No puedo, ni tampoco quiero… pero veo que tú sí estás dispuesta a todo con tal de olvidar.

—Sí, yo quiero y necesito seguir adelante, como estoy haciendo. Atrás quedaron aquellos tiempos en los que no tenías ni que hablar y yo ya estaba ahí esperando por ti.

—Y no sabes cómo lo lamento. Si fuera ahora yo…

—¿Tú qué?

—Lo haría todo de una manera tan distinta que… —No puede continuar porque de la puerta de una de las cabañas nos llega una voz y es Carlos.

—Isaaa —me llama ¿mi chico?, desde lejos, interrumpiéndonos.

—Lo siento, tengo que irme. Es mejor que vuelvas dentro.

—Seguimos teniendo una conversación pendiente y no voy a parar hasta que me escuches de una puta vez.

—Pierde tu tiempo como quieras…

—A lo mejor la única que está perdiendo el tiempo aquí eres tú y con quien no debes.

—¡Vete a la mierda! —le espeto dando por finiquitada la conversación mientras camino hacia la cabaña, temblorosa por el momento tan difícil que acabo de vivir.

«¿Hasta cuándo va a seguir poniéndomelo difícil?».

Hablo unos minutos con Carlos, sintiendo como Rubén nos contempla desde la lejanía y, enseguida, tan caballeroso como siempre, me acompaña al coche para regresar al que siempre ha sido mi hogar. Cuando nos despedimos, diviso que el otro ya ha vuelto a entrar en la casona.

Estoy deseando llegar y que mi colchón de plumas me envuelva. No veo la hora de meterme en la cama y cerrar los ojos para olvidarlo todo, para dejar de pensar en él y no tener su imagen de depredador grabada a fuego como la tengo desde que lo he visto aparecer.

El gran día llega apenas unas horas después. Ha salido el sol y mi amiga va a tener la boda de sus sueños. Con mi pelo recogido en una trenza despeinada, me enfundo en el traje turquesa que elegí y en unos tacones altísimos color fucsia, a juego con los complementos que llevo, y ayudo a mi madre a vestirse, ya que estamos todos invitados a la celebración.

La plaza del pueblo bulle de gente cuando llegamos, todos expectantes por ver llegar a Fran en primer lugar y después, sobre todo, a la novia.

El primero lo hace del brazo de su madre, bajándose del coche y recorriendo la gran alfombra roja que cruza la plaza Mayor hasta la puerta de la iglesia, seguido por su padre, hermana y por sus abuelos, doña Enriqueta y don Teo.

Los invitados se adentran en el templo antes de que lo haga Fran y yo me quedo fuera junto a Luisa, la amiga de Carlota, ya que ambas iremos colocándole la cola todo el trayecto hasta el altar.

Enseguida llegan los coches y del primero descienden Carlitos, Alejandra y Javi vestidos a juego —sin corona en el caso de ella— junto a doña Carmen y Maritere. Ellas dejan al pequeño con nosotras, mientras los hermanos esperan charlando al lado, ya que serán los encargados de abrir el cortejo, además de portar las arras, y entran en la iglesia. Es entonces cuando Carlota baja del vehículo y no puedo contener la emoción al verla vestida de novia. Nos dirigimos a ella, la abrazamos y empezamos a colocarla para que entre perfecta y recorra el camino hacia el altar del brazo de su padre.

Está reluciente. Lleva un vestido sencillo de corte imperial en organza *beige* con escote cuadrado y manga francesa ribeteada en color azul intenso a juego con el brocado que el traje tiene debajo del pecho. Como no podía ser de otra manera, el ramo de novia es un *bouquet* de rosas azul oscuro y la cola, cubierta por el velo, es bastante larga, pero se deja colocar bien.

El trayecto es emocionante y desde mi lugar en el cortejo puedo divisar a los tres sobrinos caminar despacito delante de su tía. Al padre, orgulloso de llevar a mi amiga para entregarla al

hombre de su vida y, por supuesto, veo cómo Fran la contempla avanzar con emoción y admiración. Es la viva imagen de un hombre enamorado, y entonces mi mirada busca entre la multitud y no precisamente a mi actual ¿pareja?, sino a Rubén, hasta encontrarlo en las primeras filas, sentado entre los testigos del novio, justo al lado de Carlos, que también firmará las actas en el mismo papel. Me coloco en mi bancada y desde ahí los observo. Es feo comparar, horrible diría yo, pero también en muchas ocasiones resulta imposible no hacerlo.

Si tuviera que elegir sería complicado, porque uno en rubio y otro en moreno, uno con corbata y otro con pajarita —Carlos—, ambos con traje oscuro, son sin duda los hombres más impresionantes que he visto y, claro está, la sensación de la boda. Uno tierno y romántico, el otro cero romántico, pero canalla con corazón, uno seductor innato y del otro no conozco su historial, pero con lo guapo que es no tiene que haberlo hecho mal tampoco. Uno y otro, tan perfectos, tan distintos y tan para mí ambos.

El amor disculpa sin límites, confía sin límites, espera sin límites, soporta sin límites… Escucho atentamente la lectura y mi pensamiento, por más que intente borrarlo, solo es uno, porque todo lo que Tina está leyendo en el altar me identifica. Yo he sentido mucho, muchísimo amor por Rubén, pero también lo he disculpado todo de él, he confiado en su palabra siempre, he soportado todo y le he esperado durante años hasta que me he cansado de esperar y me he alejado para olvidar. Y estoy intentándolo, pero no tengo tan claro que vaya a conseguirlo. La imagen de anoche vuelve a venir a mi cabeza y ahí, en el banco, sentado, tan guapo, creo ver un neón sobre él que sigue poniendo la palabra peligro.

El amor nunca muere…, se escucha entonces, y me niego a creer que eso sea cierto y confiando en que no sea así y antes o después consiga sacarlo de dentro de mis entrañas, donde está bien amarrado y de donde parece, por su reciente comportamiento, que él tampoco quiere salir.

¡Qué emocionante es ver cómo tanto Fran como Carlota sueltan una lagrimilla en el momento del sí quiero y con cuánto amor se besan después, ya como marido y mujer!

— CAPÍTULO 39 —

¡Vivan los novios!

RUBÉN

Desde que la veo aparecer en la iglesia, detrás de Carlota, no puedo apartar mis ojos de ella. Está tan guapa que le hace sombra a la mismísima novia.

Paradójico también es que dentro del templo he caído sentado al lado del *engominao* y tendré que darle la mano en el momento de la paz en lugar de arrearle un buen soplamocos, que es de lo que en realidad tengo ganas por robarme a la que era ¿mi chica?

Lo veo intentando llamar la atención de Isa, saludándola con disimulo, cuando pasa por delante de donde estamos ubicados y ella mira en nuestra dirección, aunque no podría asegurar cuál de los dos es el que se ha llevado sus atenciones.

«Es que es muy cansino y pegajoso el chaval este. Hoy me va a subir la tensión por los cielos de tener que aguantarlo en el banquete en la mesa de los amigos, a la que vamos de cabeza».

Lo observo tan repeinado, tan perfecto tras haberse vaciado un bote de perfume entero, con la pajarita… Vamos, que es tan pijo y presumido que seguro que hasta lleva una plancha portátil en la maleta, porque no tiene ni una arruga en el traje.

Tal y como imaginaba, el momento de la paz nos deja entrever que a él le gusto yo lo mismo que a mí me gusta él, es decir, nada de nada. Pero me la sopla no caerle bien, lo que no quiero es que le guste a Isa, aunque ahí ya voy con retraso, y soy consciente cuando al acabar la ceremonia el *tonto del culo* sale corriendo —literal— en su búsqueda hasta posicionarse a su lado para esperar en la puerta a los recién casados.

Le veo sostenerle el bolso, ofrecerle su pañuelo para secar una lágrima e incluso le pone el abrigo sobre los hombros y me llevan los demonios al pensar que un día como el de hoy a su lado tendría que estar yo y no el notas ese, que se ha echado tanta gomina en la cabeza que lleva una plasta… Vamos, que solo rezo por que le cague una paloma de las que siempre se posan en el tejado de la iglesia y ver cómo se le escurre la mierda hacia su traje. No caerá la breva, aunque nunca se sabe porque este no sabe cómo se las gastan las palomas de mi pueblo.

Las fotos con el grupo de amigos y los novios también me dejan algún mal sabor de boca, primero porque veo lo lapa que es, cosa que me enferma, y cómo no se despega de Isa para salir en todas las instantáneas a su lado, tanto que me dan ganas de ir con el ahuyenta insectos y hacerle flus flus en toda la jeta a ver si se aparta un poco. Además, en un determinado momento, el egocéntrico de él pide una foto de los cuatro —de parejitas, supongo— y aunque sé que no tiene la culpa, miro a Fran esperando que se niegue a hacerla, sabiendo que es imposible. Y sí, siento celos. Muchos, porque en esa foto debería estar yo y no el papanatas ese.

La hora del banquete es otro cantar y *el amigo* se hace el rey de la mesa, contando batallitas del grupo junto a Fran en la universidad, lo que me deja fuera de la conversación y deseando hacerme invisible. Todos le ríen las gracietas y a mí me dan ganas de irme a darle cuatro puños a un saco de boxeo para liberar la tensión, pero lo que hago es entretenerme a base de vinos —y cava cuando llega el postre—. Es deprimente observar cómo Isa le sonríe y a mí ni me mira, y ya el colmo de todos los colmos se produce cuando veo cómo él le da a probar del postre con su cucharilla porque a ella no se lo han servido aún.

«De verdad que no puedo soportarlo, qué forzado me resulta, en cualquier momento se come la cucharilla y la cubertería entera el muy pegajoso. Me encantaría poner una bomba fétida o un petardo bajo su silla a ver cómo reaccionaría».

Las anécdotas que acompañan al postre son de las vivencias de Isa en Madrid con ellos, y aunque pego la oreja bien pegada para saber qué ha hecho estos meses con él, no me molesto ni en mirarlos.

«¡Cómo le gusta al tipo ser el centro de atención y acaparar! Tendría que ir alguien al terminar el banquete y echarle unas monedas por amenizar la cena».

Los novios se ponen en pie y nos agradecen a todos el haberlos acompañado en el día más importante de sus vidas, y cuando ya pensaba que nada me podría repatear más el higadillo, veo cómo antes de sentarnos el señorito pide a todos los integrantes de nuestra mesa que se queden en pie porque va a hacer un brindis. Observo cómo Fran y Carlota miran interesados, sorprendidos y atentos hacia donde estamos ubicados.

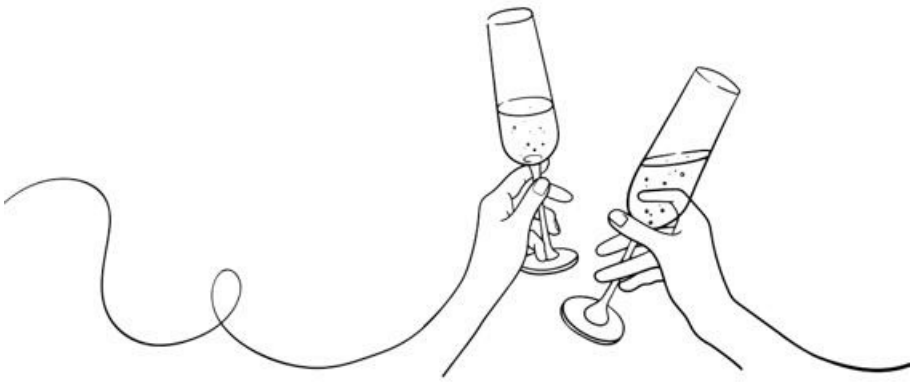
—Quiero brindar por los recién casados, pero también por ti, Isa, y por nosotros. Porque podamos construir juntos una historia de amor tan maravillosa como la de nuestros amigos, a los que desde aquí quiero agradecer —levanta la copa señalándolos— el haberme presentado a esta increíble, dulce y tierna mujer que ahora es mi pareja. Dicen que de una boda sale otra… y nunca se sabe. —Carcajada general—. ¡Vivan los novios! —concluye el discursito casposo dándole un beso en los labios a una Isa mitad sorprendida y mitad asustada, frente a mí, que en ese instante siento como si me pegasen una estocada directa al corazón y me lo hicieran mil añicos.

Es ahí cuando, por inercia, miro hacia donde está Fran haciéndole un gesto de desagrado. No le culpo, pero nunca llegó a confirmarme que estuviesen juntos, sino al revés. Y después, en la misma fracción de segundo, vuelvo mis ojos hacia ella, encontrándome de frente con los suyos, culpables.

Y yo, que nunca he sabido gestionar estas situaciones porque todo es nuevo para mí, levanto la copa muy dignamente y dirigiéndome a ella clamo un «¡Vivan los novios!» tan falso que destila rabia y dolor por todos los lados.

«Ahora sí que me la han quitado de verdad».

Me bebo el champán de un trago y con un golpe certero deposito la copa en la mesa y la abandono, fijándome en cómo Fran y Carlota charlan alterados.



Mientras tanto, en la mesa presidencial, los novios han observado con detenimiento y atención la escena y charlan entre sí:

—¿Tú sabías algo de esto? ¿Están juntos? —pregunta Fran, inquieto, a su reciente esposa.

—Isa me mandó un mensaje. Se lo pidió hace dos noches.

—¿Y ella quiere estar con él? Joder, podías habérmelo dicho, bueno, tú o Carlos, coño. Ya le vale…

—¿Y eso?

—Pues porque le insinué a Rubén que no había nada entre ellos y ahora… he quedado fatal.

—¿Y tú por qué le dices nada si a él le importa tres cojones Isa? —le rebate, encendida, Carlota.

—A ver, cariño, Rubén la quiere. Se ha dado cuenta tarde, pero, créeme, la quiere.

—No me jodas, Fran, Rubén la quería para lo que la quería, luego bien que se la lio con Sara y… recuerda cómo la dejó ir, así sin más.

—No, de verdad que no. Ya sabes cómo es Rubén, y en aquel momento no tenía claro nada, ni lo que había ni lo que sentía.

—Ah, vaya por Dios, ¿y ahora sí?

—Sí, cielo, ahora está mordiendo el polvo, el pobre, viendo a Isa con Carlos —le explica Fran, susurrando.

—Sinceramente, no me lo creo. Es tu mejor amigo, lo sé, y el mío también, pero en esta guerra yo lucho con Isa y no quiero que le haga más daño con sus infantilismos y sus indecisiones.

—Él nunca le haría daño a Isa, por lo menos conscientemente, ya que siempre la ha cuidado y protegido como nadie. Eso tenlo claro.

—Y se puede saber, Francisco, ¿a qué viene esta defensa a ultranza justo en este momento?

—Cariño, está claro. Carlos la ha besado en su cara y eso ha tenido que reventar a Rubén estando en su situación —aclara el flamante marido.

—Mira, amor, no me toques los ovarios que nos conocemos… ¿Hay algo que tú sepas y no me hayas contado? Todavía puedo pedir el divorcio si nos andamos con secretos…

—No seas tonta, solo que le juré a Rubén no abrir la boca y, bueno…

—Francisco, ya estás desembuchando o no respondo —le obliga Carlota, entre dientes, sin perder un segundo, mientras observa la mesa de amigos.

—Rubén fue a buscar a Isa a Madrid. Ala, ya lo he dicho.

—¿Que qué?

—Lo que has oído. Solo que no se vieron.

—¿Cómo? Explícate, que no entiendo nada y no he bebido —pide Carlota, anonadada y certera.

—Pues eso, él fue y la vio con Carlos en la puerta de su piso. Entonces no le dijo nada y se marchó de vuelta al pueblo con el rabo entre las piernas.

—¿Cuándo fue eso?

—Antes de la despedida de solteros, unas semanas antes, creo. Él se dio cuenta de lo mucho que la echaba de menos y de que no era normal. No sabía lo que sentía, pero descubrió que ya no la veía como una amiga… ¿Te acuerdas de que estaba insoportable?

—Sí, lo recuerdo —contesta Carlota—. ¿Y entonces qué leches pasó?

—Nada. Volvió al pueblo creyendo que estaban juntos y decidió no decirle nada para no desestabilizarla porque sabía que ella lo había pasado mal por su culpa y no quería fastidiarla más. Me hizo jurar que nadie sabría que había ido a buscarla. Lo bueno fue que, al verlos juntos, sintió lo que eran los celos… y el resto, ya te lo puedes imaginar.

—¿Tú eres tonto, Fran? ¿Cómo se te ocurre callarte algo así? ¡Por Dios! Para estamparte y divorciarme de ti…

—Carlota, calladita. No puedes decir nada y menos ahora, que debe de estar con un cabreo del

quince tras el beso que Carlos le ha dado en su cara.

—Calladita ¡mis cojones!, ahora mismo Isa va a saber todo esto. ¿No te das cuenta de que Rubén ha sido, es y seguirá siendo el amor de su vida?

—Cariño, ya ha decidido estar con Carlos… ¿Crees que inmiscuirnos es lo correcto? Yo no quise meterme porque confiaba en que Rubén iba a luchar por ella… y ahora está con Carlos, que también es mi amigo.

—Pues te equivocaste. No te culpo, pero tenemos que arreglar esto. Por lo menos, aunque duela, Isa es nuestra amiga y debe tener toda la información para actuar en consecuencia.

—Yo no me meto, te lo advertí, que al final, por meternos a presentarle a Carlos y con todo el lío de Rubén, nos iba a explotar en la cara, cariño.

—Pues yo sí me meto, vaya, como que voy ahora mismo a hablar con ella ahí fuera.

—Tú sabrás lo que haces… —desiste Fran, viendo como su flamante esposa se dirige rauda y veloz en dirección a la mesa de su mejor amiga y admirando su valentía y decisión, a la par que sintiéndose culpable por haber callado una información tan importante en pro de ayudar a Rubén.

— CAPÍTULO 40 —

Los secretos siempre salen a la luz

ISA

—No me lo puedo creer —sollozo, entre lágrimas, tras escuchar a mi amiga contarme todo.

—Tal cual, Isa.

—Pero ¿cómo es posible?

—No te enfades con Fran… Rubén le pidió que no dijera nada después de ir a Madrid y encontrarte con Carlos; y el tonto de él se calló, tal y como le pidió el otro *espabilao*.

—Aquella noche sentí algo raro cuando estaba en la puerta, te lo prometo, Carlota. Incluso se lo comenté a Carlos. Me sentía observada, pero nunca imaginé que se tratase de Rubén allí… ¡JOOODDDEEERRR! —grito, desesperada, sin saber qué hacer o qué más decir.

—¿Y ahora? Acabas de empezar algo parecido a una relación…

—Y en qué mal momento, por favor, ya está claro que me precipité, Carlota. Esto parece una broma del destino queriendo jorobarme. Mira que yo pedía señales para hacer lo correcto y ahora he metido la pata hasta el fondo. No puedo, no voy a hacerle daño a Carlos con lo bueno que es conmigo, y tampoco voy a correr a los brazos de Rubén así como así. No puedo ni quiero volver a pasarlo mal y, además, no se lo merece. El hecho de que fuese a Madrid a hablar conmigo me remueve, sí, no te lo voy a negar, pienso que se arrepintió de no despedirse de mí y querría disculparse, pero aun así…, no sé.

—Según Fran, quería pedirte perdón porque no estaba ubicado, no sabía lo que sentía ante la noticia, ni por ti…

—¡Acabáramos! Y ahora ¿sí lo sabe?

—Mi recién estrenado marido, que es nulo en estos temas como ya hemos podido comprobar, apuesta por que sí, pero eso tendrá que ser Rubén quien te lo diga. Nosotros no nos podemos meter ahí.

—Y ha visto cómo Carlos me besaba delante de todos, vaya también qué oportuno todo… pufff.

—Sí, y a continuación lo hemos visto salir, no sabemos si se ha marchado…

—Tengo que hablar con él y que de una maldita vez me diga lo que quería decirme y me explique a qué fue a Madrid y por qué no me lo dijo. Necesito saberlo y así dejar de pensar y poder cerrar el círculo.

—Sí, o abrirlo más, chata, que nos conocemos. No, en serio, lo mejor es que habléis de una vez, aunque estés enfadada. Tienes que dejarlo explicarse, si hizo el viaje tenía que ser importante, así que tienes que escucharlo, aunque sea para que puedas seguir adelante sin runrunes en la cabeza.

—No me jorobes, Carlota, date cuenta. Si aquella noche me hubiera dicho que estaba allí habríamos hablado, a lo mejor incluso hasta nos habríamos reconciliado y todo hubiera sido distinto.

—Ya, pequeña, pero él lo hizo así de mal y con la colaboración inestimable de Fran lo acabaron de arreglar. Por mi parte, me sabe fatal…

—No, no, vosotros no tenéis culpa. Es cierto que si hubiéramos sabido esto antes… —me

callo pensando que igual en este momento estaría con él y no con Carlos—, pero da igual, ya no importa. Voy a buscarlo, porque con todo lo que ha bebido, con poco está vomitando en cualquier esquina.

—Quizá, si se ha puesto hasta el culo, sería mejor que lo dejes hasta mañana y así te calmas, piensas bien las cosas antes de hablar con él, le das margen de procesar lo tuyo con Carlos…, ¿no te parece?

—No, Carlota, ahora o nunca. Lo que sea, pero ya. Tengo que salir de esto.

—Entonces, venga, búscalo. Te deseo mucha suerte, y eso sí, después me cuentas con pelos y señales.

—Siento que todo esto esté pasando en tu boda, amiga… no quiero estropearte el día.

—Vete a la porra, no me estropeas nada. Yo solo quiero tu felicidad. Y ahora corre, ve… y hablad por fin.

Salgo a buscarlo nerviosa, llorosa y con la cabeza dando vueltas a la nueva información, como si de una centrifugadora se tratase. Lo encuentro sentado en el suelo, cabizbajo y con las manos mesándose el cabello una y otra vez. Parece nervioso. Está en la entrada de la casona, en la zona donde se encuentran las figuras navideñas y toda la decoración encendida.

Tras secar mis lágrimas, para no mostrarme débil, me acerco hacia donde está él, agazapado. Me propongo mantenerme serena, no perder la compostura y, por supuesto, seguir en mis trece sin olvidar que me la jugó con Sara y cómo se comportó.

«Isa, firme».

—¡¡Dímelo!! —le grito en cuanto me acerco y sus ojos me divisan—. ¿De verdad fuiste a Madrid a buscarme? —Y veo como mis buenos propósitos se van al garete sin haberle dado aún tiempo a abrir la boca.

«Estupendo, maravilloso, Isabel, eres una *crack*».

—¿Cómo sabes tú eso? —indaga con la boca pastosa, sorprendido y confuso.

—Estoy preguntando yo… ¿No pensabas decírmelo?

—¿Qué más da ya?

—Pues no da igual.

—En cambio yo creo que sí. Además, plantéate quién no ha dejado hablar a quién en los últimos meses.

—Plantéate tú muchas otras cosas y dime por qué fuiste a verme y volviste sin decirme nada, además de por cobardía, claro está.

—No tenía nada importante que decir y mucho menos después de ver lo que vi —responde simulando indiferencia.

—Ya, claro, te haces tantos kilómetros para nada, venga, Rubén, que no cuela. Además, no viste absolutamente nada comprometedor.

—Puede que no fuera comprometedor, pero para mí fue suficiente para entender que no tenía sentido dejarme ver y hacer el ridículo.

—Ese es tu problema. Siempre tú. Tú y tu orgullo, el ridículo… Nunca vas a madurar, ¿no lo ves?

—No creo que a ti te importe cómo soy yo, preocúpate de tu novio, que para eso lo tienes y que, por cierto, por lo poco que he visto además de egocéntrico y presumido como el que más, seguro que debe ser muy maduro, ¿verdad?

—Con Carlos no te metas… no tiene nada que ver en esto.

—Uy, uy, uy, qué mal empezáis vuestra maravillosa historia de amor si lo sacas de esta conversación y no lo tienes en cuenta, pobrecito —replica, irónicamente, haciéndome enfadar.

«Cuando se pone en este plan, es imposible hablar con él».

—¿No piensas decirme a qué fuiste a Madrid?

—¿Para qué quieres saberlo? Acaso ¿te importa?

—Si no me importase, no habría salido a buscarte, ¿no te parece?

—Todo un honor que doña Isabel se digne a salir para buscar a un imbécil como yo en lugar de quedarse con su maravilloso novio tras esa declaración de amor pública… Bueno, bueno, y ese beso, ¡cómo ha sido ese beso! —exclama, irónico, burlándose—. A todo esto, ¿dónde te has dejado la timidez esa que tenías y los miedos al qué dirán?

—No he venido a hablar de mi vida con Carlos, sino de ti.

—Pero da la casualidad de que yo ya no tengo nada que decir.

—¡Vete a la mierda!, estoy intentando hablar contigo de buenas, pero se ve que no te da la gana.

—Ey, ey, relax. Ya no hace falta que hablemos nada. Como se dice en inglés *too late*, ¿no? El *pijarraco* de tu novio te debe de hablar en inglés, francés, alemán… ¿también sabe chino?

—No voy a entrar al trapo. Insisto por última vez, dime a qué fuiste y por qué no querías que lo supiera.

—Fui para hablar contigo, para pedirte perdón por mi comportamiento, que no te enteras… ¿Contenta? —balbucea—. Y llegué tarde, muuuy tarde, ¿eh? —vuelve a ironizar—. Tan tarde que ya te habías buscado quien te calentase la cama que, por cierto, bien poco tardaste.

—Eres un desgraciado… ¿cómo puedes atacarme así? Después de todo lo que hemos vivido juntos… es increíble.

—He bebido, no me lo tengas en cuenta. No soy tan perfecto como tu Carlitos…

—Eso desde luego, cuando te comportas así no le llegas ni a la suela de los zapatos ni a él ni a nadie. Anda, y ve a echarte agua en la cara.

—Gracias por tus palabras, nuevamente tan bonitas, y por la recomendación. No te preocupes por mí, no hace falta que hagas la buena acción del día.

—Yo no soy como tú y sí me preocupo de mi gente.

—Ah, vaya, además eres injusta. Yo no me he preocupado por ti nunca, ¿eso quieres decir?

—No he dicho eso.

—Pensándolo bien, ¿de verdad sigo siendo tu gente? Porque cualquiera diría lo contrario. Yo a los míos los veo, quedamos, nos reímos, los dejo hablar, explicarse… y esas cosas que parece que yo ya no puedo hacer contigo.

—Mira, Rubén, todos hemos cometido errores. Eso sí, unos más que otros, queriendo y sin querer.

—Eso está claro. ¿Sabes? Yo me he equivocado mucho contigo y por eso no te dije nada, porque no tenía derecho a meterme en tu felicidad ni a amargarte. O acaso, ¿qué querías? Que mientras veía como lo ibas a subir a tu casa, apareciese de la nada y me arrodillase ante ti para pedirte perdón, ¿es eso? Y digo yo…, ¿para qué? ¿Iba a haber cambiado algo? »Admítelo, yo no pintaba nada apareciendo, igual que no pinto ya nada en tu vida. No tiene sentido seguir dándole vueltas a algo que ya quedó en el pasado y no tiene importancia ninguna —dice, incorporándose como puede, con un poco de tambaleo, y quedando frente a mí.

—Vamos al baño, te acompaño y te lavas la cara —insisto, cuando veo que se acerca peligrosamente a mí.

—Ya te he dicho que no es necesario. Eso sí…, no le digas a Carlitos que te estás preocupando por mí o se va a poner celosillo —se mofa.

—Eres tonto, una vez más: deja de meter a Carlos, no entiendes nada y no se puede hablar

contigo así —espeto malhumorada.

—¿No me digas? ¿Qué tengo que entender?, ¿que estés aquí conmigo en lugar de estar ahí dentro con tu novio? Pues la verdad es que no, no entiendo qué coño haces aquí todavía.

—Yo soy libre y puedo estar donde quiera y ni tú ni nadie va a decirme dónde tengo que estar o lo que tengo que hacer, ¿entendido?

—¿Y donde quieres estar es aquí? —me pregunta dejando una leve caricia sobre mi mejilla derecha—. Uyyy, pequeña Isa, tus actos te delatan. Reconócelo, estás temblando y no es por el frío.

—Estoy temblando porque me pones negra cuando estás en este plan estúpido e insolente.

—Estúpido e insolente… Ya podías haber dicho atractivo e irresistible, por ejemplo.

—Más quisieras. También podría haber dicho borracho, pero una es educada… Además, bueno, sobre ti, ¿qué podría decir?

—En eso tienes razón… Deberías odiarme porque soy un idiota del que, después de toda la vida, no tienes nada bueno que decir. Ya lo has explicado antes.

—Ah, sí, ¿y por qué eres un idiota según tú? —le tiro de la lengua, sabiendo que mañana tal vez no recordará nada por la melopea que lleva.

—¿Y tú me lo preguntas? Creo que sobra. Es más, con idiota me quedo corto. ¿Sabes lo que soy? Un gilipollas de libro, ¡¡que se entere todo el mundo!! —grita, poniéndome histérica.

—¿Quieres bajar la voz? Y mira, sí, eso es lo que eres, ahí no puedo quitarte la razón.

—Entonces, ya que estamos de acuerdo, ¿por qué no te vas con el finolis del engominado y a mí me dejas aquí tranquilo?

—¿Por qué siempre lo haces todo tan complicado?

—Creo que esta vez no tienes derecho a decirme eso. ¿Qué he hecho? Dejar que seas feliz con otra persona… ¡Qué delito! ¡Que me detengan ya mismo!

—No seas cínico. Lo único que sabes hacer es perturbarme, como has hecho siempre. Y sigues haciéndolo. Solo te he pedido que me cuentes ahora lo que querías contarme, eso que te resultaba tan importante como para coger el coche e ir a verme a otra ciudad y no te da la gana, porque eres un egoísta que solo piensas en ti y no te das cuenta de que me fui hecha una mierda después de lo de Sara, que necesito pasar página, salir del bucle, y para eso hay que cerrar el círculo, y si no me lo dices, no dejaré de darle vueltas y no podré avanzar.

—¿No podrás avanzar con el panoli ese? Entonces, dame las gracias, porque mejor te irá, créeme.

—¿Eres consciente de lo que te estoy pidiendo o el alcohol no te deja discernir?

—He bebido, sí. Estamos de fiesta… es normal, ¿no? Bueno, vale, otro cargo más para que me detengan. Sigo sumando delitos gravísimos, ¿eh? —vuelve a mofarse.

—No tiene gracia, no sé qué leches hago aquí, además de perder el tiempo contigo.

—¿Y por qué no te vas? No te veo muy a disgusto, la verdad.

—¡Qué sabrás tú!

—¿Quieres que te diga por qué sigues aquí? —susurra en mi oído, poniéndome cardiaca y cachonda.

—A ver, sorpréndeme, listillo —atino a decir.

—Porque en el fondo no quieres estar con él, ya que solo es tu pasatiempo, y donde quieres estar es aquí conmigo. Porque echas de menos esto —dice mientras sube su mano por mi brazo, dejando un reguero de cosquillas, en una caricia, que me ponen el vello de punta—, aunque no quieras reconocerlo, por supuesto.

—Para nada, te equivocas completamente —le rebato, acelerada.

—¿Seguro? —insiste, dejando descansar sus manos sobre mis hombros, apretando para que sienta su agarre como antiguamente, para a continuación subirlas despacio arrastrándolas por mi piel, recorriendo mi cuello y con los pulgares llegar hasta mis labios.

—Segurísima —respondo, empezando a flaquear.

—No te lo crees ni tú, y sabes ¿por qué? Porque estás deseando que me pierda en tu boca, que te levante en volandas y te empotre contra la pared para follarte como te gusta, como siempre me pedías cuando querías jugar. ¿O me equivoco?

—No, no… esto no puede ser —murmullo, rehuyendo.

—No me mientas ni te mientas a ti misma. Estás muerta de ganas, pero claro, me olvidaba de que santa Isabel siempre está por encima del bien y del mal y no puede hacer nada porque tiene novio, aunque esté deseando estar conmigo y mandarlo a tomar por culo todo. ¿O no?

—Por supuesto que te equivocas, de plano —miento, ruborizada porque no sé en qué punto le ha dado la vuelta a la situación y me ha llevado, o me he dejado llevar, a su terreno y de vuelta a lo mismo, que parece que es donde quiero estar porque aquí sigo, frente a él, en lugar de coger e irme de nuevo al banquete.

—Antes no mentías tan descaradamente, Copito. —Me tortura paseando sus labios demasiado cerca de mi oreja.

—No me llames así, tú y yo ya no tenemos esas confianzas. —Y no sé a quién trato de engañar, cuando estoy a punto de saltar sobre él y decirle que haga conmigo lo que quiera.

—¿No te parece suficiente confianza esto? —pregunta levantando su camisa, dejando al aire su abdomen cuadriculado y señalando hacia mis manos, que sin saber cómo, he colocado sobre la cinturilla del pantalón, por debajo de su ropa.

—Eh, yo… no sé cómo…

—Si vas a mentir, Copito, mejor no hables y ocupa tus labios en algo más divertido. —Me corta, mandándome callar.

—Ya quisieras… no te proyectes en mí. No tengo la culpa de que te mueras por besarme.

—¿Lo ves? Esa es la diferencia entre tú y yo, entre santa Isabel de los buenos actos y Rubén, el malo, el cobarde, del que hay que protegerse…, el gilipollas, pero que siempre va de frente. Ah, eso sí, soy un soberano todo, pero tienes razón en algo.

—¿En qué?, si puede saberse.

—En que me muero por besarte y tengo casi tantas ganas como tienes tú de que lo haga —reconoce y, sin más preámbulo, lleva sus labios a los míos, tomándolos con decisión, mientras yo, dejándome llevar por el momento, intento resistirme de primeras, pero termino cediendo a ese beso que anhelaba desde hace tiempo.

— CAPÍTULO 41 —

¿Polvo o amor?

ISA

Nuestras bocas inician un baile que no tiene freno, nuestras lenguas se mueven acompasadas mientras luchan por el poder, enredándose una y otra vez, y con tanta pasión que el contacto quema. Incluso nuestros dientes chocan por el ímpetu con el que nos besamos y, aun así, seguimos bailando la melodía que nosotros mismos vamos creando y en la que nos deleitamos.

Sus manos suben y bajan por mi cuello, su lengua recorre mi rostro y se desliza hasta mi oreja, donde me susurra lo mucho que me echaba de menos entre mordisquitos y lametones que me ponen húmeda en un abrir y cerrar de ojos, y que consiguen que me deshaga entre sus brazos. He pasado de estado sólido a líquido en un pispás.

Mis manos no dan tregua y pasean ansiosas por debajo de su ropa, piel con piel, acariciando sus fuertes pectorales, siguiendo las marcadas líneas de su pecho y recorriendo con las yemas de mis dedos el contorno de sus duros pezones, con los que siempre me ha encantado juguetear y que estoy deseando volver a morder y saborear.

Siento su saliva ardiendo y mi temperatura corporal va *in crescendo,* tanto que creo que, si me pusieran un termómetro de los de antiguamente, el mercurio saltaría por los aires. Y eso que estamos a la intemperie en pleno mes de diciembre.

—Nos puede ver alguien —advierto, preocupándome durante una milésima de segundo por si alguna presencia inoportuna nos sorprende.

—Están demasiado ocupados ahí dentro, relájate y déjate llevar.

Sin darnos tregua seguimos a lo nuestro y me arrimo a él todo lo que puedo, dejando atrás los escasos milímetros que nos separan, hasta estamparme contra su dureza, esa que tiene entre las piernas y con la que me rozo aposta, a conciencia, con todas mis ganas.

—Como sigas restregándote y jugando así, vas a hacer que me corra antes de empezar, Copito.

—De eso se trata, ¿no? —Y con esa frase todos los soldaditos de mi batallón se dan por vencidos, porque está claro que he perdido la guerra contra mí misma, he bajado las armas y me he rendido sucumbiendo ante él, al placer que quiero que me proporcione. La realidad es que estoy tan cegada por el deseo que ni puedo ni quiero parar esto, es más, no veo el momento de volver a sentirlo dentro de mí.

Al escuchar mi pregunta se le ilumina el rostro y sin decir nada más ni dejar de besarme, me levanta en volandas, instante que yo aprovecho para subir las piernas y colocar una a cada lado de su cuerpo, a la altura de sus caderas, mientras que él ubica sus grandes manos en mis nalgas, para así sostener mi peso.

En la oscuridad de la noche nos metemos entre los árboles. Apoya mi espalda en el grueso tronco de un árbol centenario y se hace dueño de la situación mientras yo me entrego sin reservas y me dejo guiar por él, que sabe perfectamente las teclas que ha de tocar para hacerme estremecer y explotar de placer. Es lo que tiene jugar en casa, que el éxito está asegurado.

Debemos de estar locos, ya que la temperatura exterior ya a estas horas es de varios grados bajo cero y en cambio nosotros, como si estuviésemos en uno de aquellos veranos en los que pasábamos las noches haciendo el amor al aire libre en el monte, nos despojamos de la ropa sin

miedo, al contrario, con prisa y mucho deseo contenido. Ansia en estado puro. Lujuria.

Sus manos, para no abandonar mi piel, arrastran el vestido por mis muslos hasta dejarlo arremangado a la altura de la cintura y después ascienden para hacer lo propio con la parte de arriba. Con torpeza, por las prisas, me desabrocha la hilera de pequeños botones que tengo en la espalda y, una vez abiertos, hace caer la tela deslizándola desde los hombros, dejando ver mis pechos desnudos, ya que no llevo sujetador. Su reacción es instintiva, ya que sin dilación lleva su cabeza entre mis senos, apretándome más aún contra su cuerpo, y empieza a recorrerlos con la lengua, matándome, literalmente, de placer. Se recrea en ellos, los chupa, succiona con ansia y mordisquea los pezones hasta hacerme gritar enloquecida mientras sus ojos contemplan lo excitadísima que estoy, para después acariciarlos con devoción.

Entonces, en ese punto, es su mano la que toma el poder, y continuando en la misma postura, desliza sus dedos camino abajo hasta asaltar el diminuto tanga que llevo puesto y pasear sus dedos sobre mí, comprobando que estoy más que lista para él. No tarda en colar uno en mi interior apartando la tela de encaje a un lado.

Cuando lo siento entrar en mí, noto cómo se desliza ligero debido a lo mojada que estoy y sé que eso lo vuelve loco porque enseguida comienza a moverlo en círculos, dándome todo el placer del mundo para después aumentar el ritmo y la intensidad de las acometidas, llevándome a casi alcanzar el clímax en pocos segundos. Sin embargo, antes de que llegue a explotar se retira y me deposita en el suelo, ante mi cara de sorpresa.

—¿Qué haces? ¿No pensarás dejarme así? Me tiemblan hasta las piernas.

—Tranquila, fierecilla, aún no he acabado contigo, pero tengo que sacar el condón de mi cartera. ¿No querrás hacerlo a pelo?

—Ni se te ocurra… —Me calla con un beso que es el preludio de lo que viene.

—Menos mal que uno siempre es previsor —suelta, chulesco, a lo que no puedo callarme.

—Sí, tú siempre preparado para la batalla con unas y otras, de eso nunca me ha quedado duda. Bueno, ni a mí ni a nadie…

—De eso, si no te importa, hablamos en otro momento más apropiado…

Y antes de que pueda recomponerme de un nuevo beso totalmente lascivo que me da para silenciarme, se arrodilla y mete su cabeza entre mis muslos. Con maestría y dominio de la situación, vuelve a llevar a un lado la ropa interior y es entonces cuando introduce su lengua en mí, guiándola hasta donde tiene que ir, acariciando el punto más sensible de mi intimidad y haciendo que me tenga que agarrar fuertemente al árbol para no caer al suelo, ya que mis piernas parecen de gelatina y no dejan de temblar.

Grito porque sé que con la música nadie me oye. Necesito soltar y desfogar todo lo que me está haciendo sentir jugando con su lengua dentro de mí. Enseguida me sobreviene un orgasmo brutal, como no recuerdo haberlo sentido antes, y entonces suelto el árbol en el que estoy canalizando toda mi fuerza para aferrarme a su pelo, atrayendo su cabeza más contra mi cuerpo. Si pudiera la metería dentro de mí para solventar la necesidad tan grande que tengo de tenerlo a él en mi interior, mientras sigo sintiendo oleadas de placer en todo el cuerpo.

Con cuidado nos dejamos caer y es en ese instante, tras revolcarnos por el suelo como animales en celo, cuando arrastra con su lengua los restos del éxtasis que me ha provocado, elevándome de nuevo a lo más alto. No tiene fin ni yo quiero que pare. Ahora sí que estoy tocando el cielo. En un abrir y cerrar de ojos se baja la cremallera del pantalón y, sacando su miembro, se coloca el preservativo y se abre paso entre mis piernas para de una estocada firme hacerme suya.

Primera acometida… cómo lo echaba de menos… segundo empellón, el paraíso existe…

tercero, me quedaría así para siempre, con él encima de mí, cuarto… solo él puede hacerme sentir lo que estoy sintiendo y encajar conmigo como lo hace, quinto… estoy jodida…

Noto cómo se desliza, entrando y saliendo de mi interior cada vez más rápido y conforme aumenta el ritmo también lo hace en intensidad, como si quisiera que lo sintiera en lo más profundo, solo que no sabe que sigo sintiéndolo ahí sin necesidad de tener su miembro dentro de mí. Nos movemos como locos, chocando nuestras pieles sin miramientos y destellamos chispazos con la corriente que transmitimos.

Otro devastador orgasmo nos sobreviene a la vez y Rubén se desploma sobre mí, exhausto y con la respiración igual de agitada y entrecortada que la mía. Creo que hemos muerto de placer y estamos levitando sobre la tierra, en el limbo. Nos besamos de nuevo, sin parar y sin freno.

En ese momento no soy capaz de pensar, solo de sentir, y lo que acaba de pasar ha sido demasiado increíble, demasiado brutal como para dejarlo pasar por alto.

La escena es de película —porno—: pleno invierno y ahí estamos, en mitad del campo, a medio vestir, él con la camisa puesta, la corbata medio deshecha por mis tirones, pero con los pantalones y los calzoncillos por los tobillos, y yo con las pechugas al aire, el vestido subido hasta la cintura y sin saber dónde ha ido a parar mi tanga cuando al tumbarme me lo ha quitado para poder penetrarme fácilmente.

Hoy no puedo decir que hayamos hecho el amor, porque esto ha sido sexo del bueno. Incomparable. Ardiente. Caliente. Sexo, puro y duro, guarro, del que ansías y que libera. Sexo de desfogue, como dos *animalicos*. Si ya lo dice el dicho… si pierdes las bragas por el camino, es buena señal…

«Y tanto que sí».

«No puedo volver a la boda sin ropa interior».

Y al pensar en la boda, a mi cabeza vuelve Carlos y es entonces cuando soy consciente de lo que acabo de hacer.

—No, no, no… Madre mía, no tenemos cabeza. ¿Qué hemos hecho?

—¿Te cuento el cuento de las abejitas y las flores?

—Qué desastre, esto no tenía que haber pasado, no puede ser. Nooo, nooo, nooo.

—Eh, tranqui, no hace falta que muestres tanta euforia —dice, con cara extraña.

—Repito, esto no tenía que haber pasado, estamos locos ¿o qué?

—¿Locos? ¿Por haber follado? Hemos hecho lo que nos apetecía, nos moríamos de ganas, ahora no lo vayas a negar.

—Esto se tiene que quedar aquí, nadie puede saberlo.

—Vaya, vuelve la Isa tímida. La Isa que no puede reconocer que ha tenido algo conmigo, porque se avergüenza del qué dirán. —Y consigue que me sienta fatal al oír eso.

—Es que no puede ser, no vas a volver a poner mi vida del revés.

—Tú solita has venido a buscarme, no he sido yo… y ahora, ¿podemos hablar tranquilos?

—No, no… ahora no quiero escuchar nada. Esto… esto ha sido un error, yo no puedo tener nada contigo otra vez. Me niego a que vuelvas a hacerme daño —le espeto.

—Yo nunca te haría daño, te lo he dicho muchas veces.

—Pues siento decirte que lo haces, consciente o inconscientemente siempre acabas haciéndomelo y ahora no puedo permitirlo. Esto no puede salir de aquí, de verdad. Yo ya estaba rehaciendo mi vida, ¿sabes? Y ahora vienes tú… y me enredas…

—Eh, eh, para el carro, que dos no se acuestan si una no quiere y en este caso esa una, o sea tú, estaba cachonda perdida y deseando que pasara lo que ha pasado. No quieras hacerme ver que no para que santa Isabel se quede con la conciencia tranquila porque ha sido infiel al papanatas.

—Oh, Dios, ¡qué sucio eres! Te odio, no me lo recuerdes.

—Es mentira —asegura acercándose a mí de nuevo, y tomándome de la cintura me atrae hacia su cuerpo, en tensión, mientras me mira con un gesto diferente en sus ojos.

—¿A que con Carlitos no sientes lo que estás sintiendo ahora mismo entre mis brazos?

—Déjame, Rubén, esto no tiene sentido, suéltame. Tú nunca vas a cambiar y yo no quiero ni puedo sufrir más por ti. El momento ya pasó, aquello quedó atrás y debemos, tenemos que dejarlo ahí enterrado. Lo de ahora ha sido algo animal, algo primitivo, instintivo… Lo que tú y yo tuvimos está muerto y porque ahora te haya apetecido no vamos a volver a rizar el rizo.

—Eso no es verdad y tú lo sabes. Si aquí hay algo muerto, es lo que tienes con ese tío. Y no solo me ha apetecido a mí… ¿por qué sigues negándotelo?

—No, él me trata como tú nunca lo has hecho —contesto obviando su pregunta, dándole donde más le duele, ya que nunca ha soportado las comparaciones.

—Entonces, vuelvo a preguntar, ¿qué coño haces aquí aún? Vete con él si tan bueno es…

—Está claro que no tenía que haber salido a buscarte, todo esto ha sido un error. Para ti todo es sexo, como siempre. Y esta vez, para mí también, solo eso.

—Ambos sabemos que mientes, y tú no sabes lo que ha sido para mí, pero si prefieres quedarte con esa idea para no sentirte mal, adelante. Y ahora, ya que tanto te arrepientes de lo que ha pasado y de haber salido a buscarme, márchate.

—Claro que me voy, tú te lo tomas todo como si fuera un juego, y una vez más, con palabrería, intentas marearme. Para ti la vida es eso… un juego, como siempre, y los demás tenemos sentimientos, pensamos y vivimos las cosas de diferente manera. Insisto, esto ha sido un error garrafal, parece que no te das cuenta.

—No, es que no es así. Lo único que creo es que ya está todo dicho. Todo es pasado y ya no importa. Vuelve dentro y disfruta con él. Eso sí, sabes que cada vez que ese tipo te bese vas a recordar este momento, y si te pones cachonda con él esta noche será pensando en mí, en el sexo tan jodidamente bestial que hemos tenido, y recuerda el modo en que gemías y gritabas de placer, como una diosa.

—¿Cómo puedes ser tan rastrero?

—La vida…, tú lo has dicho. Cuando menos lo esperas te sorprende y te hace ver la cruda realidad a hostias. Las cosas ya no tienen remedio, es mejor echar tierra encima y olvidar.

—¿Sabes lo que eres? Un cobarde que solo sabe mirar hacia otro lado y esconder la cabeza, uno que una vez más ha vuelto a cagarla, cuando ya después de la que hemos liado creía que era imposible joderlo todo más, pues ootra vez.

—Tienes razón, lo sé… la he jodido de nuevo. Pero que te quede claro que, a diferencia de ti, yo no me arrepiento ni lo haré nunca de ninguna de las veces que he estado contigo, porque siempre, todas y cada una de ellas, han sido especiales. Y lo de hoy, aunque no lo creas, lo deseaba, independientemente de que mañana a lo mejor ni me acuerde, quién sabe —dice activando el modo indiferencia, tan capullo como siempre.

—Imbécil… —le grito cuando me voy alejando, dolida con ambos por lo que ha pasado, y con él desde luego por sus últimos comentarios, porque todo ha sido una cagada que no voy a poder olvidar jamás y que me va a pasar factura.

Pero decir que igual mañana no se acuerda… sigue sin merecer que vuelva a dedicarle mis pensamientos, aunque me temo que va a ser inevitable, puesto que aún estoy temblando por su cercanía y tengo de punta todo el vello de mi cuerpo porque sigo sintiendo sus manos sobre mi piel, su aliento en mi cuello y su sabor en mi boca. Y a la vez odio sentirlo tan grabado a fuego en mi ser después de todo.

«Lo quiero y siempre lo voy a querer, por muy capullo que sea y por mucho que me haga ver que ya no le importa nada y que todo es pasado. No se lo cree ni él».

Y está claro que no le soy indiferente, porque ha dicho que estar conmigo es especial y ha destacado esta noche sobre las demás. Es en este punto, al verlo mostrar interés en mí de repente, cuando la esperanza se abre paso nuevamente en mi interior mientras regreso, recomponiéndome el vestido y el pelo, caminando a la zona donde se está celebrando el banquete, ya reconvertida la carpa en una pista de baile llena de guirnaldas de luces de colores, y donde veo como los novios van a iniciar el primer baile al son de *She*, de Elvis Costello.

Fran toma a Carlota de la mano y se dirigen felices al centro de la improvisada pista, donde ya suenan las primeras notas de la canción y donde los invitados se han formado en círculo, dejando espacio a la pareja para abrir el baile. Las clases de danza que han tomado los novios las semanas anteriores al enlace se ven perfectamente reflejadas en el ritmo acompasado que llevan, en sus sutiles movimientos y en la química y compenetración que derrochan ante todos los pares de ojos que les observan.

Siento un cúmulo de sentimientos tan grande viendo a mi amiga cumplir su sueño, bailando cual princesita con su príncipe azul, que termino llorando a moco tendido mientras los observo contemplarse tan enamorados y felices. Pero sé que mis lágrimas no son únicamente por la escena que estoy presenciando. A mi lado está Carlos, que ha venido en mi búsqueda en cuanto me ha visto entrar en la zona de baile y estoy segura de que no va a tardar en invitarme a acompañarlo al centro de la pista. Es injusto, soy consciente, pero ahora solo puedo pensar en Rubén, en cada uno de los fotogramas que van pasando por mi mente del momento que acabamos de vivir.

No quiero sentir lo que siento por él, pero tampoco he conseguido hasta ahora sacarlo de mi cabeza ni de mi corazón y he vuelto a caer, que es lo peor, porque se supone que iba a darme una oportunidad con Carlos. La culpa me pesa porque lo he hecho fatal. Yo, que siempre he sido o, mejor dicho, he intentado ser un modelo de hacer el bien y no mirar a quién, que siempre he criticado las infidelidades, y aquí estoy, en la boda de mis mejores amigos después de haberme acostado con el amor de mi vida en medio del campo, cual salvajes, a espaldas del que hoy es mi reciente novio.

«Genial, Isabel, olé tus narices». Menudo percal tengo.

Empiezan a sonar los acordes de una canción de Río Roma que es maravillosa y Carlos, como esperaba, me invita a acompañarlo.

Algo mágico pasó
Tu sonrisa me atrapó
Sin permiso me robaste el corazón
Y así, sin decirnos nada,
con una simple mirada
comenzaba nuestro amor…
Tú me cambiaste la vida
desde que llegaste a mí…

A unos pasos de distancia observo como Fran y Carlota bailan ya con sus respectivos madre y padre una parte de la pieza, así como el novio lo hace después también con su suegra. No se me escapa el intento que hace el padre de Carlota por bailar con doña Carmen, pero ella lo esquiva y sorprendentemente acaba bailando con el padre de Rubén, que por cierto está hecho un pincel.

«Está claro de dónde vienen los genes de Ken».

«*Buahhh*…, aunque haya sido mentalmente, he vuelto a usar la palabra Ken después de tanto tiempo».

Y sí, mientras bailo con Carlos pienso en todo menos en él ni en nosotros, y me siento horriblemente mal. Todo ha cambiado tantísimo en las últimas horas que ya no sé ni qué voy a hacer. Solo tengo claro que con Rubén no puede volver a pasar nada, por mi salud mental, y que le tengo que explicar a Carlos la verdad, ya que no merece que le haga daño. Sé que se molestará y me odiará por haber jugado con él, pero espero que entienda que he intentado corresponderle y que lo más lejano que yo tenía era que sucediese algo con Rubén esta noche, pero, por desgracia, en el corazón no se manda y hay ocasiones, como hace un rato, en las que todo se descontrola y no se puede evitar —o eso quiero creer—.

La fiesta continúa hasta el amanecer, recena incluida, momento en el que Carlota me asalta para que le cuente en qué ha quedado la conversación con Rubén. Intento esquivarlo, porque me avergüenza lo que he hecho, pero mi amiga me conoce y sabe que algo sucede.

—Ya que tú no vienes a darme los detalles, bicharraca, te pregunto yo. ¡Suéltalo todo!

—Es la fiesta de tu boda, tu celebración, esa que solo será una vez en la vida… bebamos hasta olvidar lo que nos rodea…, ¿por qué no lo hablamos mañana tranquilas mientras nos recuperamos de la resaca?

—Porque no, ¿tú queriendo beber para olvidar? Algo ha pasado… solo hay que veros. Me he fijado en lo que has tardado en volver y la cara desencajada con la que venías. ¿Por fin te ha explicado algo? ¿O ha sido borde?

—No es eso, solo que nada ha salido como esperaba.

—¡Ay, madre!, que esa carita me la conozco… ¡Dime que no! —adivina enseguida.

—Ojalá pudiera, he metido la pata hasta el fondo.

—Te ha besado, ¿a que sí?

—Si solo fuera eso…

—No me jodas, ¿te lo has tirado?

—Carlota, para.

—Eso es un sí como una catedral de grande, ¡qué guarri! ¡Que te lo has follado en mi boda, tía! Eres una genia. —Se parte de risa.

—No te rías así, me siento fatal.

—Venga, boba, tendrías que estar feliz si habéis vuelto. Además, lo que debes de haber disfrutado, virgen santísima… ahí sacando el instinto básico a pasear.

—Que no hemos vuelto, tía, que yo no puedo tener nada de nuevo con él y él tampoco creo que quisiese. Todo ha sido un error y sigo sin saber a qué mierdas fue a Madrid, por qué justo ahora ha mostrado interés cuando luego dice que ya todo es pasado y mejor olvidar. ¡Ojalá me hubiera estado quietecita! A la próxima, me paras…

—No lo entiendo… Tú sigues queriéndole y te arrepientes del polvo. Además, dices que él no quiere tampoco… ¿Qué coño habéis hecho?

—Ha sido el momento, una cosa ha llevado a la otra…

—Sí, ya, y dos huevos duros. Nena, que soy yo, me lo puedes contar. Tú no te mueves por momentos.

—No hay mucho más. Se me ha ido de las manos. No puedo seguir pensando en él y tengo que cortar de raíz, sí o sí. Además, claro está, debo dejar a Carlos. Tampoco voy a mantener esa mentira, cuando lo que hay es evidente, por mucho que me moleste, y el chico no tiene la culpa.

—Pues sí, no puedes seguir mareando la pava con uno si piensas en el otro, que no lo merece. Y ya está, si con esto que ha pasado vuelves a tener claro que no puedes estar con él, quédate con

que lo de esta noche es la fantasía que todas tenemos. Un empotramiento en los aseos de una boda… ¡Toma ya!

—Bueno, más bien en medio del campo, como animales. ¡Qué vergüenza! —reconozco apurada.

—No seas mojigatilla, ni vergüenza ni nada, somos humanos y las necesidades aprietan… hasta a ti —se burla.

—No seas bruja, que me recuerdas a él cuando me llama santa Isabel.

—Realista, nena. Has metido la pata, sí, pero bueno, eso que te has llevado para el *body*. Ahora me has dado envidia, cabrona. ¡A ver si te crees que yo no me voy a dar un buen homenaje esta noche!

—Qué menos, *jodía*, es tu noche de bodas, pero lo mío es de juzgado de guardia.

—Bueno, cielo, para mí, como dice Sabina en su canción… *todas las noches son noches de boda y todas las lunas lo son de miel.*

— CAPÍTULO 42 —

De aquellos barros vienen estos lodos

RUBÉN

Me levanto el día después de la boda con una resaca del copón y un martillo en la cabeza que no deja de golpearme. Necesito ibuprofeno en vena para aliviar el dolor de cabeza y continuar durmiendo, evitando así pensar en la noche de ayer, aunque es contradictorio puesto que no la borraría por nada del mundo. Pude volver a tenerla entre mis brazos, besarla, saborearla, disfrutar con ella… y confirmar que lo que siento por Isa es real como la vida misma. Y no es nada nuevo. No es un sentimiento que haya nacido ayer, ni cuando la vi subir a su piso al tontarra de Carlitos. Lo curioso es que anoche fui consciente de que sentí exactamente lo mismo al besarla, al estar dentro de ella, que la primera vez, por lo que eso me lleva a fustigarme por no haberme dado cuenta antes de que siempre he sentido un amor inmenso hacia ella, más allá de la amistad y de todo.

Sabía que nuestra conexión siempre había sido tan especial que muchos nos envidiaban. Desde niños pasábamos las horas muertas juntos, holgazaneando, y nunca necesitamos hacer grandes cosas para divertirnos. Con su compañía siempre me bastó y a ella con la mía ídem. Isa sacaba lo mejor de mí en todos los aspectos y lo sabía, estaba claro que con ella todo era mejor, pero nunca llegué a profundizar y entender por qué solo me sentía así a su lado.

Tenía que haberme dado cuenta cuando teníamos dieciocho y empecé a verla de manera diferente, pero no… porque he sido idiota y he estado ciego, teniéndola siempre delante.

¡Maldición! ¿Cómo he podido ser tan zoquete? Si aquellos primeros besos que nos dimos fueron espectaculares, siempre quería más, eran la puta maravilla del universo y cuando empezamos a acostarnos, aquello era otro nivel, una locura que nos transportaba al séptimo cielo.

Pude constatar que con ella todo era diferente al resto cuando se fue a estudiar fuera y nos separamos. Ahí fui idiota y no vi lo que había y tuve la oportunidad en mi puta mano. Empecé a estar con otras, pero nada era tan especial, era como comer pipas. Ninguna me hacía vibrar, sentir la intensidad que sentía con ella, y me frustraba, con ninguna quería más, pero como siempre he sido un cenutrio lo achacaba a conexión sexual, porque nosotros nunca hablábamos de sentimientos y porque en ningún momento me planteaba nada más allá que pudiera traer problemas a mi vida o que me llevara a pasarlo mal como le pasó a mi padre cuando mi madre se fue. Precisamente con Copito, con su marcha a la universidad, sentí esa añoranza y la eché de menos de aquella manera tan bestial porque ya la quería, solo que no lo sabía.

Y la quería conmigo, pero no estaba. La necesitaba debajo de mí y no podía ser, así que me conformaba con otras muchas con las que ni me lo pasaba bien. Eran polvos en automático, follar por follar, por pasar el rato pero sin sentir nada más allá que el goce del momento.

Porque ahora me doy cuenta de que yo, que creía que solo me acostaba con ella por el sexo en sí, para jugar, todos estos años, lo que hacía era hacerle el amor la mayoría de las veces que estábamos juntos. Otras, es cierto que también nos podía lo guarro, el instinto animal… Porque no es lo mismo hacer el amor que acostarte con alguien que te da igual. A mí estar con ella me llena, me hace disfrutar e ir más allá, y en cambio el sexo sin sentimiento no me llena, porque en cuanto te corres vuelves a estar igual de vacío en todos los sentidos. Y yo he tardado demasiado

en comprender que ella me complementa en todo, llena mi vida de complicidad, de seguridad, de bienestar y también de pasión, que es algo que todos necesitamos.

Anoche lo tuvimos todo de nuevo y se arrepintió al segundo, lo que me dejó hecho polvo. Está con él y, aunque yo sentí lo contrario, dijo que para ella había sido solo el momento, sexo puro y duro. Jamás en la vida la Isa que yo conocía estaría con nadie solo para pasar el rato, pero en el fondo es normal que se arrepintiese y quisiese camuflarlo con lo que no es. Primero, porque por mi culpa no lo ha pasado bien en muchos momentos; segundo, por el idiota ese y, tercero, porque Isa tiene el corazón más limpio y noble que conozco y se tiene que estar sintiendo fatal por ello, porque para ella ser desleal es horrible, lo peor del mundo.

Así como en Madrid quise evitar que ella lo pasara mal, lo de anoche fue algo imparable para ambos, lo cual en el fondo me alegra porque veo esperanzas de poder recuperarla en algún momento futuro, pero también me da mucha pena porque la conozco y debe de estar torturándose por lo que pasó.

No puedo decir que sienta que nuestro encuentro fue un error porque para mí fue perfecto…, la necesitaba. Anhelaba volver a sentirla, verla entregada a mí, a lo nuestro, volver a disfrutar con su cuerpo pegado al mío y estar dentro de ella para constatar que no quiero estar en ningún otro sitio ni con ninguna otra que no sea ella, pero sí me arrepiento de haber reaccionado como un niñato rabioso —una vez más— cuando empezó a echarse atrás, porque sé que mis palabras le hicieron daño y ella no se lo merece. Pero no podía hacer otra cosa. Me dio tristeza que sintiera que estar conmigo era horrible, después de todo lo que hemos vivido, y eso me llevó al planteamiento que tenía inicialmente de no meterme en medio de su vida y no volver a ponérsela patas arriba.

Según ella, nuestro momento ya pasó y yo se lo confirmé, y no solo eso, sino que la espanté con chulería —intencionada— y mis palabras la hirieron, pude verlo en su cara. Conozco todas y cada una de sus expresiones y de sus gestos, por eso sé que le dolió escucharme. La fastidié mucho, quedé mal ante sus ojos de nuevo, solo que ahora me quema por dentro saber que con esa idiotez la alejé aún más de lo nuestro y la acerqué a él.

Debe de estar odiándome, como cuando me vio con Sarita la primera vez, o la última —momento que tampoco en esta ocasión he podido explicarle—, pero lo cierto es que ahora no quiero que piense mal de mi persona. Nunca lo he querido, de hecho, porque su opinión siempre ha sido importante para mí, pero darte cuenta de que estás enganchado a alguien como nunca en tu vida e imaginar que esa persona pueda estar pensando lo peor de uno, duele y no poco.

Soy tonto y no aprendo. Siempre acabo metiendo la pata, quiera o no, porque no había necesidad de herirla, de hacerle ver que hoy no iba a recordar lo que había pasado entre nosotros, cuando sé de sobra que ese momento va a quedar grabado a fuego en el fondo de mi corazón.

Pero he descubierto tarde que no quiero perderla, que la necesito en mi vida y ¡manda cojones! que haya conocido también a la vez el demonio de los celos, y que, precisamente, sea cuando hay otro tío en la suya por mi culpa. Ella se fue de aquí dolida, sí, hecha polvo, cuando empezó el declive de lo que teníamos. Entonces, ahora no tengo derecho a nada, porque lo he perdido cada minuto que he desperdiciado en estos años sin ver lo que ahora veo tan evidente y claro, sobre todo dejándola marchar y poniéndola en bandeja de plata a cualquier otro que pudiera conocer fuera de aquí.

«Y es que el chaval es para verlo. Mentira, es un tío normal, solo que me jode en el alma y me puede el coraje al verlo a su lado».

No sé si darle las gracias a Fran por irse de la lengua y propiciar lo de anoche o meterle una patada en el culo por bocazas.

Rubén:
¿Cómo amaneció el recién casado?
Además de reluciente de tanto fornicio…

Fran:
La vida de casado es perfecta, tío, y tengo la suerte de tener a la mejor esposa del mundo.

Rubén:
No seas moñas, anda.

Fran:
Ya vi que disfrutaste de la fiesta y de la barra libre, mamón.
Me han dicho que casi te bebes el agua de los floreros.

Rubén:
Calla, que no puedo ni pensar de lo que me duele la cabeza.

Fran:
Ya tenemos una edad, no como cuando éramos unos canijos de dieciocho. ¡Estás mayor!

Rubén:
Lo que estoy es jodido.
¿Qué tal si nos tomamos tu primera caña de casado esta noche?

Fran:
Me parece un buen plan y ya me pones al día, que fijo que ayer mojaste.

Rubén:
Ahora que llevas anillo, ¿te da poderes o algo?, ¿te has vuelto adivino?

Fran:
Contigo es fácil acertar en eso, cabrón.

Rubén:
Bueno… unos crían la fama y otros cardan la lana…

Fran:
A las 20 h en El refugio, porque me ha dicho Carlota que se va a ver con Isa a esa hora, así luego la recojo para venirnos a cenar.

Rubén:
Cojonudo, te veo entonces.
Y te dejaré libre para tu primera cena de casados con tu mujercita.
Me voy a dormir la mona.

Fran:
Ibuprofeno y zumito, ya sabes.

Y eso es lo que hago durante el resto del día: tomar un par de ibuprofenos, un zumo de naranja

para meter un poquito de vitamina C al cuerpo y dejarme caer en el sofá hasta que me quedo dormido, consiguiendo despertar como a las seis de la tarde, justito para comer algo, pese a tener el estómago cerrado, darme una buena ducha fría y llegar a tiempo a ver a Fran.

—Y yo que no me pispé de nada y era mi boda, ¡manda pelotas! —suelta mi amigo tras enterarse de todo por mí.

Siento que estoy traicionando a Isa, ya que me dijo que no abriera la boca con nadie, pero Fran es mi mejor amigo y necesito un hombro en el que apoyarme ahora que me encuentro tan perdido. Además, en este momento las dos, Carlota y ella, están juntas, y en cuanto me empiecen a pitar los oídos sabré que están hablando de lo de anoche.

—Si quieres te aviso en el momento, ¡no te jode!, además, ya te he explicado cómo fue todo.

—Lo siento, siento haberle contado a Carlota que fuiste a Madrid, pero es que cuando vi a Carlos haciendo el brindis me puse en tu lugar y ya no pude callarme. Encima, cualquiera le oculta algo a mi mujer…

—En el fondo creo que te lo agradezco, aunque me haya quedado más jodido que antes con su rechazo. Por lo menos, tengo algo de esperanza con ella, lo sé.

—¿Y qué piensas hacer? Porque tenías muy claro que no te ibas a meter y ¡joder!, te has metido hasta el fondo, y nunca mejor dicho, capullo.

—Luego el cerdo soy yo…

—Perdón, me la pusiste a huevo. Venga, en serio, ¿cómo vas a proceder ahora que ha pasado esto entre vosotros?

—No sé, ante todo no quiero que lo pase mal por mi culpa y creo que no está en mi mano poder hacer mucho. Ella es la que tiene que saber lo que quiere, porque te juro, macho, que yo la sentí muy receptiva, pero cuando empezó a arrepentirse y a decir que había sido un error… me dejó *planchao*.

—Tienes que darle tiempo. Esto habrá sido un tsunami para ella, y más con el pobre Carlos en la historia.

—El pobre Carlos… ¡mis cojones!

—Él no tiene la culpa, no seas obtuso.

—Bueno, lo que tu digas. Entonces, crees que debo estarme quieto, ¿no?

—Sí, creo que debes darle libertad para que haga lo que crea que tiene que hacer, sin presión, sin liar más la madeja de lana. Date cuenta del cacao que debe de tener en la cabeza.

—Lo sé, y la idea de que ahora mismo esté sufriendo me carcome, pero a ver qué hago.

—Ya has hecho bastante. Y ahora ella tendrá que ver si quiere seguir con Carlos o qué.

—Conociéndola, se lo contará —aseguro totalmente convencido.

—Pero no podemos saber qué pasará, ni qué piensa Copito. Va a estar unos días aquí, también tienes la opción de hablar con ella.

—Ayer ya no quiso escucharme, así que ni me molesto. El día que quiera que hablemos y me deje explicarle todo, lo haremos, pero dejaré que sea ella, porque si ahora voy a buscarla de nuevo es como meterme otra vez en medio y presionarla, cosa que no quiero.

—Eso es verdad, y la vas a liar más porque ella debe de tener la cabeza loca. Dime cómo puedo ayudarte, tío.

—No puedes, no podéis hacer nada. Bueno, tu mujer tampoco creo que quisiera ayudarme, porque también tiene que estar pensando lo peor de mí.

—No digas eso. Ella ayer enseguida quiso poner al corriente a Isa para que pudierais arreglarlo. ¿Por qué no lo piensas y hablas con Carlota? Tal vez ella pueda aconsejarte mejor que yo, que sabes que estas cosas…

—Ahora no soy capaz de enfrentarme a tu señora con la verdad por delante, macho. Me caería la del pulpo con los ovarios que tiene tu Sustitos… Quizá más adelante, porque sería como hacer un repaso a todo y ya bastante *rayao* estoy…

—Entonces para, date un *break*, porque al final también llevas tiempo con todo esto en la cabeza y tampoco te beneficia.

—Te voy a hacer caso, me voy a estar quieto y a darle tiempo a Isa para que ponga su vida en orden, sin mí inmiscuyéndome, aunque me muera de ganas. Ella se merece estar tranquila y parece que eso es lo último que yo le aporto. No sé cuánto voy a aguantar sin acercarme a ella, pero lo voy a intentar.

—¿Podrás hacer como si nada estas fiestas mientras ella esté en el pueblo?

—Tendré que hacerlo por el bien de todos, aunque me joda y me dé rabia tenerla tan cerca, pero también tan lejos. Estoy acostumbrado, no es la primera vez que ponemos distancia entre nosotros, solo que siento que ahora no es como las anteriores.

—Claro, es como cuando tienes una botella de vino en la nevera días y días. No la tocas, no te genera ganas, pero basta que no la tengas para querer una copita. Y no paras hasta que la consigues. Pues esto es algo parecido, Rubén.

—Hombre, si tú lo dices…

—Me preguntas y a ver, yo qué sé, no soy experto en estos temas. Hablo por lo que yo he vivido con Mónica y con Carlota, pero es que vuestra historia es harina de otro costal. Es media vida.

—Te juro que, si algún día me perdona, al día siguiente me la llevo a vivir conmigo.

—¡Qué cojones!, te casas con ella —sugiere Fran—, que después de tanto tiempo ya ni novios ni na, directamente a por los críos.

—No me verás a mí casado, machote. Eso es para ti, no va conmigo.

—Tampoco iba nunca contigo lo de tener algo con alguien y todo era sexo sin compromiso, rollos de fin de semana, que acuérdate las que liabas y mírate ahora… bebiendo los vientos por ella.

—Ya lo hablamos hace semanas, pero si algo reconfirmé anoche es que siempre he sentido lo mismo que siento ahora al tocarla, al besarla… vamos, que está claro que siempre la he querido.

—Pero no te diste cuenta porque estabas cerrado en el cero relaciones, cero nada… y vivir la vida sin ataduras.

—Exacto, y me equivoqué, por zoquete.

—Bueno, mejor darse cuenta y reconocerlo tarde que nunca —asegura mi amigo, certeramente.

—Brindemos por eso y por vuestra luna de miel, que en nada estaréis en Laponia. Anda, que vaya viaje extraño de recién casados…

—Bueno, hasta el 1 de enero por la tarde no salimos y ya sabes que, con mi Sustitos, en estas fechas tenía que ser un destino relacionado con la Navidad para que disfrute.

—A ver qué hacéis allí, podéis echar buenos polvos sobre la nieve con tanto reno de testigo —me río, vacilándolo—, pero tened cuidado no os vaya a embestir alguno cuando estéis en mitad del fornicio.

—Mira quién se ríe, el que en mi boda folló en mitad del campo como los animales —me contesta él, carcajeándose, con toda la razón.

— CAPÍTULO 43 —

Una nueva huida hacia delante

ISA

—No sé qué decirte, amiga. Todos estos días en el pueblo me han servido para descansar y para recordarme lo mucho que echo de menos vivir aquí. Yo soy de vida tranquila, de respirar aire puro y salir al campo y no de prisas o de ir a todos los sitios corriendo.

—Egoístamente, yo sería muy feliz si decidieses volver al acabar el curso, pero entiendo que tienes que hacer lo que sea mejor para ti, para tu cabeza y para tu corazoncillo, pequeña Isa —me dice con cariño Carlota.

—No sé lo que haré. Lo único que he sacado en claro esta semana es que quiero, necesito, estar sola. Aún quedan meses hasta junio. He decidido que no voy a venir por aquí en este tiempo porque, si de verdad quiero olvidarlo todo, la distancia tiene que estar más marcada que nunca.

—Si crees que podrás con ello… La verdad es que te admiro, yo no sería capaz de levantar el muro con alguien que, por fin, después de una vida, parece que ha movido ficha.

—Vamos a ver, eso de que ha movido ficha… es una conjetura nuestra. El hecho aislado de que fuese a Madrid a buscarme no es definitivo.

—¿Y el polvo qué? Porque eso sí que no se olvida y algo significa. No querrás obviarlo, ¿no?

—Significa lo de siempre, siempre me ha buscado por lo mismo. ¿Quién dice que ahora, esta vez, sea distinto?

—Yo creo que lo es, de verdad.

—¿Y si ahora se medio muestra interesado porque me ha visto con Carlos? En plan ni come ni deja comer, ya sabes.

—Mmm… como poder, puede ser, como todo en esta vida, pero no veo yo a Rubén como un chico celoso. Me cuesta hasta imaginarlo…, aunque aún recuerdo en Maspalomas cómo se puso de encabronado…

—No te digo que esté celoso, porque eso significaría que siente algo por mí, pero puede que el sentimiento de posesión le haya podido al verme con Carlos o el amor propio o egoísmo, llámalo como quieras, y haya querido quedar por encima y recordarme que él siempre va a estar por delante de todos, porque eso lo sabe.

—No creo que él sea tan egoísta. Piensa que se presentó en Madrid a ciegas, no tenía ni idea de lo que iba a encontrarse. Quizá si no os hubiese visto en la puerta habría subido y el polvo que echasteis en mi boda os lo habríais pegado aquella noche… ¡Quién sabe!

—No me digas eso, que si fuera ahora…

—No lo pienses, ten claro que todo pasa por algo y si de verdad para Rubén algo ha cambiado, lo veremos. No tengas duda.

—Pero es injusto, parece que me busca porque me ve con otro. Me tienta y voy yo y sucumbo a sus encantos, y encima en el campo, como una salvaje a la que le faltó tiempo para caer en sus brazos en cuanto me dijo dos idioteces y se me arrimó un poco.

—El tiempo pondrá todo en su sitio, y la distancia, desde lejos, cuando estés en Madrid seguro que lo verás todo más claro.

—Eso espero, como te decía, necesito estar sola, dedicarme tiempo a mí misma, centrarme en mi persona sin nadie del género masculino alrededor. Al final me fui para poner tierra de por medio y lo que he hecho estos meses ha sido dejarme querer por Carlos, que es un amor, a sabiendas de que Rubén seguía ahí. Y lo más paradójico de todo es que justo ahora con lo que ha pasado es cuando más presente lo tengo y encima me he llevado al pobre Carlos por delante.

—Nosotros tenemos la culpa, te insistimos en que lo conocieras…

—Vosotros no tenéis culpa de nada, no digas tonterías. Yo fui la que le dio bola. Me sentía tan sola allí, lejos de todo y, a ver, recuerda aquel símil del cantante y la canción… pues esa canción del cortejo ¿a quién no le gusta? El problema es que todo depende del cantante…

—Y para ti da igual el *hit* que te canten, mientras salga de la boca de Rubén.

—Por desgracia sí, pero bueno, esta vez me voy con el firme convencimiento de que ya he caído una vez más, que será la última y hasta aquí. De ahora en adelante quiero vivir por y para mí, y no martirizarme la cabeza pensando en nadie que no se quebraría la suya por pensar en mí.

—Bien dicho, amiga… Y ahí entra lo de Carlos, tendrás que hablar con él…

—Por supuesto, es lo primero que quiero hacer en cuanto llegue a Madrid, exactamente en seis días.

—¿Te vas entonces después de Reyes?

—Sí, no puedo dejarlo más. Además, vosotros os marcháis mañana a Laponia y yo aprovecharé estos días en casa con los papis. De hecho, empezaré hoy el encierro… esta noche no pienso salir.

—Pero si es Nochevieja, ¿vas a quedarte en casa?

—Sí, está decidido. He conseguido esquivar a Rubén toda la Navidad y no quiero verlo justo la última noche del año, con copas de por medio.

—Tampoco te perderás mucho. Fran y yo bajaremos un ratito, tomaremos algo para brindar por el año nuevo y nos marcharemos pronto, que nos espera un viaje demasiado largo.

—Por eso, entre que no me perderé nada del otro mundo y que no estaréis vosotros, me quedo en casa tan contenta, y estos días igual, así no habrá ocasión de que coincidamos y por tanto de que vuelva a hacer ninguna tontería ni a caer en la tentación.

—Y como dice el dicho: quien evita la ocasión, evita el peligro…

—Exacto, *darling*, y ahora brindemos por vuestro viaje, que se nos está haciendo tarde y nos esperan en nuestras casas para cenar —concluyo y más tarde me despido de mi amiga, a la que ya no veré en unos meses puesto que se marcha feliz a su luna de miel y cuando vuelva yo ya no estaré en Montaves.

Me he propuesto no venir hasta terminar las clases, y si es que decido volver, para ver si así de una vez puedo sacarme a Rubén de dentro. Han pasado tantas cosas que podrían habernos alejado, y parece una broma del destino, pero haber sabido que fue a buscarme me ha convertido en un mar de dudas, y por más raro que parezca es cuando más incógnitas tengo respecto a él y a la vez más esperanza en mi interior, porque ahora las mariposas de mi estómago revolotean con fuerza y mi cabeza piensa lo contrario, que por mi bien tengo que dejarlo estar porque acercarme de nuevo a él, a la larga, sería una grave equivocación, ya que volvería a hacerme pasarlo mal y es algo que no puedo permitirme si quiero avanzar.

Ahora, en cambio, Rubén viaja a Madrid sin decirme nada, me explica que estar conmigo siempre ha sido especial, es como que muestra algo de interés porque le pica o porque no le ha gustado verme con Carlos, pero en un par de semanas, ¡qué digo!, en un par de días, probablemente se habrá olvidado del repentino interés actual y volverá al «somos amigos» que me ha perseguido años y años estando a su lado. Total, ya me avisó de que no recordaría nuestro

encuentro en la boda al día siguiente, por lo que no puedo esperar nada. De hecho, no debo ni quiero supeditar mi existencia a lo que ha sucedido esa noche y no lo haré. Quedará en algo aislado, increíble y único, porque lo sentí tan mío, tan cerca que, quizá por eso, escuchar que no iba a recordar nada me hizo más daño aún. Otras veces lo he pasado mal por su culpa, por cosas que ha hecho y me he tomado a mal, pero esta vez está siendo peor porque alejarse cuando se ha tenido la meta cerca, cuesta el doble. Es dejar pasar lo que siempre he querido, es casi tocar el cielo con las yemas de mis dedos y retirarlas para no quemarme.

Respecto a volver cuando acabe el curso o quedarme en la ciudad, ya lo decidiré más adelante cuando esté más calmada y, especialmente, en el momento en el que tenga claro qué hacer. Ahora no puedo reflexionar con claridad.

«¿De verdad tendrá algún interés más allá?».

Esa pregunta lleva todos estos días martilleándome la cabeza. Quiera o no, la boda ha sido un punto de inflexión, un revulsivo, y no voy a poder olvidar lo que pasó. Tampoco es que quiera hacerlo, no pienso autoengañarme, pero necesito no darle vueltas al temita porque si no acabaré enloqueciendo. Una contradicción andante, eso es lo que soy.

Tengo que parar, cerrar el asunto, disfrutar de esta semana en familia y tratar de empezar de cero otra vez cuando me marche. Me queda un gran periodo de reflexión, eso lo sé, pero será cuando tenga la cabeza fría y no ahora, que tengo el corazón bien calentito, como diría Rosarillo Flores.

Y es lo que hago. Dedico los siguientes días a descansar, a pasear por el pueblo con mi madre —sin coincidir en ningún momento con el susodicho— y a contemplar la alegría que se respira en estos días de bullicio y color en las calles. Me paso por la casona para ver si doña Carmen y Maritere necesitan algo en ausencia de Carlota. Saludo a Javi y a Alejandra, que están con Carlitos asando nubes en la chimenea mientras su abuelo los contempla desde el sofá, libro en mano.

Sigue pareciéndome curioso observar lo perseverante que es el padre de mi amiga, que no deja de luchar por recuperar a la que fue su esposa, mientras ella no cede terreno, pero él sigue presente intentándolo y a mí me parece ideal. Y no es una duda, porque en la boda observé demasiada complicidad entre ella y el padre de Rubén, cosa que no he podido comentar aún con Carlota. Me pregunto si ¿mi ex?, ¿mi rollito de invierno?, se daría cuenta de algo… pero no tardo en ocupar mi mente en otra cosa cuando caigo en la cuenta de que, nuevamente, sea por un motivo u otro, siempre aparece entre mis pensamientos.

La tarde de Reyes disfrutamos de un roscón con chocolate en familia y al día siguiente, aquí estoy, con mis maletas bien cargadas, bajándome del tren en la estación de Renfe.

Me veo aquí, rodeada de gente que pasa por el andén, corriendo, cargada de equipaje y con tanta prisa que pienso en lo diferente que fue la primera vez que me marché del pueblo. Llegué entre lloros, convencida de olvidar y empezar de cero, y en cambio ahora vuelvo, sin llorar, con él más presente que nunca, pero con el total convencimiento de que tengo que pasar página, y no digo olvidar porque sé que eso es imposible.

Llegar a casa, tirarme en el sofá, poner la tele y cenar *pizza* se convierte en mi plan perfecto, algo que combino las siguientes semanas con las clases y con estudiar para los exámenes.

Acabo el periodo de controles con buenas notas y con pesadumbre, porque he pasado demasiadas horas entre los apuntes para no pensar en otra cosa y lo he conseguido, cosa que ahora, en mi tiempo libre, pese a salir de compras, a pasear por El retiro o a contemplar las noches de Madrid desde cualquier punto de una Gran Vía despejada de gente, no conseguiré.

— CAPÍTULO 44 —

¿Lo llamamos ruptura?

ISA

Ya no tengo excusa para no tratar el tema con Carlos. En estas semanas me he centrado en estudiar y él lo ha entendido —apenas nos hemos visto para algún paseo rápido o un par de tardes—, pero ha llegado el momento de que me siente con él y le explique lo que sucedió en la boda de nuestros amigos y cómo me siento, algo que he evitado para no descentrarme, pero que toca afrontar.

Descuelga el teléfono con alegría y le pido que nos veamos para tomar una copa esa misma noche. Prefiero no cenar, por lo que pueda suceder, ya que no quiero situaciones incómodas y no sé cómo puede reaccionar.

Lo cierto es que cuando lo tengo enfrente, tan encantador como siempre, tan guapo, me entristece no ser capaz de poder avanzar con él por más que lo haya intentado, pero el corazón es el que manda y, ante todo, no le puedo robar el tiempo a alguien que no lo merece después de haberse portado tan bien conmigo. Él tiene que estar con quien pueda hacerlo feliz y, por desgracia, lamento en lo más profundo de mi ser no poder ser yo.

—Estás preciosa esta noche, ya creía que no iba a llegar el momento de vernos de manera relajada —me dice, galante como siempre.

—Gracias, tú siempre tan atento, tan paciente… y yo, me siento fatal, Carlos.

—¿Qué sucede? Puedes hablar conmigo de lo que sea, estamos juntos y quiero que tengas esa confianza de decirme cómo te sientes en cada momento.

—No me digas eso, por favor, que me siento peor aún. Tengo que explicarte algo, y quiero que sepas que ni yo misma me entiendo, pero, ante todo, que tengas claro que siempre he intentado que esto pudiera funcionar.

—¿Qué estás queriendo decirme?

—Pues que no podemos tener nada, Carlos, que yo he tratado de que las cosas no fueran así, pero por desgracia, no puedo sacar a Rubén de mi cabeza.

—Pero, cariño, no te agobies. El tiempo lo cura todo, siempre te he dicho que yo no tengo prisa en nada, soy la persona más paciente del mundo y solo quiero que seas feliz.

—No, no seas tan considerado conmigo, no lo merezco.

—Claro que lo mereces, eres demasiado buena, una santa diría yo —menciona trayendo a mi memoria los muchos «santa Isabel» que Rubén me ha dedicado a lo largo de nuestra vida, lo que hace que una tenue sonrisa se dibuje en mi rostro.

—No digas eso, es verdad que siempre intento hacer las cosas bien, pero en ocasiones lo hago mal, fatal. Y de eso quiero hablarte.

—Te escucho.

—El caso es que no sé cómo pasó, y que nunca he querido faltarte al respeto. Yo acepté que intentásemos tener algo y no debí haberlo hecho porque no había olvidado a Rubén. Entiende, han sido demasiados años… y, bueno, lo cierto es que…

—¿Que qué? —Me corta él, ansioso.

—Pues que en la boda pasó algo con él. De verdad que lo siento, yo… no sé qué decir.

—Define algo.

—En el banquete me enteré de que Rubén viajó desde el pueblo una noche a buscarme aquí, no sé si recordarás…, da igual cuándo, el caso es que vino a hablar conmigo, pero nos encontró juntos y entonces no se dejó ver. Cuando Carlota me lo dijo salí a hablar con él para que me explicara y, entonces…

—¿Me estás diciendo que te besó?

—No solo fue un beso, pero no puedo culparlo a él. Estábamos discutiendo y una cosa llevó a la otra y pasó lo que pasó, porque ambos quisimos. Lo siento mucho.

—¡Qué decepción más grande! Podía haberlo pensado de muchas personas, pero de ti no. Te consideraba tan buena, tan especial, tan frágil… y me doy cuenta de que lo que eres es una egoísta que me ha usado para entretenerse mientras no dejabas de pensar en ese tío que no ha parado de hacerte daño nunca. Eres como las demás.

—Yo nunca te he usado, eso te lo aseguro. Siempre he disfrutado de tu compañía y poco a poco me fui dejando llevar, pero no he conseguido sacarlo de mi corazón.

—¿Y tampoco conseguiste aguantarte las ganas o ni siquiera lo intentaste? Por un poquito de respeto hacia mí, más que nada…

—Tienes derecho a enfadarte, todo lo que me digas es poco, porque ya me he dicho bastante. Y con esto no pretendo exculparme, solo quiero que entiendas que lo último que quise era jugar contigo o hacerte daño.

—Pues lo has hecho, porque la decepción es algo que cala profundo y me has decepcionado mucho. Lo último en lo que has pensado es en mí. Puedo entender que apenas llevábamos un par de días, pero aun así…

—Tú lo anunciaste sin avisar, ahí delante de todos… y bueno, yo…

—Para que veas si soy tonto —vuelve a interrumpirme, dolido—. Yo anunciando que estaba contigo, orgulloso de ello, y tú a los diez minutos, en brazos de él. ¡Qué vergüenza, Isabel! ¡Qué poco decoro!

—Tienes toda la razón, me siento sucia, malvada. Apenas puedo mirarte a la cara, pero en mi defensa diré que es lo que me salió. Siento muchas cosas por él y, bueno, pasó.

—Y te dio igual todo lo demás. ¿Por qué no corres y vas a buscarlo de una vez? Si es lo que deseas no sé qué haces aquí, conmigo.

—Tenía que hablar contigo, dar la cara, te lo debía. Y no, no voy a estar ni con él ni con nadie. Quiero estar sola hasta superarlo todo —le explico mientras lo observo levantarse y dejar un billete encima de la mesa.

—Hazte un favor y deja de tratarme como a un idiota y de engañarme a mí e incluso a ti misma. Nunca vas a superar nada porque no ves más allá de él y, por lo que veo, él debe de estar igual. Deja de jugar con la gente.

—Carlos, no te vayas así. Podemos tratar de ser amigos…, tal vez cuando pase un poco de tiempo, no sé…

—Déjate de amigos, no quiero gente mentirosa ni desleal a mi lado y tú lo has sido conmigo.

—Es verdad, lo entiendo, pero espero que algún día comprendas que en el corazón no se manda y que nunca quise jugar contigo.

—Pero lo has hecho y siento decirte que no me lo merecía.

—Por supuesto que no te lo merecías, créeme que lo tengo claro. Has sido tan bueno conmigo que no tengo palabras que me disculpen. Solo puedo pedirte perdón.

—Guárdate el perdón. Espero que seas muy feliz, de corazón, aunque hayas pisoteado el mío por alguien que no vale la pena.

Y sale del local dejándome triste. Conforme lo veo alejarse, de espaldas, pienso en sus últimas palabras, y debo de ser masoca, pero me siento molesta porque ha dicho que Rubén no vale la pena y lo cierto es que él tendrá muchos defectos, pero es de las mejores personas que conozco y Carlos no tiene derecho a hablar mal de él puesto que no lo conoce en absoluto.

Regreso a casa con una sensación de vacío porque, aunque no haya conseguido enamorarme de Carlos, sé que lo echaré de menos en mi día a día en Madrid ya que lo pasábamos muy bien; a su lado, en cada plan que hacíamos y que ya no se va a volver a repetir, disfrutaba y me sentía cómoda y protegida. En este mismo momento empiezo a sentir la soledad que sé que va a pesar sobre mis hombros como una losa durante los próximos meses. Esa soledad a la que antes o después me acabaré acostumbrando y que será una fiel compañera mientras dure mi estancia en la ciudad, lejos de la gente que me quiere y que quiero.

Al final, estar a solas conmigo misma no resulta tan grave ni tan pesado, al contrario, ya que, antes de que quiera darme cuenta, febrero termina «demasiado rápido», marzo vuela tanto que cuando llega la primera semana de abril y anuncio a mi familia que no viajaré a Montaves para vivir la Semana Santa en casa, todos se sorprenden.

Paso del 5 al 8 de abril inflándome a torrijas, natillas y flanes caseros, recordando los dulces que años atrás preparaba mi abuela con esa mano tan maravillosa que tenía para la repostería, esos dulces que yo misma preparo intentando imitar los de antaño tras hacer una compra gigante de huevos, leche y pan.

Cocinar relaja, pero ni con esas mi mente descansa. El runrún es constante, y además llevo días con demasiada morriña y sin acabar de aceptar por qué tengo que estar lejos de mi casa, y no me refiero a estas vacaciones, sino en general, ya que podría volver y que pasara lo que tuviese que pasar. Soy adulta y si he de convivir con una persona con la que he compartido demasiadas cosas y con la que por desgracia no puedo tener una relación de pareja normal, tengo que saber sobrellevarlo y dejar de esconderme. No voy a estar toda la vida huyendo de un amor que pudo ser y no fue, y cuanto antes lo digiera, mejor por el bien de todos y por el mío propio.

Total, ya han pasado meses desde lo que pasó en la boda y no he vuelto a saber de él. He conseguido estar tranquila, pero no consigo sacarlo de la cabeza ni con agua caliente. Al final las cosas que se quedan a medias son las que no se olvidan, las historias inconclusas, las historias que dejan dudas… y pese a que la nuestra nunca empezó de manera oficial, los últimos acontecimientos y la última vez que estuvimos juntos dejaron más incógnitas sin resolver que nunca y muchas preguntas sin respuestas, que cada vez me hacen ver más claro que hasta que no despeje todas las equis no voy a poder tirar para adelante.

Me planteo una conversación adulta con Rubén, pero enseguida lo descarto puesto que sería contraproducente y lo más probable es que acabásemos discutiendo o en la cama, que es peor, y entonces tocaría vuelta a empezar y que volvieran los lloros y los lamentos por lo que nunca voy a poder tener.

El domingo 9 me visto temprano y salgo a hacer una ruta de torrijas por las mejores pastelerías de la ciudad. Las penas con dulce se sobrellevan mejor, o eso dicen, y lo cierto es que me divierto mucho, pero no puedo evitar acordarme de mis amigos que, como cada domingo en estas fechas, se habrán juntado para comer en el campo de Rubén. ¡Cómo me gustaría estar allí disfrutando con ellos del buen tiempo que hace, de una buena carne a la lumbre, de nuestros juegos y de todo lo demás! Sí, al lado de Ken también, a estas alturas sería ridículo negarlo.

— CAPÍTULO 45 —

Desnudando el alma a terceros

RUBÉN

—¡Vaya día bueno hemos pasado, chavales! —exclamo ante Fran y Carlota, que son los últimos que quedan en el campo, tumbados conmigo sobre la hierba, después de que el resto del grupo se haya marchado ya.

—¡Y que lo digas! En mi cuerpo no cabe nada, ni de comer ni de beber —reconoce Fran.

—Sois unos animales, que lo sepáis —rebate Carlota—. Os habéis puesto hasta el culo, no tenéis fin. Luego dices que tienes barriguilla, amor.

—No me lo recuerdes, además, es culpa de este, que me lleva por el mal camino —se defiende mi amigo, señalándome a mí como si le hubiera obligado a meterse entre pecho y espalda los dos chuletones que se ha metido para el cuerpo o las copas de después.

—Culpa mía, los cojones. Míralo qué listo… Además, yo estaba bebiendo para matar las penas, pero tú, ¿qué excusa tienes?

—Ah, que el señorito tiene penas, ¡cuéntanoslas, hombre! —me insta Carlota, irónica como la que más, y veo la ocasión perfecta para hablar con ella y destensar un poco nuestra relación, ya que estos últimos meses siento que la mujer de mi amigo tiene algo contra mí. Imagino que es algo que tiene que ver con Isa y estoy deseando que me lo suelte de una vez para decirle lo que pienso y lo que siento.

—¿Conoces a alguien que no tenga penas en su vida? Preséntamelo o la —le respondo.

—Lo que me sorprende es que tú, que solo te jactas de vivir la vida y disfrutar, digas que bebes para olvidar, cual sufridor devastado —alega ella, incisiva como el aguijón de una avispa cuando se clava en la piel.

—¿Está prohibido o qué?

—Por supuesto que no, pero ¿sabes qué pasa?

—Sorpréndeme, tú que parece que lo sabes todo —salto, a la defensiva, porque me está tocando mucho los cojones.

—Ehh, ¿por qué no paráis? —nos pide Fran—. No me gustaría que acabásemos peleando entre nosotros después de lo bien que hemos estado todo el día, chicos.

—Tranquilo, amigo, nadie va a discutir, pero quiero escuchar lo que tu mujer iba a decirme.

—Por supuesto que me vas a escuchar, no sabes la cantidad de tiempo que llevaba queriendo decirte cuatro cosas.

—Aquí me tienes, te escucho. Dispara.

—¿Sabes cómo se quitan las penas esas que dices que tienes? Tanto que te lamentas… Solucionando los problemas como adultos, hablando de frente, con la verdad por delante y sin joder a nadie…

—Será cuando a uno le dejan hablar y expresarse. Y yo no he jodido a nadie, por lo menos queriendo.

—Vayaaa, pooobrecito, ¿qué nos vas a contar? Que no has podido expresarte porque no te han dejado. Y lo de que no has jodido a nadie… Vamos a dejarlo estar.

—Pues mira, sí, y ¿sabes quién no me ha dejado explicarme? Bueno, claro que lo sabes… ¡tú

siempre bien informada y de primerísima mano!

—¿También te molesta que mis amigas me cuenten si están bien o mal? —pregunta Carlota—. Igual no eres el único al que le falta información, ¿no te parece?

—En eso tienes razón. No siempre nos enteramos de todo lo que queremos saber y tampoco contamos cosas que son innecesarias, dadas las circunstancias —trato de explicarme.

—Cualquiera diría que tienes un poquito de resquemor… ¿me equivoco? —me interroga, perspicaz.

—Pues mira, sí, lo tengo y estoy hasta la polla. ¿Contenta?

—No tendría por qué estarlo. ¿Y tú?

—No, no estoy nada contento. ¿Cómo podría estarlo si llevo meses sin saber nada de Isa?

—Ahhh, ¡¡que hablamos de ella en concreto!!

—Cariño, frena —le pide Fran a Carlota, echándome un cable—. Deja que Rubén hable.

—Tampoco tengo mucho que decir —respondo chulesco.

—La hostia, Rubén, qué terco eres. ¿Por qué no le reconoces de una puta vez a Carlota que te mueres por Isa? —Lo oigo soltar esa frase y quiero matarlo con mis propias manos—. Y tú —dice dirigiéndose a ella —, ¿por qué no le escuchas y tratas de ponerte en su lugar y no atizarle?

—¿Es eso cierto? —pregunta, inquisidora, con los ojos fijos en los míos.

—¿Tampoco te lo crees de boca de tu marido?

—Llegados a este punto, me gustaría oírlo de tu boca y después decirte lo que pienso.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que la quiero? Pues sí, la quiero y mucho… ¿Que me he dado cuenta tarde? También lo sé, que soy un gilipollas y no hay día que no me lo recrimine yo a mí mismo…

—Pues sí, eres gilipollas. ¿Y puede saberse el porqué de ese cambio…?

—No, no podría decirte, porque ni yo mismo sé cuándo pasó. Solo sé que se fue a Madrid y me sentía tan raro, tan desubicado… recordad que me pasaba los días de mal humor, no me aguantaba ni yo, pero no comprendía por qué estaba así de irascible, no sabía qué me pasaba.

—¿Tan difícil era ver que la echabas de menos?

—Claro que sabía que la echaba de menos, pero nunca me planteé nada más allá. No pensé que fuera por algo más… Además, cuando se fue veníamos de una mala época, estaba tan disgustada conmigo que apenas hablábamos.

—Disgustada dice, la hiciste polvo cuando te pilló aquella noche en el campo con esa…

—No sé la cantidad de veces que voy a tener que repetir que no pasó nada con Sara, ¡joder!

—A ver si encuentras a alguien que te crea, majo, porque Isa os pilló con las manos en la masa y te jodió el pastel.

—¡¡Qué pastel ni qué cojones!! Repito por quincuagésima vez que no hubo nada, que es verdad que Isa nos vio, pero no era lo que parecía…

—Tendrás la poca vergüenza de seguir negándolo y estar reconociendo en mi cara que ella os pilló —me corta, exaltada.

—¿Me dejas hablar? Gracias.

—Sí, perdona. Continúa…

—Como te decía, sí que apareció y cualquiera hubiera pensado lo que ella, que nos estábamos liando, pero te juro por lo que quieras que yo esa noche no quería nada con Sara. Ella se me lanzó y la milésima de segundo que tardé en apartarme fue lo que tu amiga vio y se puso como una loca. Jamás me ha dejado explicarme, ni aquella noche que salió de aquí como alma que lleva el diablo ni nunca en ninguna de las veces que he tratado de aclararlo. Me condenasteis, sin remedio, sin derecho a réplica.

—¿Y por qué si fue así no insististe?

—¿En serio me vas a decir que no insistí? Creo que lo intenté hasta que me harté. Ella en ningún momento me dio el beneficio de la duda…

—Normal, ya estuviste con Sara y, dado tu historial… bueno, vuestro —aclara, lanzando un buen dardo a Fran—, no hubiera sido raro que hubieras vuelto con ella en cuanto Isa se dio la vuelta.

—¿Mi historial lo sabes tú? ¿Estás acaso debajo de mi cama para saber con quién me acuesto?

—No me hace falta, bastante sabemos ya… nosotros y todo el pueblo.

—¿Ahora resulta que solo cuenta lo que piensen las cuatro viejas chismosas de Montaves? Pues nada, lo que digan mi vecina Maripuri, doña Enriqueta, la señora Maritere y tres más de las que arreglan el mundo con ellas va a misa y sin replicar. Lo que piense o diga uno mismo no tiene valor, no te jode.

—No es eso, y lo sabes, pero ahora no vayas de santito porque no lo eres, cuando te has tirado a media comarca.

—¿Cuándo he dicho yo que lo sea?

—Entonces, no te quejes si ella dio por hecho que podía haber pasado algo con Sara.

—Ella pudo haber dado por hecho lo que le diera la gana, pero no me creyó, ni me dejó explicarme, y eso es injusto, te guste o no.

—Repito, el que quiere ser escuchado a toda costa, lo intenta una y otra vez. Tampoco mostraste demasiado interés…

—Bueno, lo que quieras…

—¡Pero si fuiste a Madrid y no fuiste capaz de hablar con ella!

—Porque no pintaba nada, ¡joder! ¿Tú qué hubieras hecho?

—Bueno, pues no lo sé, tendría que verme en esa situación… En cualquier caso, lo que yo digo es que si de verdad querías charlar con ella cuando fuiste a buscarla, explicarle todo esto que me estás contando, ¿qué mierdas pasó en la boda para acabar discutiendo y que no fueras capaz de abrir la boca?

—Yo había bebido, ella algo también, y me pudo verla con vuestro amiguito. Sí, lo reconozco, me puse muy celoso, igual que en Madrid, y quise arrancarle la cabeza a ese tío.

—Muy maduro por tu parte…

—Pues sí, seré inmaduro o infantil, llámame como quieras. Mira, puedes llamarme perdedor, que es lo que soy, ¿no?

—Venga, tío —me increpa Fran—, no eres un perdedor. Tenéis que hablar, simplemente eso. Aquí no hay ganadores ni perdedores, solo dos personas que, a la larga, entre unas cosas y otras no se entienden.

—Lo que sea, Fran, pero yo estoy aquí solo, nada más que pensando en ella y controlándome para no escribirle o llamarla y ella está divirtiéndose mientras sale con ese chaval o con quien sea, a no sé cuántos kilómetros de aquí. Pero vamos, que todo lo que me pase, me lo merezco por capullo.

—No lo habría dicho yo mejor —añade Carlota.

—Gracias, tan amable por tu parte… —le correspondo.

—Vamos a dejarnos ya de tonterías, ¿quieres? —me propone ella—. Tienes que hablar con ella, tiene que saber todo esto y por ti.

—Ayúdame, Carlota.

—Yo puedo intentar ayudarte, pero no puedo meterme ni hacerte el trabajo. En la boda te di la oportunidad y la desaprovechasteis ambos, aunque follarais.

—Te prometo que si hay una oportunidad de que pueda hablar con ella, no la dejaré pasar, pero me dejó muy claro que no quiere nada conmigo. No quiso escucharme, ya lo sabrás…

—Sí, lo sé, y la entiendo perfectamente. Date cuenta de que lleva media vida detrás de ti mientras tú solo jugabas y…

La corto rápido porque no es cierto lo que dice:

—Nunca he jugado con ella, no te equivoques, pero sí que di por hecho que los dos estábamos en lo mismo, no vi que fuera diferente.

—Bueno, lo que sea, pero ella lleva mucho a sus espaldas. Ha esperado siempre por ti, para que te dieras cuenta de que algo había entre vosotros, hasta que ya con la escenita de la mala pécora de Sara tiró la toalla.

—Por un malentendido, ¿te das cuenta ya?

—Por lo que sea… yo hubiera desistido mucho antes, demasiada paciencia ha tenido. Aún recuerdo el viaje a la playa, cómo te pusiste con el chaval aquel… y nunca jamás te paraste a meditar qué sucedía, cuando se veía a la legua que estabas rabioso.

—Pues seré tonto, ¿qué quieres que te diga? Yo no valgo para estas cosas, no sé en qué estaba pensando, solo sé que, aunque sea tarde, he entendido que la quiero como nunca creí que podría querer a nadie, y que me he dado cuenta de que no concibo mi vida con ella lejos de mí.

—Jamás hubiera imaginado oírte decir algo así…

—Pues ya ves, me estoy tragando todas mis palabras. Es suficiente para que me creas, ¿no?

—Te creo, y lo siento si me he pasado, pero no podía imaginar que… Nada, tenéis que hablar ya…

—No, yo me juré a mí mismo, cuando me rechazó, que no iba a entrometerme en su vida ni a causarle más tristeza, y no lo haré.

—Creo que es lo justo para ella, pero también estás dejando pasar tu tren…, ¿eres consciente?

—En mi cara se arrepintió y se avergonzó de haberse acostado conmigo. Tú sabes cómo es ella, me dijo que había sido el momento… Estaba desquiciada por mi culpa y no, no puedo aparecer de nuevo, no quiero desestabilizarla ni alterarla. No tengo derecho a joderla ahora que está bien, lejos y tranquila.

—Insisto, tenéis que hablar. Si veo el momento puedo avanzarle algo, pero creo que esto es algo que debéis hablar los dos.

—Sí, está claro que tengo que ser yo, pero, por ahora, mejor dejarla en paz.

—Qué poca sangre tenéis los dos —nos acusa a Fran y a mí.

—Pero, cariño, no me metas a mí en este entierro… —rebate su marido.

—Sí, porque sois los dos iguales. Fran y tú —dice señalándome— y tú y Fran. Con lo fácil que es ser claro y lo complicáis todo por cobardes, por tontos y por inmaduros. Y ya tenéis una edad, ¡coño!

—Cuando tienes razón, la tienes… y si puedo, lo arreglaré. Sé que la he perdido como mujer, pero por lo menos me gustaría conservar su amistad y para eso, aunque ya no venga a cuento, para que no me guarde rencor, tengo que explicarle todo. Si no ninguno podremos pasar página.

—¿Pero ahora estás pensando en pasar página en vez de en luchar por ella?

—¿Qué sentido tiene luchar cuando ella está con don Perfecto?

—Ah, es mejor dejar al amor de tu vida, cuando no sabes ni lo que ella piensa o quiere.

—Me atengo a los hechos, a que mi momento pasó, como ella dijo, y a que ahora está feliz con otra persona y me tengo que aguantar. Lo que quiero es que esté feliz.

—Eso te honra, pero me cuesta creer que no vayas a mover un dedo.

—El tiempo dirá.

—Esto no se puede dejar al tiempo o al destino, esto necesita que metamos mano porque si no va a acabar como el rosario de la aurora. —Oigo que le dice a Fran, en bajito.

Y ya no respondo, porque es tontería seguir dándole vueltas a lo mismo.

He perdido y lo he asumido, pero ahora siento una extraña sensación de alivio. He vomitado todo lo que pensaba, por fin he podido contar lo que pasó aquella noche y Carlota me ha creído. Me he sentido bien, cómodo, expresándole mis sentimientos por Isa, pese a que de primeras no lo tenía nada fácil. Pero hay que reconocer que la mujer de mi amigo es una enamorada del amor, al igual que Copito, creen en los príncipes azules y todas esas moñerías, y sé que ambas harían cualquier cosa en pro de la felicidad de la otra.

Me ha insistido en que tenemos que hablar ya y me ha hecho pensar en por qué tanta insistencia. Sin duda ella tiene más información que yo.

«¿Seguiré teniendo alguna posibilidad pese a que esté saliendo con el otro? ¿Será por eso por lo que quiere que hablemos?».

Al final yo mismo noté cómo de receptiva estaba conmigo aquella noche, cómo se deshizo entre mis brazos y cómo los dos nos quisimos a lo bestia, sin pensar, dejando salir el instinto y el deseo contenido.

Pero aquí tiene que primar el que Isa esté bien, su tranquilidad y su felicidad. Y si es con él, aunque me joda, no podré hacer nada, tan solo aguantarme mientras la veo ser feliz en brazos de otro, por haber sido un idiota toda mi vida. Yo que me creía la polla, el rey del mambo y no me daba cuenta de lo que pasaba a mi alrededor. Bien empleado me está todo lo que venga.

— CAPÍTULO 46 —

La interpretación de los sueños

ISA

Un gemido se escapa de mi garganta. No puedo dejar de moverme y pegar mi cadera, anhelante, contra su cuerpo, duro como una roca. Me restriego con fuerza, ya que solo quiero sentirlo dentro de mí y no veo el momento de que suceda. Él corresponde a mis ganas y lleva sus dedos directos al epicentro de mi placer para a través de sus manos hacerme vibrar y sentir. Y vaya si lo consigue. Me deshago y dejo volar mi cuerpo, feliz, ya que vuelvo a tocar el cielo, como cada vez que estoy con él, y cada gemido, más fuerte que el anterior, lo demuestra. Lo siento dentro de mí, me llena y enloquezco ante el ritmo trepidante, desenfrenado, de sus movimientos que me hacen llegar a lo más alto. Solo quiero eso en mi vida, siempre.

Mi lengua recorre sus fuertes pectorales impregnados en sudor y cuando llega a su cuello se deleita paseándose por él, ávida de sentirlo. Lamo, excitándolo por completo, mientras mis labios succionan con fervor e incluso mi boca muerde con deseo dejando marcas en su piel.

Los besos son cada vez más salvajes, de esos que se convierten en una batalla por tener el control mientras sus manos siguen haciendo y deshaciendo sobre mí, ¡estoy en el limbo! Y las mías en su miembro, acariciándolo desenfrenada y sin pudor alguno para hacer que goce del momento.

Sé que estoy sonriendo y mi boca abierta lo busca a él, a Rubén, solo que no lo encuentra. Me revuelvo entre las sábanas, mojadas de sudor, al igual que mi cuerpo, mi pelo… y cuando me sobreviene un orgasmo arrebatador que me deja exhausta, de sopetón me despierto y soy consciente de que todo ha sido un sueño. Una maravillosa fantasía. He tenido el sueño más erótico de mi vida y él era el que me besaba, el que me comía entera, el que me tocaba adorándome y se paseaba por mi cuerpo dejando mi piel erizada por completo ante su contacto. Era él, porque mi mente nunca volaría de esa manera por ningún otro, porque mi cuerpo nunca vibraría así por nadie más y porque hasta mi propio subconsciente decide ponerse en mi contra y me lo trae hasta cuando duermo, en sueños, en el más caliente que he tenido nunca y que me ha hecho sentir y disfrutar tanto como si fuera real.

«No tengo remedio, jolínnn».

Es increíble la marca que nuestra última vez ha dejado en mi persona. No podría olvidarlo, aunque quisiera. Y lo peor es que no concibo volver a tener un encuentro así, como el de mi sueño, con ningún otro; ese grado de intimidad que tengo por seguro que no volveré a tener con nadie. Solo con él era capaz de dejarme llevar de esa manera, de tener esa confianza para mostrarme como Dios me trajo al mundo ante sus ojos o de tocarme para él, para que disfrutáramos juntos todas y cada una de las veces que nos acostábamos. Desde aquella primera vez en la que me hizo mujer y se comportó como el hombre más maravilloso del mundo conmigo, hasta la última, donde se nos fue de las manos y nos portamos como dos animales en celo.

«¿Significará el haber soñado con que hacíamos el amor de esa manera que me muero por repetir y que quiero estar con él?».

Ahora que estamos a mediados de mayo, y está claro que la primavera me está alterando

sobremanera, porque yo no soy una persona demasiado fogosa —menos cuando estaba con él que siempre quería más y más—, así que, me doy una ducha fría para desechar estos pensamientos que han decidido acompañarme hoy.

Salgo a dar mi paseíto mañanero por el parque, me tomo un café en una terraza mientras leo la última novela de Carmen, porque la madre de mi amiga es escritora y de las mejores, y cuando se acerca el mediodía todavía tengo en la mente los *flashes* de la ensoñación que he tenido. Las instantáneas siguen reproduciéndose en mi cabeza y eso me tortura a la par que me inquieta, porque ahora que llevo semanas más calmada, más tranquila, ¿qué leches hago soñando con él?

—Cariño, eso no puedes controlarlo aunque quieras. Tienes ganas de jarana, el calorcillo va apretando y ya se sabe —se burla Carlota—. Na, en serio, no le des importancia. El subconsciente hace y deshace a su antojo —me recuerda cuando se lo cuento.

—¿En serio? ¿Tú soñabas con Fran así?

—Cielo, yo con Fran sueño de día y de noche en todas las posturas posibles y luego las ponemos en práctica.

—Ay, ya, no me cuentes esas cosas, tía —me quejo, ya que no quiero saber las intimidades de mis mejores amigos.

—Vale, no digo nada, pero no les hagas caso a los sueños, que como su nombre indica, sueños son.

—Si ya lo sé, pero es que lo he disfrutado, ya me entiendes…

—Hija mía, no pasa nada porque lo verbalices. Te has corrido soñando guarrerías, pues… olé por ti.

—Sí, claro, tú te ríes…

—Pues claro, no voy a llorar… porque no veo que sea nada malo.

—¿Con qué cara voy a mirarlo cuando lo vea?

—¿Y cuándo lo vas a ver? ¿No me digas que ya has decidido volver?

—Aún no, pero sea cuando sea, me moriré de vergüenza y me pondré roja como un tomate.

—Siempre puedes contárselo, a él le encantaría saberlo —me propone ella, despreocupada.

—¿Tú estás tonta? ¿Me lo dices en serio?

—Sí, completamente. ¿No ves que te mueres por estar con él?

—No me ayudes tanto, amiga, por si no te acuerdas estoy tratando de olvidarlo.

—Y no eres capaz ni vas a serlo, y ambas lo sabemos. Ya se te aparece hasta en sueños. Y digo yo… ¿y si es una señal? Al final, él está solo, tú también. Sigues enamorada hasta las trancas y yo creo firmemente, y sin coña, que deberías hablar con él.

—¿Y ese cambio de opinión?

—Bueno, las cosas no son blancas o negras y las versiones igual, no todo tiene que ser como parece, existe el gris. La otra noche lo pensaba y lo cierto es que cuando pasó lo de Sara volvimos a ver a Rubén como un cerdo y no le dimos el beneficio de la duda, pero él siempre mantuvo que no había pasado nada. ¿Y si no estuviera mintiendo?

—Ay, Carlota, no me puedo creer que ahora digas esto y me siembres dudas a mí.

—No es por sembrarte dudas, pero tú misma siempre has dicho que es un buen tío, que tú lo conocías más allá de las habladurías de unas y otros, por no añadir que siempre has defendido que para bien o para mal, aunque no te gustasen sus palabras, iba de frente y sin tacto. ¿Por qué iba a estar mintiendo?

—Ay, no sé, ¿por qué no lo dejamos estar?

—Tienes razón, pero piénsalo, amiga. Puede que vuelvas pronto y creo que deberías valorar el hablar con Rubén y resolver cualquier duda que pueda quedar entre vosotros, sobre todo en pro

de la convivencia de todos, el grupo, etc.

—Carlota, no jorobes, ¿quieres decirme algo?

—No, no, es verdad que el otro día en el campo hablamos con él un ratillo y bueno, tanto Fran como yo vimos claro que deberíais hablar, aunque no tengáis nada, simplemente como amigos. Ha pasado tiempo y al final igual no todo está claro y vosotros, antes de nada, erais amigos.

—¿Y por qué no me lo has contado antes?

—Te lo estoy contando ahora, ya te digo que fue el otro día. Te repito lo mismo que le expliqué a él, no es algo que yo deba solucionar, sino vosotros, no puedo contarte mucho más, pero quédate con que creo que debéis hablar. Confía en mí.

—Pensaba que eras mi amiga —la increpo antes de colgar, enfadada.

No entiendo nada, no sé por qué Carlota, a estas alturas de la película, me viene con esas teorías. Después de todo lo que he pasado por la actitud de Rubén, años de «solo somos amigos» y vaciles, después de haberlo visto liándose con Sara, y apenas meses después de contarle su última pata de cabra en la boda, ahora mi mejor amiga me dice que tengo que ir a hablar con él.

«¿Estamos locos? ¿Qué capítulo me he perdido?».

Si de alguien no me esperaba esto era de ella, que ha sido mi paño de lágrimas cada vez que lo he pasado mal. Carlota, que fue quien me consoló aquella noche, en su casa y tantas otras veces. ¡Qué triste ver cómo cambian las cosas! Me he ido del pueblo y parece que ahora ha tomado partido por él en esta historia, que ya no es nada, puesto que para él nunca lo ha sido y para mí debería estar más que enterrada.

Sus palabras me han molestado mucho, pero también me han dejado pensando en por qué ahora, tras hablar con él, me dice eso y cambia de parecer.

«¿Y si sabe algo que me está ocultando?».

Me ha dicho que no se iba a meter y que confíe en ella, ¡como si no lo hiciera ya!

Suena de nuevo el teléfono y en la pantalla veo su nombre. Deslizo mi dedo rápidamente hasta llevarlo al auricular rojo, y me siento mal por colgarle de nuevo, pero en este momento lo último que me apetece es hablar con ella.

Carlota:
Cógeme el teléfono, Isa, por favor.
Carlota:
Venga, no te enfades. Solo quiero ayudar.
Carlota:
Venga, Isa, no seas niña, hablemos.

Carlota:
Sabía que esto al final me salpicaba.

No le respondo en toda la tarde, sintiéndome horrible por ello, pero bastante rayada me he quedado ya con la conversación anterior como para seguir con el temita. No quiero que nadie se enfade ni intervenga en esto, aunque ya ha conseguido sembrarme la duda y que me plantee muy seriamente averiguar qué me están ocultando para que ahora mi amiga me incite a hablar con Rubén y me meta un rollo con los colores de las versiones.

¿Y si aquella noche en el campo no pasó nada? No puede ser, ¡se estaban besando y eso no tiene muchas más interpretaciones! No tiene sentido marear la pava con eso ahora… Además, Sara después fue contando que habían tenido algo…

¿Y si tiene una explicación? Nunca le dejé que me volviese a hablar de ese momento y a partir

de ahí ya todo fue en picado. Y él lo intentó varias veces, la última en la noche de la boda…

«¿Y si le hubiera dejado hablar? ¿Qué podría haber pasado?».

Pues no habría pasado nada, porque han sido muchas las veces que hemos hablado a lo largo de los años, cada vez que algo me ha dolido, y nunca ha servido para nada que no fuera discutir.

Recuerdo aquella primera vez que le dije que tenía que autoprotegerme de él por su trayectoria. Ahí fui yo la que le herí y acabamos distanciándonos, igual que tras mi accidente, cuando supe que se había liado con Sara —entre otras— y lo alejé de mí para no pasarlo mal.

«Aunque esa vez no teníamos nada, ni siquiera nos habíamos dado un mísero beso».

Me viene a la cabeza también cómo nos distanciamos cuando me fui a estudiar. Aquella primera Navidad cuando volví y me trató como si hubiera sido una más en la lista de conquistas.

«Al final terminó explicándome por qué se comportó de esa manera, para que no lo pasáramos mal echándonos de menos, y luchó incluso contra mí por recuperar lo que teníamos».

Asaltan mi memoria el CD de música pegamento que se inventó y el tubo de cola para pegar los trocitos de nuestra amistad. Nos costó meses y mucha paciencia por su parte, pero pudimos.

«Siempre ha antepuesto el nosotros como amigos a todo».

O cuando nos prometimos que si volvíamos a tontear y a liarnos no nos afectaría y siempre seríamos los mismos. ¡Qué equivocados estábamos creyendo que serían encuentros ocasionales, porque ahí nos convertimos en follamigos con todas las de la ley! Pero él siempre fue claro, estaba demasiado cómodo y era yo la que esperaba que algo cambiase, aun sabiendo que no iba a suceder. Entonces empecé a proponerle cenas, viajes parejiles…, todo aun a sabiendas de que la estaba cagando —hablando mal— porque ese no era el camino, pero nunca debí culparle a él cuando lo pasaba mal.

Tampoco podía evitar que sus frases recurrentes como: «Siempre seremos los mejores amigos» o: «Como los mejores amigos que somos» o aquel: «Búscate a quien te dé el romanticismo» en ese San Valentín, cuando ayudamos a Fran a sorprender a su chica, me sentaran como una patada en el cielo de la boca, pero desde la distancia soy plenamente realista y consciente de que aguanté —porque quise— demasiada espera, años, y tenía que haber cortado el rollito que teníamos porque él no era un chico que fuese a jurarme amor eterno, y pese a saberlo, no quise verlo. Pero no fue su culpa tampoco, ya que yo me empeñé en que en algún momento cambiaría y se daría cuenta de que, en el fondo, me quería…

La primera vez que pensé en alejarme y en tener el valor de parar lo que teníamos fue cuando Carlota se marchó a Colmar y Fran fue detrás de ella. Aquello fue una gran dosis de realidad porque en todo momento tuve claro que, si hubiese sido yo, Rubén no hubiera salido ni del pueblo para buscarme. Pero me fui a Madrid meses después de pillarlo con Sara, ni siquiera se despidió de mí y después vino a buscarme, ¡jolín!

Y con ese repaso mental que doy a *nuestra historia,* empiezo a sentir que tal vez he estado un tanto equivocada —o poco acertada— en muchas ocasiones donde, dolida como estaba y cegada por los momentos, no he visto con perspectiva lo que sucedía.

En frío repaso por segunda vez los instantes que he recordado y la lectura que hago vuelve a ser la misma para mi tortura: Rubén nunca me ha hecho daño de manera consciente. Salvo cuando le pillé con la otra esa noche, pero ahora parece, según Carlota, que eso está también en el aire.

He sufrido, lo he pasado muy mal, eso es cierto, no ha sido por gusto, pero no puedo culparlo a él de todo porque en ese juego que nos traíamos estábamos los dos, al igual que cuando discutíamos, nos peleábamos o cuando nos acostábamos. Él nunca cambió la versión.

En todo momento él fue claro, jamás me pidió que lo esperara y yo me equivoqué

pretendiendo que cambiara las normas del juego. Si bien sus comportamientos eran ambiguos y me volvían loca, porque yo veía lo que quería ver, pero luego el discurso era el de siempre: los mejores amigos del mundo.

Quizá la equivocada esos años fui yo por no mandarlo al cuerno o a freír espárragos, que queda mejor. Si le hubiera mandado a la luna en el primer «solo somos amigos» otro gallo hubiera cantado. Le tenía que haber cogido de frente y cuando me miraba embelesado haberle dicho: «¿Así miras a tus amigas?»; o cuando se puso celoso de Terry, que ese momento lo he recordado con Carlota millones de veces, ahí debí de cogerlo y preguntarle: «¿Con Laura o Natalia también te muestras tan protector y furioso cuando cualquiera se les acerca?». Pero no, siempre usé la política del avestruz y así me fue. Tanto callar esperando el milagro que, en el fondo de mí, sabía que no iba a suceder.

Han tenido que pasar años y he tenido que pasarlo mal, alejarme para parar y ver con perspectiva cosas que nunca vi o que vi y nunca me paré a analizar, porque para mí él siempre fue el culpable de todos mis males, de lo que vivíamos y de cada uno de los momentos en los que yo lo pasaba mal por su causa.

¡Dios, qué mal lo hemos hecho todo! Rubén por una cosa y yo por la otra. Nos hemos cargado la amistad y hoy puedo afirmar que ha sido culpa de los dos. Él por no darse cuenta o no dar su brazo a torcer cada vez que quedaba medio claro que lo nuestro no era solo amistad, momentos que vivíamos que hubieran sido para coger y decirle: «Y esto, ahora, ¿qué es?», pero nunca le quise poner el cascabel al gato, por tonta y por miedo a agobiarlo y a perderlo; y no era consciente de que manteniendo esa situación a quien le hacía daño era a mí misma, que estaba metiéndome yo solita en un bucle cada vez más enredado.

Quizá hasta tenga que agradecerle a Sara ser el detonante de todo, el principio del fin, porque si aquello no hubiera pasado, nunca habría tenido el valor de alejarme de verdad y dejar el pueblo, que ahora creo que es lo mejor que pude hacer para salir del embrollo en el que estaba inmersa.

Y si soy capaz de ver todo esto y reconocer sus errores, pero ante todo los míos, eso quiere decir que he superado los miedos, que he sido consciente de lo que nunca debo volver a hacer. Salgo fortalecida de todo esto. Tengo claro que lo primero soy yo, como siempre debió haber sido y, por supuesto, después del sueño que tuve anoche, no puedo seguir negando que necesito a Rubén.

En la tele tengo puesta una famosa serie de una plataforma y los protas son cantantes de *reggaeton* con mucho *flow*, como dicen en Colombia. Entonces me detengo en la letra de la canción que suena y la analizo con calma viéndonos a nosotros reflejados en cada frase.

Es mi destino amarte siempre
y que tú siempre estés presente.
Es mi destino que tus besos
siempre vivan en mi cuerpo.
Es mi destino así quererte
porque esa ha sido nuestra suerte.
Es mi destino, me enloqueces
desde mis sueños me sometes.
…
Somos el uno para el otro y lo sabías…
…
Quédate aquí conmigo

que estamos bien solitos.
Hay que olvidar todo el mal
que nos hicimos atrás…

Destino se llama, y es como un dardo directo al centro de la diana, es decir, a mi corazón. Sí, ha sido media vida necesitándolo cerca, queriéndolo cerca y, aunque lo he intentado con todas mis fuerzas, incluso a pesar de Carlos, no he podido sentirlo lejos. Y si a eso le sumo las palabras de Carlota, la esperanza que siento al ver tan claras las cosas que he hecho mal por mi parte —y por la suya— y las mariposas que empezaron a aletear de nuevo con fuerza tras nuestro encuentro el 22 de diciembre, solo veo una salida para poder avanzar y tirar hacia delante, ya sea con él o sin él en mi vida: volver definitivamente a Montaves en cuanto termine las clases y despejar las dudas que me quedan con Ken —sí, siempre será Ken— para corroborar si de verdad todo es pasado por su parte, qué demonios ocurrió la nochecita de marras en el campo y, sobre todo, si he estado estos meses queriendo odiarlo sin deber o si estaba en lo cierto y él nunca va a cambiar, lo que significaría avanzar página definitivamente; pero en mi casa, en mi pueblo, y si de una tengo que superarlo a él, hacerlo rodeada de la gente que me quiere. Tiene que ser cosa del destino, porque si no es incomprensible todo lo que hemos vivido juntos y pese a todo no haber conseguido soltarlo jamás.

Es tardísimo, casi va a amanecer cuando recuerdo todas las llamadas y mensajes que no le he contestado a Carlota, entonces decido escribirle un mensaje para que lo vea al despertar:

Isa:
Perdón, amiga.
Llámame cuando te despiertes, porfa.
¡Te quiero!

A la mañana siguiente, el teléfono no tarda en sonar. Descuelgo y casi no la dejo hablar:

—Perdón, perdón, perdón… En serio, ódiame, me lo merezco por colgarte así.

—Dios, qué acelere de buena mañana. Calma, que yo acabo de abrir la pestaña…

—Atenta, despéjate. No quiero que tengamos un problema por esto…

—Tranquila, hiciste bien en colgarme. La que tiene que perdonarme eres tú a mí. Soy una amiga horrible.

La corto para que no diga tonterías, porque la que se ha portado mal soy yo:

—No digas eso, jamás serías mala amiga, ni mía ni de nadie.

—No, en serio, Isa, déjame hablar… Lo he pensado mucho esta noche y ya sé que te dije que no me metería y que era algo vuestro, incluso se lo dije a Rubén, y sé que me sentiré fatal por lo que voy a hacer, pero tienes derecho a saberlo, porque eres mi amiga y porque sí, coño. Rubén fue a buscarte a Madrid para pedirte perdón, quería hablar contigo y explicarte que aquella noche todo fue un malentendido que la muy guarra provocó lanzándosele, con tan mala pata que llegaste tú, lo viste todo y liasteis la de San Quintín.

—Dios, ¿de verdad me lo estás diciendo? —pregunto atontada, con una sensación de bochorno tremenda subiéndome por el cuerpo, ya que, si de verdad eso es así, he sido demasiado terca e injusta con Rubén.

—Tal cual, él mismo me lo estuvo contando. Estoy faltando a mi palabra, él quería poder aclarártelo, pero yo qué sé, tú eres tú, y no puedo dejar que estéis así y no arregléis las cosas…

—Por favor, Carlota, esto no tiene arreglo. He metido la pata hasta el fondo. Aún no puedo creerlo…

—Creerlo o no es cosa tuya, pero yo le vi demasiado sincero cuando hablaba de ti.

—Es que, si eso es así, he sido idiota, tremendamente injusta… Jolín, que di por hecho lo que había pasado, es que no le dejé hablar y me lo rogó varias veces, muchas… Cada vez que nos hemos visto ha tratado de que hablemos y yo me he negado. Ahora sí que tengo que buscarle y pedirle perdón.

—Bueno, no te fustigues tampoco… errores cometemos todos.

—Pero me siento fatal, ¿por qué no me lo gritó y así le habría escuchado sí o sí?

—A ver, cielo, tampoco le hubieras creído tal y como estabas. Ya no lo pienses, quédate con lo que te he dicho y decide qué quieres hacer.

—Ya había decidido volver. Llevo toda la tarde pensando en lo que hemos hablado y he entendido que no siempre he hecho las cosas bien. Muchas veces, por su fama, yo misma, conociéndolo, he desconfiado de él y la he fastidiado. No le he creído y lo he prejuzgado siempre.

—¿A qué te refieres?

—A que he llegado a la conclusión de que nuestro problema en muchos casos ha sido la desconfianza por mi parte y la cabezonería por la suya. Si lo analizas, siempre he dicho que me hacía daño, porque le culpaba por su forma de ser y pretendía cambiarlo, cuando él si pecaba de algo era de sincero, aunque el mensaje no me gustase. Y sabía que Rubén era como era, pero me cegué en mi propia idea y él, por tonto si no se daba cuenta o por idiota, por mantenerse en su opinión pese a todo y no transigir, cuando decía una cosa, pero se veía claro que algo más había entre nosotros. Ken estaba cerrado en el «somos amigos» y yo en el «se va a dar cuenta y me va a jurar amor eterno». Y claro, ¿cómo íbamos a entendernos?

—Y ¿por qué hablas de desconfianza?

—Porque es verdad, Carlota, eso lo estaba pensando antes. Él siempre quiso que no nos ocultáramos y yo siempre me negué por el qué dirán, cuando me tenía que haber dado igual. Pero no, yo cabezona con que nadie supiera nada… y eso, en el fondo, era porque no me fiaba de que me la jugara y quedar mal ante todos.

—Cielo, tienes que aprender a hacer oídos sordos a lo que diga la gente, sino te volverás loca…

—Al final era lógico pensar eso, con su fama… y me alivió no hacerlo público cuando pasó lo de Sara y ahora, al enterarme de esto, todo el castillo de naipes que había montado sobre esa teoría se desvanece y me doy cuenta de todos mis errores.

—Bueno, lo habéis hecho mal los dos, no solo tú.

—Sí, lo sé… pero, ostras, yo pensaba que el único culpable era él. Estaba tan segura que, cuando me he puesto a analizarlo todo bien, ha sido un bofetón en toda la boca.

—Bueno, una dosis de realidad nunca viene mal.

—Pero ¿por qué no me di cuenta antes?

—Pues está claro. Porque cuando estamos metidos en pleno follón no vemos más allá y cada pequeña cosa que pasa, suma. Y a vosotros os han pasado muchas cosas que han ido sumando hasta que ha saltado todo por los aires.

—Y malentendido tras malentendido… ¡Qué triste! ¿Te das cuenta de todo el tiempo que hemos perdido?

—Cariño, tendríamos que nacer dos veces para no cometer errores. Y una cosa te voy a decir: ten claro que cada palo aguante su vela, ¿eh? Que en una relación hay dos partes, y las dos son culpables. Hablad como adultos de una vez y arreglaos, pero no seas injusta contigo, que él también la ha cagado y mucho.

—Por mucho que me duela, creo que me he equivocado yo más por tonta, por boba, por creer

en cuentos de hadas y por pensar que las historias que leemos y vemos en las películas románticas traspasan la pantalla, cuando no es así. He aguantado muchos años, cabezona como yo sola, porque pensaba que él iba a cambiar de opinión respecto a nosotros. Y me obcequé, sin ver más allá y sin darme cuenta de que yo sola retroalimentaba el pasarlo mal a cada negativa suya, a cada cosa que no me gustaba…

—Bueno, puede que tengas razón, pero no lo pienses. Te has dado cuenta, porque desde la distancia todo se ve más claramente y ahora ya solo toca solucionarlo todo, aclarar los muchos malentendidos que tenéis entre vosotros y ojalá podáis estar bien, por lo menos como amigos.

—¿Crees que podremos arreglarlo? Él ya dijo que todo era pasado, yo mencioné la última vez que solo había sido sexo, además cree que estoy con Carlos… ¡Qué desastre, por favor!

—Tiempo, amiga, y poco a poco, cuando vuelvas, estoy convencida de que recompondréis los platos rotos.

—¡A ver si podemos! Por lo pronto, no le cuentes que Carlos y yo hemos terminado.

—Igual Fran…

—Dile que no lo diga. Tengo que ver primero en qué plan está Rubén cuando vuelva, porque puede salir por cualquier sitio…

—Tranquila, no creo que Carlos le haya contado nada aún, porque no me lo ha mencionado. Ya sabes cómo son estos hombres… ellos hablan de fútbol, coches, motos y de chorradas.

—¡No seas bruja! ¡Ay, qué mal me siento!

—Pues no lo entiendo, deberías estar contenta… Quizá ahora sea cuando más cerca estés de la meta, pequeña.

—Pues me siento tan lejos y tan culpable…

—Te entiendo, pero estoy convencida de que sabrás solucionarlo todo. Confío en ti, en vosotros, que sois un par de melones, pero que os queréis un montón y siempre habéis sido los mejores amigos del mundo.

—Mira, Carlota, no me recuerdes la dichosa frasecita, que todavía la tenemos —le pido.

—*Buahhh*, te juro que no iba por ahí. —Se ríe maligna, a carcajadas—. Bueno, lo confieso… *mea culpa*, era por destensar la cosa y que te rieses.

—Conseguido, pero dejémoslo ya, porque si no seguiré sintiéndome tan culpable que con poco me planto en Montaves para hablar con él.

—Reflexiona tranquila, en tu casa, date un paseo, tienes tiempo aún… y cuando vengas que sea con las ideas claras, la cabeza fría y el corazón caliente.

—Ya, eso es cierto… pero el resumen es que yo que me creía una santa, la pobrecita que lo pasaba mal y sufría en todo esto, y no lo era. Me he portado fatal. Ahora ¿con qué cara voy a hablar con él?

—Pues con la que tienes, ¡joder! Ni más ni menos y de frente.

— CAPÍTULO 47 —

Vuelvo a casa

ISA

Por fin el día ha llegado. Muerta de nervios, incertidumbre, ganas y con mucho miedo preparo mi equipaje, meto en las maletas todo lo que he aprendido y madurado en estos meses, sobre todo la seguridad en mí misma —las inseguridades y desconfianzas me las dejo en la capital de España— y cargada con la presión de conseguir arreglar el desastre. Regreso a Montaves por sorpresa, sin que nadie lo sepa, salvo mi madre y Carlota. La idea que llevo es no dejarme ver mucho hasta tener claro cómo coger el toro por los cuernos. Me gustaría hablar con Rubén cuanto antes, eso sí, y a poder ser, pillarlo por sorpresa.

Desde ayer tengo el estómago cerrado, no soy capaz de pasar bocado, ya que la angustia de no saber qué va a pasar o qué me voy a encontrar cuando lo tenga enfrente me tiene en un sinvivir. Esa zozobra típica de nervios, de no controlar lo que pueda suceder o cómo se vayan a desarrollar los acontecimientos me tiene en vilo.

Solo espero que podamos hablar, entendernos como siempre hemos hecho —bueno, como hacíamos— y aclararlo todo para empezar de cero y recuperarnos como amigos. Está claro que no veo el momento de llegar a la meta, por fin, pero como eso lo veo difícil, me conformo con traer de vuelta a mi mejor amigo y tenerlo en mi vida para siempre.

Que tenemos mucho que hablar está claro, que ambos nos hemos equivocado demasiado, también, pero si hay algo que no puedo evitar anhelar y desear con todas mis fuerzas que suceda es escuchar de su boca que de verdad siente algo por mí, tal y como insinuó Carlota. Aunque quizá sea tarde y eso haya quedado en nada, ya que no he vuelto a saber de él desde la boda y han pasado seis meses. No me voy a precipitar, voy a pensarlo todo bien y lo abordaré en cuanto pueda, sin dejar que el ansia me haga hacer ninguna tontería, que ya soy mayorcita.

Estas últimas semanas desde que Carlota me lo contó todo han pasado demasiado lentas, he despedido la primavera más larga que recuerdo y hoy entro en el que espero sea el segundo mejor verano de mi vida —el primero ya lo viví a su lado y no creo que pueda superarlo nunca— y todo si es que consigo poner las cosas en su lugar, claro está, y siendo realistas, ahora mismo lo veo todo negro cual noche cerrada.

La llegada a casa me hace sentir en paz, tranquila, y soy consciente de lo duro que ha sido este tiempo alejada de los míos. Sé que no volveré a dejar este pueblo, porque es mi lugar, al que pertenezco y del que nadie más va a alejarme nunca. Bueno, él no me alejó como tal, pero fue el causante de mi marcha y, aunque no lo culpo, estoy segura de que lo que sea que venga, lo afrontaré desde aquí, desde mi casa. Recuerdo el álbum ese tan famoso que se llama *La cruz del mapa* y es que eso es Montaves para mí, sin ninguna duda, la cruz de mi mapa, mi casa y el punto al que, si me voy por alguna razón nuevamente, siempre querré volver.

Paso la tarde en el sofá, charlando con mis padres y ¡cómo lo necesitaba! Los pobres han sido el daño colateral de mi huida a la ciudad y en los últimos meses no los he visitado ni una sola vez, cosa que no me perdono porque la vida es una y no hay que alejar a quien nos quiere, sino a los que pasan de puntillas por nuestro camino y no se quedan o, mejor dicho, no quieren quedarse.

Cenamos en familia mientras mi padre me pregunta por mis planes de futuro. No puedo ser muy clara porque de momento no tengo planes reales, salvo quedarme en el pueblo y empezar a trabajar desde ya en lo que de verdad me gusta. Atrás quedaron los tiempos de la cooperativa, ahora me encantaría seguir colaborando con Carlota de manera profesional con todo el *marketing* del hotel y darme a conocer. Igual puedo trabajar como *freelance*, si consigo clientes, o montar algo, pero como no sé qué pasará, todo son ideas, no me explayo.

Hace una noche increíble, es lo bueno de esta zona, nunca hace un calor sofocante como el que he tenido estos días de atrás en el pisito que ha sido mi hogar este año. Sudaba la gota gorda hasta de noche, porque el calor empezó en abril y ha ido a más. En cambio, aquí, si saliese a dar un paseo tendría que coger una chaquetilla para taparme los brazos y no quedarme fría.

Lo cierto es que me apetece, y aunque la idea no era moverme de casa, cuando estoy sentada en el patio trasero, mirando al cielo oscuro, una fuerza me hace levantarme y decido salir un rato para caminar tranquila, a solas, y reencontrarme con muchos de mis lugares preferidos, donde espero no ver a nadie que le pueda ir con el cuento a él de que he vuelto.

Atravieso el portal y allí me paro donde tantas veces lo he esperado cuando hacíamos planes o donde nos hemos despedido con abrazos eternos millones de veces. Esos abrazos en los que nos envolvíamos mutuamente y que no queríamos cortar porque siempre nos sabían a poco y repetíamos como si no nos hubiéramos despedido ya, como si no nos fuésemos a ver en meses, cuando nos íbamos a ver al cabo de pocas horas. Pero eso era lo de menos, porque eran nuestras despedidas y esos abrazos a mí me daban vida. Y es que los besos de Ken son espectaculares, pero los abrazos… quizá sea lo que más echo de menos.

¿El porqué? Fácil, porque cuando me arropaba y apretujaba entre ellos, con esa fuerza, yo me sentía querida, me sentía protegida por él y era como saber que a su lado nada podía pasarme porque siempre iba a estar ahí. Miro hacia abajo y bajo mis pies tengo el escalón que nos acogía cada madrugada, ya fuese primavera, verano, otoño o invierno, y me siento en él. Sí, ahí en la puerta de casa, donde hemos arreglado el mundo cada noche hasta hacerse de día, aunque temblásemos de frío o lloviese. Es duro, de piedras, y cuando te sientas se te clavan en el culete, pero nunca me importó con tal de alargar las horas a su lado y poder seguir disfrutando de su compañía hasta que saliera el sol. ¡Cuánta añoranza siento! Es normal, he vuelto y, aunque está lejos de mí, lo siento cerca. Porque este pueblo somos él y yo. Quizá eso sea lo peor de las separaciones o de la distancia. El saber que tienes a la otra persona a pocos pasos, pero a la vez está a años luz. Y es que ya no puedes ir a su casa sin excusa o la otra persona venir a la tuya para escuchar música, ver la tele o tirarse encima de ti en el sofá y dejar que pasen las horas haciendo el gamba.

Entonces me vienen a la cabeza imágenes nuestras, en su campo, en el sofá viejo con esa funda amarilla que arrancábamos todo el rato cuando retozábamos en él durante horas. Lo curioso es que no era cómodo ni amplio, pero me hubiera quedado en esos momentos para siempre, con él encima de mí, aspirando mi aroma y besando mi cuello mientras yo, excitada perdida, me deshacía con el roce de su piel. Y me viene su olor a las fosas nasales, parece que lo tengo de nuevo encima, o aquí en el escalón, rozando su pierna con la mía y con su brazo pegado a mi cuerpo, pero por desgracia no es así.

Me levanto y otro *flash* sacude mi mente. Aún puedo verlo. Él siempre se levantaba primero y tiraba de mí, para, cuando ya estaba en pie, darme una palmada en el trasero. Era nuestro juego, una muestra más de complicidad entre los dos, que me encantaba y que, aunque me dé vergüenza reconocerlo, tenía su punto —sobre todo en mi entrepierna—, pese a que lo hacíamos de la manera más inocente por la confianza que nos teníamos antes de todo. Después, cuando por fin

ya rompimos la barrera del deseo tras nuestro primer encuentro íntimo y los que le siguieron, aquel verano las palmadas ya eran prolongadas y acompañadas de un poco de magreo que teníamos que parar antes de dejarnos llevar y acabar teniendo sexo a escondidas en el portal. Parece que puedo sentir su mano en mi trasero mientras una sonrisa se dibuja en mis labios.

«Quizá pronto».

Echo a andar y bajo caminando la calle. Cada pequeña travesía, plaza, cualquier esquina somos nosotros dos, y nos contemplo jugando cuando éramos pequeños con las canicas en cualquier parte, los trompos y los cromos… o cuando crecimos y manteníamos esas conversaciones para nada transcendentales, pero que en aquellos momentos eran nuestros mayores problemas y temores, siempre picándonos, jugando a cada paso y parándonos en cualquier banco, poyete o escalón de las casas vecinas, con pipas y golosinas de las pequeñitas. Rubén siempre llevaba en su mochila una bolsita dulce para mí y por eso eran mis favoritas. Aquel primer verano hicimos de cada golosina una excusa perfecta para paladearnos y disfrutarnos. El sabor de aquellos besos de gominola, de aquellas fresitas salvajes, botellitas y moras tamaño mini en sus labios… era absolutamente bestial, increíble y espectacular. Esos minúsculos granitos de azúcar que se quedaban posados en su boca y que yo me encargaba de limpiar después con mi lengua me volvían ansiosa de él y siempre acababan siendo el preludio de encuentros llenos de juego, morbo y ganas; porque con él me desinhibía.

Mis pies me llevan derechita al parque. Es una delicia pasear de noche por allí y, además, es un sitio que siento tan nuestro que, en el fondo, pese a todo, me reconforta. Aquí lo siento más mío, aunque no lo sea.

Es curioso, porque veo dos latas de refresco y muchas cáscaras de pipas de girasol esparcidas en el césped, donde solíamos ponernos nosotros, y mi mente viaja a aquellas madrugadas que pasábamos allí tirados en la hierba, durante años siempre que era verano o hacía buen tiempo, hasta que los aspersores se encendían y teníamos que salir huyendo para no ponernos chorreando. Esas caricias que me regalaba y que cada noche me hacían vibrar a través de las yemas de sus dedos y su olor, ese que me llevaba siempre impregnado en mi piel hasta el punto de estar en mi cama y poder olerlo, poder sentirlo.

Vuelvo de mis recuerdos cuando llego a sentarme en el banco que hay un poco más adelante —y que sigue teniendo nuestros nombres grabados desde que teníamos trece años—, y entonces tengo que abrir y cerrar los ojos para confirmar que lo que estoy viendo es real y no una alucinación. Él.

—No puede ser —susurro.

Es él, es él y no va solo, para variar. No puedo dejar que me vea, no aún, y más con esa que lo acompaña, que no sé ni quién es.

«¿Estará con ella? ¿Será su rollo actual? ¿En qué momento decidí no volver a preguntarle a Carlota por él y pedirle que no me lo mencionase? ¡Demonios fritos!».

Me muero de celos, sí, no puedo negarlo, y más porque los veo caminar con parsimonia, van dando un paseo, sin prisa, y me recuerda a nosotros tiempo atrás, lo cual me entristece demasiado.

Rápidamente, pero con suaves movimientos, deshago el camino andado y vuelvo al césped, ocultándome con cuidado tras el ancho tronco de uno de los árboles para evitar que me vean. No debería esconderme, lo sé, pero el ansia de saber me puede y sí, me pienso quedar aquí oculta, agazapada, hasta ver qué hacen y a dónde van.

Pasan a unos metros de mí, por delante del banco y lógicamente no me vislumbran. Cuando voy a salir de mi escondite, hay una milésima de segundo en la que él gira la cabeza hacia donde

estoy yo, instante en el que me agazapo más aún, hasta quedar hecha un ovillo en el suelo.

«¿Me habrá visto? No, imposible. Igual ha creído ver algo moverse y por eso ha mirado, pero en ningún caso a mí. No puede imaginar que estoy en el pueblo y menos aquí, escondida detrás de un árbol espiándolo».

Lo peor es que ¡¡¡se sientan en el banco donde iba a hacerlo yo!!! En mis narices, a dos pasos, y eso significa que tengo que quedarme quietecita donde estoy porque si salgo me verán y no, no, no, eso no va a pasar. No pienso hacer el ridículo.

Le ruego al altísimo que no me haga presenciar ninguna escenita, porque de verdad que no tengo cuerpo para ello. Ahora mismo tengo los barquillos que he cenado en la garganta; y del susto, los nervios que me han entrado en el cuerpo por este desafortunado encuentro amenazan con salir de un momento a otro. Mi corazón palpita como una patata frita, va volando.

Me inclino para, con mucho cuidado, observarlos en la lejanía —realmente no tanta— y veo cómo la chica en cuestión no deja de sonreírle y de hacerse tirabuzones en el pelo con su dedo inquieto.

«¡Ay, pobre incauta, debe de estar coladita por él!».

Aprovecha la mínima ocasión para tocarle el brazo e incluso la cara en algún momento.

«A ver esa mano llena de dedos dónde leches va… Ahora sí que voy a vomitar».

El caso es que él está que ni siente ni padece, como si estuviera con su vecina Maripuri o con Fran.

«Mejor, porque si lo besa, o sigue tocándolo, esa me va a oír. Vamos, que salto de donde estoy y con poco le tiro de los pelos y le hago yo los tirabuzones a mano».

En el silencio de la noche oigo todas las tonterías que la muchacha en cuestión le dice y las risotadas de él, hasta que empiezan a cantar los grillos y con el concierto que se traen ya no consigo escuchar con claridad. Miro por todos sitios con la limitación de espacio que tengo para no hacer movimientos bruscos y no consigo saber dónde narices están los bichos.

«Ea, qué se le va a hacer, por lo menos desde aquí veo lo que pasa».

Y claro, como no podía ser de otra manera, con la temperatura que hace, se tiran un buen rato ahí sentados pelando la pava —por lo menos ella— tan a gusto mientras yo empiezo a tener frío, pero no puedo ponerme la rebeca porque se me vería moverme, a pesar del árbol. Y para colmo, mis peores temores se hacen realidad cuando de fondo oigo el reloj de la torre de la iglesia y en ese momento los aspersores instalados en el suelo, entre el césped, empiezan a irrigar agua a presión en todas las direcciones.

«¡Maldita sea mi suerte!».

En menos que canta un gallo tengo calado hasta el sujetador, por no hablar del frío que siento estando húmeda, y me planteo abandonar mi escondite, pero la idea de salir de detrás de un árbol empapada hasta las orejas y delante de ellos me parece avergonzante y horrible, por lo que aguanto y rezo a todas las vírgenes y santos que recuerdo para que vengan unos cuantos murciélagos —que dicen que se enganchan en el pelo que da gusto— y sobrevolando los espanten, para que se tengan que marchar de ahí y yo pueda irme a mi casa. Añado a los rezos no cogerme una pulmonía, porque ya era lo que me faltaba, regresar al pueblo y pillar un pasmo del quince.

«¡Esta noche no se me va a olvidar en la vida! ¡Menudo panorama!».

Entonces, cuando ya no siento las piernas por el cansancio y tengo el cuerpo congelado, veo a Rubén levantarse y decirle que es tarde ya.

«Vamos, chata, deja ya de toquetearlo y pa tu casa. Ajo y agua».

Se levanta ella, empiezan a caminar y veo como se le cuelga del brazo.

«La muy…».

Tiene toda la pinta de que puedan estar juntos, aunque él va como un palo tieso, no ha sacado sus manos de los bolsillos y es ella la que se le pega como una lapa y lleva su brazo agarrado.

Si ya lo veía todo negro, ahora mucho más. Sabía que podía pasar, volver y encontrarlo con alguna, pero la sola idea de que sea su rollito de ahora me deja hundida. ¿Con qué cara me voy a presentar a hablar con él y a tratar de solucionar nuestras diferencias cuando ya está con alguien? ¿Para qué?

«Lo tengo que hacer por mí misma, por ser justa y que sepa lo que pienso, y por cerrar el capítulo de una vez por todas».

Tampoco voy a dar por hecho nada hasta no saber. Por lo pronto, si hay algo que tengo seguro es el trancazo que tendré en un par de días gracias a mi maravillosa excursión nocturna. Podía haberme quedado en casa, estaría en mi cama tan a gustito, con la ventana abierta y disfrutando de la noche…, pero no lo habría visto. Está tan guapo, tan *sexy*, tan arrebatador como siempre y ¡jolín!, ¿en serio estará con esa chica? ¿Se habrá ido a acostarse con ella?

La idea me tortura, bullo en celos y mi mente, masoca a más no poder, ya los visualiza en la cama y gozando como nunca. Es lo malo de conocer los gustos de Ken…

«Con poco ya la tiene contra la pared o está revolcándose con ella en cualquier sitio».

Regreso a casa, cabizbaja, mojada, con los pies manchados y me voy directa a la ducha para entrar en calor.

«Mañana le tiraré de la lengua a Carlota para saber qué es lo que hay entre esos dos».

Y lo hago, cuando me levanto, con dolor de pies y de cuello después de la mojadita nocturna, la llamo y le explico lo que he visto.

—Vaaaya, por fin se abrió la veda y ya quieres saber de él.

—Habla, sin anestesia. ¿Está con ella?

—*Nah*, que yo sepa no tiene nada con nadie —contesta Carlota—. Estará dejándose querer o ni eso.

—¿Tú crees?

—A ver, yo no sé lo que hace Rubén por las noches y ni idea de quién será la chavala, pero si dices que le daba poca bola, no tendrá mucha importancia.

—O sí…

—¿Ya empezamos con las desconfianzas? ¿Tú no venías renovada, madura y no sé cuántas cosas más?

—Claro que sí, no es desconfianza, sino querer saber a qué me enfrento.

—Ya, ya… lo que tú digas.

—Anda, ¿tú qué pensarías si ves a Fran con una así, de paseítos y tonterías varias?

—¿Yo? Uy, como poco me tiraría sobre ella para decirle un par de cositas y él, al sofá y sin postre un mes, ya me entiendes.

—Pues eso, entonces no me critiques.

El resto del día lo paso desenmarañando el equipaje y dando vueltas a la mejor manera de presentarme ante Rubén.

Parece mentira que sea mi amigo de siempre, el amor de mi vida y que esté tan nerviosa, porque sí, estoy cagada de miedo por enfrentarme a él, entiéndase enfrentarme como por fin afrontar esa larga charla que tenemos por delante, en la que lloraré seguro, pero también me sinceraré como nunca, a sabiendas de que todo puede terminar en guerra mundial o comiéndonos a besos.

— CAPÍTULO 48 —

¡Sorpresa!

RUBÉN

Ayer empezó oficialmente el verano e Isa sigue sin aparecer por el pueblo. Con seguridad su curso tiene que haber terminado, solo que ella debe de seguir evitando a toda costa venir por aquí. No quiere verme, dejó claro que no quería saber nada de todo lo nuestro y lo está cumpliendo a rajatabla.

No ha vuelto por Montaves desde la boda de Fran, ni siquiera un fin de semana *random* a ver a su familia, ni por Semana Santa, nada. Es como si se la hubiera tragado la tierra y desde hace como un par de meses que hablé con Carlota, ni siquiera ellos la mencionan cuando salimos con el grupo.

Cada vez me resulta más cuesta arriba no saber de ella y tiene pinta de que va para largo o para siempre, lo que se me hace un puto mundo, aunque me lo merezca por idiota.

No ha habido día en el que no haya pensado en ella y la haya imaginado con el tontolaba haciendo las mismas cosas que hacía conmigo y es una sensación que me corroe por dentro. Demasiado. El no saber nada de Copito, ni un estado de WhatsApp, ni sus redes sociales, ni un mísero mensaje en el grupo de todos… nada. Probablemente me haya bloqueado. Es un *ghosting* en toda regla y, la hostia, ¡qué rabia y cómo jode!

Al principio pensé que claudicaría antes y podríamos hablar sobre lo ocurrido en el banquete, pero enseguida me di cuenta de que no iba a pasar, porque Isa es cabezona como ella sola y si previamente ya había tomado la decisión de marcharse del pueblo —que lo suyo le costaría— y no se había echado atrás, al decidir no hablar conmigo y enterrar el polvazo, estaba seguro de que lo iba a llevar hasta las últimas consecuencias. Y así ha sido.

Es curioso, porque pese a todo sigo pensando en ella, porque es mi niña, como siempre lo ha sido, desde canijos, y seguirá siéndolo, no tengo ninguna duda, aunque no esté a mi lado. Hay días en los que pienso en pegarle un toque y ver si me lo coge o directamente cuelga el teléfono, pero antes de hacerlo me lo impido a mí mismo recordando la promesa que hice de dejarla en paz. Maldita la hora, por cierto. Me envalentoné y, como siempre, la jodí bien jodida.

«¡Quién coño me mandaría!».

¿Que era lo que tenía que hacer por ella? Sí. ¿Que me arrepiento? También. ¿Por qué? Porque me puede la incertidumbre de saber si estará bien, si seguirá feliz con él, si volverá algún día, si podremos hablar y podré explicarme con ella… Voy a días, como una jodida veleta a merced del viento. ¿Qué viento? ¡Un ciclón, diría yo! Y con nombre propio: Isabel. Porque ha estado siempre, sí, pero ahora me ha arrasado, se ha llevado consigo mi esencia y no me ubico, no me hallo sin ella cerca, no puedo negarlo.

Hay días en los que veo posible algún acercamiento en el momento que sea, cuando ella venga, cuando coincidamos por cualquier motivo, en cambio otros me siento desmoralizado con el puto tema y veo que lo que tengo que hacer es olvidarme de todo, vivir y disfrutar. Solo que ya no es tan fácil porque tiempo atrás ella, o su sombra, siempre estaba alrededor de mí y ahora, en cambio, no, ahora ha desaparecido y eso hace que tenga más ganas aún de saber algo, lo que sea sobre su vida, saber qué hace, cómo le va…

¿Que es una tortura? Sí, china. ¿Que no tiene sentido? Pues sí y no. Sí, porque la quiero conmigo de vuelta aquí, cuando sea y no, porque ¿a quién quiero engañar? No me la merezco y la he perdido por tonto y ahora ella es feliz con el pijo ese.

Entonces, cuando me siento entre dos aguas, me pregunto ¿qué hago esperándola? Y salgo, me tomo un par de copas, conozco chicas, tonteo un rato con alguna de ellas y trato de dejarme llevar, pero me aburro y me vuelvo a casa solo, con el rabo entre las piernas y pensando aún más en Isa, comparándolas a todas con ella y haciéndola ganadora de cada una de esas batallas. Porque con Copito nunca tuve que esforzarme para tontear ni para jugar, e hiciésemos lo que hiciéramos siempre lo pasábamos bien. Jamás me aburrí, ni con ella como amiga ni como mujer. Como en el sexo. Y en el día a día todos los jodidos años que fuimos follamigos en privado y solo amigos ante los ojos del resto.

¿Que fue por mi cabezonería de no tener nada con nadie? Sí, porque no necesitaba relaciones ni las quería, mi vida era plena tal y como estaba, pero fui un gilipollas al no ver que era ella la que me la llenaba y por eso no necesitaba nada más. De ahí que al irse me sintiera tan vacío y me diese cuenta de que quien hacía mi vida bonita era ella, que quien me hacía disfrutar era ella, que quien era imprescindible era ella. Y aunque hubiera querido que tuviéramos algo si me hubiese dado cuenta de que la quería, Isa lo hubiese rechazado porque nunca ha confiado en mí. Siempre le pudo mi «fama» de *follarín* —creada amablemente por las señoras del pueblo que no tienen otra cosa que hacer que montarse historias con situaciones que malentienden y luego cogen, pegan y juntan para comentar mientras toman el café de la tarde o cuando salen al fresco por la noche—, cada vez que le dije que me daba igual que la gente supiera que teníamos un lío se negaba en rotundo, se avergonzaba de exponerse a mi lado, como si fuera lo peor del mundo que la gente supiera que follábamos, por lo que tampoco hubiera sido posible.

Y es muy jodido darse cuenta de toda la película, como una hostia en toda la cara, y lo peor es que sigo reproduciéndola día a día en mi cabeza y lo haré hasta el día en que por fin hablemos y seamos claros el uno con el otro. Hay días que es pura necesidad el soltarle todo lo que pienso y siento, pese al tal Carlitos y pese al mundo entero. En cambio, otros veo que solo podremos avanzar y no hacernos daño si nos olvidamos de lo que pasó y lo enterramos, como ha hecho ella.

Hoy estoy más en el sí a luchar, sí a recuperar a mi amiga, porque de pareja poca esperanza tengo. Son muchos meses ausente, sin saber de ella, sin molestarla. Le he dado espacio, no he interferido en su vida, tal y como le prometí, pese a costarme un cojón estarme quieto y no marcar su número o escribirle un mísero mensaje, lo he hecho, la he respetado porque se lo merecía, pero tampoco soy imbécil y no voy a permitirme perderla así como así, ahora que sé que es la mujer de mi vida.

¿Yo reconociendo que ella es la mujer de mi vida? Sí, yo mismo, el que follaba con unas cuantas cada fin de semana, el que se reía de las moñerías, o de Fran cuando preparaba cursiladas, de las chicas y sus películas romanticonas… Yo que iba de duro, de: no creo en el amor, ni en las relaciones, solo en el día a día… Pues ¡toma! Dicen que si escupes, luego te cae encima. Tal cual. Sí, me ha pasado y no me arrepiento. Bueno, sí que me arrepiento de algo, pero solo de una cosa: de no haber sabido reconocer a tiempo el amor verdadero en ella y haber perdido años queriéndola sin quererla, diciéndole que éramos amigos, sin darme cuenta de que éramos muchísimo más que eso y jactándome de no creer en las relaciones ni en el amor, cuando lo tenía delante, frente a mí y no supe o mi subconsciente no quiso verlo. Me lo he repetido hasta la saciedad este tiempo: ella, Copito, siempre ha sido todo lo que nunca quise ver y, por eso, no voy a dejar que se escape de nuevo. No sé cómo lo haré, ni cuándo, pero he de recuperar a mi

compañera de vida, porque es lo que ha sido siempre de una cierta manera y quiero que vuelva a serlo en todos los sentidos. Y para siempre.

Ayer estaba más en el no, en el olvidar y pasar página, pero ¡a ver cómo huevos se hace eso si tienes siempre una misma imagen en la cabeza que no te deja ver más allá ni pensar en otra cosa! Pero hoy es un sí y Mara tiene mucha culpa de ello.

¿Por qué el cambio? Por lo mismo de siempre, porque Isa ha sido, es y será para mí.

Me ha venido genial este tiempo de atrás conocer a la chica nueva de la cooperativa. Entró a principios de año y es un cielo de niña. Y no, no he tenido nada con ella más allá de una amistad que lentamente vamos construyendo.

Nos encontramos una noche en el *pub*, recién llegada ella, y fue la primera vez que nos vimos fuera del trabajo. Empezamos a hablar y si bien mi ánimo no era muy allá y estaba en piloto automático, enseguida con un par de chascarrillos consiguió sacarme una sonrisa. Me contó su vida y aunque yo me resistí, porque soy bastante hermético para mis cosas como todo el mundo sabe, acabó hurgando y un par de noches después terminé contándole mi vida, pero no le hablé de Isa.

Quedamos a veces, nos contamos el día en el trabajo, la pongo al corriente de las cosas de Montaves, como hacía con Isa, y me siento cómodo en su compañía.

Hace una semana noté cierta insinuación por su parte, a estas alturas ya sabemos de qué palo va cada uno y, antes de que la cosa se complicase, decidí hablarle de mi relación con Copito. Resultó una conversación bastante natural, dentro de que la metí con calzador para sacar el tema y que tuviera claro que conmigo no tenía posibilidad de nada más allá que una amistad. Me hubiera fastidiado mucho no poder seguir conociéndola, como pasó con Sara tras la liada que me hizo en el campo, cuando tuve que cortar toda la relación con ella porque me jodió, pero con Mara no fue así. De hecho, fue bastante sincera y, aunque reconoció sentirse atraída por mí, me dijo que no me preocupase porque había muchos peces en el mar y que no estaba enamorada ni mucho menos, sino que era atracción física. Me llamó mucho la atención su reacción porque fue muy honesta y eso me gustó y tranquilizó a partes iguales, además, porque esa frase que utilizó la había hecho yo mía infinidad de veces cuando era un chavalillo, por lo que me hizo gracia verme reflejado en una tía como ella. No tengo duda de que vamos a ser grandes amigos.
Anoche me dijo que estaba agobiada por el trabajo y salimos a pasear por el pueblo.

Como yo también estaba de mal humor, sabía que me vendría bien despejarme un rato. La escuché desahogarse y al final ella acabó escuchándome a mí durante horas sentados en el parque. Mara se sentía triste, llevaba pocos meses en Montaves y echaba de menos a su familia y amigos. La invité a venir con el grupo el fin de semana al Festival de los 2000, un tributo al festival de verdad con canciones de toda esa década, que se celebrará el día 24 en Madrid y aquí se va a hacer con grupos de la comarca, en la parte del recinto ferial, a las afueras. Quería que viniese, pese a su reticencia, para así poder presentarle a las chicas y que pueda ir haciendo su círculo en el pueblo, con nosotros, para tener alguna distracción y que no todo sea trabajo en su día a día. Los comienzos son duros en cualquier parte.

Me preguntó el motivo de mi mal humor y le dije que era un día de esos en los que sentía que debía tirar la toalla, olvidar a Isa y empezar de cero, disfrutando sin más complicaciones. Me animó a luchar por ella y escuchándola entendí que tenía razón. Mara viene de vivir un desengaño amoroso profundo —la dejaron plantada en el altar el día de su boda—, y a través de sus palabras vi que, pese a eso, sigue creyendo en el amor y yo, que, aunque tarde, lo he encontrado, no puedo dejarlo ir. Tengo que intentarlo y si pese a eso no consigo recuperar a Copito, pondré punto y final y no insistiré.

El caso es que estaba paseando con ella por el parque y tenía la sensación de tener a Isa demasiado cerca porque en ese césped, en esos bancos, hemos compartido demasiados momentos juntos y estar allí me hace recordarla y traerla de nuevo, pero, especialmente anoche, la sentía como si estuviera a dos pasos de mí. Y eso me reconfortó y me dio más alas para luchar por ella porque quiero recuperarla, quiero todos los momentos del mundo a su lado, de hecho: lo quiero todo.

Mi compañera se rio cuando me escuchó decir esa frase y me tildó de romántico, ¡a mí, manda cojones! En otro tiempo me hubiera partido la caja por su comentario, pero lo cierto es que descubrir lo que es el amor de verdad me está cambiando. Lástima tener que hacerlo solo y no al lado de la mujer que ha estado siempre a mi lado, a la que necesito y quiero.

«Sí, ya podía haberlo pensado antes».

Después de ese rato en el parque la dejé en casa y me fui a la mía, solo que di una ligera vuelta para pasar por la puerta de la de Isa. ¿Para qué? Pues para nada en concreto y para mucho, porque como cada vez que paso por su calle, que son muchas, recordé demasiadas cosas que hemos vivido juntos ahí, en ese portal, en su casa, en cualquier lugar, porque lo cojonudo es que ahora cada rincón del jodido pueblo me trae recuerdos de cosas que hemos pasado o hecho juntos a lo largo de los años, como amigos, como follamigos y como nosotros, que es lo que al final somos… Isa y Rubén, juntos siempre desde que éramos niños hasta el día de hoy, bueno, hasta el día del último polvo. Bueno, yo no sé hasta cuándo…

Seguí sintiéndola demasiado cerca, más que nunca, al pasear por delante de esa ventana a través de la que miraba a la gente cruzar aquella Navidad que estuvo escayolada y sin poder salir o debajo de la de su habitación, donde tantas veces la tuve tumbada a mi lado en su cama. Y lo que hubiera dado anoche por trepar la fachada y colarme en su cuarto por el balcón si ella hubiera estado allí, no lo sabe nadie, pero por desgracia está a demasiados kilómetros de mí en sentido real y figurado también.

Dejo pasar un rato sin hacer nada en concreto y el día se va, como uno más, como llevo haciendo desde diciembre… ver como cada jornada se esfuma mientras espero el milagro, su vuelta o una llamada, lo que sea, pero algo; pese a saber que el teléfono nunca va a sonar ni voy a recibir mensajes suyos ni nada.

Ese sábado tenía que haber sido nuestra tradicional fiesta de bienvenida de verano, pero acordamos aplazarla al siguiente fin de semana para ir al festival, que es esta tarde. Lo cierto es que no tengo muchas ganas de pasarme la tarde asfixiado de calor, pegando botes y rodeado de toda la gente de la comarca, pero ya me comprometí con Mara y con las chicas, y no puedo dejar de ir. Al final los planes que no apetecen suelen ser los más divertidos, por lo que haré el esfuerzo.

Me pongo la camiseta negra, los vaqueros claros y una buena dosis del perfume que tanto le gustaba a Isa, porque sudaré bastante, y para llevarme, por instinto, cojo de la caja de golosinas que tengo en mi cuarto una pequeña bolsita. De entre todos los tipos elijo los besos, porque cuando como esas minichucherías me siento más cerca de ella, su recuerdo se me hace más presente y parece que veo su boca, sus labios llenos de azúcar jugando con los míos. Me he viciado muchísimo los últimos meses a esas pequeñas dosis de dulce que tanto me recuerdan a nosotros dos juntos.

Me llevo la bolsita para cuando me tome una copa, o dos o tres y, junto al móvil, me lo meto todo en el bolsillo trasero. Cogiendo las llaves me despido de mi padre, con el que tanto he hablado en los últimos tiempos sobre ella, sobre nuestra manera errónea de ver la vida y sobre lo equivocado que yo estaba en lo referente a los sentimientos. Salgo de casa dispuesto a intentar

pasarlo lo mejor posible escuchando todas esas canciones de nuestros años de juventud, de nuestra vida, las que escuchábamos juntos y que son las que van a sonar en el festival y que me la van a traer a la memoria durante toda la noche. Preveo que volveré hecho una mierda, pero no me importa, total… un día más, una noche más, qué más da.

Voy a recoger a Mara y llegamos a la plaza Mayor, donde hemos quedado todos. Les presento a mi amiga, aunque algunos ya la conocían de vista y veo que aún faltan Laura y Carlota por llegar. Me cuentan que Laura va directamente a la puerta del recinto con las entradas y que Carlota hará lo mismo un poco más tarde, ya que estaba ocupada con unos clientes del hotel.

Fran me observa sorprendido, pero no es necesario que le aclare que no hay nada con mi acompañante, ya que Fran sabe que la única para la que ahora mismo tengo ojos está muy lejos de aquí.

Llegamos cuando ya la música está sonando, está lleno de gente por todas partes y hay mucho ambiente, aparte de que hace un calor importante por las horas que todavía son. Es lo que tienen estos festivales que duran horas y horas… Nos adentramos en la zona de la pista tras pasar por la barra a pedir las bebidas y más tarde bailamos, nos reímos de las canciones de antaño como el hit *Duro de pelar* de Rebeca o el famoso *Levantando las manos,* la mítica *Yo quiero bailar* de Sonia y Selena… recordamos grupos de antaño como La mosca con su *Yo romperé tus fotos, yo quemaré tus cartas, para no verte más, para no verte máááss*… y las cantamos a pleno pulmón, porque esas canciones, aunque algunas sean bastante horteras, han sido la banda sonora de nuestros veranos y nunca pasarán de moda.

Observo a Mara bailando con Natalia y con Laura, que ya está con nosotros, y al resto disfrutando como enanos, mientras yo trato de pasarlo bien sin lograrlo al cien por cien. Me siento un poco fuera de lugar, cada canción que suena —como ya imaginaba— me hace acordarme de ella, y encima tengo una sensación demasiado rara. No sé qué me pasa, es como si algo fuera a suceder.

—Vamos, te invito a otra —le digo a Fran.

—Acabaremos haciendo eses, lo tienes claro, ¿no?

—Esto es un festival, de eso se trata, de pasarlo bien, bailar, tomar unas copitas… ¡que no se diga!

—Tienes razón…

—¿Tu mujer te ha abandonado hoy o qué?

—¿Carlota?

—No, Juana…, ¡no te jode!, ¿tienes más mujeres acaso?

—Está por ahí, con una amiga que se ha encontrado. Me ha escrito hace un rato que luego nos buscaba.

—Pues venga, volvamos con todos a bailar ¡*LA BOOOMMMBAAA*! —grito al compás de la música, mientras me fumo un cigarro, sacando de dentro de mí la parte juerguista en la pista, dándolo todo y con todos menos con ella, que no está, porque aunque parece que la siento cerca, está lejos y pienso en que estaría disfrutando como la que más con todas estas canciones que tanto le gustaba bailar cada verano.

Una copa más, dos, tres rondas de chupitos que acompaño con las golosinas que llevo en el bolsillo, mientras bailo con Mara *La tortura*, de Shakira y Alejandro Sanz, y en un determinado momento giro sobre mí y creo estar viendo visiones a causa del alcohol.

—Hostia, hostia, no puede ser. Es ella, es ella.

—¿Quién? —pregunta mi amiga, mirando hacia donde estoy dirigiendo mis ojos, mientras continúa con sus manos agarradas a las mías, que han empezado a sudar de golpe, igual que mi

cuerpo, por los nervios de tenerla frente a mí de nuevo y, ¡joder, en qué puto momento!, justo cuando estoy bailando con otra chica.

—Copito, mi Copito —atino a decir, tembloroso y con la boca pastosa.

— CAPÍTULO 49 —

¿Se puede ser más idiota?

ISA

—Venga, Isa, vamos con todos —me pide Carlota—. Llevamos una hora observándolos desde lejos. No es tan complicado, no tienes que hablar con él ahora.

—Me muero de miedo, no soy capaz de tenerlo frente a mí.

—Poco a poco, te asusta tenerlo enfrente aunque lo deseas, pero no puedes acobardarte ahora, amiga.

—Lo sé, pero míralo… ¿Qué pinto yo ahí? Está disfrutando con la chica esa, ¿no te das cuenta?

—Veo que todos están pasándolo bien, como tendríamos que estar haciendo nosotras. Ven, cógeme de la mano. No te voy a dejar sola, pero ha llegado el momento de que os encontréis después de tantos meses.

—Tienes razón, vamos a acercarnos hacia donde está y que pase lo que tenga que pasar.

—Isabel, ¡coño!, normalidad. Que vas de fiesta con tus amigos, no a examinarte de una oposición. Toma, un chupito de piruleta para que empieces a animarte, porque, hija, parece que tienes un hormiguero en el ojete.

—Serás bestia —le digo dándole un manotazo mientras me río con su comentario.

—¿Preparada?

—Preparada y cagada, por si te sirve de algo.

—No te hacía tan gallina, reina.

—Claro, desde lejos todo es tan fácil… Cómo se nota que no eres tú la que va a encontrarse con …

—Con el amor de tu vida, hija mía, que no es para temblar hasta que te lo tires, que ahí sí que lo harás y mucho, con las ganas que debéis de tener acumuladas los dos. —Me corta.

Y con ese comentario y un leve empujón de Carlota adelanto cinco pasos de golpe y siento que ya no hay marcha atrás.

Por fin vamos a vernos, por fin voy a tenerlo frente a mí y me muero de miedo porque no sé lo que voy a sentir, ni si todo va a ser igual que siempre.

«¿Cómo va a reaccionar? ¿Qué irá a decir? ¿Me mirará como siempre me miraba o me ignorará después de tanto tiempo?».

Demasiados pensamientos se amontonan en mi cabeza mientras seguimos acercándonos, ya de nuevo de la mano de mi amiga, hasta donde están todos. Me paro a escasos metros, cuando está a punto de llegar a su fin la canción que está sonando y que él baila demasiado animado con esa chica a la que no conozco.

—¡Coño!, ya sé quién es —me susurra Carlota al oído—. Es la chica nueva de la cooperativa, muy maja por cierto.

—Como si es Pepito Grillo, pero que le quite las manos de encima ya, jolín —le digo entre dientes, celosa.

Y entonces, en uno de los giros que da, Rubén me ve y todo desaparece a mi alrededor. No oigo nada, parece que no hubiera música y tampoco veo a nadie más. Solo somos él y yo con una

distancia considerable que nos separa.

Se queda mirando hacia donde estamos nosotras, alelado, sorprendido e incrédulo, porque su cara lo expresa todo a la perfección, mientras le dice algo a la chica en cuestión, que se gira también. Son apenas unos segundos, donde nos mantenemos hieráticos, quietos, sin pestañear casi, como si fuéramos dos farolas puestas por el ayuntamiento, y entonces la canción finaliza, los focos se apagan dejando la explanada a oscuras y perdemos el contacto visual.

«Muy oportuno todo».

Aprieto fuerte la mano de Carlota, que hace lo propio y cómo le agradezco que esté aquí y no me deje sola.

Todo sucede demasiado rápido, porque cuando Ken echa a andar hacia mí, a cámara lenta, y yo voy a ir hacia él, oigo un grito:

—¡¡Es Isa, es Isa!! —chillan Laura y Natalia, alegres, emocionadas y observo como todos se lanzan corriendo hacia donde estamos Carlota y yo, entre gritos, y me temo que le van a tomar la delantera sin remedio a él y me voy a quedar sin ese abrazo que tanto deseaba.

Bueno, ni siquiera tengo claro que fuese a haber abrazo, pero si había posibilidad, tendrá que esperar a que salude a todo el mundo y ya, con todos los ojos pendientes, lo dudo. Saludo a mis amigas las primeras con un gran abrazo que, aunque no es el de él, me reconforta el alma porque las echaba de menos demasiado. Las cuatro nos hemos fundido y no nos soltamos. Por turnos voy saludando a los chicos y cuando llego a él, torpemente, no sé qué decirle.

—Hola —saludo, con más miedo que vergüenza.

—Hola —contesta él, cortado.

—¿Cómo te va?

—Como siempre, ¿y tú?

—Por aquí de nuevo, ya ves… ¿Sorprendido?

—Se te ha echado de menos.

—Sí, ya lo veo —respondo dirigiendo mi mirada hacia la chica, que se ha colocado a su lado.

—Eh, perdona, esta es Mara. Mara, ella es Isabel, que antes vivía aquí. —Le escucho y no sé si cogerlo por el cuello, meterle un puño en el ojo o directamente ignorarlo.

«¿Una chica que antes vivía aquí? Demasiada frialdad e indiferencia de golpe como bienvenida, ¡tócate la pera, Manuela! Para matarlo, pero ¿qué esperaba? Empezamos bien, sí…», pienso disgustada, pero no dejo que se note, sino que le miro queriendo asesinarlo.

—Encantada —me devuelve la chica con una voz tremendamente dulce mientras se acerca a darme dos besos que yo correspondo con una sonrisa.

—Sí, me llamo Isabel, y para la información del amigo aquí presente, vivo aquí —espeto, irónica, desviando mi mirada hacia él, que nos contempla sin pestañear, ojiplático—, por lo que nos iremos viendo, seguro.

—No quería decir que… —interviene él.

—Me alegro de volver a verte —le corto cerrando la conversación, deseando perderlo de vista, y me vuelvo hacia las chicas que, sin perder tiempo, tiran de Carlota y de mí hacia el centro de la pista.

«¿Una chica que antes vivía aquí? A eso he quedado reducida para él. ¿En serio?».

Carlota me lee la mente.

—Un comentario desafortunado, sí, pero no se lo tengas en cuenta. No te esperaba y ya sabemos que lo de él no son las reacciones ante las sorpresas. Acuérdate de cuando les contaste a todos que te marchabas…, ¿recuerdas cómo actuó?

—Ya, pero esa manera tan lejana de presentarme a la amiga…

—Ni caso, no lo pienses. Ya te ha visto, ahora deja que lo procese y reaccione.

«Pero ¿cómo no voy a pensarlo? Ya no soy Copito, ni su niña, como decía cuando éramos críos… ni siquiera su amiga, ahora solo soy una chica que vivía aquí… ¡Y él es un soberano gilipollas, y antes de que acabe la noche tengo que decírselo!».

Y aunque momentáneamente lo he odiado por referirse a mí de esa manera, sigue teniendo el mismo poder sobre mí y, pese a tratar de evitarlo, no le pierdo la pista ni le quito el ojo, sin que se note. Ya no baila, desde nuestro reencuentro no se ha movido de la barra y en todo momento está acompañado de su fiel escudero Fran. Sé que hablan sobre mí porque nos hemos pillado infraganti en alguna mirada furtiva y lo he podido percibir. Me pone tensa que esté pendiente de mí y trato de forzar una normalidad que no siento ni por asomo, porque puede que yo esté más nerviosa incluso que él.

Bailo con las chicas, nos reímos, brindamos por la amistad tan longeva que nos une, me disculpo con ellas por mi ausencia y, aunque no les explico el motivo, sí les cuento que necesitaba esa desconexión y estos últimos meses para mí. Ellas no preguntan, confían en mí y siempre me desean lo mejor, además, saben que cuando esté preparada hablaré con ellas, les explicaré el porqué de mi huida, pero aún no es el momento, teniendo en cuenta cómo ha ido el reencuentro con Rubén, si es que eso se puede llamar reencuentro, porque he visto amebas con más sangre que él.

Continuamos bailando al ritmo de las canciones que han sido parte de nuestras vidas e incluso conocemos gente y entablamos conversación con un grupito de chicos que son de Huérteles. Está claro lo que buscan, pero como nosotras siempre vamos un paso por delante, y yo en concreto necesito reírme, les damos bola parte de la noche, ya que las horas pasan, pero el concierto no parece tener fin. ¡Cómo echaba de menos un plan así con mi gente!

En un determinado momento Carlota se acerca a la barra a ver a Fran y vuelve al rato con dos copas de vodka y me entrega una, que curiosamente lleva flotando una golosina.

Me doy cuenta de que es un besito de fresa enano y entonces levanto la vista y la llevo directamente hacia donde está él, que está claro que esperaba mi reacción, y en la lejanía levanta su copa y me dedica el brindis. Le correspondo pese a no entender nada de su comportamiento, para variar.

«¿Qué hace con mis golosinas preferidas? ¿Qué quiere recordarme poniendo una en mi bebida?».

Sea lo que fuere que pretendiese lo consigue, porque me puede la curiosidad y me la acabo rápido para tener la excusa perfecta de acercarme a la zona de la barra donde están mis amigos.

Llego a la altura de ellos y a Fran le falta tiempo para salir pitando a ver a Carlota.

—Gracias por la copa, ¿por qué lo has hecho?

—¿También te molesta que te invite a una copa? Pues en ese caso lo siento… Disculpe usted, le pido otra.

—Déjate de tonterías, no he dicho que me moleste, solo te he preguntado el porqué, ¿a qué juegas? Ambos sabemos que esa golosina no es una casualidad.

—Claro que no es una casualidad —dice, sacando las poquitas restantes que quedan dentro de la bolsita de su bolsillo trasero y dejándola sobre la barra.

—Llevas la bolsita como hacíamos siempre hace años y al final acababa comiéndome la mayoría yo —recuerdo, emocionada, cogiéndolas.

—Lo recuerdo perfectamente y por lo que veo, hay cosas que no cambian —dice viéndome comer un par de chuches—, pero otras sí, demasiado —recalca enigmático y yo dudo de si hablamos de nosotros o de golosinas.

—¿Y eso significa?

—Pues está claro… que tú sí has cambiado en algo, hasta el punto de desaparecer del pueblo, de las vidas de todos, vamos, que te hemos importado una mierda todo este tiempo, independientemente de lo que pasó entre nosotros.

—¿Y eso a qué viene?

—¿Es mentira acaso? Claro, desde que tienes amiguitos en Madrid, a los que estamos aquí que nos den… y, por cierto, ¿dónde te has dejado al pijo de tu novio? ¿Está poniéndose gomina al por mayor para no despeinarse si viene el aire en el concierto?

—Punto número uno —le digo firme, porque ya me está tocando de nuevo la moral—, a Carlos no lo menciones, lo dejas fuera de esto porque no tiene nada que ver aquí; y punto número dos, si tienes algún problema me lo dices directamente, pero me asombra que tengas la caradura de echarme en cara que me fuese cuando tú eres el único responsable, eso que te quede clarito.

—Esa sí que es buena, la señorita se va y resulta que poco más y dices que yo te he echado…

—No hace falta echar a nadie, uno sabe cuándo ha de retirarse de algo tóxico antes de que vaya a peor.

—Y ese algo tóxico, según tú, ¿soy yo?

—Pues mira, sí. Lo que había era tóxico. ¿Y sabes qué? Tienes razón, me fui porque no podía más, necesitaba alejarme de ti y desaparecí adrede después de la boda, eso también es verdad, porque lo que pasó me superó. Tenía que sacarte de mi vida como fuese…

—Para eso ya estaba tu novio, al que, por cierto, ¿le has contado ya que te acostaste conmigo aquella noche?, o es que ¿te has olvidado de lo que pasó?

—Lo raro es que tú, que según dijiste no te ibas a acordar al día siguiente de lo que había sucedido entre nosotros, me estés hablando de eso.

—Para que veas, yo no podría olvidarlo, porque a diferencia de ti, para mí fue importante y, como dijiste, para ti fue un simple polvo.

—Sí, lo dije… estaba enfadada por lo mismo que lo estoy ahora, porque me sacas de quicio cuando te pones en este plan chulo perdonavidas y asqueroso.

—No, preciosa, ni chulo ni asqueroso… Realista. Me he remitido a tus palabras. Tú fuiste la que renegó de todo y se arrepintió por el tontolaba ese. Te dio igual lo demás.

—A mí, a diferencia de ti, nunca me ha dado igual lo que tuviera que ver contigo, parece mentira que digas eso —le recrimino, dolida.

—¿Qué cojones quieres que diga? ¿Que follamos y me pareció maravilloso que te pusieras como una loca a gritar que había sido un error cuando ambos sabemos que no lo fue? O acaso ¿quieres que vaya y le pida perdón en tu nombre por haberlo ofendido? Olvídate, yo no soy un falso.

—Y yo sí, ¿no? ¿Es eso lo que estás queriendo decir?

—No he dicho eso, nunca podría pensar mal de ti, creía que lo sabías.

—No sé nada, la gente cambia, dicen.

—Y tanto. ¿Dónde está la dulce Isa?

—¿Dónde estamos nosotros, Rubén? ¿Qué nos ha pasado para que me presentes a tu amiga y le digas que soy alguien que vivió aquí? ¿A eso me has degradado? ¿Tan poco te importo? ¿Tan poco significo ya para ti?

—Sabes que no es así, yo… me he bloqueado y dije lo primero que me salió. Perdóname, soy idiota.

—Lo eres, pero gracias por disculparte. Debería irme, pero creo que tendríamos que hablar un

día de estos… —le dejo caer a la espera de su reacción.

—Y ¿tu novio te deja? ¿No se va a poner celoso? Dile que no se preocupe que no quieres repetir, que esto no son natillas —asegura riéndose, y conforme lo escucho decir que no vamos a repetir, aunque sea un vacile por su parte, siento un nudo en la garganta provocado por la rabia.

—Claro, porque además tu chica se molestaría. Bueno, tu chica… eso son palabras mayores teniendo en cuenta que hablamos de ti, dejémoslo en tu amiguita. Esta qué es ¿la de hoy sábado, la del finde completo… o la que te has traído para este rato y luego ya te vas con otra? —Y conforme hablo sé que lo estoy haciendo horriblemente mal porque no lo pienso, pero él quiere fastidiarme y yo también a él.

—Veo que sigues pensando igual de bien que siempre respecto a mí —me reprocha y me queda claro que le he dado donde más le duele, y me arrepiento—. ¿Sabes qué te digo?

—¿Qué?

—Que estoy cansado de que siempre des por hecho las cosas y me ofendas insinuando lo que no es. Más que cansado, estoy harto de esa desconfianza, de que nunca me des el beneficio de la duda, sino que sea tu opinión la que tiene que ir a misa. Y perdona que te diga, pero las cosas no son así. Y si aún no lo has visto es que no me conoces tanto como te crees.

—Por supuesto que te conozco, déjame decirte que…

—No quiero que digas nada más. Creo que ya has dicho lo que tenías que decir sobre mí. —Me interrumpe, negándose a que siga hablando.

—Escúchame, deja que te explique lo que quería decir. No me refería a…

—A nada, no sigas. ¿Recuerdas cuando yo te pedí a ti aquella noche que me escuchases? Aún estoy esperando… —Vuelve a interrumpirme, haciéndome sentir mal.

—Tienes razón, pero tenemos que hablar.

—Claro, ahora porque tú quieres, ¿no? Después de lo que has dicho, no entiendo qué quieres que hablemos si tan horrible soy. No le veo sentido a que pierdas tu maravilloso tiempo en alguien como yo en lugar de estar con tu pareja, que es una persona estupenda, seguro —me espeta haciendo uso de un sarcasmo y una ironía que no son propios de él.

—Pues tienes razón, no voy a perder más el tiempo contigo.

—Claro, corre, que te estará esperando el *engominao*… Ese que es tan maravilloso y bueno, san Carlos creo que lo llaman.

—No te pega nada esta actitud de mierda…

—A ti tampoco te pega ya el papel de santa, cuando has demostrado que te crees por encima, mejor que el resto.

—¿Perdona?

—Lo que has oído, te crees mejor que nadie porque nunca haces las cosas mal y al resto solo vives para echarnos cosas en cara; y déjame decirte que sí, que puedo haber cometido errores, pero tú también lo has hecho, solo que yo lo reconozco. Y no por eso me considero mejor que tú o a ti peor, a diferencia de ti que te crees por encima del bien y del mal.

—Estás desvariando…

—Nunca he estado más cuerdo y, sí, antes de que lo digas, he bebido, pero sé lo que estoy diciendo porque veo cómo me estas tratando una vez más.

—No te estoy tratando de ninguna manera…

—Mentira, has vuelto a juzgarme… y no tienes derecho.

—Tú no eres un santo, Rubén.

—Nunca he querido serlo, a diferencia de ti.

—No sabes lo que dices, qué triste que no seamos capaces de mantener una conversación.

—Pues sí, tienes razón, es demasiado triste que sigas sin confiar en mí.

—Esto no se trata de confianza…

—Por supuesto que sí, se trata de confianza, de que nadie es mejor que el otro y de respetar.

—Me voy, porque si no voy a acabar diciendo cosas de las que me voy a arrepentir.

—¿De nuevo por él? Corre, sí, vete que te estará esperando.

—Eres un idiota.

—Gracias, no podía esperar nada mejor viniendo de tu boca.

—¡Que te den!

Y me alejo hecha una furia, hundida por sus palabras, rabiosa con él, pero también conmigo misma por haber dejado que la situación se me fuese de las manos. Y lo peor es que él ha empezado picando con Carlos, pero yo he traído viejos demonios que sé que le iban a hacer daño y he metido la pata hasta el fondo recordándole su fama.

Tiene razón en recriminarme que le juzgo y que no confío. Solo que no sabe que sí lo hago, sí confío, he tardado, pero me he dado cuenta de que no me ha hecho daño queriendo nunca, pero no he sabido manejar la situación. Yo que venía para arreglar las cosas y recuperar a mi amigo, con esta discusión creo que nos hemos alejado millas de donde estábamos. Encima he quedado como una celosa, aunque total, eso da igual ya, que él piensa que sigo feliz al lado de Carlos… ¡qué equivocado está!

Y yo tenía que haberlo sacado de su error y, en cambio, me he callado torpemente y a partir de ahí la conversación ha ido de mal en peor. Todo un despropósito.

Ni adrede me hubiera salido peor. Soy una metepatas de libro.

— CAPÍTULO 50 —

¿Se puede ser más tonto?

RUBÉN

La veo alejarse y me maldigo a mí mismo por haber vuelto a joderla. ¿Cómo puedo ser tan tonto?

No la esperaba para nada, lo más lejano del mundo era pensar que pudiera aparecer en el festival de la mano de Carlota. Sin embargo, ahora entiendo por qué llevo estos días sintiéndola tan cerca… ¡porque lo estaba, joder!

Si algo quería desde el momento en el que la he visto frente a mí, tras la sorpresa inicial y los nervios que me han entrado, era tirarme sobre ella, sentirla entre mis brazos y que pudiéramos charlar amigablemente. Pero amigablemente, ¡mis cojones! Y el abrazo ha quedado en agua de borrajas, creo que antes abrazaría a un árbol que a mí.

No sé cómo lo hacemos, pero siempre tenemos que acabar discutiendo, porque somos un par de idiotas que en lugar de hablar claro se tiran los trastos a la cabeza y nos damos donde duele.

¿Tóxicos? Pues a lo mejor tiene razón y lo somos, pero, con sinceridad, no lo creo en absoluto. No es toxicidad, es la hilera de malentendidos y cosas sin explicar lo que hacen que la bola que hay entre nosotros cada vez se haga más grande y difícil de desenredar, y eso es lo que nos ha llevado a terminar enganchados, de una u otra manera, cuando nos hemos visto las últimas veces. Esto no puede seguir así, tenemos que solucionarlo, pese a que ha vuelto a hacerme daño con sus palabras porque sigue pensando de mí que me voy con cualquiera cuando ella debería saber que no es así, pero lo entenderá cuando le pueda explicar lo de Sara, lo que siento y pueda conocer también su punto de vista, saber lo que siente y lo que quiere a día de hoy. Ahora debe de estar encendida y echando espuma por la boca, así que lo mejor es dejarlo estar y mañana será otro día.

Como no podía ser de otra manera, me levanto con una resaca del copón, pero contento.

¿Estoy *tronao*? Pues a lo mejor, pero saber que ha vuelto para quedarse en el pueblo, aunque esté enfadada conmigo, me tiene feliz.

La sola idea de poder recuperarla poco a poco, como ya ha pasado otras veces a lo largo de los años, me motiva. Y no, no me lo tomo como un juego ni como un objetivo, porque esto es la vida misma y si algo quiero es solucionarlo todo para que podamos vivir tranquilos y estar bien el uno con el otro, aunque no sea de la forma que más deseo, que es con ella a mi lado.

—Buenos días, hijo, ¿has descansado?

—He dormido poco, ya te imaginarás.

—He oído en el bar que el festival fue un éxito rotundo —me comenta mi padre, expectante de información por mi parte.

—Sí, estuvo bien. Mucha gente, música sin dejar de sonar, medio pueblo bailando y el otro medio bebiendo… ya puedes imaginarte.

—¿Y pasó algo para que me lo cuentes con esa desgana?

—Isa ha vuelto para quedarse. No me lo esperaba.

—Pero eso es una gran noticia para ti, hijo. Era lo que deseabas hace tiempo. Ahora no puedes dejar escapar la oportunidad.

—Anoche terminamos discutiendo, soy un gilipollas…

—Tal vez inmaduro, pero bueno, todo el mundo comete errores. Habla con ella, sin festival de por medio, ni música ni alcohol, que ya sabes que es traicionero y mal compañero en estos casos.

—Puede que tengas razón, porque me envalentoné y le dije cosas que ¡joder!, fijo le hicieron daño.

—Mira, charlad, como adultos, y solucionad todo lo que tengáis pendiente. Y a partir de ahí, ya veréis. No la presiones, todo este tiempo me has dicho que tenías claro que la querías, pues ¡ea!, tienes que conseguir que volváis a acercaros.

—Claro que la quiero, siempre lo he hecho.

—Pues díselo, te aseguro que ella está esperando a que se lo digas y te sinceres con la que es tu mejor amiga.

—Tenías que haberla visto, no creo que ella se considere así. Volvió a recordarme mi fama…

—No des por hecho nada que no sepas. Lucha por ella y deja que ella se acerque a ti también, porque según me has contado esto es algo de dos. Ni del uno ni del otro, sino de ambos poniendo las cartas sobre la mesa, como buenos jugadores de póquer.

—Cosa que no somos…

—Leñe, es un símil… Quiero decir que tenéis que enseñar las cartas los dos y tú, no seas tonto, hazle ver que las habladurías del pueblo son solo eso, chismes.

—Debería saberlo ya, ¿no?

—Pues ¡qué leches!, se lo recuerdas. ¿No ibas a hacer todo por solucionarlo?

—Sí, pero…

—Nada, no hay peros que valgan. Os tenéis que sentar y hablar, recuperar vuestra amistad, que es lo fundamental, y ya se sabe que de ahí al amor, hay un paso muy pequeño. —Me corta.

—Te recuerdo que tiene pareja.

—¿Y anoche no estaba?

—No.

—Y dices que ha vuelto… Mal me huele ese noviazgo, ahí te lo dejo.

—¿Crees que pueden haber roto?

—Pregúntaselo a ella, no a mí.

—Ya lo hice y me ignoró las tres veces que lo mencioné.

—¿Tres veces? Seguro que de malas formas, porque por algo no te contestaría…

—Bueno, quería picarla para sacarle información.

—Y al final el jodido fuiste tú. A ver si aprendes, que ya tienes una edad y, si dudas de algo, se pregunta directamente, porque ya no tienes dieciocho años para andar con esas tonterías de piques. Eres un hombre hecho y derecho, y así es como te tienes que mostrar ante ella, maduro, decidido y con las ideas claras de lo que quieres. Si vas con tus chorradas de siempre verá al mismo crío indeciso que no sabe lo que siente y huirá de ti nuevamente y no es lo que quieres, ¿verdad?

—Claro que no, te lo he dicho muchas veces, que solo quiero estar con ella y con nadie más, y me da igual lo que digan las cotillas del pueblo.

—Olvídate de las vecinas y céntrate en Isa, que es la que tiene que importarte cómo te vea. A las demás que les den, hijo, a ver si aprendes que hay que mirar por uno mismo y los demás que hablen lo que quieran.

—Tienes razón.

—Claro que la tengo. Cuando tu madre se fue yo escuché de todo, lo mismo que a lo largo de los años, cada vez que me veían con alguien. Para ellas, sin saber nada, siempre fui el cerdo, el

guarro… lo que les convenía cada día para poder tener de qué hablar en el mercado, hasta que se cansaron del tema y siguieron con cualquier otro… Hazme caso y céntrate en lo importante.

—Hablaré con ella en cuanto pueda.

—Error, habla con ella cuando esté preparada, si no no irá bien. Déjale su tiempo.

—Ya le he dado bastante, ¿no te parece?

—Y según comentas ayer lo estropeasteis de nuevo. Hazme caso, que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Deja que ella analice lo que pasó anoche y ambos sepáis qué hicisteis mal cada uno para acabar así.

—Espero que no tarde.

—Recuerda algo, las prisas no son buenas, Rubén.

—Odio darte la razón siempre, era más fácil todo cuando no lo analizaba todo tanto y me limitaba a vivir sin más.

—Claro, y fíjate bien… de aquellos barros vienen estos lodos.

—Uff, cierto.

Hablar con mi padre siempre me deja tranquilo, ¡¿quién me lo iba a decir?! Pero tiene razón, tengo que dejarle espacio y que se dé cuenta de que anoche volvimos a hacer el tonto y que tiene que darle igual lo que el resto opine sobre mí, puesto que a mí solo me importa lo que piense ella. Confío en que lo que dijo fuese producto de la rabia, del enfado del momento, y no sea la idea que pueda seguir teniendo acerca de mi persona, porque si es así nunca podremos estar juntos.

En verdad, yo no creo que esté por encima del bien y del mal, pero sí estoy convencido de que me juzga de manera errónea sin darse cuenta de que ambos nos hemos equivocado, hemos hecho las cosas mal y la hemos liado en ocasiones, radicando todo en lo mismo, en no ser claros el uno con el otro. Uno por ignorancia y otra por miedo. Una por cabezonería en no escuchar y otro por ser un metepatas infantil. Y ahora ambos, cabezotas, anoche actuamos como el agua y el aceite, a ver quién se quedaba por encima y quién reprochaba más mierda al otro.

«Patético, esa es la palabra».

Ese domingo no nos vimos y tampoco el lunes. Es el martes cuando coincidimos en el bar para prepararlo todo de cara a la fiesta del sábado en mi campo. Me alegro cuando la veo llegar y, aunque me muero por hablarle, no lo hago, siguiendo los consejos de mi padre, que en materia de mujeres es un sabio. Tampoco quiero hacer que se sienta mal o violenta, por eso le dejo su espacio y solo le demuestro que estoy en buena tónica de cara al sábado, algo que también percibo en ella.

No parece enfadada, ya que colabora activamente en organizarlo todo, incluso se ofrece a ir a comprar y preparar lo que haga falta ya que tiene todo el tiempo libre, idea que me encanta.

Cuando terminamos la reunión y nos disponemos a salir de El refugio se me acerca, ante mi sorpresa.

—Espero que no te importe que vaya a la fiesta —me dice, tímida, bajando la mirada en dirección al suelo.

—¿Cómo iba a importarme? Al revés, me encanta que vengas.

—Pensaba que igual por lo del otro día…

—Los dos dijimos cosas que no pensábamos, ¿cierto?

—Tienes razón —reconoce asertivamente.

—¿Y si hacemos una tregua? Tenemos que hablar, sí, pero es la fiesta del verano y también hemos de pasarlo bien. Olvidemos lo del otro día y disfrutemos…

—Hecho, la fiesta ibicenca es importante y no la vamos a fastidiar. Gracias —me dice, con

una tenue sonrisa en los labios.

—Después hablaremos como personas adultas y nos diremos todo lo que queramos, pero mientras tanto, paz.

—No podría haberlo dicho mejor. Me voy, hasta luego.

Y ha sido un pequeño acercamiento por su parte, toda una victoria; que desde luego me alegra la noche porque significa que estamos en sintonía y que se ha dado cuenta de que también se pasó de la raya el sábado. Poco a poco, tiene razón mi padre. El tiempo siempre hace magia y lo diluye todo.

No obstante, mataría por haberle dicho que la acompañaba a casa, como tantas otras veces, pero mejor no presionar y dejarla tranquila, que vea que sé esperar y que mi voluntad para entendernos es la mejor.

— CAPÍTULO 51 —

La tregua

ISA

Cuando el sábado lo vi irse del festival antes que ninguno me sorprendió y lo di todo por muerto. Al día siguiente Carlota me hizo ver que teníamos que darnos espacio, ya que esta situación no era como las que vivíamos antaño y lo mejor era procesar el encuentro y todas las barbaridades que nos habíamos dicho en un instante cegados por la rabia. Quise arreglarlo, pero me convenció de que era mejor dejarlo enfriar, porque con perspectiva se ve todo mejor que en caliente; y se lo agradezco porque fue lo más acertado.

Hoy cuando lo he visto en el bar hasta sonreía, no estaba para nada enfadado. Incluso le he sentido relajado, sin nervios, disfrutando de los preparativos de la fiesta de bienvenida al verano, como todos. Creo que para nosotros, más allá de cualquier festival o evento, esa es la noche más importante, a la que nadie falta y que disfrutamos igual cada año.

Me he atrevido a acercarme a él al terminar de hablar todos porque me preocupaba el hecho de que la fiesta sea en su territorio y que pudiese no sentirse cómodo con mi presencia, pero, al contrario, me ha demostrado que quiere que vaya y yo me muero por ir, por lo que no hay más que hablar.

La tregua me parece bien, pero, si por mí fuera, me sentaría mañana mismo a que por fin hablásemos y nos lo dijéramos todo de frente, pero es inteligente por su parte dejar pasar la fiesta, no vaya a ser que terminemos fatal y le fastidiemos la noche al resto, entonces, bueno, he aceptado barco como animal de compañía. Eso sí, a ver si esa noche conseguimos estar como si nada, porque no sé él, pero yo voy a recordar en todo momento aquella primera vez que nos besamos allí mismo, en una fiesta igual, y no solo eso, sino todo lo que siguió al primer beso.

«¡¿Cómo olvidar eso, tantos años después, en el mismo lugar y con la misma gente, como dice la canción, y hacer como si nada?!». Imposible, por lo menos para mí.

Además, yo he venido para arreglar las cosas y sé que tengo que ir con cautela, pero pienso darlo todo y he empezado por rescatar de mi armario el vestido blanco de tirantes, con la coronita de flores que me puse sobre el cabello aquella vez. Quiero que cuando me vea sienta el *flashback*, si es que se acuerda, que ya sabemos que los hombres tienen la cabeza de chorlito para las cuestiones de atuendos, pero para mí aquel vestido nunca ha dejado de ser especial y no veo mejor momento para desempolvarlo, tantos años después, que la misma fiesta en la que me lo puse por última vez. En mi armario se convirtió en una reliquia, por lo que para mí significó, y al probármelo esta mañana y ver que me quedaba perfecto he sentido un gran alivio. O más que alivio alegría, porque veo significativo el usarlo el sábado.

Carlota dice que soy perversa porque voy a volverlo loco y vamos a mandar la tregua a tomar viento, pero no es así. No va a pasar nada hasta que no hablemos, eso lo tengo totalmente claro, ya que no quiero volver a ser su amiguita de fin de semana ni su rollo n m i nada por el estilo. He vuelto para poner en orden mi vida, recuperar al amigo que perdí, y si de paso vuelve a mí como mi pareja seré la mujer más feliz del mundo, pero nunca jamás lo aceptaría como relación esporádica nuevamente. Ya tenemos una edad para dejarnos de payasadas y de tonterías.

El miércoles nos juntamos Fran, Laura, Rubén y yo para hacer la compra del sábado: bebidas,

comida, hielo, postres, algo de desayuno… un poco de todo, como siempre, ya que acabamos durmiendo en casa de Rubén todos los años. Conforme avanza la mañana, Laura se escaquea y, al poco, a Fran lo llaman desde la imprenta y tiene que irse también. Nos quedamos nosotros dos solos y la idea no sé si me alegra o me aterra, porque no quiero que nada nos fastidie la tregua que hemos firmado y cuanto menos tiempo juntos, mejor… Además, menos tentación también.

Saliendo del mercado vamos cargados como mulas y aun así insiste en seguir comprando en lugar de ir a dejarlo todo en el coche. Es cuadriculado como él solo, pero por no discutir no le llevo la contra y continuamos caminando al sol hasta llegar a la pastelería y encargar los postres que recogeremos el mismo sábado. Nos faltan las patatillas, chucherías y golosinas, por lo que nos dirigimos hasta la tienda de Arsenio, famoso en el pueblo entero por su rapidez a la hora de despachar. El pobre hace lo que puede, pero ya tiene sus años y es lento como una tortuga.

Rubén se niega a ir hasta el coche, prefiere que hagamos todo del tirón para que una vez tengamos lo que falta, ir directamente a coger el vehículo y dirigirnos al campo para organizarlo todo allí.

—¿Te encuentras bien? Te estás poniendo rojísimo, estamos cogiendo demasiado sol.

—Tranquila, no pasa nada, tengo dominados estos calores de las mañanas.

—Aun así, deberías ponerte una gorra o algo…

—Tú llevas sombrero, así que, tranquila, no te preocupes por mí que estoy acostumbrado al trabajo de campo, ya lo sabes.

—Como quieras —le digo por no discutir, a sabiendas de que tengo razón.

Llegamos al monte, colocamos en las neveras la comida y bebida, y nos queda poner los banderines y farolillos, además de las guirnaldas y las luces en los árboles.

—Podemos hacerlo al anochecer, si quieres vengo esta noche contigo…

—Nada, lo dejamos ya hecho y nos lo quitamos —se empeña.

—Rubén, eso implica estar al sol bastante tiempo y está pegando muy fuerte. Son las dos de la tarde y mira cómo estás ya…

—Ey, tranquila, si quieres quédate dentro. Yo lo hago —se ofrece, a lo que me niego en rotundo, puesto que yo lo decía por él y no por mí.

—Eres un cabezón, de verdad… si lo vamos a hacer empecemos cuanto antes.

Estamos como hora y media decorando todo y por último queda subir a la escalera, arriba del todo, en el último peldaño para poner las luces en el árbol.

Lo veo subir los primeros peldaños desde abajo, puesto que yo sujeto las guirnaldas y se lo voy dando todo. Cuando llega al cuarto se para y se agarra fuerte.

—¿Estás bien? —No contesta—. Rubén, dime algo, me estás asustando.

Y no me da tiempo a explicarle que voy a subir porque en un abrir y cerrar de ojos se desploma y cae al suelo, escalera incluida encima de él.

—Rubéééén, responde… —digo dándole palmadas en la cara como tantas veces he visto hacer en las películas, pero no contesta. No reacciona.

Ha perdido el conocimiento y está ardiendo en calentura. Además, está sangrando en la frente, porque ha debido de darse contra la escalera en la caída.

Marco rápidamente el teléfono de emergencias, les doy la dirección de donde nos encontramos y, tras tratar de hacerle despertar sin éxito, le levanto las piernas dejándoselas apoyadas encima de la escalera y entro en la casa a buscar una toalla y el botiquín. Impregno la toalla en agua helada y a toquecitos, para no hacerle daño, se la paso por el pecho y por la cara, por la frente esquivando la brecha, tratando de bajarle la temperatura. Me impresiona demasiado verle así, inconsciente, magullado, indefenso, y no puedo evitar, con el susto que tengo en el cuerpo,

echarme a llorar. Las lágrimas empiezan a brotar a borbotones y grito fuerte para soltar la tensión, puesto que nadie puede oírme.

No quiero que le pase nada. Necesito que despierte como sea. Estoy temblando, pero tampoco me atrevo a moverlo hasta que no lo examinen por si el golpe que se ha dado ha sido fuerte. Lo único que puedo hacer es tratar de refrescar su cuerpo. Vuelvo a mojar la toalla en agua fría y se la coloco en la frente consiguiendo bajar ligeramente la sensación térmica. Y sin poder evitarlo, me dejo caer sobre su pecho, donde lloro con amargura, presa del miedo a que le suceda algo, ya que no reacciona.

Me separo de él y acerco mi mano temblorosa hacia su rostro, y a pesar de la sangre que baja desde su frente, le acaricio con dulzura. Me inclino sobre él y, sin pensarlo, llevo mis labios a los suyos y lo beso. Es un momento muy Blancanieves, pero a la inversa, sí. No se trata de un beso con pasión ni salvaje, sino de uno tierno o, lo que es lo mismo, un beso de amor, que me moriría por haberle dado en otras circunstancias y con él consciente. Separo mis labios de los suyos cuando a lo lejos oigo el sonido de las sirenas, que me sacan de la burbuja que había creado. Aturdida, encamino mis dedos a los labios y me los acaricio, ya que tengo su sabor impregnándolo todo y si no vuelve a repetirse será el último beso que le he dado y quiero recordarlo. Le agarro la mano con fuerza, como si apretando fuera a conseguir que despertara.

El médico y la enfermera lo atienden con rapidez. Me piden más toallas mojadas en frío, que le colocamos por el cuerpo, y hielo, para hacer un saquito y ponérselo en la cabeza. Y, efectivamente, no tarda en volver en sí. Lo primero que dice cuando entreabre los ojos es mi nombre, pero enseguida vuelve a cerrarlos.

—Tranquila, se pondrá bien, ha sido un golpe de calor fuerte —me dicen ante mi llanto desconsolado, que ha pasado de ser amargo a de alegría tras verlo despertar.

—Sigue ardiendo en fiebre y sangra mucho.

—Irá bajando, ahora le ponemos un antipirético y respecto al golpe parece superficial, no obstante, no debe moverse y tiene que estar tranquilo, por lo menos hasta mañana. Que descanse, pero tienes que despertarle cada dos horas para ver que está todo bien. Si notases algo raro, nos llamas.

—De acuerdo —respondo, aún temblando del susto.

—La sangre es demasiado escandalosa, pero no es nada, le vamos a dar un par de puntos y como nuevo.

Prefiero no mirar porque estas cosas siempre me han dado yuyu y dejo a los médicos trabajar, mientras sigo agarrándole la mano con fuerza y pierdo la mirada en el horizonte.

Necesito calmarme, tengo que estar tranquila para que él lo esté también y afrontemos las horas que vienen de la mejor manera. Todo parece un mal sueño, una trampa del destino.

—Puedes meterlo en la ducha sin que se moje la herida y el agua fría le bajará la temperatura —me recomiendan, y de solo imaginar la escena a la que le sube la fiebre es a mí, pero todo sea por su salud.

—Sigue medio dormido, ¿es normal?

—Sí, es por la fiebre. Te voy a dejar el teléfono, si ves que no se le pasa tras la ducha fría nos llamas. Puede ser que tenga algún mareo o dolor de cabeza, puede tomar analgésicos. Es por el golpe, pero eso desaparece. En caso de que no, también tendrías que llamarnos.

—No se preocupen, yo me quedaré con él y lo mantendré despierto.

—No tenemos ninguna duda, tu novio estará muy bien cuidado.

—No es mi novia. —Le oímos decir.

—Pues lo parecía por lo preocupada que estaba. Cuídate, chaval, y cuídala a ella también —le

recomienda el sanitario.

—Muchas gracias —les responde Rubén, con la boca pastosa.

Los acompaño hacia donde han aparcado el coche y cuando vuelvo ayudo a Ken a levantarse. No hablamos, no quiero que se canse, pero la fiebre sigue alta por lo que lo guío al cuarto de baño para darse una ducha. Se apoya en el lavabo con las dos manos, inclinando la cabeza hacia abajo y, mientras, yo le ayudo a sacarse la camiseta que lleva puesta. Después lo hago girarse y me pongo de rodillas frente a él. Sí, mi mente calenturienta solo piensa en una cosa en ese momento, pero me mantengo fuerte desechando esos pensamientos y me centro en desabrocharle los pantalones, porque no estamos ahora para fantasías morbosas.

—Yo puedo, no tienes que molestarte —afirma él.

—No me cuesta nada —digo viendo como al ir a bajárselos se le va un poco la cabeza y se tambalea—, ya lo hago yo, de verdad, tú siéntate en el taburete —le pido cuando ya tiene los pantalones por la rodilla.

Me hace caso y, entonces, con mucho cuidado, le saco las zapatillas y después los pantalones. Se queja del tobillo, probablemente del golpe. Cuando se incorpora para bajarse la ropa interior, le pido que se duche con los calzoncillos puestos y después que se ponga un bañador para estar fresquito que es lo que más necesita ahora, él y yo misma, por mi salud mental no puedo contemplarlo desnudo en la ducha y estarme quieta. Eso sí que sería una tortura china. Total, ya estoy sobrepasada por la situación y mis mejillas arden.

Entra en la ducha sujeto de mi mano y cuando me pide que le suelte no lo hago, ya que esa ducha no tiene dónde agarrarse y me da miedo que le dé un mareo y pueda resbalarse.

—Apoya la mano en el grifo, agárrate bien, por favor.

—Te vas a poner chorreando si te quedas aquí a mi lado y no tienes otra ropa.

—No te preocupes por mí, prefiero sujetarte, aunque me moje.

Se ducha, bueno, nos duchamos, porque efectivamente acabo chorreando yo también, pero se nota que empieza a bajarle la fiebre tras unos minutos bajo el agua.

—Ya me encuentro mucho mejor, más espabilado —dice mirando hacia mi cuerpo y sé lo que está viendo. Mis pezones duros como canicas por lo excitada que estoy se marcan en la *lycra* mojada de la camiseta y él no levanta sus ojos de ahí, poniéndome cardiaca perdida.

—Sí, ya veo que *espabilao* eres un rato y que estás mejorcito.

Y ahora soy yo la que no puede controlar hacia dónde quieren mirar mis ojos y no es que me deleite, pero tampoco miro de pasada hacia el bulto que se levanta dentro de sus calzones.

—Lo siento, el cuerpo humano y sus reacciones…

—Ya, ya… anda, cierra el agua y vamos a la cama.

—Hombre, si me lo pides así, cualquiera te dice que no —bromea.

—Mira, Rubén, céntrate, que no estamos aquí para tonterías después del susto —contesto presa de los nervios.

—Tienes razón, perdona, soy un inconsciente. Ha sido por mi culpa.

—Un poquito bruto sí que eres, te advertí que estábamos cogiendo mucho sol.

—El mismo que otras veces, ni más ni menos.

—Y te empeñaste en seguir…

—Lo sé, no me sermonees. Una vez más no he hecho lo correcto, lo siento.

—No es eso, pero a la próxima hazme caso y nos ahorraremos todo esto.

—Siento los inconvenientes, si quieres llama a mi padre para que puedas irte, pero no le asustes.

—No, tranquilo. Me quedo contigo, no voy a dejarte así.

—No tienes que hacerlo, él puede venir.

—¿Quieres que me vaya?

—Claro que no, solo quiero que no lo pases mal por tener que estar aquí, cuidándome, después de todo.

—Un poco tarde para eso, ¿no? Ainss, no quería decir…

—No, si en el fondo tienes razón, lo siento.

—Bueno, pasemos estas horas aquí y así no asustamos a nadie, cuando vuelvas a tu casa se lo cuentas, pero ya que vea que estás bien.

—Como siempre, tienes razón, es la mejor opción, si a ti no te importa.

—Cámbiate el bañador, venga —le pido, girándome.

—¿En serio? No tienes que darte la vuelta, me has visto millones de veces en bolas…

—Es lo mejor —contesto, mordiéndome el labio mientras pienso que si me giro le vería en todo su esplendor y la tentación es demasiado grande, tanto que vuelvo a excitarme y tengo que acercarme al lavabo para echarme agua en la cara.

Al girarme, se me queda mirando fijamente y cuando creo que va a soltar una broma de las suyas se arrepiente y dice:

—Tienes las mejillas muy rojitas y sigues mojada entera.

—Ahora veo qué me pongo, tranquilo.

Le acompaño a la cama y lo dejo ahí tumbado, tomando la hora para en dos horas despertarlo. Pero no se duerme, sino que me observa abrir el armario.

—Puedes ponerte algo mío o igual en algún cajón queda algún bikini tuyo, de antaño, ya sabes…

Lo miro sorprendida, preguntándome si de verdad habrá guardado ropa de baño mía en su armario después de tanto tiempo y cuando rebusco, en efecto, encuentro mi bikini azul turquesa.

—Siempre pensé que lo había perdido, voy a ponérmelo a ver si me sigue valiendo. Si necesitas algo, me das una voz.

Entro en el cuarto de baño y sé que me servirá, por lo que, tras darme una ducha y secarme, me lo pongo. Cuando salgo con él puesto y voy a verlo, sus ojos me recorren de arriba abajo.

—¿Pasa algo? —le digo por la cara que me pone—. ¿Te encuentras bien?

—Mejor que nunca —bromea—. No, en serio, es que verte así vestida, ahí parada en la puerta, ha sido como un *flashback* y me ha impresionado, me ha resultado chocante y triste a la vez, por el recuerdo.

—¿Triste?

—Porque he tenido que accidentarme para que hayas vuelto a mi casa y, pese a lo idiota que he sido, aquí estás, cuidándome.

—Ya hablaremos de eso, ahora descansa y no pienses. Intenta relajarte.

—Joder, ¿cómo voy a relajarme contigo con ese trajecito minúsculo al lado? Si llevo empalmado todo el rato.

—Pues irme no puedo, así que, o te relajas o vamos a acabar mal.

—Vale, pensaré en algo asqueroso que se me baje todo al suelo.

—¿Se te ocurre algo? Puedes pensar en que la que está aquí es alguna señora del pueblo… tu vecina, por ejemplo.

—Cállate, por Dios, qué horror. ¿Cómo pretendes que imagine en bikini a Maripuri? Eres una pervertida, Copito.

—No me llames así, por favor. Pese a que estemos en esta situación tan embarazosa, hace tiempo que entre tú y yo no hay nada y, por tanto, es mejor que no lo hagas.

—Perdona entonces —responde alicaído.

Y es cierto, prefiero que me llame por mi nombre para no hacer esta situación más difícil. Si le vuelvo a oír llamarme Copito regresarán todos los malos ratos del pasado y me derrumbaré, cosa que no quiero, porque tiene que estar tranquilo y no es el momento de ponernos transcendentales con charlas profundas donde acabaríamos hechos polvo los dos.

Se duerme por fin sobre las ocho de la tarde y me dedico a contemplarlo como muchas veces hice. Es tan perfecto que abruma, pese al chichón que tiene y pese a las magulladuras. No puedo dejar de contemplar su boca, esos labios que antes he besado sin que él lo sepa y que me muero por volver a sentir sobre los míos.

Tras dos horas lo despierto, me contesta en piloto automático a las preguntas que le hago y sigue durmiendo. Está frito como un tronco y yo empiezo a estar cansada. Me pongo una de sus camisetas enormes encima para no resfriarme y me tumbo a su lado para seguir pendiente de él.

«No pasa nada, total no es la primera vez que estamos así».

La carne es débil y tener así, para mí, al objeto de mis sueños más prohibidos me altera demasiado. Entierro mis dedos en su pelo, retirándoselo de la cara con suavidad para que no le moleste. Le acaricio el brazo en un suave vaivén con la parte externa de mi mano y cuando llego a la suya se entrelazan solas. Me quedo frente a frente con él, quieta, hierática, para que no se despierte antes de la hora señalada y lo contemplo sin pestañear durante las siguientes horas.

La alarma correspondiente suena y vuelvo a hacer que abra los ojos y me responda a algunas preguntas aleatorias, para dejarse vencer nuevamente por el sueño. Los tres avisos que le siguen suceden de la misma manera. Con el cuarto no me muevo de mi posición y cuando abre los ojos me ve acostada frente a él.

—Venga, cuéntame algo para que veamos que todo está en orden. —Porque ya no se me ocurre qué preguntarle.

—Aquella noche con Sara no pasó nada en absoluto.

—No vayas por ahí, habla de otra cosa —le corto, porque no quiero tener esa conversación en estos momentos. Si le escucho ahora, en esta situación, sería demasiado difícil mantenerme firme…

—No, no quiero hablar de otra cosa y como sé que ahora no puedes irte, tengo que aprovechar y me vas a escuchar —asegura convencido, y tiene razón, no puedo irme y tampoco quiero, por lo que doy la callada por respuesta y le dejo que diga lo que quiera, ya que tampoco voy a responder.

»¿No dices nada? Vale, entonces hablo yo. Quiero que sepas que esa noche yo te esperaba a ti, estaba convencido de que volverías en algún momento y pasaríamos la noche juntos, como tantas otras. Fue ella la que me empezó a lanzar indirectas, pero no le di importancia. No me gustó quedarme a solas con Sara, aunque tampoco le vi mayor problema. Tenía que haberla visto venir. Entonces, de pronto, se quitó la camiseta y cuando la vi venir no pude apartarme. Apenas fueron segundos, te lo prometo, con la mala suerte de que fue justo ahí cuando llegaste y creíste lo que no era. Salí corriendo detrás de ti y no me dejaste hablar, estabas como loca y tuve miedo de que te pasara algo si iba detrás de ti.

»En cuanto te marchaste regresé dentro y discutí con ella. Le dejé claro que nunca volveríamos a tener nada y se fue molesta por el rechazo. Por eso después se desquitó contando por ahí que nos habíamos acostado. Cuando me enteré por las chicas la llamé para decirle que se había terminado nuestra amistad y que no me buscase nunca más, como así hizo. Jamás me la he vuelto a encontrar y la bloqueé por si le daba por contactarme.

»¿Sabes qué es lo que más me dolió aquella noche? Haberte hecho daño a ti, aunque fuera un

malentendido, pero sé que tú sufriste mucho y nunca me lo perdoné. —Lo escucho con atención, pero con los ojos cerrados y, pese a eso, una maldita lágrima que no puedo controlar se escapa mejilla abajo.

Él pasa el dorso de su mano y cuidadoso la retira de mi cara con su pulgar, lo que eriza todo el vello de mi cuerpo y pone todo en alerta, instintivamente. Si abro los ojos sé que puede pasar algo, por eso opto por mantenerlos cerrados, incluso luchando contra mí misma. No quiero besos de ocasión que mañana no sean nada. Si lo beso, si nos besamos, que sea porque tenga que suceder, cuando sepamos qué queremos ambos. Si bien escuchar de su boca cómo sucedió todo con Sara me alivia mucho, aún quedan muchos flecos sueltos que tenemos que resolver. Él vuelve a hablar:

—Quizá lo más duro era que con esa escena y al no dejarme explicarlo todo bien, tú ya confirmabas que las habladurías estaban en lo cierto, cuando me tachaban de cerdo, de marrano por ir, según la gente, con unas y otras… Con lo que había sucedido tú pasaste a pensar lo mismo, como si no me conocieras. Eso me dolió demasiado, porque yo nunca te hubiera hecho daño aposta, nunca jamás.

—Gracias —dejo salir esa palabra, muy bajito, antes de caer vencida por el sueño, ya que han sido demasiadas emociones en el día y ya no consigo mantenerme despierta, además tengo la alarma activada por lo que me dejo llevar por un sueño placentero.

Con el siguiente despertador abro los ojos agitada y veo que ya es de día. Vuelvo a observarlo y está boca abajo, con la cara contra la almohada sin rozar la brecha y con el pelo alborotado. Tiene carita de bueno y creo que está soñando algo bonito porque su tez está relajada y en el rostro se le dibuja una ligera sonrisilla canalla que me vuelve loca.

Lo despierto y ya le pido que no vuelva a dormirse porque en un rato hemos de volver a casa. Mientras remolonea compruebo que está bien, pidiéndole que me diga qué día y hora es. La fiebre ha desaparecido del todo.

Es jueves ya y en apenas dos días volveremos a dormir aquí, como antiguamente, rodeados de todos nuestros amigos, tras esta noche que ha sido tan intensa y especial, porque pese al accidente, la fiebre, la herida, el despertarnos cada dos horas… le he sentido tan sincero y relajado conmigo como cuando era mi Ken al principio de los tiempos. Vuelvo a sentirlo cercano, sí, pero no puedo hacerme ideas ni ilusiones hasta que no hablemos de verdad, porque con él la caída siempre está asegurada.

Recogemos todo, termino de colocar yo misma las luces del árbol que quedaron a medias mientras él me espera sentado dentro y, una vez listo todo, cogemos el coche para volver al pueblo. Yo conduzco su vehículo por si le da un mareo y cuando llegamos me empeño en aparcárselo en su garaje y acompañarlo a casa.

—No soy un bebé, te prometo que estoy bien.

—Dile a tu padre que esté pendiente, ¿vale?

—Sí, mamá —bromea—. Eh, en serio, deja de preocuparte, el susto ya ha pasado y estoy perfectamente.

—¿Seguro?

—Claro que sí, ¿no me ves igual de guapo, *sexy* y atractivo que siempre?

—Rubéééén —le recrimino, para que no me ponga en situaciones comprometidas.

—Es verdad, perdona, que santa Isabel se sonroja…

—Vaya, vuelvo a ser santa Isabel. Creí que había hecho tantas cosas malas que no me merecía ese título, sino arder en el infierno.

—No seas tonta, sabes que dijimos demasiadas cosas que no pensábamos y como quedamos,

tenemos que hablar tranquilamente, no aquí y ahora, y menos dando material a la gaceta del pueblo, que está detrás del balcón de arriba.

—Tienes razón, perdona. Todo a su tiempo. Me voy a casa —digo girándome para retirarme.

—Isa, espera —me llama.

—Dime.

—Sé que igual no procede y, si te enfadas, te pido perdón de antemano, pero si no hago esto reviento y no me quedaré tranquilo.

Se disculpa de antemano, de carrerilla, para a continuación de un tirón atraerme y estrellarme contra su duro cuerpo y envolverme entre sus brazos, como si no quisiera que me escapase nunca de ahí y no, nunca me escaparía porque es ahí el único lugar en el que me muero por estar para siempre: en sus brazos, a su lado, para sentir su calor en mi piel y su corazón latir junto al mío. Entonces, tras unos largos segundos, veo que ya estoy montándome la película de Disney, con la reconciliación, la pedida de mano y si cabe la boda y, antes de que se nos vaya de las manos, me empiezo a separar de su cuerpo, retrocediendo sobre mis pasos.

—No sabes cómo lo necesitaba y cuánto he echado de menos esto. Y ahora ya puedes enfadarte —se justifica.

—No, no voy a hacerlo. Yo también lo necesitaba —confirmo, valiente y bajando las armas, y dándome por vencida.

Y no le doy opción a réplica, porque si no voy a llorar. Me alejo rápido, sin despedirme y sin volver a llevar la vista atrás, sabiendo que el que dejo en esa puerta es el hombre de mi vida y por fin digo hombre y no chico, porque está claro que no es el mismo. Este es Rubén, mi Ken, el de siempre, aquel que me daba la vida con sus bromas y tonterías, con su compañía. Un hombre sencillo, tierno y en el que sí puedo confiar.

Las emociones se me juntan en el pecho porque todo parece demasiado real, tanto que me abruma. Y como bien hemos dicho, no era el momento de nada. Solo necesito irme a casa, flotando como voy, darme una ducha y descansar en condiciones.

— CAPÍTULO 52 —

Nuestra fiesta

RUBÉN

—Estoy perfectamente, papá. Deja de preocuparte. Ya han pasado cuarenta y ocho horas del golpe y no noto nada raro.

—Perdona, hijo, como tú nunca te enfermas, pues no estoy acostumbrado.

—Lo entiendo, no te preocupes, pero no me agobies, y recuerda que esta noche no duermo en casa, nos quedamos en el campo.

—¿Con Isa?

—Con todos, pero sí, ella también estará, claro.

—Cuando la vea tengo que darle las gracias por lo que hizo por ti —me comenta mi padre, convencido.

—Ya se las di yo en persona y más tarde volví a agradecérselo.

—¿Le escribiste?

—Claro… ¡Aún no me atrevo a llamarla!

—Vas a por todas ¿eh?, pero con calma, por lo que veo.

—Se merece sentir mi cariño y, por supuesto, en este caso, mi agradecimiento.

—Estoy de acuerdo, además, a las mujeres les gusta sentirse importantes, queridas, sentirse únicas.

—Eso quiero yo, que se sienta la única para mí, aunque es terca como una mula y sigue viéndome como tu clon en joven, por lo tanto, seguirá pensando que voy de cama en cama.

—En ti está demostrarle que no es así y que precisamente el cambio se debe a ella.

—¡Ojalá podamos hablar más que la otra noche y por fin podamos aclarar todo lo que tenemos pendiente!

—Mucha suerte, muchacho —me desea el viejo antes de salir por la puerta.

—Por cierto, ¿a dónde vas a estas horas? Es temprano para ti para ir al aperitivo…

—Voy a la casona, me ha pedido Carmen que la ayude con un problemilla técnico que tiene… —responde nervioso.

—¿Un problemilla técnico? ¿Así se llama ahora?

—No digas tonterías, Rubén, no seas infantil. Que se note que has madurado.

—Tienes razón… y tienes mi bendición si te estás dedicando a cortejarla, padre.

—¡Este hijo mío no cambiará nunca! —susurra mientras sale de casa.

En el sofá releo el mensaje que le envié a Copito la otra noche, cuando estaba en la cama y no podía dejar de pensar en ella. Bueno, ese y los sucesivos…

Ken:

No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí hoy. Perdóname por ser un cabezón y por el susto que te has llevado por mi culpa.

En el chichón llevo la penitencia, que no veas cómo duele… Así recordaré lo cernícalo que he sido. Has sido mi ángel de la guarda, si no llegas a estar allí… Pero, pese a todo, no puedo dejar de agradecer el haber podido pasar el día contigo, aunque la mitad del tiempo haya sido durmiendo o inconsciente.

Eres tan buena conmigo que no lo merezco y no sé cómo podré compensarte por toda la ternura con la que me has tratado, la dulzura con la que me has ayudado y el amor que, aunque no quisieras, me has dado.
Gracias infinitas, Copito.

Copito:
Tienes que descansar… No hace falta que me des las gracias.
Eres tú, ¿cómo no iba a ayudarte?
Pese a que seas un bruto…, y no me llames así.

Ken:
Si no me dejas volver a llamarte así me lo tendré que tatuar para verlo a diario.
Aunque más bien debería hacerme un ángel y tu nombre.

Copito:
¿Un ángel? Eso es más para cuando alguien muere…
Da como yuyu, yo no lo haría…

Ken:
Entonces, ¿qué me tatúo?

Copito:
¿Qué tal nada que tenga que ver conmigo?

Ken:
Pues de Copito…
Mmm, ¿un copo tal vez?
Pero ¿el gorila o de nieve?

Copito:
Que no me llames así… y no, tampoco lo haría.
Ni gorilas ni copos ni nada.

Ken:
Me refería al tatuaje, no seas egocéntrica, ja, ja.
Ya lo tengo… una estrella…

Copito:
¿Y eso por qué?

Ken:
Porque a pesar del susto así brillabas esta noche y porque siempre me has guiado por el buen camino, aunque no te haga caso muchas veces.

Copito:
¿Ahora te has vuelto cursi o quieres sacarme los colores?
Mejor opción que las otras es, pero vamos…, tú mismo.

Ken:
Me gusta la idea.
Decidido… una estrella que me recordará siempre a ti, además, no has dicho que no.
Sobre los colores, ya te los saqué anoche y te los he sacado muchas veces, así que, por una vez más no creo que pase nada.

Copito:
Es tu cuerpo, no tengo nada que decir.
No soy yo quien se va a tatuar…
Y obviaré hacer comentario alguno sobre los colores.

Ken:
Deberíamos hacerlo juntos y no me refiero a sacarnos los colores, que si quieres también, ¿eh?

Copito:
Ni lo sueñes, no voy a pasar de querer sacarte de mi vida a tatuarme algo que me recuerde a ti siempre.

Ken:
¿Ves? Tenemos que hacerlo…
Es importante recordar el susto que hemos pasado.

Copito:
He dicho que no.
Además, no es el primer incidente que vivimos con médicos, ambulancia, etc.

Ken:
Totalmente cierto, ¿ves?
Otro motivo para que lo hagas y nos recordemos.
Ya te convenceré, que descanses todo lo que no te he dejado yo esta noche y, de nuevo, GRACIAS ☺

Copito:
Por desgracia, yo no necesito un tatuaje para recordarte, de hecho, nunca lo he necesitado.

Ken:
Sabes de sobra que yo tampoco.

Sonrío porque pese a no haber olvidado todo lo ocurrido entre nosotros y seguir enfadada conmigo contestó a los mensajes, muy probablemente luchando contra sí misma, porque en el fondo se nota que sigue habiendo *feeling* entre nosotros. Por mi parte tengo claro que todo, pero me falta descubrir qué queda en la suya.

Me visto con una camiseta blanca, como es tradición para la fiesta, y los vaqueros claros. Me voy a poner cera en el pelo, pero entonces recuerdo al *engominao* de su chico y decido ir con mi pelo revuelto, natural como yo soy. Me pregunto qué será del pijo, porque ayer no quiso mencionarlo. Luego le tiraré de la lengua a Fran a ver qué me cuenta, aunque si hubiera algo que contar me lo hubiera dicho la otra noche en el festival, cuando estuvimos hablando en la barra

después de aparecer Isa junto a Carlota:

—Cabrón, ya podías haberme avisado de que Copito ha vuelto —le recriminé, nervioso como estaba tras la mierda de reencuentro que tuvimos y la mierda de saludo que le dediqué a ella.

—No tenía ni la más remota idea. Lo han debido de tramar en secreto y Carlota no me ha dicho nada en ningún momento, si no te lo habría dicho, tío —contestó él, excusándose.

—No entiendo el misterio, pero bueno, lo importante es que está aquí, que se queda y que la he cagado con el saludo, pero bien cagada.

—Exacto, así que ya puedes concentrarte en poner toda la carne en el asador y tratar de arreglar el tema, porque menudo desastre que eres, mamón.

—Y digo yo… ¿qué sentido tiene si me odia y encima está con tu amiguito? —le tiré la chilindrina, pero no contestó.

—Deja de rayarte, anda, de pensar en quien no debes, que estamos de fiesta y encima las chicas nos están mirando desde la pista. Cambiemos de tema —sugirió Fran.

Si en ese momento, en el festival, no abrió la boca, no creo que hoy le saque mucho, pero por intentarlo que no quede, que como ya se sabe, la información es poder y si no que se lo digan a Maripuri y a Maritere, que ambas saben tantas cosas de todo el mundo que son como la oficina de turismo de cualquier ciudad, allá donde, ante cualquier duda, vas a preguntar.

Llego al campo el primero y aún sudo al ver el árbol con las luces puestas, porque, aunque quedara en nada, podía haberme pasado algo gordo si ella no llega a estar allí conmigo y llama al médico.

«¡A saber el tiempo que habría estado aquí tirado al sol!», pienso, pero no me agobio puesto que hoy es un día para celebrar.

Enseguida llegan las chicas, Natalia y Laura, acompañadas de los demás. Más tarde Fran y Carlota y, por último, veo aparecer pasado un rato el coche de Isa y me pongo nervioso. Tengo muchas ganas de verla y saber en qué disposición viene.

Se baja del vehículo y cuando la veo siento que el corazón se me para, y no es por lo impresionante que está, sino porque es el vivo retrato de la Isa que aquella noche, cuando teníamos dieciocho años, me empezó a volver loco. Lleva el mismo vestido de esa vez: largo, blanco, de tirantes que dejan ver su cuello y sus hombros al descubierto y, ¡Dios mío!, ¡qué apetecible y bonita está! Con el cabello suelto, que se le viene a la cara por el aire, y lleva la misma corona de florecitas en la parte de detrás. Viene hacia mí y creo que el corazón va a salírseme por la boca de un momento a otro. Me late demasiado rápido, fuerte, y me siento como un quinceañero enamorado contemplando a la chica de sus sueños.

«He sido demasiado tonto por no haber valorado lo que tenía ante mí y para mí todos estos años».

Brilla como nunca y desprende tanta paz, tanta bondad, tanta ternura que no me la merezco. Es curioso porque, además de todo eso, sigo viéndola como una fierecilla, esa que se revolvía el pelo cuando cabalgaba sobre mí mientras gritaba de placer, la misma que me metía los dedos en la boca para que se los lamiese dejándome extasiado, aquella que me saboreaba de la cabeza a los pies, como si para ella yo fuese una piruleta gigante de esas que se come con forma de corazón o una golosina tamaño xxl.

Es tierna pero a la vez pasional, tranquila pero impaciente en según qué momentos, incluso ansiosa cuando se excita; además es chincheta y juguetona, pacífica pero sabe llevarme a la guerra cuando la ocasión lo pide; es natural, tan perfecta sin artificios que no necesita; y es la única capaz de provocar tantas cosas juntas en mí, tanto que de solo verla caminar hacia donde estoy yo, mi amigo ya está despertando y empieza a oprimir con fuerza contra la tela de mis

vaqueros.

«Lo dicho, como un chiquillo hormonado estoy, ¡manda cojones!».

Cuando está más cerca de mí, veo que se muerde los labios. La conozco, está nerviosa e impaciente, y me propongo no atosigarla para hacerle la noche fácil. Quiero que disfrute, pero me encantaría que fuera conmigo. Necesito sentirla pegada a mí, aunque solo sea una vez.

—¿Cómo estás? —me pregunta ya frente a mí.

—Imposible estar tan bien como tú… que estás increíble. Ha sido verte y bueno, parecía que no había pasado el tiempo. Curioso, ¿verdad?

—Dicen que cualquier tiempo pasado fue mejor, ¿verdad? —musita alejándose de mi lado para ir saludando al resto y caigo en la cuenta de que viene guerrera, no en modo dulce, y no me lo va a poner fácil si pretendo acercarme a ella esta noche. Lo bueno es que tenemos muchas horas por delante.

Y así es. De bienvenida le narramos el percance con todo lujo de detalles al resto y me toca soportar un buen rato de bromitas, que por otro lado me merezco por becerro.

Hacemos la lumbre en la chimenea en torno al mediodía para ir preparando la comida y entre todos sacamos los aperitivos. Comida, sobremesa, jugamos a las cartas y cuando va cayendo el sol servimos las copas, los juegos de mesa, entre ellos el Gestos y el viejo Party que tenemos hecho polvo de tanto usarlo siempre que nos juntamos. Lo conservamos con mucho cariño, aunque habrá que renovarlo en algún momento después de tantos años. Cada uno se entretiene como quiere.

La gente se dispersa en corrillos, momento que aprovecho para interrogar a Fran:

—Ya no está con él. —Le oigo decir y esa frase resulta música celestial para mis oídos.

—¿Te lo ha contado ella? ¿Desde cuándo?

—No, me escribió hace un par de noches Carlos. No te voy a dar datos, entiéndelo, tío, es mi colega y además ya te he contado la información que necesitas saber, el resto que te lo explique Isa si quiere.

—Tienes razón, gracias, macho. Ya podías habérmelo soltado antes —le recrimino medio en serio, medio en broma.

—Perdona, como estabas friéndote como un huevo frito en una sartén al solecito y casi te mueres del parraque, no vi lugar…

—¡Serás cabronazo!, pero te lo perdono porque me has dado la mejor de las noticias.

—Mientras no la cagues… y otra cosa, ya podéis hacernos padrinos de la boda a mi mujer y a mí si algún día conseguís desenredar el embrollo, porque los dos solos sin nuestra ayuda aún estaríais sin hablaros entre lo cabezotas que sois y encima más cortos que las mangas de un chaleco…

—Vaya, habló el «inteligente» que casi quema su casa por poner velas para una cena romántica, cursi y horrenda…

—Te lo dije un día, ya te tragarás tus palabras cuando le pidas que se case contigo.

—Calla, anda…

—Ehhh, no me has mandado a la mierda al oír la palabra boda, ¿qué pasa? Que Rubén el follador, el antiamor, ahora ya no lo es tanto, ¿eh?

—Paso de ti, me voy a por una copa para no seguir oyéndote decir sandeces…

—Sí, sí, huye cobarde… —Se ríe mi amigo y tiene razón, pero no le voy a reconocer que ya no me sale un sarpullido al pensar en pasar mi vida al lado de ella.

«Hay que ver cómo cambia la gente».

Me preparo un ron con naranja bien cargadito para celebrar el notición que acabo de saber. No

puedo dejar de sonreír, estoy contento, y a la fuerza se me tiene que notar, pero sin pasarme ni dar el cante. Estaría feo brindar conmigo mismo, pero la miro y levanto mi copa hacia ella, que me mira inquieta y un pelín sonriente, llevando sus ojos hacia arriba. Vale, igual ha sido más una sonrisa de ¡qué pesado eres!, pero me da igual, sigo exultante de alegría porque ahora la siento un paso más cerca, al no tener a nadie que pueda interponerse entre nosotros una vez que arreglemos todo el desaguisado.

—Va por ti, Gominitas —digo en voz baja, pensando en el chaval en cuestión que, aunque no tiene culpa, me alegro de que haya salido de la vida de Isa.

«Vía libre».

— CAPÍTULO 53 —

El poder de una canción

ISA

He llegado nerviosa como un flan al campo y he sentido vértigo al recordar el susto de hace un par de días. Además, ha sido bajar del coche y notar esos ojos que me persiguen desde que lo conocí, sin apartarse de mí en ningún momento. Si alguien hubiese grabado la escena habría quedado a cámara lenta, ya que he ido acercándome hasta donde estaba él a paso de tortuga porque no sabía qué decirle. Venía muy convencida de limitarme a disfrutar, pero me ha pasado lo mismo de siempre al cruzar su mirada con la mía. Me ha desarmado, así, sin más. Si no hubiera tanto a nuestras espaldas, en ese instante podía haberle dicho un «haz conmigo lo que quieras» y haberme quedado tan pancha. Es que ¡jolín!, esta noche está demasiado atractivo, irresistible total, y entre eso y que una no es de piedra, pues dudo mucho que pueda no sucumbir a sus encantos.

Sé que prometimos no estropearle la fiesta al resto, pero es que cada vez tengo más ganas de pedirle que hablemos, porque es mi momento de hablar, tengo que ser yo, quiero ser yo la que dé el paso, y si veo ocasión lo haré. Además, o charlamos cuanto antes o con la voluntad *chichiribainera* que tengo, con poco caigo en sus redes y eso sí que no puedo permitírmelo. He llegado a un punto de mi vida donde tengo claras mis prioridades y vale, sí, él es una de ellas, pero no para un rollito, sino para terminar como amigos o pareja, pero medias tintas o líos en ningún caso.

Por lo pronto, esquivarlo es la solución y eso hago. Parecemos dos niños pequeños jugando al gato y al ratón, porque mientras él busca ocasiones para acercarse a mí, yo le rehúyo a cada rato de buenas maneras.

«¿Estamos tonteando o somos tontos?».

En la comida, por suerte, caemos lejos el uno del otro, no así después de la sobremesa cuando nos ponemos a jugar a las cartas, y nunca mejor dicho, porque él, unilateralmente, inicia un jueguecito de miradas que por mucho que por las normas de la partida tengamos que observarnos, no es ni por asomo lo que él está haciendo. No voy a negar que por un lado me hace gracia, pero por el otro me inquieta, ya que no sé si pretende algo, y eso me pone tensa y me hace empezar a buscar o crear la situación para que podamos hablar. Pero no la encuentro mientras jugamos, como es normal, ni después cuando al anochecer comenzamos el karaoke. Una sucesión de canciones que repasan nuestras vidas y que cantan en solitario o en dúos de chicas, chicos, mixtos e incluso en tríos. Y digo cantan, porque yo no valgo para el karaoke, nunca he cantado delante de nadie, ya que es algo que siempre me ha podido. Soy demasiado vergonzosa para hacerlo.

Entonces, por mi mente pasa la idea de coger el micro y soltarle todo lo que llevo dentro y que me pica ya en la lengua, pero lo reduzco a cantar algo, toda una declaración de intenciones al viento. Tras un par de chupitos me envalentono y, antes de que pueda ser realmente consciente de lo que voy a hacer, ya estoy cantando a pleno pulmón: *Algo contigo.*

Mi cara debe de parecer un abanico de colores, la escala cromática que todos pintábamos en Plástica cuando estudiábamos en el instituto…, empezando desde el rosita hasta terminar en el

rojo tomate o como dice Carlota: rojo putón.

¿Hace falta que te diga que me muero por tener algo contigo?
Y es que no te has dado cuenta de lo mucho que me cuesta ser tu amiga.
Ya no puedo acercarme a tu boca sin desearla de una manera loca.
Necesito controlar tu vida, saber quién te besa y quién te abriga.

«Dios, esa mirada que me está echando… ¿Pensará que va por él? Tierra trágame y escúpeme en el Caribe, bien lejos, donde no vuelva a cruzármelo o me moriré de vergüenza».

Veo a Carlota, que sabe que lo estoy pasando reguleramente, coger de la mano a Fran y llevarlo al centro a bailar para despistar la atención que el grupo tiene puesta en mí, aunque sé de sobra que hay un par de ojos que no van a dejar de observarme mientras esté cantándole.

No quisiera yo morirme sin tener algo contigo… algo contigo.

Termino la canción por fin, entre los aplausos y vítores de mis amigos, y me bajo del improvisado escenario, pasando entre todos los que se han animado a bailar, que ya esperan la siguiente canción.

Hemos abierto la veda y ya va una pieza detrás de otra, sin parar de sonar la música mientras nadie deja de bailar, ya sea flamenco, pop, o baladas de Luis Miguel, porque Natalia adora a ese hombre y todos nos sabemos sus canciones.

Estoy bebiendo algo refrescante, porque entre el calor y los nervios me he quedado sequita, cuando veo a Rubén acercarse hacia donde estoy yo, cual depredador que va a capturar a su presa. Me giro hacia la mesa y rezo porque no me diga nada que me ponga en evidencia, ninguna bromita de las suyas ni ningún pique absurdo, porque lo que acabo de hacer es demasiado evidente y ambos lo sabemos. Él sabe leerme y tiene que suponer que estoy muerta de corte y, en efecto, simplemente se coloca a mi espalda y me susurra al oído que es su turno.

Vuelvo la cara hacia él, sorprendida y un tanto asustada, porque por un momento pienso en a qué se refiere… Su turno ¿de qué? ¿Irá a besarme? ¡Ay, Dios!, y ¿por qué me avisa? Eso se hace y ya. Pero no. Únicamente me guiña un ojo y me deja un cariñoso beso en la mejilla, para a continuación desaparecer de mi lado.

Respiro aliviada porque el bochornoso momento «declaración de intenciones» ya ha pasado y, dentro de todo, bastante desapercibido para la multitud, que se ha limitado a aplaudir y a seguir con la fiesta. Pero ¿y él?, ¿qué habrá pensado?

Entonces, de la nada, la música se para y lo siguiente que oigo a través del micro va dirigido a Natalia. La voz de Ken me traspasa y me deja tiritando cuando, mientras suenan los primeros acordes de *O tú o ninguna*, de Luis Miguel, se refiere a nuestra amiga y le dice entre risas que va a hacerla feliz, pero que no se emocione porque no va dedicada a ella.

«¿Rubén va a dedicarme una canción de amor a mí? ¡A mí! Ya puedo morirme tranquila y subir al cielo. De hecho, no ha empezado y creo que ya estoy ahí arriba».

Solo hay una, solo hay una… o tú o ninguna…
O tú o ninguna no tengo salida, pues detrás de ti, mi amor, tan solo hay bruma.
Si no existieras yo te inventaría, como el sol al día, o tú o ninguna…

Sigo de espaldas, ya que no he sido capaz de darme la vuelta y dejar entrever al resto todo lo que estoy sintiendo dentro de mí en estos escasos minutos, mientras con su voz de fondo me hace

vivir un sueño. No puedo creer lo que está pasando, no puedo creer que esté cantando una canción para mí, ¡una canción romántica no, lo siguiente!, y tampoco puedo estar más emocionada, pese a que vuelvo a luchar conmigo misma para aguantar las lágrimas, ya que sería demasiado evidente que me estoy dando por aludida y no quiero, de momento, que nadie pueda pensar lo que no es. Ya va a terminar la melodía y sé que debo girarme, aunque esto está siendo tan bonito que no quiero que acabe nunca, pero a la vez quiero verlo a él, ahí, delante de todos, tan guapo, tan atractivo, tan abrumador, cantándome frente a la gente para guardar el fotograma en mi memoria y, por supuesto, en mi corazón, para siempre. Y lo hago. Me vuelvo despacio y me da tiempo de ver a Carlota, móvil en mano grabando. Minipunto para mi amiga por estar en todo. Me quedo de frente a él casi cuando va a cantar las dos últimas frases de la canción.

«Gracias, Natalia, por haber hecho que todos nos las sepamos al dedillo».

Ya que sé lo que viene a continuación. Sé de memoria las dos frases que va a pronunciar y sé que va a ser un momento para la eternidad. Lo miro intimidada, embelesada, tímida… y entonces él me sonríe ampliamente. El muy canalla sabe ser el centro de atención, es consciente de que gusta y se aprovecha para que todos contemplen su *show*, le contemplen a él y que así nadie se fije en mí, cosa que agradezco sobremanera. Está increíble, podría ser músico, ya que su voz nos cautiva a todos, al igual que sucede cada vez que toca la guitarra. Se me eriza la piel cuando, atravesándome con sus ojos que no se apartan de los míos, entona el final de la canción:

O tú o ninguna, no tengo salida,
pues detrás de ti, mi amor, tan solo hay bruma.
Si no existieras yo te inventaría,
pues, sin duda alguna, o tú o ninguna…

«Y hablaba yo de declaración de intenciones… Maaadre mía».

Este juego que ha iniciado días atrás —del que soy consciente y partícipe— es demasiado peligroso, ya que no podemos dejarnos llevar y liarnos la manta a la cabeza como si nada, cuando tenemos una mochila llena de problemas, malentendidos, desconfianzas pasadas y muchos momentos que aclarar antes de que pueda pasar algo de lo que nos arrepintamos siempre.

Se baja del escenario, pero no se dirige hacia mí, cosa que me sorprende. Tal vez espera que lo haga yo, que vaya y le diga algo, pero estoy tan sobrepasada que prefiero asimilar todo y no hacerlo. Hay una intensidad bestial, mucho juego, cuando no deberíamos estar en este modo flirteo que nos está envolviendo. Ya han saltado demasiadas chispas entre nosotros, pero también todas las alarmas, y hay que enfriar un poquito el ambiente porque si no vamos a acabar muy mal… o muy bien, ¡según se mire!

Es lo que hago a partir de ese momento, enfocarme en relajarme y dejar todo correr para volver a centrarnos en la fiesta, en pasarlo bien con los demás y no ser egoístas pensando solo en el nosotros.

—Joder, nena, tengo el chichi dando palmas, así que no imagino cómo lo tendrás tú —me suelta Carlota, bestia como ella podría ser—. Mira que Fran es guapo, pero es que ¡la virgen con tu Ken en modo cantante!, si esto fuera un concierto todas le hubiéramos tirado ya los sujetadores. ¡Qué barbaridad!

—Como te escuche tu marido se va a poner celoso y de paso yo también…

—Anda, que sabes que estoy de coña. Por favor, en otras circunstancias me callaría, pero esto del intercambio de canciones hay que comentarlo. ¡Cómo ha sido este momento, sobre todo el final suyo! Si yo estaba temblando, ¡¡qué alucine…!!

—Me ha hecho tan feliz que estaba en una nube, no podía dejar de sentir cosas. Muchas emociones juntas y sentimientos: miedo, sorpresa, deseo, amor… Ha sido demasiado sentir que cantaba para mí, que me estaba diciendo que o yo o ninguna.

—Joder, tía, es tu meta, ¿te das cuenta? ¡Por fin! —celebra Carlota.

—¿Se te olvida todo lo que ha pasado y que hay pendiente?

—Por supuesto que no, pero creo que el chaval siente mucho por ti.

—Y yo por él, ya lo sabes, y estoy deseando que hablemos, pero aún no he encontrado el momento y quiero hacerlo antes de que pase nada.

—Reina, pareces nueva… los momentos se crean y después se viven. Así que, ya sabes…

—Lo sé, quizá luego, más tarde. Ahora tengo que tranquilizarme, respirar y procesarlo todo con calma.

Creo que ambos nos hemos dado cuenta de que se nos estaba escapando la situación y hemos echado el freno a la vez, aunque nos quedemos con lo vivido esta noche. Eso, o diría que Rubén está molesto conmigo por no haberle dicho nada tras la canción con la que me ha comido el corazón a *bocaítos* y por haberlo evitado después. Puede que tenga razón en estarlo, pero no he sido capaz de reaccionar como tal vez él esperaba. He preferido no seguir rizando el rizo con el jueguecito porque íbamos a acabar quemándonos y probablemente no lo ha entendido, porque él es de dejarse llevar y vivir y, en cambio, yo soy de pensar. Está claro que alguien tenía que poner la cabeza. Al final es lo lógico, porque igual que yo tengo mucho que decirle, soy consciente de que Rubén también tiene reproches que hacerme a mí y no sería normal actuar como si nada, dejarnos llevar hoy para mañana tirarnos los trastos a la cabeza.

El resto de la noche transcurre en la misma tónica para todos: diversión, risas, baile y muchos momentos memorables que guardaremos en nuestras retinas un año más, y que otros ni recordarán a las veinticuatro horas por culpa del alcohol. Es el poder que tiene esta fiesta y por eso es tan importante, porque todos nos dejamos llevar, disfrutamos y seguimos desfasando, haciendo el tonto y riéndonos como si no hubiera un mañana como cuando éramos críos, pese al paso de los años. Eso sí, en todo momento continúo sintiendo los ojos de Rubén sobre mí, aunque no volvemos a cruzar palabra y nos dedicamos a disfrutar cada uno por su lado junto al resto. En alguna ocasión las miradas se cruzan y no consigo descifrar si la intensidad que desprende es por el momentazo que hemos tenido o porque realmente está que echa chispas y con un cabreo del quince.

No es hasta bien entrada la madrugada cuando la mayoría va bajando el ritmo y acaba marchándose dentro a dormir. Quedamos despiertos los cuatro de siempre y creo que todos sufrimos un *flashback*, ya que se repite la escena de aquella noche en la que les conté que me marchaba de Montaves meses atrás. Los cuatro aquí, en el campo, al aire libre, callados, mascándose la tensión que ahora sobrevuela el ambiente y Rubén con cara de culo, enfadado…, y entonces veo claro que ha llegado el momento de poner las cosas en su lugar, así, en caliente, y acabar por fin con la situación que tenemos entre manos.

Carlota y Fran se levantan, prudentes, y se despiden entre bostezos, dejándonos a solas. Me incorporo y recorro la poca distancia que nos separa. Él está apoyado en la piedra de siempre, en esa en la que nos sentábamos antaño a contemplar juntos las estrellas muchas de las noches que pasamos aquí.

—Llevo toda la noche queriendo hablar contigo. Quiero, necesito de verdad que hablemos por fin, Rubén —le digo, mientras me inclino y quedo de rodillas sobre mis talones frente a él, que me observa con el rostro en tensión y apretando la mandíbula, canalizando el enfado que ahora mismo sé que tiene conmigo.

— CAPÍTULO 54 —

Creo que ha llegado el momento

RUBÉN

La escucho y no doy crédito. Ahora la señorita viene a que hablemos. ¡Manda cojones! Ni siquiera me ha dirigido la palabra después de la canción —que, si a Isa le cuesta mostrarse en público, a mí las cursilerías estas se me hacen un mundo, y lo he hecho por ella— y encima me ha ignorado a propósito el resto de la noche, pero ahora, cuando ya estamos reventados y, en mi caso, de mala hostia, ¡ahora quiere que hablemos! ¡Tócate los huevos!

—¿Te das cuenta de que todo tiene que ser siempre cuando tú quieres? ¿Te has parado a pensar que llevo mucho tiempo queriendo que aceptaras sentarte conmigo a hablar tranquilamente y que estás eligiendo el peor momento? —le respondo queriendo saber si lo tiene claro, antes de nada, por lo que pueda pasar.

—¿Qué es lo que tiene que preocuparme? ¿Que ahora estés tieso como un ajo vete tú a saber por qué?

—No te hagas la tonta que nos conocemos, sabes de sobra lo que me ha molestado.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que me tirase a tus brazos delante de todos? Sabías que no iba a hacerlo…

—Por supuesto que no, pero por un mínimo gesto por tu parte no te ibas a haber muerto…, además, tranquila, que otra cosa no, pero tengo claro que nunca lo harías porque siempre te has avergonzado de que pudiesen verte a mi lado.

—¡Qué injusto eres si dices eso y haciéndote el dolido ahora, tío!

—¿Injusto y dolido? ¿Has perdido la memoria o piensas mentirte y, de paso, mentirme a mí? Porque si es así, paso de hablar y desde ya te digo que nos olvidamos de todo lo demás.

—Claro que eres injusto, yo nunca me avergonzaría de ti, no sé ni cómo puedes verbalizar eso…

—¡Pero qué cinismo el tuyo, maja! —la increpo, porque por supuesto que nunca quiso que nos dejáramos ver porque se avergonzaba.

—¿Puedes dejar que me explique? No es lo mismo avergonzarse de alguien que los hechos a los que tú te estás refiriendo, con muy malas intenciones, por cierto. Yo me he mostrado toda la vida a tu lado, frente a todos, como los amigos que hemos sido…

—Ah, que tampoco somos amigos ya ¿o qué?

—¿Quieres callarte? O ¿piensas rebatir todo lo que diga?

—Una cosa era que la gente me viese como tu amiga y otra muy distinta que pudiesen vernos en según qué circunstancias que dieran pie a pensar que tú y yo teníamos algo, para que luego te viesen a ti en según qué momentos, y a saber con quién, y encima quedase de cornuda por el pueblo sin serlo.

—¡Pues peor aún! Si ese es tu maravilloso razonamiento me parece mucho más horrible porque significa que nunca has confiado en mí y que sigues sin hacerlo.

—Aquí no se trataba de confiar o no, se trataba de que no había nada que mostrar a nadie, porque según tú, por si no te acuerdas, nunca tuvimos nada y, además, a nadie le importaba.

—Ah, qué claro tienes ahora eso de que no había nada, ¿no?, y digo yo ¿qué hacíamos en la

cama?, ¿hacer ganchillo?, ¿macramé? —le rebato.

—Cuando digo nada, me refiero a ningún tipo de relación. Obviamente tengo grabado todo lo que hacíamos, no soy de olvidar al día siguiente… —deja caer haciendo clara alusión a una frase mía bastante desafortunada.

—Los dos sabíamos lo que había, fuese lo que fuese… ¡ahora no digas que no!

—Pero, Rubén, que dicho por ti millones de veces: no había nada, no había una relación de pareja que mostrar, o acaso ya no recuerdas tu famoso: «¡somos los mejores amigos del mundo!». Salvo eso, no hacía falta enseñar nada más porque que somos amigos, y lo digo en presente para no herir tu sensibilidad, eso lo sabe todo el pueblo desde que cumplimos cinco años.

—¡Cómo te lo llevas todo a tu terreno! ¡Es increíble! No solo te daba vergüenza que nuestros propios amigos nos vieran darnos un insignificante beso como mil veces te propuse…, sino que encima dices que no se trata de confiar o desconfiar, ¡cojonudo! Y pretendes que te dé la razón… Vamos, ¡ni loco!

—Pero ¿tú no puedes entender que eras tú el que orquestó eso? ¡Que no tuviéramos nada! Aunque te moleste escucharlo, fue así y por tanto ahora, años después, no puedes venir a reclamarme que no quería besarte en público… ¡faltaría!

—¡Claro que puedo!

—Poder puedes, pero no tienes derecho, no seas egoísta. ¿Qué hubiéramos ganado con eso? Únicamente, en ese caso, haber estado expuesta a habladurías y a estar en boca de todos o a hacer el ridículo.

—¿Es que no te das cuenta de que nunca hubieras hecho el ridículo? Que sigues pensando mal de mí, crees que te hubiera puesto en evidencia porque me habría ido con cualquiera, según tú, mientras me liaba contigo… ¡Es que me parece increíble que sigas teniendo esos pensamientos sobre mí! —le reprocho, dolido.

—Déjame decirte que eso era lo que tú trasmitías, ¿cuántas veces me enfadé o me molesté porque siempre tonteabas con unas y otras en mi cara?

—¿Y cuántas veces te dije que yo soy así? Que hablo con la gente, no porque quiera follarme a todos, sino porque mi carácter es ese y parece mentira que sigas defendiendo esa postura de mierda sobre mí. Y, además, cuando ponías la cara de culo y rebufabas era justo cuando te decía que contáramos que algo teníamos y nadie te sacaba del no.

—Considero que hice lo que tenía que hacer para no salir peor parada aún de lo que ya salí.

—¿Cuándo te di yo motivos para que creyeras que estaba con alguien más? Nos prometimos solo ser nosotros mientras nos apeteciese…

—De la noche del campo con la susodicha no hablamos, ¿no? Porque si no tu teoría se va al suelo.

—¿En serio? Ya te lo expliqué y vuelves a no creerme y a sacar ese maldito momento, ¿de verdad?, ¿lo ves justo?, pero ¿tú quién te piensas que soy? No entiendo que hayamos sido amigos toda la vida cuando claramente no confías en mí, me tachas de lo peor y solo me ves capaz de hacerte daño. Según tú, en mí no hay nada bueno, ¡qué triste!

—Eso no es así, sí te creí el otro día cuando me contaste lo de Sara, aunque no voy a negar que siempre di por hecho lo que había pasado.

—¿Y sabes por qué lo diste por hecho? Porque me veías capaz, ¡joder!, y eso me duele mucho más de lo que te puedas estar imaginando, aunque con poco supondrás que me da igual.

—Lo siento, no puedo negarlo, para mí fue muy obvio lo que vi, sí, además no era la primera vez que pasaba algo entre vosotros dos.

—Pero, vamos a ver, no me puedo creer que te remontes a los años de la pera, a cuando teníamos ¿cuántos?, ¿dieciocho?, ¿diecinueve años? Además, por si no te acuerdas, tú y yo no habíamos intercambiado ni una puta baba cuando yo me acosté con ella. Y tampoco tendríamos que estar hablando de esa persona, ¿no lo ves? Que aquí estamos tú y yo.

—Ya me da igual, no estoy hablando de eso y, además, nunca me metí en que te acostases con ella y con las quinientas restantes…

—¿Otro reproche? ¿No puedes parar? ¿Ahora vas a echarme en cara que me haya acostado con chicas cuando me ha salido del rabo? Si tú crees que procede, yo desde luego creo que sobra totalmente.

—Por supuesto que no voy a meterme porque no es asunto mío, pero lo que no puedes es quejarte luego de que tienes fama de…

—¿De qué? ¿De putero? Pues en la vida me ha hecho falta recurrir a eso, gracias a Dios. ¿De guarro?, ¿de golfo? Me da igual lo que diga la gente, lo que siempre me ha molestado era que tú entrases al trapo de esos pensamientos y a creer lo mismo que personas que no se han tomado ni una cerveza conmigo, porque la diferencia es que tú me conoces de toda la vida, siempre hemos sido inseparables y aun así nunca dudaste en creer lo que no era, en desconfiar, en ponerme en duda…

—¿Y si hubiera sido al revés? ¿Qué hubieras hecho tú? Imagínate liándote con alguien desde que cumpliste la mayoría de edad, sintiendo demasiadas cosas por esa persona y no recibiendo nada a cambio, bueno sí, perdona… frases maravillosas que le bajaban la moral al más subido. «¡Somos los mejores amigos!», «¡Siempre seremos los mejores amigos del mundo!» ¡Que me veías y me tratabas como a tu hermanita! Luego te veía con unas y otras y sí, ¿sabes qué? Me moría de celos porque no existía para ti. Me sentía insignificante, como un pececillo neón, el más pequeño de todo el Oceanográfico de Valencia; o como Pulgarcito o Garbancito paseando por la Gran Vía, cuando te veía al lado de la rubia de turno cada fin de semana. Así de ridícula y de poca cosa para ti, porque ni siquiera me mirabas como mujer. Era invisible ante tus ojos.

—Nunca has sido invisible para mí. Siempre te he cuidado y protegido. Y no te hacía daño porque estuviera con chicas…

—Sí me lo hacías, sí, pero eso siempre ha sido culpa mía por haberme enamorado de ti desde que tengo uso de razón. —¡Zas!, suelta eso y todo se para a nuestro alrededor.

—Yo… Yo no sabía que tú… ¡Joder, lo siento! Siempre hemos tenido tanta conexión que en aquellos tiempos, ¿cómo iba a pensar que tú…? Para mí era todo eso, complicidad, conexión especial, una amistad más allá y después atracción, deseo, yo qué sé…

—No te culpo, yo nunca te dije nada. Pero sí me di cuenta de que no solo yo sentí cosas poco tiempo después, aquella vez, ¿o no te acuerdas? ¿Sabes de qué hablo? De buenas a primeras, un buen día… tú estabas tonteando conmigo, ¡y no lo niegues!

—No lo voy a negar, no sé qué me pasó esos días, pero no te me ibas de la cabeza, y bien sabe Dios que pensaba intentarlo, quería que probásemos a dónde nos llevaba eso que surgió de la nada, pero tú sola me alejaste, me hiciste mucho daño cuando me dijiste que te tenías que autoproteger de mí. Y ahora lo entiendo, ¿sabes? Porque siempre has desconfiado y sentido que te hacía daño. Lo que no entiendo es qué hacías a mi lado si tan mal lo pasabas.

—Es que tenía que protegerme, ¡joder, entiéndelo!, porque yo sentía muchas cosas, no quería ser una más en tu cama y si nos hubiéramos liado ahí, por liarnos, lo hubiera acabado siendo. La siguiente de una larga lista de chicas de fin de semana…

—Nunca fuiste una más en mi cama ni una chica de fin de semana. ¿Eso tampoco te lo crees?

—Sí, sí me lo creo. Ahora me lo dices y claro que te creo, tampoco eres el que eras, hemos

crecido, hemos madurado, eso está claro. Lo que no consigo entender es ¿por qué siempre me hacías pensar otras cosas? ¿Por qué pasamos el mejor verano de nuestras vidas y no pudimos tener nada cuando los dos nos quedamos hechos polvo al irme a estudiar fuera? ¿Por qué me alejaste de aquella manera después?

—¿De verdad lo preguntas? Bastante duro fue separarnos siendo amigos… ¡Como para haber soportado cuatro años o cinco separados! Además, sabes que yo nunca quise tener nada, ponerle nombre a nada, siempre fui con la verdad por delante, te lo dije desde el principio, lo sabías y aceptaste.

—Pues claro que acepté, ¿qué iba a hacer si no? ¿A qué niño le dan un caramelo y lo rechaza y más cuando le abren la bolsa para que coja los que quiera? Yo solo veía por tus ojos, solo quería estar contigo, de la manera que fuese… e ilusa de mí, conforme pasaban los días y veía lo maravilloso que estaba siendo todo entre nosotros, pensaba que acabaría aquel verano y te darías cuenta de lo especial que había sido para los dos. Pero no, me dejaste marchar y nunca reconociste nada… porque querías juerguearte y acostarte con todas las que pudieras, como hiciste.

—¡¿Qué dices?! ¿Estabas debajo de mi cama acaso para saber lo que yo hacía o con quién? ¿Sabes acaso lo que sentí todos esos años cada vez que estaba con una chica?

—No, ni quiero saberlo, muchas gracias, pero no me interesan los detalles de tus escarceos pasados.

—Pues mira, ahora que yo lo sé, también quiero que tú lo sepas… Porque sí, me acosté con tías y ninguna significó nada, ¿y sabes por qué? Porque inconscientemente, y sin saber por qué, las comparaba contigo y ninguna eras tú, ninguna me hacía sentir lo que sentía contigo…

—¿Y ni con esas fuiste capaz de decirme lo que pasaba cuando volví y nos reencontramos? Preferiste guardarlo para ti y hacerme daño, ¿te das cuenta de lo egoísta que siempre has sido y lo tonta que he sido yo?

—¡Que no lo sabía! No sabía qué sentía, no tenía ni idea… Yo solo quería pasarlo bien, dejar atrás ese jodido verano que me había hecho perderte, perdernos como amigos, y eso era lo que más odiaba, porque fue lo que siempre tenía que haber primado por encima de todo y justo fue lo que nos cargamos de golpe.

—¿Cómo no íbamos a perdernos si la primera Navidad que volví a casa me trataste como una buscona, como si fuera una flipada que quería repetir cuando tú ya te habías olvidado de nuestros meses juntos? Me hiciste sentir una más, ahí sí me hiciste daño y te odié por eso.

—Nunca fuiste una más, te lo repito todas las veces que quieras…, pero tenía que olvidarlo todo para no echarte de menos como te echaba. E insisto, daba por hecho que era normal por el apego que teníamos el uno con el otro, no fui más allá de ello. No vi lo que había.

—Pues vaya, sí que lo hiciste bien, sí. Y encima regresé pasados los años y de nuevo caí contigo; y en este tiempo te has cansado de hacerme sentir solo tu amiga, hacerme ver que nunca jamás tendrías nada conmigo ni con nadie porque tú no eras de relaciones y te reías del amor… Y yo siempre esperando el milagro, deseando que se te encendiera la bombilla y te dieras cuenta de lo bien que estábamos juntos, de lo bonito que era el tiempo solo para nosotros, pero no… era mejor hacerse el escurridizo ante cualquier plan un poco más íntimo o rehusar situaciones que pudiesen parecer de parejita, invitar a gente a nuestros viajes para que no fuera nada romántico, sino planes de amigos, porque el señor era alérgico a tener nada conmigo, pero bien que me metías en tu cama.

—Eh, yo no te metía, tú entrabas encantada y yo te recibía feliz. No nos vayamos por donde no hay que ir. Además, dices volví a caer… ¡Como si fuera algo malo!

—No, no fue malo… para mí fue lo más maravilloso del mundo el poder estar contigo, hasta que empecé a pasarlo mal. Y no digo que fuese por tu culpa, pero sí por tu causa, eso no puedo negarlo ni camuflarlo para que no te sientas mal.

—Yo nunca quise hacerte daño, ¿cómo iba a querer dañarte a ti que siempre has sido mi niña? Te prometo que no había un más allá, ni me planteaba nada tampoco porque yo estaba bien como estábamos, en nuestro día a día. No necesitaba nada más. Lo teníamos todo y notaba que mi vida estaba bien así, porque pensaba que los dos nos encontrábamos siempre a gusto.

—Y si lo teníamos todo ¿por qué no me lo hacías sentir? Porque yo percibía lo contrario por tu parte. Era yo la que luchaba, la que esperaba cosas de ti. Siempre creí ser de segunda división para ti, como si no fuese suficiente para poder tener algo contigo porque, aunque no lo hicieras adrede, con cada frasecita en la que pretendías aclarar cosas, dejar claro que no había nada, que no éramos pareja, me partías el alma, porque yo siempre lo esperé. Siempre quise que vinieras y me dijeras que te habías dado cuenta de que me querías, de que sentías por mí mucho más de lo que expresabas, que te habías enamorado de mí. ¡Qué ilusa!, ¿verdad?

»Y aunque en el fondo sabía que no pasaría, la esperanza es lo último que se pierde… Y, pese a cada desplante, pese a cada frase dura, pese a cada feo que me hicieras, sin querer, lo sé, nunca la perdí… Hasta que aquella noche os vi y fue como confirmar que todo lo que la gente decía era verdad, que cuando te llamaban golfo era porque lo eras y, sí, desconfié de si además de conmigo habías estado a la vez con más chicas y me quise morir.

»Esa noche mi corazón se hizo mil pedazos, que lo sepas. Y desde ese momento supe que tenía que alejarme de ti, porque nos habíamos metido en un bucle de difícil salida, como la pescadilla que se muerde la cola y, aun así, pese a eso, pese a irme, pese a Carlos, con el que ya no estoy, por cierto, y pese a todo… no pude sacarte de mi vida, de mi cabeza ni de mi corazón, que es donde siempre has estado.

»¿Y sabes por qué no pude? Porque vivo enamorada de ti desde que tuve uso de razón, desde que jugábamos en el parque, desde que empezamos a compartir chuches como La dama y El vagabundo, a hacer planes siendo críos, desde que comenzamos a salir de fiesta, desde siempre… Porque con nadie podría sentir lo que siento cuando estoy a tu lado, esas mariposas que me revoloteaban tibias hasta que aquella noche te insinuaste y a partir de ahí las dejé volar esperanzada.

»Y mira, me las acabé tragando por soñadora, por creer en los cuentos de hadas. Porque cuando me acaricias, cuando me tocas mi cuerpo se eriza entero, porque me besas y pierdo el control por completo, como todas y cada una de las veces que hemos estado juntos, porque para mí muchas de ellas no era solo sexo, sino que hacíamos el amor, quiero que lo sepas y lo tengas claro. Y no digas nada, déjame acabar, porque llevo demasiado tiempo queriendo soltarlo todo.

»No me vas a creer, pero con el tiempo, estos meses desde la distancia he aprendido a valorarme y a perdonarte, aunque en realidad no tuvieses culpa de nada porque tú nunca me engañaste ni me hiciste ver lo que no era. La culpa fue mía por intentar creer siempre que ibas a cambiar. Me ha costado mucho tiempo, muchas lágrimas, mucha soledad, pero he conseguido analizar las cosas, ver que nunca quisiste dañarme, que nunca hiciste nada para herirme, aunque sucediera. Que simplemente tú eras así. Tú querías vivir, sin atarte a nadie, salir, juergas, copas, chicas… pero yo me enamoré demasiado pronto. Además, siempre tuve miedo de perderte. Odiaba cuando se te acercaban las chicas en las ferias y en las discotecas, me daba rabia, que en verdad era envidia, ¿sabes?

»Y cuando por fin te tuve para mí no quería dejarte escapar y por eso acepté que no tuviéramos nada oficial, me convertí en tu follamiga, cosa que odié porque no quería serlo,

repito, no quería volverme otra más y ya lo era. Yo quería una relación normal, realmente quería nuestro día a día con un nombre, con una oficialidad, con una confianza, como todas las parejas normales. Un compromiso, una seguridad de sentir que eras mío, que estabas conmigo, porque siempre era como si fuéramos una pareja, sin serlo de verdad, porque tú no querías. Y mira que me lo decías veces, pero yo seguía erre que erre en mi cabeza, con mis pensamientos y mis ilusiones de que algún día la cosa cambiase.

»Pero no solo no cambió, sino que encima, cuando mejor estábamos, siempre venías con una frasecita de las tuyas y en un instante era como un globo cuando se choca contra un cactus, me desinflaba, bueno, mejor dicho, me desinflabas, me bajabas de la nube a la realidad, una realidad en la que tú y yo íbamos a ser los eternos amigos y nunca íbamos a avanzar. Entonces pensaba en tirar la toalla y olvidarte, incluso en estar con otros chicos, pero sabía que no podía. Y me limitaba a seguir esperando mi cuento de Disney, confiando en que te volvieses mi príncipe azul, mi caballero andante, el chico de las películas que se da cuenta de lo mucho que quiere a su chica, a la que está a punto de perder, y sale corriendo en su búsqueda para declararle su amor mientras flotan entre corazones y pasean por cualquier playa cogidos de la mano contemplando un atardecer maravilloso. Yo también quería mi cuento, mi película romántica, ¿sabes? Solo que nunca lo tuve.

»Y a pesar de todo, hoy estoy aquí, una vez más desnudándome ante ti, diciéndote que te quiero igual que el primer día y que yo sí soy valiente de reconocerlo y de decirte que lo hemos hecho todo mal, los dos, desde el principio. Yo por no confiar y tú por no querer ver más allá de tus narices cuando era evidente. Yo por negarme a contarle a la gente que teníamos un lío, aunque solo fuese eso, por si quedaba mal, cuando tenía que haberme dado igual el qué dirán y tú por egoísta y no pensar en mí, en lo que yo podía querer o estar sintiendo. Yo por creer que lo que vi aquella noche era la realidad y no dejarte hablar igual que he hecho muchas otras veces donde he puesto mi versión por delante de la tuya, pero es que tú me dabas pie a ello. Yo por acostarme contigo la noche de la boda estando con Carlos, porque solo pensé en el momento y me dejé llevar por ti, por nuestro deseo, mintiendo y camuflando el amor que seguía sintiendo por ti con sexo para quedar por encima, como el agua y el aceite, cuando te escuché soltar que no ibas a recordar al día siguiente lo que había pasado. Y me humillaste, ¿sabes? Porque ambos sabíamos que no era un polvo más, sino que había mucho, muchísimo más detrás. Y así, todo.

»Porque no nos hemos sabido entender, porque siempre hemos ido a destiempo, uno tirando y la otra por detrás… Uno despreocupado y otra pensando hasta el más mínimo detalle y así, ni aunque hubiéramos querido hubiéramos podido tener algo sano. Y repito, pese a todo, reconozco que hemos errado, que lo hemos hecho fatal, pero que poniendo de nuestra parte creo que podemos tener una oportunidad de hacer las cosas bien y, por lo menos, ya que tú dijiste que todo era pasado para ti, recuperar nuestra amistad, que siempre hemos antepuesto a todo y es la que peor parada ha salido de todas nuestras idas y venidas.

»Igual nos hace falta esto —dice, levantándose y yendo hacia su bolso, sacando de él nuestro CD de música pegamento de antaño, que yo mismo grabé, el tubito de pegamento que le di aquella misma tarde, cuando tras estar distanciados tuvimos que recomponer los pedazos resquebrajados de nuestra amistad, y junto a eso saca también una bolsita de golosinas mini de las nuestras.

Me lo tiende todo, supongo que con la esperanza de que esos objetos me transporten a los inicios, a cómo aquella vez lo conseguimos; logramos recuperarnos a base de tiempo, cariño, cercanía, esfuerzo…; más por mi parte, todo hay que decirlo, porque era yo quien lo hizo mal entonces, y de ser nosotros, igual que el resto de las veces que nos hemos ido reencontrando a lo

largo de la vida y como mensaje de esperanza de que esta vez, si queremos, podemos hacerlo nuevamente juntos.

Me emociona ver todos esos objetos que en su día ideé con tanto cariño entre mis manos, porque significa mucho que los haya conservado intactos. Y lo ha hecho porque siempre me ha querido, como yo a ella, sí, solo que ella siempre ha sabido quererme mejor, ha sido la lista, la valiente de nosotros dos y ha luchado, mientras que yo no sabía ni lo que sentía y le hacía daño sin querer, y, a su vez, la quería más allá de la amistad sin saberlo.

Ha sido demasiada información, mucha desconfianza todos estos años y ante todo necesito decirle que la quiero, explicarme y saber si de verdad confía en mí y siente todo lo que ha expresado. Es importante saber que me ha perdonado, porque no podría soportar hacerle daño de nuevo, ya que alguien que me ha dado tanto, y no solo amor, sino todo a lo largo de nuestra vida, no merece pasarlo mal ni sufrir un solo instante por mi causa.

Nace en mí un sentimiento de culpa tremendo al comprender lo mucho que he errado y he metido la pata con ella, aunque haya sido sin querer. Me siento horrible solo de pensar en todas y cada una de las veces que la trataba como amiga para no tener un conflicto que pudiese írsenos de las manos y resulta que eso la hería más. Soy un mierda, me ha dejado devastado y ahora no sé qué decir, ni cómo pedirle perdón por todo el daño que sin querer le he provocado. Ella lo ha hecho, ha reconocido sus errores, ha expresado cómo se equivocó al no dejarme hablar, pero ¿y yo?, ¿qué cojones digo yo?

Limpio la lágrima que va deslizándose por mi mejilla y me dispongo a abrirle mi corazón, no sin antes hacerle saber por enésima vez que nunca quise herirla. Que si algo hacía siempre era quererla, a mi manera, como sabía y como creía que se quería. Y ahora necesito que sepa que quiero hacerlo bien, como sé que ella busca que la quieran y como lo merece, pero siendo honestos, creo que primero hemos de limpiar y sanar las heridas, para poder empezar desde cero. Tengo que aliviar este sentimiento de culpa que ahora me invade, tengo que perdonarme, pensar fríamente, analizar todo en soledad, tal vez desde la distancia como ha hecho ella consigo misma, pero ante todo poner el marcador a cero para partir los dos desde el mismo punto.

«Me temo que nos va a hacer falta mucha música pegamento y mucho pegamento en sí para reparar el estropicio».

— CAPÍTULO 55 —

¿Dejarnos ir para querernos bien?

RUBÉN

—No sé qué decir, ni por dónde empezar.

—Di lo que sientas, no quiero que te guardes nada —me pide Isa—, aunque sea solo por esta vez, hablemos quitándonos hasta la última capa, que no quede nada pendiente. No pienses, solo deja salir lo que tienes dentro, todo, como he hecho yo. No temas herirme, ya ha pasado muchas veces y aquí estoy, ilesa y ansiosa por escuchar lo que tengas que decir. Solo te suplico que seas claro y que cuando nos despidamos hoy sea con todas las incógnitas despejadas, porque no soportaría que nos quedásemos con dudas.

—Eres una valiente, una guerrera, tan decidida… yo no tengo tu coraje —reconozco apesadumbrado.

—Tú viniste a Madrid a verme, quizá ahí fue la primera vez que fuiste valiente conmigo, aunque huyeras como un cobarde sin dar la cara, pero tal vez sea un buen punto de arranque… Eso sí, esta vez, con la verdad, no como hiciste, bueno, como hicimos en navidades.

—Creo que ya sabemos que el día de la boda los dos dijimos demasiadas sandeces y hoy no estamos aquí para eso. Y vuelvo a disculparme si te herí diciendo que lo iba a olvidar, cuando, créeme, ni por todo el oro del mundo borraría de mí esa noche junto a ti. Tenía demasiadas ganas de verte, de estar contigo, pese al Gominitas, y, por eso, aunque no estuviera bien lo que hicimos al estar tú con él, yo jamás podré arrepentirme de aquello. Te sentí tan mía como quería que fueras, te deseaba tanto que mi corazón casi explota cuando te tuve entre mis brazos después de tanto tiempo extrañándote, así que nunca me pidas que lo olvide porque, aunque me lo propusiese, creo que jamás podría.

»Y ya no solo por aquel encuentro, que cierto es que nos pudo el arrebato, las ganas acumuladas, la pasión y enganche que siempre hemos tenido…, pero ambos camuflamos con sexo algo que sin duda no lo era. ¿El porqué? Pues supongo que por tu parte porque estabas harta de mí, cosa que entiendo tras escucharte todo lo que me has dicho; por la mía, pues claramente fue porque ya tenía claro lo que había y estaba rabioso, celoso de que tras estar conmigo te fueses, arrepentida, de nuevo con el otro. Porque él te iba a sacar a bailar e iba a poder tenerte pegada toda la noche, como yo hubiera querido estar contigo; porque él iba a poder tocarte, manosearte lo que le diera la gana, y eso me encendía, me mataba de rabia, pero también de ganas por ser yo el que pudiese seguir tocándote, acariciándote y besándote.

»En resumen, ¡porque él era un tío con suerte en ese momento porque tenía a su lado a la chica más maravillosa del mundo, a la chica que yo quería tener conmigo el resto de los días de mi vida. Sí, a esa chica que desde que éramos niños quise proteger y cuidar, esa niña que se convirtió en mi debilidad y esa jovencita que era como mi hermana y que se ganó el lugar de mi mejor compañera de fiestas y planes cuando crecimos. Pero, sobre todo, esa mujer que no supe valorar como se merecía, todas y cada una de las veces que tuve la suerte de que estuviese conmigo, y no me refiero a como amigos; esa mujer valiente que hoy ha vuelto a demostrarme que lo da todo por la gente que quiere, pase lo que pase. Y en cambio, yo ni siquiera sé elegir las palabras adecuadas que puedan estar a la altura de todo lo que tú has dicho.

»Así que usaré las palabras más simples que puedo decir, pero a su vez las más grandes por lo que significan, porque a mí todo me cuesta demasiado, yo no creo valer para hablar de sentimientos, en los que hasta hace apenas unos meses ni creía o de los que pasaba de largo. Sin duda todo esto se me hace un mundo, pero ¿sabes qué?… Que quiero ese mundo contigo siempre a mi lado —afirmo enfocándome en ella, en contemplarla emocionada secando sus lágrimas mientras escucha de mi boca lo que es toda una declaración de amor.

—Rubén, yo…

—Por favor, deja que siga —la corto, para que me deje continuar ahora que he cogido carrerilla—. Y sí, lo que has oído. Te quiero, de hecho siempre te he querido, solo que no lo veía, no lo sabía, por raro e increíble que te parezca y, por supuesto, ahora que he conocido lo que es el amor de verdad, sé que mi amor eres tú y no dudes que siempre te querré, pase lo que pase. Así de sencillo y de convencido estoy por primera vez en mi vida. Quién nos lo iba a decir, ¿verdad? Se supone que llega un momento de la vida donde toca madurar, elegir un camino; aunque yo he tardado demasiado, más vale tarde que nunca, o eso dicen… Lo cierto es que yo te quiero a ti en el mío como siempre nos hemos tenido, solo que esta vez prometo no hacer el patán y poner todo de mi parte para que podamos estar bien, para que demos lo mejor de nosotros mismos y podamos empezar de cero una vida juntos, construir algo verdadero sobre los cimientos de lo que sentimos y no sobre desconfianzas e inseguridades por tu parte, ni tonterías por la mía. Porque la vida es eso que pasa frente a nuestras narices y ya nos he hecho perder demasiado tiempo.

»Lo digo convencido porque hemos llegado a este punto, al día de hoy así, por mi causa, por mi comportamiento y, tras escucharte, me duele hasta la saciedad al ponerme en tu lugar todos estos años y, por supuesto, me cuesta la vida perdonarme. Puede parecer que me repita, pero necesito vaciarme, necesito vomitar todo lo que llevo dentro desde que me di cuenta de que estoy totalmente enamorado de ti y quiero que sepas que no es algo que venga de ayer, ni desde Navidad, ni desde que te vi con el *repeinao*, ni desde que te fuiste. Puede que me diese cuenta aquella noche en Madrid, sí, donde por primera vez me descubrí celoso al verte con otro tipo que no fuera yo. Resultó una buena dosis de realidad en toda la jeta, que me merecía por tonto, por no haber sabido ver que lo que teníamos no era solo conexión y complicidad de amigos, porque tú y yo juntos siempre hemos estado en la puta gloria y yo, ignorante, lo veía normal entre personas adultas que se divertían juntas.

»¿Cómo pude estar tan ciego? ¿Cómo no vi más allá nunca? Por egoísta, porque nunca sentí que necesitara más para ser feliz, porque lo tenía, lo teníamos, todo y no lo supe valorar, al contrario… te hacía sentir mal cuando alababa la amistad inquebrantable que nos unía frente a todo, frente a todos… y mira, inquebrantable, ¡mis cojones! Y sí, te marchaste y me encontré desubicado, como un perro rabioso cuando te escuché anunciar que ibas a desaparecer de mi día a día, vi que te me escapabas de entre los dedos y no quería que te fueras. Esa noche, si hubiera sido consciente de mis sentimientos por ti, te hubiera retenido, podía haber sido sincero y haberte dicho que te quedaras a mi lado porque no quería quedarme sin ti, pero me callé y me limité a enfadarme, sin entender el porqué, como los críos pequeños e infantiles. Te juro que pasé días horribles extrañándote, necesitándote, y me empecé a dar cuenta de que mi vida sin ti al lado no estaba ni tan llena, ni tan plena, y que igual sí necesitaba algo para estar bien: a ti.

»Me costó reconocerlo, ahí fue cuando hablé con Fran y me planté en Madrid sin saber a ciencia cierta qué era eso que estaba sintiendo, porque sabía que estaba incompleto, que te necesitaba, quería que volvieras y si te lo hubiese contado igual hubiésemos averiguado juntos que lo que me pasaba era que llevaba enamorado de ti media vida y no me había dado cuenta,

porque siempre te había tenido a mi lado haciendo mis días más felices, más divertidos y sí, más bonitos. Pero tuviste que venir tú a hacerme ver que Rubén, el que se las daba de no querer nada con nadie, de no necesitar nada de nadie, sí que necesitaba algo o a alguien para volver a tener la vida que tenía: a ti, nuevamente.

»Y qué duro es darse cuenta de algo así, de que necesitas a alguien como el comer, de que nada te llena si esa persona no está a tu lado, de que te cambia el humor porque sabes que no está, que no puedes marcar un número de teléfono y escuchar su voz o presentarte en su casa porque no vas a encontrarla, porque está lejos y ya no está para ti, sino para otro. Duele, da rabia, jode, y mucho, ver que has perdido a alguien a quien siempre has tenido para ti sin pedir nada a cambio, sin exigir nada, queriéndote sin condiciones… por idiota, por infantil o inmaduro, llámalo equis, pero así ha sido.

—No me has perdido, estoy aquí… si sabemos hacerlo, solo nosotros podemos arreglarlo —me dice ella, esperanzada.

—¿No te das cuenta de que los dos lo hemos pasado mal? Tú más, mucho más… has aguantado durante años a un niñato que se creía que lo sabía todo y no tenía ni puta idea de lo que era la vida y de lo que necesitaba en ella, pero que te adoraba, eso nunca lo dudes, aunque no fuera como tú querías, o sí lo fuera, solo que no era capaz de verlo.

»Nos metimos en un bucle en el que tú esperabas más de mí, siempre, y por eso a cada rato, aunque no lo digas, te decepcionaba, desconfiabas, dudabas… Te dañé hasta el punto de que te marchaste por mi culpa, cosa que tampoco sé si podré perdonarme algún día… y yo no tenía ni idea y saber eso, ese nivel de desconfianza por tu parte es complicado y difícil de procesar. No te lo echo en cara ni mucho menos, al revés, pero sí que pienso que es algo demasiado complicado y doloroso, y que no se va en un día, ni las dudas, aunque ya sepas que lo que pasó en el campo fue cosa de Sara, tras haberme dejado explicarme, o incluso que hayas analizado que yo nunca quise hacerte daño porque no sabía lo que sentía y me limitaba a pasarlo bien jugando a algo a lo que creía que jugábamos los dos, sin más.

»Parece una broma del destino, que es muy cabrón, que justo cuando tienes las cosas claras pase algo como esto y te hace arrepentirte de tus actos, por no haber sido más listo o, mejor dicho, menos egocéntrico; por no haber hecho las cosas mejor años atrás; por no haberme dado cuenta de que sin ti mi vida se quedaba coja; por no haber sido capaz de sentarme a pensar en su momento, cuando te fuiste a estudiar la carrera y tanto te eché de menos, joder, ¿cómo fui tan estúpido de dejarlo pasar sin ver que lo que me pasaba era que me había enamorado de ti como un idiota y anhelaba nuestro verano, nuestros días juntos, las noches en las que hacíamos el amor en el campo o simplemente nos tirábamos el uno junto al otro, cuando nos reíamos o hablábamos de cualquier tontería? Supongo que para evitar llegar a este punto en el que estamos, al que ignorante de mí no vi que en algún momento llegaríamos, porque cuando se mezcla la amistad con ir más allá, te metes en terreno pantanoso sí o sí.

»Lo único que te pido que creas es que siempre te quise, te cuidé, te protegí y nunca nada de lo que te haya podido herir ha sido conscientemente. He sido un bruto total y un insensible, sí, pero ajeno a todo, en mi limbo propio donde si he pecado de algo ha sido de ir a mi bola, a estar yo bien… porque, insisto, en mi mundo todo era perfecto y no veía que tú sufrías cuando yo marcaba las distancias para seguir con mis ideas chorras de vivir la vida, pasarlo bien sin compromiso, sin ataduras que me agobiaran o que me quitaran la libertad. Y mira tú por dónde, cuando más libre estaba ha sido cuando más solo, más desubicado y peor me he sentido porque me faltabas tú. Tú, que cuando me proponías cenar con Fran y Carlota me asustaba porque la cosa no tomase un rumbo que no era el que quería, o cuando me hablabas o sugerías planes de

finde o viajes a solas, huía como un cobarde, como un gallina, para que no se malentendiese nada porque éramos amigos y no podíamos fastidiarlo. Amigos, los mejores amigos… recalcaba siempre orgulloso de lo que teníamos y ¿sabes qué te digo? ¿Amigos? ¡Una polla como una olla así de grande! —le digo haciendo un gesto con las manos, animal como yo solo.

»Yo ciego y tú inocente, nos hemos querido desde siempre, primero es cierto que de una manera fraternal, pero más tarde… y cómo lamento haberme dado cuenta tanto tiempo después, tantos años que han tenido que pasar, en los que sí hemos estado juntos, pero sin estarlo. Años que hemos sido follamigos cuando podíamos haber sido pareja, años en los que podía haberte perdido definitivamente si te hubieras enamorado de ese chaval o de cualquier otro, y claro que podía haber pasado, pero es que eso nunca fue algo que me plantease, porque tú siempre estabas ahí. En cambio, ahora, mira, es solo imaginarlo y me da un vuelco el estómago —reconozco.

—No ha pasado, olvídate de eso… Estamos aquí, ahora, no nos hemos perdido, eso es lo que importa.

—Podía haber pasado, mira cuando me viste con Sara…

—He reconocido que te odié y que deseé desenamorarme de ti, pero ya está, ya pasó. No pude ni aun queriendo.

—¿Lo ves? Y apenas hace unos meses de eso. Eso podía habernos alejado para siempre…

—Pero todo pasa por algo y lo importante es que yo me he dado cuenta de que las cosas no son ni blancas ni negras, que el gris existe y que ni tú eras el responsable de todo lo que a mí me pasaba, el malo, ni yo tan buena. Todos cometemos errores y el mío ha sido darte demasiada cancha consiguiendo que te acomodaras, en lugar de cortar por lo sano y decir hasta aquí, cosa que no hice. El tuyo haber sido demasiado egoísta mirando solo tu ombligo o infantil, como quieras llamarlo, y no darte cuenta de lo que pasaba a tu alrededor. ¿Que nos hemos hecho daño? Sí, pero que podemos dejarlo atrás todo y empezar de cero, si ambos queremos, también lo creo —propone ella, inocente.

—Lo pintas como si hubieran sido dos errores de nada, sin importancia, pero lo cierto es que llevamos media vida dando vueltas en la mierda, como tú misma dijiste, en un bucle y en mi caso ajeno, ignorante. Y cuando te das cuenta, tarde para mí, no solo tratas de salir de la espiral, sino que encima ves que la otra parte, mientras que tú la querías, estaba desconfiando de ti. Y eso, Isa, por mucho que digas que sí, es imposible que lo olvides en apenas cuánto, ¿tres, cuatro meses? —pregunto al aire.

—Tenemos que hacer un gran ejercicio para entendernos, eso está claro, para ubicarnos, para recuperar lo que teníamos y nos cargamos. Podemos hacerlo despacio, no tenemos que correr, sin prisa, pero sin pausa… porque lo cierto es que nosotros siempre hemos sido los mejores amigos del mundo y no lo vamos a dejar perder —afirma ella, convencida.

—Estoy de acuerdo, pero sería un error garrafal empezar nada ahora sin tener la certeza de que nos hemos entendido, nos hemos comprendido y nos hemos perdonado, así como la seguridad de que confiamos el uno en el otro al cien por cien. Por mi parte tengo meridiano lo que yo siento y, como siempre, confío en ti. Jamás en mi vida he dudado de mi mejor amiga, en ningún aspecto, y así seguirá siendo. Pero no tengo claro que tú puedas haberme perdonado interiormente lo mal que lo has pasado por mi culpa, cuando yo mismo no sé si pueda olvidar ese daño que te hice aunque pasen cien años. Tampoco creo, siendo sinceros, que hayas superado esas desconfianzas hacia mi persona, hacia Rubén, tu mejor amigo.

»Me parece que lo más sensato, ahora que hemos reconocido lo que hay, hemos hablado tranquilamente, como llevaba tiempo queriendo hacer, y sabemos a qué nos enfrentamos, es darnos un margen para ubicarnos, para sanarlo todo y no forzar nada, porque sabemos lo que

sentimos, y si no hay rencores por tu parte, ni dolor, ni desconfianza, tú sola te darás cuenta; y yo por mi parte trataré de perdonarme todos los días y de demostrarte aún más que puedes confiar en mí como ese amigo que siempre he sido para ti, que siempre ha estado ahí cuando lo has necesitado —le prometo, con los ojos bañados en lágrimas que no puedo contener, porque no sé si estoy haciendo lo correcto, pero creo que es lo más conveniente para que no nos hagamos más daño innecesario ni forcemos una situación sin una base sólida que se pueda ir a la mierda en un abrir y cerrar de ojos. Necesitamos parar.

—Lo que me estás diciendo es que no quieres que intentemos estar juntos porque no te fías de mí, de que lo haya superado todo, ¿no? —me interroga directamente, con una seguridad pasmosa.

—No, cariño, lo que te estoy diciendo es que estoy enamorado de ti, hasta el tuétano, y por eso mismo necesito que tú estés segura de que me has perdonado, como yo mismo trataré de hacerlo, para que si decidimos empezar algo, sea de verdad y para siempre. Algo sólido, real, fuerte y no algo basado en miedos, temores, desconfianzas o celos. No quiero que pasado mañana me veas con cualquier amiga y te duela, porque sabes cómo soy, sabes que mi carácter es así y quiero que sea algo normal en el día a día y no que sufras por ver algo parecido debido a tu desconfianza. Espero que lo entiendas, creo que es lo mejor.

—Entiendo el razonamiento, pero no lo comparto. Te estoy asegurando que he pensado mucho; que he pasado muchos días y muchas noches dándole vueltas a todo hasta llegar a la conclusión que he compartido contigo y sí, quiero ponerle punto y final a todo esto para iniciar una nueva etapa los dos… porque estoy cansada, harta de malentendidos y de que no seamos capaces de encontrarnos en un mismo punto y tirar hacia delante.

—Ese es el problema, que no puedes iniciar algo porque estés harta, sino porque estés feliz y quieras hacerlo. Y aquí, ahora mismo, no veo felicidad. Míranos, ¡hostia!, los dos llorando a moco tendido y analizando todas las desavenencias que tenemos entre nosotros.

—Te equivocas, creo que ya han desaparecido, nos faltaba poder hablarlas y es lo que estamos haciendo para dar carpetazo a las mierdas.

—No podemos garantizar que el día de mañana no vuelvan a salir, Isa.

—Por esa regla de tres, Rubén, nunca podremos ponernos de acuerdo.

—El tiempo siempre pone todo en su sitio, y si todo esto que sentimos es real como la vida misma, no va a borrarse o desaparecer porque estemos tranquilos un tiempo, sin forzar nada… Lo que tenga que pasar, pasará. Cuando dejemos de llorar, de culparnos por haber perdido el tiempo, yo por haberte hecho daño, tú por haber desconfiado tanto de mí… El día que cambiemos estas lágrimas por risas, las dudas por certezas y no sintamos culpa de nada, ese día será el que tanto hemos esperado.

—Te equivocas, el planteamiento no es correcto, porque nada garantiza lo que pueda pasar mañana.

—Pero no podemos pensar en el mañana cuando tenemos el hoy algo turbio, ¿no lo ves? Y no es porque hayamos bebido y no estemos lúcidos —intento bromear para destensar el ambiente tan hostil que se está creando de pronto—. Te repito, si estuviéramos felices no estaríamos derramando lágrimas…

—Tú no sabes por qué lloro. A lo mejor lo hago de impotencia por escuchar todas estas idioteces que estás diciendo y que me están dejando de una pieza… y antes a lo mejor lloraba por haber llegado a la meta por fin, a una meta que siempre vi tan inalcanzable y, ahora, cuando tanto esfuerzo me ha costado llegar, siento como vuelve a escapárseme de entre los dedos y la sola idea me asfixia. A lo mejor lloraba o vuelvo a llorar por eso —reconoce, con amargura en sus

ojos y pesar en el gesto.

—¿Haber llegado a la meta? ¿Qué meta?

—Mi meta siempre has sido tú, el problema es que no te enteras. El escuchar de tu boca por fin, después de tantas vueltas, tantas idas y venidas, tantas cosas vividas juntos, que sientes algo por mí es algo tan increíble, tan maravilloso…, lo veía tan imposible que es una sensación mágica el tener esa confesión por tu parte, ¿sabes? Lo que pasa es que esas palabras van con todo lo que estás planteando y, la verdad, me alivia saber que compartimos sentimientos después de todo, que nunca estuve loca y sabía las sensaciones que notaba, lo que percibía de ti cuando estábamos juntos pese a ti, porque esas cosas se notan, se viven y no vale negarlo, pero ya no me reconforta, porque tus palabras no dan alas a mi sueño. He llegado a la meta, sí, pero ¿de qué me ha servido? Casi que prefería haberme quedado de nuevo una vez más a punto de llegar y ver que la meta no es tal, sino que es una volante, provisional como en el ciclismo y no la definitiva, que ya ni está a mi alcance ni la vislumbro en el horizonte —musita, dolida.

—Ey, mírame —le digo acariciándole la mejilla y recogiendo sus lágrimas con mis pulgares —, por supuesto que la meta está ahí. Yo estoy ahí, para ti. Que no te quepa duda jamás porque no me perdonaría no haberme hecho entender. Te quiero desde siempre y para siempre si me dejas, y nada deseo más que el que lo consigamos —le aseguro inclinando mi cabeza sobre ella y atrayéndola hacia mí, envolviéndola entre mis brazos y acunándola como sé que necesita.

Nos quedamos durante varios minutos abrazados, en silencio, escuchando nuestros gimoteos provocados por las lágrimas, hasta que ella se echa hacia atrás y mirándome fijamente me reta, tras secarse la cara. Ha vuelto la Isa guerrera.

—Te llevo esperando años, creo que ya te ha quedado claro, pero antes no tenía la certeza de que sentías algo por mí, aunque sí que la esperanza siempre sobrevolaba por mi cabeza y por mi corazón. Y ¡cómo son las cosas!, ahora que dices que me quieres, que en algún momento lograremos estar juntos, me siento peor aún porque esto es como el cuento de la lechera. ¿Y sabes qué te digo? Que yo no necesito tiempos que me confirmen que confío o dejo de confiar porque he llegado hasta aquí con las ideas claras mientras que tú, que se supone que también las tienes muy claras, necesitas tiempo.

»Y el tiempo vuela, las palabras se las lleva el viento y yo quiero hechos, no quiero perder meses, semanas o años, me da igual, en algo en lo que ya he invertido casi toda la vida y que, visto lo visto, como te digo, es el cuento de nunca acabar. Volveremos a ser amigos, que es lo que hemos sido siempre y lo que seguiremos siendo, pero por mi parte cierro la puerta a seguir mareando la perdiz o poniendo pruebas de nada. Si hubo intención de algo más, aquí se queda, y lucharemos juntos por nosotros, pero como Isa y Rubén, los amigos que se perdieron por jugar a quererse y que se van a reencontrar, si podemos lograrlo, claro está, pese a todo, antes o después, para seguir siendo esos que éramos… y nada más —sentencia Isa, levantándose, dando media vuelta y entrando en la casa mientras yo me quedo aquí, sentado en el suelo, contra la roca, en mitad del campo y sin saber qué pensar.

Cierro los ojos y me vienen un batiburrillo de imágenes a la cabeza que ni yo mismo sé ya poner en orden, porque han sido muchos años, muchas situaciones y ante todo nosotros. Y ese nosotros seguirá ahí, pero no como queríamos, porque lo ha dicho bien claro. Me levanto y doy un puntapié contra el suelo, como si eso me sirviese de algo para desfogar, pero lo cierto es que solo me sirve para comprobar una vez más lo tonto que soy.

Entro dentro de la casa al rato, donde ya todos duermen en fila y observo como ella se ha colocado en un lateral de la habitación. Me tumbo a su espalda y no puedo evitar rodearla con mi brazo para después atraerla contra mi pecho porque la necesito a mi lado, necesito sentir su calor

y su cercanía. Y así pasamos las escasas horas que nos quedan hasta que se hace de día.

Cuando me despierto, algunos ya están en pie preparando café y entonces me doy cuenta de que ni Isa ni Carlota están. Fran, mirándome, comenta que las chicas se han marchado temprano porque Copito tenía algo que hacer y su mujer se ha marchado con ella a la casona.

«Lo he estropeado todo de nuevo», pienso cuando en frío recuerdo todo lo que le dije horas atrás y la nueva sensación de vacío que siento al ver que ella ha desaparecido mientras dormía, sabiendo que lo ha hecho para no tener que cruzar su mirada con la mía después de sus últimas palabras de anoche.

—Ya me dirás qué coño ha pasado para que Isa se haya levantado como alma que lleva el diablo y Carlota se haya pirado con ella al verla así —me explica Fran, confundido y en bajito, para que el resto no nos oigan.

—Joderla de nuevo —sentencio, realista, sintiendo que la he perdido una vez más.

— CAPÍTULO 56 —

Igual que la arena se escapa de entre los dedos

RUBÉN

Apenas han pasado unas horas desde que he vuelto a casa después de la fiesta y cada vez me siento peor, acojonantemente mal. Estoy inquieto, confundido, y no me aguanto ni yo. La he vuelto a fastidiar, está claro, y no dejo de pensar en que se ha alejado de mí otra vez, cuando aún no habíamos ni llegado a acercarnos del todo.

«¡Manda cojones lo torpe y cenutrio que puedo llegar a ser!».

Me pesa haberme despertado y que no estuviera a mi lado, porque cuando anoche me tumbé junto a ella y la abracé, a pesar de la charla tan dura que habíamos tenido, me sentí tan pleno, tan a gusto, tan en calma… que me hubiera quedado para siempre así, a su lado, sin necesidad de pegamentos ni huevos.

No necesitaba nada más para estar bien, solo a ella pegada a mi pecho, piel con piel, cuerpo contra cuerpo, pudiendo empaparme hasta la saciedad de su aroma a flor de algodón. Estaba en el paraíso, y ha sido abrir los ojos y descender a los infiernos de nuevo al comprobar que había huido. No sé qué esperaba después de lo que le dije, no podía pretender que por la mañana estuviese conmigo como si nada, pero que desapareciese a hurtadillas tampoco lo podía imaginar. Quizá sí que hubiera querido poder seguir hablando con ella, ya que la charla no acabó de la mejor manera posible, haber ahondado un poco más y mejor que anoche en todo, pero ella cerró el tema y ha cumplido con lo que dijo.

«Ya solo podemos ser amigos».

Esa rabia porque dudase de mí, ese dolor que sentí en el momento tras escuchar cómo había desconfiado, todo lo que ella me explicó me cambió el chip y me jodió los esquemas mentales que tenía en los que siguiendo las flechitas y haciendo múltiples combinaciones de posibles escenarios, en ninguno de ellos Isa y yo acabábamos separados después de decirnos a la cara cuánto sentimos el uno por el otro.

Vale, sí, he sido yo el que la ha espantado de nuevo, y lo cierto es que no las tengo todas conmigo de lo que hice. En caliente, cuando hablé, no había acabado de asentar toda la información en mi cabeza, quizá me quedé con el mensaje en la superficie, no me atuve a más razonamientos y puede que tuviese que haber valorado todo mucho más antes de pedirle que no nos precipitásemos en nada para no hacernos más daño.

«El daño es no poder estar con ella, esa es la realidad».

Igualmente, si hubiera procesado un poquito más la conversación, todo lo que me contó sobre lo que sentía, al final hubiese ido por otros derroteros, porque es cierto que la desconfianza no se va en dos días, eso sigo pensándolo. Ella me repitió por activa y por pasiva que ya venía con las ideas cristalinas de casa, con la tarea hecha y no necesitaba aclarar nada porque si había vuelto era porque se había dado cuenta de la realidad, de lo que habíamos ido viviendo y tenía claro lo que quería. Y no le hice caso, decidí darnos un tiempo de descuento, como en el fútbol… y a ver para qué cojones quiero ese tiempo cuando lo único que deseo es estar con ella.

«¡Seré gilipollas!».

Me dejé llevar por esa desconfianza de la que me habló y me cegué, sí, porque mi cabeza no

comprendía que pudiese llegar a dudar si había estado con más chicas mientras estaba con ella. No lo concebía porque yo nunca hubiera podido tener esos pensamientos sobre ella. Pero claro, no me puse en su lugar, me faltó empatía, porque ella tenía sus motivos para dudar, aunque fueran sin fundamento, mientras que yo jamás podría haber dudado de nada sobre ella porque es la persona más buena, más leal, más honesta que conozco, mientras que mi fama siempre ha estado en entredicho.

Le dije la verdad sobre mis sentimientos y se emocionó por lo que significaba para ella. Me consideraba su meta, ¡joder!, su jodida meta, y se ha quedado con la sensación de desilusión, de decepción, sintiendo que una vez más no había llegado a alcanzarla; y para nada, claro que la ha alcanzado, aunque no fuese de manera inmediata en pro de nosotros mismos, cuando lo cierto es que ya estoy cansado de solo velar por la amistad, porque al final siempre acabamos jodiéndola lo primero, pase lo que pase. Tendría que haber sido más egoísta y haberme tirado a la piscina, como seguro ella esperaba, sin tiempos ni hostias. Haberle confirmado que por supuesto que había llegado a la meta y no solo eso, que había subido al pódium y de ahí nunca más iba a bajarse porque ese era su lugar en mi vida para siempre.

Y al revés, con mis palabras he provocado dejarlo todo en *stand by*, esperar y confiar en que lo retomaremos con calma. Pero luego me ha cerrado la puerta en la cara, se ha vuelto a cansar —normal— y es lo único que no voy a permitir que pase, porque yo ya no quiero su amistad solo, yo la quiero a ella entera, al completo, para mí, y si nos tiene que salir mal, pues que nos salga, pero mejor eso que perderla por ni siquiera haberlo intentado.

Encima, he vuelto a dar por hecho que siempre va a estar ahí para mí, aferrándome a lo verdadero de lo que tenemos en nuestro interior y no sé por qué he dicho eso cuando si algo me da miedo es volver a sentir lo que sentí cuando la vi con el espabilado de Carlitos, vamos, que venga cualquiera y me la quite.

«No, no y no, no puedo permitir que eso pase».

No puedo jugármela, no voy a perderla, y si para ella es ahora o nunca, si ya no existen los tiempos, ha llegado el momento de que sea yo el que ceda, el que vaya a buscarla y la convenza de que no estuve acertado en las cosas que le dije la noche pasada, aunque suene de locos el cambiar de opinión en apenas unas horas, pero merece la pena intentarlo, porque si hay algo que quiero es a ella conmigo y si para eso no hay un camino intermedio, pues haré lo que haga falta con tal de que empecemos una vida juntos sin que nada ni nadie nos lo impida.

También quiero demostrarle que confío en ella, quizá más que en mí, porque si ella dice que se acabaron las dudas, los celos y las inseguridades, he de darle mi voto de confianza, ya que Copito nunca me ha fallado y qué mejor prueba de amor que eso precisamente, dejarle ver que creo a ciegas en lo que dice y que la seguiré con los ojos cerrados por donde quiera que vayamos, pero siempre juntos.

Me urge que sepa que la adoro, que ya no quiero ese tiempo que le he pedido horas atrás porque no me hace falta. Solo la necesito a ella y, si lo tiene claro, yo nunca voy a dudar de que lo nuestro pueda funcionar.

Quiero que sepa que, si yo soy su meta, ella es la mía. Una meta que he estado a punto de tocar con la yema de mis dedos, pero que ha salido volando hacia el cielo en cuanto he empezado con mi discurso lleno de cobardía y de miedos infundados, porque el que no arriesga no gana y, siendo ella mi premio, no dudo en que ha llegado el momento de arriesgarlo al todo o nada.

Y como soy un tonto de manual con esta cabeza llena de grillos que tengo y lo he vuelto a fastidiar todo, me enfrasco en saber de qué manera puedo convencer a Isa de que ya no quiero ese tiempo, porque mis pensamientos solo se centran en ella, en que estaba equivocado y en que

pienso luchar por ella hasta convencerla de que no voy a darle motivos nunca más para que se aleje de mí.

Ella habló de la meta como si fuera un sueño inalcanzable y justo eso, un sueño, es lo que quiero que viva a mi lado para que se dé cuenta de que la vida es sueño y que estos, si se desean tanto como ella lo ha hecho, pueden hacerse realidad. Y, por supuesto, que tenga claro que mis dudas han sido fruto de la idiotez una vez más, porque ella es la mujer de mi vida y no he estado a la altura de demostrárselo, por eso tengo que hacerlo ahora y a lo grande.

«Prepárate, princesa, que voy a por ti y no pienso dejarte escapar».

Entro en internet, en un famoso portal de compras *online*, y en el carrito de la compra deposito todo lo que voy a necesitar para la nueva operación «novato arrepentido» —que es lo que soy, claramente—, que decido poner en marcha en este mismo momento.

«Si con esto no la ablando, apaga y vámonos».

—¿Qué coño pasó anoche? ¿Me lo vas a explicar ya? ¿Qué le dijiste? —me interroga Fran.

—Metí la gamba, no lo pensé bien y, bueno, pues eso… ya te habrá contado Carlota.

—Claro que me ha contado y, sinceramente, no te entiendo. Llevas meses penando por ella, con lo que te ha costado poder hablar y explicarte, y vas y la jodes…

—Lo sé, no tengo explicación. La verdad es que no sé qué tenía en la cabeza en ese momento, se me fue la olla y hoy cuando me he parado a analizarlo en frío no sabía si darme un cabezazo contra la pared o ir a pedirle perdón de rodillas por la cagada.

—Entonces ¿tienes claro que lo hiciste como el culo?

—Coño, ¡pues claro! No soy idiota, repito, yo la quiero y voy a luchar por ella, para que olvide lo de anoche, que no sé ni por qué dije lo que dije. Si ella no tiene dudas, yo no soy quién para cuestionarla y lo hice, ¡joder!, lo hice…

—Estás como una puta chota, que lo sepas, y a ver si te perdona, porque estaba muy decepcionada, según me dijo Carlota.

—Me he vuelto especialista en hacerlo todo mal, definitivamente no valgo para estas cosas.

—Nadie nace enseñado, déjate llevar y para de darle a la cabeza. Si tiene que ir bien y fluir, fluirá, y si no ya lo veréis, pero no compliques más las cosas, macho, porque a este paso te va a mandar a la mierda, con un billete solo de ida.

—Cosa que me merecería.

—Pues claro, por gañán. Pero pienso ayudarte, te voy a dar unos truquitos moñas y verás como a Isa se le afloja la mala leche.

—Mientras no sean horteradas de esas tuyas, que hacen daño a la vista y que me dejen como la percha del cachondeo, me vale…

—Tú fíate de mí, tienes que hacerla sentir especial —me pide Fran y decido hacerle caso, porque él ya tiene una experiencia en todo esto, cosa que yo no.

— CAPÍTULO 57 —

Llegando a la meta

ISA

—Pensaba que se arrepentiría, te lo prometo, Carlota, pero ha pasado un día enterito y no ha tenido tiempo ni de decir esta boca es mía.

—Entonces, en qué quedamos… ¿Estás enfadada o lo pusiste a prueba? Porque si esperas que aparezca y se arrepienta…

—Claro que estoy enfadada, bueno, quemada, decepcionada… Como quieras llamarlo.

—Yo estoy convencida de que se arrepiente y de que aparecerá en algún momento, cuando procese la información, porque este chaval es muy lerdo para todo lo que se refiere a sentimientos. Es cascarón de huevo en estado puro, le pilla todo tan de nuevas…

—Tú defendiéndolo, esto sí que es novedad…

—No se trata de defender o no, Isa, pero yo he hablado con él y sé que está enamorado de ti hasta los huesos, por eso creo que ayer se le fue la chaveta, sin más. ¿Que lo hizo mal? Sí, pero estábamos de fiesta. Te cantó la canción y pasaste de su culo, estaba encabronado… ¡Quizá no era el mejor momento para que hablaseis de algo tan *heavy*!

—Lo hizo fatal, como siempre…

—Pero creo que se dará cuenta y tratará de remediarlo y de que lo perdones. Al final, tampoco fue un enfado, te dijo que te quería y que quiere estar contigo…

—Sí, ¡venga ya! ¡A largo plazo! Estar ahí para cuando él quiera… no, no y no. Si quiere algo que venga y me lo diga y si no, fuera… a volar, ya hemos perdido e invertido demasiado tiempo y seguimos igual que cuando teníamos dieciocho años. No se puede pretender ser como el perro del hortelano.

—¿En qué sentido?

—Jolín, no se le puede decir a alguien que lo quieres, pero que tenéis que pensar. ¿Eso qué es? Para seguir teniéndome ahí esperando mientras se decide y… no estoy dispuesta. No hay más que hablar.

Llaman a la puerta y cuando voy a abrir, no hay nadie. Han dejado un paquete que recojo del escalón. Dentro hay un peluche con forma de corazón y lleva una etiqueta colgando.

«Como esa vez que me regaló el osito blanco aquella noche de Navidad… cuando casi nos besamos».



—Tenías razón, está arrepentido. Era un paquete suyo —le explico a mi amiga, que sigue al otro lado del teléfono.

—¿Te das cuenta, melona? Era cuestión de tiempo. ¿Qué te ha enviado?

—Un corazoncito rojo de peluche y pide perdón en una notita.

—¿Lo ves?

—¿Qué veo? Que prefiere dejar un paquete antes que ponerse frente a mí como un hombre, ¿lo entiendes?

—Pues no, pero yo qué sé, querrá currárselo, vamos a dejarlo hacer. Si le ha aconsejado mi marido cómo proceder, prepárate, porque mira todo lo que él hizo para recuperarme a mí.

—No lo creo, a Rubén le dan alergia todas esas cosas.

—Mira, cielo, apréndete esto: cuando uno quiere algo de verdad, ni alergia ni pollas. Si hay interés, las cosas se hacen. Cuando se ponen excusas es porque no hay de dónde sacar. ¡Apréndetelo!

—Puede que tengas razón. Esperará que le diga algo y no pienso hacerlo, porque lo que necesito es que dé la cara y hablemos como adultos, no con notitas como si tuviéramos quince años…

—Anda, mírala ella, que es un corazoncito con patas y ¡ahora se quiere hacer la fría! A ver, Isa, reconoce que te ha encantado el detalle y se te ha hecho el chichi agua… —Se ríe Carlota.

—¿Hace falta que te lo reconozca? Me ha gustado, ¡cómo no! Y viniendo de él, más aún…, pero claro que pienso que no se compra con detalles un perdón. Que venga y me diga a la cara por qué hizo lo que hizo anoche.

—Me temo que nos lo vamos a pasar de lujo… Espera y verás, que estos seguro que te han preparado una reconquista por todo lo alto.

—No seas mala bicha ni te rías, que esto es serio…

—Pues yo lo que veo es a un hombre arrepentido intentando hacer lo que sabe que tiene que hacer. No te sientas mal por perdonarlo a la primera de cambio si es lo que quieres y si es lo que te nace. Vive el momento y haz lo que te salga del corazón.

—Lo que me sale es decirle lo infantil e inmaduro que es cuando me lo eche a la cara.

—No seas infantil tú también y no te hagas la dura, porque sabes que has alcanzado la meta y lo que ya os queda es vivirlo.

Y no quiero serlo, no quiero hacerme nada ni ser tiquismiquis, al contrario, me alegra saber que se ha arrepentido y que quiere demostrármelo. Pero yo ya necesito algo más, no quiero mensajitos subliminales como cuando nos pasábamos notitas en clase, lo busco a él, dando la cara como el hombre que es.

¿Que me encanta el detalle que ha tenido? ¡Pues claro! ¿Cómo no iba a hacerlo? ¡Es mi sueño hecho realidad!

Rubén sintiendo cosas por mí, Rubén demostrándolo; Rubén enamorado… Me pinchan y no sangro, está claro. Pero luego está el Rubén metepatas, el Rubén obtuso, el Rubén infantil e inmaduro, y ese me sobrepasa con los años que ya tenemos. Pero miro ese corazoncito con carita sonriente y tierna y pienso en él, en nosotros.

He soñado muchos años, excluyendo el tiempo en que solo éramos amigos, con recibir atenciones por su parte, cualquier mínimo detalle, la mínima muestra de amor o interés, y ahora que tengo este peluche entre mis manos me siento muy feliz, mi corazón late fuerte, ansioso, como nunca, pero a estas alturas una notita no es suficiente.

¡No necesito corazones de peluche, lo necesito a él!

Efectivamente, mi amiga tenía razón y parece que Ken sigue decidido a conseguir que lo

perdone, pero sin dar la cara, lo que me enamora más aún, pero también me enerva.

Unas horas después es un mensaje de texto lo que recibo por su parte y al que no respondo, pero que igualmente me alegra la tarde y hace que todas las mariposas que revolotean dentro de mí bailen entusiasmadas dejando un gran rastro de purpurina y dibujando corazones rojos y rosas, que solo yo puedo ver a través de mi mente.

Ken:
Vale, sé que un peluche no basta para que me perdones, pero quiero que sepas que ese corazón simboliza lo que siento por ti. Te quiero desde siempre y para siempre, no lo olvides, y no voy a parar hasta que tengas claro que yo lo tengo cristalino.

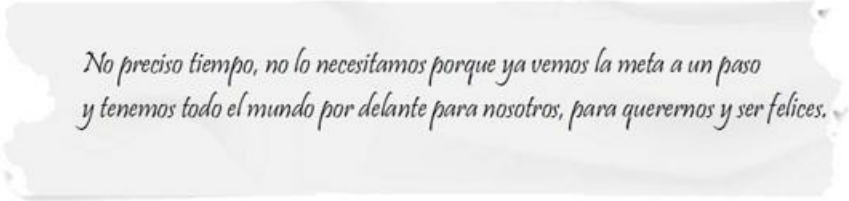
Esas palabras son la mejor canción para mis oídos. Leo y releo el mensaje, ¡es taaan bonito! Y más viniendo de él, tiene mucho más valor para mí porque sé lo que le cuesta, y ver escrito que me ha querido desde siempre es mucho más, muchísimo, de lo que nunca pude imaginar por su parte. Pero no consigo entender que estando a dos calles en un pueblo tan pequeño, aún no se haya presentado a dar la cara para que hablemos y eso me desconcierta, pero también me enerva porque en este caso tengo prisa, porque quiero estar con él ya.

«Quizá Carlota tenga razón y no deba enfadarme, sino dedicarme a disfrutar de lo que está pasando».

Me acuesto sintiendo que estoy cerca de lograr nuestro final feliz, el *the end* de cualquier peli romántica y sí, vuelvo a soñar como antaño, con lo que sería la vida a su lado.

Por la mañana me despierto con energía y muchas ganas, ya que apenas queda tiempo para el concierto de Álvaro de Luna al que vamos Carlota y yo, y estamos ansiosas. Es uno de nuestros cantantes preferidos y me muero con sus letras. Además, lo conocimos cuando vino con su pareja a pasar un fin de semana en el hotel de mi amiga. Ambos majísimos, y quedamos en ir a verle actuar en alguno de los puntos de su gira cuando se marchó del pueblo. E incluso su chica dejó una recomendación maravillosa sobre el hotel y tiempo después Carlota y ellos continúan en contacto vía redes sociales. El plan me mantiene muy animada, pero también estoy expectante por el siguiente paso que va a dar Ken, si es que lo da.

Y por supuesto que lo hace, porque cuando abro el balcón para ventilar mi cuarto encuentro una caja pequeña, de color blanco, que me mata de ilusión y sorpresa. Ahí está lo que esperaba. La abro temblorosa, emocionada, y encuentro el reloj de arena del Party, que reconozco a la perfección porque se caía de viejo y arañado de todo lo que hemos jugado toda la vida a ese juego de mesa. Reconocería ese reloj entre millones. Solo que está vacío. La arena ha desaparecido y en cuanto lo veo sé qué es lo que está tratando de decirme. En el fondo de la caja hay una tarjeta, que desdoblo para leer entre lágrimas porque no puede ser más bonito el detalle, me parece precioso el significado que tiene ese artilugio que ha dejado en mi balcón y que no me canso de contemplar sentada en mi cama.



Y si el viejo reloj me ha hecho derramar unas cuantas lagrimillas, la nota hace que de mis ojos brote el llanto de felicidad durante un buen rato. Hemos llegado a la meta, una frase muy corta, pero que sin duda tiene el significado más grande del mundo para mí.

—Nena, qué bonito, menudo Romeo el rubiales —comenta Carlota cuando le leo la tarjeta.

—¡Es precioso todo! Nunca lo hubiera imaginado por parte de Ken. Sobre todo por lo original, por su forma de decirme que está arrepentido. ¡Y es que no sé en qué momento pensó que necesitábamos tiempo, por Dios!

—Déjalo, se está redimiendo. Eso sí, debe de tener los sesos hechos agua de tanto pensar detallitos para que te lleguen al *cuore*, que anda que no es listo… Está tirando de *memories*, y ¡bien hecho!

—¿Se puede una enamorar más de alguien de quien ya está enamorada?

—Eso es el amor, sumar momentos y enamorarse del otro cada día un poquito más.

Y cuánta razón tiene mi amiga, pero es que yo tengo el corazón rebosante de amor por él y creo que no cabe una micra más, vamos, que como siga con este jueguecito y estos detalles durante mucho tiempo me va a explotar. Pero si hay que morir de algo, ¡que sea por amor por él y de felicidad!

El día transcurre tranquilo, demasiado diría yo, mientras mis ganas por tener frente a mí al objeto de mis deseos no dejan de aumentar, pero he decidido jugar a su juego y vivir esto con paciencia y disfrutándolo. No vuelve a dar señales de vida y consigue que esté nerviosa y expectante como una niña. No sé qué será lo próximo, solo sé que si antes, cuando tenía tantas expectativas puestas en nosotros no se cumplió ninguna, ahora que había perdido cualquier esperanza es cuando más me está sorprendiendo. Sin duda, cuanto menos se espera mejor.

Me voy a la cama impaciente porque llegue el nuevo día y ver qué me depara. Sobra decir que cuando me tumbo sobre el colchón y miro al techo ya no veo una pared de color blanco. Ahora veo todo de color rosa, con mucho brillibrilli y confetis en el aire, porque dentro de mí hay una fiesta en la que todo es color, alegría… y yo soy la homenajeada, la que está viviendo ese derroche de sensaciones en sus carnes, y eso me hace sentir pletórica.

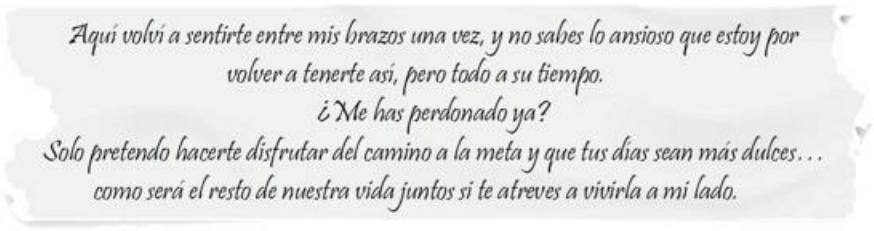
Me despierto llena de energía y vitalidad. Salgo a correr a la misma hora de siempre, por la ruta que hago a diario, y al pasar por la cooperativa hoy me detengo, recordando aquella vez en la que precisamente en la puerta nos reencontramos antaño. ¡Qué miedo tenía entonces de encontrármelo y cómo lo deseo ahora en cambio!

Observo una bolsa colgando de uno de los relieves que sobresalen de la reja y, curiosa, me planteo mirar, pensando en que alguien puede haberla olvidado. No me cabe ninguna duda cuando me acerco y examino el interior.

«Él».

«Y una nueva notita que es como un dardo al centro de la diana. Y no puedo sonreír más porque mi boca tiene un límite».

Está cerca.



Y dentro de la bolsa un bollo recién horneado y un batido de fresa, igual que las veces que se presentaba en casa cuando estaba convaleciente hace años y me llevaba el desayuno o la merienda para sacarme sonrisas en mis peores momentos… y nuevamente lo consigue. ¿Cómo no voy a sonreír? Si está haciéndome viajar a tiempos que recuerdo con tanto cariño y me está derritiendo el corazón por segundos.

Después de tantos malos ratos, vivir esto con él, aunque sea motivado por una de sus muchas meteduras de pata, y a distancia, es la mejor de las fantasías.

Agarro la bolsa y sentada al solecito, en la zona de la arboleda de enfrente al gran edificio en el que trabajé durante tanto tiempo, disfruto de ese maravilloso desayuno improvisado mientras espero verlo aparecer por cualquier lado, ya que sé que debe de estar a un paso, escondido, puesto que conoce mis rutinas y horarios y ha colocado el bollo cuando sabía que iba a pasar por aquí. Pero claro está, piensa demorar esto más y no se deja ver por ningún sitio. Y yo me desespero. ¡Si me valiera plantarme en su casa! Aunque no quiero estropear este camino que vamos recorriendo ni dar zancadas, sino ir paso a paso al ritmo que me va marcando nuevamente, solo que esta vez nada tiene que ver con las anteriores.

El no saber qué será lo próximo que se le ocurra comienza a ser muy divertido y me dejo llevar, esperando ansiosa su siguiente movimiento que no tarda en llegar. Aunque primero me doy una vuelta por la casona para actualizar en noticias a mi amiga y compartir mi alegría con ella, mientras comemos un plato que Maritere, vecina y amiga de toda la vida de la familia de Carlota, ha preparado y que está espectacular.

—Mi preciosa, esa carita tan alegre tiene algo que ver con el rubiales, ¿no? —me pregunta la señora.

—¡Pero, Marite! —le riñe Carlota por entrometida.

—Ay, niña, no me regañes. Isabelita es como de la familia, ella sabe que la quiero mucho.

—Claro que sí, Maritere, puede preguntarme lo que usted quiera.

—¿Ves, niña? No pasa nada, entre chicas nos contamos las cosas —dice, sentándose con nosotras, dispuesta a cotillear lo más grande, y es que es tan graciosa que todo se le perdona.

—Claro que sí, y sí, parece que el rubiales, como usted lo llama, y yo por fin podremos estar juntos.

—¿Y tú estás segura? Mira que llevas años detrás, que yo me fijo en todo y alguna vez os he escuchado hablar a las dos, y te digo una cosa… a ese hay que atarle en corto para que no se vaya a dispersar, que los hombres son muy cochinos y este lo ha sido… y mucho. Mira el padre también, otro que tal baila, cómo tienta a Carmen y ¡ella se deja! Ya la avisé yo de que tenga cuidado, que a esos dos pajarracos les gustan mucho las faldas… pero nada…

—Maritere, no haga caso a todo lo que se oye por ahí. Rubén no es como lo pintan.

—Niña, el amor nos ciega y tú llevas media vida, según sé, bebiendo los vientos por ese truhan. Igual es hora de pasar página, porque algo que nos ha hecho llorar tanto no es lo que más nos conviene.

—De verdad, hágame caso. Si yo supiera que no estoy en lo cierto, yo misma me alejaría… pero tendría que ver cómo han cambiado las cosas. Ahora es él el que quiere conquistarme, bueno, mejor dicho, reconquistarme —le cuento, entusiasmada. Y esta vez todo es verdad.

—¡Ay, angelico! Que estás enamoradita *perdía* de ese zagal. Dile que como vuelva a hacerte alguna, se las verá conmigo. Mientras, disfruta y oye: exprímelo, porque eso sí, está de toma pan y moja, muy bueno como decís vosotras, que es lo que le pasa al padre, que también está de muy buen ver, y tu madre… —se dirige a Carlota— se va a dejar enredar por él, ya lo verás. El que avisa no es traidor…

—Ay, Marite, di que sí, que se den una buena alegría al cuerpo las dos. A mamá déjala que disfrute, que viva una segunda juventud, porque se lo merece.

—Fíjate, yo que pensaba que iba a sucumbir con el difunto cuando volvió y nada, firme se mantiene la *jodía*, como una jabata, aguantando y sin dejarse seducir por el cortejo que le hace.

—Mi padre perdió cualquier oportunidad de ser feliz con ella cuando se marchó de casa sin dar explicaciones hace años. Ella como mujer no va a perdonárselo nunca y sus razones tiene, así que lo mejor que puede hacer es vivir, ya sea con el futuro suegro de mi amiga aquí presente o con quien quiera… —explica Carlota.

—Bueno, bueno, eso de mi suegro, primero a ver si por fin conseguimos estar juntos, porque hemos dado más vueltas que una noria y yo me muero porque pase ya de una vez.

—Lo que te digo —añade Maritere—, no te dejes liar, que tienen fama de mujeriegos y con lo buenecita y bonita que tú eres… búscate la felicidad con otro que sea más de fiar y menos galán, que la cabra tira al monte.

—Ay, Marite, no le pongas mal cuerpo. Ellos van a ser muy felices, eso seguro, porque se adoran.

—¡Ya salió el pastelito!

—¡Claro! Se llevan queriendo desde que la conozco y mucho antes, ¿cómo no voy a ser pro esa reconciliación? Si tengo más ganas de que pase que nadie, porque necesito ver feliz a esta niña y su felicidad es estar al lado del rubiales, como tú dices.

—Ea, pues ahí os dejo con vuestras cosas, pero si hay boda, espero invitación, ¿eh? —dice la mujer, mientras se marcha por donde ha venido.

—Uy, qué va, si de algo estoy segura, por desgracia, es que ni pedida de mano ni boda, Rubén no es de esos ni nunca lo será —musito con tristeza, porque me encantaría que fuera de otra manera y poder dar ese paso de su mano, vivir algo tan importante como una boda con el amor de mi vida, pero me conformaré con que seamos pareja y vivamos en pecado, si es que se deja ver en algún momento.

—Haré como que esto último no lo he escuchado —rezonga la buena mujer en la lejanía.

Regreso a casa a media tarde, dándome cuenta mientras camino de que Ken no ha vuelto a dar señales de vida y deseando que lo haga o que aparezca.

—Hija, ha venido Rubén —me dice mi madre cuando entro en casa, dejándome alucinada.

—¿Y eso? ¿Te ha dicho algo?

—Sí, pero no me he enterado bien. Que te dijera que fueras a su nube porque te había dejado unas canciones y que lo de los CD ya olía a naftalina. No lo entendí, no sé dónde quiere que vayas y, oye, tampoco quise preguntar para no ser indiscreta. Tú si no sabes dónde es me dices y te acompaño, ¿eh, hija? —se ofrece mi madre, tan dispuesta como siempre.

«Nuevas canciones o ¿serán las de antaño que yo misma le devolví en el famoso CD la otra noche?».

—No, tranquila, todo en orden. La nube es una cosa de internet, del ordenador, las nuevas tecnologías, ya sabes… no tengo que ir a ningún sitio —le explico riéndome ante su ingenuidad.

—Mejor, porque estaba muy raro y no me gustó.

—Mamá, por favor, que es Rubén.

—Como si es el presidente del gobierno. Estaba muy extraño y vino sabiendo que no estabas. Algo trama el muchacho. ¿Acaso os habéis peleado? No dejan de pasar los años y siempre como el perro y el gato, ¡con lo que os queréis…! —exclama mi madre y ¡jolín!, cómo son las madres que se huelen todo, como si tuvieran micrófonos en todas partes.

—Bueno, discutimos por una tontería, pero sin importancia. ¿Dijo algo más?

—Que venía con prisa, estuvo muy poquito… Ah, bueno, sí, calla, que se me olvidaba, ha dejado para ti esta porquería —dice tendiéndome un bote gigante de pegamento líquido que está vacío y pegajoso por fuera, aparte de lleno de churretes— y me ha dicho algo de que no os iba a hacer falta o no sé qué. ¿Lo tiro? Porque a vuestros años, no creo que vayáis a hacer manualidades —me pregunta mientras yo, que sí entiendo el mensaje, contemplo como ha dibujado corazones con un rotulador permanente sobre la superficie del bote y mi sonrisa crece por instantes.

«Está claro que esta vez no vamos a necesitar pegamento, no».

—No, no, no es para tirar, ya lo guardo.

—¿Esa guarrería vas a guardar? ¡Que me lo vas a poner pringado todo!, ¿no ves que se pega por todos lados?

—Tú no lo entiendes, mamá, es un regalo.

—Por Dios, ¿esa birria es un regalo? En mis tiempos nos regalábamos flores, entradas de teatro, pendientes… pero, hija, eso es un bote de cola vacío, tú sabrás lo que os traéis. Me voy a comprar, ahí te quedas y que disfrutes de ese regalazo —dice irónica la muy puñetera.

Cierra la puerta de la calle y yo, cual quinceañera enamorada, me pongo a saltar como una loca de la emoción. ¡Creo que es el mejor regalo que me han hecho nunca! Luego dicen que si un bolso de Gucci o unas gafas de Prada, ¿quién quiere regalos de esos cuando con un bote pegajoso me ha hecho la mujer más feliz de la Tierra?

Tal y como suponía, entro en la nube sonriendo, recordando la ignorancia de mi madre, y ahí veo como ha creado una lista de reproducción con todas las canciones que son nuestras, que las hemos escuchado mil veces juntos y donde no faltan: *Somos*, *Estás*, *Culpable*, *Esclavo de tus besos*, *Algo Contigo*, *No dudaría*, *O tú o ninguna* y muchas, muchísimas más que recuerdo, y cuya letra sigo sabiéndome de memoria pese a que hace tiempo que no las oigo. Cuando veo el *link* a Spotify me parece increíble que vaya a poder escucharlas una y otra vez todas juntas cada vez que quiera. Emocionada, feliz, rebosante de ilusión nuevamente y contemplando la pantalla como una boba ante una nueva de sus ocurrencias, veo que la ha llamado: Renovarse o morir: música pegamento 2.0. Y sonrío. Mucho. Muchísimo, porque la vida con él es maravillosa y eso que ni siquiera hemos empezado a construir nuestro futuro.

—¡Por favor, cómo se lo está currando! Si hasta yo me voy a enamorar de él —suelta divertida mi amiga con este nuevo avance.

—Si vieras a mi madre, al ver el pegamento vacío, ha puesto el grito en el cielo, pero a mí me ha parecido un detalle precioso con un mensaje taaannn bonito.

—Ten claro que lo es. Rubén es muy ingenioso, siempre lo hemos dicho, y te está haciendo feliz, cosa que te mereces, aun sin haberse acercado a ti. El día que se acerque te lo vas a comer con papas en el acto.

—Pues sí, porque con el jueguecito no veo el momento de tenerlo delante y saltar sobre él, para qué negarlo.

—Me meo, Copito, estás ansiosa.

—De él.

No tardamos en despedirnos, ya que mañana viajamos hacia Madrid para ir al concierto y tenemos que prepararlo todo. Al terminar opto por salir a dar un paseo por el parque, con la esperanza de encontrármelo, cosa que, como ya imaginaba de antemano, no sucede porque no piensa dejarse ver todavía. ¡Y yo estoy que me subo por las paredes ya!

Cuando me voy a la cama y miro el teléfono, mi estómago se contrae y mis manos se enfrían porque cada mensaje suyo vuelve mi cuerpo del revés. Con el aparato entre mis dedos, tiemblo

una vez más por él, por nervios, por ansiedad, por ganas, por todo lo que está por venir. Esta vez se trata de un *link* a YouTube, concretamente a la canción *Todo contigo* de uno de mis cantantes favoritos.

«¿Sabe que nos vamos al concierto?».

Tú me has devuelto las ganas, yo quiero todo contigo,
perdidos en una playa hasta que el sol se vaya y la luna sea testigo.
Tú me has devuelto las ganas, ya no me siento perdido.
Saltemos por la ventana, y lo que pase mañana, yo se lo dejo al destino.
Te lo repito que yo quiero todo: contarte, darte mil besos y enamorarte,
verte, tenerte de miércoles a martes, tanto, te juro que no aguanto, dime si tú quieres saber dónde, cómo y cuánto…
Toda la vida entera…

Y aunque me la sé de memoria, voy leyendo la letra que aparece en la pantalla mientras se reproduce el vídeo y una sensación de vértigo recorre mi cuerpo de pies a cabeza porque sin duda estoy a puntito de alcanzar la meta, de subir al pódium y más alto no se puede llegar, bueno, sí, a las estrellas, pero eso será la noche que lo coja por banda y pueda dejar salir todo lo que llevo dentro de mí tras tanto tiempo.

No dudo en escribirle y dejarle dos corazones rojos enlazados al mensaje de la canción. Solo eso. Conciso, escueto, pero demasiado claro. No hace falta ninguna palabra, ya sabemos lo que hay y solo está alargando el momento para que cuando se dé, sea aún más especial si cabe.

Sobra decir que aparece una vez más en mis sueños para regalarme una fogosa noche que me hace levantarme bañada en sudor, ya que es tórrida como la que más. En mi subconsciente hemos hecho el amor salvajemente en una playa, desnudos y mojados, con la piel oliendo y sabiendo a salitre, y además varias veces, a la luz de la luna y con cientos de estrellas como testigos, como cuando estuvimos juntos en Maspalomas. Me ha cubierto de besos húmedos por todos los rincones de mi cuerpo, me ha recorrido entera con su lengua juguetona, llevándome con ella al éxtasis, tanto que lo he sentido sobre mi piel y, aun dormida, sé que lo he vuelto a disfrutar. Y lo peor es que me he levantado con ganas de reproducir todas mis fantasías junto a él, de cabalgarlo como he hecho esta noche mientras estaba en brazos de Morfeo, de cogerlo y no soltarlo nunca hasta que me dé todo el placer que necesito para saciar el hambre que tengo de él.

Mi cuerpo lo necesita, mi alma lo quiere y yo creo estar volviéndome loca de ansia, porque no me reconozco en esta excitación que me gasto últimamente en cada despertar, en esas ganas de volver a comerme su boca y lo que no es su boca, sus labios carnosos, ese cuello ancho que tiene, donde sueño con perderme mientras sus manos me tocan y me suben al cielo, algo que o sucede o terminaré por estallar. Solo pienso en tener su cabeza entre mis piernas, en sentir su dureza pegada a mi cuerpo y en bailar sobre él rozándonos hasta ponernos a mil, como también hemos hecho muchas noches en la realidad y no solo en sueños.

Me despido de mi madre para recoger a mi amiga y marcharnos juntas al concierto. Y es cuando llego al hotel cuando veo en mi teléfono una imagen que me manda Rubén. Un sobre rosa sobre mi cama. ¡No me lo puedo creer! ¿Me va a dejar con la intriga hasta la vuelta? ¿Qué será?

Copito:
Sabes que odio que me dejen a medias…

Le escribo sin poder contenerme, porque es verdad y sabe que la curiosidad me puede y más dadas las circunstancias y lo que estamos haciendo.

Ken:
Créeme, no es mi intención.

Copito:
Te odio.

Ken:
Yo a ti te quiero.

Copito:
Dame una pista.

Ken:
Hay que tener cuidado con lo que se desea porque luego se cumple y todo encaja…

Le doy mil vueltas con Carlota mientras nos arreglamos, pero no consigo saber qué contendrá el sobre que ahora mismo está en mi cama, en el pueblo, y ella tampoco me ayuda. Desisto y me quedo con la intriga, durante el concierto podré superarlo y no quebrarme la cabeza pensando en el dichoso sobrecito rosa.

— CAPÍTULO 58 —

El concierto

ISA

Cuando llegamos al concierto en la sala Joy Eslava, en Madrid, siento que estoy en una nube de la que me va a costar bajar a la tierra y de la que espero no caerme nunca, pues en este caso sería la caída más dura de todas, dadas las grandes expectativas que me está creando, pero confío en que esta vez no pase nada malo, no haya caídas, ni malentendidos o desconfianzas que echen todo al traste ahora que estamos a un paso de tocar el cielo con las manos. Nos hemos colocado arriba, en una zona que hay con mesitas pequeñas, para tomar una copa tranquilas, charlando, mientras empieza la actuación.

A las veintiuna horas en punto, las luces se apagan y suenan los primeros acordes de *Juramento eterno de sal*, canción que hace que todo el mundo se vuelva loco gritando y cantando, nosotras incluidas, mientras se inicia un juego de luces al ritmo de la música y presenciamos un espectáculo increíble. A esa canción le siguen una detrás de otra, que grabamos y enviamos a Laura y a Natalia, también muy *fans* del cantante, ya que por trabajo no han podido venir al concierto.

En una de las pausas para el cambio de vestuario, uno de los camareros que van recorriendo las mesas sirviendo las bebidas pasa por nuestro lado y, mirándome de frente, nos deja golosinas, según él, para que las disfrutemos en el concierto. Su gesto me resulta extraño, como si quisiera decirme algo, como si supiera algo que nosotras no, cosa que corroboro cuando veo qué es exactamente lo que ha dejado sobre nuestra mesa: ¡¡¡cuatro bolsitas de chucherías mini, idénticas a las de Rubén y mías!!! Una de fresitas, otra de botellitas de cola, ositos y besitos.

«¡Ostras!, no puede ser tanta casualidad».

Miro a las mesas de alrededor y, en efecto, no hay gominolas en ninguna de ellas. Esas golosinas solo son para nosotras, concretamente para mí, porque sin duda las manda él. ¿Cómo lo habrá hecho?

¡Quiere que lo recuerde! Eso es… por eso no ha vuelto a escribirme desde el mensaje con la foto. Pero a su modo quería estar presente cuando sabe que estoy aquí en el concierto y más después de enviarme anoche la canción… justo esa canción que pronto sonará. Mi mente va a mil y entonces caigo en la cuenta de lo que hay.

—Carlota, está aquí… está aquí. ¡No me lo puedo creer! Dímelo, tú tienes que saberlo.

—¿Quién? ¿Algún famoso? ¿Dónde, dónde?

—¡Qué famoso ni qué famoso! Bueno, famosos habrá ahí delante, claro, pero yo digo Rubén, ¡está aquí!

—Anda ya, ¿estás loca? ¿Qué va a hacer Rubén aquí? Ni de coña —responde ella muy segura.

—Carlota, que sí, te lo juro. Mira —le digo mostrándole las bolsitas que siguen en la mesa.

—Que no, Isa, que son golosinas mundialmente conocidas, ni más ni menos… no te flipes, que porque vosotros las compartierais siempre no son exclusivas vuestras. Todo el mundo las come. Para, que te veo ya montándote la peli y esto es la vida real.

—Te aseguro que Rubén está aquí, el camarero me miraba como si supiera algo, como sonriente… y no me vas a convencer de que estoy loca, lo he notado —le aseguro, mirando hacia

todos lados, buscándolo, sin éxito.

—Anda, anda, son las ganas de verlo que tienes, que te consumen, y el *jodío* se está haciendo de rogar y te tiene a pan y agua —me vacila ella, entre risas.

Y ella piensa que me ha convencido y yo creo que estoy en lo cierto. Entonces el concierto continúa y yo me quedo expectante por verlo aparecer en cualquier momento en nuestro sitio, cosa que tampoco sucede. Tras un rato de alternar canciones más rápidas con otras más lentas, llega un punto en el que solo se escucha a Álvaro sobre la melodía, anunciando al público que tiene una sorpresa y una historia que contar. La gente se vuelve loca aplaudiendo, porque seguro que es una historia de esas que emocionan al más *pintao*. Escuchamos atentas:

—Hace un tiempo estuve en un pueblecito maravilloso, en un hotel encantador, entre la nieve, ideal para fines de semana románticos, ya vosotros sabéis y me entendéis… —empieza a contar y la gente se ríe—. Allí, conocimos a una gente majísima y hoy he querido invitar a estos amigos a venir a verme y, no solo eso, porque uno de ellos, aunque no es un músico profesional, tiene un talentazo tremendo, brutal, y por eso… quiero invitarlo a subir al escenario ahora mismo y que me acompañe en esta canción que todos conocéis y que se llama… ¡¡¡*Todo contigo*!!!

De nuevo el público, entregado al máximo, revienta la sala entre vítores al saber el título que viene. A mí se me pone la piel de gallina.

»Además —prosigue hablando el cantante—, este chico quiere darle una sorpresa a una chica que lo tiene loquito por sus huesos y como yo soy un moñas, ya lo sabéis, me encanta que en mis conciertos pasen estas cosas —continúa él, con todo el mundo superatento a sus palabras.

—Ostras, qué romántico, por favor —me dice Carlota, emocionada, mientras yo solo pienso en la canción que va a cantar.

«La que me dedicó anoche y todo lo que ha contado…».

—*Buah*, las hay demasiado afortunadas. —Escucho a lo lejos decir a Carlota mientras mi mente va a la velocidad del rayo y mi corazón late desbocado presintiendo lo que está a punto de suceder.

—¡¡Venga, Rubén, sube al escenario!! Un aplausooo… —le pide Álvaro, y al escuchar ese nombre no me da tiempo ni a dudar de si es él o no, puesto que enseguida lo veo ahí arriba, en el escenario, guitarra en mano, y creo que estoy a punto de sufrir un colapso por los nervios que toman mi cuerpo. Mi amiga me abraza y yo siento que las piernas no me sujetan y me van a fallar de un momento a otro.

«¡Menuda sorpresa! ¡Todo esto es un sueño y no quiero despertar!».

Empiezo a llorar como una magdalena. No sé si es la emoción del momento, el tenerlo por fin frente a mí, el rozar la meta, los miles de pensamientos que pasan por mi cabeza en un microsegundo, las circunstancias que nos rodean, ya que no estamos en el pueblo, sino en un concierto rodeados de desconocidos grabando con sus móviles, por lo que mañana Rubén estará en todas las redes sociales por el numerito que estoy a punto de presenciar, pero dejo de ser consciente y si antes estaba en una nube, ahora siento que levito y no toco el suelo con los pies. No me lo puedo creer, ni en la mejor de mis ensoñaciones hubiera podido imaginar nunca algo tan grande, tan fuerte, por supuesto, ni tan romántico. Si me pinchan, en lugar de sangre saldría purpurina rosita.

Entonces empieza a hablar y me centro en intentar tranquilizarme y en poner los cinco sentidos en sus palabras, ¡que son para mí! Y pase lo que pase mañana, juro que estos cinco minutos son ya los más maravillosos de mi vida y que nada podrá superar lo que ahora mismo siento y la adrenalina que rebosa por todos los poros de mi piel en este preciso momento.

Mi cuerpo se enciende, vibra, siente, anhela, pero sobre todo ama, lo ama a él por encima de

todas las cosas y tras esta noche quedo convencida de que he alcanzado mis sueños, que se han hecho realidad de una manera demasiado perfecta, maravillosa e impensable, y que todo tiene un aura de magia a nuestro alrededor que espero que no desaparezca nunca.

— CAPÍTULO 59 —

Yo quiero todo contigo

RUBÉN

Nunca he sido vergonzoso, al revés, si me tuviera que definir sería como un poco caradura. Siempre me ha sudado los cojones lo que pensara o dijese la gente sobre mí, pero ahora mismo, aquí, subido en este escenario, con todo este público entregado al concierto de Álvaro, que me va a escuchar cantar y tocar a mí, la situación me está superando por segundos y los tengo de corbata.

Él me ha presentado y es mi turno de hablar, porque antes de cantar me toca dirigirme a ella, que para eso estoy aquí subido dando la nota:

—Gracias por esas palabras, Álvaro. Eres un *crack* y es un honor para mí estar aquí, acompañándote en este escenario. Y, por supuesto, muchas gracias a todos los que estáis ahí abajo y en la grada. Creedme, esto impresiona mucho, eh… que desde aquí se os ve y ¡*wow*, sois un gentío!

»Antes de que cantemos, como bien has dicho, me gustaría decir algo, ya que esto lo hago por alguien muy especial para mí, bueno, mejor dicho, esta sorpresa es para la mujer de mi vida y está aquí, como os imaginaréis, entre el público, ajena a todo y disfrutando de su ídolo. —Paro mi *speech* ante los aplausos y vítores improvisados.

»Ella se merece que haga esto y mucho más, ¿sabéis? Se ha ganado que por fin le dé su lugar y le demuestre lo mucho que me importa, que confío en ella más que en mí mismo y que apuesto por lo nuestro como el que más, porque es lo único que deseo en esta vida. Además, esta vez desde aquí le pido de nuevo que me perdone por las tonterías que he podido hacer. Así que, por eso estoy aquí, a puntito de hacer un poquito el ridículo y solo espero que detrás del maestro no se note mucho, porque quiero que sepáis que he hecho mucho el capullo con ella, no he sabido ver a tiempo lo importante que era en mi vida y ha tenido que alejarse de mí para que me diese cuenta de lo mucho, muchísimo que la quería. Por eso hoy, Isa, o Copito, que es como yo la llamaba siempre cariñosamente, aunque ahora no me deja hacerlo —se escucha un «ohhh» en la sala—, quiero que sepas que te quiero, que te adoro, que para mí eres la única y sí, como dice la canción, quiero que te quede claro y te lo digo ante todos estos testigos, que ojo, son muchos, que: lo quiero todo contigo…, por supuesto, para siempre.

Los aplausos se vuelven cada vez más fuertes, estoy impresionado por haber sido capaz de lanzar ese discurso abriéndome de esta manera ante tanta gente, pero todo me da igual porque con que lo haya escuchado ella tengo bastante. No la veo, pero sé que está aquí gracias a Carlota, que ha sido nuestra gran cómplice en la sorpresa, ya que sin ella no hubiera podido llegar a estar donde estoy, al lado de este genio y a puntito de cantar con él toda una declaración de intenciones maravillosa y magistral. Tengo de punta todos los pelos de mi cuerpo y estoy eufórico.

Entonces Álvaro coge el micro y no puedo creerlo cuando oigo que pide la presencia de la afortunada en el escenario y el público, totalmente encendido, empieza a corear a pleno pulmón «COPITO», una y otra vez.

«Pobre mía, con lo tímida que es no va a subir aquí ni de coña y mañana me va a matar y

cortar los huevos en cachitos, que ahí sí que habrá que usar pegamento del que pega bien, del caro, pero si he conseguido hacer especial para ella nuestro reencuentro, y que mi declaración de amor le haya llegado a lo más profundo de su corazón herido tantas veces, todo habrá valido la pena, hasta mis huevos rotos sin jamón».

Se forma un gran revuelo, Álvaro me abraza y me da la enhorabuena por el valor que he tenido y al grito de ¡dale!, empezamos a tocar. Es impresionante cómo se siente uno cantando en un escenario así, ante tanta gente… la adrenalina, el subidón se multiplica por mil cuando llegamos al estribillo.

«Y, nada, que no aparece Isa por ningún lado».

Me dedico a disfrutar. No es hasta que nos desgañitamos ambos con las últimas frases de la canción, al acabar, cuando la veo al pie de la escalerilla lateral del escenario, escoltada por nuestros inseparables amigos.

Todo contigo
Todo contigo
Y la luna sea testigo
Te lo repito que yo quiero todo contigo…

Y es entonces cuando le canto solo a ella, sin apartar mis ojos de los suyos mientras no deja de llorar, tan bonita, tan preciosa como siempre, tan tímida y frágil en este momento, con las mejillas sonrosadas de la vergüenza que le estoy haciendo pasar y del llanto que seguro la acompaña desde que hemos empezado el *show*.

La canción va acabando progresivamente y veo como alguien la ayuda a subir al escenario, tendiéndole la mano para que suba con cuidado de no tropezar y me alivia, porque tengo la certeza de que tiene que estar hecha un flan. Corro hacia ella, así como ella corre hacia mí y nos fundimos en un cálido y fuerte abrazo donde la siento temblando y eso hace que yo tiemble con ella. La aprieto fuerte contra mi pecho y le beso la cabeza tiernamente para tranquilizarla, pero ni con esas consigo que deje de llorar.

La miro, me mira, y entonces el público me increpa para que la bese y yo, obediente, viendo como de sus ojos saltan las mismas chispas que de los míos, lo hago. La beso como nunca, intentando transmitirle toda la fuerza que yo estoy sintiendo, así como el cúmulo de emociones que estoy viviendo. La beso como quiero besarla siempre a partir de ahora si nada me lo impide.

—¡Te voy a matar, que lo sepas! —me desafía, en broma, emocionada, mezclando risa y llanto.

—Espero que a polvos —le contesto para que se ría conmigo, mientras entrelazo mis dedos con los suyos y nos dirijo al centro del escenario, donde la gente le pide a ella que hable tras abrazar a Álvaro.

Para que se ría y se relaje le recuerdo al oído que esta mañana he dejado un sobre en su casa… y me mira con esa carita que siempre me ponía cuando estaba picada pero contenta; mi pecho se hincha al sentir que estoy cumpliendo mi cometido y lo que quería, que era verla así, ilusionada, emocionada y feliz a mi lado.

Álvaro la achucha de nuevo y a capela me invita a que le cantemos las últimas estrofas de la canción que, desde el día de hoy, será nuestra. Ella, aunque tímida, se muestra radiante porque sé que está viviendo un sueño, porque ha alcanzado la meta y por fin ha llegado nuestro momento de verdad. Y lo hacemos, le cantamos y ella recibe encantada semejante regalo.

—Bueno, ¿qué me dices? ¿Me perdonas?

—¿Que qué te digo? Pues que estás como una cabra porque o pasas de todo, ahí donde lo veis

tan romántico, tan dulce… nada, ahora es todo fachada por el momento que es. Realmente él odia lo moñas, lo pasteloso, lo cursi le daba alergia… y miradlo —continúa dirigiéndose al público—, ahora va y monta un número como este, con el que cualquiera soñaríamos, porque esto es una fantasía hecha realidad y me deja loca a mí. Lo único que puedo decir si me siguen saliendo las palabras es gracias, Álvaro, por dejarnos vivir esto y gracias a ti, Ken, sí, le llamo así para mí desde que tengo uso de razón y no creo que haga falta explicar el porqué, solo tenéis que mirarlo —aclara tímida, sonriendo mientras el público permanece en silencio escuchándola—, y bueno, eso, que lo único que puedo decir es que desde siempre he querido todo contigo, claro que lo quiero y lo querré. Para siempre tú y yo, Rubén.

Y ahora el que se derrite con sus palabras, con la fuerza que muestra pese a la emoción del momento, con esa garra y esa fiereza que saca en las mejores ocasiones, soy yo, que la contemplo orgulloso y exultante de felicidad tras escucharla. Vuelvo a besarla, sabiendo que por fin la he recuperado, que me ha perdonado y que vamos a dejar atrás todo lo malo que hemos vivido y a comenzar algo juntos, algo real y verdadero.

Estamos en la meta, en su jodida meta que ahora es nuestra, porque todo es todo y porque, además, yo siento que también la he alcanzado, porque ella lo es, es todo lo que necesito en mi vida para ser feliz. Y si mañana me mata por el numerito, moriré tranquilo por haber hecho todo lo que podía por ella, por la mujer de mi vida, sin miedo a reconocerlo y sin vergüenza por creer en el amor y demostrárselo como es debido, porque desde que creo que el amor de verdad existe, y ahora que la tengo conmigo, agarrada a mi mano, puedo decir que soy inmensamente feliz, mucho más de lo que lo era cuando, idiota de mí, pensaba que lo tenía todo por vivir una vida sin complicaciones y sin aferrarme a nada ni a nadie. Y no podía estar más confundido.

— CAPÍTULO 60 —

Una nueva vida

ISA

No le mato ni me enfado, eso queda claro, porque no se debe una mosquear con quien te hace rebosar de felicidad y él lo ha hecho esta noche. Me siento plena, dichosa, afortunada tras esa declaración de amor pública y la escena que me ha preparado, única e irrepetible, digna de cualquier director de cine estadounidense. Apenas podía creerlo cuando lo he visto ahí, encima de la tarima, dispuesto a cantar, a cantarme junto a mi ídolo y declarando a los cuatro vientos su amor por mí. Ha sido un verdadero sueño, toda una sorpresa y, por supuesto, un momento para recordar siempre.

No cabía en mí de gozo, de paz interior y de exaltación a la vez, cuando cogidos de la mano bajamos del escenario. Tocamos tierra con los pies después de estar en esa nube llena de focos y luces, y directamente hemos vuelto a abrazarnos, solo que esta vez ya sin testigos, a excepción de los ojos de Fran y Carlota, que nos han estado observando a una distancia prudente, emocionados y compartiendo nuestra alegría, felices.

Creo que ha sido la mejor noche de mi vida. No éramos capaces de deshacer ese abrazo que nos hemos dado tras el *show*. Ha sido tan especial, tan indescriptible, porque por primera vez estaba entre sus brazos sabiendo que nuestros corazones palpitaban acelerados a la vez, el uno por el otro, con la certeza de que por fin somos nosotros y que aquí empezamos un camino que iremos recorriendo todos y cada uno de los días que tenemos por delante, sin temores, sin miedos, sin prisas y sin excusas.

Me he aferrado a él como una lapa, me he pegado contra su pecho como si no quisiera despegarme nunca de ahí y él me ha envuelto entre sus fuertes brazos con ímpetu, llenándome de besos por todos sitios. ¡Y cómo ha sido el primer beso de verdad! ¡Sin palabras! Sabía que tras rodear mi cuello con suavidad con sus grandes manos iba acercándose lentamente, con sus ojos fijos en los míos y una sonrisa de oreja a oreja que me ha noqueado el corazón. Era consciente de que íbamos a besarnos por primera vez, en la nueva realidad, sin mil personas delante, y pese a haber saboreado sus labios millones de veces, estaba tan nerviosa como si no conociera el terreno que pisaba. Y lo cierto es que lo he sentido como si todo fuese nuevo. No ha sido un beso lleno de deseo sexual, como en diciembre, ni tampoco un beso de rutina, de una vez más. Ha sido un puro y verdadero beso lleno de sentimiento, lleno de amor. El primer contacto de nuestros labios incluso ha resultado algo torpe por nuestra parte debido a los nervios que ambos sentíamos. Durante los primeros segundos ha sido suave, tierno, tranquilo, para después dar paso a algo más de intensidad por parte de ambos, pero en ningún caso ha sido un beso con tinte morboso o carnal. Nos hemos quedado parados, con nuestros labios pegados, como si fuéramos dos caracoles, y enseguida hemos dejado reposar nuestras frentes la una en la otra, sintiendo el alivio mutuo que la situación nos ha provocado.

Nuestros cuerpos parecían tener un imán y hemos vuelto a fundirlos con un abrazo tipo paraguas, en el que me he resguardado, como si me estuviera cobijando de la lluvia bajo su torso, mientras sentía que él me protegía al abandonar esa sala ante la mirada de tanta gente.

Una vez salimos a la calle, desierta totalmente, con nuestros dedos entrelazados nos quedamos

frente a frente y yo no he sabido ni qué decir. Apenas me salían las palabras a estas alturas de la película, porque he sentido que ya estaba todo claro por fin, que todas las piezas del *puzzle* habían encajado en su sitio y todo entre nosotros dos se encontraba en su lugar, como siempre tuvo que haber estado.

—Mi niña —me dice de nuevo, volviendo a llevarme contra él para ya besarme como si no hubiera un mañana, a lo que yo correspondo con todas mis ganas, sintiendo que ya no tengo ansia, ni miedo a que sea el último beso, ni hay nada que demostrar más allá, porque esa boca, que ahora sí estoy besando ardientemente, es la que voy a seguir saboreando de ahora en adelante, porque sé que lo nuestro, después de tanto, no va a tener fecha de caducidad.

—Esto es un sueño, Rubén.

—Tú sí que eres mi sueño. Te quiero, nena, te quiero tanto que me asusta todo esto tan fuerte que estoy sintiendo —reconoce frente a mí, tan directo, tan valiente, tan decidido, hablando de amor… sin duda parece otro.

—Soy inmensamente feliz de escucharte decir eso, de que tus palabras sean para mí, de que salgan de tu boca expresando lo que siempre quise oír de ella. De por fin tener un huequecito dentro de ti, en tu corazoncete —le explico apoyando la palma de mi mano sobre él para sentir su latido desbocado.

—No, cariño, no es un huequecito lo que tienes. Es entero para ti, de verdad… Tú sola lo llenas todo. Haz con él y conmigo lo que quieras, menos arrepentirte de esto que estamos viviendo. Siento haber tardado en llegar, pero, créeme, ya estoy aquí y no quiero irme nunca.

—Ni yo quiero que te vayas y tampoco me arrepentiría, te lo juro. Esto que está pasando esta noche, esto que me has hecho vivir y sentir, y todo lo que tenemos por delante, es lo único que deseo.

—Yo solo te necesito a ti a mi lado, lo demás es secundario.

—Ya me tienes, bueno, en realidad, siempre me has tenido. Creo que me enamoré de ti cuando éramos pequeños y, mírame, no sé cuantísimos años después, creo que sigo sintiendo exactamente lo mismo. Te miro y por fin veo lo que quería.

—¿Un maromo *sexy* y arrebatador a tu lado?

—Calla, tonto, no estropees el momento.

—Tienes razón, mi niña. Dime, ¿qué ves?

—Un hombre. Un hombre al que le brillan los ojos. Un hombre valiente, firme, uno al que no le tiembla la voz al reconocer lo que siente. Uno al que le palpita el corazón como si se le fuera a salir por la boca.

—Eso es por ti. Tú eres la que da sentido a todo esto. Tú eres la que provoca que mi patata esté latiendo de esta manera tan brutal, acelerada perdida, que parece que me va a dar algo. Y sobre todo, tú eres la que, con su paciencia, su dulzura, su aguante, su tesón y con ese corazón tan grande que tienes, me has enseñado a querer, pero a querer de verdad, a sentir, a darme cuenta de cuánto te necesito en mi vida, sin tiempos ni chorradas, porque no puedo pasar un día más sin ti. Nuevamente tuviste que marcharte de mi lado para que lo viera. Perdón.

—Después de tanto, no veo el momento de dejarlo todo atrás, dejemos de pedirnos perdón… Ya toca empezar de cero nuestra historia, juntos, fuertes, y compartirla con todos los que nos quieren.

—*Wow*, compartirla y todo ya. Así me gusta, Copito, gracias por confiar en mí. Por darme esta oportunidad de estar en tu vida una vez más, la definitiva, y te juro que no te voy a defraudar, al contrario, pienso hacerte la mujer más feliz del mundo. Y por querer contarlo a los cuatro vientos, vecinas incluidas.

—Ya lo soy y claro que quiero gritar a todos que estamos juntos, felices, enamorados y que nada nos va a separar. He llegado a mi meta de tu mano, has cumplido mis deseos de adolescente y mis sueños de toda la vida. ¿Cómo podría no estar feliz?

—Y quiero seguir cumpliéndolos todos los días para que nunca te arrepientas de haber esperado todos estos años por mí, de haber aguardado tanto tiempo por un mindundi infantil como yo.

—Jamás me arrepentiré, sabía que en algún momento esto pasaría… Era cuestión de tiempo, aunque nunca imaginé que sería tanto. Ahí sí que me debes una.

—¡¡Mi chica es la más lista del mundo!! —grita mientras me coge por la cintura y me levanta al vuelo, dando vueltas y vueltas, recordándome a aquella noche mágica de hace tantos años en la que bailamos en la calle al son de Luis Miguel mientras me sostenía en brazos, escayolada.

—Calla, que es muy tarde y vas a escandalizar a los vecinos…

—Me da igual, quiero que la gente se entere de que me tienes loco, de que te quiero y de que eres mía.

—Y tú eres mío, todito entero para mí… y solo para mí.

—Por supuesto, y no veo el momento de demostrártelo, pero no quiero ir con prisa. Esta vez quiero hacer las cosas bien, porque para el resto tenemos mucho tiempo por delante.

—¿Y a qué estamos esperando para empezar a vivir?

—¿Quieres cenar conmigo esta noche? Y ya no como amigos, sino una cena romántica moñas de esas que te gustan a ti.

—Sí, claro que sí. Si me pinchan no sangro, Rubén, el gallito de corral, queriendo una cena romántica… *Wow*, cómo cambian las cosas…

—Para que veas lo que has hecho conmigo. Me has convertido en un pedazo de moñas que lo flipas…

—Pues que sepas que esta versión tuya me encanta, pero yo me enamoré del Ken canalla, del Ken guarrete, del Ken divertido y picarón, y ten claro que no quiero que ese desaparezca nunca.

—Tranquila, nena, que mi esencia no va a desaparecer jamás, por mucho plan romántico que hagamos o muchas pelis moñas que me vuelvas a hacer ver…

—Deseo con toda mi alma repetir los planes de sofá, peli y manta, que escuchemos nuestra música juntos, que volvamos a reírnos y a jugar…

—Y un poquito de Kamasutra también, ¿no?

—¿Un poquito solo? ¿Qué pasa?, ¿que a Rubén, el moñas, le pesan los treinta y tantos y ya no está para muchos trotes?

—Esta noche vas a comprobar qué es lo que me pesa…, pero primero nos vamos a cenar y no te puedes negar, Copito, porque puedo volver a llamarte así, ¿verdad?

—Por nada del mundo diría que no a algo que deseo con todas mis fuerzas. De hecho, pienso cenar contigo todas las noches y también quiero que sigas llamándome Copito. Me encanta escucharlo en tus labios otra vez.

—No veo mejor plan que compartir contigo todo lo que venga de ahora en adelante.

—Repito mi pregunta… ¿A qué estamos esperando para empezar a vivir? —le insto, anhelando lo que viene.

—Vámonos de aquí, tenemos una cita.

Las sorpresas continúan cuando llegamos, cogidos de la mano, a uno de los mejores hoteles de la ciudad. Alucino cuando entro en la habitación y veo como todo se encuentra a oscuras, pero la terraza está iluminada, tenue, por unas pequeñas velas que descansan haciendo hilera sobre el mirador. Delante hay una mesa preciosa, engalanada para la ocasión, y con una rosa roja sobre

uno de los platos. Al lado una cubitera enfriando una botella de vino y otra de champán.

Todo es tan romántico y bonito que creo estar viviendo una fantasía. Esto sí que es el cuento de hadas y al lado tengo a mi Ken, haciendo las veces de príncipe azul. Lo abrazo y esta vez soy yo quien me lo como a besos, literal, mientras él me guía de la mano hasta el fondo de la terraza. Desde el balcón puede contemplarse una panorámica espectacular de Madrid desde las alturas. De Madrid al cielo dicen…, y sin duda ahí estoy yo, ahí estamos nosotros en este momento.

Pone música ambiente lenta, tranquila y disfrutamos de una velada como jamás pensé que podría tener a su lado después de tantas negativas en el pasado. Lo pienso y no puedo evitar sonreír.

—¿De qué te ríes?

—De ti, cariño.

—Vaya, muchas gracias… Por lo menos comparte…

—Estaba pensando en que una vez me dijiste muy chulescamente que me buscase a alguien romántico porque tú nunca lo serías y, mírate… Míranos ahora…

—Por la boca muere el pez, tenlo claro, nena. He aprendido bien aprendida la lección, no te creas que no, pero me trago mis palabras sin problema con tal de hacerte la vida más bonita a ti.

—Me encantas y ¿sabes? La versión caballerosa y detallista de Rubén tiene lo suyo, ¿eh? Tiene su puntito…

—No me insinúes eso y con ese tono, que mando el romanticismo a tomar por culo y te llevo a la cama en un santiamén.

—Estoy deseando que lo hagas…

—¡Joder con santa Isabel…!, mírala cómo me provoca y tira por tierra mis buenos propósitos moñiles y parejiles… —dice con la respiración agitada cuando me siento sobre él y empiezo a subir mi mano por su pierna, acariciándole sobre los pantalones y llevándola a terreno prohibido.

—Ven aquí… —exclama levantándonos y cogiéndome de nuevo en brazos, para llevarme hasta el dormitorio y depositarme sobre la cama llena de pétalos de rosas perfumados.

—Pero, amor, hasta pétalos de rosas … Gracias, gracias por tanto… está siendo una noche perfecta, Ken.

—Dios, ahora voy a ser Ken el moñas, pero todo sea por mi pequeña. Y si nos centramos ya en el postre, ¿cómo lo ves? —añade y son las últimas palabras que pronuncia ante mi movimiento de cabeza afirmativo, que lo lleva a cubrirme de besos y regalarme la primera noche de amor de mi vida y nuestra segunda vez de verdad.

La realidad supera con creces a las miles de ensoñaciones que he podido tener sobre este momento en tiempos pasados. Es demasiado maravilloso, bonito, tierno y a la vez electrizante, lleno de pasión y desenfreno por las ganas y el ansia de nuestros cuerpos por poseerse, de nuestras pieles por rozarse y no separarse jamás. Cuando me toca, cuando me recorre con sus dedos y me hace suya entre palabras de amor y promesas eternas, ahora sí que puedo decir que estoy soñando y no quiero despertarme nunca de esta fantasía. Besos, miles de besos en los que me adora. Caricias en las que me hace sentir especial. Me envuelve con su cuerpo y ahí, sin duda, es donde mejor me siento. No hay comparación posible con nada anterior. Me arropa entre sus brazos, me envuelve entre sus dedos y su lengua recorre mi cuerpo haciéndome sentir plena y deseada. Cuando me toca, como siempre, mi piel reacciona, mi centro se desboca y nos pueden las ganas de sentirnos el uno al otro. Me hace suya en cuerpo y alma, en una noche llena de sentimientos y donde nuestro amor rebosa por todos y cada uno de los poros de nuestras pieles.

Volver a sentirlo encima de mí ha sido demasiado arrollador, arrebatador. El contacto de su piel en mi piel, de su boca en todo mi cuerpo haciéndome volar entre las nubes, el sabor de sus

besos, sus manos aprisionándome, su hombría reclamándome a mí… Todo, en definitiva, ha resultado absoluta e increíblemente espectacular. Brutal.

Nos dedicamos a satisfacernos plenamente, a complacernos, a consentirnos como nunca y a querernos como siempre, con el mismo amor que nos habíamos tenido y que perdura intacto. Porque cuando se quiere de verdad es siempre de la misma manera, no hay diferencias ni distintas formas de querer, y es lo que yo he sentido. Ha sido mi Ken, el de siempre, el mismo de toda la vida, mi primer y único amor, y me estaba queriendo con el mismo sentimiento de todas y cada una de las veces que hemos estado juntos. Lo único que ha cambiado es que esta vez hemos sido nosotros, sabiéndonos ya la media naranja del otro, y eso lo ha hecho todo más de ensueño, más mágico, especial y único. Todo lo que hemos sentido se ha multiplicado por mil y ni en el mejor de mis sueños de niña podría haberlo imaginado así. Una noche incomparable. Una madrugada llena de sexo y amor. Un despertar a una nueva vida.

Por la mañana es él quien se despierta primero y cuando abro los ojos lo tengo frente a mí, acariciándome el pelo y contemplándome como tantas noches hice yo antaño, rodeados de nuestros amigos, como si fuera algo prohibido para mí. Le sonrío, me devuelve esa sonrisa con creces y volvemos a rodar sobre la cama una y otra vez como si tuviésemos más hambre de nosotros.

¡Y qué bien sabe recibir un nuevo día entre besos del amor de mi vida! Nada puede superar lo que estoy sintiendo. Debo de estar hinchada como un globo por la felicidad que siento. Compartimos el desayuno entre caricias y carantoñas que me vuelven loca y más aún viendo como mi chico se deshace en mimos y atenciones hacia mí.

Antes de abandonar el hotel hago un barrido con la mirada y creo ver visiones, ya que las mariposas desbocadas que danzaban dentro de nuestros estómagos revolotean por todos los rincones y observo globos rosas con forma de corazones levitando en el aire, en el techo de la habitación y muero de amor porque no le ha faltado ni el mínimo detalle. Una habitación que ha sido testigo de la primera cita de muchas, de la primera noche de muchas y que es tan bonita que me da pena dejar. Sigo soñando despierta.

Antes de regresar al pueblo con nuestros amigos, a los que llamamos para dar señales de vida tras nuestra huida de anoche, nos dirigimos a cumplir una promesa que él me había hecho días atrás. Está empeñado en hacerse un tatuaje, una estrella que le recuerde a mí, y al final termina convenciéndome. Gracias a Dios no nos supone demasiado esfuerzo elegir qué dibujo plasmar en los sitios que hemos elegido porque, aunque su idea de hacerse una estrellita era un pelín cursi, resultaba bonito por lo que significaba, pero cuando propongo que escribamos cada uno la que ya es nuestra frase después de la noche pasada, no lo duda un segundo. Nos parece una idea perfecta y pese a mi terror por las agujas, lo llevamos a cabo. Salimos de allí más enamorados aún, los dos con el mismo grabado en la piel, él con un «Todo contigo» escrito por mí a mano y tatuado en la parte interior del antebrazo y yo con la misma frase, de su puño y letra, en pequeñito, en la muñeca. Algo más nuestro, otro pasito dado en común que nos une, porque los tatuajes, al igual que nuestro amor, son para siempre.

Cuando nos encontramos con Fran y Carlota y les contamos todo, comienzan a vacilar a Rubén todo lo que quieren llamándolo moñas, cursi, nenaza y mil cosas más, mientras que yo, atenta, disfruto del momento. Sí, así somos las mujeres y esto es algo que mi amorcito se merece tras tanto llenarse la boca y proclamar lo poco que creía en las relaciones y, en general, en el amor. Estaba claro que Fran, en algún momento, tenía que devolverle todas las risas que Rubén se había pegado a su costa todos estos años.

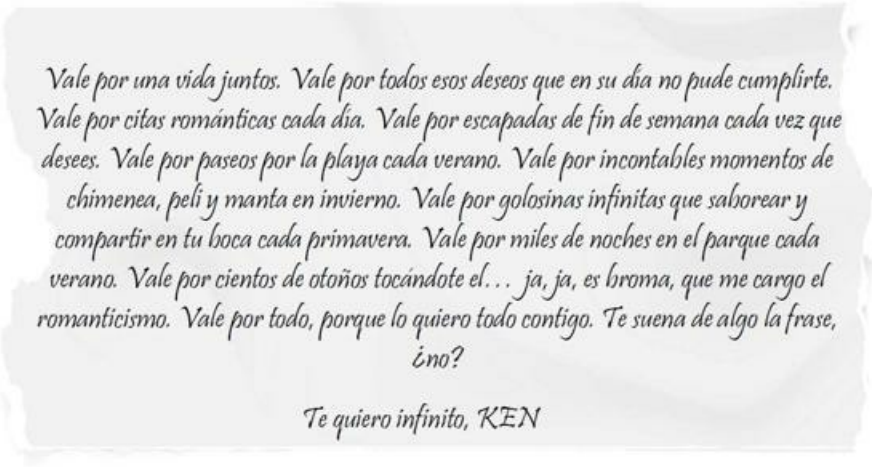
Volvemos a Montaves contentos, pletóricos, ilusionados y deseosos por contarles a nuestros

amigos y familia, por fin, que estamos juntos y muy enamorados. Aunque no nos da tiempo a contar mucho, ya que el momento declaración de amor en el concierto se hizo viral anoche y llegó antes vía WhatsApp a los teléfonos de la gente de nuestro entorno que nosotros al pueblo. Y al estar en nuestra burbuja de amor permanecíamos ajenos a todo. Nuestros amigos lo celebran y muchos de ellos nos confiesan haberse olido algo en según qué temporadas, es probable que en aquel verano de 2009 o en alguno de nuestros encuentros y desencuentros, y entonces nos damos cuenta de que el pensamiento de que en algún momento acabaríamos juntos siempre había estado presente en las cabezas de la gente y parece que era un secreto a voces, lo que resulta paradójico después de tanto lío y tanto enredo.

Las familias son felices al vernos tan bien juntos y esa estampa me llena el corazón. Lo primero que hago una vez nos quedamos en mi casa, tranquilos, es, en su presencia, coger el sobre rosa que adrede dejó para inquietarme nada más marcharme al concierto. Abro la carta y saco una tarjeta, junto a la que caen unos cuantos trozos de papel blanco sobre la cama.

«¿Qué es esto?».

Llevo mi vista inevitablemente primero a la nota. La leo. Lloro de felicidad.



Una vez más consigue sorprenderme con su faceta detallista, tierna y galante. Me parece precioso el mensaje y todo en la línea de este nuevo Ken que es capaz de sacar su vena más original y romántica con tal de sorprenderme y llevarme a su terreno. Solo que ya no hace falta que me lleve a ningún sitio porque ya estoy más que instalada en él y pienso echar raíces a su lado.

Seco las lágrimas, que brotan sin cesar, desviando mi mirada a los pedazos de papel que acompañaban a la misiva. Veo que llevan algo escrito por una cara y me decido a recomponer el texto, juntando los trozos, consiguiendo sacar la frase que ocultan en su interior:



Y tiene razón, porque lo cierto es que hay cosas que son inevitables, como nosotros, y todo acaba encajando a la perfección al igual que las piezas de esta frase que ha troceado adrede para seguir sorprendiéndome.

Rescato restos del bote de pegamento que conservo como un tesoro, junto al famoso reloj de arena del viejo Party, para unir las partes de la oración con cuidado y así conservarlo junto a la nota y el sobre; todo guardado en una caja, cual cápsula del tiempo. Del vale pienso hacer buen uso…

—Me acabas de dar una tarjeta que es como un cheque en blanco, lleno de promesas ilimitadas, te das cuenta, ¿no?

—Sé perfectamente lo que te he escrito. Y tú, ¿eres consciente de verdad ya de que lo quiero todo contigo?

—¿Sabes lo que soy?

—Preciosa, eso es lo que eres…

—¡Feliz! Soy feliz a tu lado, y eso que acabamos de empezar…

—Eso de que acabamos de empezar es relativo porque llevamos media vida queriéndonos…

—Pues ahora que las piezas del *puzzle* han encajado por fin, nos queda la otra media, qué digo media, la eternidad para disfrutarla juntos y amarnos como si no hubiera un mañana.

—Pero lo hay, un mañana, un pasado, otro y repito, los quiero todos contigo, todos a tu lado. No pienso dejar que te escapes, porque, por si no lo sabes, me he dado cuenta de que siempre has sido todo lo que nunca quise ver y de que siempre serás aquello que jamás querré perder.

—No me vas a perder, este era nuestro destino sin ninguna duda, porque te quiero desde siempre y para siempre.

FIN

— EPÍLOGO —

ISA

Ya en agosto, Carlota nos organizó una velada sorpresa con las familias reunidas y con la pandilla, como ella dijo, para celebrar el amor en una bonita noche de verano, justo en esa en que se dejaban ver las llamadas lágrimas de San Lorenzo, y que como os imaginaréis terminamos contemplando en el campo Rubén y yo a solas, con las poquitas estrellas fugaces que pudimos cazar al vuelo como testigos de lo mucho que nos quisimos, hasta que llegó el amanecer.

Para nosotros ese lugar siempre ha sido especial y siempre lo será. Aquella celebración confirmó que el destino acaba poniendo todo en su lugar y lo mucho que nuestros seres queridos se alegraban de que estuviésemos juntos y pletóricos. Mis padres solo querían verme feliz y sabían que mi dicha siempre había sido estando al lado de Rubén. Incluso mi suegro se disculpó por haber sido un mal ejemplo en la vida de su hijo, dejando claro ante los ojos de doña Carmen que cualquier tiempo pasado de golferías, sin duda, había quedado más que olvidado y que tenía intenciones serias con ella. La madre de mi amiga se limitó a ruborizarse y brindar por la felicidad y el amor frente a todos.

Fran y Carlota, como siempre, a nuestro lado, porque eso es lo que significa la amistad; y después de tantas dudas y tantas lágrimas ya solo nos queda compartir buenos momentos como hacíamos antaño, muchas risas, viajes y todo lo que venga, pero siempre los cuatro juntos.

Antes de que terminase el verano, Ken y yo hicimos uso del famoso vale y nos escapamos un fin de semana a un pueblo perdido llamado Ajo, que, si por el nombre muy romántico no es, hizo que derrochásemos romanticismo, purpurina, flores y corazones por los cuatro costados. Alquilamos una cabaña de madera y piedra con ventanales orientados hacia el bosque que fue lo más idílico y precioso que he visto en mucho tiempo.

No sabéis lo que fue estar en esa casita, con esa habitación tan ideal digna de cualquier revista de paisajismo y decoración, en una cama llena de mullidos cojines, con un colchón de plumas que era una delicia sentir envolviéndome y con mi Ken al lado, bueno, y encima y debajo, según el momento, mientras veíamos llover a cántaros fuera.

También fueron demasiado especiales los ratos que disfrutamos en la bañera independiente que había en el límite de la habitación con el cuarto de baño, sumergidos hasta el cuello entre espuma y sales de baño mientras nuestras manos no paraban de jugar debajo del agua caliente y perfumada. Por no hablar de la primera noche en ese lugar de ensueño, en la que me preparó una cena deliciosa que disfrutamos allí mismo, delante de una chimenea de piedra con el fuego encendido y con el crepitar y el chisporroteo como único sonido en toda la estancia, además de los jadeos que vinieron tras el postre, cuando nos revolcamos como animales en ese sofá de cuadros que casi nos cargamos con el vaivén acelerado de nuestros cuerpos. Terminamos en la habitación, a oscuras, y con la sola iluminación de una guirnalda de pequeñas luces que recorría el cabecero de la cama y unas velas que Ken colocó en los quicios de los ventanales para que, según él, todo fuera más acogedor y a mi gusto. «¡No deja de sorprenderme!».

Y allí nos comimos a besos, nos devoramos a mordiscos y nos acariciamos con devoción, saboreándonos como si fuésemos nuestras famosas golosinas de azúcar. Lo esperé sobre la cama, desnuda, a que terminase de encender las velas. Ya habíamos disfrutado del sexo salvaje en el salón un rato antes, por lo que solo nos quedaba hacer el amor durante toda la noche una y otra vez. Y eso fue lo que hicimos. Seguir queriéndonos, amándonos, adorándonos durante esos dos días enteros. Y volvimos a follar. Muchas veces.

Ken se tumbó sobre mí e inició el juego dejando un reguero de besos sobre mi piel ardiente, desde el tobillo hacia la ingle, deteniéndose en mi parte más sensible, esa que ya lo reclamaba de nuevo. Sentir su lengua sobre mi botón del placer siempre era la mejor sensación que podía existir. Lo dejé hacer agarrada al cabecero de la cama, canalizando lo que me hacía sentir a través de los barrotes, que en cada movimiento sonaban contra la pared. Ken se deleitó en mí, jugando con su lengua en mi interior, saboreándome hasta que no pude más y tirando de su pelo lo subí para que se colocara a mi altura. Necesitaba el contacto, sus labios, sus pectorales, pasear mis manos traviesas por sus pequeños pezones y meterlos en mi boca para darle placer yo a él como más le gustaba.

Me subí encima de él dejándome llevar como siempre y como nunca, enloquecida, marcando el ritmo de mis movimientos sobre su pelvis y sobre su miembro, que estaba deseoso nuevamente de entrar en mí. Y entró, ¡vaya si entró! Una, dos, tres, cuatro entradas y salidas… Cada acometida más profunda que la anterior debido a mis movimientos, que le facilitaban la entrada. Cada vez que me incorporaba para que se apropiase de mi cuello mientras seguíamos fundidos, hacía que mi pecho quedara a la altura de su cara, cosa que él aprovechaba para recrearse en mis senos y darme más placer, alternando su lengua entre mi boca y mis pezones duros como piedras, excitados como todo mi ser mientras con sus manos me envolvía, aferrándose más aún a mi cuerpo, excitado, febril, ardiente y desbocado.

Cabalgué sobre él hasta no poder más y juntos alcanzamos un orgasmo arrollador que no fue el último que nos sobrevino esa noche. Detrás fue otro y otro y otro, porque estábamos sedientos de nosotros y nunca teníamos suficiente.

Terminamos arrasados sobre la cama, entrelazados, y pese al frío que hacía fuera, con nuestros cuerpos bañados en sudor bien entrada la madrugada. Como siempre, me acurrucó sobre su cuerpo, me acarició de manera tierna mientras me besaba con toda la dulzura del mundo hasta quedarme dormida entre sus brazos, que eran mi hogar. El punto salvaje y tierno de Rubén era algo que era insuperable. Me hacía sentir una diosa en el sexo y una niña entre sus brazos, pero ya no me quejaba. Me encantaba, como todo lo que venía de él.

Nos despertamos poco rato después para ver el amanecer desde la cama y pudimos contemplar como los colores se fundían creando una postal visualmente perfecta dando paso al día, mientras nos deleitábamos con dos tazas de chocolate que humeaban en nuestras manos.

«Ojalá más amaneceres así».

Tras ese fin de semana volvimos al pueblo exultantes de felicidad, radiantes, prometiéndonos repetir la experiencia.

—Ay, amigo, para que veas lo que rechazaste en su momento…

Me gustaba chincharle recordándole el tiempo perdido, de buenas, porque ningún momento es comparable a otro y desde luego porque la vida a su lado, de verdad, es mucho mejor, tiene otro color. Y si antes, cuando luchaba por él, me hubieran preguntado, hubiera dicho que la veía color esperanza, pero ahora sin duda veo el arcoíris en todo momento. Soy feliz, tremendamente feliz, y tengo la certeza y la seguridad de que lo que sentimos es para siempre.

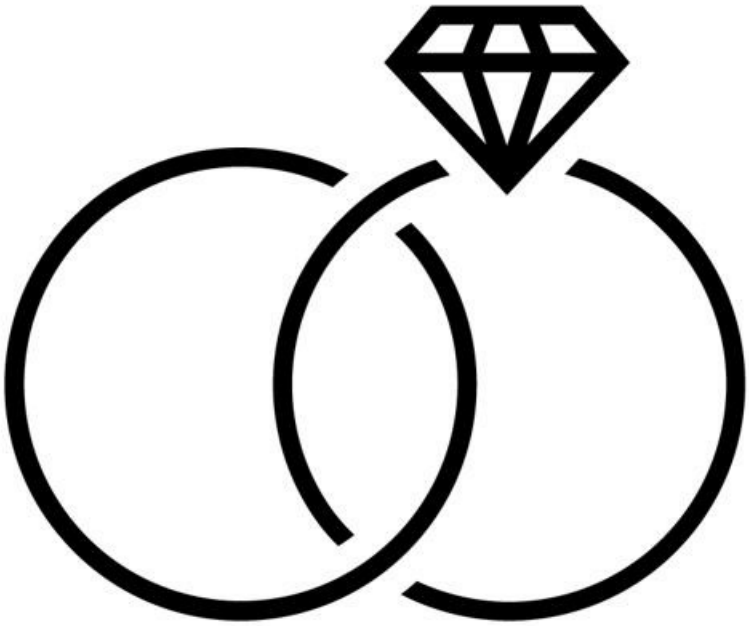
Yo me despido ya, y perdonadme si en algún momento os he parecido una plasta, una pesada, una cansina o una indecisa. Es lo que tiene estar enamorada y que la persona que quieres te maree o no se decida. ¿Cuántas veces no habéis levantado el teléfono para conversar con vuestra mejor amiga y decir aquello de «es que me está volviendo loca porque dice una cosa, pero yo siento lo contrario cuando estoy con él»? La pescadilla que se muerde la cola, la teoría del cantante y la canción… En fin, ya sabéis, quien no tenga o haya tenido un Rubén en su vida que tire la primera piedra.

Y si algo he aprendido, además de a confiar, es que no se debe dar por hecho nada ni esperar nada de nadie. Porque el o la que espera, desespera. Y si se espera mucho y se crean expectativas, la cruel realidad luego se convierte en una decepción tras otra, por lo que no esperéis nada y vivid todo como venga. Gracias a eso, a conseguir dejarme llevar yo, ahora, a su lado, de su mano, me siento siempre protegida, feliz, cuidada y querida. Y, por supuesto, siempre orgullosa de mi chico, gritando al mundo en todo momento lo mucho que lo quiero y lo afortunada que me siento a su lado, dejando atrás vergüenzas, inseguridades y miedos que pudieron habernos arruinado la felicidad de no haber sabido pararnos a procesar la información para no dejarnos vencer.

Ah, por cierto… ¡que me dejaba lo mejor! Aquí estoy, perdida en mis pensamientos, tumbada en una hamaca flotante que hay en la terraza de nuestra cabaña de madera, sobre el agua, disfrutando de unas vistas maravillosas. Todo a mi alrededor es mar. Es la inmensidad del océano Índico. Son unas aguas cristalinas preciosas y de lo más apetecibles en las que llevo días remojándome una y otra vez como un garbanzo, hasta salir arrugada como una pasa del agua, viviendo la vida —y bebiendo champán a tutiplén— mientras brindo por nuestra felicidad con mi amorcito.

¿Que dónde estamos? Pues en ¡Maldivas!

¿Que cómo hemos llegado hasta aquí? Ahora os lo cuenta Ken.



RUBÉN

Sí, lo que habéis leído. Estamos de lujo pasando unas increíbles vacaciones navideñas en

Maldivas y por cortesía de Carlota. Adoro a esa mujer. Mi amigo Fran no pudo elegir mejor al amor de su vida.

Os cuento: nuevamente se convirtió en mi ángel de la guarda y me ayudó para volver a hacer feliz a mi Copito.

Una tarde de septiembre vi a Isa terminando de leer un libro, pañuelo en mano, llorando como una magdalena. Le pregunté que qué le pasaba y me dijo que había terminado la historia con pena porque había sido un final muy emocionante, ya que la protagonista había vivido su cuento de Disney y se merecía un final feliz tan maravilloso.

Entonces se me encendió la bombilla y vi claro que ella más que nadie se merecía también ese final de cuento que le encantaría tener para su propia historia de amor, la nuestra, y, sin duda, la mejor de todas.

Tras varios días pensando cómo sorprenderla, al final opté por llevarla de viaje a cualquier playa cristalina y solitaria y me puse a buscar un entorno especial donde conseguir cumplir sus sueños y deseos.

Me presenté en casa de Fran y Carlota y les pedí consejo, porque ella es una experta en esto del amor y, aunque yo voy aprendiendo, me queda un largo camino por recorrer.

Cuando me sugirieron este destino los mandé a freír espárragos porque con mi sueldo no hubiera podido pagar jamás este viaje. Entonces Carlota lo tuvo claro.

—Mi premio de la lotería del 2015 estira como el chicle y quiero regalároslo. Mi amiga se lo merece y pronto vienen las navidades. Tomadlo como mi regalo anticipado —propuso emocionada.

Yo de primeras me negué, me parecía abusar, pero nos imaginé aquí a los dos, trayéndola por sorpresa y viviendo lo que estamos viviendo tal cual, y acabé aceptando tras la insistencia de ellos. De hecho, Fran quería que viniéramos los cuatro, a *bungalows* separados, obviamente.

Isa pensaba que nos íbamos a Mallorca y no os imagináis cómo alucinó en el aeropuerto cuando le conté la verdad.

Desde ese momento hasta que llegamos al hotel en el que nos encontramos se mostró ilusionada e impaciente como una niña pequeña. Y fue llegar y ambos no dábamos crédito a lo que teníamos ante nuestros ojos. ¡La hostia! No sabéis qué sitio tan espectacular. Imaginad una pasarela de madera con cabañas a los lados construidas sobre el mar, todas independientes y con acceso directo al agua. Con decir que el desayuno nos llega a través de una barca por el mar, en una bandeja gigante con forma de corazón llena de todo tipo de cosas… espectacular es poco. Esto es el paraíso terrenal. Increíble. La comida cada día la hacemos en un sitio diferente y las cenas son en la playa, a la luz de las velas con todo lleno de lucecitas amarillas y de mil colores que crean un ambiente que vuelve romántico al más cazurro, como es mi caso.

Este sitio te envuelve sobremanera, es como una burbuja transparente donde solo estamos nosotros disfrutando de lo que tenemos y donde me quedaría a vivir para siempre —si fuera millonario, obvio—. Porque sí, señores y señoras, quiero pasar mi vida al lado de esta mujer tan increíble que conocí cuando era un enano y que me acompaña día a día, haciéndome mejor persona.

La prueba de fuego vendrá esta noche, donde tras mucho pensarlo y dejar atrás todas las tonterías que llenaban mi cabeza de grillos, voy a hacer algo totalmente impensable para mí en tiempos pasados.

Nos hemos arreglado para salir a cenar en un *buffet* indio ubicado en plena arena de la playa. Recorremos la pasarela de madera alumbrada por antorchas encendidas. Isa está preciosa, como siempre, vestida de blanco y con el cabello ondulado y libre. Lleva una flor fucsia en el pelo. Yo

también voy vestido de blanco entero, con mi pelo revuelto imposible de domar por la humedad y el viento.

Nos colocamos en una mesita aislada, muy cerca de la orilla del mar, donde hay un arco de luces que nos da paso y una hilera de velas que nos marcan el camino. Todo está perfecto, ideal para la ocasión.

Hay varias parejas en las mesas cercanas y suena música ambiente de fondo a la par que se oye el ir y venir de las olas revoltosas.

Cenamos saboreando cada nuevo plato que probamos, incluido de la boca del otro, y cuando toca el momento del postre, un surtido de dulces con base de almíbar y lácteos propio de la zona que he pedido especialmente para la ocasión, llega el turno de la escena que va a cambiar nuestras vidas. ¡Qué nervios, joder! Me sudan las manos…

Sí, amigos, ¡voy a pedirle la mano y que se case conmigo! No me lo creo ni yo, pero estoy deseando hacerlo para que vea que todo esto es real, que quiero vivir el resto de mi vida a su lado, y aunque soy de la teoría de que no necesitamos firmar un papel para nada, sé que ella desearía ese colofón a nuestra historia y por supuesto que voy a dárselo, porque se lo merece, porque quiero que siga siendo cada día más feliz si es que eso se puede, porque desde el concierto, y no es por dar envidia, de felicidad vamos sobrados.

Me levanto y la levanto a ella, haciéndole creer que vamos a bailar como muchas noches hemos hecho tras la cena, solo que esta vez voy a hincar rodilla y a sacar un anillo que fui a elegir con Fran a Soria. Espero que no sea hortera… Me inclino frente a ella, ansioso, y la veo llevarse las manos a la boca, sorprendida, incrédula y expectante. No se lo esperaba para nada y eso me hace sentir más orgulloso aún, pues la sorpresa ha sido mayor para ella.

—Sí, es lo que crees. Y pese a no ser muy *apañao* en estas cosas, he querido hacerlo especial y que tú lo sientas así, como yo me siento cada mañana cuando me despierto a tu lado y te veo sonreír mientras duermes. Porque sé que eres feliz y eso me hace serlo a mí. Y como quiero seguir siéndolo a tu lado y también necesito que tú, mi princesa, tengas tu cuento soñado con final feliz como la protagonista de aquel libro que leíste y te hizo llorar, porque te lo mereces, deseo pedirte que donde sea y como sea, te cases conmigo porque una vez más te repito que lo quiero todo contigo —termino el discurso que me había preparado a conciencia y que al final he liado y dicho enrevesado a tope, pero que la ha emocionado muchísimo, porque sí, como imaginaréis… ya está llorando a moco tendido.

—Mi amor, no hacía falta, no tenías que pedirme que me casara contigo. Con la vida que tenemos soy plena y absolutamente feliz, y de verdad que no necesito nada más que a ti a mi lado.

—¡No me jodas, Copito! ¿Eso es un no? Que me está mirando todo el mundo, ten piedad de mí… que nos hacemos virales otra vez… ¡no, por favor!

—¿Cómo va a ser un no, bobo? Es un sí tan grande como una catedral. Es mi sueño hecho realidad. Sabes que te adoro, ¿verdad?

—¿Y tú sabes que estoy deseando levantarme de aquí porque tengo la rodilla hecha puré?

—¡Qué tonto eres!, anda, ven aquí y abrázame —me dice, tirándose en mis brazos, momento que aprovecho para levantarla y darle vueltas a merced del viento, dejándonos llevar locos de felicidad ante los aplausos de la gente, lo que vuelve a llevarnos al concierto y a la que liamos allí.

Ahora es cuando siento que he tocado el cielo con las manos, tras hacérselo tocar a ella, porque su felicidad es la mía y porque, sin duda, Isa es lo que más quiero y lo mejor que me ha pasado en la vida es tenerla junto a mí desde que éramos pequeños.

Precisamente hace pocas noches, salíamos de la casona y vimos a Alejandra, la sobrina de Carlota, que es rubita como Copito, sentada en el escalón de la puerta, riéndose y pelando la pava en compañía de su inseparable y fiel Martín, que es clavado a mí cuando era jovencillo. Mi chica y yo nos quedamos mirándolos y ambos nos vimos proyectados en ellos, ya que igual que nosotros, los dos se conocen desde bien pequeños y conforme pasan los años van creciendo en compañía del otro. Nos resultó tierno porque a través de esos adolescentes que teníamos enfrente pudimos contemplar nuestra vida pasar por delante de los ojos en apenas unos instantes… Cómo nos conocimos y desde el minuto uno —y el primer tirón de coleta— nos hicimos los mejores amigos en el cole, cómo jugábamos en la plaza Mayor sin mirar el reloj y cómo salíamos de paseo juntos conforme crecíamos. Y cada vez nos hacíamos más y más inseparables. Las travesuras y gamberradas que organizábamos hasta que nos volvimos mayores. Nuestras primeras clases en el instituto y cómo nos convertimos en los mejores compañeros de fiestas, salidas y liadas, pero ya de otra manera. Y así hasta que un primer beso bajo las estrellas, algún que otro roce furtivo y ese amor que siempre estuvo ahí, a la vista de todos, nos trajo hasta aquí, turbulencias incluidas y tiempo separados, eso sí, pero siempre añorándonos el uno al otro de una u otra manera…

Toda una vida, sí, juntos, en lo bueno y en lo malo, desde siempre y para siempre.

— NOTA DE LA AUTORA —

Querid@ lector@:

Si has llegado hasta aquí y no has abandonado *Siempre has sido todo lo que nunca quise ver* ante los continuos encuentros y desencuentros de Isa y Rubén, eso significa que has vivido con ellos sus momentos más dulces y ese final de cuento de hadas tan típico de mis historias.

Quería pedir perdón a tod@s l@s que esperabais con tantas, tantísimas, ganas esta novela, y a Rubén concretamente, porque es cierto que llega con bastante más retraso del esperado, ¡casi un año en el cajón!

Como sabéis, terminé de escribir este manuscrito en mayo de 2023, lo registré en junio del mismo año en el Registro de la Propiedad Intelectual y pensaba publicarlo después de ese verano.

¿Qué pasó para no hacerlo? Pues que ese verano, en el mes de julio hubo un festival —bueno, muchos, pero uno en concreto— y dio la casualidad de que actuaba Álvaro de Luna. Y cuál fue mi sorpresa, cuando vi que subió al escenario a su por entonces pareja y para más inri ¡¡¡le dedicó la canción *Todo contigo*!!! Como Rubén a Isa sobre ese escenario…

Sobra decir que para mí fue ver casi hecha realidad la misma escena o muy parecida a la que yo había escrito meses antes. Aquí, una servidora, estaba viendo los miles de *reels* que inundaron las redes hasta hacerse virales ese fin de semana de verano y, no veía al cantante y a su novia, yo veía a mis personajes y flipaba. MUCHO. ¿Os imagináis, no? Es lo que tiene inspirarse en personajes cercanos del día a día…

Me encantó y a la vez me mató, porque me pudo el miedo a sacar a la venta una novela con ese momento tan reciente y tan parecido al que yo previamente me había inventado para todos vosotros. Me pudo el qué dirán, o qué va a pensar la gente… cuando ya estaba registrada la historia y tampoco podía cambiarlo.

Podría haberlo eliminado, quizá sí, pero para mí era una escena demasiado bonita como para borrarla de un plumazo por una coincidencia.

Muchas voces me aconsejaron sacarla como tenía previsto, pero yo decidí dejarla guardada entonces y escribir la historia de Alejandra y Martín a contrarreloj, que fue la que vio la luz en noviembre, y tuve la suerte de que os encantó, lo cual me hizo sentir maravillosamente bien y, por supuesto, me ayudó a pensar que no me había equivocado al dejar a Isa y Rubén a la espera, guardaditos.

Pero, ahora, por fin llegó su momento y espero que tú, querid@ amig@, que tienes estas páginas entre tus manos, hayas disfrutado muchísimo de la lectura.

Moraleja:

Primero: si vuelvo a pensar en escribir escenas apoyándome en personajes conocidos, ya sean cantantes, actores o viceversa, lo meditaré mucho antes «por si las *flies*».

Segundo: escribid lo que os de la gana, lo que os salga del *cuore*, porque siempre va a haber mil situaciones que puedan ser parecidas o que puedan suceder de manera parecida, porque ¿sabéis qué?

¡Las casualidades existen! Y si no que me lo digan a mí.

— AGRADECIMIENTOS —

Y como siempre llego a la parte más difícil, la que más me cuesta escribir, y prometo que en esta ocasión no me enrollaré mucho y trataré de ser lo más breve posible y resumir todo en:

GRACIAS, millones de gracias a todas y cada una de las personas que apoyan mi sueño y me animan a continuar escribiendo historias pastelonas. Muchas *thankius* por disfrutarlas como lo hacéis, mis #lectorasmolonas y #lectoresmolones.

Gracias infinitas a Amanda Macavi por ser mi maestra —además de mi amiga— y por su ayuda incondicional siempre.

Gracias a Ana Forner por animarme aquella tarde de verano a publicar la novela, con la escena del concierto tal cual y tirar para adelante. Aconsejas igual de bonito que escribes.

Y gracias a Mer y Marisol por sus acertadas opiniones, ya sois lectoras beta profesionales; a mis correctoras, por dejar el manuscrito impecable y precioso y a Roma García por volver a hacer magia con esta portada tan maravillosa.

Y sí, para despedirme, una vez más digo que tengo l@s mejores lector@s del mundo.

— OTRAS HISTORIAS —

¡Ojalá siempre fuese Navidad!



Una chica. Carlota. Una casita rural en mitad del campo, alquilada para pasar la Navidad en familia, con vecina cotilla incluida. En el mismo lugar, un chico. Fran. ¿Destino o casualidad?
Se conocen en la época más bonita del año y no empiezan con buen pie. Parece que se odian, pero también se atraen irremediablemente…
Mucho chocolate con nubecitas al calor de la chimenea, galletas y dulces navideños, bolas de nieve, bragas de renos y lucecitas de colores… ¿Idílico, verdad?
Y mientras saltan chispas entre ellos, Fran tiene que tomar una decisión. Carlota no lo sabe.
Él oculta algo que ella no se imagina… Lo que sí sabemos todos es que las mentiras tienen las patitas muy cortas… ¿Podrá la magia de esas fechas acercar a Carlota y a Fran?
Puede que para arreglar los platos rotos necesiten, incluso, más de una Navidad…

Como lectora, ante todo, he querido crear una historia romántico-erótica con todos los ingredientes que para mí ha de tener un libro para poder disfrutarlo. Os invito a descubrirla y espero que la disfrutéis tanto como yo lo he hecho escribiéndola. Y por supuesto… ¡Ojalá siempre fuese Navidad!

Puedes comprarlo en Amazon, disponible en Kindle Unlimited:

https://www.amazon.es/%C2%A1Ojal%C3%A1-siempre-fuese-Navidad-Rom%C3%A1ntica-er%C3%B3tica-ebook/dp/B0BL3SY78Z

Magia es una Navidad contigo



Alejandra es una chica valiente, decidida, alegre y muy perseverante, además de una enamorada de la Navidad. Desde niña, siente que el dueño de esos ojos claros y esa sonrisa perfecta será su media naranja algún día.

Martín es dulce, tierno, romántico, algo mayor que ella… y cuando se conocen, aprende a vivir y a disfrutar de las tradiciones navideñas a su lado. Y de algo más…

Ella ve la vida en colores, mientras que él vive entre el gris y el negro.

Martín tratará de resistirse al influjo de la hermana pequeña de su amigo Javi, pero esto puede llegar a ser algo demasiado complicado conforme van pasando los años y se van acortando las distancias.

¿Conseguirá Ale acercarse sin que él la rechace? ¿Logrará Martín marcar las distancias y alejar de su vida a su mayor tentación?

Y todo en un entorno tan maravilloso como Montaves…

Quizá el destino —o la magia de la Navidad— tenga que hacer de las suyas para encauzar el desenlace de este cuento navideño rebosante de chocolate caliente al calor de la chimenea, nieve, villancicos, películas, actividades navideñas, salseo, amistad, familia y amor.

Puedes comprarlo en Amazon, disponible en Kindle Unlimited:

https://www.amazon.es/Magia-una-Navidad-contigo-navide%C3%B1o-ebook/dp/B0CLKXVPC8

Sígueme en redes:



¡Espero que hayas disfrutado y pasado un ratito agradable con Isa, Rubén y compañía!

Agradecería mucho si me ayudaras a seguir creciendo, recomendando mis libros y dejando tu reseña en Amazon... Te llevará apenas 1 minuto y me motivarás a seguir escribiendo historias como esta... ☺

Gracias,

Atenea Winter



Nos vemos ¿en diciembre? ☺